

ALFAGUARA

# Juan Sasturain

## El último Hammett

Narrativa Hispánica

Juan Sasturain

**El último Hammett**

Alfaguara

SÍGUENOS EN  
**megustaleer**



[@Ebooks](#)



[@megustaleerarg](#)



[@megustaleerarg](#)

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

---

*Esta novela es para Lili,  
que sabe remar.*

---

*Hammett logró llevar la novela de misterio al nivel de la literatura.  
Lo hizo durante más de diez años.  
Al final, la tensión fue imposible de soportar: no pudo mantener por  
más tiempo el sistema cambiante, complejo y equilibrado de  
contradicciones que emanaba su creatividad y que expresaba en su obra.  
Su carrera de escritor acabó en el momento en que le fue imposible  
continuar asimilando las opacidades literarias, sociales y morales, las  
inestabilidades y contradicciones que caracterizan lo mejor de su  
obra...  
Pero durante esos diez años consiguió hacer lo que ningún escritor  
del género había podido lograr: fue capaz de escribir en el auténtico  
sentido de la palabra.*

STEVEN MARCUS

## Al hipotético lector

Antes de emprender la lectura de *El último Hammett* cabe hacer algunas aclaraciones. Primero, que este relato no es una biografía sino una novela, una historia imaginaria que se apoya impune, libremente, en textos, hechos, lugares, circunstancias y personas reales pero sólo para aventurar, a partir de ellos, peripecias inverificables. Así, aunque se quiere verosímil carece de la mínima pretensión de veracidad y los personajes que tienen nombres de personas de carne y hueso —incluso el mismísimo Dashiell Hammett, así como Lillian Hellman, Nell Martin, Roald Dahl, Pat Neal, E.E. Cummings, Bertolt Brecht o José María Gatica— son tan inventados como los que sí lo son, y no dejan de ser entes de pura ficción; por lo tanto, no cabe atribuirles a los históricos y genuinos ninguno de los hechos y dichos que se narran aquí.

En segundo lugar —y primero en importancia— corresponde señalar con orgullo, sin permiso y sin pudor alguno, que la laboriosa escritura de esta novela tuvo origen a partir de la salvaje transcripción, expansión, manipulación, cita, distorsión y atrevida apropiación de dos maravillosos textos de Dashiell Hammett: la inconclusa novela *Tulip* —sesenta páginas que sólo se publicaron tras su muerte y que tradujo con solvencia Ana Goldar para la edición de Bruguera de la que me valgo aquí— y el emblemático capítulo séptimo, “Una G en el aire”, de *El halcón*

*maltés*, con múltiples versiones en español. Es un desafío y una invitación al lector acudir a esas fuentes explícitas de inspiración: sin esos dos textos, sin su tono “de traducción” incluso, no sólo no existiría *El último Hammett*, sino que el relato mismo carecería de sentido. En todo escritor hay un lector enamorado. Y esta novela es un acto de amor, a Hammett y a la literatura.

Es más: si bien el arranque de la historia sigue alevosa, casi despreocupadamente, el texto de *Tulip* —tomándose saludables e infinitas libertades que seguro el hombre flaco hubiera deplorado—, esta novela no es un Hammett menor y oportunista, como me temo es el *The Poodle Springs* firmado por Robert Parker tras prolongar el galope muerto de Marlowe desde donde lo dejó un Chandler cansado. Tampoco es una glosa, homenaje o simple tributo. *El último Hammett* es otra imperfecta cosa. Suma por simple adición de ciertas acciones y resoluciones que se reiteran casi especularmente —textos que se leen y releen, personajes yacentes que se confiesan, objetos escondidos escamoteados una y otra vez—, con varias piezas narrativas extrañas a la trama incrustadas con engarce arbitrario, la historia avanza mientras continuamente se vuelve sobre sí misma. Pese a sus equívocas marcas de origen, creo que *El último Hammett* forma parte —sobre todo por el gesto reiterado de apropiación sesgada de los relatos— de cierta rica tradición rastreable en el corpus de la narrativa argentina, a la que indudablemente pertenece. Si el relato no se sostiene, más allá de cualquier atribución o impostura, que los lectores del viejo, amado e inoxidable Dash —pero no sus acaso celosos herederos— me lo demanden.

La última aclaración o salvedad o promesa tiene que ver con la materialidad del texto, con el manuscrito mismo de esta novela

que alguna vez se llamó *The Last Dash* y cuyos avatares de escritura y peripecias ulteriores —a lo largo de más de treinta años— serán merecedores de una próxima crónica no menos novelesca que este relato.

Pero ésa es otra historia. La que vendrá.

J.S.

Buenos Aires, abril de 2017

## Postrimerías: el funeral

En esa fría mañana de enero del 61, sin micrófono y con un sol sin fe que no llegaba a entibiar los estrechos *vitraux* y apenas le permitía leer sin anteojos, la mujer de vestido color habano y sombrero al tono comenzó a hablar con voz baja pero clara y firme:

—Hace algunas semanas, una noche en la que él la estaba pasando muy mal, le dije: “Dash, eres un hombre valiente”.

Y ahí la dama se detuvo un momento, como si fuera excesivamente consciente del ámbito en el que soltaba de a poco las palabras, del espacio cerrado, de los rostros serios, acaso también de los metros de aire quieto y helado que gravitaban desde la cúpula de la capilla sobre su estrado de madera junto al féretro descubierto.

—Yo nunca le había dicho nada parecido anteriormente, y entonces él, abriendo apenas los ojos, pues estaba en ese estado de semisomnolencia propio de la enfermedad, sonrió levemente y me dijo con su habitual ironía: “Mejor guárdate palabras como éstas para el final”.

La mujer, Lillian Hellman —quién si no ella, inequívoca compañera del yacente—, se permitió una pausa pero no levantó la mirada de los papeles que sostenía en su mano derecha enguantada. Carraspeó, acaso sin necesidad, y eso hizo que se agitara apenas la pluma más larga de su excesivo sombrero.

—Ahora el final ha llegado y sé muy bien que a él —y hubo un levísimo gesto en dirección al hombre allí acostado y quieto para siempre en su cajón oscuro—; a él, digo, no le habría gustado que haya palabras. Por eso, este pequeño funeral, este pequeño tributo, corre exclusivamente por mi cuenta.

Ninguno de los presentes lo hubiera puesto en duda. Si alguno se hubiese podido aproximar lo suficiente a la sentida oradora, que sería la única, habría advertido que un mínimo escalofrío recorría en ese instante el cuello apenas perlado de Lillian. La piel blanca surcada de finísimas arrugas tembló por un momento hasta el límite del casi invisible maquillaje que atenuaba las ojeras y el contraste con los labios iluminados; el vello casi imperceptible de los antebrazos desnudos se erizó. Casi ahogada por la tensión del último momento, antes de acercarse al estrado había desechado los anteojos y el abrigo negro que habían quedado allí, en uno de los bancos de la primera fila, en custodia, junto a la fiel y vigilante Selma. Y ahora, como todos o acaso un poco más que los reunidos en la casi colmada capilla de 82th Street, tenía frío.

—Hammett fue un hombre que respetó el sentido de las palabras cuando las usaba en sus libros y siempre sospechó de ellas en la vida diaria: pensaba que muchas veces las palabras ocupaban el lugar del pensamiento y, sobre todo, que casi siempre pretendían reemplazar a la acción. Y Dash creía profundamente en el pensamiento y en la acción. Como muy poca gente que yo haya conocido, Hammett tuvo el mayor de los respetos por el saber y el conocimiento. Leía enormemente, podía leer hasta cinco o seis libros en una semana, además de cualquier otra cosa que estuviera a mano. Hubo un tiempo en el que el tema eran las matemáticas, y entonces había montones de libros de matemáticas. Y después fue el ajedrez y aprendió por sí mismo, memorizando los problemas, murmurando el desarrollo de las partidas, a solas... Y hubo un año en el que se interesó por el funcionamiento de la retina y otro en el que incluso se compró uno de esos aparatos que usan los sordos y se paseaba por el bosque tratando de percibir con la mayor claridad los sonidos de los animales, el canto de los pájaros, a través del aparato. En realidad, leía cualquier libro que le cayera entre manos: poesía, novela, ciencia, filosofía. Creía en la salvación por el saber y la inteligencia, y trató de hacerlo realidad.

Hellman lo afirmaba con serena autoridad, proveía detalles de testigo

privilegiada, pero ya no era posible saber realmente en qué creía o había creído el hombre largo y flaco de la nariz afilada y el pelo blanco cortado casi al rape que lucía inevitablemente elegante incluso allí, tendido y acaso distendido en ese cajón que le quedaba holgado, con el traje de etiqueta que sólo se había puesto una vez, el año anterior, en su última salida social, para el estreno de *Toys in the Attic*, una pieza de la mismísima Lillian.

—Me he preguntado muchas veces a mí misma, en los últimos treinta años —decía ahora ella en tono algo más coloquial— por qué Hammett me parecía un gran hombre. Y probablemente lo sea o lo haya sido —se corrigió sin énfasis— porque la naturaleza produce combinaciones tan inesperadas como interesantes. Él era un caso. Por ejemplo: no siempre pensó bien de la gente pero sin embargo no conocí a nadie que fuera capaz, como él, de dar todo lo que tenía a quien lo necesitase o incluso a quien sólo deseara algo con intensidad; ni nadie que, como él, aceptase a todo el mundo con tolerancia.

Tal vez la afirmación no fuera del todo corroborable para muchos de los presentes. Pero tampoco estaban allí para eventualmente contradecir a Lillian algunas de las otras personas que habían sido importantes en la vida de Hammett. Ni las dos hijas con sus respectivos maridos y nietos, ni Jose, la única mujer con la que se había casado alguna vez, habían atinado a atravesar de apuro el país de oeste a este en la primera semana de un enero helado e impiadoso en New York, para asistir a su velatorio en esa capilla de 82th Street, apenas a un par de calles del departamento donde el escritor había vivido casi recluso los últimos años a partir del momento en que la enfermedad le impidió seguir viviendo solo en la cabaña de Katonah. Y sin embargo había mucha gente.

—Como todos sabemos —supuso la Hellmann con adecuado criterio—, Hammett no pensaba bien de la sociedad en la que vivimos; pero incluso cuando la sociedad lo castigó no se quejó, ni le tuvo miedo al castigo. La noche antes de ir a la cárcel me dijo que no importaba que alguien pensara que

acaso él no tuviera argumentos políticos para sostener la postura que tomó. Me dijo que hacía mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que un hombre, simplemente, debe mantener su palabra.

Ninguno de los allí más cercanos a la oradora y frecuentadores esporádicos del último Hammett hizo un gesto. Tal vez alguno entre los individuos circunspectos y vestidos con abrigos oscuros de confección diseminados en las últimas filas habrá asentido o apenas bajado la mirada hacia el sombrero sostenido con frías manos enguantadas. Sin embargo, ninguno buscó algún tipo de complicidad manifiesta a su alrededor. Parecían, todos, hombres acostumbrados a callar. Acaso entre ellos hubiera algún ex alumno de las clases de escritura que había dictado Hammett en la Jefferson School, tal vez algún improbable camarada de los años en el Ejército, veterano la última guerra, o incluso —nadie podría jamás saberlo— algún secreto y más o menos culposo beneficiario del soberbio respeto de Hammett a la palabra empeñada. Porque, entre otras pocas cosas, había nombres que el hombre flaco se llevaba simplemente consigo sin haberlos compartido con nadie.

—La noche que Dash salió de la cárcel no se sentía bien, estaba enfermo; y tardé años en entender lo que pasó durante aquel paseo por Kentucky, donde debía tomar el avión para New York y se encontró con un destilador ilegal de alcohol que había conocido en los meses de prisión y que andaba junto a su mujer mendigando por la calle porque no encontraba trabajo. Dash le dio todo el dinero que llevaba encima y cuando llegó a New York se sentía mal: no había comido nada porque no se había guardado dinero para comer. Mucha gente sería capaz de hacer una cosa así, pero seguro que cualquiera de nosotros lo hubiera contado.

Lillian levantó la mirada buscando, suponiendo tácita aprobación. Muy cerca de ella, en primera fila, estaba Reba, la hermana de Dash, con su esposo, pero parecía abstraída. Había gente de pie a los costados. Incluso todavía llegaban algunos rezagados. Un muchacho rubio y alto de chaqueta

verde y anteojos de armazón negro y grueso avanzó por el pasillo lateral hasta apoyarse informalmente en una de las columnas adosadas al muro, bajo el *vitraux* de San Jorge y el dragón, y desde allí observó ostensiblemente a la concurrencia como si buscara a alguien en particular.

—Dash escribió acerca de la violencia pero la despreciaba, y por eso despreciaba las heroicidades. Y sin embargo se alistó para participar en la Segunda Guerra Mundial con 48 años porque era un patriota, muy comprometido con los Estados Unidos. Pero no hacía ostentación de eso. Estuvo en tres campamentos de instrucción con muchachos tan jóvenes como para ser sus nietos y me contó después que su mayor contribución durante la guerra fue sentarse en el campamento de las Aleutianas y explicarles a los más jóvenes soldados que la falta de mujeres no tenía que ver necesariamente con el avance de la calvicie ni con el dolor de muelas.

El comentario provocó cierta distensión en el ambiente, incluso algunas leves sonrisas aprobatorias. La bella Pat Neal apretó la flaca mano de su esposo buscando algún tipo de complicidad. Hubo una brevísima pausa durante la cual Lillian se enjugó la nariz y el muchacho de la chaqueta verde pareció localizar finalmente a quien buscaba: la mujer negra de gorro y abrigo de lana estaba sentada en una silla agregada a la altura de la penúltima fila, en el lado apuesto de la capilla. Inclined hacia adelante, se miraba las manos cruzadas sobre el regazo en un gesto que el muchacho creyó reconocer.

—Hammett fue un hombre alegre, divertido, ingenioso. Durante gran parte de su vida estuvo abierto a todo, a vivir a la aventura, y disfrutó mucho y siempre, mientras pudo. Estudió mucho y actuó de acuerdo con lo que sabía. Creía en el derecho del hombre a la dignidad y nunca jugó durante su vida a ningún juego que no fuera el que le permitían sus propias reglas: nunca mintió, nunca fingió, nunca se rebajó: “Cualquier cosa por un dólar”, decía con sarcasmo sobre aquellos que sí lo hicieron. Durante los treinta años que lo conocí no le oí decir una mentira, y eso me enojaba a veces, tal vez porque le

envidiaba el valor que hace falta para eso. Podía ver a través de las mentiras de los demás, pero las perdonaba con una especie de desprecio tolerante. Dash fue un hombre de honor, sencillo y valiente.

Lillian bajó los papeles que había estado leyendo hasta entonces y los dobló en dos. Se tocó con el índice de la mano libre enguantada el borde exterior del ojo izquierdo y terminó su homilía con dos largas frases sólo en apariencia improvisadas que no por eso sonaron menos sinceras ni convincentes.

—Alabados sean, así espero, aquellos que dejan una obra importante detrás de sí, y una vida tan rica en dignidad y respeto por los demás. Ojalá que todos aquellos que han llegado hoy hasta este bendito lugar tengan la consideración suficiente como para bendecir a un buen hombre —y dirigió la mirada al féretro— en éste, que es su último día en la Tierra.

Con las últimas palabras, desde alguna parte de la capilla comenzó a sonar un cálido armonio, sucesivos acordes largos que se superpusieron al leve rumor general de los cuerpos al erguirse y ponerse en movimiento, al golpeteo de los pies, al roce de las suelas sobre el piso rugoso. Al bajar del estrado Lillian pareció repentinamente más menuda, acaso porque algunos de los amigos que estaban en las primeras filas se levantaron y se acercaron, ocultándola a la vista del resto.

Hubo quienes se encolumnaron naturalmente por el pasillo central para echar un último vistazo al hombre flaco antes de que cerraran el oscuro ataúd; otros se dispusieron discretamente a los lados, cada uno junto a una manija. El coche fúnebre esperaba en la puerta para trasladar el cuerpo a la Pennsylvania Station y desde allí, en tren, a su destino final en Arlington. Después de todo, el díscolo ciudadano Samuel Dashiell Hammett, radical confeso y pocos años antes acusado y condenado por sus *actividades antinorteamericanas*, era un inequívoco patriota veterano de dos guerras —como había recordado Lillian con irónica precisión— y como tal no sólo tenía derecho sino que había formulado su explícito deseo de terminar en el cementerio militar.

Mientras la gente se encaminaba hacia la salida, el muchacho de la chaqueta verde vaciló por un momento ante la posibilidad de aproximarse a Lillian, darse a conocer. Incluso dio unos pasos hacia ella pero la vio tan rodeada de amigos que optó por ir en busca de la mujer que —se dio cuenta al girar la cabeza— tampoco se había acercado a saludar y él había perdido momentáneamente de vista. Salió de la capilla, atravesó con paso rápido el breve jardín donde verificó que tampoco estaba en ninguno de los grupos, y al llegar a la acera recién la vio en el extremo de la calle, frente a la senda peatonal, sola, esperando el cambio de la luz del semáforo para cruzar.

Se subió el cuello de piel de la chaqueta y caminó hasta colocarse detrás, muy cerca, sin que ella lo notara. Algunas hebras de pelo gris asomaban bajo el gorro de lana y advirtió que ahora usaba anteojos. Pensó que la cartera de cuero con manijas de carey que colgaba del codo pegada al cuerpo un poco más rollizo era la misma que recordaba de siempre.

En el momento en que el semáforo cambiaba inclinó la cabeza rubia hacia la mujer y le dijo:

—Linda.

Ella se volvió apenas, frunció el entrecejo mirándolo de reojo por un instante, y comenzó a cruzar la calle.

—Soy Tony, Linda —insistió el muchacho.

Ella dio unos pasos más antes de volverse otra vez sin dejar de caminar:

—¿Tony? —y lo observó por encima de los anteojos.

—Tony Irongate —confirmó él mirándola fijo.

—Ah... No puede ser.

La mujer se quedó inmóvil en medio de la calle. Él la tomó del brazo y la llevó casi en vilo los metros que faltaban para llegar a la acera opuesta.

Se abrazaron. Se separaron. Se volvieron a abrazar. Ella lo miraba y le acariciaba la cara con la mano enguantada.

—Estás tan grande...

—Hace ocho años... Tengo veintidós, Linda.

—La última vez... Fue en el hospital.

—Cuando estaba internado papá, la segunda vez —confirmó él.

Ella meneó la cabeza como si el recuerdo le resultara excesivo.

—¿Tus hermanas? —dijo de pronto, más animosa.

—Bien, muy bien. Es largo de contar...

Ahora fue el muchacho el que quedó cortado ante lo que no podía dejar de preguntar:

—¿Y Donald?

Linda enarcó las cejas, asintió:

—Muy largo de contar, también.

—¿Estás enojada conmigo?

Ella agitó la cabeza sin dejar de mirarlo. Suspiró.

En ese momento el coche fúnebre que trasladaba a Dashiell Hammett llegó lenta, interminablemente, hasta la esquina donde estaban y se detuvo. Lo miraron juntos.

—No quise asomarme al cajón —dijo ella—. Me gusta recordarlo como era.

—A mí también.

Quedaron un momento en silencio. El coche se puso en movimiento con media docena de autos negros detrás, en discreta procesión pagana.

Cuando la caravana partió, el muchacho retomó a la mujer familiarmente del brazo y la arrastró sin esfuerzo hacia la puerta vidriada de la cafetería de la esquina.

—Hace frío para charlar aquí, entremos.

Ella vaciló, miró su relojito.

—En media hora tengo que encontrarme con alguien a un par de calles de aquí.

—Yo tampoco tengo mucho tiempo —dijo él; y al momento agregó,

repentinamente jovial—: Te debo algunos miles de desayunos, Linda. ¿Puedo invitarte una vez yo?

## 1. Tulip & Chimney

Dashiell Hammett estaba sentado, solo, dentro del pozo abierto por las raíces de un viejo abeto azul que entre el viento y un rayo habían abatido durante una noche de furiosa tormenta, algunos días atrás. No estaba allí por eso, pero algo de eso había. Quieto y callado en medio del bosque iluminado por el sol de la tarde, expectante sobre la tierra removida, el hombre delgado de pelo blanco y ojos todavía inquisitivos observaba a un zorro rojo. Al abrigo de un mustio matorral de zarzamoras, el animal parecía preguntarse qué significaba ese olor a zorrino que atravesaba el claro del bosque, llevado por una brisa que hasta unos momentos antes también le había permitido oír los débiles chillidos de un ratón de campo. El zorro giró la cabeza hacia un lado, se volvió después para mirar el camino por el que había llegado, y de pronto se fue; desapareció de la vista con ese andar típico de los zorros, una impecable soltura que hace que sus veloces movimientos parezcan carentes de apuro.

Hammett supuso que los perros de la casa estarían cerca. Los perros, los que quedaban, solían hacer mucho ruido cada vez que entraban al bosque y por esa época —un momento de su vida en que cuando no estaba sentado frente a la Remington pasaba largas horas en el bosque acechando a los animales— el hombre flaco había llegado a creer que los zorros utilizaban la misma clase de despectiva cautela tanto ante la presencia de los hombres como frente a los perros. Sin embargo, en ese mismo instante oyó pasos. Alguien se acercaba.

Podría haber sido cualquiera, pero nunca hubiera esperado que fuera quien fue: Tulip —el hombre al que desde hacía más de veinte años Hammett solía

llamar Tulip— apartó unas ramas a menos de cuatro metros del lugar en el que había estado el zorro y se metió en el claro.

—Hola, Chimney —dijo sonriendo con toda la superficie de su ancha cara.

Hammett, repentinamente tenso, no llegó a contestar. Sólo Tulip lo llamaba así: Chimney. El visitante dio unos pasos, lo miró de cerca:

—Estás más seco y chupado que nunca; pero jamás lograrán matarte, eh...

—¿Cómo hiciste para encontrarme?

Tulip señaló hacia sus espaldas con un enorme pulgar.

—Me dijeron en la casa que tal vez te encontraría acá arriba, pero si te estás escondiendo puedo decirles que no te encontré...

—No me estoy escondiendo. Cómo llegaste hasta Katonah, quiero decir.

El hombre al que Hammett apodaba Tulip abrió los brazos, casi una forma de disculpa:

—Sigues apareciendo en los diarios, viejo Chim.

Hammett no dijo nada, pero supuso que era por alguna cuestión política. Como todo lo que tenía que ver con el senador McCarthy y su entorno, su caso no había pasado inadvertido ni mucho menos para la prensa.

—Estás otra vez en la picota —dijo el otro como si tuviese acceso a su pensamiento.

El hombre flaco lo contuvo con un gesto. No pensaba hablar de eso.

—¿Y tú de dónde vienes? —dijo cortante.

—Estoy en movimiento, voy y vengo desde hace un tiempo —Tulip se expresaba con estudiada vaguedad—. En New York supe que ya no estabas donde solías...

—No habrás preguntado por mí...

—Soy discreto, Chim. Además, hasta que me echen, pertenezco al Ejército de los Estados Unidos y tengo mis contactos todavía aceitados. No necesito tocar el timbre para ubicar a alguien.

El hombre flaco, sin levantar la mirada, hizo un gesto de desaliento.

Tulip pareció entender; miró la escopeta que Hammett sostenía entre las manos y comenzó por otra parte:

—¿Para qué es eso? Estamos en marzo, el primer sábado de la primavera, y la temporada de caza ya terminó.

—Todavía hay ciervos y venados.

Tulip encogió sus anchos hombros:

—El hombre que mata lo que no va a comer es un imbécil. Creo habértelo oído decir.

Hammett suspiró.

—Debo haber dicho también que era algo que decía mi abuelo Hammett.

—O tu madre.

—Ella decía otras cosas.

El otro sonrió levemente, pareció recordar alguna de esas cosas que solía decir Hammett que decía su madre. De pronto levantó la cabeza y habló mirando por encima de las copas de los árboles, como si leyera con dificultad algo escrito allí:

—¿Cómo lo pasaste en la cárcel?

—¿Me lo preguntas en serio?

Tulip sonrió.

—Claro; nunca estuve en una de éstas. Sólo en alguna cárcel del Estado o en calabozos de pueblo. ¿Cómo son las prisiones federales?

—Una basura, por supuesto. Cualquier cárcel que te toque siempre es un agujero.

—¿Si lo sabré yo! ¿Te conté alguna vez cuando...?

Hammett lo interrumpió:

—Por el amor de Dios, no empieces...

—De acuerdo —aceptó el otro de buen humor—. Recuérdate que te lo cuente en otro momento. Y de paso tú también me contarás.

La pesada mano del hombre apodado Tulip se apoyó por un instante en el

hombro de Hammett.

—¿Seis meses fueron?

El hombre flaco asintió sin mirarlo y se inclinó para recoger el banquito portátil en el que había estado sentado dentro del pozo todavía húmedo y removido: era un doble marco de metal plegable en cruz, con el asiento de color verde oscuro y bolsas con cierre de cremallera por debajo.

—¿De dónde sacaste eso?

—Lo compré en Gokey, no es caro.

—¿En Gokey, cuando estábamos allá? ¿Y eso verde y marrón de los costados?

—Se lo agregué yo. Son tiras de tela adhesiva puestas sobre el metal para que no se vea el brillo en el bosque.

El recién llegado asintió.

—Te las arreglas bien solo, Chim... Me imagino que un hombre de tu edad que anda acechando animalitos en el bosque como un viejo trampero ya no tiene ganas de sentarse en el suelo y humedecerse el trasero.

—Tú también ya estás en los cincuenta largos —dijo Hammett.

—Pero tú eres mucho más viejo que yo.

—No tanto, voy a cumplir cincuenta y nueve este año.

—¡A eso me refiero, Chim! Tienes que comenzar a cuidarte, y es bueno empezar por el culo.

—No es un mal consejo —dijo Hammett sonriendo casi a su pesar.

—Te quiero bien, Chim. Y lo sabes.

El hombre apodado Tulip se quedó de pie junto al pozo mientras Hammett iba a buscar un frasco que había dejado colgado en la rama de un joven arce y regresaba ajustándole la tapa.

—¿Y eso qué es?

—Pedazos de trapo impregnados con esencia de zorrino —explicó el hombre flaco poniéndose en movimiento—. Así, los venados no se espantan y

se acercan más, tal vez porque este olor es más fuerte que el del hombre. Lo estaba experimentando con un zorro.

—Puedes seguir en lo tuyo, no quiero interrumpirte.

—No, vámonos, contigo se acabó mi tranquilidad.

—A veces eres como un chico —dijo el otro siguiéndolo a través del claro.

—Qué podría decirte yo entonces.

Volvieron por el sendero que bajaba del bosque, pasaron junto a una cabaña de troncos y caminaron en silencio entre los árboles, atravesando el jardín pedregoso que rodeaba la casa.

—No está mal, eh —dijo Tulip.

—Es sólida.

La casa era una construcción de piedra y madera pintada de blanco, de dos plantas, con techo gris de pizarra y una amplia galería más ancha en el frente que a los costados. Dos amplias ventanas flanqueaban la puerta de acceso.

Hammett se detuvo en un ángulo de la casa, al pie de la galería, donde había una pila de rocas encimadas. Metió el frasco en un hueco entre dos de ellas y le puso una tercera encima; después descargó la escopeta y subió los escalones del frente golpeando fuerte los pies contra las maderas del piso. Al levantar la mirada vio las dos viejas valijas de cuero y un bolso de tela verde que descansaban junto a la entrada.

—¿Qué es esto? —preguntó Hammett—. Acá el único visitante admitido soy yo.

—¿Qué clase de amigos serían tus amigos si un amigo tuyo no lo es de ellos también? —dijo Tulip a sus espaldas—. De todos modos, sólo será por un par de días. Ya sabes que no puedo quedarme quieto durante mucho más tiempo.

Hammett habló sin volverse, la voz firme:

—No quiero que te quedes. Estoy tratando de empezar a escribir un libro.

—Justo de eso quería hablarte. Conduje más de mil kilómetros para eso — Tulip puso su enorme mano en la espalda del hombre flaco y lo empujó hacia la puerta de doble hoja—. Te lo podría contar todo acá mismo y de corrido, pero supongo que tú necesitas estar sentado con una copa en la mano.

Hammett meneó la cabeza y lo hizo entrar. Puso la escopeta y el asiento plegable en un rincón, fue hasta el bar y sin levantar la mirada ni consultarlo sirvió una copa, volvió y la puso en su mano. Cuando el grandote lo miró con aire inquisitivo, le explicó:

—Hace cinco años que no bebo.

Tulip hizo girar su vaso de whisky con soda, como lo hace la gente que quiere oír el tintineo del hielo. Pero no tenía hielo en el vaso.

—Quizá sea mejor así —dijo—. Creo que la bebida no te caía bien...

Hammett se echó a reír mientras le señalaba un sillón color granate.

La sala era un amplio cuarto pintado de marrón, rojo, verde y blanco con un hermoso Vuillard sobre el televisor.

—Ésas no son las cosas que preocupan a los ex alcohólicos, Tulip... Además, en estos casos se suele decir que, después de todo, tampoco el tipo bebía tanto...

—Pues mira, en realidad, tú sí que bebías...

—Dejemos ese tema. La cuestión es que lo dejé. Y te aseguro que no fue agradable.

Tulip meneó la cabeza:

—Supongo. No supe nunca cómo te las arreglabas pero siempre tenías algún cajón de whisky bajo el catre, allá en tu modesta tienda de sargento. Sería un buen tema, ése... ¿Has visto *The Lost Weekend*, la de Ray Milland?

Hammett lo cortó:

—No la he visto y no me importa volver sobre el tema del alcohol. Siéntate y déjame explicarte por qué vas a irte al motel de la ruta o tomarás el tren a New York luego de la cena.

—Vine en mi coche.

—No importa, o mejor aún. He comenzado a escribir un libro y...

—No fue precisamente lo que me dijiste allá afuera —interrumpió Tulip.

—¿Eh?

—Me dijiste que estabas tratando de empezar a escribir un libro, que no es lo mismo. Y de eso te quería hablar. Siempre ha sido una verdadera tontería de tu parte, Chim, no comprender que yo...

—Escúchame, Tulip: no escribiré una sola palabra sobre ti jamás, mientras pueda.

El otro arqueó las cejas pero no llegó a replicar.

—Sé muy bien cómo son las cosas contigo —continuó el hombre flaco—. Eres un inconsciente que va por ahí, de un lado a otro, haciendo burradas y tonterías que confunde con aventuras, y que piensa, no sé por qué, que alguien algún día escribirá sobre todo eso. Es una idea estúpida.

—Puede que no sea precisamente de mí de lo que te quiera hablar, Chim...

—Y, además... —prosiguió Hammett—. ¿Dónde se ha visto que los escritores busquen o necesiten temas para escribir? El problema es organizar el material, no conseguirlo. La mayoría de los escritores que conozco tienen demasiados temas sobre la mesa; están llenos de historias que jamás podrán contar.

—No creo en eso —dijo el otro, seguro—. Si tienes tantos temas para escribir, ¿por qué hace tanto tiempo que no escribes una palabra?

—¿Cómo sabes que hace mucho tiempo que no escribo nada?

—Mucho no has de haber escrito. Las revistas solían publicarte seguido. Ahora todo lo que veo son reediciones de tus primeras cosas. Y ni siquiera las novelas; apenas rejuntes de aquellos viejos cuentos. Y de eso, incluso, cada vez menos.

—No vivo sólo para escribir —protestó Hammett—. He estado...

—No me cambies de tema —lo interrumpió el otro con cierta rudeza—.

Estábamos hablando de escribir. No me interesa si quieres perder un poco o todo tu tiempo en jueguitos con animales o haciendo el papel del héroe duro que va a la cárcel, pero... —sonrió francamente—. ¿No habrás ido a la cárcel sólo para tener esa experiencia límite? ¿Verdad que no, Chimney? Porque yo podría haberte ahorrado mucho tiempo y problemas contándote todo lo que necesitabas saber.

—Uh... Seguro que sí —dijo Hammett.

Quedaron un momento en silencio.

Tulip se encogió de hombros, como decepcionado, bebió un trago de whisky y se limpió los labios con un índice grueso antes de replicar:

—Eso que dices de los temas y del... material y de cómo organizarlo no significa nada. Como tantas cosas que tú dices, no significan nada. Sólo es algo que dices, puras palabras. Ustedes, los escritores, tienen más palabras que...

—Ahí está la cuestión —lo interrumpió Hammett—. Tú eres de los que creen que tienen mucho que decir, mucho para contar. Y que con eso basta. No es así: para escribir hay que tener algo que... escribir.

—¿Y eso qué quiere decir?

Hammett meneó la cabeza:

—No sé por qué pierdo el tiempo contigo.

—Mejor pregúntate por qué y con quién has perdido el tiempo durante los últimos veinte años.

Tulip se detuvo bruscamente después de decir eso. El hombre flaco no replicó. Le dio la espalda, caminó con pasos largos y salió a la galería. Tulip no lo siguió. Se empinó el whisky y después de un par de minutos se puso de pie y preguntó en voz alta dónde quedaba el baño. Nadie le contestó.

Entonces se levantó con cierta dificultad y caminó rengueando hacia el interior de la casa. La primera puerta que abrió era una habitación con dos camas, la segunda era el baño.

Cuando regresó, encontró a Hammett sentado en el mismo sillón que antes. Había encendido una lámpara y tenía un libro en la mano.

—¿Todo bien? —quiso saber el hombre flaco.

—Todo bien, inmejorable —Tulip miró a su alrededor y lo que veía pareció gustarle—. Está bien puesto este lugar que te has agenciado. ¿De quién es?

—De la familia Irongate.

—¿Amigos tuyos?

—No tanto como para decir eso; o tal vez ahora sí. Los conocí hace relativamente poco, son de New York. Esta casa era del padre de él, ahora les quedó como casa de fin de semana.

—Mira qué raro.... Porque te han hecho un lugar ¿Están aquí ahora?

—Según las noticias que tengo, todavía no han vuelto de Florida.

—Si es así, es más ridículo que antes lo que me dijiste acerca de que no puedo quedarme por un par de días —dijo el grandote volviéndose a sentar—. ¿Cómo son?

—Son gente, gente común.

Tulip resopló:

—Puede que seas o hayas sido un escritor interesante, Chim... pero no hablas como si lo fueras. Explicate: ¿Qué clase de gente es? ¿Jóvenes? ¿Viejos? ¿Zurdos de los tuyos?

—Son jóvenes. Paulie debe tener poco más de treinta y cinco, Gus es unos años mayor.

—¿Sólo ellos dos? ¿No tienen chicos?

El hombre flaco se golpeó el muslo con el libro:

—¿Por qué no escribes todas esas preguntas, así no tendremos que volver sobre el tema cuando venga el tipo del censo? —se burló, fastidiado—. Tres hijos, entre los dieciséis y los doce años, más o menos. Dos chicas y un varón.

Tony, el del medio, es muy inteligente.

Los ojos grisáceos de Tulip relumbraron.

—Dieciséis la mayor, ¿eh? ¿Y ella tiene sólo treinta y cinco? ¿Un casamiento de apuro?

—¿Cómo puedo saber eso? Vine acá hace apenas algo más de un año, cuando salí de la cárcel. Aunque los conocí antes, al volver de las Aleutianas.

El visitante se iluminó.

—Qué bien lo pasamos allá, ¿eh? —se puso de pie con el vaso vacío—. No te molestes, que me serviré solo. Ya comprobé, con un solo trago, que desde que no bebes te has olvidado de lo poco que sabías sobre cómo prepararlos. Qué guerra de mil demonios peleamos en las Aleutianas, ¿eh? Creo que tú te volviste antes que yo...

—Regresé en septiembre del cuarenta y cinco. Un mes después de la bomba.

—Entonces hace casi ocho años que no te veía —Tulip volvió con su vaso al sillón color granate; se sentó.

—Hace un poco más, casi nueve —precisó Hammett—. La última vez que te vi fue en Kiska y no volví allá después del cuarenta y cuatro.

Tulip apuró el whisky, fastidiado:

—¿Cuarenta y cuatro, cuarenta y cinco? ¿Qué importa la diferencia? ¿Qué te crees, un piojoso historiador que va por la vida con un calendario en la mano? Háblame un poco más de los Irongate. ¿Tienen dinero?

—Ya veo que no te gusta recordar los tiempos de Kiska... Pero creo que sí, que tienen, aunque no sé cuánto dinero.

—¿Qué hace él?

—Gus es pintor, de cuadros; pero con eso no gana para vivir.

Tulip señaló con un golpe de cabeza la pintura sobre la chimenea:

—¿Ése es de él?

—Ése es un Vuillard, burro. Vale sus buenos pesos, y Gus me contó que se

lo regaló su padre. Le ha dejado bastante dinero, además.

—Ese padre debe haber sido un tipo encantador...

—Sea como fuere, si aparecen los Irongate, ni se te ocurra proponerles ningún negocio —advirtió el hombre flaco sin levantar la voz.

El otro lo miró con los ojos fijos; su cara de facciones toscas parecía honestamente sorprendida bajo su mata de pelo corto color arena.

—¿Qué negocio?

—Cualquier tipo de negocio de los tuyos. Ni se te ocurra, Tulip.

—Dios me libre y guarde —se defendió el grandote—. Mira lo que consigue este perverso sistema carcelario: pone a un hombre supuestamente normal como tú en contacto durante un tiempo de encierro con los delincuentes más endurecidos y a partir de ese momento lo único que el tipo ve es maldad y delitos posibles por todas partes. Y no es que tú te hayas distinguido precisamente por ver lo mejor de tus compañeros, pero...

—No necesité ir a la cárcel ni alistarme en el Ejército para conocer delincuentes —dijo Hammett sin un dejo de ironía—. Hubo una época, cuando tú seguramente sólo debías cuidarte de que el chico de la casa de al lado no te soltara el perro al pasar, en que yo casi la única gente con la que trataba eran delincuentes. Y otra época en que esos tipos duros eran la única gente sobre la que escribía.

—¿Y ahora?

—¿Ahora qué?

—Está claro, Chimney. Escondido acá, viviendo de prestado y haciéndote el ermitaño incomprensido. Ya no tratas con gente interesante, delincuentes o no. ¿Por eso no escribes más? Aquella revista...

—¿Dices *The Black Mask*? No existe más. Me enteré de que hace unos meses salió el último número: duró treinta años. Ya no hay lugar para esas historias.

—Pero ese Spillane no opina lo mismo. Y sus lectores menos. No baja de

los cinco millones de ejemplares con cada novela.

—No me hables de ese fascista.

Tulip lanzó una carcajada:

—Mírate: digas lo que digas hay muchos que dicen que toda esta basura sádica la empezaste tú, un zurdo de biblioteca. Tu Sam Spade no trata a la chica mucho mejor que el hijo de puta de Mike Hammer.

—Es diferente.

—¿Para quién? ¿Para los lectores?

—Para el FBI, por ejemplo.

Tulip enarcó las cejas:

—¿Qué quieres decir?

—Exactamente eso —dijo Hammett, cortante—. Es posible que el FBI aún me tenga el ojo puesto encima, me busquen para que reaccione, y no quiero darles ningún tipo de pretextos. Esta semana que viene... —vaciló apenas—. Esta semana que viene, si leíste los diarios, sabes que será complicada, en general. Así que te reitero: nada de traerme problemas a mí o a la gente que está a mi alrededor que no tiene nada que ver...

—Eso es distinto —lo interrumpió Tulip—. ¿Por qué no me lo dijiste desde el principio?

—Pensé que si has estado siguiendo las noticias sabrías cómo están las cosas para mí.

—Te han dicho de todo menos bonito. ¿Se vive bien con el oro de Moscú?

—Se supone que hubo una época en que tenía vodka gratis, pero ahora ni eso. Para colmo se nos acaba de morir San José, el padre Stalin —bromeó Hammett—. Pero no te digo que me vigilan para que te asustes.

—¿Asustarme yo? ¡No es fácil! En realidad, en estos momentos me las estoy arreglando lo más bien. No me falta nada. Incluso por primera vez tengo un buen auto.

—¿De dónde sacas el dinero?

Tulip lo miró fijamente durante unos segundos y de pronto dijo:

—La plata me llega vía Texas-Oklahoma, su ruta...

—¿Una viuda rica y petrolera?

Tulip se echó a reír.

—Eres un caso serio, Chim.

—Sólo experiencia carcelaria. El verano pasado, durante la semana que estuve en la cárcel de West Street en New York, antes de que me mandaran a la federal, conocí a varios tipos que estaban a la espera de juicio por ese motivo.

Tulip se mostró o pareció o quiso mostrarse sorprendido:

—Dios mío, ¿cómo puede ser que un tipo se ponga fuera de la ley sólo para sacarle dinero a una mujer?

—¿Para sacarle o por sacarle? —precisó Hammett.

—Da lo mismo.

—No sé, pero evidentemente puede ser, porque es algo que pasa —concluyó Hammett.

Se puso de pie, dejó el libro sobre el sillón y salió.

Fue hasta la cocina. Donald limpiaba verduras junto a su mujer, Linda. Hammett bajó el volumen de la radio y de la voz de Johnnie Ray, de modo que la canción titulada peligrosamente “Cry” no resultara tan ruidosa.

—Ya lo han visto. Tenemos un invitado esta noche —dijo.

—Se apareció de pronto en la puerta de la cocina y preguntó por usted —afirmó Linda como disculpándose—: “¿El sargento Chimney?”, así dijo.

—Y él es “el coronel Tulip”, al menos para mí. Es algo especial, un cruce de apodos entre nosotros. Tulip es un camarada del Ejército, un amigo al que hacía años que no veía.

—Resultó un desembarco sorpresivo, señor.

Donald Poynton era un negro elegante de talla mediana y treinta y cinco años, de cara muy linda y muy negra. Hammett lo apreciaba. Tenía un fino sentido del humor que sólo dejaba aflorar ante los conocidos.

—Algo así —admitió Hammett—. Se quedará a dormir esta noche y tal vez un día, a lo sumo dos. ¿Pueden prepararle una habitación?

—Ya cambié el vidrio roto de la cabaña y Linda terminó de ordenar todo e hizo la limpieza. ¿Usted volverá para allá?

Hammett meneó la cabeza.

—Yo seguiré aquí.

—¿Quiere que le demos a su amigo el cuarto contiguo al que está usando usted estos días? —preguntó Donald—. ¿O prefiere que se quede en el cuarto amarillo, al lado de la sala?

—A él prepárale el cuarto amarillo, mejor. Y gracias.

Hammett se iba pero volvió sobre sus pasos:

—¿Sabemos algo de Paulie y de Gus?

—No creo que vengan este fin de semana, señor Hammett. Se quedarán en New York. Pero los chicos sí vendrán hoy o mañana, por unas horas, a buscar sus cosas. Van a pasar el fin de semana largo de campamento en la montaña, ya que no tienen clases lunes y martes —dijo Linda.

—Claro —dijo el hombre flaco.

Desde que había aceptado la oferta de vivir en Katonah —pagaba o no un alquiler simbólico— muy raramente recibía visitas. Y no las deseaba tampoco. Lillian estaba en Europa y los amigos intelectuales de ella seguramente intuían que no serían bien recibidos. A veces pasaba días enteros sin ver a nadie ni pronunciar una palabra.

Cuando regresó a la sala, atardecía en las ventanas. Encendió un par de luces más. Tulip se puso de pie y dijo:

—¿Qué es esto? —tenía en la mano el libro que había abandonado Hammett y leía la portada en voz alta—. *Essays in Physics*, de Herbert Samuels... Y con un prólogo de Albert Einstein... ¿Qué me quieres demostrar con esto?

¿Que estás en otro nivel intelectual que yo?

—Dame eso. No quiero demostrar nada.

Tulip se lo arrojó al pecho y Hammett lo abarajó.

—Mira, Chim, evidentemente estás mucho peor de lo que suponía. No es buena esta vida que estás llevando —Tulip miró su reloj—. Se me ocurre algo: tengo que hacer una llamada a una chica que conocí anteayer y sé que tiene una simpática hermanita. ¿Por qué no les pedimos que...?

—Oh, sí, por supuesto —lo paró Hammett—. Seguro que también debes tener algunas relaciones por aquí, en Katonah, que hiciste en los diez minutos que te detuviste en la gasolinera.

—No seas sarcástico. No era más que una idea —dijo Tulip y volvió a la mesa del rincón a prepararse otro trago—. De todos modos, mejor que te hable de tu trabajo de escritor. Para eso vine.

—No es cierto. Si no es por algo peor, viniste para hablarme de ti.

—No solamente de mí. Pero en el fondo es lo mismo, Chimney —el coronel volvió a su sillón, se sentó, cruzó las piernas, rodilla sobre rodilla, y observó a Hammett—. ¿Se puede saber por qué cuando alguien te pregunta algo sobre tu trabajo de escritor alzas la guardia?

—No, no se puede saber ni quiero hablar de eso —le contestó el hombre flaco con enfática pretensión de honestidad—. Mejor volvamos a nuestro tema: ¿qué cosas tan fascinantes has estado haciendo, además de seducir viudas en el Medio Oeste? ¿Por qué no estás en Corea?

—Se me mezclarían los amarillos, Chim. Porque ahora hay amarillos buenos y amarillos malos. Es un problema que no teníamos en las Aleutianas.

Hammett meneó la cabeza, sonrió mirándolo a los ojos:

—Teníamos otros. Y si no los teníamos tú siempre encontrabas cómo fabricar alguno. ¿O te olvidaste?

—Dejemos eso ahora —en la voz ronca del coronel hubo un matiz que bien podía interpretarse como de incomodidad—. A veces pienso que tú no

siempre me comprendes. Bah, casi nunca.

Se hizo un breve silencio.

—¿Te cruzaste alguna vez, cuando estuvimos en Shemya, con Lee Branch?  
—dijo repentinamente Tulip.

—¿En Shemya? No, no lo recuerdo —de pronto el mapa de las Aleutianas, el puñado de islas, se desplegó en la memoria de Hammett—. Y me parece que no sé quién es Lee Branch. ¿Por qué?

—Por nada, sólo estaba pensando en algo raro que me pasó con él. Branch pertenecía al regimiento XII, era aviador. Era un chico muy agradable. Nos hicimos amigos y fui a visitarlo cuando me licenciaron. ¿Y sabes qué?

Hammett se encogió de hombros.

—Una cosa muy rara: intentó ligarme con la hermana. Nunca, ni en la adolescencia, me había pasado una cosa así.

Hammett no hizo ningún comentario porque temía lo que podía desencadenarse. Sin embargo por alguna razón no pudo ni quiso evitarlo, le dio el pie:

—¿Al menos estaba buena? La hermana, digo.

—Verás.

Y a continuación, sin mediar prólogo alguno o introducción explicativa, Tulip arrancó con el largo relato de esa visita, de la semana que había pasado, poco después de la desmovilización, en casa de su amigo. En principio, el coronel le adjudicó a la hermana de Branch el nombre de Paulie (Hammett no pudo evitar recordar que él le había hablado de Paulie Irongate hacía apenas un rato) y después describió la casa del aviador con rasgos, en su entorno, que la hacían parecida a la misma casa en la que estaban hablando, sentados en la sala de estar, a la luz de la lámpara, aunque naturalmente la ubicó en otro estado. En Illinois, según creyó retener Hammett. Y no sólo eso: en su

anécdota con Lee Branch, Tulip incluyó escopetas como la que había visto en manos de Hammett al encontrarlo en el claro del bosque. E incluso hubo algún otro detalle coincidente.

Pero todo eso no le importó porque había algo en la historia, a pesar de ser probablemente inventada sobre la marcha o poco menos, que tenía cierto morboso interés. Hammett sabía por experiencia que Tulip por lo común era de largo aliento, sobre todo cuando se internaba en uno de sus relatos, pero sintió que de todo eso, más allá de las palabras y de los pensamientos que según dijo se le habían ocurrido en esos momentos, lo medular, acaso lo único verdadero que se desprendía de la historia era que —mientras cazaban patos— el coronel dijo que Branch había expresado la notable frase metafórica “La bandera está ondeando”, mientras inclinaba un poco la cabeza para observar, por debajo del ala de su sombrero castaño, las puntas de las espadañas...

Después de esa observación, según el literal relato de Tulip, cinco patos negros se habían recortado “sobre el cielo perlado de noviembre, perdiendo las plumas inferiores de sus alas, de blanco purísimo, cuando rozaron las trampas. Y después se fueron alejando en el viento”. Tal cual.

Y prosiguió así, con la minuciosa descripción de una larga escena en el embarcadero a orillas del lago que había en la propiedad, en la que el joven Branch primero mostraba su decepción ante la decisión de Tulip, tras una semana de estadía, de volver a partir, y luego manifestaba francamente su deseo de que se quedara para siempre, ocupara el lugar que había dejado el marido muerto de su hermana.

Hammett se sintió con derecho, casi con el deber, de intervenir:

—¿Te lo propuso así, directamente, o tú creíste leer entre líneas que...?

Las manos de Tulip se agitaron frente a su cara:

—Swede, me dijo Lee (porque él siempre me dijo así, Swede): a Paulie le gustas, eso lo sé, ¿te detiene para hacer algo pensar que el tipo fue un héroe de guerra?

—¿El marido de ella había sido un héroe de guerra?

—Estuvo en las Aleutianas antes de que nosotros llegáramos, Chim: Horris, coronel Horris, ascendido *post mortem*. Veterano de Guadalcanal, murió de una complicación estúpida tras una operación más estúpida aún. Tú nunca te enteraste de nada, pero todos hablaban maravillas de él en las islas.

—Estará en algunas de las fotos que tenemos de allá.

—Ya no estaba cuando llegamos, te digo. La cuestión es que Lee, que se dio cuenta de que su hermana me gustaba, creyó y me dijo que suponía que lo que me detenía era que idealizaba mucho al tipo. Es cierto que yo cometí el error de preguntarle si ella había estado muy enamorada de Horris.

Hammett lanzó la carcajada:

—No puedo creerte eso. Estás inventando toda esta historia, no sé para qué.

—Ojalá, Chim. Porque la pasé muy mal, en serio. Fue horrible: ella se dio cuenta de lo que estaba tramando su hermano a sus espaldas y me encaró. Volvíamos a la casa desde el muelle, con los patos que habíamos cazado, y ella me dice, con el hermano ahí: ¿Lee estuvo tratando de ligarte conmigo?

—Así nomás...

—No es una manera feliz de decirlo, Paulie, le contesté.

—¿Y entonces?

Tulip agitó la cabeza, se tomó su tiempo, como si quisiera recordar mejor o como si recordara demasiado bien una escena excesiva.

En ese momento Donald entró a la sala para avisar que la cena estaba servida. Pasaron al comedor y después de unos minutos Tulip retomó el relato y lo completó, con estudiados silencios, utilizando casi todo el transcurso de la cena.

En síntesis, lo medular era que tras ese diálogo con Paulie, en medio de un silencio mortal, Tulip había subido a su cuarto decidido a hacer su maleta y partir esa misma noche sin saber a dónde iría, pero que de pronto se había acordado —en realidad algún gesto de Paulie le había hecho acordar— de

otra chica, Julie, de Atlanta, y se había sentado a escribirle una carta avisándole que pasaría a visitarla en pocos días. Se había demorado en eso una hora, cuanto mucho. Ahora pensaba que acaso lo había hecho porque esperaba que pasara algo. Pero nada pasó. Cuando bajó con la maleta hecha y la carta en el bolsillo ninguno de los dos hermanos estaba visible. Esperó un tiempo prudencial —así dijo—, garabateó una nota de despedida y partió.

Recién puso punto final al relato cuando empezaban a comer el postre, tarta de nueces.

—No debería comer esto —dijo, como si el comentario estuviera vinculado de algún modo con lo que acababa de contar.

Hammett se había limitado a escucharlo en silencio. Ahora sí, dijo:

—Todo eso está muy bien. Pero si quieres entusiasmarme con tu historia te diré que todo esto poco tiene que ver contigo. Dentro de ese relato no eres más que un mero número, un pretexto, no apareces involucrado, sólo pasas por ahí. A menos que admitas que, tan pronto como las personas o las cosas amenazan con comprometerte, elaboras una fantasía a la que denominas recuerdo de alguien o de algún lugar para evadirte de cualquier tipo de responsabilidad.

Tulip depositó sobre el plato el segundo pedazo de tarta que estaba a punto de comer y dijo:

—No sé por qué pierdo tiempo hablando contigo, Chim. Mira, ya te he dicho qué sentía por Paulie y tal vez también por la chica de Atlanta. Yo...

—Lo que hasta ahora me has dicho que sentías o tenías en la cabeza no significa nada. Si lo escribiese no tomaría en cuenta ni una sola palabra de todo eso.

Tulip sacudió la cabeza.

—Eres insoportable cuando te pones así. No es raro que en general la literatura no tenga mucho que ver con la vida, si los escritores, al menos los escritores como tú, la practican así.

—Vamos, come... —dijo Hammett—. Son tus ideas sobre la vida y las

relaciones entre las personas las que no tienen nada que ver con la vida. ¿O por qué crees que te escapaste de esa Paulie, si es que no lo inventaste todo?

Sin dejar de masticar la tarta, Tulip le respondió:

—Siempre he sido de esos que las aman donde las encuentran y después las abandonan cuando las aman y...

—A eso precisamente me refería. ¿Y supones que consideraré que esa simplificación mentirosa es un pensamiento digno de ser consignado por escrito?

El coronel cortó con el tenedor otro bocado de tarta y sacudió la cabeza una vez más.

—Eres un desagradable.

Hammett fue un poco más lejos:

—¿Crees, por ejemplo, que ella tenía razón al suponer que su hermano ya había hecho lo mismo antes con Horris?

Tulip lo miró y parpadeó como si asimilara el comentario.

—Nunca se me ocurrió pensar en eso —admitió por lo bajo. Y luego prosiguió con vivacidad—: Oye, Chim, tuviera lo que tuviese Lee de homosexual, no creo que jamás se haya dado cuenta. No es un mal chico...

Hammett meneó la cabeza:

—El principal problema con gente como tú no es que sus pensamientos sean elementales o muy infantiles. Lo grave es que les molesta, que no permiten, que la gente que está a su alrededor piense.

Se hizo un breve silencio.

—Ya veo, ya sé lo que te pasa —sentenció Tulip desencantado—. Todavía no he dicho la cantidad adecuada de ah, de oh y de otras exclamaciones admirativas que sueles escuchar ante esos retazos de teoría freudiana que tú encuentras en todas partes y que has malinterpretado leyéndolos en cualquier libro. Seguro que con las chicas es más fácil: están siempre más dispuestas para eso, y con ellas te va mejor...

—No con las que yo conozco. Creo que debo tener mala suerte.

Tulip resopló:

—Pues cuando haya descansado un poco veré si puedo conseguir que me cuenten algo de eso.

—¿De mi relación con las mujeres?

—Tal vez. Nunca me he vuelto loco por el tipo de chicas que tú tenías a mano o que perseguías. Pero eres raro con las mujeres, algo les haces. ¿Cómo se llamaba aquella con la que viniste a New York la primera vez? Ésa me gustó.

—Detesto pensar que he salido o pueda salir con el tipo de chicas que te vuelve loco a ti —dijo desagradablemente Hammett poniéndose de pie—. ¿Tomaremos el café aquí o en la sala?

—Quédate quieto, culo flaco, y escucha —Tulip volvió a sentarlo con un gesto de cuartel—: quiero decir que me gustó la historia, no la chica. Nunca la conocí. Pero me contaste toda tu historia con ella una noche, en Kiska, creo, porque te escribió un par de cartas largas cuando estábamos allá. Y según me dijiste te sorprendió recibirlas porque habían pasado muchos años desde la última vez que...

—Nell.

—Ésa, Nell, la que escribía para Hollywood, creo.

—Nell Martin, o al menos así se llamaba entonces. Un seudónimo —y en la voz de Hammett pareció una definición—. Pero no escribía para Hollywood: hicieron una película con una novela suya, *Lord Byron en Broadway*.

—Parece un buen título. ¿Has vuelto a saber algo de ella?

—No, la perdí de vista —Hammett volvió a ponerse de pie—. ¿El café acá o en la sala?

Tulip se encogió de hombros.

—¿Ves lo que te digo, Chimney? Ahí tenías una historia, con esa chica. Y no has hecho nada con ella.

—Cómo que no: le dediqué *La llave de cristal*.

Regresaron en silencio a la sala y Donald les sirvió el café.

—No te mereces esta confianza —dijo Hammett después de un momento, con la taza en suspenso—. Pero cada vez que le dediqué una novela a una mujer, en el momento de publicarse el libro ya había terminado con ella.

—No entiendo.

—Es así: le dediqué *El halcón maltés* a Jose, mi mujer, pero cuando salió ya me había venido con Nell Martin a New York; le dediqué *La llave de cristal* a Nell, pero se demoró la salida y para esa época ya no vivía con ella; después le dediqué *El hombre flaco* a Lillian, estando con ella, y...

Tulip lo interrumpió apuntándole con su grueso índice:

—Ya no está tampoco.

—Sí que está.

Tulip miró aparatosamente hacia todos lados:

—¿Dónde?

Hammett meneó la cabeza:

—En París, en Roma, esos lugares donde suele... —hizo un gesto con las manos—. No entenderías.

—No está —redundó Tulip, triunfal—. No pretendas engañarme ni engañarte. Por eso no escribes más: no tienes ninguna mujer a la que puedas dedicarle una novela y dejarla después. Eres perverso en serio, Chim. Y ahora eres tú el que no se merece esta interpretación freudiana. No te cobraré nada por esto.

—Gracias, doctor —dijo Hammett repentinamente jovial—. Suelo olvidarme de que pasaste por Harvard.

—Y no sólo por la acera.

Rieron ambos.

Cuando terminaron con el café, volvió Poynton y dijo:

—Los perros están en la cocina, señor Hammett, si quiere que los traiga...

—No hay apuro. Mándalos para acá cuando hayas terminado con tus cosas, a menos que te molesten mucho. ¿Cómo están?

—Bastante tranquilos, señor.

—¿Les contaste a los chicos lo que pasó con Rush?

—Sí, señor. A Tony; le expliqué lo de la tormenta, pero nada más.

—Gracias, Donald. Tráelos cuando quieras.

—De acuerdo, señor.

Tulip miró a Poynton mientras se retiraba.

—¿De qué hablaban?

Hammett suspiró, habló cansadamente:

—Durante la tormenta de la semana pasada, en medio de los truenos y un par de rayos que cayeron desapareció Old Rush, el perro de Donald. Hay tres más de la casa, pero éste había venido con ellos, lo trajeron de Brooklyn. Se asustó esa noche; no sabemos qué pasó con él.

—¿Fue sólo la tormenta?

—Que yo sepa...

Tulip lo observó un momento, miró la puerta por la que había salido Poynton y dijo:

—Si me dijeras un cachorro, puede ser; pero un perro adulto y grande... Una vez, en el campamento teníamos un pastor alemán de más de doce años...

—No viene al caso, por favor. No empieces.

—Tu soberbia no tiene límites.

—Sí que tiene: limita con tu necesidad.

Las últimas réplicas quedaron flotando entre ambos como si fueran actores descreídos pasando la letra de una pieza demasiado conocida para ambos.

Optaron tácitamente por soslayar la posibilidad de seguir por ahí.

Hammett le ofreció la cigarrera y Tulip eligió un puro.

—¿Tuyos? ¿O estaban en la casa?

—Míos.

—Excelentes. Quizá tus puros son lo único de ti que siempre me ha gustado, aunque tú hayas creído que era tu pelo —y ahí, aliviados, rieron ambos—. Recuerdo que los tenías en una caja de lata de cigarros cubanos, de la que después de terminados los puros no te desprendiste. La usabas para guardar chucherías, como un chico. Seguro que la conservas aún.

—Fuma y calla.

—¿Me equivoco?

—No.

—¿Lo ves? Eres naturalmente escondedor.

Tulip mordió la punta del cigarro y miró al hombre rígido pero relajado frente a él con ojos mustios.

—A veces es difícil hablar contigo, Chim: eres un hijo de puta arrogante. No es extraño que te hayan mandado a la cárcel por empacarte como un chico con esa lista de los tipos esos que pusieron para las fianzas: no te lo diré, no te lo diré y no te lo diré... —lo parodió Tulip.

—Uno tiene derecho a la reserva de la información de cualquier tipo que le haya sido confiada de buena fe, si no hubiera una causal de interés público moralmente atendible que lo justifique —dijo Hammett con tono pausado—. Y no es ni era el caso, porque...

—No me hables como un libro —lo cortó el coronel con fastidio; dio una pitada y prosiguió—: Estamos hablando de gente, de nombres concretos, de una lista de tipos, Chim; probablemente de un puñado de cabrones cagados de miedo y metidos debajo de sus camas que no moverían un dedo por ti... Y que no lo movieron. O alguno salió a decir “yo fui fiador y estoy en la lista de este culo triste. Voy preso yo”. Tampoco se ocuparon de buscarte cuando saliste para hacerte una fiesta de vuelta a la calle. Incluso los *gangsters* suelen ser más solidarios y siempre hay un trabajo disponible para el que sale después de una temporada a la sombra.

—Es una manera un tanto superficial de verlo —dijo Hammett con tono

neutro—. Y el paralelo con los *gangsters*, un poco forzado. Supongo que por decirme esto, en otro momento, de haber estado de pie y con un par de scotch entre pecho y espalda, te habría doblado en dos con un *upper* a la base del esternón.

—¿Aquí? —el grueso pulgar de Tulip señaló el tercer botón de su camisa y sonrió—. Los nudillos de ese puño flaco y huesudo no creo que pudiesen soportar el choque contra estos trabajados abdominales.

Ambos aspiraron de sus respectivos puros sin dejar de mirarse con una estudiada seriedad que derivó imperceptiblemente en una sonrisa apenas dibujada. Después de un momento se echaron francamente a reír.

—¿Quieres que te traiga otra copa? —dijo Hammett al cabo—. Un trago de coñac, tal vez. Te has puesto mal y gratuitamente agresivo conmigo cuando te hablé de Kiska. Me figuro que además de eso hay muchas otras cosas de tu vida pasada que te agobian cuando piensas en ellas.

—Es la segunda vez hoy que mencionas lo de Kiska —dijo Tulip—, y el recuerdo no me hace el efecto culposo que tú te imaginas. Ahora me toca defenderme a mí, culo triste: ¿Qué pretendías que hiciera? Ya sabes que nunca me he valido de mi rango, pero aun así yo era teniente coronel y tú un suboficial cualquiera que trataba de...

—No había abrigos de oficiales japoneses en la isla, en ese momento —puntualizó Hammett—. Si es que alguna vez hubo alguno.

—No me digas eso, porque yo mismo los había visto. Más todavía: tengo aquí, conmigo...

—Me enfermas —lo interrumpió Hammett.

—Estás mintiendo, y tengo cómo probártelo —replicó el otro, y se puso de pie con soberana determinación—. Y sólo por eso. ¿Sabes qué? Como castigo, te voy a humillar.

—¿Me humillarás?

Tulip asintió, estalló en una larga carcajada y a continuación exclamó,

riendo todavía:

—Y es muy fácil. He leído algo tuyo realmente penoso. Algo que no conocía, y que se supone que tú escribiste, aunque está firmado con seudónimo: Peter...

—Peter Collinson.

—Eso.

Hammett se interesó:

—¿Lo encontraste en una revista? Tiene que ser muy vieja.

Tulip lo miró un momento en silencio. De pronto fue esbozando una sonrisa, como si evaluara la posibilidad de decir lo que iba a revelar:

—No es una revista, no es algo que hayas publicado —y manejaba un mínimo suspenso—. Me llegó a través de un tipo que tenía cosas tuyas de la época de San Francisco, y que cuando supo que era tu amigo y que alguna vez te vería, me lo dio, junto con otras cosas. Me dio una copia, en realidad.

—¿Qué es?

—Es una tontería, algo corto, muy viejo. Ideal, como ya te dije, para humillarte. Lo tengo en mi maleta y mañana te lo mostraré. No quiero estropear el efecto hablándote ahora del asunto. Pero al leerlo no me extraña que te escondieras tras un seudónimo.

Hammett le explicó brevemente que en esa primera época, en *The Black Mask* y en otras revistas de comienzos de los años veinte, como había mucha demanda de historias y él necesitaba dinero, solía publicar más de un texto por número. Por eso algunos los firmaba con seudónimo.

—Ya lo verás. Parece que éste que te digo no les gustó, porque no te lo publicaron, o te lo devolvieron para rehacerlo.

—Ah —dijo Hammett con desapego—. Solía suceder.

Tulip lo miró inquisitivamente:

—¿No te da curiosidad?

El hombre flaco se encogió de hombros.

—Traeré eso que has escrito —dijo repentinamente Tulip—. ¿Dónde están mis maletas?

—En el cuarto amarillo. Sube, gira a la derecha en el rellano superior de la escalera y sigue en línea recta hasta el fin de la sala.

Tulip se marchó, subió la escalera con cuidado y Hammett pudo oír el ruido de los pasos acaso un poco irregulares sobre su cabeza. Oyó también que los perros ladraban en la cocina, y las voces graves de Donald y su mujer tratando de calmarlos.

La desaparición de Old Rush planteaba una situación incómoda, sobre todo en relación con Linda y los chicos Irongate. Toda la situación —creyó por un momento— le recordaba algo ya vivido; o acaso no era eso sino algo que había leído, incluso algo escrito por él mismo. Era extraño que no pudiera discernirlo. Y era más extraño que la conciencia de la imposibilidad de tener una certeza al respecto no impidiera que pudiese seguir especulando. Qué validez podían tener los razonamientos y las conclusiones de una mente que se sabía consciente de sus limitaciones. Todo se resolvía con pasos de esgrima, juegos dialécticos, fintas. Mentiras, al fin.

Tuvo tiempo de aspirar largamente su cigarro antes de volver a oír los irregulares pasos sobre su cabeza. Cuando Tulip regresó traía en la mano unas amarillentas hojas tamaño carta.

—Aquí está —dijo bruscamente, y se las alcanzó—. Si puedes leer esto sin echarte a reír eres mucho más impresentable que yo.

Eran apenas cinco folios mecanografiados, una copia en carbónico azul bastante borroneada. Tenía algunas anotaciones laterales con lápiz rojo y varias tachaduras. Arriba, en el centro, decía: *El camino del regreso, por Peter Collinson.*

—Me acuerdo perfectamente de la máquina con que escribí este cuento —dijo Hammett—. Una Underwood bastante ruidosa. Tenía la “l” un poco suelta, fíjate acá. Recuerdo que le anulé el timbre para que no sonara cada vez que el

carro llegaba al final del renglón. Yo escribía en la cocina y mi hija Mary dormía en la habitación de al lado.

—Qué conmovedor.

El hombre flaco no hizo caso:

—Éste es el primer cuento que publiqué en *The Black Mask*, en el verano de 1922. Mandaba el original y me quedaba con una copia —el hombre flaco parecía realmente contento—. Gracias, Tulip.

—Tu amigo, sin embargo, me dijo que nunca salió. Que te lo rechazaron.

Hammett frunció el entrecejo. Leyó las primeras líneas, después recorrió el resto del texto, las tachaduras.

—Me lo devolvieron, es cierto —dijo finalmente—. La historia les gustaba pero me pidieron cambios y algunos detalles del final.

—Es que ya desde el principio te hacías el raro, Chim... Esos lugares extraños que nombras, uno se distrae... —Tulip le sacó las páginas de la mano y leyó en voz alta—: Formosa, Chaco, Mato Grosso. ¿Dónde queda ese río oscuro y tan ancho que no se ven las orillas? Parece que hubieras hecho girar el globo terráqueo cerrando los ojos y donde pusiste el dedo, ahí... A los lectores les gusta que las cosas pasen cerca de su casa. Que les ahorren imaginar el lugar. Que puedan oír los tiros al abrir la ventana. Cuando empezaste a situar las historias en San Francisco...

—No creas. No siempre es así, y en este caso tampoco. Ahora me acuerdo bien: tuve que cambiar la ambientación. Decían que los lectores se confundirían porque los personajes hablaban en español y parecía México, pero que como no era México y había cosas en portugués... No querían eso en *The Black Mask*. Y tal vez tenían razón. Además, el final...

—El final es una burrada, como te gusta decir a ti —el coronel bostezó y en el gesto había tanto cansancio como desagrado—. Tengo sueño. Pero léelo, si tienes coraje. Quiero verte la cara al oírte repetir eso que escribiste. Aunque no sé si estaré despierto cuando termines.

—De acuerdo.

Hammett se calzó los anteojos y, arrimándose a la lámpara, leyó con voz alta y clara:

EL CAMINO DEL REGRESO  
por Peter Collinson

—¡Está loco, Hagedorn! ¿Se da cuenta de que está dejando pasar la oportunidad de su vida? ¡Nadie se enterará! Le concederán el mismo mérito y cobrará la misma recompensa por llevar las pruebas de mi muerte que por llevarme a mí. Le daré los documentos y las cosas que tengo enterrados cerca de la frontera de Paraguay para respaldar su historia, y le aseguro que jamás apareceré para estropearle el juego.

Hagedorn, el hombre vestido de caqui, frunció el ceño con creciente fastidio y desvió la mirada de los inflamados ojos oscuros que tenía frente a sí para posarlos más allá de la borda del *Señorita*, donde el estirado hocico de una pareja de yacarés agitaba la superficie del río pardo, ancho como un mar. Cuando uno de los pequeños cocodrilos volvió a sumergirse en las aguas barrosas de la orilla, sus ojos grises se clavaron nuevamente en los del tipo que le suplicaba, y habló con cansancio, como alguien que ha contestado a los mismos argumentos una y otra vez.

—Ya te dije que no puedo, que no quiero hacerlo, Barnes, o como sea que te llames ahora. Salí de San Francisco hace dos años con el fin de atraparte, y durante dos años he estado dando vueltas por este maldito territorio —el Sertón, el Chaco, hasta la selva misionera— siguiendo tus huellas. Prometí a la gente que me contrató que me quedaría hasta encontrarte y llevarte de vuelta. Y pienso mantener mi palabra. ¡Tendrías que entender! —añadió con una pizca de desesperación—. Después de todo lo que he pasado por tu culpa, no esperarás que ahora haga como si nada... ¡Justo cuando el trabajo está casi terminado!

El hombre ahora moreno y requemado por el sol, ataviado como un mensú, esbozó una sonrisa untuosa y zalamera y restó importancia a las palabras de su captor con un ademán de la mano.

—No le estoy ofreciendo un par de miles de dólares, detective; le ofrezco una

parte de uno de los yacimientos de diamantes más ricos de Brasil, un yacimiento que los cangaceiros custodiaron y mantuvieron en secreto durante la guerra de canudos. Acompáñeme de vuelta río arriba y le mostraré diamantes que lo dejarán boquiabierto. Lo único que le pido es que me acompañe hasta la costa de Formosa y le eche un vistazo. Y si no le gustan siempre estaría a tiempo de llevarme de vuelta a San Francisco.

Hagedorn meneó lentamente la cabeza.

—Volverás a San Francisco conmigo. Es posible que la caza de hombres no sea el mejor oficio del mundo pero es el único que tengo y ese yacimiento de diamantes me suena a engaño. No te culpo por no querer volver... Pero te llevaré de todos modos.

El hombre que alguna vez se había llamado Barnes dirigió al detective una mirada de desesperación:

—¡Es un imbécil! Por su culpa los dos perderemos miles de dólares, ¡maldito sea!

Después escupió con rabia por encima de la borda del pequeño vapor —como un típico peón de los obrajes— y se acomodó en su rincón, sobre las bolsas de algodón estibadas en la popa.

Hagedorn apartó por un momento los vigilantes ojos de él y llevó su mirada hacia la proa, más allá de la corta chimenea pintada de rojo y del humo blanquecino, río abajo, el principio del largo camino a San Francisco. Una brisa cálida y llena de mosquitos ayudaba a desplazar el vaporcito de quince metros con sorprendente velocidad. Faltaba poco para Rosario. Al cabo de cuatro días estarían en otro vapor con destino a Buenos Aires; otro lo llevaría a Valparaíso, otro a San Francisco y a casa. ¡Después de dos años!

Dos años en una región desconocida, persiguiendo lo que hasta el mismo día de su captura no había sido más que una sombra. Primero a través del Sertón y del Mato Grosso, batiendo la meseta pelada y la selva tropical con minuciosidad microscópica —jugando al escondite por los ríos, las colinas y las junglas— después a través del Chaco y la selva misionera, a veces sin rastro durante un año, a veces perdiéndolo por dos meses y siempre detrás de su presa. ¡Y ahora volvería triunfalmente a casa! Betty tendría quince años, toda una señorita.

Barnes se inclinó hacia adelante y reanudó sus súplicas con voz lastimera.

—Vamos, Hagedorn, ¿por qué no quiere razonar? Es absurdo que perdamos

todo ese dinero por algo que ocurrió hace más de dos años. De todos modos, yo no quería matar a ese tipo en Takoma. Ya sabe cómo son esas cosas; yo era muy joven y alocado, pero no era un chico malo, y sé que me mezclé con gente poco recomendable. Aquel atraco me pareció una simple travesura cuando lo planeamos. Y después aquel hombre gritó y supongo que yo estaba excitado, y disparé sin darme cuenta. No quería matarlo y a él ya no le servirá de nada que usted me lleve a San Francisco y me cuelguen por aquello. La compañía de transportes no perdió ni un centavo. ¿Por qué me persigue de este modo? Yo he hecho todo lo posible por olvidarlo, es como si no hubiese sido yo.

El detective contestó con bastante calma, pero toda la benevolencia había desaparecido de su voz:

—Conozco la vieja historia... Y las contusiones de la mulata con la que estabas viviendo también demuestran que no eres malo, ¿verdad? Basta ya, Barnes, míralo de frente: tú y yo nos volvemos juntos a San Francisco.

—¡Ni hablar de eso!

Barnes se puso lentamente de pie y dio un paso atrás:

—¡Antes muerto!

Hagedorn disparó la automática una fracción de segundo demasiado tarde. Su prisionero había saltado por la borda y nadaba hacia la orilla mientras el vapor se alejaba. El detective agarró el rifle que había dejado a su espalda y se abalanzó hacia la barandilla de popa. La cabeza de Barnes apareció un momento y después volvió a sumergirse, emergiendo de nuevo ya unos cinco metros más cerca de la orilla. Río arriba, el hombre del barco vio los alargados hocicos de media docena de yacarés que se dirigían velozmente hacia el fugitivo. Se apoyó en la barandilla de hierro y evaluó la situación.

“Parece que, después de todo, no podré llevármelo con vida... Pero he hecho mi trabajo. Puedo dispararle cuando vuelva a aparecer o, si no, dejar que sean los yacarés los que se encarguen, acaben con él. De todos modos...”

Después, el súbito pero lógico instinto de solidaridad con el miembro de su propia especie contra enemigos de otra borraró todas las demás consideraciones. Se echó el rifle al hombro y disparó una doble andanada de proyectiles contra los yacarés.

Después de un minuto vio cómo Barnes se encaramaba a la orilla del río, agitaba una mano por encima de su cabeza sin mirar hacia atrás y se internaba en la

costa bordeada de sauces.

Hagedorn se volvió hacia el barbudo propietario del vaporcito, que había acudido a su lado, y le habló en su chapurreado español:

—Llevarme a la orilla... y esperar hasta que yo traerlo.

El capitán meneó la barba negra en señal de protesta:

—Imposible. En estos bajos, señor, son centenares de islas y riachos, y un hombre es como una hoja más. Veinte hombres podrían tardar una semana o un mes en encontrarlo. Quizás tardaran cinco años. No puedo esperar tanto.

El detective se mordió el labio inferior y miró río abajo... el camino a San Francisco.

“Dos años —dijo como para sí, en voz alta—. Me costó dos años encontrarlo cuando él no sabía que lo perseguía. Ahora... ¡Oh, demonios! Quizá tarde cinco. Me pregunto qué habrá de cierto en ese asunto de los diamantes”.

Se volvió hacia el capitán.

—Yo ir tras él. Usted esperar tres horas —mostró tres dedos, señaló al cielo—. Hasta el atardecer, no más. Si para entonces no volver, váyase. ¿De acuerdo?

El capitán asintió:

—¡De acuerdo! —y comenzó a arrimarse a la orilla. Cuando encontraron un claro de arena oscura que interrumpía la continuidad de la espesura Hagedorn saltó por encima de la borda y sin volverse ni una vez chapoteó con el agua hasta el muslo entre los juncos hasta ascender a la orilla y perderse tierra adentro.

El capitán aguardó cinco horas, con el vaporcito anclado, y después, cuando la sombra de los árboles de la lejana orilla oeste comenzó a cernirse sobre el Paraná, ordenó que activaran la caldera y el *Señorita* se puso en marcha con un ronroneo parejo hasta que se desvaneció tras un recodo del río rumbo al puerto de Rosario.

Se hizo un silencio. Incluso Poynton, que se había quedado escuchando, suspenso, en el marco de la puerta que daba al pasillo de la cocina, con los perros retenidos por la correa corta, no dijo una palabra.

Tulip fue el primero en hablar:

—No se te ha movido un músculo de la cara, Chim. ¿No querrás hacerme

creer que te ha gustado eso?

—¿A quién le satisface algo que ha escrito en el pasado? Pero excepto un par de puntos... Oh, está bien, reconozco que hay cosas un poco pedantes: yo trataba de utilizar todo lo que me contaban, todo lo que leía, por algo me pasaba el día entero en la biblioteca pública de San Francisco.

—¿Qué sabías tú de esos lugares?

—Había leído un libro de Euclides da Cunha, un novelista brasileño, sobre la zona del nordeste de Sudamérica y se me ocurrió usar algo de ese escenario, ya que por aquella época los ladrones solían tratar de perderse en el Sur, como Butch Cassidy. Era cuestión de mirar el mapa y poner los nombres. Además, pretendía ser un estilista en esa época, parece, con ese final abierto...

—Es una tontería, ese final.

—Puede ser, pero cuando lo reescribí quedó mejor, créeme. Lo hice más raro todavía. Lo saqué de Sudamérica y busqué el lugar más lejano del planisferio: Birmania, el sudeste asiático. Y la ubiqué en Rangoon, Calcuta... Y ahí sí les gustó, tal vez porque le daba un clima Kipling o Conrad. Aunque había diálogos en los que no se sabía ni en qué idioma hablaban...

—¿Y qué decían?

—No tengo la menor idea, inventé la versión en idioma nativo. Pero esas cosas funcionan, como el idioma que usa Tarzán para hablarles a los monos... ¿Qué les dice? El sentido es una cuestión de contexto.

Tulip sonrió.

—Eres un tipo raro, Chimney: te gusta que en lo que escribes haya cosas que no se entiendan... Supongo que así te sientes superior al lector, lo obligas a pensar que eres más inteligente que él.

—Eso me insinuó Huston, si te hace sentir acompañado.

El coronel no entendía de qué le hablaba.

—John Huston, el soberbio que adaptó *El halcón maltés*, la última, la de

Bogart —Tulip asintió—. Me llamó una noche, Huston. Estaba borracho (y supongo que yo también), para avisarme que no iba a poner “toda esa parte del cuento”. ¿Sabes a qué me refiero?

—No.

—No importa, es un cuento que Spade le cuenta a la muchacha que lo contrató. En fin, le dije que hiciera lo que quisiera, que la película era de él, que yo ya había cobrado. Y ahí fue cuando me dijo que “los escritores ponían cosas raras para hacerse los inteligentes”. Me extrañó de un irlandés.

—¿Por qué?

—Por Wilde, por Joyce...

—No empieces con esos amigos tuyos.

Ahora fue Hammett el que sonrió.

—No creas que no sé quiénes son —se cruzó Tulip—. Lo que digo, respecto de esa basura que te obstinas en defender, es que has hecho tus tonterías, y las has hecho públicas. Para no hablar de tus últimas patéticas actuaciones políticas.

—Eso es por lo menos opinable ¿Pero quieres competir conmigo en vergüenza ajena? ¿Te crees que esas tonterías mías te liberan de haber cometido aquella imbecilidad en Kiska? —le retrucó Hammett.

—No fue ninguna imbecilidad. Pero de acuerdo, si lo quieres ver así. Sin embargo, esta basura tuya de la que te ufanas me da una pequeña ventaja.

El hombre flaco meneó la cabeza, no parecía dispuesto a competir:

—¿Puedo hacer una copia? Me había olvidado de esta primera versión.

—Puedes quedarte con esos papeles. Y no te reprocho que quieras quemarlos.

—¿Dijiste que te lo dio alguien en San Francisco? ¿Quién? ¿De dónde los sacó?

Tulip lo observó con ojos empuñados:

—No me acuerdo el nombre del tipo. Acaso no me lo dijo. Y yo no te dije

que fuera en San Francisco, ni que me los haya dado —subrayó con intención—. Hay todo un mercado en el que se cotizan estas basuras, Chim. No sé cómo has conseguido engatusar a tanta gente de que eres o fuiste un escritor importante.

—No te aproveches de mi proverbial mansedumbre —lo amenazó el hombre flaco.

El humo de los puros por un momento dio forma a una especie de nube gris suspendida entre ambos.

—Deberías saber dónde fue que dejaste tus papeles privados, supongo. Aunque en una huida precipitada como la tuya de San Francisco...

—Ni huida ni precipitada —dijo Hammett con mal contenido fastidio—. Empezaba o creía que empezaba una nueva etapa en mi vida, burro, algo que tú...

—Bueno: la cuestión es que te olvidaste o abandonaste una maleta llena de papeles, entonces. Este tipo tenía un montón de recortes, además, críticas o comentarios de libros que seguro conservabas para que no se perdieran tus fundamentales contribuciones a la educación popular norteamericana. Me quedé con un par... Es increíble la cantidad de basura pedante que podía caber en una cabeza como ésta.

—Hubo un tiempo en que escribí reseñas para un semanario, *The Saturday Review of Literature*, y me pagaban bien. La revista dejó de salir al poco tiempo, cuando vino la Depresión.

—Fue una gran pérdida, supongo.

—Como tantas cosas, aunque ironices con eso —dijo Hammett—. Pero ¿de dónde te dijo el tipo que había sacado esto?

—No me lo dijo, Chim; pero sí me contó algunas cosas muy interesantes acerca de ti —dijo Tulip gozando de la administración pausada de su información—. Y le gusta hablar.

—Sí que le gusta hablar, ¿eh? —dijo Hammett.

—Sí. Tiene algo en la voz —apuntó Tulip sorprendidamente—. Y a la gente que tiene algo en la voz siempre le gusta oírse hablar. Me ha parecido que no sólo te conocía bien sino que era un admirador tuyo.

—¿Cuándo lo viste? ¿Cuándo estuviste en San Francisco con él? Porque estamos hablando de cosas que pasaron hace treinta años.

Tulip precisó:

—No te dije que lo haya visto en San Francisco ni te dije que él te conocía de allá y de esa época. En realidad, parece que sabe de ti sin conocerte; me lo crucé en New York hace un tiempo, de casualidad. Y tiene treinta años, o menos.

Hammett frunció el entrecejo:

—Estás inventándolo todo. ¿Menos de treinta años? ¿Cómo es?

—Es un muchacho alto que habla raro. Pero parece que sabe de qué se trata. Ya te contaré. Aunque no creo que te merezcas una historia tan buena, Chim.

En ese momento Donald trajo a los perros desde la cocina. Los Irongate tenían tres perros de aguas: dos marrones y uno negro. Uno de los marrones, Jummy, era enorme para su raza. Solían jugar todas las noches un rato con Hammett, pero en esa ocasión primero trataron de averiguar cuánta atención podían obtener de Tulip y lo olisquearon largo rato.

Donald despidió a los perros con toquitos breves en las cabezas, dio las buenas noches y se llevó la bandeja con las tazas del café.

Mientras acariciaba la cabeza de Jummy, Tulip observó a Donald y dijo:

—Camina bien.

Hammett recordó que ésa era una de las cosas que Tulip siempre observaba en la gente. Él mismo, Tulip, era de mediana estatura pero siempre andaba tan erguido que parecía más alto, a pesar de su pecho y sus hombros voluminosos: caminaba como si conscientemente confiara en lo que vendría, como si hubiese adoptado la decisión de no dar un paso atrás ni perder jamás el equilibrio. Alguien —acaso una amiga que tenían en común, Nancy Mawhorter

— le había dicho una vez, probablemente el día en que se conocieron en su casa de Baltimore, que Tulip, con sólo una brújula a su disposición, habría podido llegar a cualquier parte.

—Hace diez años fue un buen *welter* —dijo Hammett refiriéndose a Donald—. Peleó en Filadelfia con el seudónimo de Donny Brown.

—Nunca oí hablar de él.

—Puede ser, pero de todos modos era bueno. Él mismo dice que su problema era que no tenía buenas manos, que se lesionaba los nudillos, y que para un negro pelear es una manera dura de ganarse la vida, a menos que relativamente pronto pueda llegar a competir por el título, o que haga algo más, además del boxeo. Después fue sparring durante unos años.

—Era duro pelear en Filadelfia, fueras negro o blanco. Ni siquiera era fácil tomar un taxi, ¿no? Había que bajar a la calle y agitar los brazos para que te vieran y se detuvieran.

—Y ni así estabas seguro de que no te levantaran por el aire —dijo Hammett.

Se rieron los dos.

Los perros decidieron que por el momento ya habían conseguido de Tulip todo lo que querían y lo abandonaron. Jummy se echó en su lugar predilecto, tras el sofá, y Meg se acomodó para pasar la noche acostada sobre el piso, en un extremo del mismo sofá. Cinq, el negro, cachorro aún, anduvo de cuarto en cuarto, en busca del sitio ideal para echarse, con predilección por los lugares en que le llegara una corriente de aire de alguna puerta.

—Me estabas contando que habías encontrado a este tipo en New York hace un tiempo. ¿Qué hacías ahí?

—Buscaba a una chica, ¿qué crees?

—Una chica para...

—Para lo que sirven las chicas —suspiró el coronel acomodándose en el sillón—. Pero claro: a veces me olvido de que tú no gastas la mente en esa

clase de cosas, Chim. Por lo menos si tienes otras cosas importantes en que pensar. Pero eso es un privilegio sólo para escritores, escritores veteranos.

—Las mujeres me siguen interesando, no creas.

Tulip asintió.

—Al estilo tuyo: te interesan como tema. Y eres bueno para eso, reconozco. Una vez me contaste una advertencia que te había hecho tu madre, ¿te acuerdas?

—Mi madre me dio sólo dos consejos de advertencia en toda su vida, y los dos fueron muy buenos —dijo Hammett con cierta burlona solemnidad—: uno, “Nunca subas a un barco sin llevar remos, hijo, aunque sea el *Queen Mary*”, y el otro: “No pierdas el tiempo en mujeres que no sepan cocinar, porque tampoco serán muy entretenidas en ninguna otra habitación de la casa”.

—Bien sabes que tu madre estaba ya bien muerta cuando ni siquiera habían pensado en construir el *Queen Mary*...

—Era escocesa a medias —dijo Hammett imperturbable—, y esa gente puede ver el futuro.

—Puede ser —concedió el coronel—. Pero era del otro consejo del que te quería hablar. En ése, el de las mujeres y los distintos cuartos, he encontrado más verdad de la que había supuesto en un principio; pero no siempre funciona.

—No hay muchas cosas que funcionen siempre.

Tulip se puso de pie y fue una vez más hacia la mesa del rincón.

—Me prepararé mi dosis nocturna, para poder irme a la cama si sigues hablando así —dijo mientras se servía—. Resultas muy pesado cuando te pones filosófico, Chim.

Después regresó a su sillón con un vaso en la mano.

—Tulip —dijo Hammett—, te veo venir. Óyeme bien: no te escucharé más por esta noche, ya que subiré a mi cuarto para meterme en la cama y leer un rato antes de quedarme dormido.

—De acuerdo —respondió Tulip con una sonrisa—. No tengo urgencia en liberar mi pecho de nada. En fin... ¿A qué hora te levantarás, Chim?

—En esta época del año suelo levantarme a las ocho.

—Lláname en cuanto te levantes. Desayunaremos juntos. ¿Has tenido algún motivo especial para no decirme que los Irongate no aparecerán por ahora?

—No, sólo mi habitual extravío —dijo Hammett—. Pero sí es probable que en cualquier momento lleguen sus hijos.

—Ah.

Hammett apagó las luces mientras el otro terminaba su trago y subieron la escalera juntos. Cumplió con sus deberes de anfitrión: inspeccionó el cuarto y el baño de Tulip para ver si todo estaba en orden.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Chimney.

Hammett esperó que su amigo cerrara la puerta y luego se metió en su cuarto, al otro extremo del pasillo. Cinq, el cachorro de aguas negro, se había echado junto a la mesa de noche y cuando lo vio entre las sábanas se acercó en busca de su saludo nocturno. Mientras le rascaba la cabeza, el hombre flaco de la nariz afilada y los anteojos de grueso marco no pudo dejar de pensar que en ese momento, en la planta baja, los Poynton extrañarían el ruido de la peluda cola del viejo Old Rush barriendo bajo la cama.

Hammett se acomodó en el lecho y retomó la lectura de los *Essays in Physics*, de Samuels, con aquella cortés carta de Einstein en la que se niega a admitir que en el éter de doble estado haya algo que los físicos puedan aprovechar. Se había propuesto pensar un poco acerca de Tulip y de su visita más tarde, pero su cabeza derivó hacia la noción de un universo que se expandía con el único intento de hacer, una vez más, contrabando de infinito.

En eso estaba cuando sintió que golpeaban suavemente a su puerta. Era Tulip. Aún estaba vestido y traía un papel en la mano.

—Pensé que podrías tener problemas de insomnio después de nuestro

diálogo perturbador —dijo con una extraña sonrisa—. Creo que con esto te dormirás antes de terminar el primer párrafo.

—¿Qué es?

—Una de esas cosas pedantes que escribías y tenías la caradurez de guardar. Fíjate si no.

La dejó sobre la cama y salió sin comentarios.

Hammett apoyó el libro de Samuels a un costado, recogió las dos columnas de papel amarillento y quebradizo recortadas acaso por él mismo hacia 1927. Era una reseña de un libro sobre los rosacruces en Estados Unidos. Lo desplegó con cuidado y leyó:

Más allá del vasto caos de conjeturas, ambigüedades, charlatanería y vaguedades que es la historia de los Rosacruces, Arthur Edward Waite, en *The Brotherhood of the Rosy Cross* (William Rider and Son, Londres, 1924), ha intentado brindar un ordenamiento y una valoración de los datos. Consciente de la tarea y poseedor de una amplia experiencia en el campo de la investigación religiosa, ha tenido éxito en la limpieza de enormes bibliotecas llenas de desperdicios acumulados por estudiantes que, en su entusiasmo, han creído ver un auténtico Hermano Rosacruz en cada alquimista, cada cabalista y cada mago, aunque fuese poco serio.

Los hechos que presenta Waite siempre parecen ser hechos, aunque la interpretación que él propone de cada uno de ellos no sea siempre convincente. De este modo, demuestra con claridad que no subsiste prueba fidedigna de la existencia de la orden Rosacruz antes de la aparición, en 1614 y 1615 respectivamente, de las obras anónimas *Fama Fraternitatis R.* y *Confessio Fraternitatis R.*, y en 1616 de la obra de Johann Valentin Andreas, *Chemical Marriage*.

Apartó la mirada del texto, bostezó y volvió plegar la nota. No podía leerla entera, por supuesto; pero no estaba tan mal, en el fondo. Aunque tenía un aire impostado culturoso e insoportable, Hammett se reconocía en esa escritura. Trató de pensar qué intentaba demostrar o demostrarse en aquellos años

escribiendo sobre cosas tan alejadas de lo que eran sus relatos de crimen y misterio, pero eso no era algo que estuviese dispuesto a investigar por ahora. Y como a esa altura ya se sentía dominado por el sueño admitió secretamente que Tulip acaso tenía razón, apagó la luz y se dispuso a dormir.

## 2. Tony & sus hermanas

Cuando Hammett bajó a la hora del desayuno, ya Tulip estaba ahí. Comía arenques y leía uno de los diarios. Se dieron los buenos días y Hammett también se sentó a leer. Donald le había dejado en su lugar la correspondencia: una carta de Lillian desde París, una larguísima de su hija Jo en papel celeste que dejó para más tarde y mucha basura de propaganda. El hombre flaco se sirvió jugo de naranjas, arenques y tostadas. Estaba en la mitad de un bocado cuando su amigo dijo:

—Estuve pensando en lo que hablamos anoche.

—¿En qué? Hablamos de muchas cosas.

—En el problema que tienes para escribir. Si te mostré esas viejas cosas fue para motivarte.

—Creo que el que ha tenido y sigue teniendo problemas eres tú, Tulip — dijo Hammett—. Por qué no te...

Se interrumpió al oír la bocina de un coche en el camino de entrada.

Al momento Tony Irongate entró en la casa con un par de maletas de mimbre grandes, pero livianas en apariencia. Las dejó caer junto a la puerta cuando los perros corrieron a recibirlo. Era un chico alto y delgado de catorce años y ojos marrones en una cara luminosa y pálida.

—Hola —saludó sólo a Hammett—. ¿Qué sabes de Paulie y Gus?

—Nada o casi nada —le respondió él—. Según Linda, que atendió la última llamada, no vendrán para acá; tienen previsto quedarse en New York.

—Ah... —la noticia no pareció alarmarlo—. ¿Y mis hermanas?

—Si no sabes tú...

Tony no sabía, aunque suponía que no tardarían en llegar, pues los tres tenían previsto ir de campamento a la montaña el fin de semana.

—Estarán por caer —dijo Hammett.

A continuación le presentó a Tulip, quien no se levantó de su asiento pero dijo:

—Así que tú eres el famoso Tony. Voy a decirte algo...

—Tú no dirás nada —se cruzó Hammett.

—Sólo que no confíes demasiado en la cordura y el consejo de este viejo chupado y reseco.

El chico miró a Hammett como pidiendo instrucciones:

—No le hagas caso —dijo él—. ¿Alguna novedad en tu vida?

Tony tenía novedades, siempre las tenía:

—Traigo una ballesta nueva que compré para llevar mañana. Es muy fuerte, pero las flechas se zafan cuando apunto hacia abajo. ¿Podremos arreglarla?

—Creo que será fácil.

Tulip hizo un gesto de mudo escepticismo.

—Buenísimo —dijo Tony—. ¿Lo haremos hoy? No creo que Sexo y Lola vayan a llegar todavía. Recién a las cuatro de la mañana vendrán a buscarnos para el campamento.

—Seguro.

—Bueno. Dejo todo esto arriba, me lavo y vengo a desayunar con ustedes. Tengo mucha hambre; estoy con el estómago vacío.

—Me imagino —dijo Hammett.

—Díselo a Donald. ¿Hay más arenques? —Hammett asintió—. Enseguida vengo.

Tony recogió sus maletas y siguió hacia el fondo, al trote, seguido por los perros.

—¿Qué es eso de Sexo? —preguntó Tulip.

—Es el apodo que le ha puesto a Do, su hermana mayor. Un modo de

burlarse. Ella está en la edad de querer saber cosas y últimamente ha hecho varias preguntas al respecto.

—Y tú se las has contestado. Ah, chico... Ya te veo relamiéndote y perturbándola con tus respuestas. ¿Es una buena niña? Algunas chicas lo son.

—Basta ya, no te metas con eso. No es cosa de enseñarle solamente cuándo decir sí o decir no. Se trata de una cosa que está en un nivel que tú, probablemente, no comprenderías.

—Si no se trata de eso que supongo, seguro que no lo comprenderé — admitió Tulip—. Porque yo soy hombre de sí o no.

—Lo sé —dijo Hammett convencido—. Eres un tipo frontal, una personalidad dominante, y andas por ahí con la idea de que estás probando todas las variedades posibles de sexo cuando, en realidad, si se lo mira bien, lo único que haces es masturbarte, de uno u otro modo. Salvo en un par de ocasiones en que te han engañado.

Tulip miró a los costados y después de verificar que estaban solos se echó a reír:

—Tendré que pensar todo eso muy bien, Chim. Que es más de lo que puedo decir de la mayoría de las cosas que tú me dices. ¿No crees que por eso el sexo es triste a veces, no muy triste digo, pero sí más de lo que debería ser?

—Con tu mentalidad y tu modo de comportarte debe ser siempre triste.

—No creas.

Se callaron cuando de nuevo se sumó Tony, que trajo sus propios temas.

Mientras el chico comía y parloteaba con el hombre flaco, Tulip se dedicó, al menos en apariencia, a leer minuciosamente el diario.

—Escuchen esto —dijo de repente en voz alta—. Caryl Chessman está escribiendo un libro.

—¿Quién es ése? —quiso saber Tony.

—Un condenado a muerte —dijo Hammett—. Hace años que está en el corredor de la cámara de gas pero ha conseguido dos veces...

—Tres —corrigió Tulip.

—...tres veces que la Justicia de California postergue la ejecución.

—¿Te das cuenta, Chimney? —Tulip bajó el diario con una amplia sonrisa

—. Cualquiera con un poco de tiempo libre puede hacer lo que tú no haces.

—¿Qué hizo?

Tony estaba interesado.

—¿Chessman? Asaltaba a las parejas que estaban en los coches... — comenzó Tulip—. Pero explícale tú, que para eso te encargas de la educación sexual en esta familia.

—Basta ya —dijo Hammett.

—¿Atacaba a las mujeres? —insistió Tony.

—Atacaba a las mujeres, exactamente —dijo Hammett—. Pero ahora, come.

Mientras el hombre flaco comenzaba la laboriosa explicación de cómo operaba El Bandido de la Luz Roja sin ir más lejos de lo que Tony pudiese necesitar saber, Tulip siguió con el repaso del diario, ahora sin comentarios, hasta completar la lectura de las tiras cómicas de la última página. Entonces fue hasta la cocina y se quedó charlando con Donald mientras tomaba otra taza de café.

Cuando al rato regresó, Tony y Hammett seguían muy en lo suyo, ahora sentados en la galería del frente. Tenían que revisar esa ballesta nueva de la que el chico había hablado. Tulip los observó un momento por la ventana que daba al cuarto de estar y volvió rengueando al sillón, meneando la cabeza.

—Es brutal —dijo Tony mientras sacaba el artefacto de una larga funda marrón de cuero—. Por supuesto que todas lo son, pero ésta es terrible de verdad.

Hammett pensó que Tony disfrutaba del uso de ciertos adjetivos. Tomó la

ballesta en sus manos y la sopesó. En realidad era un híbrido un poco monstruoso y pesado, estaba entre una ballesta y esas cosas tremendas que había visto que hacían ciertos tipos del oeste de Pennsylvania con elásticos de coche.

—Tiene todo el poder del mundo —el chico usaba un tono excesivo—. Pero, mira, el disparador se suelta cuando haces tensión —sus ojos oscuros brillaban: las armas le producían placer.

—Lo arreglaremos con algo que sostenga el disparador bien atrás mientras tú tensas la cuerda. Pero no sé si merece la pena, porque no creo que vayas a disparar mucho. ¿Por qué no le pones un trocito de esparadrapo cuando quieras que quede en esa posición? No ganarás nada si le añadimos peso al arma con algún tipo de traba, y con un trozo de esparadrapo no creas que perderás fuerza ni precisión en el tiro.

—Pues si tú lo dices —respondió Tony con lentitud—. Pero yo había pensado que...

Hammett le echó una mirada.

—Crees que sólo quiero desligarme del trabajo, ¿no? Deja de hablar como Tulip.

Tony rió con alegría:

—Tu amigo Tulip es un personaje, ¿verdad?

—En cierto sentido sí, pero tienes que tener en cuenta que él y yo estamos constantemente haciéndonos bromas, así que no nos tomes demasiado en serio. La mayor parte del tiempo, Tulip quiere mostrarse peor de lo que es, y yo intento parecer un poco mejor. Los viejos suelen alardear con sus recuerdos y muchas de esas pavadas masculinas tienen el fin de impresionar a mujeres y niños... Cuando no se trata de impresionarse el uno al otro o, tal vez, simplemente a uno mismo.

—Eso ya me lo has dicho antes —aseguró Tony.

—No por eso deja de ser cierto, en parte —le advirtió el hombre flaco—.

Vamos, llevemos esto al garaje y veremos qué se puede hacer.

Bajaron de la galería y atravesaron el césped que tenía ya el vigor de la flamante primavera, con mechones de pasto más salvaje que se insinuaban desparejos y esperaban el primer corte de la estación. Por el camino de grava se dirigieron hacia el garaje. A un costado, los arces mostraban que todavía les faltaban un par de semanas para florecer.

—Tulip tiene algunas cosas agradables —dijo Hammett—. Una de las que siempre me han gustado es su idea de la educación. Es licenciado en Harvard, ¿sabes?

Tony, que marchaba a su lado con la ballesta y la funda de cuero, exclamó:

—¿Bromeas?

—Es cierto. No sé nada de la familia de Tulip ni sobre su origen inmigrante más allá de que son suecos, aunque lo conozco desde hace más de veinte años... Me ha contado cosas que he preferido no creer... Pero de todos modos ha estudiado en Harvard durante cuatro años, pero cuando se recibió se dio cuenta de que para ser un hombre instruido había que hacer algo más que anotarse en cursos universitarios, aunque ése fuera un primer paso necesario. Así que se dijo al diablo con todo y renunció a ser un hombre simplemente instruido.

—Vaya, a mí también me gusta ese modo de pensar —dijo Tony.

De inmediato comenzaron a hacer puntería con el arco contra un tocón que utilizaban como blanco y que ya habían usado con otras armas. Por detrás del blanco, la tierra se elevaba hacia la colina que dominaba el parque.

Esa ballesta era un arma peligrosa: lanzaba los dardos de acero con fuerza y, una vez hecho el arreglo, cada vez con mayor precisión.

Tony sonrió:

—Ahora está bien, ¿no?

Hammett asintió:

—Mmmm...

La sonrisa del chico se ensanchó:

—Y sería tonto quejarse de que sólo sirva para esto de tirar al blanco, ¿no?

—En nuestro caso, sí.

Y Tony suspiró antes de asentir con la cabeza. El hombre flaco sonrió secretamente.

Siguieron practicando largo rato con la ballesta. De pronto, mientras observaba cómo apuntaba el chico, dijo Hammett:

—¿Cómo te ha ido con aquella lámpara que ibas a probar?

—Oh, aquella lámpara... Al final, nunca la hice —contestó Tony desalentado.

—Qué pena.

Hammett recordó que en parte por la idea infantil de experimentarlo todo, en parte por haber leído un libro sobre simetría dinámica que su padre tenía en casa, y otro poco por no conocer a nadie que tuviese mucha fe en las teorías habitualmente aceptadas sobre la luz, Tony había elaborado la idea de que un trozo de metal refractante rizado en ambos extremos a modo de espiral en ángulo recto podría convertirse en una pantalla, una fuente que economizaría luz. Ignoraba, por supuesto, los factores de temperatura, o quizá esperaba ocuparse de ellos cuando llegase el momento y de ser necesario, pero ¿qué teoría acerca de la luz no procedía así?

—Un papel pesado y cubierto con una hoja fina de aluminio te iría tan bien como un metal brillante —le recordó Hammett—. Y el papel podría ser mejor que el metal, porque es más fácil de cortar y de pegar cuando hayas comprobado cuál es la longitud con la que obtienes más luz.

—Lo que más me preocupa —le explicó Tony— es que los extremos de las espirales estarán demasiado cerca de la bombita de vidrio.

—Has pensado en una espiral demasiado grande —dijo Hammett—, tal vez

necesites una luz mucho más pequeña. De todos modos, al medir la luz ya verás qué tamaño es el más conveniente. Pero si quieres preocuparte por algo, quizá sea mejor que pienses en una espiral de tres dimensiones y no en la de dos.

El chico cerró sus ojos oscuros, abrió uno para apuntar y disparó la ballesta apenas antes de preguntar:

—¿Pero cómo saldrá la luz de esa espiral de tres dimensiones? La mayor parte quedará adentro, ¿no es así?

Los conocimientos de matemáticas de Hammett no eran tan amplios como para permitirle responder a su pregunta. Se lo dijo mientras tomaba ahora él el arma, la cargaba y se la devolvía:

—Pero éste podría no ser un problema de matemáticas, Tony —agregó—. La gente dice que la topología es una rama de las matemáticas, pero creo que se equivocan y tal vez la topología nos sirva de ayuda.

Tony bajó la ballesta y emitió un leve sonido de deleite cuando Hammett dijo “topología”, como si hubiese oído el nombre de un viejo amigo. En el invierno los había escuchado a él y a Gus, su padre, mientras hablaban, durante horas, de escultura y de la relación espacial exclusiva que tiene la pintura con la superficie de los objetos y con ninguna otra cosa.

A Hammett le gustaba la topología. Unos años antes había comenzado a escribir un cuento acerca de la cinta de Moebius, o tomando a la cinta de Moebius como referencia. Lo había pensado de modo que se pudiese empezar a leer a partir de cualquier punto e ir girando hasta llegar hasta ese mismo punto de modo que fuese un relato completo y con sentido, comenzaras por donde comenzaras. Lo que estaba tratando de escribir en ese momento tenía algo que ver con eso.

Cuando volvieron a la casa, Tulip bajaba por la escalera con un cigarrillo

en los labios hacia el vasto ambiente que, por algún motivo, era denominado el estudio. Se detuvo en el rellano y entrecerró los ojos como para observar bien la ballesta.

—¿No están retrocediendo en el tiempo, caballeros? —preguntó—. He leído algo acerca de pistolas de rayos, desintegradores y otros medios más modernos. ¿Has visto *El día que paralizaron la Tierra*, Tony? ¿O éste sólo te lleva a ver *El halcón y la flecha*?

—Al estreno de *El día que paralizaron la Tierra* fuimos con Pat —dijo Tony con cierto orgullo.

Tulip frunció el ceño.

—Patricia Neal, la actriz, es amiga nuestra —apuntó Hammett. Tulip distendió las cejas.

—Pero *El halcón y la flecha* la vimos tres veces —prosiguió el chico, entusiasmado—. Y *El pirata hidalgo* también.

—¿Ves lo que digo? Recién estás llegando al arcabuz, Chimney. El chico no tiene la culpa de tu enfermizo atraso tecnológico. Ahora te haces el trampero acechando en el bosque...

—Son etapas —respondió el hombre flaco—. Variaciones de lo mismo. Los rayos letales por último se derrotarán a sí mismos, como pasó con la pólvora, con todo lo anterior —se encaró con su amigo—. ¿Quieres caminar hasta el lago? Hace por lo menos un par de milenios que está ahí.

—Pues sí, ya que nos está esperando...

Tulip dio una pitada final al cigarrillo y se dispuso a salir. Tony dejó la ballesta con su funda sobre un sillón y volvió al parque. Hammett buscó un abrigo en el perchero de cuerno, ya que a las nueve de la mañana aún hacía frío. Después, los tres juntos atravesaron el jardín en camino hacia el sendero que los llevaría al lago.

Algunos juncos que no se habían inclinado todavía hacia el norte tocaban tierra bajo un comedero de pájaros, una ardilla que vivía en un nogal cercano

descendía de prisa por el tronco del árbol, un pajarito, un paro, se echó a cantar y otros tres volaron hacia ellos.

—Buscan pipas —le explicó Tony a Tulip. Y señaló a Hammett—: él les da de comer en la mano.

—Es su alma de San Francisco —comentó Tulip—. Éste es un viejo senil que lee demasiado; siempre lo ha sido.

El chico rió mirando a Tulip; Hammett marchaba a su otro lado.

—¿Lo has visto hacer su número de acariciar a las mariposas? —dijo Tony—. Es muy bonito.

—Me lo puedo imaginar —respondió Tulip—. Chimney es un tipo muy listo en muchos sentidos. Quisiera contarte lo que sucedió un día en un pueblo cerca de Spokane... ¿Puedo?

—Tony es una de esas personas ante las que podemos hablar —observó Hammett.

En ese momento caminaban ya por el sendero fangoso, que era lo suficientemente ancho como para que anduviesen uno junto al otro, los tres. Algunos capullos parecían a punto de abrirse pero desde hacía semanas se mantenían en ese estado y no ocurría nada nuevo pese al apuro de la primavera.

—¿Quieres decir que puedo contarle aquello de Coeur d'Alene? —preguntó Tulip.

—No sé en qué estás pensando, pero cuéntaselo, si quieres. En cuanto a lo de las mariposas no es nada extraordinario. Ya habrás visto cómo les gusta abrir y cerrar las alas. Pues si tienes cuidado y no las asustas con la sombra, en un primer momento puedes acariciarles las alas y les gustará y se quedarán quietas. Eso es todo.

—Estupendo —dijo Tulip—. Por eso es que tú crees que les gusta. Ahora, dime: ¿por qué crees que te gusta a ti?

—Si fuera cierta la teoría de que los insectos se apoderarán del mundo,

sería conveniente tener amigos entre los de esa especie.

—¿No es un antiguo fósil desagradable? —le preguntó Tulip a Tony. Luego sacudió la cabeza.

Tony se volvió hacia Hammett:

—Ustedes se conocen desde hace mucho tiempo, ¿verdad?

—Desde hace mucho, pero bastante poco. No te figures que hemos sido grandes amigos.

Tulip masculló algo grosero y grave por encima de la cabeza del chico.

—Eh —dijo Tony, encarando a Hammett—, dijiste hace un momento que yo era una de esas personas delante de las que podían hablar. Pero, sea por lo que sea, la verdad es que no están hablando frente a mí.

Tulip codeó un par de veces el hombro de Tony:

—Eres un chico muy vivo, ¿eh? —por encima de la cabeza del muchacho miró a Hammett con el ceño fruncido—. ¿Le explicamos el asunto aquel de Coeur d'Alene para ver qué dice él?

—Si lo quieres así —le contestó el hombre flaco—, pero es preciso que sepas que elaboro mis propias ideas sin importarme lo que digan los demás.

—Lo sé. Eres un enemigo de la democracia.

—No lo soy, aunque no confío en que tenga mucho valor dentro de grupos pequeños. Y no vayas por ahí diciendo que soy un enemigo de la democracia. Me meterán en la cárcel otra vez.

—En el fondo tiene razón tu amigo el senador.

Siguieron unas decenas de metros en silencio.

—¿O sea que piensas que tendré que hacerlo? Lo de la lámpara, digo —preguntó de pronto Tony—. Me había convencido de que no sé lo suficiente sobre ese tema. Pero me gustaría intentarlo, si tú piensas que está bien.

—Creo que vale la pena intentarlo —respondió Hammett—. Saber lo que haces es sólo una parte de un buen trabajo. Y un trabajo es bueno cuando haces uso de lo que sabes para aprender cosas que no sabes.

—¿De qué crees que estás hablando? —se cruzó Tulip.

—Por lo menos, si consigues eso, ya es excelente como resultado —prosiguió Hammett, imperturbable—. El problema se presenta cuando eso que se suele llamar sentido común se apodera de ti y comienzas a aceptarlo como finalidad única. Ésa es la diferencia entre un carpintero y alguien que está haciendo algo de verdad.

—Mi padre era carpintero —interrumpió Tulip, ya fastidiado—. No me parece que deba permitirte que hables de ese modo.

—Tu padre fue un ratero o un estafador.

—Cierto. Pero en eso no era tan bueno como para ganarse la vida —dijo Tulip sin rastros de ironía—. Por eso la mayoría del tiempo tenía que trabajar como carpintero.

Alguien, probablemente Tony, esbozó una sonrisa.

Los perros los alcanzaron cuando llegaron a la bifurcación del sendero; la senda de la izquierda remontaba una colina hasta el nuevo refugio para pájaros de los McConnell, sus indiscretos vecinos, y la de la derecha conducía al lago que se extendía entre las dos propiedades. Luego de hacerles todas las demostraciones de cariño posibles, los animales se adelantaron hacia el lago, algunos de cuyos sectores —el hielo se había fundido unas semanas antes— eran visibles por entre las ramas desnudas de los árboles: la mayoría de las plantas de follaje perenne se hallaban sobre el lado opuesto. Era un pequeño lago alimentado por los deshielos de no mucho más de tres hectáreas y de a lo sumo tres metros de profundidad máxima, con un par de diminutas islas, muy tranquilo y hermoso.

En el momento en que abandonaban el sendero y ya marchaban en dirección al borde del lago y hacia el muelle, Hammett, que caminaba un par de pasos atrás, observó a su amigo, que rengueaba levemente, pero no pudo determinar

si parecía alguien que ya hubiese visto antes o evocara ese paisaje que tenían delante. Sin embargo, como si hubiese adivinado su pensamiento, Tulip se volvió apenas y con un movimiento de cabeza señaló el lago mientras miraba a Hammett de soslayo.

—Aquel lago de Lee en Illinois, ese del que te he estado hablando anoche, era muy parecido a éste —dijo. Y agregó, tratando de ser preciso—: sólo que aquél tenía un atracadero de piedra y la casilla estaba junto al agua y no alejada, como ésta. Además, aquel lago era o es más grande.

El hombre flaco asintió. Las cosas siempre eran más grandes en los relatos de Tulip.

A Hammett le gustaba mucho este lago. Cuando era el tiempo, siempre había algunos ejemplares de lobinas, lucios, peces sol, serpientes, ranas y tortugas. Él jamás había probado las serpientes y la lobina tenía gusto a barro, pero las otras especies se dejaban comer.

—Ese Thoreau no era ningún imbécil —dijo Tulip mientras se recostaba, la espalda contra el césped húmedo de la orilla.

—Es una manera muy poco ortodoxa de elogiarlo, supongo —dijo Hammett.

Echó el brazo hacia atrás —estaba sentado en el escalón de madera del muelle— y arrojó una piedra al espejo del lago.

—¿De quién hablan?

Tony, pegado a Hammett como si temiera que algo importante se le escapara, se asomó por sobre el brazo extendido del hombre flaco.

—De un hombre sabio, incómodo, equívocamente sereno, atrabiliario acaso... —comenzó Hammett.

—Ésa no es una palabra para usar al aire libre —dijo Tulip—. Atrabiliario.

El hombre flaco lanzó una carcajada y un par de pájaros posados sobre el techo de paja del muelle echaron a volar. Los tres los siguieron con la mirada hasta que atravesaron todo el pequeño lago y se posaron en la orilla opuesta.

—¿De quién hablaban? —insistió Tony.

—Un escritor, Thoreau —dijo Hammett—. Hemos hablado de él alguna vez y están sus libros en la biblioteca. Y lo de atrabiliario daría para un largo rato.

Mientras tanto, los tres perros entraban y salían del agua en sus habituales husmeos del borde del lago. A unos seis metros de un extremo de una de las islitas, un par de gansos u ocas (la distancia no permitía distinguir qué clase de aves eran), en un descanso de su temprano viaje de emigración hacia el Canadá, los observaban a ellos o a los perros, acaso oían sus destempladas voces. En esa época del año los gansos silvestres probablemente se sentían más curiosos que tímidos.

Tulip comenzó, sin moverse del lugar, recostado en el pasto, a jugar con los perros. Había arrojado un palo al agua para que Cinq fuera a buscarlo y de algún modo se sorprendió cuando el cachorro se metió en el lago y nadó vigorosamente hasta alcanzarlo.

—Esto puede ser el comienzo de una interesante amistad —dijo Hammett. Se puso de pie y caminó unos pasos alejándose por la orilla.

Cinq regresó con el palo, lo dejó junto a Tulip y esperó.

Tulip repitió la operación con un poco menos de energía que las veces anteriores. Cinq se arrojó al agua en busca del palo; llevaba la cabeza bien erguida sobre la superficie del agua, tal como suelen hacerlo los perros de su especie, aun cuando no estén adiestrados. Mientras, Jummy y Meg entraban y salían del agua donde la orilla del lago hacía una curva.

Tony, con cierta timidez, haciéndose cargo quién sabe de qué, comenzó a explicarle a Tulip:

—Teníamos otro perro, el viejo Old Rush, una mezcla de terrier que era de Donald, pero desapareció el día de la tormenta. Lo asustaron los rayos.

—Algo le oí decir a Chim. ¿Era un buen perro?

Tony asintió:

—No se metía en el agua, como éstos. Hacía pozos y cazaba ratones. Y era muy guardián, se ponía feroz. Le pregunté a Dash si cree que volverá.

—¿Y qué te ha dicho ese viejo charlatán?

—No me ha dicho nada.

—Eso es: nunca dice nada —ratificó Tulip meneando la cabeza.

—No creas. Habla mucho conmigo y supongo que oíste: teníamos una idea para una lámpara y...

Sin apartar los ojos de la cabeza negra del perro, Tulip lo interrumpió:

—Mira, si él te ha metido en eso, tal vez sea interesante en algún sentido —concedió apenas—; pero si no es algo poco práctico por ahora, ya lo será cuando él haya puesto punto final a la cosa. Éste es un viejo charlatán, lleno de teorías, que te hará perder mucho tiempo si se lo permites, Tony. Es un experto en eso.

—¿En qué?

—En perder tiempo. ¿No lo has visto?

Después de decir esto, Tulip se apartó dirigiéndose al encuentro de Cinq, que regresaba con el palo en la boca. Hammett miraba indiferente el lago, hacia el otro extremo, como si toda su atención pudiera agotarse en la observación del ondular de los juncos.

Tony quedó en el medio. El silencio se prolongó.

—Está enojado —dijo Hammett.

—Sí.

—¿Qué crees que le pasa?

—Es que tú lo has cortado tan pronto como ha mencionado cualquiera de los temas que quería tratar —dijo el chico. Sin saber muy bien por qué, asumía que Tulip era la parte más débil o algo así—. Le has dicho que sí, que podía hablar de lo que quisiera, pero enseguida lo interrumpiste.

Hammett carraspeó. Pensaba que Tony era un chico agradable, y sentía que casi todo lo que había dicho en ese rato estaba destinado a él, y suponía que Tulip lo había comprendido así y de algún modo jugaba su papel del mismo modo.

—¿Crees que estuve mal con él? —dijo.

—No sé. Por ejemplo cuando sacó el tema de lo que sucedió cerca de Spokane, cuando mencionó Coeur d'Alene. ¿Qué pasó?

—No es una sola cosa, algo que pasó: ¿Conoces la historia de los coeur d'alene?

—¿Qué es eso, francés?

—Sí, francés: quiere decir corazón de lezna. ¿Entiendes la idea? Corazón muy duro, de hierro, sinónimo de valentía o acaso (o también) de impiedad.

Tony asintió. Se sentaron en el muelle y Hammett encendió un cigarrillo.

—Los coeur d'alene son una tribu que resistió largamente las campañas de exterminio que se lanzaron contra ellos en el siglo pasado. Gente muy valiente y decidida. Esa localidad cerca de Spokane tiene ese nombre porque allí vivía esta gente y hay...

—Ése eres tú —dijo Tulip, que volvía—. En lugar de contarle qué nos pasó en ese lugar te pones a explicar la historia de la piojosa tribu que le dio el nombre. Así funcionas, con tal de no...

—Esa historia es algo de interés mucho más general, más comprensible para todo el mundo que una anécdota que sólo te importa a ti o, como supones, a mí.

—Bah. Una vez más estás equivocado: a mí en realidad no me interesa o me interesa bastante poco. Pero estoy pensando en ti, no en mi interés.

Hammett echó humo mirando a la otra orilla del lago.

—Estoy intentándolo por tu bien —completó Tulip.

—Ahora me asistiría el derecho a ponerme de pie y echar a correr —le explicó Hammett a Tony volviéndose hacia él—. Eso es lo que debes hacer cuando alguien te dice que algo es por tu propio bien.

Tulip lanzó un gruñido y se sentó, o en realidad se dejó caer junto a ellos; después tendió la mano hacia los cigarrillos de Hammett.

—Toda esta palabrería tuya no nos llevará a ninguna parte. Te deja en el

mismo lugar en el que te he encontrado al llegar.

—¿De verdad?

—De verdad —respondió con calmada certidumbre—. Y puedes hacer cuantas bromas quieras, pero sabes que es así. Estás tan inmóvil, por no decir muerto, como esa isla, ahí. Y tu problema conmigo es que yo te lo recuerdo.

Tony se había sentado sobre el muelle con las piernas cruzadas y los observaba de soslayo con sus negros ojos brillantes, mientras fingía no hacerlo. Aunque no supiera exactamente de qué se trataba, sabía que era importante y le interesaba.

—Éste piensa que esta vez estoy definitivamente liquidado —le explicó el hombre flaco, finalmente, a Tony—. Desde que salí de la cárcel y vine a vivir acá, hace casi un año y medio, todo ha ido para atrás. A mis últimos programas de radio, el de Sam Spade y el de *The Thin Man*, los sacaron del aire mientras cumplía mi condena, y los tipos del gobierno de este estado y de la administración federal ordenaron que se me hicieran embargos por impuestos impagos. ¿Entiendes de qué se trata?

Tony asintió.

—Además, por razones digamos políticas, trabajar para Hollywood ya no existe como posibilidad para mí. O sea que Tulip se figura que tendré que escribir otro libro (lo que no es tener mucha imaginación) y hace flamear su vida piojosa, para usar un adjetivo que le gusta utilizar, delante de mis ojos para que yo escriba sobre ese tema.

—Lo que veo es que tú no eres un buen tema —dijo Tulip—, y esto es lo que he estado diciéndote siempre.

—Vaya, si yo no lo soy, ¿por qué lo eres tú? —preguntó el hombre flaco.

—Dios mío, es evidentísimo —respondió el otro con orgullo—. Porque yo soy mucho más interesante.

—No lo creo, y no es cuestión de discutirlo y tampoco tiene nada que ver con lo que yo he dicho.

Con evidente malhumor Tulip observó:

—Me alegra que uno de nosotros sepa sobre qué has estado hablando — luego preguntó a Tony—: ¿Sabes de qué ha estado hablando?

El muchacho sacudió la cabeza:

—Pero supongo que a alguna parte va a llegar —dijo.

—Tú eres joven. Tienes tiempo para esperar a que este desagradable llegue a algo, pero a veces resulta un viejo patético, ¿no? —Tulip alzó sus cejas rubias y se volvió hacia Hammett—. Tendrás que explicarme por qué, aunque soy una persona más interesante que tú, no puedo ser un buen tema para un libro.

—Mira —dijo el hombre flaco y volvió a dirigirse a Tony, o quizás a Tulip a través del chico—, es muy simple: en mi caso, he trabajado de joven en una agencia dedicada a la investigación de casos criminales, he estado en un par de guerras, o por lo menos en el Ejército mientras se desarrollaban esas guerras, me he involucrado en la política de este país, me he visto, por eso, metido en prisiones federales, he padecido de tuberculosis durante siete años, he estado casado, he tenido tantas relaciones como he querido, he tenido hijos y nietos. ¿Y qué hice con eso?

Nadie contestó.

—Hace un tiempo escribí un cuento breve, que está bien pero sin demasiada sustancia, acerca de un tuberculoso que viajaba a Tijuana para pasar una tarde y una noche fuera del hospital de San Diego donde se hallaba internado. A excepción de este relato, jamás he escrito una palabra relacionada con mi verdadera vida en forma directa. ¿Por qué? Sólo puedo decir que no es para mí. Tal vez ocurre que no puedo hacerlo aún, o tal vez no lo podré hacer nunca. Lo he intentado una y otra vez, y creo que lo he intentado con empeño, pero jamás he logrado que lo que escribía acerca de hechos de mi vida tuviese sentido para mí.

—“Tuviese sentido para mí” —lo remedó Tulip—. Dejemos de lado esas

estupideces, esas mentiras de las que ni siquiera te das cuenta, Chim... Pero, ¿qué es eso de nietos? ¿Han nacido después de la última vez que nos vimos?

—Ajá. Una niña hace un par de años y un niño el invierno pasado, cuando estaba a punto de salir de la cárcel. Aún no lo he visto.

—Qué bueno, Chim. Acaso los niños te hayan humanizado un poco. ¿Están en California? —y cuando vio que Hammett asentía con un movimiento de cabeza siguió con el interrogatorio—: ¿Quieres mucho a tu hija?

—Quiero mucho a mis dos hijas.

En ese momento, los tres perros, desde lugares diferentes, empezaron a ladrar y luego corrieron convergiendo hacia el sendero por el que habían llegado al lago, para desaparecer tras una curva.

—Visitantes —anunció Hammett.

—Me figuro que serán Do y Lola —dijo Tony casi al mismo tiempo.

Tulip arrojó su colilla al agua, donde se disolvió luego de emitir un débil chasquido.

En ese instante los tres perros reaparecieron a la carrera en la curva del sendero, con las dos niñas Irongate detrás de ellos. Do era una jovencita rubia de dieciséis años y Lola una niña de ojos y pelo oscuro y mejillas sonrosadas, muy bonita, y de no más de doce. Hammett pensaba que Lola se parecía a su padre y a Tony; en cambio, Do no se parecía a nadie que él conociera.

Saludaron a Tony con un “hola”, besaron al hombre flaco y luego estrecharon la mano de Tulip. Lola dijo:

—Aquéllos —por Gus y Paulie— tendrían que haber venido hoy pero no vendrán. Estaremos solos —y se le notaba la excitación.

Do agregó, en el mismo tono:

—No se les ha pasado por la cabeza avisarnos con tiempo. Tendremos que arreglarnos solos.

Tony resumió:

—O sea que nos tendremos que ocupar de la cena.

Hammett les dijo a las niñas que se alegraba de verlas, porque las había visto poco en los últimos meses. Lo mismo a Tony. Tras un tiempo sin contacto alguno, Gus le había enviado una carta la semana pasada en la que le decía que regresarían todos a Katonah tan pronto como él terminara lo que se había propuesto pintar en Florida.

Pero ahora las cosas, por una vez, habían sido distintas. Los chicos habían llegado sin ellos. Y eso no parecía preocuparlos. Al contrario.

—Nos arreglaremos —dijo Hammett en la misma sintonía de los jóvenes Irongate—. ¿A qué hora se van de campamento?

—Mañana temprano nos recoge el bus —dijo Do, que llevaba la voz cantante.

—Tienen tiempo de preparar todo. ¿De la montaña se vuelven directo a New York?

Asintieron. Era evidente que la situación de estar solos en la casa, de preparar la cena —los Poynton tendrían libre desde el sábado a la tarde al lunes por la mañana—, de quedarse probablemente hasta tarde despiertos y de levantarse al amanecer, todo sin sus padres, era una perspectiva maravillosa.

—¿Podemos pescar con el bote? —dijo Lola.

—Seguro. Después de almorzar.

—¿Los tres solos? —quiso saber Tony.

Era un desafío y al mismo tiempo la busca de su complicidad. Gus no los dejaba entrar al lago sin alguien mayor que los acompañara.

—Veremos —dijo Hammett—. Si prometen no internarse, tal vez.

Hubo una jubilosa exclamación. Ante la algarabía, Tulip buscó la mirada de Hammett, con una pregunta muda acerca de si su presencia constituiría una molestia. El hombre flaco estuvo a punto de sacudir la cabeza en un movimiento negativo, pero acaso lo pensó mejor —o al menos un poco más— y se encogió de hombros: ¿por qué hacerle pensar que él quería que se quedase?

Lola se sentó al lado de Hammett y de Tony y preguntó con grandes esperanzas:

—¿De qué estaban hablando?

La nena llevaba pantalones de esquiar de color azul oscuro y una chaqueta corta roja.

—De nada —respondió Hammett.

Tulip volvió a sentarse y dijo:

—Creo que Chimney nos iba a contar la historia de su vida. Pero no estoy seguro.

Do lo miró perpleja:

—¿Chimney? —luego se dirigió a Hammett—: Oh, tú —y se echó a reír. Tenía una simpática sonrisa de labios finos—. Me gusta ese apodo —le aseguró a Tulip.

—Se lo puse hace más de veinte años, cuando vi cómo echaba humo.

Lola se acercó más al hombre flaco:

—Quiero oír esa historia de tu vida... Chimney.

—No seré yo quien te la cuente, cariño.

Do intervino:

—Hemos interrumpido la conversación, ¿verdad? —Aún estaba en pie y con su chaqueta de color marrón, un par de talles más grandes de lo que le correspondía, se la veía más alta y delgada—. ¿Verdad, Tony?

Luego de echarle una mirada a Hammett, su hermano le respondió:

—Pues, sí.

—Ustedes no interrumpieron nada —aseguró Tulip—. Si Chim quiere seguir con su historia, lo hará. Si no quiere, fingirá que lo han interrumpido. Siéntate y deja que él decida qué prefiere hacer...

Do hizo lo que él decía.

Tony se lo recordó:

—Decías que habías pasado por muchas cosas en tu vida pero que nunca

habías podido escribir sobre ellas.

—Que no tenían sentido para ti —se burló Tulip.

—Quise decir que no me han servido... —vaciló y comenzó de nuevo—. Se suele suponer que un escritor, o alguien que pretende hacerles creer a los demás o le gusta mostrarse como escritor y poner escritor en el casillero de profesión cada vez que se registra en un hotel, puede escribir sobre cualquier cosa. Al menos teóricamente, dispone de todos los temas posibles. En principio, uno creería que sería mejor que escribiese sobre lo que conoce, ya sea porque lo ha vivido o lo ha estudiado o las dos cosas. Así, algunos escriben sobre algo que vivieron, otros sobre lo que han leído y otros escriben porque no han vivido pero sí han leído.

—No entiendo —dijo Lola.

Hammett prosiguió, como si lo que decía explicara lo anterior o lo reformulara de otra manera:

—Algunos creen que si el escritor pretende comprender a los demás o hacerles sentir que se ocupa de parte de ellos, o hacerles creer a los demás que es inteligente o que ha tenido una vida rica en peripecias o que está muy interesado en el mejoramiento de la sociedad o en lo que sea, entonces todo lo que tiene que hacer es elegir un tema. Pero no es así, no es cuestión de temas —se detuvo, tardó unos segundos en continuar—. Mi amigo Tulip cree que sí... De verdad...

Volvió a detenerse. Sentía que había comenzado a hablar con tropiezos, vacilando.

—¿Y entonces? —dijo Do.

El hecho de dirigirse en principio sólo a Tony con su relato le había hecho más sencillas las cosas a Hammett, al menos en apariencia, pero no le era fácil hallar el tono para esa nueva audiencia ampliada.

—¿No importa el tema? No entiendo —repitió Lola.

—No es eso —dijo Hammett a la defensiva mientras tomaba aliento.

No es que sintiera que Do y Lola fuesen un auditorio poco comprensivo. No lo eran. Sabía que lo querían, e incluso que la reciente cárcel lo rodeaba, a sus ojos, de una aureola de cierto encanto. Pero aquello de lo que en ese momento hablaba —o aquello de lo que intentaba hablar— no tenía ninguna relación con eso. O sea que prosiguió, mientras intentaba lo mejor que podía incorporarlas a la situación.

—A lo que quiero llegar con todo esto —el hombre flaco les hablaba otra vez a todos— es a que de estas circunstancias de mi vida sólo he sacado el breve cuento del tuberculoso tranquilo que va a Tijuana para pasar un día de fiesta. Pero seguro que habría temas para algún escrito en mis experiencias de guerra y de cárcel. Y tú —se encaró con Tulip— sólo puedes brindarme ese tipo de tema: de una u otra forma, toda tu piojosa vida ha sido así; puede que se diga que todo eso es encantador y elegante, pero no me complace. No sabría qué hacer con todo eso.

—En rigor —le respondió Tulip—, yo jamás he padecido tuberculosis y era chico aún cuando la Primera Guerra. Pero comprendo por qué ninguna de las cosas que te han ocurrido sirve para nada: le pasaban a quien no correspondía. Tú piensas que todo surge de la mente y, por supuesto, las cosas se vuelven insípidas cuando razones hasta su último detalle de ese modo —miró a Tony—. ¿No es verdad, chico despierto?

Tony echó una mirada a Tulip, luego otra a Hammett, y no respondió una palabra.

—Tú y tus emociones inmaduras no pueden soportar el peso de la sensatez —comentó Hammett con cierto aire didáctico, porque estaba cansado de esa acusación—. Ningún sentimiento tiene la fuerza necesaria si debe escudarse, prescindir de la razón. Borrachos que golpean a sus mujeres son capaces de llorar al ver un pájaro rengo.

Lola preguntó:

—¿Qué quiere decir eso? ¿Qué borracho? ¿Un pájaro rengo, dónde?

Tony la chistó para que callara.

Tulip prosiguió:

—No siempre sé de qué hablas, Chim. ¿No puedes escribir las cosas tal como han sucedido y dejar que tus lectores deduzcan lo que quieran?

—Por supuesto; ésa es una forma de escribir, y si tienes el cuidado suficiente como para no involucrarte puedes lograr que distintos lectores encuentren distintos significados en lo que hayas escrito, ya que, en el fondo, casi cualquier cosa puede ser símbolo de casi cualquier cosa. Yo he leído muchas obras de ese tipo y me han gustado, pero ése no es mi modo de escribir y no tiene sentido que finja que sí lo es.

—Tú hilas demasiado fino —dijo Tulip—. Si quieres puedes permitir que tus lectores se pierdan, pero yo no diría que es imprescindible. Y no veo ninguna objeción para dejar que hagan parte de tu trabajo por ti, si quieren... Cuando usaste la historia del tipo aquel de Spokane...

Tony alzó la cabeza.

—Eso es lo de Coeur d'Alene...

Tulip negó con la cabeza:

—No, otra historia, la del tipo que desapareció.

—No basta querer hacerlo para que el resultado sea provechoso —los interrumpió Hammett con levísima brusquedad—, aunque consigas buenas revistas.

—“Conseguir revistas”: eso es dinero, dinero... —dijo Tulip, triunfal—. Ésa es la verdad. Escribes porque necesitas ganar dinero o, de todas maneras, para ganar dinero.

Hammett pensó que eso podría resultar gracioso, viniendo precisamente de él.

—Sin duda, dinero —le respondió—. Cuando escribes quieres todo: fama, fortuna y satisfacción personal. Quieres escribir lo que quieres escribir y quieres saber que lo que haces es bueno y que puedes vender miles de

ejemplares y que todos aquellos cuya opinión vale de algo consideren que tu obra es buena, y quieres que todo siga así durante cientos de años. Es casi seguro que no eres capaz de obtener todas esas cosas y tampoco puedes dejar de escribir ni suicidarte por no hacerlo, pero ése es (y debe ser) tu objetivo. Cualquier otra actitud es una trivialidad.

—Eres tan engreído, Chimney —dijo Tulip arrojando una nueva colilla al lago—. Me vienes con estos discursos mientras vives de prestado.

Se produjo un nuevo silencio, más largo que el anterior. La pequeña Lola sintió que nada tenía que hacer ahí y se levantó sin hacer ruido ni decir palabra. El hombre flaco la miró alejarse.

—Terminemos con esto —dijo cortante.

Do, por esos días, se preparaba con serenidad para asumir su condición de mujer, y pensaba que las mujeres debían impedir las peleas entre los hombres o rellenar positivamente los silencios embarazosos. Acaso por eso dijo:

—Les he pedido a Donald y a Linda que preparasen temprano el almuerzo. ¿Les parece bien?

Tony, casi dolido por la interrupción conciliadora, le dedicó un gesto desdeñoso. Pero Hammett respondió:

—Me parece bien —y observó su reloj: las once y cincuenta y cuatro minutos—. ¿Quieren que regresemos a la casa ya?

Mientras se ponían todos de pie, Tulip preguntó, sonriente y reparador:

—Oye, Chim, ¿te dije alguna vez que hay ciertos puntos en los que no coincido por entero contigo?

Y todos rieron, incluso los que no sabían por qué.

Hammett se adelantó para alcanzar a Lola mientras los perros, que habían desaparecido en el bosque, del otro lado del lago, regresaban por el sendero. Fueron andando en fila hacia la casa. Lola, Hammett y —algo más atrás—

Tony marchaban a la cabeza; Tulip y Do los seguían. Habían pasado junto a la vieja caseta de piedra de la bomba de agua, cuando Tony se apareó con su hermana y el hombre flaco y le preguntó:

—¿Al final, llegaste a lo que querías llegar con la explicación?

—No, creo que no. Se me ocurre que me fui un poco por las ramas — Hammett miró hacia Lola como si pidiera permiso—. Para decirlo simplemente, hay dos clases de pensamientos o de argumentaciones: aquellos con los que intentas anotarte puntos y aquellos otros que utilizas para descubrir cosas. Pero en este caso estábamos discutiendo y en las discusiones cada uno se inclina no a buscar la verdad sino a decir las cosas que lo ayudarán a ganar. Ya volveremos sobre eso, si quieres. Hay un librito de Schopenhauer...

Lola preguntó:

—¿Y yo podré escuchar?

—¿Por qué no? —dijo Hammett.

Tony sonrió levemente. Sabía que el hombre flaco pensaba lo contrario.

### 3. Chimney & Tulip

Linda había asado una pata de cordero con papas al horno que todos comieron con buen apetito. Durante el almuerzo, los jóvenes Irongate monopolizaron la conversación. La novedosa situación de estar en la casa de fin de semana en ausencia de sus padres creaba un ambiente de excitación generalizada. Discutieron largamente sobre cuál sería la mejor estrategia para afrontar el madrugón y Tulip se ofreció a hacer el trabajo de sacarlos de la cama porque, según dijo, los años en el Ejército habían sensibilizado su reloj interior y podía despertarse a voluntad.

—Si no era el llamado a la rutina de la primera fajina del día, era una alarma de combate —precisó ante la mirada atenta de Lola, sentada a su lado. Hammett meneó la cabeza pero no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Y cuántas veces te despertaron los obuses? —dijo Tony con los ojos brillantes.

—Bueno...

En ese momento irrumpió Poynton en el salón para avisar que llamaba Gus de New York y el chico se levantó naturalmente para atender.

—Ya vuelvo —dejó dicho como quien deja caer un guiño de adultez.

Las hermanas salieron despedidas detrás de él.

—No tienes vergüenza —dijo Hammett apenas los chicos desaparecieron de la vista.

—Menos tienes tú. Me ocultaste que tienes tu propia cabaña —el hombre flaco frunció el entrecejo—. Me enteré por Do, sin preguntar nada. Al pasar me dijo: “¿Has visto la cabaña de Chim?”.

—No te mentí, Tulip. Sería más preciso decir que me reservé información.

—Para que no me quedara.

—Ya sabes que no quiero que te quedes. Fui claro desde el principio. Y ahora que te has puesto quejoso, menos. ¿Cuándo te irás?

—Cuanto antes. Me decepcionas, Chimney.

—Tú no: no esperaba otra cosa de ti.

Cuando entró Poynton con los cafés, notó que los viejos amigos estaban en silencio. Por un momento, lo único que se oyó fue el ruido del roce de las cucharitas con el fondo de voces de Do y de Lola disputando por el uso del teléfono.

Cinco minutos después Tony regresó a la mesa. Tulip ya no estaba.

—Se ha ido hasta el pueblo —dijo Hammett.

—¿Volverá?

El hombre flaco se encogió de hombros:

—Seguro. ¿Qué dice Gus?

—Lo de siempre: que cuide a Lola y no te abrume a ti. ¿Vas a seguir contando lo que empezaste en el lago?

—Esperemos a tus hermanas.

Tony no pudo ocultar su decepción:

—Ellas no entienden, no les importa lo que cuentes. Sólo no quieren quedarse afuera.

—No es una mala razón, Tony. Pero sé lo que sientes. Piensas que si están ellas escuchando mi relato será diferente, que no diré todo lo que vale la pena sino que elegiré los hechos y las palabras.

—¿Y no es así?

Hammett asintió.

—Nunca puedes saber qué le interesa o importa a tu espectador, a tu lector, cuando le ofreces un relato. A menudo tampoco sabes en qué medida tú mismo cambias o adecuas tu relato para no defraudar lo que supones que espera el

que te oye.

—¿Qué supones que espero yo de lo que me cuentes?

El hombre flaco no llegó a contestarle porque en ese momento las niñas Irongate regresaban a la carrera y sintió que debía hallar el modo de incluirlas. Acaso siempre podía callar, a la espera de que volvieresen a estar solos con Tony y ya no con Tulip. Sin embargo, como siempre, la realidad impuso sus condiciones.

—Cuéntanos de cuando eras tuberculoso, Chimney —dijo Lola arrojándose en el sillón más cercano. Y entonces todos rieron, incluso el celoso Tony.

—Lo intentaré —respondió Hammett con una celeridad que a él mismo sorprendió. Y sin transición alguna comenzó su relato—. Esto ocurría en un hospital para tuberculosos, poco después de la Primera Guerra Mundial. La última vez que vi bailar a la Pavlova, la bailarina rusa, fue por aquel tiempo en Tacoma, aunque eso no tiene nada que ver. En 1920 yo tenía 26 años y estaba en un hospital para tuberculosos, que había sido una escuela para indios, de Puyallup Road, en el límite de Tacoma, en Washington. La mayoría de nosotros éramos lo que se decía veteranos inválidos de la guerra, pero la Administración de Veteranos no tenía hospitales propios por aquellos días, y hasta es posible que no hayan tenido tampoco una organización adecuada por entonces. De modo que el Servicio de Salud Pública de los Estados Unidos se hacía cargo de nosotros en sus propios hospitales. En aquel hospital, la mitad de los internados éramos tuberculosos. La otra mitad, que recibía la clasificación de víctimas de neurosis de guerra, a los que nosotros les decíamos los locos, estaban segregados, separados del resto; dormían y comían aparte, porque supongo que se mantenía algún control sobre ellos (sobre nosotros el control era muy poco) y porque de esa forma se evitaba el contagio de la tuberculosis.

—¿Y no había tuberculosos locos? —quiso saber Tony como una manera de señalar que prestaba atención.

—Sí, claro —y Hammett se señaló el pecho con el pulgar—. Pero no se dieron cuenta.

Tony sonrió.

—Era un hospital simpático —prosiguió el hombre flaco—, manejado con cierto descuido, y creo que quienes nos lo tomamos con calma logramos vencer la enfermedad. Me refiero a los tuberculosos. No sé cómo se las apañaban los neuróticos de guerra; pero los que eran más conscientes de su estado solían rechazar las curas y el tratamiento, y murieron abatidos, deprimidos por la enfermedad. Es paradójico.

—¿Qué quiere decir? —dijo Lola.

—Que los que sabían que estaban enfermos de la cabeza se deprimían y decidían no cuidarse y los que no entendían nada por ahí terminaban mejor porque otros se ocupaban de ellos.

—Ah, qué feo.

—Sí, muy triste —admitió Hammett.

—Pero tú lo pasabas bien, a pesar de estar tuberculoso... —resumió Lola.

—En cierto modo sí. Recibíamos una paga compensatoria de setenta u ochenta dólares que nos enviaba el gobierno. Quizá esa suma variaba de acuerdo con la gravedad de nuestro estado clínico, por eso a los termómetros se les decía “varillas de compensación”, porque de acuerdo con lo que marcaban cobrábamos... También nos entregaban una cierta cantidad de cigarrillos que para un fumador no eran suficientes; nos daban habitación y comida en forma gratuita, claro está, y no necesitábamos mucha ropa. No era tan mala la situación. Incluso con el tema de las bebidas. Era la época de la prohibición, pero nos arreglábamos. Además de lo que pudiéramos sonsacarles a los médicos o a las enfermeras, estaba todo el licor que lográbamos conseguir, que nos llegaba de contrabando; era bebida de pésima calidad y muy fuerte. Las luces se apagaban para todos a las diez en punto, pero el cuarto que yo compartía con un chico de Snohomish había sido la

habitación de la directora, en los tiempos de la escuela de indios, y estaba conectado con la red que abastecía de luz a los lavabos, que no se apagaba. O sea que con sólo colgar una manta en la ventana podíamos jugar al póquer hasta la hora que quisiéramos. Podíamos también entrar y salir del hospital cuando nos apetecía y únicamente necesitábamos un pase para ir por una noche a Seattle o a cualquier lugar parecido. No obstante, había momentos en que teníamos la obligación de estar a disposición de las autoridades del hospital. En fin, sea como fuere, aunque a veces estábamos sin un céntimo, la mayoría de nosotros pensaba que todo eso era mejor que tener que trabajar para vivir.

—¿Te hiciste amigos allí? —preguntó Tony.

—Recuerdo a Whitey Kaiser —dijo Hammett consciente de que había elegido el personaje a la medida de las expectativas del chico—. Whitey era un rubio gordito, muy robusto, que había nacido en Alaska. Padecía de casi todas las enfermedades conocidas, pero igual era capaz de golpear con la fuerza de un martillo neumático, aunque ya sus nudillos estaban convertidos en papilla. Por eso, para lo que llamaba sus oscuros “trabajos especiales” me pedía prestada una porra que, a la mañana siguiente, me devolvía junto con diez dólares. Esa porra la guardaba yo de mis tiempos de detective en Spokane: cuando eres joven siempre te gusta andar con cosas como ésas en el bolsillo. Un día leí en un diario de la tarde que durante la noche anterior un hombre había asaltado y robado ciento ochenta dólares en la Puyallup Road, que era la carretera que unía Tacoma con Seattle. Le mostré la noticia a Whitey y él comentó que la gente siempre exageraba la suma robada.

Tony rió con gusto y Lola lo miró sin entender. Hammett prosiguió.

—También había un filipino, cuyo nombre se me ha olvidado, que estudiaba para fullero, es decir que aspiraba a vivir de su habilidad con las cartas —explicó, por las dudas—. Pero no era muy bueno aún o nunca lo sería. Parece ser que antes de entrar al Ejército, en su vida civil, perdía su jornal cada noche de sábado en la casa de juegos de un chino. Aquel tipo, el filipino, tenía

un mazo de naipes marcados que, de tanto en tanto, le permitíamos meter (él creía que de contrabando) en nuestras partidas de póquer. Pero claro, la mayoría de nosotros conocía las marcas mejor que él mismo y no ganaba nunca... Una vez pasó una cosa curiosa. Ocurre que los fulleros suelen ser muy quisquillosos en materia de honor, ya que a menudo deben defenderse de la acusación de tramposos. Así fue que cierta vez el filipino se metió en una discusión que desembocó en riña y su oponente tuvo que esperarlo mientras él iba a su cuarto a buscar un par de guantes de boxeo... Eran para protegerse la piel y las manos, me figuro, puesto que los guantes no tenían peso en la parte de los nudillos ni costuras que aumentaran su capacidad para lastimar, y además le quedaban demasiado pequeños, o sea que no podía cerrar los puños del todo para dar golpes fuertes... Muy ridículo todo. Y todas estas cosas nos hacían pasarla bien, nos divertían, de modo que supongo que no debíamos aburrirnos tanto.

—Seguro que el que más se aburría era Whitey... —dijo Tony.

—Veo que te interesa el tipo. Ya verás lo que pasó con él cuando nos trasladaron al sur de California. Porque en esa época el gobierno abrió, o reabrió, no me acuerdo, un hospital cerca de San Diego. Era el viejo hospital del Ejército en lo que había sido Camp Kearney, y catorce de nosotros, de los cuales la mayoría éramos poco disciplinados, lo reconozco, fuimos transferidos allá. Nos enviaron en un autocar privado que recogió algunos pasajeros más en Portland. Entre nosotros había algunos que se consideraban muy listos, los más vivos de todos. Por ejemplo, había un tipo al que le faltaba una pierna y que se llamaba Austen, a quien los médicos le habían diagnosticado tuberculosis a los huesos y le cortaban la pierna en forma progresiva, y un pelirrojo horrible, Quade de nombre, que padecía de tuberculosis intestinal. Whitey y yo estábamos sin un céntimo, pero él, entre sus enfermedades, tenía alguna relacionada con los riñones, y el médico, en Tacoma, le había prescrito unos polvos para que tomase, envueltos en

pequeños paquetitos, como si fuesen droga.

—No me parece que... —dijo Do mientras miraba a su hermana somnolienta y luego a Hammett y Tony con severidad y extrañeza a la vez—. Nosotras mejor vamos al cuarto a descansar un rato.

—Me parece bien, se levantaron muy temprano —dijo Hammett, guiñándole un ojo a la mayor. Y cuando las chicas subieron la escalera habló ahora sólo para Tony:

—La cuestión es que durante el viaje les vendimos esos polvos a Austen y a Quade y ellos los aspiraron. Y parece que lo disfrutaron o pensaron que lo disfrutaban durante todo el camino a San Diego...

—Ja... —dijo Tony.

—Esperemos un momento a Do —dijo Hammett—. Estoy seguro de que volverá.

—Prosigue ahora. Después, si quieres, vuelves para atrás, que a mí no me molesta.

—Mejor no, Tony.

—No le diré a nadie lo que me cuentes.

—No es eso.

—¿Qué es?

Hammett en realidad no lo sabía. Acaso se trataba de la sutil diferencia entre un relato y una confidencia. Eso debía estar claro, siempre. Para ambos participantes en el diálogo; o por lo menos para uno de los dos. Si el relato se discontinuaba en momentos y receptores diferentes, el sentido se tergiversaba. Hammett había adquirido una conciencia casi escrupulosa de ese tipo de cuestiones.

—En otra oportunidad, Tony, te lo prometo, volveremos sobre esto.

El chico escarbó con el pie en el suelo y no llegó a decir nada, porque en ese momento volvió Do y se sentó con toda naturalidad junto a Hammett.

—¿Me disculpas por lo de los sobrecitos? —dijo él.

—No es nada —concedió la dama. En esos minutos de ausencia parecía haber cumplido un par de años—. ¿Dónde quedaba el hospital de California al que te llevaron?

—El hospital estaba cerca de la frontera con México, en los límites del desierto —dijo el hombre flaco—. Había bichos muy raros en el desierto. Abundaban los escuerzos, que constituían una de nuestras distracciones; también organizábamos luchas entre serpientes de cascabel y lagartos venenosos, los monstruos de Gila, que montábamos en un furgón vacío estacionado en un tramo de vías de ferrocarril abandonadas. Los lagartos venenosos son los que siempre ganan; pero en un primer momento el dinero de los tontos siempre iba a favor de las serpientes. Así que cuando ya nadie quiso apostar por ellas dejamos de organizar esas peleas. Además, ahí estaba Tijuana para ir a despabilarnos cada dos semanas.

—¿No escribías en esa época?

—No todavía. Ni siquiera era algo que pensara hacer alguna vez. Lo que sí, supongo que he leído mucho en ese hospital, pero no recuerdo un solo título.

—A mí me pasa igual —dijo Do, apresurada en participar—. ¿Cómo se llama la novela que me regaló Lillian para Navidad y que me gustó tanto?

—¿*The Catcher in the Rye*? —aventuró Hammett.

—Ésa, la historia de Holden...

—Cállate —dijo Tony; y después, a los demás—. Siempre interrumpe para hablar de las cosas de ella.

—Cállate tú, que no entiendes nada. Sólo lees esos *comics* basura que escondes en la baulera y el *Popular Mechanics*.

—Yo he escrito *comics*, amiguitos —se cruzó el hombre flaco con enfático orgullo—. Y con el mejor dibujante de aquella época: Alex Raymond.

Los jóvenes interlocutores se miraron sin dar signo alguno de admiración, sorpresa o reconocimiento.

—¿*Flash Gordon*? —propuso Hammett—. ¿*Rip Kirby*?

Los chicos Irongate menearon la cabeza. Hammett los acompañó en el gesto. Se produjo un silencio prolongado.

—Pero al final, ¿te quedaste mucho tiempo más en la frontera? —dijo Tony como una forma madura, casi condescendiente, de reanudar el contacto.

—No. Poco más —admitió Hammett—. Reconozco que pasaba buenos días en Camp Kearney, pero cuando terminaron las carreras en Tijuana (creo que fue en mayo) decidí que no tenía más ganas de quedarme y pedí que me dieran de alta en el hospital. Y me la concedieron. No se podía decir que el mío fuera un caso estacionario o que la enfermedad estuviera neutralizada, ya que por cierto superé mi tuberculosis recién sólo cinco o seis años más tarde, pero igual los médicos escribieron “Obtenida mejoría máxima” y me dejaron ir.

Cuando finalmente calló para encender un cigarrillo, Do preguntó:

—¿Adónde te marchaste?

—Regresé a Spokane porque me habían dado un boleto de tren y yo quería ver a algunas personas allá. Luego me marché a Seattle por una semana o dos: era una ciudad ruidosa, pero me gustaba. Y después me fui a San Francisco; había pensado quedarme unos dos meses, a lo sumo, antes de regresar a mi casa de Baltimore, donde estaba toda mi familia. Pero al final me quedé en San Francisco durante siete u ocho años; ahí me casé con Jose, la chica que había conocido cuando ella era enfermera en el hospital, y después nació mi hija y ahí empecé a escribir y nunca volví a Baltimore a no ser por cortas visitas.

Se produjo otro silencio prolongado. De pronto, como si recordara algo importante o descubriera una anomalía, un faltante en el ambiente que la rodeaba, la mayor de los Irongate dijo:

—¿Y tu amigo, el coronel?

El hombre flaco se encogió de hombros, señaló con el mentón hacia la puerta que daba al jardín.

—Todo esto es historia conocida para Tulip —dijo sin aparente necesidad.

—¿Por qué lo llamas así? —preguntó Tony de improviso.

Hammett sonrió levemente:

—¿Tulip? Ni él lo sabe. Es una broma... privada. Por si te interesa, en sus tarjetas de crédito se llama Carl Lindgren.

—Ah. ¿Se quedará unos días más?

—No creo. Supongo que partirá mañana después de ustedes.

—Quedó en despertarnos —dijo Tony.

—Seguro. Tengan listas sus cosas.

—¿Después podemos ir al lago?

—Claro. Ahora preparen todo.

Hammett se puso de pie, estiró las piernas y caminó hacia la cocina mientras los chicos Irongate volvían a subir ruidosamente la escalera.

Encontró a Linda que terminaba de lavar la vajilla mientras su marido guardaba los sobrantes de la carne y las papas en el refrigerador.

—¿Irás al Madison esta noche, Donald? Ezzard Charles contra ese portorriqueño es buen programa.

—Seguro que sí. Pero iré al St. Nicholas Arena, señor Hammett. En el semifondo debuta un mediano, blanco, que me dijeron que tiene la zurda pesada. Lástima que usted no pueda venir.

El hombre flaco sacudió la cabeza.

—No esta vez.

—Su amigo, el coronel... —insinuó Poynton.

—¿Qué pasa con Tulip?

—Se queda con él.

Hammett asintió.

—Supongamos que no lo dejaré solo, si es que no decide irse ya. Con él nunca se sabe. Se fue al pueblo, ahora.

Hubo una pausa.

—¿Está enfermo, no? —dijo Donald sin moverse del lugar.

—No que yo sepa —y Hammett notó la mirada rápida de Linda, el reproche velado a su marido—. ¿Por qué lo dices?

—Ella encontró esto.

Poynton metió la mano en el bolsillo y le extendió un frasco diminuto con tapón de goma sujeto por un aro de aluminio. Una dosis inyectable.

—Estaba en el bote de basura del baño —dijo Linda.

Hammett se lo acercó a la nariz. Lo miró al trasluz; quedaban apenas restos de su contenido.

—Insulina —dijo.

Poynton asintió, había servido con los *medics* en el Pacífico, sabía de esas cosas:

—¿Notó que renguea? Lo disimula, pero esa pierna derecha no está bien.

—Es cierto.

Hammett guardó el frasquito. Conocía los síntomas de los enfermos de diabetes en su etapa avanzada. Terminaban en la amputación de miembros.

—Se comió dos porciones de tarta de nuez. No debería —dijo.

—Claro.

Linda se sacó el delantal de cocina y salió por la puerta lateral con una inclinación de cabeza. Donald colgó la chaqueta en su gancho, junto al refrigerador.

—Acuérdate de lo del jueves —dijo Hammett a modo de despedida—. Déjate todo el día libre para poder llevarme a Washington.

—Falta mucho para el jueves.

—Lo sé. Te lo digo para que lo tengas presente.

—¿A qué hora es?

—La audiencia es a las nueve de la mañana. Habrá que estar una hora antes y después, cuando termine, pasaremos por New York. Todo un programa.

—Sí, señor Hammett.

—¿Se van ya?

—Sí. Hay un tren rápido a Central Station en cuarenta minutos.

—Hasta el lunes, entonces. Cuídate.

Dio media vuelta y salió de la cocina.

## 4. Poynton

Hammett había conocido a Donald Poynton y a su mujer el primer día, la primera y fresca mañana en que llegó en taxi desde la estación de Katonah a la residencia de los Irongate, y el atlético negro dejó a un lado la revista *The Ring* que estaba leyendo bajo el amplio alero de la casa para ayudarlo con el somero equipaje.

—¿Es todo, señor?

—Sí, por ahora.

—Bien, señor.

—El resto llegará mañana, espero.

El resto eran tres o cuatro cajas de libros, las máquinas de escribir y un pesado baúl que permanecería intocado durante mucho tiempo.

—Soy Hammett —dijo entonces el huésped, con el cortés embarazo de quien reconoce haber transgredido una mínima pauta de cortesía.

—Donald —dijo Poynton y le estrechó la mano—. Y ella es Linda, mi mujer.

Ella había aparecido a su lado como una sombra y la mano que estiró tenía esa misma consistencia.

En camino a la cabaña donde el hombre flaco se instalaría, una vivienda de troncos de tres habitaciones pequeñas pegada al bosque cercano, los caseros le explicaron —sobre todo ella, locuaz y exhaustiva— que estaban a su disposición, que le lavarían la ropa y que le harían la comida, que la leña para el hogar estaba estibada en el cobertizo del fondo.

—Qué bien —dijo Hammett.

Entraron, atravesaron un mínimo living saturado por una mesa y dos sillones y depositaron las maletas sobre la colcha india que cubría el catre bajo la ventana del pequeño dormitorio. Mientras Donald le mostraba el baño y Linda le explicaba que tenía café, leche, pan y mantequilla en el pequeño refrigerador bajo la barra, Hammett dijo:

—¿Te interesa el boxeo, Donald?

Y le dio un leve toquecito a la revista que el otro había guardado, doblada, en el bolsillo externo de la chaqueta.

Poynton asintió con una sonrisa silenciosa.

—¿Has sido boxeador?

Volvió a asentir, y la nueva sonrisa le marcó no sólo las leves arrugas en las comisuras de los labios sino también un par de cortes rosados que atravesaban las cejas anchas y aplastadas.

—Trabajé de sparring hasta el año pasado —dijo de corrido—. Dejé cuando surgió la oportunidad de venir aquí.

—¿Y ella qué opina? —la cabeza de Hammett volteó hacia la habitación contigua, desde donde Linda decía que si necesitaba más frazadas, jabón o toallas, sólo tenía que avisarle.

—Está feliz acá. Le gusta esta vida.

—¿Y a ti?

Poynton volvió a sonreír e hizo la cabeza a un lado y dio un leve paso al costado, como hacen los boxeadores hábiles para esquivar un golpe anunciado o para disimular que han sentido un impacto.

Hammett no pudo saber en ese momento qué había significado ese gesto exactamente. Pero no tardaría mucho en averiguarlo.

La oportunidad se dio cuando días después, en una larga sobremesa, Gus Irongate le comentó que había hecho contacto en su momento con Poynton y su mujer a través de las referencias de un amigo que frecuentaba, por mero gusto de entrenar y golpear la bolsa, el gimnasio de Tony Lomuto en el Bronx.

—¿Shadows?

—Sí. ¿Lo conoces?

—Quién no.

Hammett sabía que Shadows, el gimnasio que el inoxidable Tony Lomuto y su hijo Andrea regenteaban desde hacía veinte años en el corazón del Bronx era —y sobre todo había sido— algo más que un salón mal ventilado con olor a resina, actividad de cuerpos sudorosos y voces rectoras porfiadamente dialectales. El lugar funcionaba de algún modo como una escuela, una manera original y revolucionaria de entender el ir y venir de los golpes que no tenía nada que ver con la usual concepción del gimnasio en tanto “fábrica de campeones”. Que Donald Poynton hubiese pasado por ahí era un dato que ya hablaba de su singularidad.

Aunque los Lomuto habían sabido descubrir diamantes en bruto y esculpir con ellos peleadores estelares —un par de docenas de púgiles formados entre sus transpiradas sogas habían accedido a las diferentes coronas—, su paradójico orgullo nunca había pasado por ahí. Tony jamás se había constituido en manager o apoderado de sus pupilos exitosos. Por el contrario, maestro del *side step* clásico, solía dar un paso al costado una vez que los ponía en el ranking mundial y en la antesala de la gloria. Después, los acompañaba, pero sólo hasta ahí.

En realidad —y eso de algún modo sedujo a Hammett cuando comprendió de qué se trataba— su atención estaba puesta en otro objetivo, una tarea más ardua y sutil: la creación de perfectos *plastic boxers*, boxeadores dúctiles, sin estilo propio o capaces de encarnarlos todos, en apariencia funcionales sparrings, en el lenguaje tradicional del deporte de los puños, pero mucho más que eso: *shadows* en su concepción. De ahí el nombre de su emprendimiento.

Lomuto, que en algún momento de mediados de los años treinta había trocado las bolsas de harina de la incipiente cadena de pizzerías familiar por la bolsa de arena de un oscuro sótano lleno de negros transpirados, desde

aquel lejano comienzo tuvo claro que su gimnasio debía ir más allá del manoseo de bíceps e ilusiones. Supo que el servicio ofrecido no se agotaría en baños limpios, el *punching* tenso, el aceite verde a punto y el manejo del jab, las rutinas de la sogá y la mecanización de movimientos en ataque y retroceso. Había una tarea anterior a la que no cabía, literalmente, sacarle el cuerpo: la detección de aptitudes, el desglose profesional. No todos los que iban al gimnasio eran o serían alguna vez boxeadores genuinos aunque repitieran los gestos, se soñaran pasado mañana bajo las luces del Madison Square Garden. Muchos, casi todos, quedarían en el camino.

La idea, el sueño de Tony, había sido que el destino de los más —esa mayoría empeñosa— no tenía por qué ser simplemente residual. Había otra orientación vocacional no menos importante, un arte específico que no era el mero resultado del descarte y la golpeada resignación. Y trabajó sobre eso.

Desde el comienzo, cuando reclutó desde estibadores a diarieros barriales todo tamaño y todoterreno para instruirlos en el arte de pegar y no dejarse pegar, Lomuto tuvo claro —y así lo transmitió— que la tarea de sparring no consistía simplemente en ser blanco móvil de los aspirantes a campeón, sustituto de la sufrida bolsa. Ser sparring era un oficio, una vocación diferente —y así lo enseñaba— de la del boxeador pleno: “El buen boxeador debe tener un estilo, una modalidad de pelea; el buen sparring, no: debe ser más y menos que eso. Debe ser un actor, un transformista capaz de copiar, imitar estilos y boxeadores puntuales”. Según la teoría de Lomuto, mientras el boxeador actúa, obra; el sparring, en cambio, representa. El boxeador debe —y en eso va su destino— ser él mismo; el sparring —y en eso radica su arte— parecer otro. Lo que es ensayo para los boxeadores —el entrenamiento— es el momento de la verdad para los sparrings, devenidos, según esta concepción activa de su papel, *shadows*.

A partir de los dos modelos básicos —el *fighter* o peleador frontal, atacante, y el estilista contragolpeador—, Lomuto desarrolló una nutrida

tipología, simulacros de estilo con variantes adecuadas a las diferentes tallas y categorías: un lujo. El prestigio del gimnasio hizo que se acercaran más sparrings vocacionales que boxeadores...

Así, Shadows se jactaba en su momento de máximo esplendor, los años de la inmediata posguerra, de tener un sparring a la medida no sólo de cada boxeador sino para cada pelea puntual. Eso hizo que el servicio se hiciera cada vez más completo, personalizado y caro, sólo apto para campeones genuinos: no cualquier boxeador podía “usar” esos sparrings exquisitos sin quedar desairado.

Los mejores y más famosos *shadows* —como el increíble Jesse “The Plastic” Carter— desarrollaron aptitud para representar estilos diversos: podía ser un peleador agresivo de continuidad extenuante, un tiempista sistemático, un huidizo bailarín, un pegador lento y estático. Incluso, su capacidad mimética le permitía, en casos puntuales y con el adecuado estímulo, subir diez kilos o bajar otros tantos. Hammett lo había pensado alguna vez como protagonista de uno de esos relatos experimentales que jamás escribiría.

Y fue ahí precisamente, en ese mítico gimnasio, donde desembarcó como tantos otros —de regreso de la guerra en el frente del Pacífico y dispuesto a volver a las trompadas— el todavía joven Donald Poynton. Sin embargo, el fuerte pegador de manos frágiles de Filadelfia, con un récord nada despreciable como Donny Brown, tardó pocos meses y apenas un par de sufridos combates en darse cuenta de que el boxeo profesional ya no sería una opción de vida para él.

—No fue necesario que Tony me lo dijera —le confió a Hammett la primera vez que hablaron del tema—. Me di cuenta solo, y puedo decirle el momento preciso. Fue durante mi última pelea, que gané por decisión. Mi rival era un chico de Atlantic City, un pelirrojo blanquísimo al que le quedaban marcados todos los golpes. Valiente pero muy frontal, sin recursos. Al final del cuarto lo

tenía sentido y contra las cuerdas. A esa altura ya no contestaba. Lo medí dos veces con la izquierda y en el momento de tirar la derecha a fondo para dejarlo en el piso me detuve un instante. Todavía hoy no sé por qué. Fue apenas un instante. Y cuando al final puse la mano, fue sin soltar todo el brazo, como si lo empujara, como si estuviera esperando que se cayera solo.

Hammett levantó las cejas:

—¿Y se cayó?

—No, claro que no. Terminó el round de pie e incluso me metió un par de manos. Durante los dos últimos, era a seis rounds, caminé manteniéndolo a distancia. Gané por puntos pero me fui silbado. No subí más.

—¿Te dolía la mano?

—Eso le dije a Andrea, en el rincón.

—¿Y era cierto?

—Yo entonces creía que sí. Ahora creo que no, señor Hammett.

Según Poynton nunca se había hablado explícitamente del tema en el gimnasio, pero en las semanas siguientes nadie programó a Donny Brown ni él pidió explicaciones. Siguió yendo, y seis meses después se había convertido casi sin darse cuenta en uno de los integrantes del selecto staff de *shadows* de Lomuto con su verdadero nombre y encontrada vocación.

Y así fue, por varios años, de los mejores en el oficio de ser otro. Era un *welter* natural, dúctil y trabajador. De Sandy Saddler a Kid Gavilán, todos los grandes campeones y ocasionales *challengers* lo buscaron en su momento para ponerse en forma y emplearse a fondo. Poynton ofrecía todas las garantías de la aptitud, la profesionalidad y el *fair play*.

Hasta que un episodio oscuro lo había dejado definitivamente fuera del negocio. La primera versión al respecto la tuvo Hammett a través de Gus Irongate, que conoció a Poynton y lo contrató poco después del suceso. Según el pintor, todo comenzó cuando Donald fue tentado, pese a los consejos en contrario de los Lomuto, por la propuesta y el dinero de los tipos que le

manejaban la carrera a un supuesto, o por lo menos desconocido, campeón sudamericano. Lo habían traído a New York en el verano del 50 con la idea de armarle en tres o cuatro meses media docena de peleas accesibles que le dieran buenos números y algo de prensa para poder justificar el desafío a Ike Williams por el título de los medio medianos. El tipo, un bocón pintoresco, no era malo, pero se creía el mejor. Finalmente, la pelea se hizo en el Madison y el fulmíneo Williams puso en su lugar y en la lona al soberbio Mono Gatica en menos de dos minutos.

Fin de la historia; al menos de la historia oficial.

—*I like Ike* —acotó Hammett.

—A mí también me parece buen boxeador —dijo Gus—. Pero el desenlace fue muy llamativo, casi sospechoso. Y Poynton cayó en la volteada.

Hammett no recordaba el caso, y menos el personaje de Gatica, pero cuando Donald estuvo dispuesto a hablar —la única vez que lo mencionó—, el sparring le mostró sonrientes fotografías de prensa y recortes de diarios de los días previos al combate en que aparecía de frente a la cámara y haciendo guantes con el campeón argentino y su equipo de infructuosos entrenadores. Eran los únicos y felices recortes que conservaba.

—Lo que vino después no vale la pena —concluyó.

Hammett pensó que en esa reticencia acaso estaba el germen de una buena historia.

—He escrito alguna historia de boxeo o al menos con boxeadores —dijo.

—Ésta termina mal, señor Hammett.

—Suele suceder, Donald. La mía también terminaba mal. Se llamaba *El guardián de su hermano* y creo que la mayoría no la entendió.

—¿Puedo leerla?

—Claro que sí. Pero cuéntame la tuya primero.

—No hay mucho que contar. Supongo que cometí el primer error al encariñarme con Gatica, no con el personaje insoportable que componía para

la prensa sino con el hombre divertido y generoso que era en privado. Compartimos muchas horas en las semanas previas al combate. Y el segundo error fue aceptar acompañarlo en el rincón. Es difícil acumular tanta basura en un espacio tan pequeño.

Hammett pensó que la frase era inusualmente buena para un narrador oral que trabajaba con una historia sin elaborar, de primera mano.

—¿Qué sucedió? —dijo.

—Lo mandaron al frente, a desbordar a Williams tirando todo el tiempo, incluso desde fuera de la distancia. A quemar las naves de salida, porque decían que Ike no estaba bien, que había tenido fiebre esa mañana.

—¿No era ése el plan de pelea?

—No. Lo decidieron en el vestuario, o incluso ya camino al ring. El argumento que hicieron correr, después del nocaut, fue que Gatica estaba mal entrenado, que tenía gasolina para no más de diez minutos y que sólo podía salvarlo una mano, un *lucky punch* en los dos o tres primeros rounds.

—Y no era cierto.

—No. Nada era cierto. Ni lo que le dijeron a él del campeón, ni que Gatica estaba fuera de forma: hizo más de doscientos rounds sólo conmigo y estaba afiladísimo esa noche. Por eso, lo que me sorprendió fue lo que pasó al día siguiente, lo que declararon ante la prensa argentina. Fui el chivo expiatorio, la influencia perniciosa. Hicieron correr la bola de que todo lo que progresaba en el gimnasio lo dilapidaba de noche saliendo conmigo de bares, copas y mujeres. Y él, el Mono, aceptó o al menos no desmintió esa versión que de algún modo atenuaba su pelea desastrosa.

—Más basura en el rincón.

—Tal vez, señor Hammett —aceptó a medias Poynton—. Mejor digamos que el Mono era un tipo débil que prefirió conservar su fama de desaprensivo sobrador antes que reconocer la verdad de que ya no aguantaba el castigo. Por eso, lo que me sacó no fue tanto que me hiciera socio de su supuesta

irresponsabilidad, una gruesa mentira que yo podía neutralizar, sino lo que me dijo en el hotel, borracho y delante de todo el equipo.

—¿Qué te dijo?

—Me reprochó que el Ike que yo le había armado como modelo no tiraba ganchos y *uppercuts* de zurda, que fue la combinación con que el campeón lo sacó. Y era una verdad a medias. El problema con él había sido que aunque estaba bien preparado ya no tenía aguante en la mandíbula. Todos lo sabían y ellos mismos me lo habían pedido: nada de tirarle fuerte a la punta de la pera. Porque si bien estaba bien entrenado no encajaba bien los golpes ascendentes. Y entonces, ya que los otros no hablaban, se lo dije.

—¿Y él?

—Ni me escuchó: “Te pagamos demasiado bien para un trabajo que hiciste mal, negro”. Metió la mano en el bolsillo de uno de esos coloridos sacos de solapas anchas que usaba y me tiró un puñado de dólares a la cara —Poynton suspiró, hizo una breve pausa como si esperara el efecto que habían causado sus palabras y prosiguió—: Le aseguro, señor Hammett, que los billetes todavía no habían tocado el piso y Gatica ya estaba en el suelo. Lo puse acá —y se señaló el lado derecho del mentón—. Le podrían haber contado cien.

El hombre flaco lo miró por un momento serio y en silencio. Después, levemente, comenzó a esbozar una sonrisa que Poynton agradeció, acompañó y desarrolló hasta que estallaron juntos en una estruendosa carcajada. Y ambos sintieron que algún tipo de acuerdo o pacto tácito se había establecido entre los dos.

La cuestión es que aunque a la semana Poynton volvió al gimnasio del Bronx, a la rutina de Shadows, su puño izquierdo estaba inflamado sin remedio —hubo que operarlo— y su imagen de confiabilidad estaba destruida. Aunque recibía felicitaciones en privado, le hacían el vacío o al menos no lo reivindicaban en público y los mismos Lomuto le facilitaron la inevitable salida. Así, Donald Poynton dejó el gimnasio, aceptó el trabajo de casero

junto a su mujer en una tranquila residencia en Katonah y convirtió su vocación y oficio de peleador en un vicio amable que despuntaba un par de fines de semana por mes, cuando se escapaba a New York y al Madison.

A veces Hammett lo acompañaba. Compraban *The Ring* y *The New Yorker* en el kiosco de la estación y volvían leyendo en el tren. A veces, si se quedaban en la casa sitiados por el invierno y el bosque helado, la tranoche los encontraba arropados frente al televisor, iluminados por el resplandor intermitente de la pantalla blanco y negro, viendo un nocaut más de Rocky Marciano o los últimos elegantes pasos de Robinson. Alguna vez Poynton recurrió a la caja donde guardaba los guantes y un averiado protector bucal junto a un afiche de su primera pelea en Filadelfia doblado en ocho y un par de recortes. Una vez, acaso a modo de retribución, Hammett le mostró una foto de la redacción de *The Adakian*, en las Aleutianas, con un Joe Louis de visita, ya gordo y cansado.

Estos simulacros de intimidad y confianza, las entrecortadas conversaciones, cordiales y saturadas de equívocos, entre el hombre flaco como un palo que ya no podía escribir y el negro armonioso como una pantera que ya no boxearía más no eran frecuentes. Pero aunque hablaban de todo, de la casa, de los perros, de la comida de esa noche, de cualquier cosa, siempre estaría tácito ese territorio común, sus respectivos y caros oficios de manipular, figurar sombras sin dejar de poner el cuerpo.

## 5. De Baltimore a Katonah

Esa tarde, una vez que los Poynton partieron rumbo a Brooklyn y que los chicos Irongate, tras larga negociación, se amontonaron con sus cañas en el único bote sujeto por un grueso cabo que los mantenía a no más de diez metros del muelle, Hammett se sentó bajo el cobertizo con el libro de Samuels. Pero no avanzó mucho. Mientras comenzaba a atardecer, los gritos desde el lago lo distraían, el vuelo de las aves lo llevaba lejos. Después de un rato de forcejear con la dispersión de su mente tuvo que reconocer que no podía dejar de pensar en Tulip.

Metió la mano en el bolsillo y tanteó el frasquito vacío. No le había dicho, ni él se había dado cuenta, que estaba enfermo; y le costaba reconocerlo, aceptarlo simplemente. No recordaba haberlo visto enfermo jamás. Siempre había irradiado o impostado salud o al menos una cierta vitalidad aparatosa. Desde el primer día.

Aunque los tiempos y las circunstancias puntuales podían confundírsele, en ese momento, con la mente abierta y distendida, Hammett creyó recordar la primera vez que había visto al tipo que luego sería, desde entonces y para siempre, Tulip.

Hacía más de veinte años, en 1930 sin duda; en casa de Nancy Mawhorter, la médica, en Baltimore. Hammett había llegado desde New York, en una escala del primer viaje hacia Hollywood, donde lo esperaba un trabajo en los estudios. Su padre vivía aún y su hermana Reba estaba también en Baltimore.

La noche que fue a visitar a Nancy, que era pediatra por entonces, el joven Carl Lindgren era una de las tantas personas que estaban allí. Era una casa

antigua, de tres plantas, situada junto a Cathedral Street. El muchacho de uniforme, seguro y corpulento, dijo, según creía recordar Hammett, que había sido jefe de una cuadrilla de estibadores negros en la estación de carga de Sparrow Point del ferrocarril de Pennsylvania; y si retuvo el dato fue porque él mismo había trabajado allí en su adolescencia. Pero poco y nada más se acordaba, porque había otros tipos de uniforme, entre ellos uno que había jugado al béisbol, y a Hammett se le confundía con Lindgren.

Aunque no era sólo eso. En aquellos días, pensaba el hombre flaco, en parte por el hecho de que le extrañaba y perturbaba que los sentimientos, las palabras y las acciones de la gente no tuvieran ninguna relación o coherencia entre sí, bebía mucho; y por eso la mayoría de sus recuerdos eran confusos.

La cuestión es que aquella primera vez, esa noche en Baltimore, al tipo que sería Tulip le gustaba Nancy, que era una muchacha alta, de piel blanca y cabello oscuro, muy atractiva y simpática. Pero ya fuese por vanidad masculina o por el tipo de humor que gustaba, él se acercaba a ella del modo menos indicado y, al parecer, no hacía muchos progresos. Nancy era una chica de excelente humor, pero se tomaba su profesión muy en serio; y él no. Él le decía que necesitaba un examen médico y que quería visitarla como paciente; ella respondía que no se ocupaba de adultos y que, de todos modos, lo único que él quería era “jugar al doctor” con ella y que eso era cosa de niños. Ése era el núcleo de sus picantes discusiones en aquella reunión.

Hammett recordaba que Nancy le habló largo rato acerca de él, de su amigo Lindgren, más tarde, cuando ya todos se habían marchado. Siempre hablaba mucho y jamás utilizaba una palabra de tres sílabas si podía sustituirla por una de cuatro: esa jerga profesional frecuente entre doctores y otros profesionales que creen que en su especialidad hay algo esotérico. Pero Nancy era simpática y no se molestaba si su interlocutor se quedaba ahí fumando y decía “ajá” una que otra vez y la dejaba parlotear.

Hammett creía recordar que el muchacho le había caído bien, le había

gustado. Lindgren estaba a punto de cumplir treinta —Nancy tenía un par de años menos— y ya por entonces consideraba que su vida era interesante y que alguien debía escribir sobre ella. Eso a Hammett no le importaba ni extrañaba demasiado, porque ya hacía ocho años que escribía y estaba acostumbrado a que la gente le contara temas, situaciones y anécdotas; fingía escucharlos con cortesía mientras pensaba en otra cosa. O sea que en aquel primer momento no congeniaron demasiado con aquel impertinente, molesto muchacho de voz ronca.

Tampoco era imposible que el motivo del desencuentro hubiese sido otro. En aquella época, cuando bebía, Hammett solía ponerse pendenciero, sobre todo cuando bebía hasta olvidar que no debía hacerlo. No sabía si por entonces Tulip también se emborrachaba: las personas que eran alcohólicos perdidos eran las únicas que Hammett detectaba como tales, y esto mismo le sucedía ahora, cuando ya había dejado de beber. La cuestión es que el hombre flaco recordaba o creía recordar al menos lo más significativo de lo que habían hablado aquella noche, aunque había pasado mucho tiempo, pero no sabía cuánto su mente podía haber cambiado las cosas para dejarle una mejor imagen de sí mismo o para apoyar sus teorías.

Recordaba que había por lo menos una docena de personas en la reunión y que luego de saludos y presentaciones Nancy lo dejó en un rincón, junto a Lindgren, mientras iba en busca de un trago para ambos. Quedaron en silencio. Hammett fumaba un cigarrillo tras otro. De pronto, el muchacho le comentó jocosamente que lo había estado observando:

—Enciendes uno con la colilla del anterior... No paras de echar humo, Chimney.

—Es cierto —dijo Hammett como si nada—. Pero es sólo para esconderme de los tipos molestos, Tulip.

—¿Cómo me has dicho? ¿Tulip?

El hombre flaco asintió en silencio.

—¿Es un sobrenombre gay? —dijo el otro entre amoscado y divertido.

Hammett lo negó:

—Te hubiera dicho Daisy, en todo caso. Es apenas una tonta cita literaria.

—No entiendo, Chimney.

—No importa, Tulip.

El otro lo miró con fijeza un momento, parecía no decidirse entre darle una trompada o echarse a reír. No hizo ninguna de las dos cosas; se volvió hacia la ventana y las luces de la ciudad y dijo, sin mirarlo:

—Me contó Nancy que naciste aquí.

—No precisamente —replicó Hammett—. He crecido aquí, y antes pasé un corto tiempo en Filadelfia, pero nací en la zona sur del estado.

—¿Hace mucho que te fuiste?

—Unos diez u once años.

—Ahora te parecerá una ciudad sin gracia.

—Ya antes lo era.

—Pero ahora se ha puesto más fea.

—¿Qué ciudad no es fea? —preguntó Hammett.

El otro no contestó.

—Oh, no es de este tema que quiero hablar contigo, Chimney —dijo después de una pausa. Y así fue que el hombre flaco supo por primera vez que Tulip quería hablar con él acerca de algo puntual—: Tú escribes y yo no, pero tú eres lo más cercano que conozco a lo que a mí me parece un buen escritor y quisiera que habláramos.

Eso le gustó a Hammett. Le había caído bien el muchacho y debía reconocer que aún ahora, después de tantos años, le seguía gustando, aunque no tanto como él presumía.

—Yo he viajado mucho más que tú —agregó aquella primera vez— y he visto muchísimas cosas.

Eso ya no le pareció bien. En primer lugar, no consideraba que eso fuera

importante, a menos que uno quisiera escribir horarios de trenes a partir de una experiencia real. Hammett siempre había pensado que cada persona disponía de veinticuatro horas al día, no más y pocas veces menos, y que cualquier forma de llenar ese tiempo le parecía tan buena como cualquier otra, siempre que estuviera de acuerdo, claro está, con su propia naturaleza. De modo que le dijo:

—¿Ah, sí? ¿Has visto muchísimas cosas por la ventanilla? —y empezó a mirar a su alrededor.

—Mira —insistió Tulip—, no quiero decir que tú sólo conozcas bibliotecas, museos, colegios y cosas similares. No me preocuparía por ti si fueses esa clase de escritor. Pero tengo muchos temas aquí dentro —y se golpeó el pecho.

Hammett, a su vez, se golpeó la cabeza:

—Entonces búscate un escritor que tenga mucho aquí dentro: harán una buena pareja.

—Por el amor de Dios, no quise decir... —se quejó Tulip.

—Seguro. Pero no sé por qué entonces tendrías que preocuparte por mí.

Y Hammett volvió a echar humo.

Nancy comprendió que las cosas no iban muy bien entre ambos y se acercó para ver qué pasaba.

—Tu amigo Chimney es un quisquilloso —le dijo Tulip.

—Tu amigo Tulip es muy conmovedor —le explicó Hammett.

Nancy se echó a reír y los rodeó con sus brazos blancos.

—¿Me van a contar?

—No —respondió Hammett.

—No —confirmó Tulip. Y luego, volviéndose al otro—: Permíteme que te dé un ejemplo, que te cuente alguna de esas cosas; así verás qué he querido decirte.

Hammett meneó la cabeza con falsa resignación.

—Si no es demasiado horrible, ¿por qué no le permites que te lo diga? —intercedió Nancy. Debía estar demasiado atenta a algo, o en su defecto excesivamente distraída, porque había usado palabras sencillas y ésa no era su forma habitual de expresarse—. Miren, les traeré otro trago —y se marchó con los vasos.

—De acuerdo —asintió finalmente el hombre flaco.

Entonces Tulip comenzó a relatarle la primera de las muchas historias que a partir de ese momento le había contado o tratado de contarle.

Aquella era acerca de gente muy pobre que vivía en Providence; todas esas personas parecían experimentar el sentimiento exacto acerca de cada cosa que les ocurría o que ocurría a su alrededor, y era mucho lo que ocurría. Pero todos se mantenían dentro de los límites de los sentimientos adecuados, o sea que nada de eso resultaba muy significativo. Nancy había regresado con los tragos y escuchó los dos tercios finales del relato. Tulip no dijo nada más cuando terminó de contar, y la chica tampoco.

—Es simpática, la historia —dijo Hammett después de un momento—, ¿pero no huele un poco a anécdota literaria?

La cara de Tulip enrojeció un tanto por debajo del oscuro bronceado que conseguía con su trabajo en el ferrocarril.

—Creo que la he adornado un poco, quizá demasiado —dijo. Y como Hammett no decía nada, agregó—: Pero ha ocurrido de verdad, ¿sabes, Chimney? —y luego, al ver que tampoco entonces el otro decía nada, preguntó—: ¿Cómo puedo saber cuánto debo adornar las cosas?

Entonces también Nancy le apuntó al silencioso Hammett:

—No resulta imprescindible ser tan insoportablemente arrogante —y eso se parecía mucho más a su habitual modo de expresarse.

Hammett echó humo, se bebió el vaso y miró para otro lado.

Quedaron en silencio. Tulip miró a Hammett con el ceño fruncido y se pasó la mano de dedos gruesos por el pelo.

—¿Cuánto tiempo te quedarás en la ciudad? —le preguntó luego de un momento.

—Tres o cuatro días más. Tal vez unos cinco o seis, aunque querría tener tiempo para ir a Santa Mónica a ver a mis niñas.

—¿Tienes hijas?

—Dos. Una de ocho años y otra que va a cumplir cuatro ahora.

En ese momento llegó una chica con ganas de conversar; el hombre flaco dejó que el otro se hiciera cargo y se apartó con Nancy.

Tulip le preguntó, mientras se marchaban:

—¿Puedo localizarte a través de la doctora, Chim?

Los dos asintieron con el mentón y se alejaron.

—¿Qué es lo que lo *carcome* así? —preguntó Hammett a Nancy después de un momento.

Antes de responderle, la pediatra sacudió la cabeza como si buscara la claridad necesaria para exponer con adecuada precisión.

—Es difícil concebir algo que llegue propiamente a *carcomerlo*. Me es posible imaginar que lo que le preocupa es su necesidad de compromiso con lo congruente —dijo de un tirón—. Siempre les ha dedicado considerable atención a las diversas teorías que establecen que hasta un cierto punto consecutivo, aunque no necesariamente cronológico, en el curso de los eventos, más allá de lo disímiles que puedan ser, de una vida, o cierta vida, en este caso, que sin duda incluye al suyo propio, puede describirse o descubrirse la existencia de una forma, o quizá La forma —Nancy hizo aquí una pausa que aprovechó para respirar—. Pero nada hay que lo esté *carcomiendo*, precisamente —concluyó.

—Ah —dijo Hammett. Aspiró y echó el humo—. Es decir: tu amigo quiere que yo recoja sus cuentas dispersas y las ensarte para él.

—Algo así. Tú u otra persona.

—¿Pero qué cree Tulip que la gente trata de hacer con su propia vida o con

las de los demás?

—Sin duda no eres tan ingenuo como para suponer o esperar que la gente tenga una concepción acerca de qué es lo que ocupa a las demás personas, ni para suponer que posean, siquiera, la certidumbre de que las demás personas tienen alguna ocupación interior —dijo Nancy casi sin respirar.

—No, claro —asintió Hammett, perplejo—. O sí, bah...

Y se quedó callado. Bebió un trago; y ella también.

Nancy era una chica muy linda y Hammett había bebido lo suficiente como para que todo lo que ella había dicho le pareciese cargado de sentido aunque en el fondo no le interesara o lo hubiese entendido a medias. De modo que cambió el tema y comenzaron a hablar entre ellos de ellos mismos: una charla agradable. Luego se les unieron otras personas o ellos se unieron a otros, y también eso resultó ser muy agradable. Todo resultaba ser agradable aquella noche, al menos en el recuerdo de Hammett.

En esa evocación estaba cuando el ruido que hizo el libro de Samuels al caer sobre el entarimado del cobertizo interrumpió sus cavilaciones. Al mismo tiempo, las patas húmedas y embarradas de Cinq se apoyaron peligrosamente en el borde de su asiento amenazando sus pantalones.

—Fuera, fuera —dijo sin énfasis, apartándolo con el dorso del brazo.

El cachorro volvió hacia el lago con la misma velocidad e idéntico interés que lo habían traído. Hammett lo siguió con la mirada hasta que se reencontró con los otros perros echados en la orilla, y los tres juntos comenzaron a ladrar hacia el bote blanco que se hamacaba apenas; había ido derivando lentamente hacia los juncos de la derecha. Los gritos de los chicos Irongate festejaban o deploraban algo que había hecho Lola.

Hammett caminó hacia el borde del lago en medio de gritos y ladridos y sin mediar palabra dio un par de vigorosos tirones al cabo que sujetaba el bote y

lo fue arrimando a la costa hasta que la tripulación —súbitamente en calma y expectante— quedó al alcance de su voz:

—Los peces carecen de orejas pero no de oídos, jóvenes —dijo seriamente.

Después apoyó su pie derecho en la borda, devolvió la nave lago adentro y volvió sobre sus pasos.

Más tarde, terminaban de cenar sándwiches de carne fría, queso y tomate en la cocina cuando oyeron el motor de un coche mientras los faros iluminaban la ventana.

Dos minutos después Tulip entró a la cocina de espaldas, empujando la puerta vaivén. Traía dos grandes bolsas de papel llenas de comida que depositó ruidosamente sobre la mesada.

—¿Demasiado tarde? —dijo volviéndose teatralmente.

—Un poco. ¿Qué traes ahí? —quiso saber Hammett.

Sin mediar palabra, el coronel fue depositando las vituallas sobre la mesa como si estuviera bajando las provisiones de un camión del Ejército. Los chicos miraban latas y frascos, botellas de gaseosa, barras de pan y bolsas de frutas sin atreverse a tocar nada.

—Es dura la vida a la intemperie —explicó Tulip, sonriente.

Hubo exclamaciones varias. Tony miró a Hammett como si necesitara alguna aprobación.

—Es simple, niños: tendrán que dejar las raquetas para la nieve y los arpones si van a cargar todo eso en el trineo —ironizó el hombre flaco.

—¿De qué hablan? —dijo Do.

—Claro que siempre se puede matar a un oso polar con un golpe de la lata de sopa Campbell —añadió Hammett.

—La envidia propia del sedentario resentido, incapaz de despegar el trasero de su pomposa silla —describió Tulip mirando a los Irongate y

señalando a Hammett.

—¿Pomposa? —dijo Lola.

Los mayores sonrieron. Tulip le apoyó la mano en la cabeza.

—Hoy pesqué dos —le informó Lola, feliz de encontrar a quien volver a contar su hazaña—. Pero éstos me los tiraron de nuevo al agua.

—Mañana cazarás un oso —dijo Tulip.

Hammett se levantó y aproximó otra silla a la mesa:

—Siéntate, Santa Claus... ¿Quieres un sándwich? —Tulip se sentó pero no contestó—. ¿Algo para los renos, tal vez?

—Los animales ya se fueron a dormir, Chim. Algo que supongo deberían hacer los que madrugan mañana.

—Ya oyeron a Santa —dijo Hammett—. Pueden dejar todo como está. Yo ordeno y lavo los platos esta noche.

La novedad y variedad de todo lo que había sobre la mesa hizo que la resistencia de los jóvenes fuera mínima. Sólo los demoró la negociación por quién portaría la flamante linterna.

Cuando el último de los Irongate se hubo retirado educadamente, Tulip sacó una petaca de bourbon del bolsillo de la chaqueta y bebió de ella. Luego la apoyó en la mesa sin soltarla. Hammett, de pie ante el fregadero y con las manos en el agua caliente, notó que la petaca estaba casi vacía.

—La rutina de la cárcel te ha dejado algunos buenos hábitos comunitarios, Chimney —dijo Tulip en tono jocoso—. No sé si te conté la vez que debí limpiar los retretes del regimiento durante dos semanas y cómo me las arreglé para...

—Cállate —lo cortó Hammett—. Linda encontró esto en el cubo de tu baño.

Se secó las manos en el trapo que colgaba de su hombro, metió la mano izquierda en el bolsillo del pantalón, sacó el envase vacío de la insulina y se lo mostró con la palma abierta.

—¿Sabes lo que es? —dijo Tulip.

Hammett asintió.

—¿Qué tan grave es la cosa? —preguntó, volviendo el frasquito a su bolsillo.

—Lo tengo controlado —dijo Tulip.

—Déjame ver esa pierna.

El coronel Lindgren se retrajo como si lo hubiese picado una serpiente.

—*Noli me tângere* —exclamó teatralmente—. Si te dejas vislumbrar esta evidencia es para que no te creas que tienes el monopolio del control sobre una enfermedad crónica.

—No pienso competir también en eso —dijo Hammett.

—¿Qué quieres decir con también? —la voz de Tulip adquirió una forzada entonación retórica—: ¿Acaso, viejo Chim, has vislumbrado un atisbo de competencia entre nosotros a lo largo de estas últimas dos décadas?

—No me atrevería a afirmarlo con absoluta certeza —dijo Hammett en el mismo tono mientras hacía correr el agua en el fregadero—. Precisamente hoy recordaba, o trataba de recordar, pormenores de nuestro primer encuentro en Baltimore.

—Ah... Fue en casa de la médica aquella, que estaba tan buena —Tulip se puso la palma de la mano en la frente—. ¿Cómo era que se llamaba? ¿Annie? ¿Mary?

—Nancy Mawhorter.

—Eso: Nancy. Hablaba muy complicado, recuerdo, pero yo no podía seguirla, me distraía mirándole los pechos... —Tulip acabó con la petaca—. ¿Tú, pudiste...?

—No.

—Me pareciste un arrogante insoportable esa noche, cuando ella nos presentó; aunque después, más tarde...

—¿Hablamos después, esa noche? —Hammett dejó el fregadero y se sentó junto a Tulip—. No me acuerdo. Bebía mucho entonces, se me mezclan los

recuerdos.

—Yo bebía entonces y bebo ahora, Chim. Pero me acuerdo mejor que tú: estabas con una rubia flaca, en el piso de arriba y ya nos íbamos; y aunque no me trataste mejor que al principio, por lo menos charlamos un poco y me pareció sentir que eras humano, no el soberbio hijo de puta que me había presentado Annie.

—Nancy.

—Como sea: esa Nancy Mayflower, la de las buenas tetas.

Hammett asintió.

—Vete a dormir, mañana hablamos. ¿Te encargarás en serio de despertar a los expedicionarios?

—Soy un soldado, Chimney; no un zurdo flojo lleno de palabras como tú.

El hombre flaco suspiró, se levantó y caminó hacia la puerta de la cocina.

—De acuerdo, McArthur —dijo volviéndose. Metió la mano en el bolsillo y le arrojó para que abarajara el frasquito vacío, que Tulip no pudo retener. Ambos lo miraron rodar hasta un rincón de la cocina—. Y por favor, tengo que ponerme a trabajar de una vez: espero no verte mañana al mediodía. Ahora vete a dormir; y cuídate.

Tulip apenas contestó con un gesto, como si espantara a un mosquito o apartara una telaraña, pero no se movió del lugar.

Hammett tardó en subir a acostarse. Esperó que su amigo lo hiciera pero como Tulip —derrumbado sobre la mesa— no daba señales de intención alguna de abandonar la cocina, primero deambuló por el estudio y después se puso el abrigo y salió al parque. La noche estaba fresca y clara, con una luna menguante flanqueada de nubes grises recortadas contra la hilera de arcos. Su estirada sombra se alargó más de lo habitual cuando bajó los escalones de acceso y caminó por el sendero de grava con la luz del único farol a sus

espaldas.

El coche de Tulip, una rural Chevrolet verde de modelo reciente con laterales de madera y chapa de Illinois, había quedado estacionado desmañadamente sobre el pasto, a un costado del camino de entrada y con las luces de posición encendidas. Las apagó estirando el brazo a través de la ventanilla abierta del lado del conductor y siguió caminando bajo la opaca claridad de la luna hasta el portón de entrada, abierto de par en par. Lo cerró corriendo la traba de hierro desde afuera, encendió un último cigarrillo y echó a andar. Tenía casi un kilómetro hasta la gasolinera.

Hammett recordaba o creía recordar perfectamente la segunda conversación con Tulip, aquella primera noche más de veinte años atrás en casa de Nancy Mawhorter. Le había mentado miserablemente en la cocina con la esperanza de que él, Tulip, le diera su versión. Un recurso despreciable, pensó. No quiso reflexionar sobre el hecho de que fingir ignorancia o indiferencia respecto de ciertas cuestiones se había convertido en un recurso habitual en su intercambio cada vez más enrarecido o cauteloso con quienes se suponía eran sus amigos. En este caso, no tenía por qué, en principio, dudar de la validez de aquellos recuerdos. Sobre todo porque había ciertos detalles topológicos —pensó en esos términos— y de situación que hacían más vívida y precisa la evocación.

Era tarde, la reunión languidecía, quedaba poca gente y se habían vuelto a encontrar en un pequeño salón de la parte trasera del segundo piso. En ese momento Hammett estaba con una chica delgada y casi rubia —la que seguramente Tulip recordaba— que se llamaba señora Hatcher o algo parecido. Cuando la muchacha se alejó de ellos, Tulip le explicó sin preámbulos, como si continuaran la conversación de un par de horas atrás:

—Quería sólo hablar contigo, pero no era mi intención arruinar las cosas.

—A decir verdad, no sé si lo has hecho o no —precisó Hammett.

—Oh, estupendo, entonces —dijo Tulip, y se sentó mientras le ofrecía un cigarrillo. Pero a Hammett aún le quedaba uno.

El hombre flaco llenó el vaso que había dejado la chica casi rubia y se lo ofreció a Tulip. Eran los tiempos de la Prohibición, por cierto, y en Baltimore se bebía mucho más whisky escocés que whisky de centeno en comparación con cualquier otro tiempo que se pudiera recordar.

—No nos caemos bien, ¿verdad, Chimney? —preguntó Tulip, luego de beber algunos sorbos de su vaso—. Y es lamentable, porque creo que ambos nos podríamos haber hecho mucho bien mutuamente.

Hammett acaso se haya encogido de hombros (siempre le había gustado hacerlo) y tal vez haya dicho alguna de esas frases brillantes acerca de que, gracias a los hombres que de verdad son tales, la humanidad era capaz de sobrevivir ante cualquier catástrofe o estupidez.

—Que tú pienses que a mí me debe interesar algo que a ti te ha pasado y a mí me parezca que no es simplemente un hecho —dijo finalmente—. No importa demasiado a nadie.

—De acuerdo, de acuerdo —aprobó Tulip—. No digo que sea importante, digo que es lamentable, para mí, o ni siquiera demasiado lamentable si eso te preocupa; pero se parece a aquello de ponerte zapatos marrones porque no tienes otros para usar con tus pantalones azules. Es lo que hay, a veces.

Hammett aprobó la metáfora pero no le creyó... En fin, ahora no sabía en realidad qué había sentido con exactitud, ya que estaba tratando de recordar lo sucedido en aquel lejano momento. Pero recordaba que se quedó en silencio, que no produjo ningún sonido a excepción de los mínimos ruidos que pudo haber hecho al fumar o al beber. Y no es que no haya creído en lo que Tulip decía, sino que no creía que éstos fueran sus sentimientos. Sin embargo, ya en ese instante, en ese primer encuentro entre ambos, lleno de alcohol como se encontraba, Hammett tuvo la aguda percepción de que Tulip podía llegar a representar no un álter ego —no pensaba en esos términos— pero sí, acaso, una parte de sí mismo. Exactamente; nada más ni nada menos que eso.

Que fuera una parte de él era lógico, por supuesto —sintió entonces y

pensaba ahora—, porque toda persona representa, hasta cierto punto, un aspecto de cualquier otra persona; de lo contrario, ¿quién podría suponer que es capaz de entender algo referido a algún semejante? Pero ese tipo de especulaciones le parecían a Hammett una forma de simplificación, como si fueran simbolismos conscientes o alevosas imágenes “cargadas de sentido”, recursos que detestaba. Al menos ahora, al recordarlo, lo creía así y suponía que, en aquella época, ya debía haber tenido una vaga noción de esa misma creencia: que utilizar ese material, obrar de esa manera —lo de ponerse cualquier par de zapatos, diría Tulip— era un recurso de gente vieja y cansada. Y si uno está cansado, lo mejor que puede hacer es no hacer nada, debe descansar —así lo creía Hammett— y no tratar de engañarse a uno mismo y a los posibles clientes con burbujas de colores.

El bar de la gasolinera permanecía abierto hasta más allá de la medianoche. Los choferes de los camiones que venían de New York o Filadelfia y hacían una primera parada en el camino hacia el Norte, rumbo a Boston e incluso seguían hasta Toronto, solían detenerse a comer, y los jóvenes de motocicleta a tomarse unos tragos con sus chicas. Había comida caliente y no faltaba la cerveza, pero el café era malo y excesivamente aguado. Hammett tomó una taza en la barra y se llevó otra a la mesa redonda más cercana a la ventana. Se levantó una vez a buscar un paquete de Lucky Strike en la máquina expendedora y otra para poner un tema del grupo de Fats Navarro en el *jukebox* tras escuchar por cuarta vez consecutiva algo detestable que no podía reconocer pero era *Crazy, man, crazy* por Bill Haley & The Comets. No advirtió tampoco las miradas de extrañeza de los jóvenes que lo siguieron mientras volvía a su lugar. Hammett era una presencia en cierto modo anómala allí. En realidad no había entrado más de tres veces al bar desde que vivía en Katonah. Y al salir podría haber afirmado que nunca más volvería.

Regresó caminando por el borde de la carretera. Se sentía muy cansado y le costaba respirar con comodidad. Al llegar encontró el portón abierto. Entró y volvió a cerrarlo. La camioneta de Tulip no estaba. Caminó hacia la casa en completa oscuridad, entró y sin encender las luces fue directamente al cuarto de Tulip. Se había llevado las maletas. La cama estaba sin deshacer, impecable, tal como la había dejado Linda por la tarde. Sólo habían quedado un par de cajones abiertos y vacíos. Y nada más. Ni una nota.

Fue a su cuarto y pasó directamente al baño; se desnudó, se lavó los dientes y al ir a meterse en la cama recién descubrió el bolso militar de tela verde colgado de la perilla de bronce, en el ángulo derecho de la cabecera.

Lo puso sobre la cama y lo abrió dando un tirón a la cremallera. Adentro sólo había una prenda de grueso paño gris cuidadosamente plegada. La extendió sobre la cama. Era un abrigo militar japonés con insignias deslucidas, un par de botones arrancados y claras señales de uso intensivo. Del bolsillo derecho asomaba una nota.

Se recostó en la cama para leerla. Estaba escrita con letra grande y clara:

*Soberbio Sgt. Chimney:*

*Me gustaría estar frente a su solemne rostro en este momento en que deberá admitir, acaso por primera vez en su reputísima vida, que al menos en algo estaba equivocado. Le dejo un ejemplo testigo de su soberbia que incluye, además, el acceso a las pruebas de parte de su bochorno. Sin embargo, elijo verme privado de este insólito espectáculo porque no soporto un minuto más la idea de compartir el aire que usted contamina y ambos respiramos. Púdrase usted en orgullosa soledad por el resto de sus días.*

*Amablemente.*

*Tulip, Tte. Cnel.*

Miró el reverso del papel pero no decía nada más, y entonces volvió a leer la nota un par de veces. Después, con un suspiro, la puso de nuevo en el bolsillo de la chaqueta, metió todo en el bolso y lo arrojó violentamente contra la pared.

Los perros ladraron largo rato.

## 6. Pat & Roald

Cinco días después, cerca del mediodía, Dashiell Hammett estaba solo, sentado del lado del acompañante en el asiento delantero de un Buick negro que brillaba bajo una ruidosa cortina de agua. Llovía impiadosamente sobre Manhattan. El coche estaba estacionado del lado derecho de la calzada frente al edificio de apartamentos del 231 de la 10th West Street, y Hammett esperaba. Tenso, incómodo, probablemente afiebrado, el hombre flaco y con el pelo muy corto transpiraba levemente dentro del traje de lanilla que antes de esa mañana sólo había usado media docena de veces, la última para el casamiento de su hija mayor, algunos años atrás.

Pensaba ahora, observando sus manos frías que sobresalían más delgadas que nunca de las mangas holgadas, que acaso había sido un error ir vestido así a la audiencia, tan formal, con ropa que ahora le pesaba sobre los hombros. No se había sentido cómodo en ningún momento delante de esos tipos: la silla dura y rígida, el micrófono demasiado lejos de su boca, las cámaras, los fotógrafos. Debía inclinarse mucho hacia adelante cada vez que tenía que contestar. Además, la necesidad de soslayar las preguntas capciosas con una fórmula casi mecánica que le permitiera evitar una respuesta directa que podría de algún modo inculparlo le desagradaba. Aunque fuera legal y estratégicamente correcto, no dejaba de ser un artilugio elusivo, un asco, en el fondo.

Sólo al final, cuando intentaron atraparlo con la pregunta sobre qué hacer con los libros de autores comunistas, se sintió cómodo o al menos con un mínimo espacio para responder sin apelar a una fórmula. Había logrado

desconcertarlos. No servía para nada, pero era una manera de demostrar —a quién, podía preguntarse— cierto tipo de superioridad intelectual que no le desagradaba para nada. Hammett se jactaba de tener la capacidad crítica, reflexiva y analítica que le permitía formular ideas y sostener razonamientos coherentes desde perspectivas diferentes; podía argumentar incluso contra sí mismo. Lillian se regocijaría cuando se lo contara.

A través del cristal apenas entreabierto del Buick vio salir a Donald Poynton del edificio. Traía varios sobres en la mano.

—La señora Brodsky le manda saludos —dijo apenas volvió a sentarse al volante tras una breve carrerita bajo la lluvia.

La media docena de sobres blancos y marrones tenían las marcas oscuras de las gotas de lluvia.

—La señora Brodsky me quiere desde el día en que empecé a llamarla mi portera predilecta —dijo Hammett mientras revisaba la correspondencia acumulada durante las últimas tres semanas.

—Me preguntó si debe seguir diciendo que desconoce su actual dirección.

—Que los interesados se la pregunten al FBI o a la Comisión.

Donald Poynton encendió el motor del coche pero no lo movió. Quedó regulando bajo la lluvia. El ronroneo del motor sólo se interrumpía con el ruido que hacía Hammett al rasgar los sobres.

Había media docena de coloridas cartas de promoción de inutilidades, una que lo conminaba a pagar lo que nunca podría, un par de novedades editoriales, el servicio de recortes que recogía seguramente todas las maldades que destilaba la prensa en esos días sobre él y, debajo de todo, un sobre grande, grueso y pesado que por su estado y por las sucesivas anotaciones del correo, al parecer había ido y venido más de lo previsto.

Hammett desechó rápidamente toda la propaganda, pospuso la lectura de las calumnias de la prensa y se detuvo en el sobre grande. El matasellos tenía fecha de tres meses atrás y como remitente figuraba sólo una dirección en

Market Street, de San Francisco. Rasgó el papel. Era una carpeta amarilla con un texto original de cincuenta folios mecanografiados a doble espacio: “La mano y el puño”, firmado por R.P.F. Parecía una novela, una novela corta. Tal vez era de alguno de sus antiguos alumnos de escritura de la Jefferson School. O de algún desaprensivo espontáneo que esperaba su juicio. Había una tarjeta con un breve mensaje manuscrito sujeta con un clip en la primera página. Cerró la carpeta y la apartó con inevitable fastidio.

—No me contó cómo resultó el interrogatorio, señor Hammett —dijo Poynton, y el hombre flaco sacudió la cabeza—. ¿No quiere hablar de eso?

—Preferiría no hacerlo.

Abrió el sobre con los recortes de prensa, los repasó sin ir más allá de los titulares, hizo un bollo con los sobres de propaganda comercial, sin abrirlos, y arrojó todo por la ventana a la alcantarilla:

—Vamos al Derby, Donald.

Poynton arrancó y el Buick avanzó levantando el agua pegada al bordillo.

—Dobla por la Quinta y vamos hasta la 17. Comeremos algo —Hammett consultó su reloj—. Tenemos tiempo, Pat no vuelve del ensayo hasta las tres de la tarde.

Comieron, clásicamente, jamón con huevos y café. Poynton, además, pidió una malteada y tarta de manzana. En otra época, Hammett no hubiera elegido al Derby para cerrar una jornada trascendente o al menos tan importante para él. Tampoco solía venir a beber al Derby con Dotty Parker después de algún mitin antinazi, diez años atrás. Sin embargo, últimamente le gustaba ese lugar porque era como volver a los primeros tiempos y seguía estando Bunny detrás del mostrador.

El Derby, ahora convertido en un bar de larga barra y tránsito rápido, ya estaba en la 17th East Street —con la misma fachada y los mismos espejos

pero sin plástico ni neón todavía— cuando llegó por primera vez a New York. El departamento que había rentado Nell Martin no estaba demasiado lejos y solían pasar largas horas con un par de copas en alguno de los reservados en tardes tan lluviosas como ésta. Después, para la época en que conoció a Lillian, había dejado de ir. Cada vez que se quedaba unos meses en New York tenía su habitación fija en el hotel que administraba milagrosamente Nathaniel West, y además le sobraba el dinero. Y si no le sobraba, gastaba a cuenta de lo que ganaría.

Pero hacía mucho tiempo que todo eso había cambiado. El hombre flaco ya no vivía en hoteles importantes ni cenaba con champagne cada noche con una mujer distinta.

—Es increíble, Donald —dijo de pronto, después de un largo silencio sólo perturbado, apenas, por el ruido de la lluvia en los cristales, el exhalar del humo de los dos fumadores—. ¿Sabes qué cuento mencionaron estos imbéciles la única vez, durante toda la conversación, que hicieron una referencia a mí como escritor? Y no fue ni siquiera McCarthy sino otro, un alcahuete suyo, un tal Cohn. ¿Sabes qué cuento mencionó?

Poynton agitó la cabeza.

—*Sombra en la noche*. ¿Y sabes por qué?

Poynton volvió a agitar la cabeza.

—A ver si al contártelo te espabilas: son tres páginas, no más. Llueve como ahora, pero es de noche. El que cuenta, Jack Bye, va en coche, y desde otro que está estacionado, una chica rubia e inconsciente que se ha aventurado por donde no debería y subido a un auto con dos tipos pesados, pide auxilio. Jack los conoce; y reconoce a la chica también. Así que detiene su auto y después de repartir un par de golpes se la lleva con él. Ella, agradecida. Van a beber a un bar de negros ante las miradas recelosas del entorno y charlan y tontean un rato. Al final salen, y cuando la chica algo entusiasmada espera que la lleve a casa y quién sabe qué más, él le dice que será mejor que se tome un taxi en la

parada de la esquina. Ella, decepcionada, se va. Él vuelve adentro y el barman, su amigo, le reprocha haber traído nada menos que a la hija del viejo juez Warner, toda una autoridad del lugar, a beber allí. “No estamos en Harlem —le dice—. Y bien sabes que puedes tener problemas, y yo también, por esto que hiciste”. Él lo admite. Y entonces el barman insiste: “No te olvides de que por muy clara que tengas la piel y que hayas ido a la universidad no dejas de ser un negro”. “¿Y qué carajo te crees que quiero ser? —le dice Jack, sacado—. ¿Un chino?” Eso es todo.

—¿Eso es todo?

—Sí —el hombre flaco apagó el cigarrillo clavándolo en el cenicero—. ¿No te parece suficientemente comunista?

Poynton no supo o no quiso contestar sobre eso.

—¿Y usted qué les dijo, señor Hammett? —preguntó en cambio.

—¿Sobre qué?

—Sobre el cuento del negro.

—Nada. Sólo dije que sí, que lo había escrito y publicado. Eso parece que era suficiente para inculparme. ¿Entiendes?

Poynton asintió con una sonrisa rara.

—Y al final me dice, escucha esto, el propio McCarthy ahora: “Si usted fuera el encargado de un programa de lucha contra el comunismo, ¿adquiriría las obras de escritores comunistas y las distribuiría por todo el mundo?”. Y yo le dije: “Si yo estuviera luchando contra el comunismo creo que lo haría no dándole a la gente ninguna clase de libros”.

Hammett echó una carcajada al aire. Poynton lo siguió tímidamente.

—¿Y ellos?

—“Me extraña la respuesta”, me dice McCarthy: “viniendo de un escritor es por lo menos un comentario poco corriente”.

Y Hammett volvió a reír.

—¿Y entonces?

—Terminamos ahí. Es patético. La gente vota a estos energúmenos, Donald.

Cuando fueron las tres, Hammett fue hasta la cabina telefónica y llamó a Pat Neal. Oyó sonar un par de veces la campanilla en el living que bien conocía, con el ventanal que daba al East River, antes de que ella misma atendiera.

—Soy Hammett el Rojo, Lady, reportándome.

—Oh, Dash. ¿Cómo te ha ido?

—Podría haber sido peor. Ya te contaré. ¿Puedo ir a verte?

—Había pensado salir. Se suspendió el ensayo por la lluvia y he estado todo el día encerrada, estudiando.

—Buena chica. Me escribió Lillian desde París la semana pasada: se acuerda de ti en un par de líneas cariñosas, sobre el final.

—La pieza es extraordinaria. En *The Children's Hour* hay réplicas en las que me parece oírte a ti.

—Soy mejor en vivo, Lady —Hammett se volvió hacia la ventana—. Ha dejado de llover, al menos en el Village. Tengo un par de horas hasta volver a la cueva, dime dónde quieres que nos veamos.

—Espera un momento, Dash.

Hammett oyó el ruido del tubo al apoyarse sobre la mesa, una pausa y después la voz de Pat, que hacía una consulta. Hubo un diálogo y ella volvió.

—Estoy con Roald —dijo con naturalidad—. ¿Dónde estás tú?

Hammett carraspeó.

—En un bar de la 17, pero si no quieres...

—Vamos para allá.

El hombre flaco le pasó las coordenadas del Derby, colgó el auricular y antes de volver a la mesa fue al lavabo.

Estaba cansado y la comida le había dejado una sensación de pesadez. Hubiera sido mejor salir, tomar aire. Se desanudó la corbata ante el espejo, se

quitó los anteojos, abrió el grifo y se echó agua fría en la cara. Se secó y volvió a hacer prolijamente el nudo. Se peinó sin necesidad el pelo corto y crespo. Se puso de nuevo los anteojos, se los sacó.

Hubiera preferido ver a Pat sola, sin Roald Dahl. Conocía al tipo, lo había visto un par de veces, y le desagradaba. O no exactamente, porque sin duda no era mala gente. Pero tenía algo en el estilo flemático y reservado y en la mirada tranquila y levemente irónica que lo incomodaba. Era de esa clase de personas que obligan a hablar de más, a exponerse, al estilo de esos boxeadores especulativos, contragolpeadores, que hacen que el rival sobrelleve todo el gasto de la pelea. Era un nórdico de manual —noruego o algo así—, alto, flaco, desteñido y con una incipiente calva prematura que había publicado algunos cuentos en el *New Yorker*.

Según Lillian, que se lo había presentado a Pat, tenía talento. Una noche le leyó en la cama, en voz alta, con un entusiasmo inusual en ella, un cuento sobre la mujer de un oficial de policía que mata a su marido golpeándolo en la cabeza con una pata congelada de cordero. Después, llama al precinto donde él servía, inventa un asaltante asesino y esa misma noche, desconsolada, invita a los compañeros de su marido a comer a casa: cordero con papas, claro. Estaba bien, el cuento. El tipo escribía cosas así.

Volvió a la mesa, explicó la situación y liberó a Poynton.

—Yo iré a casa más tarde, no te preocupes. No hay nada más aburrido que una conversación de escritores, Donald.

Notó que el otro vacilaba.

—¿Qué pasa?

—Linda.

—¿Cómo está con lo de Old Rush? ¿Qué le dijiste?

—Nada. Aceptó lo de que se haya escapado.

—Es lo mejor —dijo Hammett casi con resignación—. De lo contrario, había demasiadas cosas que explicar, y en algún momento ella querría saber

dónde está el perro ahora y yo le diría que no por muy buenas razones, por las mismas por las que es mejor que tú tampoco lo sepas.

—Sí, señor Hammett.

—¿Así que está más tranquila?

—Seguro. Pero hoy no puedo volverme así: le prometí llevarle un autógrafo de Patricia Neal.

Hammett sonrió.

—¿Una foto de estudio, de esas de la Warner? Tiene con Gary Cooper y con el otro, Michael Rennie, el extraterrestre. Le gustan los hombres grandes y distantes, incluso tiene una con el robot de la película, el del rayo mortal. Podrías cambiársela mano a mano por una de Marciano o incluso de tu amigo Gatica...

—No es necesario que sea una foto —dijo Poynton muy serio—. Un papel cualquiera con su firma. Esta misma servilleta —y tomó una del expendedor que estaba sobre la mesa.

—Está bien, mejor quédate entonces —dijo Hammett de improviso—. Siempre es bueno ver a una muchacha hermosa, aunque venga con guarnición de bacalao noruego.

Poynton frunció el entrecejo.

Entonces Hammett le dijo quién era Dahl, su novio, prometido o algo así. Le contó que el tipo había servido en la RAF en el norte de África, en Grecia y en el Cercano Oriente durante la guerra y lo habían derribado o se había caído solo en el desierto, se había partido el cuello y sobrevivido bastante entero.

—Tiene mucho para contar —resumió—. Y tú también: háblale de Tarawa.

—No estuve en esa carnicería, señor Hammett. Mi división no pasó de las Gilbert.

—Es raro que no hayas estado: últimamente cada vez hay más marines que estuvieron en Tarawa o pusieron la bandera de Iwo Jima. Si les vas a creer a todos, la levantaron entre más de cien aunque en la famosa foto de *Life* son

media docena. Debe dar algún tipo de prestigio, supongo.

—Supongo.

—Aunque el sobreviviente siempre es sospechoso, sobre todo si habla demasiado.

—Supongo.

—Supones demasiado.

—Supongo.

—Debería darte una trompada —dijo el hombre flaco mostrándole el flaco puño—. Aunque no me convendría... Y no me contestes supongo una vez más.

—No, señor Hammett.

—¿No tienes otra cosa que decir?

Donald Poynton pensó un momento:

—Le diré algo que decía mi padre, señor Hammett, que acaso le guste. Hay dos tíos que nos han hecho mucho mal en este pervertido país, decía: Uncle Sam y Uncle Tom. Uno te convence de ir a la guerra y el otro de que lo mejor es no quejarte.

—Está muy bien. ¿Qué hacía tu padre?

—No sé mucho porque lo veía muy poco. Se fue cuando yo tenía siete años. Cada tanto volvía, se quedaba un par de días y volvía a partir. Sé que anduvo de chofer de la Grey Hound y conoció cada uno de los pueblos de Dallas a Atlantic City, eso durante mucho tiempo; después se aquietó y fue unos años camarero en Harlem. En esa época murió mi madre y me trajo a vivir un tiempo con él, antes de la guerra. Ahí fue cuando me dijo eso, entre otras cosas.

—¿Camarero?

—Camarero, con su uniforme blanco. Estuvo años en el Minton's, un club de jazz de 52th Street, y me llevaba con él, no tenía dónde dejarme. Los primeros dólares que gané fue acarreándole los instrumentos a la gente que tocaba allí.

—Buena música esa. ¿Conociste a Fats Navarro? Murió hace poco, un chico apenas, un desperdicio.

—Todo era un desperdicio ahí, señor Hammett.

—La semana pasada puse un disco de Navarro en la máquina del bar y los jóvenes de jopo y moto me miraron como si eso que sonaba fuera Stravinsky.

La mirada de Poynton no fue demasiado diferente de aquella.

—Stravinsky, entiendes: una cosa rara, disonante.

—Ah.

Hammett desvió la mirada hacia la puerta vaivén del Derby justo cuando la pareja entraba apresurada. La atención recíproca de ambos por el estado de su ropa le indicó que el apuro en la irrupción tenía más que ver con la necesidad de escapar de la lluvia que con el improbable grado de ansiedad que les despertaba el próximo encuentro. Se saludaron desde lejos.

—Ahí viene la estrella, muchacho —dijo Hammett—. Prepara tu servilleta, yo no pienso decirle nada.

La sonrisa levemente escorada de Pat Neal solía marchar al menos un paso delante de ella, como una dotación de embajadores vestidos de gala. A su estela, el circunspecto Roald Dahl sólo se activó para saludar con la extensión marcial de un brazo interminable y en el momento de acercarle una silla a su chica.

Pat besó a Hammett en la mejilla, saludó a Poynton extendiendo el dorso de la mano como una princesa y se sentó.

—Donald me estaba explicando que su padre trabajaba en el local de 52th Street donde nació el bebop —dijo Hammett, locuaz y mundano después de las sucintas presentaciones—. ¿Te gusta el jazz, Roald?

El rubio terminó de sacarse el abrigo y se tomó su tiempo. Cuando habló, ya sentado, lo hizo con inesperada jovialidad:

—En la escuadrilla, en África, había un piloto con una fonola portátil. Y tenía tres discos, nada más. Los recuerdo porque fue lo único que escuchamos

día y noche durante nueve semanas: *Moonlight serenade*, con *Tuxedo Junction* en el reverso; *Pennsylvania 6500* y del otro lado *In the mood*, los dos de Glenn Miller —los iba enumerando con los largos dedos de su mano derecha— y el tercero, por la orquesta de Goodman: *Stompin' at the Savoy* y *Stardust*, creo. Eso era todo. Y fue demasiado para mí. Por suerte, tras un bombardeo apareció la fonola inutilizada. Nunca se supo qué pasó —hizo una leve pausa—. Ah, además, una vez vino la orquesta de Dorsey al campamento, cuando estábamos en Trípoli.

—Causales suficientes como para desertar —opinó Hammett sin restos de ironía—. Miller tuvo la gentileza de retirarse a tiempo.

Pat se tapó la boca elegantemente para disimular la sonrisa.

—Una música amable, demasiado previsible, tal vez —dijo Dahl sonriendo, él sí, ampliamente.

—Es que los que estaban inventando otra cosa para sacarse de la boca el sabor a fresa del swing no se disfrazaron de soldados —dijo Hammett mirando a Poynton, que ni parpadeó—. Se quedaron tocando y drogándose en esta ciudad.

—Por suerte no sucedió con los escritores —se cruzó Pat, y miró a ambos alternativamente.

—Yo no era un escritor todavía —dijo Dahl con un leve y modesto parpadeo.

—Y yo ya no lo era —informó Hammett imperturbable.

—No digas eso, Dash.

—Quiero decir que no me había enterado aún de que ya no lo era.

—Con todo respeto, Dash —dijo Dahl—. Supongo que, aunque no publique, uno nunca deja de serlo.

—El problema no es dejar de serlo sino empezar a serlo alguna vez. Conozco decenas de tipos que escriben libros y que acaso nunca se enteren de que no son escritores. Una vez, Raymond Chandler me dijo eso...

—¿Se conocen?

—Nos vimos sólo una vez, en una convención de *The Black Mask*, a fines de los treinta. Hay una foto en la que está Horace McCoy también, además de otros compañeros. Él, Chandler, es más grande que yo pero recién empezaba, incluso no había inventado al pesado de Marlowe todavía. A diferencia del resto, Chandler sabía ya lo que quería hacer. En un aparte, con ese aire de escritor inglés, que se soñaba inglés, en realidad, con la pipa y la chaqueta de tweed, me dijo eso que les digo. Supongo que se refería a varios de los que estaban ahí. Le gustaba hablar de literatura pero no con todos, claro. Era, o es, muy ácido.

—A usted lo respeta —dijo Dahl mientras empezaba a cargar su pipa, como si la referencia de Hammett le hubiese recordado un deber o costumbre olvidada.

—Sí, no hace mucho escribió un artículo en el *Atlantic Monthly* sobre el género en el que me coloca en el lugar del precursor. El artículo es bueno, pero es una forma de enterrarme. Casi un epitafio, o un responso, mejor.

—Dash... —meneó la cabeza Pat.

—Una forma de hacerse su propio lugar. Es normal. Esa vez en *The Black Mask*, cuando ya habíamos tomado lo suficiente, me desarrolló toda una larga teoría respecto de Stevenson y Conrad. Según Chandler, no podía ser casual, tales fueron sus palabras, que uno hubiera empezado a escribir justo cuando el otro dejaba de hacerlo. Y tiene razón. Son exactamente sucesivos: cuando Stevenson muere en Samoa, el polaco Conrad se baja del barco, pues era capitán, y del idioma, y empieza a escribir. Y son complementarios, casi especulares. Stevenson inventa lo que no ha vivido: lee y escribe primero y viaja después, para morir donde había imaginado las aventuras; es un pasajero enfermo además, no un capitán. Conrad vive primero una larga vida de experiencia sin escribir una línea y después se sienta a escribir. Cuenta lo que ha vivido o lo que le ha contado la gente que conoció, al menos ésa es su

manera de poner en ficción la experiencia acumulada.

—¿Y entonces? —Roald Dahl lo seguía con atención.

Hammett sonrió levemente y dijo:

—Yo creo que Chandler, alegóricamente, con esa referencia a Stevenson y Conrad, estaba enterrándome a mí, y avisándome que lo sabía. Yo dejo de publicar cuando él empieza: como si no pudiéramos compartir el mismo espacio. Incluso en *El simple arte de matar*, cuando habla de Hammett lo hace en pasado...

Roald Dahl sonrió también, con cierto embarazo:

—Pero es cierto que usted empieza a publicar a partir del uso de una experiencia personal. Con esas *Memorias de un detective privado*...

Hammett no pareció estar totalmente de acuerdo pero no llegó a decir nada.

—Y tú también, Roald —se cruzó Pat, otra vez satisfecha de poder conectar en algún punto a esos dos hombres flacos en secreta pugna—. Aquel primer relato que te publicaron, según me contaste, era sobre cuando te derribaron en el desierto.

—Sí, fue de lo primero que publiqué, ya hace más de diez años. O que me publicaron, en realidad —los ojos muy abiertos del noruego parecieron licuarse de tan claros—. Porque no era mi intención.

Y a continuación contó —con precisos, amplios movimientos de sus largas manos por encima de la mesa— cómo había sucedido su debut en el papel.

Todavía convaleciente de sus heridas de guerra, a principios de 1942 estaba en Washington como agregado aeronáutico en la embajada inglesa cuando conoció de casualidad a C.S. Forester, el famoso autor de relatos del mar al que había admirado siempre de muchacho y leído todos sus libros. Forester andaba buscando material, testimonios de genuinos combatientes —Estados Unidos recién había entrado en guerra y los lectores comenzaban a interesarse en los pormenores de la guerra hasta entonces ajena— para escribir relatos que, según dijo, le publicaban y pagaban muy bien en el *Saturday Evening*

*Post.* El famoso escritor lo invitó a almorzar y Dahl comenzó a contarle su historia, pero en medio del entrecortado relato que avanzaba a los tirones y que el otro iba anotando con lápiz en una libreta entre bocado y bocado, Dahl le propuso que, acaso, lo mejor y más simple sería que él le mandara sus apuntes por escrito.

—Como pueden darse cuenta, nunca fui un buen narrador oral —explicó Dahl casi disculpándose ante la mesa—. La cuestión es que esa misma noche me puse, y de una sola sentada escribí, con todos los detalles que Forester me había pedido, el informe sobre lo más emocionante que había vivido en combate. Hice algo que supuse le podía interesar. Al día siguiente me lo pasaron a máquina en la embajada y se lo envié a Forester. A la semana me llegó una carta suya: “No tuve que tocar una coma. Lo mandé así. Es usted escritor, aunque no lo sepa”. Y me adjuntaba un cheque por 900 dólares, ya que el *Saturday* pagaba mil: el diez por ciento era para su agente, que desde entonces sería el mío. Así se publicó, con el título de *Shot down over Lybia*, con una ilustración de Hurricanes en acción, impresionante, en agosto del 42 y sin referencia al autor. Después le di otra forma, mucho más cercana a lo que realmente ocurrió, que lo hace irreconocible, y ahora se llama *A piece of cake*, irónicamente. Así fue como me convertí, sin querer, en escritor.

—Es una buena historia —dijo Poynton—. La historia de cómo sucedió, digo.

—Mejor que el cuento en sí —admitió Dahl con una sonrisa—. Primero vendí como real una aventura inventada y después inventé un hecho real. Pero prácticamente nunca más usé material sacado de mi propia experiencia militar o de cualquier tipo. Todos los cuentos de aviadores que escribí para las revistas en esos años y que junté en *Over to You* fueron pura invención.

—Mentiras verdaderas —aventuró Poynton.

—Algo así.

—Es que siempre es así, estimado Roald —acotó Hammett—. Pero al final,

la historia de la caída en el desierto entre las líneas enemigas y el rescate...

—Tal cual. Me estrellé y salí como pude del Gloster Gladiator con el cráneo partido. Quedé tirado ahí un tiempo hasta que me rescataron. Me desperté semanas más tarde en el hospital de Alejandría.

—Y después viniste a New York, como el francés —completó Hammett—. Pero no escribiste *Le Petit Prince*.

—¿Cómo?

—Hay un escritor francés, Saint-Exupéry... Se pasó la vida cayéndose con distintos aviones. Hasta que... —Hammett lo completó con un gesto elocuente.

—Lo conozco —dijo Dahl echándose hacia atrás en su silla—. Y ojalá alguna vez pueda escribir algo para niños que se venda así...

—Tal vez la próxima vez que te estrelles.

—Dash... —dijo una vez más Pat.

—Hoy parece una tarde especial para recordar historias de aviones derribados en el desierto y sus consecuencias narrativas —dijo el hombre flaco mirando por la ventana. De pronto se volvió hacia Pat—. Pero si quieres, Lady, mejor hablamos de la audiencia de esta mañana: durante casi una hora me comporté como un contestador automático. Como si me apretaran un botón; un botón rojo, claro.

—¿Cuánto duró la audiencia, Dash?

—Rehúso contestar, en base a que una respuesta podría tender a incriminarme.

Poynton no pudo dejar de sonreír:

—¿Hora y media, señor Hammett?

—Rehúso contestar, en base a que una respuesta podría tender a incriminarme.

Se hizo un pequeño silencio entre incómodas sonrisas. Hammett llamó a Bunny, que levantó platos y vasos, y recogió nuevos pedidos: sendas copas de brandy para Pat y Dahl, otra malteada para Poynton.

Él pidió otro café y entonces sí comenzó a relatar sin pormenores ni excesiva ironía lo que había sido el interrogatorio ante la Comisión, esa mañana en Washington. Se dio cuenta de que les hablaba a los tres pero se dirigía sobre todo a Pat, representaba para ella cierto papel de veterano íntegro y narrador distante que en otro lo hubiera hecho vomitar. Por suerte no estaba Lillian para documentarlo.

—No te volverán a llamar —concluyó ella.

—Supongo, como diría Donald —dijo Hammett.

Poynton meneó la cabeza. En ese momento llegaron los tragos y cada uno se abocó a lo suyo.

—No terminó de contar lo de Chandler, Dash —dijo Roald Dahl sin soltar la copa.

—Ah, sí... —recordó Hammett—. Eso un poco feroz de los escritores que nunca se enteran de que no lo son.

—Exactamente.

Hammett pensó que Dahl parecía dispuesto a soslayar toda referencia a la política, o que al menos parecía sentirse más cómodo en cualquier otro territorio de conversación que no fueran los desbordes paranoicos de la política interna de los republicanos. Acaso se debía a que cuando se conocieron, durante la primera charla, les había costado ponerse de acuerdo sobre el sentido que le otorgaban a la reciente creación del Estado de Israel y al papel del sionismo en Estados Unidos y en general. Pero reconocía que era una manera de subestimarlos y no era ése un sentimiento que podía aceptar con naturalidad y justificar ante Pat y ante sí mismo.

—¿De qué están hablando? Me perdí —dijo precisamente ella.

—Ya ni recuerdo a qué venía lo de Chandler —admitió Hammett mirando a Pat, y después a ambos—. Pero hay algo anterior, Roald, que tiene que ver con lo que hablábamos, porque nada es tan simple, las motivaciones nunca son tan claras. Las cosas nos llevan. A eso iba, creo: cuando empecé, yo no quería ni

pensaba escribir historias de detectives ni inventar al gordo de la Continental ni sacar al crimen del salón para llevarlo a las calles —parodió sin énfasis—. Incluso estaba resentido con los tipos de la Pinkerton y con la mezquindad del Servicio de Salud que me daba por casi muerto, y nada orgulloso de aquellos años que prefería olvidar, aunque la tos me los recordara todo el tiempo. Y entonces, contra eso, hice un curso de periodismo y me puse a escribir.

—¿Pero por qué escribir?

—Supongo —y miró de soslayo a Poynton— que quería ser alguien. Además, era algo que podía hacer sin esfuerzo físico, en mi casa. Iba a cumplir en cualquier momento los treinta, estaba casado, tenía una hija pequeña... —y ahí el hombre flaco sintió que estaba yendo más lejos de lo que pensaba ir, que se pondría levemente confesional y que no podría evitarlo—. Quería ser un escritor, acaso también por vanidad. Había estado leyendo a Henry James, a Flaubert, a Anatole France y a otros en la biblioteca pública de San Francisco y, aunque entendía poco, quería sobre todo parecer sutil e ingenioso. A mí me interesaba *The Smart Set*, la revista de H.L. Mencken, que además era de Baltimore, mi ciudad; era la mayor celebridad de Baltimore en realidad. *The Smart Set*, como su nombre lo indica, era la revista más sofisticada y exclusiva, cara, influyente, que tal vez vendía poco pero pagaba bien. Ahí publicaban O'Neill, Scott Fitzgerald, Sherwood Anderson, Hemingway. Por eso apunté con mis poemas y textos breves a *The Smart Set*.

—Y a partir del rechazo...

—No, me aceptaron. Lo curioso, o no, es que me aceptaron. Y lo primero que publiqué salió allí, un texto breve, menos que un cuento: *The parthian shot*, que jamás se ha reeditado, que yo sepa.

—¿Qué era eso?

—No son más de quince líneas. La mujer del insoportable Harold Key, con el que se ha casado y tiene un hijo de seis meses que ya pinta tan feo, estúpido, necio como el padre, decide abandonarlo. Pero antes, de ahí la referencia

culta a la flecha del parto, pasa por el registro civil y lo anota, le pone de nombre Don. Después manda a su hijo de vuelta a casa con la nurse y se toma el tren al Este.

—¿Don Key?: *donkey* —Pat miraba a Hammett como si no lo reconociera—. Es un chiste...

Todos rieron. De Pat, sobre todo.

—Yo creía que era gracioso o que debía serlo —se justificó Hammett, muy serio—. Hice varios así. Los escritores que hacen humor no suelen ser tipos graciosos. ¿Te has cruzado con Thurber en el *New Yorker*, Roald? Es un tipo excepcional, al menos eso me pareció las veces que hemos conversado.

—Nunca he ido a la redacción, Dash —dijo Dahl casi disculpándose—. Le doy mis relatos a mi agente, que se encarga de enviarlos.

—No había agentes entonces, o al menos yo no tenía. Supongo que ninguno de los que publicábamos en *The Black Mask* teníamos agente.

—Pero entre *The Black Mask* y *The Smart Set* hubo un salto grande.

—No tanto. En el fondo eran estrategias editoriales. Porque *The Black Mask* también era de Mencken y sus socios. Hicieron un *pulp* barato de kiosco para ganar el dinero que perdían con la otra, equilibrar las finanzas. Y que yo leía también, claro. Porque era, en su género, la mejor. Y eso que había muchos *pulps*. Bien...

Hammett se detuvo, pareció vacilar respecto del hilo de lo que estaba diciendo. Y de pronto arrancó:

—A lo que iba: hay una diferencia, que es sutil pero esencial, en la manera de presentarse ante el lector o de ser percibido por el editor, y eso depende de uno, de qué espera o cree esperar uno de sí mismo: no es igual ser un escritor que ha sido detective que ser un detective que se pone a escribir. En el primer caso, el escritor usa o no algo de su experiencia para hacer lo que lo define: escribir; en el otro, el detective usa la escritura para subrayar la condición que le interesa: la de detective. Lo esencial y lo instrumental están invertidos. El

ejemplo que diste de las dos versiones de tu primer texto creo que se refieren a eso, Roald. Pasaste de ser un aviador que escribe a un escritor que fue aviador. Y en mi caso, cuando escribo los fragmentos de las *Memorias de un detective privado* en primera persona, textos sueltos, apuntes, anticipos de un texto improbable en *The Smart Set*, soy o quiero parecer un escritor que ha sido o tiene un pasado como detective, lo que se supone me otorga cierto equívoco *glamour*. En cambio, en *The Black Mask* mi condición de ex sabueso que se ha convertido en escritor se supone que me da cierta credibilidad en términos de que voy a “decir la verdad”. Es diferente. Y es simultáneo, en mi caso. Entre *The Smart Set* y *The Black Mask* lo que cambia es el pacto, los términos de valoración y credibilidad con el lector.

Roald Dahl asintió en silencio. Acaso estaba pensando qué tenía que ver eso con él. Pat no dijo nada.

—Eso se nota mucho más claramente en la poesía y los poetas —prosiguió Hammett—. Porque nadie vive de la poesía: William Carlos Williams no es un médico que escribe poesía, del mismo modo que Wallace Stevens no es directivo de una empresa de seguros que escribe poesía. ¿No es así?

Donald Poynton asintió lentamente con la cabeza, con el labio inferior subido sobre el superior, en señal admirativa. Estaba recostado en su silla, echado hacia atrás, como quien observa el ir y venir de una pelotita de tenis o las movidas de una partida de ajedrez.

—Te dije que iba a ser aburrido, Poynton.

—De ninguna manera, señor Hammett.

El hombre flaco percibió el tono levemente irónico y contraatacó, volviéndose hacia Pat:

—Donald me pidió que te dijera que su mujer sería muy feliz si le dedicas un autógrafo —dijo sin pestañear.

Poynton quedó de piedra.

—No tengo ninguna fotografía aquí —dijo graciosamente ella—. Si quieres,

Donald, puedo enviártela a través de Dash o... ¿Cómo se llama tu esposa?

—Linda. Pero no es necesaria una fotografía, bastará con un papel — Poynton estiró la mano hacia el servilletero.

Pero Roald Dahl hizo un gesto que requería atención y espera, metió la mano en un bolsillo interior de su chaqueta, sacó la billetera y extrajo un papel doblado en cuatro. Era el programa de una función de cine de un par de años atrás.

—¿Te parece que esto le gustará? —dijo.

La película era *El manantial* y el nombre de Patricia Neal aparecía junto al de Gary Cooper. El programa reproducía también el afiche del filme, una adaptación de la novela de la inefable Ayn Rand que había tenido mucho éxito en su momento.

—No sabía que habías guardado eso, Roald —dijo Pat con halagada perplejidad.

—No tenía tantas oportunidades de tenerte en vivo como ahora, Pat —dijo él sonriente. Luego se puso de pie—. Voy al lavabo; si te parece, cuando regrese partimos. Estamos con el tiempo justo.

Ella asintió y se dispuso a escribir la dedicatoria para Linda ante la mirada complacida de Donald Poynton, un hombre que amaba a su mujer.

Hammett siguió el recorrido de Roald Dahl entre las mesas —lo miró caminar, como hubiera hecho Tulip— y se volvió hacia ella:

—¿Estás segura, Pat?

Ella levantó la mirada y la pluma de lo que escribía:

—¿Te refieres a Roald?

El hombre flaco asintió:

—Ten en cuenta que no es un artículo nuevo.

Ella volvió a escribir, habló sin mirarlo:

—Me caso con él en julio, Dash. Y nos vamos a vivir a Londres.

## 7. Gus & Paulie

Gus Irongate era largo y espigado al extremo de parecer un modelo para una escultura de Giacometti. O parecer directamente una escultura de Giacometti, como le dijo Lillian en el jardín, el día que lo conoció, semiinclinado hacia adelante por el viento externo y el alcohol interior que atentaban contra su vertical.

—Gus, no te dejes caer —le dijo entonces.

Ahora Gus estaba caído, literalmente derrumbado boca abajo sobre el sillón más largo y desvencijado de su estudio.

Tenía todo el aspecto de alguien que había llegado hasta ese lugar luego de arrastrarse penosamente quién sabe desde dónde. Por lo menos desde la puerta del húmedo *loft* que Hammett y Poynton encontraron abierta al salir del ascensor. La música y las luces estaban encendidas, pero Gus nunca había estado más apagado.

Hammett verificó que al menos no estuviera muerto.

—Tiene pulso —corroboró sin entusiasmo.

Poynton silenció al excesivo Stockhausen del moderno combinado y al volverse pateó sin querer una de las botellas, que rodó hasta los pies de Hammett.

—No va a ser fácil moverlo —dijo aproximándose.

—Lo envolvemos en la alfombra —dijo el hombre flaco—. Un clásico Poynton lo midió con la mirada:

—Es mejor que camine. La última vez...

—Ésta va a ser la última vez, Donald.

El otro meneó la cabeza con escepticismo y fue hasta la llave de luz que estaba junto al fregadero repleto. Apagó un par de lámparas: la que daba casi cenital sobre el lienzo inconcluso en el caballete y la mesa con las pinturas y los pinceles, y la de pared, que iluminaba el canto de las docenas de cuadros de todos los tamaños apoyados, superpuestos de cara al muro encalado.

El silencio y la brusca disminución de la luz hicieron que el atardecer que se apresuraba en el amplio ventanal que ocupaba casi toda la pared opuesta y una parte del techo de la bohardilla tomara un protagonismo casi excesivo.

—¿Qué haremos con él? —dijo Poynton.

—Si es por Paulie, ya viste: la alfombra y al Hudson.

En ese momento sonó el teléfono. Gus no estaba en condiciones de oírlo. Luego de que sonara tres veces, Hammett atendió.

Era Paulie:

—Hola, Dash. ¿Él está ahí?

—Sí.

—¿Cómo está?

Hammett hizo una descripción benigna que omitía la puerta abierta y cuatro de las cinco botellas.

—Ahora duerme —concluyó—. Cuando despierte nos iremos a Katonah.

—¿Hablaste con él?

—Un poco. Me pareció que está arrepentido.

—Es un imbécil, Dash. Y un bastardo hijo de puta.

El hombre flaco no contestó a eso, se quedó mirando el mechón de pelo rubio desparramado sobre la cara ladeada de Gus.

—Que ni se le ocurra volver, Dash.

—No creo que esté en sus planes inmediatos.

—Mejor para él.

—Tú, tranquila.

Paulie colgó sin decir ni gracias. Hammett se quedó mirando el teléfono.

—Está muy enojada —confirmó Poynton.

—Lo que pasó con Do fue duro. Difícil de remontar.

—Supongo —dijo Poynton.

Hammett lo miró y Donald apartó la vista.

Todo había comenzado dos horas antes, cuando tras despedirse de Pat y Roald Dahl, y antes de emprender el regreso, Hammett llamó a casa de los Irongate para saludarlos, saber algo de ellos, al menos. Ese tipo de contactos protocolares no eran parte de su estilo pero de algún modo su posición de huésped permanente le exigía ciertas atenciones. Además, hacía casi dos meses que no los veía, no habían pasado por Katonah desde el regreso de Florida la semana anterior y carecía de noticias suyas, si no era por las evasivas informaciones de los niños. Temía algo malo. Y fue lo peor.

Atendió Paulie, prácticamente en un sollozo. Gus acababa de irse dando un portazo tras una escena terrible.

—Voy para allá —dijo Hammett pensando lo bueno que hubiera sido que Lillian estuviese en New York.

—No vale la pena. Ha sido lo de siempre, sólo que estaban las niñas, Dash —y volvió a sollozar.

—En un cuarto de hora estoy ahí.

Había parado de llover y el Buick encontró la Cuarta Avenida superpoblada por todos los taxis que habían estado esperando largamente bajo el agua en sus paradas. Tardaron media hora en llegar a la casa de tres plantas en la 43 East, a treinta metros del Central Park.

La misma Paulie abrió la puerta. Estaba recompuesta, incluso tenía aún el pelo mojado por una rápida ducha reparadora.

—Mandé a las niñas con la señora Lupita al cine —dijo como quien extiende un certificado de salud—. Pasa, Dash, por favor.

Poynton se quedó atrás.

—Lo esperaré abajo, señor Hammett.

—Pasa tú también, Donald —dijo ella con desenvoltura—. No se trata de nada que no sepas.

Lo que Poynton conocía y había experimentado largamente era la afición de Gus por la bebida; lo nuevo era el ojo amoratado de Paulie.

—¿Te lo hizo él? —quiso saber Hammett.

Ella asintió con la cabeza. Caminó delante de los dos y se sentó en una butaca verde con patas de hierro, se alisó la falda escocesa. Los hombres permanecieron de pie.

—Llegó borracho y siguió bebiendo —dijo dirigiéndose a Hammett—. Me acusó de todo lo que puedas imaginar.

—¿Celos?

—Eso para empezar. Discutimos a los gritos. Por eso no oyó entrar a Do, que escuchó todo o gran parte de los insultos. Cuando me golpeó, ella se le fue encima —todo había sucedido en ese mismo lugar y Paulie situaba la acción con pequeños gestos—. Ahí empezó a balbucir, se echó a llorar y salió maldiciéndome. Mañana cambiaré la cerradura. Acá no entra más.

Se produjo un silencio. Poynton miraba el piso

—¿Y Tony donde está? —preguntó Hammett de improviso.

—En casa de un amigo, nerd como él —dijo ella rápidamente—. Anda con ese experimento de la lámpara, tú sabes...

El hombre flaco asintió.

Paulie lo miró y Hammett sintió como si ella le reprochara estar hablando de eso y no de lo que importaba. Paulie estiró con el dedo el cuello alto del pulóver negro que parecía, de pronto, sofocarla:

—Siéntense, por favor —ofreció tardíamente.

Hammett y Poynton ocuparon el gran sillón amarillo con almohadones geométricos y dijeron casi al unísono que no beberían café, que acababan de

hacerlo.

—Traeré algo de beber —dijo ella, y se fue a la cocina.

El living de los Irongate estaba pintado de blanco y poblado de muebles modernos, de estilo racionalista o de ningún estilo, con maderas claras, líneas rectas y telas de colores vivos y uniformes. Y muchos cuadros. Había una tinta original de Ben Shahn y el afiche de una vieja exposición de Benton, enmarcado. Hammett no sabía si el cuadro grande, oscuro y apaisado era de Orozco o de otro mexicano. El resto eran óleos de Gus. Los que él creía los mejores tenían ya sus años y en algún caso podían pasar por buenos ejercicios de un seguidor aplicado de Hopper. Pero últimamente él renegaba de ellos.

Paulie volvió con una jarra de agua, tres vasos y los ojos húmedos. Había ido a llorar a la cocina.

—Disculpen —dijo sonándose la nariz.

Hammett no compartía el criterio machista de que las mujeres eran más bellas después de haber llorado, pero Paulie bien podía desmentirlo.

—Nada que disculpar —dijo el hombre flaco—. Cuéntanos si quieres y échanos cuando te parezca.

Paulie hipó bruscamente, tosió, después bebió un trago de agua y finalmente se echó a reír.

—Buena introducción —dijo Hammett—. Ahora, los detalles.

Paulie sacudió la cabeza. La hermosa mujer de Gus Irongate podía seguir siendo muy bella con la punta de la nariz roja, la ceja hinchada y el pelo echado en desorden sobre la cara y los ojos grises, miopes y llorosos.

—Ya sabes, Dash. Lo de siempre —dijo con desaliento.

—No sé, dime tú.

—No puede pintar. No hizo nada sino beber en Florida. Tiene la exposición en un mes y medio y sabe muy bien que no va a llegar. Pero no es culpa mía. Ni que no pueda pintar ni que no pueda dejar de beber. Tampoco los chicos tienen la culpa.

Ni Hammett ni Poynton la tenían. Ése era el problema con los bebedores. Y con los pintores que no podían pintar.

—¿Adónde fue ahora?

—Supongo que al estudio. ¿Dónde va a ir? Los puentes le dan vértigo — dijo ella con aire distante.

El encanto de Paulie Gerscher sobrevivía a todas las calamidades y agresiones, como había sobrevivido a la reiterada maternidad y a la desatención primero y a la agresividad después de su tonto marido. Hammett no pudo evitar pensar que de todos modos Paulie al día siguiente abriría su galería de arte en el Village con los más elegantes y modernos anteojos negros de su colección apoyados en la punta de su fina nariz semita y cruzaría conscientemente las piernas bajo la tapa de cristal del escritorio.

—Pasaremos por el estudio —dijo Hammett.

—Llévatelo, Dash.

Y no era un pedido. Era una orden.

Y le había hecho caso. Durante el melancólico regreso a Katonah, mientras oía sin escuchar los empeñosos comentarios críticos de Donald sobre la supuesta nueva música que pasaban por la radio y saltaba infructuosamente de una a otra estación, Hammett experimentó como nunca y durante largo rato el deseo de volver a beber. Pero lo distrajeron cuestiones puntuales, como la lluvia que volvía en el peor momento o los indignos balbuceos de Gus, mal acomodado en el asiento trasero. Además, Donald Poynton había llegado a convertirse en un auténtico sparring todoterreno. En esta oportunidad, supo amoldarse a lo que intuyó que el hombre flaco acaso necesitaba y subrayó su tendencia a la armonía, a la formulación de lugares comunes del buen sentido como si fueran descubrimientos del momento.

—Ella es una mujer muy fuerte, señor Hammett.

—Lo de ellas es resistir —generalizó el hombre flaco.

Acordaron sin ahondar en la idea, que es la habitual manera de acordar.

La única discusión fue cuando llegó el momento del traslado y tuvo que ver con quién se hacía cargo de los tobillos del pintor. Por suerte estaba Linda, que como siempre los puso a ellos y las cosas en su lugar. Con diligencia, la mujer de Poynton actuaba la preocupación para enmascarar un contenido pero inocultable enojo que se centraba fácilmente en Donald pero que los implicaba a los tres, a la situación de la que Gus era sólo el núcleo ocasional.

Poynton sintió que no sería fácil el trámite ulterior de explicaciones, pero confió en que el autógrafo de Patricia Neal estampado sobre el programa de *El manantial* que tenía en el bolsillo operaría como salvoconducto.

Hammett permaneció fumando en la galería y viendo caer la lluvia incluso después de que se apagaran todas las luces de la casa. Las ganas de beber se habían retirado. O no precisamente las ganas, como después trató de contarle a Lillian en la carta que le escribió esa misma madrugada desde su cabaña. Le hizo la crónica minuciosa pero expurgada de una jornada demasiado densa en acontecimientos —“como una película, Lillishka, en la que en hora y media pasa una vida”— y después le precisó que había experimentado “la nostalgia, no la necesidad, de la satisfacción de beber”. Y que esa sensación era “menos vistosa o heroica que enfrentar las ganas o vencer la compulsión”. Y concluyó: “Pude controlar el deseo pero no pude recuperar la sensación de placer. Es una pérdida, la verdadera pérdida, en realidad”.

Pensó que acaso también le sucedería alguna vez con el sexo, pero eso no se lo escribió a Lillian.

## 8. Los Irongate, padre e hijo

Dashiell Hammett estaba sentado, solo, en su cabaña, junto a la ventana que daba al bosque, en un sillón de cuero con apoyabrazos de madera, frente a la máquina de escribir colocada sobre una mesa pequeña. El sol de la mañana entraba de costado e iluminaba por derecha los papeles y las pilas de libros que saturaban los alrededores de la vieja Remington. Era la misma máquina en la que, hacía precisamente veinte años, había terminado de desarrollar la enredadísima intriga de *The Thin Man*, trabajando en jornadas de quince horas, en la mejor habitación del Sutton Club Hotel de su amigo Nathanael West. Conservaba una fotografía de la época, acaso usada para la promoción de la novela y no tomada en ese hotel sino en el Lombard, en la que tecleaba, relajado, elegante y de traje oscuro, con las piernas cruzadas y un cigarrillo en los labios. También ahora había un cenicero lleno de colillas y el humo del cigarrillo flotaba alrededor de la Remington, pero hacía dos horas que estaba sentado y no había escrito una línea. Tampoco estaba relajado.

En realidad, hacía varios meses que no conseguía avanzar en la novela que, según le había dicho a Tulip y se había dicho a sí mismo, estaba escribiendo. La historia que en algún momento había sido un proyecto de pieza teatral titulado *The Good Meat* había perdido incluso el título en el camino. Era su tercer intento serio en los últimos diez años de encarar un relato extenso.

Cuando salió del Ejército en 1945 el veterano sargento Hammett, tras larga sequía, estuvo un tiempo tratando de escribir algo acerca de un hombre llamado Helm, un artista que desde que se había licenciado no hacía más que beber y al que habían echado de su hotel. Este Helm, que tanto se le parecía,

tenía un hijo que era capitán de la Octava Fuerza Aérea, pero el hombre flaco podía reconocer que jamás supo muy bien qué hacer con él. Tal vez porque él nunca había tenido un hijo o porque por entonces bebía incluso más que su personaje, lo que nunca es recomendable. Helm y su retoño militar quedaron ahí.

Algo después, apenas tres años atrás, cuando ya vivía en el apartamento de la Décima escribió gran parte del primer borrador de otra novela, a la que tituló —según los momentos— *The Hunting Boy* o *1º de diciembre*. La laboriosa y discontinua escritura había sido entorpecida por la bebida e interrumpida por Truman, por la Guerra de Corea, en última instancia por la distracción inevitable que provocaba la excusa política.

Ahora ya no tenía a su disposición, como entonces, ni la botella ni a una secretaria. No estaba la siempre lista Muriel para que le tipeara el original en la flamante máquina eléctrica. En aquel momento había recurrido a la novedad tecnológica como una especie de conjuro; ahora había vuelto a utilizar la vieja Remington, acaso por una razón similar. Había varias máquinas de escribir en la cabaña —un par de ellas, portátiles, en un estante que tenía a su alcance— y Donald no había dejado de preguntarle, cuando lo ayudó a desempacar, si las coleccionaba. Tardó en decidir qué grado de ironía había habido en ese temprano comentario del escurridizo sparring.

Sin embargo, desde la noche de la tormenta sobre todo, no había nadie a su alrededor en quien pudiera confiar más que en Poynton. Una confianza nacida en principio a partir de la complicidad. Y eso estaba bien.

Hammett jugueteó un momento con el rodillo de la máquina para atrás y para adelante. Finalmente sacó de un leve tirón el folio y lo devolvió prolijamente enfilado a la gaveta del papel en blanco. Después se levantó de la butaca y empuñó la escopeta que estaba colgada detrás de la puerta. Sin embargo, tras unos segundos la dejó en su lugar, tomó el libro que estaba en lo alto de la pila más cercana, se puso la chaqueta que había quedado colgada en

el respaldo y salió de la cabaña con el cigarrillo en los labios. Cinq, que estaba echado al sol a un costado de la puerta, se incorporó al verlo y trotó junto a él camino del bosque cercano. No llegaron muy lejos.

—¡Dash!

Junto con el grito lo alcanzaron los otros perros y detrás de ellos, sonriente y agitando el brazo, venía Tony a la carrera desde la casa.

No le habló hasta no tenerlo al lado:

—¿Cuándo llegaste? —dijo palmeándolo.

—Temprano, para el desayuno. Gus me dijo que no te molestara, que estabas escribiendo. ¿Terminaste?

—Por hoy. Voy al bosque a estirar las piernas.

—¿Qué lees?

Hammett le mostró la portada de *Experimentos con el tiempo*, de Dunne. Tony hizo un gesto de admiración. El hombre flaco le golpeó amistosamente la cabeza con el libro, sonrió.

—¿Novedades?

—Ya tengo las fotos del campamento —dijo Tony.

—¿Usaste la ballesta?

—Me la quitaron apenas llegué.

Hammett meneó la cabeza, solidario:

—¿Y tus hermanas?

—Se quedaron con Paulie.

Hammett asintió. Era la primera vez que veía a alguno de los chicos desde el episodio de la borrachera y los desmanes de Gus, dos semanas atrás. Aunque los Irongate se comunicaban regularmente por teléfono y el grado de virulencia en el trato había disminuido, era una separación de hecho. No se hablaba de divorcio ni habían tratado el tema con los chicos, pero Gus se había instalado hasta nuevo aviso en Katonah. Y le había hecho bien. Luego de un par de días que apenas pudo sobrellevar en estado catatónico, hacía más de

una semana que trabajaba con una energía que Hammett hacía tiempo no reconocía en él. Sólo había vuelto a New York por unas horas a buscar algunas cosas del taller mientras Donald pasaba por su casa a recoger algo de ropa. Además, aparentemente había dejado de beber.

Hammett puso su brazo sobre el hombro del chico y caminaron hacia el bosque:

—Tu padre tenía muchas ganas de verte.

—Yo también a él —dijo Tony con seriedad—. Me mostró lo que está pintando.

—A mí no me deja acercarme al estudio —exageró Hammett sin dejar de mirar al frente—. ¿Y qué hace?

Tony se detuvo, consciente de la expectativa que podía crear en el hombre flaco:

—Pinta retratos —dijo con los ojos brillantes.

—¿Retratos? —Hammett se detuvo también—. Antes, nunca...

—Retratos de la familia. Se trajo un álbum de fotos.

—Ah.

Prosiguieron la marcha en silencio. Hammett no subestimaba a Tony y pensó que, por una cuestión de respeto, debía preguntarle por el tema de la separación aunque no supiera hasta dónde habían llegado Paulie y Gus en la explicación. Pero el chico parecía tener otras cosas en mente.

—Te vi por televisión —exclamó de pronto con una sonrisa radiante—. Mostraron cómo te interrogaban los tipos de la Comisión. Cuando apareciste en las noticias estaba en casa de un compañero de curso trabajando en la lámpara.

—¿Y la lámpara? —dijo Hammett sin acusar recibo del resto—. ¿Cómo va?

—No creo que siga con eso, Dash. Se rompió en medio de la pelea.

—¿Qué pelea?

Tony no dijo nada.

—¿Te peleaste con tu amigo?

El chico asintió, pero puntualizó que no era su amigo, y le señaló con el dedo una marca roja sobre la ceja izquierda. Hammett pensó que aquella tarde de jueves había sido particularmente propicia a los desbordes de furia entre los Irongate.

—¿Cómo fue, Tony?

—Dijeron algo así como a estos sucios rojos hay que matarlos a todos. Y yo dije que eso era como una caza de brujas.

—¿De dónde sacaste eso?

—Me lo dijo Gus. Bah, se lo oí decir. Además, estabas tú ahí.

Hammett sonrió.

—¿Sabes qué quiere decir caza de brujas, a qué se refiere?

Tony meneó la cabeza.

—Antes, en la Edad Media e incluso después, con el pretexto de practicar la brujería, es decir, de tener negocios o tratos con el Demonio —arrancó el hombre flaco—, había tribunales religiosos que condenaban a la gente, sobre todo a las mujeres. Y las quemaban en una hoguera, Tony. Incluso muy cerca de aquí, en Massachusetts, hubo un episodio sintomático de intransigencia religiosa, a fines del siglo XVII. ¿Sabes dónde queda Salem? —Hammett estaba dispuesto a explicarlo cuando vio la sonrisa de Tony—. ¿De qué te ríes?

—Me acuerdo de tu amigo Tulip.

—¿Por qué?

—Hubiera dicho que así eres tú; en lugar de hablarme de lo que pasó contigo me explicarías la historia entera de la expresión caza de brujas.

—¿Pero quieres que te lo explique o no?— replicó Hammett, amoscado.

—Sí, Dash.

Hammett se volvió y caminó rápido por el sendero hacia el lago; Tony quedó por un momento un par de pasos atrás. De pronto el hombre flaco se

detuvo, se volvió hacia él y lo abrazó.

—Eres un chico valiente, Tony. Gracias por eso.

Y a continuación le contó con exceso de pormenores toda la historia de las brujas de Salem y hasta le explicó la versión del tema que había hecho Arthur Miller en una pieza que había visto con Lillian hacía un par de meses, cuando el estreno en Broadway, y que no le había gustado demasiado.

—Ahora cuéntame de Whitey —dijo Tony con cierta brusquedad.

—¿De quién?

—De tu amigo del hospital de tuberculosos, en San Diego...

—Ah, el loco Whitey Kaiser...

Era evidente que el chico se había quedado con las ganas desde la última vez de conocer el resto de las correrías de aquel personaje que le resultaba tan atractivo.

—Está bien, aunque no hay mucho más para contar. Creo que habíamos llegado al episodio de los sobrecitos que les vendimos a aquellos tipos en el viaje...

Tony asintió con los ojos algo más brillantes que de costumbre.

—Bueno, era lo esperable: en aquel hospital de Camp Kearney al que nos mandaron chocamos con nuestro enemigo habitual, que eran las reglamentaciones. No sé si te conté que después de aquel viaje interminable llegamos muy tarde en la noche y al rato un asistente nos despertó, a una hora intempestiva, porque quería muestras de orina antes de que terminara su turno. La cosa, con el estilo de Whitey, fue muy simple, claro: le dijimos dónde debía buscar sus muestras de orina y volvimos a dormir. El asistente terminó su turno sin las muestras.

Tony aprobó con un parpadeo.

—Luego nos encontramos con la dificultad de que necesitábamos pases para abandonar el hospital —prosiguió Hammett—. Tijuana, pegada a la frontera del lado mexicano, había sido una de nuestras más importantes razones para ir

a ese lugar, porque Aguas Calientes no estaba abierta aún. Pero no sólo necesitábamos, para poder salir, aquellos pases que se obtenían con mucha dificultad sino que, para colmo, en nuestro carácter de nuevos pacientes, estábamos obligados a pasar dos semanas de cuarentena antes de que se nos concediera cualquier libertad, incluso la de vagar a nuestro antojo por el hospital y sus alrededores. ¿Te imaginas? No estábamos acostumbrados a eso.

—Claro, Dash.

—De modo que nos rebelamos alegremente y anunciamos que abandonaríamos el hospital y nos marcharíamos a San Diego. Las autoridades médicas nos concedieron una reunión a mí, a Whitey y a algún otro como representantes del grupo y acortaron a diez días el período de cuarentena, según creo recordar, pero se mantuvieron firmes en cuanto a las otras disposiciones. Salimos de allí para realizar una consulta con el resto de los enfermos; con verdadero júbilo pensábamos estar ya en San Diego y Tijuana con su Cruz Roja para auxiliarnos cuando tuviéramos problemas. Pero sucedió que en el camino, pasó junto a nosotros una de las empleadas civiles del hospital, una chica muy guapa que llevaba una blusa a rayas y una pollera oscura; tenía sus bonitas piernas cubiertas con medias de seda, una de las cuales mostraba una pequeña corrida en la parte de atrás. Y ahí nuestra rebelión se hizo añicos. Decidimos que quizá el hospital no era tan desagradable después de todo, y que siempre podríamos irnos de allí cuando nos apeteciera...

Hammett miró a Tony como si esperara una reacción. Cuando se dibujó una leve sonrisa, continuó:

—Enviamos pues a Whitey, convertido en nuestro vocero, para que anunciara al oficial a cargo que nos quedaríamos. Pero jamás ninguno de los que estábamos allí llegó a nada con aquella chica guapa; ni siquiera sé si alguno lo intentó seriamente. Tampoco recuerdo quién de nosotros se había convencido con sinceridad de que había ciertos principios en nuestra rebelión,

que se desvanecieron en el caso San Diego. Los demás nos habituamos a la nueva rutina del nuevo hospital.

—¿Y Whitey?

—Whitey ya no estaba con nosotros. Pocas semanas después de la llegada al hospital, él y otro compinche regresaron de la ciudad algo achispados muy tarde una noche y terminaron aporreando a un médico. Creo que fue porque el doctor había inyectado al amigo de Whitey una dosis de apomorfina a causa de la borrachera que llevaba. Ambos fueron expulsados. Se habló de la posibilidad de que nos marcháramos con ellos, pero no hubo decisión y Whitey siguió su propio camino.

—¿Volviste a verlo?

—No. A él no. Conocí otros Whitey en San Francisco, pero a él lo perdí de vista.

La decepción de Tony era manifiesta.

—¿Sabes si vive aún, Dash?

Hammett se sintió repentinamente responsable de una simple conjetura, algo que no solía sucederle.

—Seguro que sí —dijo mirando para otro lado—. A un tipo como él es muy difícil imaginárselo muerto. Así que tenemos la potestad de suponerlo haciendo todavía de las suyas por ahí.

El chico Irongate asintió. Acaso esperaba que Hammett le diese una respuesta más precisa, pero por otra parte estaba en un momento en que podía empezar a convivir con la incertidumbre.

—Ahora cuéntame tú —dijo el hombre flaco—. ¿Me equivoco o te afeitaste el bigote?

Tony no dijo nada pero sonrió levemente y se llevó la mano a la cara en un gesto casi pudoroso.

—Tengo media docena de navajas en la cabaña, compañero —concluyó Hammett—. Me gustaría que elijas una en algún momento.

Dos horas después habían agotado los temas en común y estaban agazapados a orillas del lago —en cauto silencio, entre los juncos— observando los ominosos movimientos de una tortuga carnívora al acecho de una rana auriverde que en apariencia la subestimaba. De pronto, Gus Irongate irrumpió a sus espaldas:

—Supuse que los encontraría aquí —dijo amistoso—. ¿Qué hacen?

—Mira esa bestia —contestó Hammett en voz baja y señalando la tortuga con la cabeza—. La *Chelydra serpentina* en acción.

En ese momento, la tortuga, que había permanecido con medio cuerpo fuera del lago con la panza achatada contra el barro y con las poderosas uñas de las patas delanteras raspando y arrancando los guijarros de la orilla mientras miraba fijamente las idas y venidas de la rana, empezó a girar sobre sí misma como un gran transatlántico y con dos bruscos golpes de remo, tras agitar la larga cola, se sumergió en el lago.

Tony se volvió hacia su padre. El pintor estaba de pie sobre el césped, cuidando de no ensuciar sus zapatos con el barro de la orilla:

—Dash cazó una dos veces más grande, en el lago Tashmoo —dijo el chico.

—Conozco la historia —dijo Gus. El sol del mediodía recortaba su flaca figura y lo hacía parecer incluso más alto, casi evanescente con el pelo rubio y despeinado—. Pero Lillian dice que fue ella la que la mató.

—Yo la maté; ella sólo la enterró —puntualizó Hammett y se incorporó.

—Suele suceder —afirmó Gus enigmáticamente—. ¿Almuerzas con nosotros?

—No tengo hambre aún. Supongo que aprovecharé para escribir un par de horas más, una vez que te lleves a este locuaz pretexto.

Tony lo golpeó con el puño en la espalda y Hammett fingió sentir el impacto.

—Será también un perfecto locuaz pretexto para mí —dijo Gus en el mismo tono—. No quiero más por hoy. Estoy dale que dale desde las cinco.

Al decirlo levantó las manos a la altura de la cara, mostró los dedos sucios, la camisa azul con manchas de pintura.

—Le conté a Dash que estás pintando nuestros retratos —dijo Tony con desafiante espontaneidad.

—Sí. Y me contó también que se peleó por defenderme —dijo Hammett sin jactancia—. Y antes de dedicarnos a la observación de quelonios estuvimos desmenuzando la cuestión: arribamos a la conclusión de que no llegó a las manos por una cuestión ideológica sino por la simple y llana lealtad hacia un amigo.

—Y está muy bien eso —dijo Gus. Su mano se posó sobre la cabeza de Tony—. ¿No es un chico admirable? Todavía no me explico a quién salió.

—Ven, Dash —insistió Tony—. Quiero que veas las fotos del campamento.

—Esta noche.

—Sí, esta noche ven a cenar —ratificó Gus—. Pero ven temprano, te mostraré lo que estoy haciendo.

—Gracias a ambos. Seré todo anteojos.

Volvieron escoltados por los perros, que reaparecieron trotando y ladrando por un sendero lateral. Tony caminaba en medio de los dos y repartía preguntas como quien da prolijamente las cartas.

Hammett entró a la cabaña, dejó el libro de Dunne —que no había llegado ni siquiera a abrir— en el estante más bajo de la biblioteca que ocupaba una de las paredes de troncos, y fue a la cocina a prepararse café. La ventana de su pequeña cocina de cuento suizo, con cortinas cuadriculadas en rojo y blanco que Linda mantenía limpias y planchadas, daba al cobertizo donde estaba estibada la leña y se oxidaba desde hacía años un pequeño tractor John Deere

con las ruedas semienterradas en el pasto.

Mientras el olor del café caliente invadía el lugar, Hammett trataba de recordar en dónde había leído la reflexión sobre el valor de la amistad y la lealtad personal por encima de cualquier otra consideración de tipo político o ideológico.

Se sirvió el café en el jarrito metálico con su número que se había traído de contrabando —casi un regalo de los guardias— como recuerdo de su estadía en la prisión federal y se sentó con las piernas extendidas, semiacostado, en el sillón de dos cuerpos frente a la biblioteca. Pensó que la mayoría de los libros estaban en el mismo lugar y nadie —empezando por él mismo— los había tocado nunca desde que los puso allí, el primer día. Los tres estantes superiores habían ido juntando polvo y seguirían haciéndolo.

—Forster —dijo de pronto.

Se puso de pie y se empujó hasta alcanzar un grueso volumen *hard cover* que había quedado apoyado de través, por encima de la fila de lo que en principio eran los libros de filosofía, más precisamente sobre Hegel y Spinoza. Bajó el libro y lo golpeó sobre el muslo para quitarle el polvo. *I believe*, editado en Inglaterra en 1939. Una serie de ensayos en los que distintos autores manifestaban su credo en aquel momento de crisis, de desconcierto pesimista ante el estallido de una nueva guerra por entonces sólo europea. Algo presuntuoso, casi patético. Pero lo que había estado tratando de recordar estaba ahí. Lo había leído en su momento y perduraban sus marcas en las páginas en las que se había detenido. Reencontró el texto de Auden, el de Thurber, soslayó a Thomas Mann y a Maritain, pero se detuvo en Mencken y finalmente llegó a la declaración de E.M. Forster, el comienzo tajante: “No creo en la Creencia”. Y en la tercera página, subrayado, el memorable segmento que quería: “Odio la idea de morir por una causa, y si tuviera que escoger entre traicionar a mi patria y traicionar a mi amigo, espero poder tener el coraje de traicionar a mi patria”. Tan inglés, el inglés. No había publicado

nada en los últimos treinta años, desde *Pasaje a la India*. Y ahí estaba, sin embargo. Decían de Forster que su prestigio era tal que su fama se acrecentaba por cada novela que no escribía.

Cerró el libro. Recordaba ahora, incluso, una larga discusión con otros profesores de la Jefferson School respecto de este texto provocador. Lo curioso, o no, era que sabía muy bien con quiénes había discutido pero no recordaba —no pudo dejar de sonreír secretamente al evocarlo— cuál había sido su posición al respecto.

Se levantó para servirse otra taza de café y volvió al sillón; retomó el libro y estuvo largo rato leyendo aquí y allá segmentos de lo que parecían a menudo soberbias declaraciones de bienes espirituales. Acaso por eso, se fue quedando dormido. Y una vez más, soñó con serpientes.

Era frecuente que tuviera ese tipo de sueños, que no eran necesariamente pesadillas. Alguna vez había utilizado ese material en sus novelas. En *La llave de cristal* le había atribuido a Ned Beaumont un sueño excesivamente elaborado que algún crítico ridiculizó por lo que calificó de “ostensible pretensión freudiana”. Se sorprendió por lo retorcido de la interpretación pero no se ocupó en desmentirlo. Tampoco podía proponer un sentido diferente, y en última instancia le divertía utilizar conscientemente elementos inconscientes, si cabía la expresión.

Lo despertó el único rayo de sol primaveral que entraba en la habitación; le daba justamente en los párpados, como si hubiese un francotirador encaramado en la altura que apuntara a la ventana de su cabaña. Se levantó, corrió las cortinas y volvió al sillón. Pocos minutos después estaba otra vez profundamente dormido.

Pero no volvió a soñar.

Esa noche, después de cenar y mientras fumaban afuera, de cara a la

oscuridad, Gus Irongate sacó el tema de la exposición. Durante la comida no habían hablado una palabra de las pinturas, no habían hablado de otra cosa que no fuera seguir la deriva de la conversación interminable de Tony.

—Él habla todo el tiempo; las hermanas no abren la boca —resumió el padre.

—¿Y ustedes?

—Según Paulie, yo oigo pero sólo ella escucha —sintetizó Gus. Y después, bruscamente—. ¿Vamos a ver los retratos?

El taller en cierto modo improvisado de Gus, un depósito de trastos reciclado en el fondo de la casa, era mucho más chico que el de New York. Tenía poca luz —dos ventanucos altos— y poca historia aún: no había más que el caballete con una tela en blanco, una silla desvencijada, la mesa con pinceles y colores y las nuevas pinturas colgadas regularmente a lo largo de las cuatro paredes.

Se movieron sin mediar palabra. Cuando terminaron de dar la vuelta en redondo observando los cuadros —una docena de lienzos pequeños, cuadrados, de cuarenta por cuarenta, en principio muy parecidos entre sí— Gus Irongate se volvió hacia Hammett y esperó unos segundos antes de preguntar:

—Y, ¿qué te parecen?

El hombre flaco no contestó. Giró sobre sus talones y volvió a hacer el recorrido en sentido inverso, ahora más rápido y sin apartarse demasiado del centro del estudio. Observaba la docena de retratos que había ido mirando de a uno y de más cerca como un conjunto, como una totalidad. Cuando terminó la nueva inspección, dijo:

—Creo que son muy buenos, Gus.

—¿Por qué?

—Hay un sentido, además de dos series.

—¿Cómo es eso?

Hammett lo miró con repentina seriedad:

—No pienso darte más argumentación teórica. Si quieres te escribo diez líneas para tu piojoso catálogo. Pero eso ya es otro dinero.

Gus sonrió.

—Muy bien —dijo o calificó Hammett.

—¿De qué hablas?

—Desde que te recogimos con el sparring después de tu peor knock out, es la primera vez que te veo aflojar las comisuras.

Gus Irongate se dejó caer en el único y desvencijado asiento de todo el estudio.

—“Las mejores sonrisas son las que no tienen motivo aparente” —afirmó retórico, y aclaró sin que se lo pidieran—: es una cita, *signore* Vassari.

—Si estás pensando en Leonardo —dijo Hammett imperturbable—, en esa época no se concedían reportajes, no existían las galerías de arte y el catálogo lo editaban cuatro o cinco siglos después de la exposición.

—No me hables de la exposición. Me quedan tres semanas.

—Llegarás. ¿Qué crees que te falta?

Gus Irongate enarcó las cejas.

—La serie parece cerrada —opinó Hammett—. Al menos es lo que yo veo. Y el encierro le sienta bien.

—No entiendo.

El hombre flaco hizo un ademán amplio:

—Que hayas usado un solo formato, un solo tamaño de cuadro para retratar uno o más rostros, como si fuera una única ventana a la que se asoman y no un espacio en el que se distribuyen armónicamente, ya es una idea fuerte —dijo sin mirar a Gus, con la atención puesta alternativamente en las distintas obras—. Supongamos que el cuadro o la superficie de la tela es la familia; el matrimonio, si quieres. Todos los miembros se definen por su inevitable postura ahí adentro, solos o acompañados o disputándose un espacio. Se nota

esa tensión. A los que están solos les falta algo —y señaló con el dedo extendido—. Esa mirada al costado, ahí, como si esperara a alguien que no posó, que viene o se fue. Y en los de grupo, por el contrario, como ahí, algo sobra.

—¿Sobra?

Hammett no atendió, siguió adelante:

—Y después está la relación entre los rostros y el entorno, que también cuenta mucho. Me parece que los chicos están pintados con una serenidad e inocencia que no tiene el desordenado medio que los acosa, los picotea a veces, como ahí —y volvió a señalar—. Pero con los adultos es al revés: ese autorretrato tuyo es muy bueno, tan sacado e increíblemente amargo o desorientado en un contexto amable que no... —el hombre flaco vaciló— ¿que no te mereces?

Gus estaba anonadado, derramado en la silla. Agarró un pincel fino de la mesa desordenada y con gesto lento y formal se lo alcanzó:

—Fírmalos, Dash.

Hammett tomó el pincel con resolución, lo partió por la mitad y se lo devolvió:

—Creo que es lo mejor que has hecho. No te acobardes ahora.

Gus Ironside se incorporó, negó con la cabeza. Hammett le puso la mano en el hombro, apagaron la luz y salieron.

Tony había subido a su cuarto hacía rato y Linda acababa de terminar con la cocina. Poynton les ofreció otra vuelta de café pero Gus se excusó, pensaba seguir pintando desde temprano y necesitaba dormir bien:

—Pienso en hacer un par más —dijo.

—Todos sin ti, y ella sola —apuntó Hammett.

—Cinco nucas, y el espacio vacío: se fueron, se acabó —dijo Gus.

—No seas amargo. Eres joven, no tienes derecho.

—Quién lo dice.

Hammett se puso serio:

—Yo sé mirar cuadros, pero tú no sabes leer. No hablo de vivir, claro.

—Menos aún —dijo Gus. Y después, como si recordara de pronto algo que había quedado pendiente—. ¿Quién es ese amigo tuyo, Tulip, del que estuvo hablando varias veces Tony?

—¿No te lo había mencionado antes?

—No. Sólo me dijo que ese abrigo de oficial japonés que tú le regalaste, que no se sacó durante todo el campamento y con el que aparece en todas las fotos, era suyo.

—No era de él —dijo Hammett arrojando la colilla lejos, en la oscuridad del parque—. La historia es larga, sobre todo si estás pensando en irte a dormir; y no tiene demasiada gracia.

—Tú las mejoras, Dash —dijo Gus—. Bah, eso creo, porque, como bien dices, no sé leer.

—Como quieras.

Hammett le hizo entonces una síntesis de la breve visita de Tulip semanas atrás, de su larga y discontinuada amistad, para finalmente detenerse en la insólita historia que estaba detrás del abrigo de oficial japonés que tanto le había gustado a Tony:

—Cuando estábamos en Kiska, uno de mis destinos en las Aleutianas —dijo encendiendo un nuevo cigarrillo—, corrió el rumor de que en el avance relámpago de los japoneses, al principio de la guerra, habían hecho en su momento pie en Kiska y después se habían retirado o los habíamos echado secretamente. No había evidencias de eso. Era pura leyenda, alimentada por el hecho de que algunos soldados veteranos de la campaña de las Gilbert y de Guadalcanal, que se habían traído un centenar de mantas japonesas capturadas en algún depósito abandonado en la retirada de los japos, encontraron un modo de hacer negocios con esa idea. Un par de ellos eran sastres de los buenos y con esas telas cortaron lo que después les vendían a los rusos de los

barcos como uniformes de oficiales japoneses capturados...

—Ah... —dijo Gus con admiración.

—Y no sólo eso: aprovechaban el tráfico de esas falsas prendas para pasar droga y hacerse sus buenos dólares. Nada que no se haya hecho en otros lugares del frente.

—¿Y Tulip qué tiene que ver con eso?

—Él era el coronel al mando y su participación no fue nada clara. Acaso estaba en el asunto de la confección de los uniformes y apurado por los superiores debió fingir que creía la historia de la ocupación japonesa para justificarse ante ellos; o si no, usó la busca del “auténtico” uniforme japonés para extorsionar a los soldados que estaban haciendo su negocio. Es decir: convirtió el asunto en una cuestión de seguridad y perjudicó a un montón de gente involucrada en eso, que en el fondo no le hacía mal a nadie.

—¿Y tú?

—Como lo conozco desde hace veinte años y dio la casualidad de que coincidimos en Kiska, y que era mi superior, le dije lo que sabía de la patraña y le pedí que no insistiera en revolver ese asunto. Pero él insistió, no sé por qué, en que había uniformes genuinos de japoneses en la isla, que era cierto. Dijo que estaba en juego su credibilidad, lo convirtió en un asunto personal conmigo... Que llegó hasta ahora, hasta la semana pasada. Casi una década después del episodio aquel.

—No entiendo.

—Es que es difícil de entender lógicamente, Gus. El abrigo que tiene Tony lo trajo él. Es, se supone, la prueba de que él no había mentado. Se tomó ese trabajo. Lo que me hizo enfurecer fue cómo lo hizo —y la voz de Hammett reflejaba esa furia latente—. Se fue, ofendido, y me lo dejó. Me dolieron las circunstancias en que quiso vencerme, dejarme desairado y sin posibilidades de responder.

—En síntesis, es un mal tipo —lo interrumpió Gus—, un traicionero.

—No, para nada —y Hammett suspiró después de la afirmación—. Y puede ser incluso un tipo encantador, como lo fue con Tony. No encantador en el sentido en que lo es una serpiente, que te inmoviliza para matarte, sino como una música demasiado persuasiva, demasiado Rachmaninov, o como el discurso de vendedor de cien acres en Groenlandia que incluye la descripción de la fauna autóctona. Brillante.

—¿Un ventrílocuo?

—No lo he pensado pero podría ser. De últimas.

—Igual no entiendo por qué le diste el abrigo a Tony.

—Debía hacerlo.

Hammett le contó entonces con pormenores los sucesos de esa noche:

—Él, Tulip, se había comprometido a despertarlos de madrugada, Gus; actuaba el *marine*; pero discutimos, se ofendió conmigo, bebió de más y se fue. No lo quise hacer quedar mal porque me sentí de algún modo culpable de que se hubiese ido. Yo lo empujé. Por eso, me doy cuenta, traté de reparar su imagen diciéndole a Tony que Tulip se había tenido que ir y que le había dejado el abrigo de regalo a él. Y le conté parte de la historia; casi te diría que le conté la versión de Tulip. La que él quería escuchar.

—¡Qué complicado!

—Las relaciones lo son, ¿no crees?

Gus debe haber asentido con un gesto que Hammett no vio, en la oscuridad plena de la galería.

—Tulip es un fabulador —prosiguió el hombre flaco arrojando la colilla en larga parábola—. O es menos que eso, tal vez, porque no es un embustero. Es de esa clase de gente que cree o te quiere hacer creer que siempre le están pasando cosas; gente que todo lo convierte en una pseudoaventura. Así es que se convence de que su vida es algo interesante o que debe serlo para los demás. En este caso, Tulip se ha empeñado desde siempre en que yo recoja alguna de sus historias de vida. Él no trata de persuadirte de que sucedió algo

que no sucedió, sino que te narra algo que sucedió como si fuera interesante, cuando no lo es.

—¿Y no lo es?

—Depende de qué creas que vale la pena ser contado. O ser leído o escuchado.

—Es un personaje.

—¿Cómo has dicho?

—Que Tulip es, él mismo, un personaje —y Gus lo dijo con inédita seguridad, dada por la negrura del entorno, por la sensación inmediata de haber hecho un buen trabajo—. Acaso estás mirando las cosas desde un ángulo equivocado, Dash. Acaso lo que él quiere no es que recojas una de sus historias, que pueden no ser tan interesantes como dice, sino que lo transformes a él, a alguien que cree ser portador de vivencias convertibles en argumentos literarios, en tema. El tema es él. Bah: él y tú, que lidias con él. ¿Por qué no escribes sobre eso? No creo que antes nadie...

—Tú también, hijo mío... —recitó Hammett, sorprendido.

—Piénsalo, Dash.

Gus Irongate se puso de pie y la pitada final a su cigarrillo le iluminó levemente el perfil.

—¿Te vas ya? —Hammett no tenía apuro aparente.

—Me voy a dormir. Gracias por la mirada sobre los retratos, por hacerme sentir un artista —Gus se fue caminando hacia adentro, terminó de hablar cuando ya estaba lejos, casi en un susurro que acaso Hammett no alcanzó a oír—. Y gracias también por no haber pronunciado el nombre de Paulie en toda la noche.

De camino a la cabaña, Hammett orinó largamente a la entrada del bosque. Mientras estuvo de servicio en Alaska y las Aleutianas había adquirido la

costumbre o, mejor, había recuperado el gusto infantil de mear al aire libre. Sobre todo de mañana muy temprano, cuando había restos de nieve o escarcha o simplemente el frío ambiente hacía que se produjera el efecto de las pequeñas nubecitas de vapor o lo que fuera. Era una sensación de estar vivo tan fuerte como tomarse el pulso o sentir latir el corazón. Y mucho menos angustiada.

Entró a la cabaña y con serena determinación, incluso para su propia sorpresa, volvió a sentarse a la máquina de escribir que había abandonado hacia el mediodía. Era algo que no solía hacer. Hacía ya mucho tiempo que sólo escribía —cuando podía— por la mañana. La escritura nocturna, el desvelo creativo y la imaginación trasnochada eran cosas del pasado, de otra vida en la que le costaba reconocerse, sin abjurar de nada, claro está.

Encendió un cigarrillo, colocó otra vez el papel en el rodillo y escribió sin vacilar, con mayúsculas, arriba, en el centro de la página: TULIP.

Durante las tres horas siguientes estuvo anotando ideas, esbozando escenas y trozos de diálogos y dándoles sus primeras vueltas a los materiales de una cosa nueva. No era una historia siquiera, porque no era nada todavía. Sin embargo, al alba, cuando finalmente apagó la luz y se fue a dormir, tenía diez páginas. Y sintió que fuera lo que fuese lo que tenía allí, no se parecía a nada de todo lo que había escrito hasta entonces. Y supo o creyó que eso estaba bien.

## 9. Hombre o demonio

Cuando Donald golpeó a la puerta de la cabaña y Hammett tardó en responder, dudó en volver a llamar. Se asomó a la ventana para ver si dormía como solía hacerlo por las tardes en el sillón, pero no lo vio allí. Golpeó el vidrio de la ventana ahora, pero tampoco obtuvo respuesta. Acaso estuviera en el bosque. La puerta estaba sin llave y al entrar dando voces sintió el olor a encierro y a cigarrillo. El cenicero junto a la Remington con la funda puesta rebosaba de colillas. Fue hasta la cocina; los platos sucios se apilaban en el fregadero. Al volver sobre sus pasos para salir se asomó al cuarto. La colorida lata de habanos cubanos donde Hammett solía guardar papeles y viejas chucherías estaba sin tapa sobre la mesa de luz. En medio de la cama deshecha había un par de libros y los sobres abiertos de las tres cartas que le había entregado por la mañana. Una era de Lillian, reconocía fácilmente la letra.

Hacía dos días que Linda estaba en cama y no podía hacer las tareas habituales de limpieza. Por suerte Gus se había vuelto a New York, y Hammett no era de quejarse ni por eso ni por cualquier otra cosa. Sólo dejaba todo como estaba. Poynton no tocó nada. Recién al volverse para salir vio que faltaba la escopeta; no estaba colgada como siempre detrás de la puerta. En ese momento pensó que tampoco había escuchado disparos en el bosque en toda la tarde. Salió, cerró la puerta y vaciló entre ir a buscarlo por el camino del lago o regresar. Optó por volver.

Cuando entró en la casa se encontró con Hammett. Tenía la chaqueta puesta, la escopeta al hombro y empuñaba un ramo de flores frescas.

—Un cazador nunca debe volver con las manos vacías —dijo—. Son para Linda.

—Gracias, le encantarán —dijo Donald, recogéndolas con una sonrisa—. Fui a buscarlo, señor Hammett, porque lo llamaron por teléfono. Volverán a hacerlo en diez minutos.

—¿Quién era?

—No me dijo.

—¿Hombre o demonio?

A Donald siempre le hacía gracia esa interrogación propia de un conjuro exorcista.

—Hombre. Sólo aclaró que no era urgente pero sí importante.

—Toda una promesa, Poynton.

Donald llevó las flores a la cocina y desde allí le ofreció café. Hammett dijo que no. Entonces Donald se asomó por la puerta batiente y le propuso comer temprano y juntos, ya que estaban solos.

—¿Y Gus?

—El señor Irongate habló por la mañana con su *marchand*, y hace un par de horas cargó todo y se fue. ¿No lo vio usted?

—No. Acaso me buscó y no me encontró. ¿Sabes si terminó los dos cuadros con los que estuvo lidiando estos días?

Donald no lo sabía. Sí sabía que Gus había vuelto a beber —había encontrado dos botellas en el bote de basura del taller—, pero no se lo comentó a Hammett en ese momento. Terminó de arreglar el pequeño florero, volvió a asomarse y dijo:

—En media hora podemos comer: hay chuletas de cerdo, papas fritas y puré de manzana.

Hammett estuvo de acuerdo. Mientras Donald le llevaba un té con galletas y las flores a Linda a su cuarto, él se sentó a releer la jovial carta de Lillian que aún no había terminado de contestar.

La ingeniosa crónica egolátrica de sus aventuras parisinas alternaba con toques de atención y delicadeza hacia él. Le festejaba el ingenio de su última carta, la versión tragicómica de su experiencia ante la comisión del Senado a la que “hubiera dado años de mi vida por asistir” y, sobre el final —él sentía que casi de compromiso— le preguntaba si había avanzado en *The Good Meat*, por cuyo destino al parecer había tanta gente interesada: “Estuve con Georges Duhamel, el de la Série Noire de Gallimard, que una vez más me reiteró que no bien tengas lista la novela te ofrece la salida simultánea en francés —tu habitual traductor está libre y dispuesto— e incluso te invitarían a presentarla”.

Hammett dobló en cuatro las tres hojas de papel avión con membrete del Hôtel de Ville cubiertas con tinta negra por la decidida caligrafía de Lillian y retomó su laboriosa respuesta. Había empezado a escribirle imprevistamente esa misma mañana en el block de notas que solía llevar consigo al bosque, cuando la dificultad de permanecer inmóvil ante la Remington lo había expulsado de la cabaña bien temprano. Sin embargo, no había avanzado demasiado. O sí, pero por territorios que no solía. Probablemente la referencia de Lillian respecto de la inviabile *The Good Meat* era lo que lo había perturbado. Por eso, contrariando su costumbre de no hablar con cierto detalle del trabajo en curso, se descubrió en actitud casi confesional.

Lo que le agotaba como simple posibilidad era tener que afrontar, una vez más y cada vez con mayor intensidad, las expectativas de los demás respecto de su trabajo. Había pasado demasiado tiempo sin publicar como para que pudiera seguir escribiendo con cierta convicción sobre los antiguos temas y de la vieja manera. No hacía mucho le había explicado a un periodista europeo —para los locales no existía como sujeto literario sino como presa política— esas circunstancias, y no sin cierta intención provocadora había trasladado el meridiano de la excelencia en el género policial a la lengua francesa: de momento, Simenon era el mejor.

Pero él no era el prolífico Simenon ni —para bien o para mal— tampoco era Chandler, que ponía impunemente a su supuesto áter ego Marlowe a caminar por Los Ángeles y a seducir y opinar a diestra y siniestra. Acababa de leer la edición inglesa de *The Long Good Bye* y sabía detectar los síntomas del agotamiento, del manierismo. Ese *long good bye* era algo más que un título: era una despedida literaria. Chandler no daba más. No podía construir una trama convincente. La novela era incontable. La escena final, con ese Terry Lennox operado y devenido señor Matamoros era de una inverosimilitud y autocomplacencia sentimental insoportables. Y sin embargo había algo de heroico en el esfuerzo de Chandler, como arrancarle un *draw* tras quince rounds, aguantarle de pie, a Marciano. Aunque ya no volviera nunca más a levantar la guardia. Y había tenido sus momentos de esplendor, sus arrestos de vigor e inspiración: el capítulo en que clasificaba los tipos de rubias, era sin duda memorable. Memorable y tramposo.

Es que Chandler escribía con la impunidad de los definitivamente jugados. Casado, amorosa o perversamente encadenado a una Cissi que podía ser su madre, como un pescador deslumbrado y abrumado, arrastraba el cuerpo pesado y enfermo de su mujer como si fuera el pez del viejo Santiago, otro fraude que casi lo irritaba.

Él, Hammett, no había escrito nunca una línea como una manera de compensar carencias o dejar una imagen favorable o emotiva de sí mismo: escribir lo que no había vivido o le hubiera gustado o ya no podría vivir. Había escrito por dinero pero no había escrito tratando de parecerse a lo mejor que alguna vez había sacado o entrevisto de sí mismo. No había hecho malas copias de sus mejores momentos. No podía (o podía pero no quería) hacer mal y con mera destreza y oficio lo que alguna vez había hecho bien y con sangre. Y ese tipo de cuestiones eran las que estaban por debajo de su dificultad para seguir adelante. La diferencia con otras oportunidades era que esta vez necesitaba escribir porque era una cuestión de supervivencia, como

había admitido ante Tulip. Y el proyecto de *The Good Meat* había quedado empantanado, entrampado en esas contradicciones.

Estaba tratando de explicar eso en el difuso borrador de la carta a Lillian que definitivamente no despacharía cuando sonó el teléfono.

—Debe ser para usted, señor Hammett —dijo Donald asomándose desde la cocina—. Señor Hammett...

—Voy.

Donald vio cómo el hombre flaco interrumpía la escritura con gesto de fastidio, dejaba el block sobre la mesa, se levantaba de la butaca, caminaba hacia el teléfono y atendía. Él volvió al trabajo de la cocina.

La radio estaba encendida en un programa de preguntas y respuestas con el volumen un poco más alto de lo habitual para que Linda escuchara desde la cama, en el cuarto contiguo a la cocina. El programa de esa noche tenía como participante estrella a uno de los hermanos Glass, esa cría de petulantes niños prodigio, y Donald se daba cuenta de que si escuchaba el programa era para ver si alguna vez fracasaban, se quedaban sin habla. Cuando Linda y él tuvieran un hijo no lo educarían así, sabihondo y pedante, sino sensible, discreto y observador. Pero por ahora no iba a haber hijo. Aunque no se cuidaban, después de tres años Linda no había quedado aún embarazada. El médico decía que todo estaba bien, que era cuestión de tiempo solamente y no había nada de qué preocuparse, pero él en sus peores momentos pensaba que acaso el problema fuera suyo. Le habían preguntado por ese tipo de enfermedades que producen esterilidad, pero no era su caso. Tampoco le había sucedido nada comparable a la desgracia de aquel compañero herido por una granada en las Gilbert. Pero sí recordaba la única vez que había quedado inutilizado sexualmente durante semanas. Se encogía aún ahora, al recordarlo tantos años después. Fue entrenando en Filadelfia, al comienzo de su carrera, con la imprudencia de no usar protector. Un tremendo golpe bajo lo había doblado en dos, se había desmayado del dolor, y al despertarse en el hospital

tenía los testículos como dos berenjenas. Cuando se lo contó a Hammett, una noche que miraban boxeo en la televisión y un semipesado canadiense fue descalificado por los reiterados golpes bajos, el hombre flaco sentenció:

—Está claro —dijo—. Protegemos más los huevos que el cerebro. Así nos va.

Donald dio vuelta las chuletas mientras las últimas papas se terminaban de freír. El puré de manzana lo dejaba para el final, para que no se ennegreciera. Había que comerlo recién hecho. Los aplausos para el más joven de los niños Glass inundaron el estudio radial y la cocina.

—¿Oíste eso? —exclamó Linda desde la cama—. Es increíble ese crío.

El pequeño Glass acababa de explicar las distintas clases de lemúridos que constituían la fauna específica de Madagascar, una isla sobre cuya mera existencia se acababa de enterar la mayoría de los oyentes de la *broadcasting*.

Después de un minuto Donald apartó las chuletas del fuego y salió de la cocina. Hammett terminaba de apoyar el tubo y estaba quieto junto al teléfono.

—Está lista la comida, señor Hammett. ¿Servimos acá?

—Comamos en la cocina —dijo Hammett.

—Linda está escuchando su programa de preguntas y respuestas —explicó Donald, que sabía cuánto le molestaba a Hammett la radio a todo volumen.

Se miraron.

—Ya sé —dijo Donald—. Le llevaré la radio al cuarto.

—Yo se la llevo. Tú ocúpate de servir. Huele muy bien eso que estás haciendo.

Hammett tuvo la deferencia de esperar que llegara el corte de los anuncios publicitarios para desenchufar el receptor y llevarlo al dormitorio de los Poynton.

Cuando regresó, cerró la puerta y la radio quedó reducida a un murmullo.

Donald ya había puesto la mesa y colocaba las cucharadas de puré de manzana junto a las chuletas jugosas.

Se sentaron. Comieron en silencio durante un par de minutos. Hammett hizo el elogio de la comida, y de pronto, tras una pausa, dijo:

—¿Te acuerdas de la última vez que fuimos a New York, de regreso de Washington, cuando nos encontramos con Pat y el bacalao noruego?

—¿Qué pasa? ¿Linda no le agradeció el autógrafo?

—Claro que sí. No me refiero a eso. Ese día, con la correspondencia que te dio la señora Brodsky, mi portera predilecta, me llegó un manuscrito.

—¿De quién? —dijo Donald, que no lo recordaba.

—A eso iba: del tipo que acaba de llamar. Quiere saber si ya he leído su relato y qué me parece.

—¿Y usted lo leyó?

—Por supuesto que no. Ni lo leeré. Incluso debo haberlo botado hace unos días, cuando hice limpieza de papeles después del revoltijo de la noche de la tormenta.

—¿Le dijo eso, que no lo leerá?

—Exactamente —mintió Hammett.

Donald Poynton se concentró por un momento en pinchar las papas fritas dispersas.

—¿Quién es el tipo?

Hammett tardó en contestar, no porque no supiera la respuesta sino porque parecía no querer demostrar interés ni darle entidad al llamado.

—Un apellido italiano, Panesi o Rinesi, algo así —dijo después de masticar largamente—. Un desubicado: suponía que yo me había puesto a leer su manuscrito apenas lo recibí. Cuando le pregunté cómo había conseguido mi teléfono me dijo que me lo contaría cuando nos viéramos. Supone que nos veremos alguna vez. Es como tú.

—¿Cómo yo? Supongo por qué...

—Eso es: como tú, supone demasiado —Hammett había recuperado el buen humor—. Y hay algo más por lo que te llevarías bien con él. Noté que su inglés tenía un acento raro, y le pregunté. Es argentino, como tu amigo el Mono Gatica.

—Mala señal —dijo Poynton—. ¿Más puré?

Más tarde, cuando Hammett volvía a la cabaña caminando a través de la creciente oscuridad del parque se dio cuenta, en la liviandad de la marcha, de que se había olvidado la escopeta. No valía la pena volver a buscarla. En realidad, la había sacado a pasear al bosque durante toda la tarde, mientras lo único que había hecho era dar vueltas alrededor de todo lo que le removía la carta de Lillian.

Sentado en el diván, con una taza de café a la luz de la lámpara, repasó la larguísima respuesta que había estado escribiendo en el block de notas y rápidamente la desechó. No siempre estaba dispuesto a decir toda la verdad de lo que le ocurría con la escritura. O sí, podía hacerlo; pero después había que hacerse cargo. Sobre todo con Lillian. Se absolvió tácitamente: no estaba en condiciones de explicar sin ambages el libro que estaba o no dispuesto a escribir, o que creía que podía ponerse a escribir y que valiera la pena. Era una cuestión de tiempos y de oportunidades. Dejó la carta para otro momento.

Volvió a la Remington y repasó los últimos apuntes agrupados bajo el título de TULIP: el exabrupto torrencial de la primera noche, tras la charla con Gus, aquellas diez páginas y las acotaciones posteriores. El nombre y la actitud recurrente de su amigo —capaz de perfilarse para el lector en una especie de álter ego del narrador en primera persona— podía servirle de punto de partida para salir del estado de inmovilidad en que se hallaba. Incluso la historia en la que se empeñaba hasta ese momento, la atascada *The Good Meat*, no tenía por qué ser descartada como parte de la nueva empresa narrativa: escribiría, en

primera persona y desde un personaje que alguien podría identificar con él mismo, una novela sobre lo que le sucedía. Incluiría textualmente los intentos abortados, los esbozos, idas y venidas. No era cuestión de encontrar un tema para escribir sino de convertir esa búsqueda del tema en el tema de la novela. Y Tulip sería el pretexto.

Tal vez ahora sí escribiría una novela según el esquema de la cinta de Moebius, a la que se pudiera acceder en cualquier lugar y fuese infinita, con continuidad. Que se comiese la cola. Empezaría con alguien —acaso Tulip— que pretende contarle una historia al narrador para que la escriba, y terminaría con el narrador poniéndose a escribir la propuesta del interlocutor... En realidad, el hombre flaco no hacía sino admitir dos mecánicas falsedades en las que incurría en su discurso habitual: que estaba escribiendo y que ya había escrito una historia según el modelo de Moebius, cuando en realidad sólo la había concebido.

La probable solución técnica consistía en retroceder el punto de vista y el arranque en tiempo y espacio: ir hacia el comienzo de todo y describir las tensiones del proceso de elección del tema y la irrupción o aceptación de la escritura. Debía convertir eso en el asunto. Sin embargo, no estaba tan seguro o decidido a compartir esa elección narrativa con Lillian. Al menos por ahora: acaso no estaba mal dejar que corriera la voz —incluso a través de ella— de que estaba trabajando en *The Good Meat*, que sería como un regreso más amable, cómodo y esperado. Siempre le quedaba la posibilidad de sorprender a todos con lo nuevo, otro Hammett, más autoconsciente, que tendría la aprobación de los que se sorprenderían ante su audacia. Eso significaba explorar zonas nuevas. Pero para eso necesitaría acaso una energía que no sabía si estaba aún disponible. Ese pensamiento lo inhibió.

Basta por hoy, aceptó. La respuesta a Lillian podía esperar. Todo podía esperar. Así que dejó el block con las anotaciones sobre la Remington enfundada, se levantó con cierta dificultad y después de cerrar la puerta y la

ventana buscó algo que llevarse para leer en la cama.

Acababa de liquidar laboriosamente dos tomos seguidos de Proust y no estaba aún preparado para averiguar por qué Albertina había desaparecido. No estaba seguro de que le importara, además. Tal vez seguir con Dunne, que seguramente estaba loco pero especulaba y especulaba. No se cansaba de leer a los matemáticos o a los filósofos que desde las ciencias exactas derivaban a la especulación metafísica, aunque más no fuera para desecharla. Pero Russell no, estaba demasiado seguro de lo que sabía y de lo que opinaba sobre todo. Spinoza no se podía leer sin notas; mejor Pascal, que era el tipo de católico que a él le hubiera gustado ser, si hubiera aceptado seguir siéndolo, aunque más no fuera por inercia o rutina familiar.

Cuando se empinó para buscar los *Pensées* en versión bilingüe tocó con la rodilla un pesado sobre que se había mantenido en delicado equilibrio encima de los tomos enfilados del segundo estante y cayó al piso. Lo reconoció al momento: los sellos de correos, la dirección de New York, la carpeta amarilla que asomaba por el extremo que él mismo había rasgado sentado en el Buick mientras llovía sobre Manhattan. No lo había botado.

Hammett no creía en las casualidades, tampoco en las maquinaciones del inconsciente. Tal vez por eso recogió el sobre con más fastidio que curiosidad. Sacó la carpeta y se reencontró con el manuscrito, cuyo título no recordaba: *La mano y el puño*, por R.P.F. Había una tarjeta personal sujeta con un clip. La leyó de pie junto a la biblioteca:

*Roberto P. Fanesi. Agente Marítimo, con dos direcciones en el borde inferior: Cochabamba 2345, 4to B. / Rosario / Santa Fe. Argentina y 17 Market St. / San Francisco / California. USA. Y agregado, de puño y letra. “Estaré en New York en marzo (había un par de teléfonos manuscritos) y espero poder tener la oportunidad de conversar con usted. Un seguidor de su obra”. Y la firma rebuscada.*

Guardó la tarjeta y se dispuso a leer desde el comienzo.

## LA MANO Y EL PUÑO

por R.P.F.

### I

Charles Pierce, el hombre a quienes todos conocían en esa calle de ese suburbio de Spokane con el nombre de Charles Pierce, estaba en el porche de su casa dándole lentas pinceladas de barniz transparente a una mecedoras con la lata en la mano izquierda y la rodilla derecha apoyada en el piso de madera, cuando oyó el ladrido del perro en la puerta. Alzó la cabeza y vio al hombre de traje oscuro y sombrero que volvía a golpear las manos. Vio sólo la mitad de su cuerpo, en realidad. Estaba parado al lado de la puerta, tras el ligustro que separaba el breve jardín de la acera soleada. El coche en el que había llegado estaba estacionado a sus espaldas.

Charles Pierce se enderezó, dejó la lata con el pincel atravesado horizontal sobre el diario desplegado en el piso, se limpió las manos en el mono gris y llamó al perro con un grito:

—¡Gabino! ¡Acá!

El animal, un terrier negro con el hocico y los extremos de las patas blancos, trotó hacia la casa por el sendero de grava y después acompañó de nuevo a su dueño en el camino hasta la puerta, saltando a su alrededor y sin dejar de ladrar.

—¿Qué quiere? —dijo Pierce en voz alta y varios pasos antes de llegar a la entrada. Su rostro rubicundo indicaba el fastidio por el barullo, acaso por haber sido interrumpido.

—Buenos días —dijo el visitante sacándose el sombrero—. ¿Es la casa del señor Charles Pierce?

—Soy yo. ¿Qué quiere?

Hubo un leve brillo en los ojos claros del visitante. Era un joven de no más de 25 años que parecía mayor, alto y muy delgado, con chaleco y zapatos bien lustrados. El polvo de la acera había opacado levemente su brillo. Habló con voz serena y concisa:

—Soy Sam Spade, de la agencia Pinkerton, en Seattle —extrajo una credencial que expuso ante la mirada del otro por encima del ligustro—. ¿Tiene un momento

para que podamos hacerle unas preguntas, señor Pierce?

Y al hablar en plural señaló levemente con la cabeza hacia un individuo robusto, de unos treinta años, que se tocó el sombrero en señal de saludo desde el asiento del conductor del descapotable estacionado.

Charles Pierce se rascó levemente la punta de la nariz, miró una vez hacia atrás, hacia la casa, y dijo en voz baja:

—¿De qué se trata?

—Flitcraft —dijo el otro como si recitara una contraseña—. En realidad buscamos, desde hace unos años, a Charles Flitcraft, que desapareció en Tacoma. Y tenemos la idea de que usted nos puede ayudar.

Pierce no dijo nada. Se quedó en silencio mirando al vacío. El joven del traje oscuro extrajo algo del bolsillo interior del saco.

—Fíjese —dijo.

Antes de que se lo mostrara, Charles Pierce supo de qué se trataba. Era una fotografía que reconoció sin necesidad de observarla demasiado.

Pasaron unos segundos.

—¿Hay algo contra mí? —dijo de pronto.

El otro negó con la cabeza.

—No, al menos por ahora.

—¿La policía?

—No sabe nada. No tiene por qué saber.

Charles Pierce volvió por segunda vez la mirada hacia la casa. Una niña pequeña estaba ahora en el porche junto a la mecedora.

—¡No toques nada, Daisy! —le gritó—. Ve para adentro.

La niña no le hizo caso y caminó hacia él canturreando por el sendero de grava. Charles Pierce la esperó, la levantó en sus brazos y la besó. Cuando se volvió al visitante, su rostro había cambiado: era color gris y correspondía no a un hombre de cuarenta años sino por lo menos dos décadas mayor. También era otro el tono de su voz, repentinamente ronca:

—¿Podemos hablar en otro momento, señor...?

—Spade, Sam Spade.

—¿Podemos hablar más tarde, señor Spade?

—Usted dirá. Pero esta noche me vuelvo a Seattle.

Charles Pierce suspiró y después de un momento dijo con aire resuelto:

—¿En qué hotel se hospeda?

—En el Danvenport —dijo el otro mientras controlaba lentamente con la mirada ambos lados de la calle—. ¿A las cuatro en el lobby, señor Pierce?

—A las cinco, mejor —Pierce se apoyó en la puerta con su brazo libre—. Si me demoro, sean discretos, por favor.

—De acuerdo, señor Pierce. Nadie sabe nada de esto, por ahora.

—Puedo explicarlo —dijo Pierce con tono neutro.

—Mejor así. A las cinco.

El hombre llamado Spade se colocó el sombrero, rozó la mejilla de la niña con un leve ademán cariñoso y estrechó imprevistamente la mano de Pierce durante unos segundos, mirándolo a los ojos. Después giró bruscamente y se dirigió hacia el coche.

Hammett frunció el entrecejo y se detuvo allí. Se puso la carpeta bajo el brazo, caminó hasta su cuarto y la arrojó sobre la cama. Recogió todo lo que había dejado tirado desde la tarde, metió las cartas de Jo y de Lillian en la lata de tabaco, la cerró y volvió a colocarla en su lugar habitual, en el estante bajo la mesa de luz. Después se desvistió, dejó la ropa sobre la única silla y fue descalzo al minúsculo cuarto de baño. Se lavó los dientes, orinó, vació el cenicero en el wáter, hizo correr el agua, apagó las luces generales y encendió el velador junto a la cama. Estiró la colcha india y acomodó las almohadas. Puso el cenicero limpio en la mesita del velador, encendió un cigarrillo y se metió en la cama, tapándose hasta el pecho. Recién entonces recogió la carpeta amarilla y retomó la lectura.

Cuando el descapotable dobló en la esquina hacia el centro de Spokane, el conductor volvió la cabeza y alcanzó a ver que Charles Pierce seguía todavía allí, con su pequeña hija en brazos, en la puerta de su casa. Ni siquiera miraba hacia ellos, permanecía con la mirada fija en el vacío.

—¿Qué pasa con él? ¿Me puedes explicar ahora? —dijo volviéndose hacia el joven Spade.

—Es él, Buddy, es él.

—¿Cómo que es él? No entiendo.

—Pierce es Flitcraft. Son la misma persona.

—Es de no creer. Lo hemos tenido delante de la nariz —dijo Buddy.

Sam Spade lo admitió con un gesto afirmativo de su largo mentón y una leve sonrisa.

—Sólo se quitó el bigote —le extendió por primera vez la fotografía, que el otro observó sin soltar el volante—. Y la mujer, claro.

Buddy Landucci sonrió también. Era nuevo en la agencia. Dos años antes había llegado apurado desde el Este a trabajar en la seguridad del ferrocarril y hacía cuatro meses había decidido cambiar de empleo cuando la Pinkerton abrió oficinas en la ciudad. Una dotación mínima de tres personas. Y él era el de menor jerarquía, poco más que un chofer y mandadero. Cuando los de la central avisaron que querían localizar discretamente a Pierce sin que la Agencia apareciera oficialmente comprometida porque el sujeto estaba probablemente involucrado en la desaparición de alguien importante, siete años atrás en Tacoma, debió ocuparse aceptando dinero extra y que no se le informara demasiado de qué se trataba. Le insinaron que falsas alarmas anteriores habían hecho que esta vez decidieran ser muy cautelosos. Y él lo había sido. Aunque en algún momento le pareció sospechar que alguien lo seguía o al menos vigilaba sus movimientos, había completado su parte de la pesquisa sin sobresaltos. Como un lebre, había señalado la pieza ya lista, entregada para el disparo final.

El elegante Spade había llegado desde Seattle esa mañana en el primer autobús y le había dado a entender, medianamente escéptico y amistoso a la vez, que era muy probable que estuvieran ante la posibilidad de una nueva frustración. Pero que más allá de lo que sucediese tenía dos días de viáticos que el muchacho flaco estaba dispuesto a compartir si Buddy le resultaba un buen guía por las cantinas clandestinas de Spokane. Acordaron en eso y en todo.

—¿Vamos a comer? —dijo ahora Spade. Se había quitado el sombrero y, echado bien hacia atrás en el asiento, extendía amistosamente el brazo por sobre el hombro de Buddy—. Hay un bar frente a la estación de buses.

Buddy lo miró, frunció el entrecejo y señaló hacia atrás, al hombre que acababan de dejar clavado en su jardín con la pequeña hija en brazos.

—¿Y este pájaro?

—Tenemos tiempo —dijo Spade—. Le propuse a las cuatro en el hotel y me

pidió una hora más.

—¿No piensas que pueda escaparse?

—No creo. Me parece que lo que ahora necesita es hablar.

—¿Confesar?

—No precisamente. Explicar, tal vez. Eso dijo: todo se puede explicar.

Quedaron en silencio. Cada uno con sus pensamientos y cada uno con la idea de que el otro pensaba distinto. El coche atravesaba la calle principal de Spokane; pasaron frente al Danvenport. La estación de buses quedaba en el otro extremo, frente a la gasolinera, antes de entrar en la ruta abierta.

—Entonces te pidió una hora más para juntar un dinero —dijo Buddy sin dejar de mirar hacia adelante—. Llega y nos dice: aquí tienen mil dólares. Denme 48 horas.

—Tú lo conoces al pájaro mejor que yo, que lo vi tres minutos y medio —dijo Spade también sin volverse—. Si quieres, ya mismo das la vuelta, me dejas en el hotel y te plantas frente a la casa hasta que sea la hora. O golpeas a la puerta y le dices que mejor serían mil quinientos. Pero a mí no me involucres.

Y ahora sí lo miró. Buddy meneó la cabeza:

—Tú mandas, Sam.

Y era así. El joven agente enviado casi en secreto por la oficina de Seattle tenía la responsabilidad del caso.

—Acá más que un hombre tenemos una historia, Buddy. Y a él le debe pasar algo extraño, me imagino: debe estar cansado de llevar consigo un secreto que no puede contar. Y ahora tiene quién le pregunte, quién se interese.

—Puede ser —dijo el otro—. Pero no entiendo cómo es este negocio.

—Es raro, Buddy. El cliente sólo quiere que el tipo sepa que lo hemos localizado. Y que se aleje.

—No puedo creer eso. ¿Se lo dijiste a Pierce?

Spade meneó la cabeza.

—Ni eso ni nada.

Llegaron frente al bar y se bajaron del descapotable cada uno por su lado.

—¿Estás casado, Sam? —dijo Buddy.

—No, ¿y tú?

—Supongo que sí.

Spade sonrió. Tenía la mandíbula afilada y al elevar la comisura de los labios

desnudaba una perfecta dentadura:

—¿Ves lo que te digo? —y se hizo a un lado para que el otro entrara al bar—.

“Supongo que sí”. Ahí hay una historia, Buddy. Y seguro que me la quieres contar.

La carpeta se deslizó de la mano de Hammett y ahí quedó, apoyada sobre el pecho del hombre flaco dormido boca arriba. Durante unos minutos apenas se agitó levemente, arriba y abajo, al ritmo de la corta pero espasmódica respiración. Pero cuando el durmiente giró hacia la pared, buscando la posición en la que dormía la mayor parte del tiempo, el movimiento hizo que la carpeta se resbalara y cayera al suelo. El golpe sobre las maderas del piso despertó a Hammett que, sin despabilarse del todo, se sacó los anteojos, apagó la luz del velador y volvió a dormir mientras la última colilla terminaba de extinguirse en el cenicero.

## 10. La policía

Linda y Donald terminaban de desayunar en la cocina; ella no había querido hacerlo en la cama y pretendía volver a la actividad normal. Donald no pensaba así y en esa discusión estaban —uno de cada lado de la mesa— cuando la sirena de la policía les hizo volver la cabeza hacia la ventana.

No era el sonido continuo con intensidad ascendente de los autos que solían pasar por la carretera. Era un toque corto, ahora repetido, propio de un patrullero estacionado que usa la alarma para llamar la atención, avisar de su presencia.

Donald se asomó y vio la trompa del coche blanco y negro, perpendicular al portón de entrada y con la luz roja del techo raramente encendida a esa hora de la mañana. Un policía estaba parado junto a la reja y el otro apoyado en la puerta del coche. Hicieron sonar la sirena una vez más.

—Voy a ver qué quieren —dijo Donald y salió al parque como estaba vestido, con el delantal puesto.

El corpulento policía de gafas oscuras y camisa celeste se levantó la gorra con el pulgar haciéndola deslizar hacia la nuca cuando lo vio acercarse.

—¿No hay nadie aquí? —dijo apuntándole con el mentón.

—Estamos mi mujer y yo.

—Un blanco, digo. Alguien que pueda hablar.

Donald Poynton vaciló un momento.

—¿Es por la denuncia de la semana pasada? —dijo de pronto.

—Yo hago las preguntas y no me contestaste, negro: ¿Hay alguien con quien hablar?

—Ya le dije: mi mujer y yo, señor. Somos los caseros, el dueño está en New York.

—Abre la puerta.

Donald Poynton vaciló, se quedó quieto. El policía metió la mano entre las rejas y trató de correr la poderosa traba de hierro pero no pudo, por la dificultad del ángulo; al forcejear se le atascó el reloj pulsera y retiró el brazo con una maldición.

—¡Abre la puerta o las pagarás, negro!

—¿Qué pasa, Donald?

Hammett llegaba con la salida de baño y en pantuflas, el pelo mojado. Tenía las manos en los bolsillos y la carpeta amarilla bajo el brazo. Linda lo acompañaba un par de metros atrás.

—Pasa que este negro miente y encima no hace caso —dijo el policía—. Dijo que no había nadie.

Hammett miró a Donald, después al policía:

—Es cierto. Los dueños de casa no están. ¿Qué quieren?

El policía le mostró la placa a través de la reja:

—¿Usted quién es, abuelo?

—Un huésped.

—Ésa no es una respuesta: identifícate, cabrón.

Hammett no contestó pero vio que el otro policía, más bajo y grueso, también con gafas oscuras, se acercaba hacia la entrada. No tenía puesta la gorra pero tenía el arma en la mano derecha.

—¿Qué pasa, Joe?

—No colaboran, Tom; vamos a tener que llevarlos. Llama a la central —y enseguida, sacando también el arma—: abran el maldito portón.

Poynton miró a Hammett, que no apartaba los ojos del policía.

—¿Tienen una orden? —dijo el hombre flaco sacando las manos de los bolsillos de la salida de baño. Poynton hizo lo mismo.

—La orden es aporrear a los negros insolentes y bajarle los dientes a cualquier viejo parásito que los defienda. ¡Abran!

Poynton miró a Hammett, que hizo un leve gesto afirmativo. Recién entonces corrió el cerrojo y los policías entraron. Hammett y Donald retrocedieron.

El más bajo y grueso, que venía de utilizar la radio, se adelantó al llamado Joe y habló por primera vez.

—No hay por qué ponerse nerviosos —su tono era amable y pausado—. Venga usted también, señora.

Linda se acercó y se colocó detrás de Donald.

—¿Es por la denuncia? —dijo ahora Hammett, imperturbable.

—¿De qué habla?

—Tirrotearon la casa desde el bosque la semana pasada, la noche de la tormenta. Yo mismo presenté la denuncia. Dijeron que investigarían.

Linda abrió grandes los ojos.

—¿Quién les disparó? —dijo Joe.

—Suponemos que... —intentó decir Donald.

El policía corpulento giró medio cuerpo y lo golpeó con el caño del arma; Donald cayó al suelo. Linda dio un grito.

—A ti nadie te ha preguntado nada, negro bocón —el policía se inclinó sobre el caído—. Hablarás sólo cuando te pregunten.

Donald no se levantó rápido, contó mentalmente hasta ocho y se irguió con la mirada fija en el pecho del policía. Sólo le faltó armar la guardia. Hammett lo sujetó con la mano en el hombro.

—Tranquilo, Donald.

—Tranquilo, Joe —dijo el otro policía—. Y a ver, ustedes: dense vuelta y levanten los brazos.

—No pueden hacer esto —dijo Hammett.

Nadie se tomó el trabajo de contestar.

—Están limpios —dijo Joe luego del cacheo.

—Llévate a la mujer y fijate que no haya nadie más adentro —dijo Tom.

Cuando Linda y Joe se fueron hacia la casa, Tom separó a los dos hombres sin dejar de apuntarles. Encaró primero a Donald Poynton y le puso una fotografía delante de los ojos.

—¿Conoces a este hombre?

Donald lo observó por un momento y negó con la cabeza.

—No lo conozco.

—Mira bien. Mucho cuidado con lo que contestas.

Donald volvió a agitar la cabeza.

El policía se volvió hacia Hammett y repitió el gesto.

—Sí —dijo el hombre flaco con firmeza—. Lo conozco.

El policía entrecerró los ojos:

—¿Estuvo acá?

—¿De qué lo acusan?

—Yo hago las preguntas.

Hammett se encogió de hombros:

—No contestaré en estas condiciones. Soy Dashiell Hammett. Tengo derecho a una llamada.

El policía suspiró:

—Yo soy Thomas Wolfe y te voy a llevar igual, imbécil —dijo con tono cansino—. Ya hablarás, cuando te digan, en la oficina. Andando, los dos.

—Déjelo a él —dijo el hombre flaco.

—Los dos.

—Tengo que vestirme.

—Ella les llevará la ropa.

Joe, el otro policía, volvía con Linda desde la casa.

—No hay nadie más, Tom. El dueño se llama Irongate y está en New York, como dijo McConnell.

—¿Ella lo reconoció, Joe?

—No sabe nada.

Linda temblaba y miraba alternativamente a unos y a otros.

—Tú prepárale ropa de invierno —le ordenó Tom—. La van a necesitar.

Movió el arma otra vez hacia Hammett y Donald:

—Vamos.

Linda volvió a gritar, pero menos.

—Tranquila, estoy bien —dijo Donald.

—Avísale a Gus o a alguien —alcanzó a decir Hammett.

En ese momento irrumpieron los perros ladrando furiosamente y obligaron a los policías a salir de apuro con los detenidos a la rastra. Mientras uno cerraba el portón el otro tiraba patadas al aire para alejarlos. Después metieron a empujones a Hammett y a Donald en el asiento trasero del patrullero y, tras dar marcha atrás sobre el césped húmedo, arrancaron por donde habían venido, rápido pero sin la sirena.

Los ladridos de los perros se ocuparon largamente de acompañarlos.

Linda volvió a la casa. Estaba subiendo los escalones de madera cuando oyó que sonaba el teléfono. Corrió a atender.

Una voz rara y desconocida preguntó por el señor Hammett.

—No está, ¿quién le habla?

—Roberto Fanesi, un amigo.

—¿Para qué es?

—Hablamos anoche sobre una novela corta mía que él está leyendo y quedó en contestarme hoy temprano y me extrañó no tener respuesta suya todavía.

—¿Usted es muy amigo?

—Más un admirador.

Linda sollozó:

—Ayúdelo. Se los acaba de llevar la policía.

—¿Cómo?

Y durante tres minutos ininterrumpidos Linda describió la escena que había presenciado. Cuando colgó el tubo no estuvo demasiado segura de si había hecho bien. Entonces llamó al taller de Gus. Nadie contestó. Dudó en llamar a la casa de los Irongate porque desde la separación, cada vez que hablaban Paulie la trataba mal. Entonces volvió a sonar el teléfono.

Era McConnell, el vecino. Quería saber qué había pasado con la policía, por qué se habían llevado a Donald y a Dash. Los había visto pasar, de ida y de vuelta.

—No sé, señor McConnell —dijo Linda al borde del llanto.

—Preguntaban por el tipo ese que estuvo la semana pasada, el de la Chevrolet —dijo el vecino.

Hubo un silencio.

—Ah, claro... —dijo quedamente Linda.

Recién en ese momento asoció la cara de la foto que le habían mostrado — un hombre joven, de bigotes y uniforme— con la del rudo coronel Tulip y su vistoso coche último modelo. Colgó el tubo y volvió a sollozar, qué otra cosa podía hacer.

No entendía nada de lo que pasaba. No sabía que habían tiroteado la casa la noche de la tormenta. Donald sí lo sabía y no le había dicho nada. Pobre Donald. Tal vez lo más útil sería buscar la ropa para llevarles. El señor Hammett no podía, no debía, tomar frío con esa tos tan seca que tenía.

Hammett tosió. No le gustaba toser, y menos en esas circunstancias. Lo colocaba en una posición de presunta fragilidad que detestaba. El joven policía que escribía a máquina en el escritorio más cercano levantó la cabeza, lo miró por un momento y volvió a lo suyo. Le estaba tomando inaudible declaración a una mujer muy pequeñita a la que alguien había estafado con

bonos de guerra falsos para una guerra de Corea más falsa aún. Había otros dos demorados frente a sendos escritorios vacíos, esperando declarar. Uno era un hombre calvo y abrumado que parecía dormir con el mentón apoyado en el pecho; el otro, uno de los jóvenes de campera de cuero negra y cabellera engrasada que Hammett creía haber visto en el bar de la gasolinera, pero podía equivocarse. Todos le resultaban muy parecidos. En el reloj de pared faltaban diez minutos para las tres de la tarde pero era como si hiciera dos días que estaba sentado en ese cuarto pintado de amarillo con dos ventanas enrejadas que daban al patio interior de la Central de Policía del condado de Westchester.

No sabía nada de Donald. Los habían separado al llegar, y desde ese momento no tenía idea de qué habían hecho con él ni dónde estaba. Ni siquiera había podido ver a Linda, que le había traído zapatos pero olvidado los calcetines. El abogado de turno, que lo había acompañado burocráticamente durante el primer interrogatorio, y al que encomendó comunicarse con Gus y con su propio abogado de New York, tampoco había vuelto a aparecer.

Como no había recuperado aún las pocas cosas que llevaba consigo —los cigarrillos, el insólito manuscrito que había empezado a leer la noche anterior— no podía fumar ni leer nada. Y encima tenía hambre. No había tenido tiempo ni oportunidad de desayunar. Apenas acababa de bañarse y fumaba el primer cigarrillo del día cuando escuchó la sirena del patrullero; se asomó a ver qué pasaba y vio a Donald y el tumulto con los policías en la entrada. El resto había sido una pesadilla.

Se abrió la puerta con vidrio esmerilado y un policía de civil al que no había visto aún metió medio cuerpo en el cuarto amarillo y dijo en voz alta:

—Hammett, Dashiell Hammett.

El hombre flaco se levantó y salió con él. Lo siguió a lo largo de un pasillo sin mediar palabras. Pasaron frente a un par de puertas con rótulos negros sobre el cristal gris que indicaban distintos cargos progresivamente

importantes, y abrieron, sin golpear, la última, que era de madera maciza.

El policía se hizo a un lado para que Hammett pasara.

No era la pelada oficina de muebles metálicos donde lo habían interrogado, sino un despacho con escritorio, bandera americana y novísimo retrato de Eisenhower.

Sam Rosen, su joven abogado, se puso de pie al verlo:

—Dash —dijo con una sonrisa y le extendió la mano—. Está todo solucionado.

El individuo que estaba del otro lado del escritorio y de la bandera americana, bajo el flamante retrato de Eisenhower, no se levantó y mucho menos hizo un gesto que pudiera interpretarse como un saludo.

—El jefe Thriller acaba de firmar tu salida —completó Rosen, y le ofreció la butaca a su lado. Un saco de tela rústica con las pertenencias de Hammett colgaba del respaldo.

—¿Me cabe agradecer algo? —dijo sin sentarse.

—No, por supuesto. El lugar natural de tipos como usted, Hammett, debería ser la cárcel —dijo el jefe Thriller sin pudor alguno. Tenía una voz grave, opaca y desagradable—. No puede salir del condado sin permiso. ¿Conoce los límites? Del condado, digo.

Había un plano que ocupaba media pared a espaldas del jefe Thriller. Hammett asintió.

—Manténgase a disposición y a la vista hasta nuevo aviso —le informó el jefe.

Era como si estuviera escribiendo un parte, no hablando con él. Ésa era la clave de su estilo o de su falta de estilo.

Hammett miró a su abogado antes de decir nada. Fue Rosen el que habló:

—Mi cliente está dispuesto a colaborar en todo lo que esté relacionado con el caso del fugitivo Carl Lindgren y está dispuesto a presentarse todas las veces que la autoridad lo disponga pero no puede, por razones laborales y de

salud, permanecer indefinidamente en Katonah o el condado de Westchester.

—Tendrá que pedir permiso cada vez, abogado.

—De acuerdo, pero apelaremos.

—Haga lo que quiera.

—¿Qué pasa con Donald Poynton? —dijo Hammett.

El jefe Thriller aparentemente no lo sabía. Con un gesto leve de ceja izquierda levantada interrogó al otro policía que había permanecido junto a la puerta sin pronunciar palabra:

—Tiene cargos, señor. El juez debe establecer el monto de la fianza.

—¿Qué cargos?

—Falso testimonio, resistencia a la autoridad, negativa a colaborar y lesiones, señor.

—¿Le queda algún mandamiento por transgredir? —dijo Hammett.

—Sáquemelo de la vista, abogado —dijo Thriller sin énfasis.

El hombre flaco se apoyó en el escritorio del jefe y tosió larga y abiertamente sobre la tapa de vidrio. Cuando se recompuso, se volvió hacia Rosen y dijo:

—Vamos, Sam.

Salieron.

## 11. El fugitivo

Volvieron en el coche de Rosen. Hammett no dijo casi nada en el camino. Apenas si le apretó la rodilla a poco de arrancar, sin dejar de mirar al frente:

—Gracias, Sam.

—No hay cuidado, Dash.

El joven abogado conocía a Hammett del movimiento por los derechos civiles e incluso había asistido a algunos de sus cursos en la Jefferson School —era un buen lector— sólo como pretexto para estar cerca de él. Lo admiraba como escritor y como militante de causas incómodas. No hacía mucho que lo tuteaba y lo hizo sólo después de que el mismo Hammett lo obligara a hacerlo. Orinaban en paralelo en el baño de la escuela mientras hablaban de la prosa coloquial de Ring Landner.

—Dos hombres que no interrumpen la conversación mientras mean —dijo Hammett mientras se aprestaba a abrocharse— no pueden seguir tratándose de usted.

Sam Rosen estuvo de acuerdo. Y así fue desde entonces.

Ahora, de regreso, el joven abogado se hizo cargo del silencio. Le contó pormenores nimios de sus variadas peripecias desde la temprana llamada al estudio, se jactó elípticamente de la celeridad y eficacia de su gestión.

—No sé qué les habrás dicho, pero tu amigo Lindgren la tiene muy complicada —concluyó.

—Lo sé. Les dije la verdad. Pero es difícil de creer que Tulip haya hecho todo lo que dicen.

—¿Tulip?

—Lindgren es un viejo amigo. Tulip es el apodo que le puse hace años, cuando él me llamó Chimney.

—Por los poemas de E.E. Cummings.

Hammett se volvió hacia él con los ojos brillantes:

—Eres el primero que se da cuenta en más de veinte años, Sam. Él mismo no lo sabe; yo estaba leyendo ese libro cuando lo conocí. Me gustaba, me gusta mucho Cummings.

Sam Rosen recitó:

—*Ni siquiera la lluvia tiene manos tan pequeñas.*

—*Un político es un culo con el que todos se sientan, salvo un hombre* —completó Hammett.

Rieron ambos.

—¿Sabías que Cummings está dando las conferencias de la cátedra de poesía de Harvard este año? —preguntó el hombre flaco.

—No. ¿Son públicas?

—No lo sé. Pero si no estoy de nuevo preso me gustaría ir a toser en la última fila.

—No volverás a estar preso, Dash. Al menos mientras yo te defienda.

—Eso espero.

—Pero mejor hablemos de Lindgren, tu amigo en aprietos.

Por lo que lograron reconstruir entre los dos, el coche patrullero había llegado hasta la casa de Gus Irongate tras un procedimiento no complejo pero sí complicado que involucraba a la policía de tres estados. El punto de partida había sido la aparición en New Jersey, cinco días atrás, de un automóvil abandonado tras atropellar a un ciclista —que quedó en coma como consecuencia de un golpe en el cráneo— y chocar contra una columna de alumbrado en las afueras de Brummel, minutos después. Nadie había dado

pistas del conductor. La consulta burocrática permitió sí determinar que el coche, un Chevrolet último modelo, había sido rentado en Fortune, Illinois, cinco semanas antes por Carl Lindgren, de cincuenta y un años, que no lo había regresado a la agencia al término del contrato ni dado noticias desde entonces sobre su paradero. Hasta ahí no pasaba de un incidente en cierta medida menor. Pero el ciclista había muerto tras dos días de coma y la pesquisa se disparó.

Fue fácil identificar a Lindgren, un veterano del Ejército con último domicilio declarado en Chicago, con buena foja de servicios y sin antecedentes penales. Una vez con la fotografía de Lindgren, la búsqueda se hizo más concreta, aunque en principio no se la asociaba con ningún otro delito que la huida tras un accidente de tránsito con muerte por lo menos culposa, con el agravante de ser un vehículo ajeno. También existía la fundada sospecha de que el conductor del Chevrolet no fuera Lindgren sino alguien que se lo hubiese robado. En ese caso, ¿dónde estaba? No se registraba ninguna denuncia de su posible desaparición. El hallazgo dentro de la gaveta delantera del automóvil de papeles con inscripciones manuscritas, del programa de un club de jazz del Village y de un ticket de compra de gasolina tres semanas antes en la carretera de Filadelfia indicó la conveniencia de investigar otros posibles rastros de su paso diseminados por esa zona. Se cablegrafiaron los datos y se hizo circular su fotografía, y sobre todo la del Chevrolet, un coche vistoso. En muchos casos, los testigos recordaban al vehículo pero no al conductor. Hasta que un farmacéutico de Katonah, que había denunciado un extraño robo de medicamentos semanas atrás, reconoció el Chevrolet aunque no podía asegurar que el hombre que amablemente —así dijo— le había robado fuera el de la fotografía. Ahí fue cuando cobró importancia una vaga dirección manuscrita anotada en un papelito que hasta entonces había resultado inextricable: “Carretera de K al km 130”. Si la K era de Katonah, era cuestión de ir por ahí. Así, los policías del condado iniciaron una inspección de rutina

y sin demasiada fe llegaron a la casa de Andrew McConnell que dio el dato clave: identificó el coche y les dio la dirección de su contiguo vecino Irongate. Y eso era todo.

Cuando entre los dos terminaron de reconstruir la versión de la policía, Rosen dijo:

—¿Tienes alguna idea de cómo te encontró Lindgren, de dónde sacó esa dirección?

—No. Acepté la vaga respuesta que me dio por simple comodidad — admitió Hammett con cierto fastidio—. Supuse, tal vez, que por su condición de militar tenía algún tipo de acceso y creo que algo me dijo en ese sentido... No sé. Reconozco que es una idea estúpida.

—¿Y para qué quería verte?

Hammett meneó la cabeza:

—A los polis les dije que nos conocíamos desde hace décadas, que habíamos sido camaradas en las Aleutianas y que nuestro régimen de visitas, digamos, estaba pautado para un cruce cada cinco, siete o más años. Períodos extensos pero no regulares. Les di el ejemplo imperfecto de la diferencia entre las órbitas planetarias y las elipsis de los cometas. Algo así. Creyeron que me estaba burlando, claro.

—¿Y no es cierto?

—No. Es la pura verdad. La diferencia es que en este caso su visita no fue como avistar al Halley sino como recibir un meteorito en el jardín.

—¿Eso les dijiste?

—No. Eso no.

Hammett tosió con fuerza un par de veces cubriéndose la boca con la carpeta amarilla.

—Bien, Dash. No me hagas lo que le hiciste a Thriller —dijo Rosen.

Hammett sonrió por primera vez en el día:

—Le dejé el escritorio hecho un asco al hijo de puta.

Rosen lo acompañó en el regocijo.

Estaban llegando a la casa y antes de detenerse frente el portón Hammett quiso saber más sobre Poynton. Sabía que Linda preguntaría.

—Tú, tranquilo. Mi socio Phil Frisson quedó allí y se encarga —dijo Rosen.

—No sabía que tenías socio.

—Acaba de recibirse; era mi empleado y ahora lo asocié. Pero lleva años en el estudio. Phil nos llama apenas el juez de turno diga algo. Lo que sea, será excarcelable.

Hammett asintió:

—Es que no tienen nada contra él, Sam: sólo portación de piel.

El automóvil se detuvo y Hammett volvió a describir todo el incidente tal como lo había hecho en su declaración; incluso con la referencia exacta al lugar donde estaban parados cuando sucedió, dónde los interrogaron, dónde el policía corpulento golpeó a Donald:

—¿Conseguiste su identificación? —Rosen negó con la cabeza—. Uno dijo que se llamaba Thomas Wolfe. Puede ser una ironía literaria, aunque más creo en una coincidencia. Al otro le decía Joe.

—Contraatacaremos —prometió el abogado—. Pero primero hay que sacar a Poynton. Aunque hay otra cosa: ¿qué es eso de que hiciste hace unas semanas una denuncia porque tirotearon la casa?

Hammett ya había entreabierto la puerta del coche para bajarse, pero la cerró y se volvió hacia Rosen:

—No te conté nada para no alarmarte.

—Soy tu abogado.

—Eres mi amigo, antes.

—No entiendo.

—Te lo digo mejor: no te conté para no involucrarte. Pero ahora con la aparición de la policía...

Sam Rosen meneó la cabeza, sonrió desalentado:

—¿Estaba tu amigo el sueco en la casa?

—No. Fue unos días antes, la noche de la gran tormenta, cuando cayeron árboles incluso.

—¿Qué pasó, exactamente?

—No sé, pero lo sospecho. Eran más de las diez de la noche, en medio de la tormenta con truenos y viento, los perros empezaron a ladrar hacia el bosque. Incluso cayeron un par de rayos. Yo estaba leyendo en la cama y me asomé a ver qué pasaba. En eso estalló un vidrio de la ventana trasera. En principio pensé que podía ser una rama desprendida de un árbol cercano. Los perros seguían ladrando. Cuando amainó un poco la lluvia me pareció oír, en medio de los truenos, por lo menos media docena de disparos. Me fui hasta la casa pero ellos no habían oído nada. Y preferí callarme. Sólo se lo dije a Donald, después.

—¿A qué supones que le disparaban?

—A mi cabaña, seguro: el vidrio, después lo comprobé, lo rompió un tiro. Dejó un agujero en la pared. Pero eso es lo de menos. Cuando regresé dos horas después estaba la puerta abierta de la cabaña, manchas de pisadas con barro y todo revuelto. Alguien entró.

—¿Qué se llevaron?

—Nada. Que yo sepa. Esa noche cerré la cabaña y me fui a dormir a la casa. Les dije a Linda y Donald que el viento había abierto la puerta que yo dejé mal cerrada y había desparramado los papeles... A la mañana descubrieron que Old Rush, el perro de ellos, no había regresado y salimos con Donald a buscarlo. Lo encontramos muerto en el bosque, cerca del árbol partido por el rayo. Le dije a Donald que evidentemente había muerto fulminado, que yo me encargaba del cuerpo y que sería mejor no decirle nada a Linda.

—¿Por qué?

—Tengo la absoluta certeza de que todo esto tiene que ver sólo conmigo, que son formas de intimidarme y no quiero involucrar a nadie en la cuestión.

—¿Qué hiciste entonces?

—Donald le dijo a Linda que no habíamos encontrado al perro, que seguramente se había asustado y yo, esa misma mañana lo enterré en el bosque y después fui a la jefatura del condado, donde estuvimos, a hacer la denuncia. Lo llevé a Donald conmigo como testigo.

—¿Te la tomaron?

—A medias. Dijeron que debía hacerla el propietario de la finca, así que quedó probablemente en nada. Nunca vinieron a verificar y yo lo pensé mejor y tampoco insistí. Ni siquiera Gus lo sabe. Sólo tomé mis recaudos.

—¿Tus recaudos?

—Escondí mejor lo que creo que vinieron a buscar.

Sam Rosen frunció el entrecejo.

—No me preguntes porque no te lo diré —dijo Hammett con firmeza—. No vale la pena ni el riesgo que lo sepas.

—Me extraña en ti, pero razones mal, Dash.

—Es posible, pero dejémoslo ahí. Ya te conté demasiado.

Hammett bajó primero del coche y Rosen le alcanzó la carpeta amarilla que se había olvidado sobre el asiento:

—¿Qué estás leyendo, Dash?

El hombre flaco hizo correr las hojas mecanografiadas bajo el pulgar derecho:

—No sé todavía: alguien que tomó una idea mía y al parecer la desarrolló.

—¿Y está bien?

—Es muy rara la sensación. No hay nada peor que un plagario culposo. Suelen ser manipuladores, tratan de enmascarar el robo. Prefiero a los

impunes.

—¿Por qué?

—Porque el impune ni siquiera se toma el trabajo de ocultar su robo: crea una situación que justifica la utilización flagrante de lo imaginado por otro. Y éste me parece que es de ese tipo. Siempre hay una mezcla de robo, envidia y homenaje. Prefiero a los que se deciden por uno de ellos. Si es que lo saben.

—¿Y éste qué es?

—Un impune peligroso.

—¿Ya lo leíste todo?

—Estaba en eso, pero la realidad me distrajo.

Cuando entraron a la casa, Gus Irongate —que acababa de llegar de New York— consolaba a Linda sin demasiados argumentos. Se volvió hacia Hammett apenas un momento como para verificar lo que ya sabía:

—¿El que buscan es el Tulip del que hablamos?

—Sí y no —dijo el hombre flaco—. Ya te explicará Sam, que todo lo sabe o debería. Siento mucho esta complicación, Gus.

—No soy quién para reclamar —dijo el pintor con una sonrisa indefinible—. Y aunque no sea el momento oportuno: me gustaría que me escribas el texto para mi catálogo.

—Lo haré —dijo Hammett sin vacilación alguna.

—Gracias, Dash. Además, parece que los retratos no sólo te gustaron a ti.

—Oye...

—A dos semanas largas de colgar, ya tengo compradores.

El hombre flaco lo golpeó en el hombro:

—La desgracia te sienta bien.

—Espero que a ti también.

Hammett estuvo a punto de replicar que el concepto le parecía excesivo en

su caso pero se contuvo. Prefirió despedirse por el momento de Rosen, que hablaba con Linda, y lo llamó aparte:

—Vamos a investigar lo de Tulip, Sam. Hay que encontrarlo. Por una vez yo voy a ir a buscarlo a él. Y tú me ayudarás.

—Sí, pero por ahora te quedarás quieto. No vas a tener permiso para moverte y te tendrán bajo la lupa. Iremos despacio.

—De acuerdo.

Hammett entró a la casa, recuperó la escopeta que había olvidado la noche anterior, se despidió y volvió andando hacia su cabaña. Estaba incómodo: desde que tenía seis años que no caminaba con zapatos sin calcetines.

Todavía quedaban un par de horas de luz. El cielo sobre el lago estaba limpio, con sólo un par de nubes pequeñas muy blancas, altas y separadas. Había una suave brisa creciente que rizaba apenas la superficie del agua y en los postes blancos y despintados del embarcadero dos parejas de avutardas iban y venían, cambiaban de posición a los saltitos como en una contradanza, un cortejo interminable poblado de rumores y agitación de alas.

Hammett se distraía. Echado a sus pies, como de costumbre cada vez que él se instalaba bajo el cobertizo a leer, Cinq dormitaba. De vez en cuando tiraba un tarascón, espantaba las moscas con el golpe seco de sus mandíbulas masticando en el aire.

Retomó la carpeta y estuvo releyendo el texto de *La mano y el puño* hasta encontrar el lugar en que el sueño le había interrumpido la lectura. Sam Spade y Buddy Landucci, después de visitar a Charles Pierce y revelarle que sabían que se trataba de la misma persona que el desaparecido Flitcraft, se iban a comer mientras hacían tiempo para la entrevista con el fugitivo en el Hotel Danvenport de Spokane. Charlaban durante el almuerzo. Spade creía que los avatares sentimentales de su compañero seguro tenían algún interés.

La historia del matrimonio de Buddy Landucci con su prima Patty abarcaba quince años, dos continentes y una guerra mundial. Él, sin demasiados pormenores, sintetizó la intrincada peripecia en media docena de frases mientras esperaban el pedido:

—Una zorra, Sam. Eso está claro —concluyó, imperturbable—. Lo que me ha pasado con ella es que siempre ha sido la misma zorra, pero yo no. Yo he sido el niño que la recoge con la patita rota y la cuida, el domador que trata de amaestrarla, el sabueso que la busca, el cazador que...

—¿Y ahora?

—El pollo que se le escapó.

Spade no pudo sino echarse a reír, y después de unos segundos, el mismo Buddy lo acompañó.

—Ojalá tengas más suerte que Flitcraft —dijo Spade mirándolo fijamente y sin aflojar la rígida sonrisa.

—¿Flitcraft o Pierce? ¿Cómo le diremos?

—No sé. Ya veremos al final de la historia, si es que termina hoy.

Spade se acomodó en la silla y sin ningún preámbulo, sin ninguna observación preliminar de cualquier género, comenzó a relatar el episodio que había ocurrido algunos años atrás y del que Buddy no había tenido hasta entonces sino información somera. El detective hablaba con voz uniforme y cadenciosa exenta de todo énfasis o pausa, aunque a veces repetía una frase modificándola levemente, como si le pareciera importante que cada detalle fuera referido exactamente como había sucedido.

El primer dato era que siete años atrás, el hombre llamado Charles Flitcraft había salido un día de su oficina de bienes raíces en Tacoma para ir a almorzar, y nunca había regresado. Faltó a una cita para jugar al golf después de las cuatro de aquella tarde, aunque él mismo había tomado la iniciativa de concertarla sólo media hora antes de ir a almorzar. Su esposa y sus hijos nunca volvieron a verlo. Aparentemente, su esposa y él estaban en excelentes relaciones. Tenían dos hijos varones, uno de cinco años y otro de tres. Era dueño de una casa en un suburbio de Tacoma, de un Packard nuevo y de los demás accesorios que integran una próspera vida americana.

Flitcraft había heredado sesenta mil dólares de su padre, y eso, unido a sus

éxitos en los negocios de bienes raíces, lo hacían poseedor de unos doscientos mil dólares en la época de su desaparición. Sus asuntos estaban en regla, aunque presentaban demasiados cabos sueltos para suponer que los había puesto en orden con el propósito de desaparecer luego. Un negocio que le hubiera aportado una ganancia atrayente, por ejemplo, debía haberse cerrado al día siguiente del de su desaparición. Nada permitía sugerir que llevara consigo más de cincuenta o sesenta dólares en el momento de su partida. Su conducta en el curso de los meses precedentes podía ser descripta tan minuciosamente que no justificaba la menor sospecha de vicios secretos o de la existencia de otra mujer en su vida, aunque ambos supuestos eran escasamente verosímiles.

—Flitcraft se fue así —dijo Spade haciendo el gesto—, como desaparece un puño cuando uno abre la mano.

Buddy miró la palma extendida como si allí pudiera quedar algún rastro.

—Hasta hoy —dijo luego de un momento.

Spade asintió.

En ese momento llegó el camarero con la comida y las bebidas, y ambos callaron, se hicieron levemente hacia atrás. Brindaron discretamente por el éxito de la pesquisas y comenzaron a comer con buen apetito. Spade se limpió los labios con la servilleta blanca y prosiguió:

—Como te dije, Buddy, eso fue hace siete años, en la primavera de 1922. La mujer llamó a la policía esa misma noche. Descartada rápidamente la idea de una huida por razones económicas o sentimentales —nadie recordaba haberlo visto en la estación de trenes, en la de buses, incluso en las paradas de taxis, ni solo ni acompañado—, se investigó el escueto entorno familiar, las relaciones laborales: todo en orden. Entonces pensaron en la posibilidad de un accidente, de un ataque cardíaco callejero, de un vahído cerebral o de amnesia repentina. Tras un par de días de consulta en hospitales de Tacoma y de la zona y de rastillaje en parajes desolados, alrededores de los puentes, incluso el lecho de las lagunas cercanas al condado se desecharon todas esas posibilidades. Estaba la idea del secuestro, pero aunque hubo infinidad de llamadas en las que se decía que lo habían visto ninguna dio resultados positivos y tampoco nadie pidió un rescate por él. La policía estaba desorientada. Se redactaron comunicados radiales, se imprimieron afiches con el rostro de Flitcraft que la policía se encargó de distribuir en prácticamente todo el estado, y se ofreció una recompensa de mil dólares a quien

diera alguna noticia sobre su paradero. Nada: todas falsas alarmas. Así que tras una semana sin novedades ni progreso alguno la mujer vino a la oficina de la agencia.

El detective interrumpió su relato, empujó la copa y volvió por un momento a la comida.

—¿Cómo es? —dijo Buddy.

—¿Quién?

—La mujer.

—Mrs. Flitcraft es una dama, Buddy. Y yo no había visto ninguna antes... — Spade meneó la cabeza—. Y te diré que tampoco he visto muchas después.

—Los habrá hecho trabajar...

—Fui de los tres que estuvimos en el caso —dijo Spade—. Dos meses trabajando en jornadas dobles nada más que en eso. Repasamos todos los pasos que había seguido la policía y los profundizamos. Nada. A las diez semanas el caso se dio por cerrado y Flitcraft se evaporó definitivamente también de las noticias.

—¿Y la mujer qué hizo?

—Lo usual. Empezó el trámite legal de presunta desaparición que le permitió al menos poner en movimiento los negocios y se fue haciendo a la idea de que si su marido no estaba muerto convenía hacer como si lo estuviera. Hace siete años todavía estaba muy cerca la experiencia de tanta gente que se tuvo que resignar a que no le supieran decir qué había pasado con su hijo o con su marido en la guerra. Resignarse a que no había un cuerpo, ni vivo ni muerto. Y había que seguir.

—Pero a la mujer de Flitcraft no le resultó difícil asumir el nuevo papel de presunta viuda.

—Se tomó su tiempo.

Buddy sonrió.

—¿Qué pasa?

—Nada, estaba pensando.

—¿En Flitcraft?

—No, en Patty.

—¿Tu mujer?

Buddy asintió.

—Cuando me fui, dijo que se iba a comprar un par de vestidos negros. Para mí estás muerto, me dijo.

—¿Habrá cumplido?

—Estoy vivo. Pero los Montolivo ni mienten ni olvidan, le gustaba decir.

Spade advirtió que la simple zorra del sintético relato anterior tenía otras aristas y quiso conocerlas. Era temprano todavía.

En el relato ahora minucioso de Buddy, Patrizia Montolivo, a la que él siempre llamó su prima pero que en realidad sólo lo era, y muy lejana, de su padre —y por lo tanto tía suya—, había llegado una helada tarde al puerto de New York en el paquebote *Comte Quasimodo*. Era, por fortuna o por desgracia, el barco que había recogido a los únicos sobrevivientes del *Titanic* que no se salvaron por subirse a los escasos y mal administrados botes salvavidas del coloso. Ese puñado de felices desgraciados directamente sacados de las heladas aguas fue lo que acaparó por prepotencia de tragedia la vulgar atención de la prensa.

La bella Patrizia no aspiraba a competir por la primera plana con ellos, pero es cierto que de algún modo la compañía de varieté que integraba, Stelle di Mezzanotte, pasó inadvertida ese día y —ya por otras razones— también durante los tres meses subsiguientes, lo que duraba el supuesto contrato en el The Krazy Legs Minute Theatre, rápidamente soslayado por los “inescrupulosos empresarios del Bronx”.

Tal fue la terminología utilizada por Ettore Landucci, padre de Buddy y de otros cuatro hijos mayores, que desde su puesto de carnicero en el mercado de 42th Street, y con la influencia que tenía en el sindicato del sector, de algún modo había apadrinado la llegada del contingente de artistas coterráneos. Él fue quien les consiguió primero habitación —aunque hacinada— en los arrabales de New Italy, y luego quien supo proveerlos de medios alternativos de sustento cuando el dinero se acabó, las luces del escenario y las marquesinas se apagaron y los obstinados sobrevivientes de lo poco que quedaba de Stelle di Mezzanotte, resaca de *il sogno* americano, empezaron a mirar a los costados.

En ningún momento de su relato Buddy pronunció la palabra *gangsters* ni mencionó a la mafia, sobre todo en los alrededores inmediatos de su padre, pero como sucede con los camellos en el Corán, estaban siempre presentes en todas las peripecias, sin necesidad de ser nombrados.

Patrizia era siete años mayor que el adolescente Buddy, y cuando de últimas Ettore la trajo a vivir a la saturada casa familiar, lo deslumbró. Devenida Patty Moth para que su nombre cupiera más cómodamente en las esquivas marquesinas, la prima inició una carrera de solista en todos los sentidos que Buddy acompañó

desde los oscuros camerinos. De algún modo ella lo adoptó para su servicio personal y lo llevó consigo cuando se mudó a una amueblada de 51th Street. Toda una aventura.

—Me compró los primeros pantalones largos, Sam —dijo Buddy con el tono de quien revela un secreto de Estado.

—Te los puso.

—Y después me los sacó —acotó Buddy casi soñador—. Nadie me los ha sacado mejor.

El prometedor relato dio rápida cuenta de las tribulaciones de la extraña pareja desaparecida durante cinco años en los que él se convirtió en el hombre esperable mientras ella iba dejando de ser la mujer esperada por nadie excepto —o acaso— por ella misma. Cuando Buddy descubrió que era Ettore Landucci tanto quien pagaba las cuentas como el responsable de los ocasionales magullones que Patty enmascaraba cada noche con suerte relativa antes de salir a escena, no atinó a enfrentarse ni con ella ni con su padre. Sólo se fue, sin saber qué sentir, qué elegir entre el escándalo y la autocomplacencia trágica.

—No estamos preparados para algo así, Sam.

—Supongo que no.

La casi inmediata reconciliación tuvo —sin entrar en pormenores— aristas verdianas en el tono y los gestos definitivos con que se juraron lealtad y amor eternos, o al menos pasión sincera. Y dejó consecuencias:

—Nos casamos, Sam. Apenas tuve la edad legal...

—Uh.

Buddy asintió:

—Años duros.

Los sucesivos y necesarios personajes de dura traza y armas tomar, anillo de oro y crin aceitada se sucedieron de ahí en más en los alrededores de Patty e hicieron cada vez más difícil y enrarecido el hábitat del joven Buddy, convertido más en una especie de apéndice o capricho inexplicable de una *stella* deslucida que en un consorte en funciones.

—Fue lo peor, Sam: si de adolescente podía competir o no con mi padre por ella, ya como hombre no podía compartirla con los prontuarios más frondosos del Precinto 46. Era demasiado y ya no me interesaba.

—¿Ella, la zorra, no te interesaba?

—Ella y el entorno pesado. Así que le dije que me iba.

—Mal hecho.

—Es probable. Tendría que haber desaparecido sin avisar. Sé demasiado para la seguridad de estos tipos —Buddy hizo una pausa y se tomó la bebida—. Fue entonces cuando me dijo lo de “Para mí estás muerto” y se compró los vestidos negros. Van a hacer dos años de eso.

Precisamente cuando Buddy había alcanzado este punto de su relato, un jovencito de uniforme color violeta entró al bar apresuradamente y se acercó a la mesa.

—¿Señor Spade? —dijo a espaldas del hombre de traje negro.

El aludido se volvió y lo reconoció al instante. Era el botones del Danvenport.

—¿Qué pasa?

—El patrón dice que venga al hotel lo antes que pueda. Es urgente.

Spade no pareció turbarse por eso:

—¿Cómo nos encontraste?

—Por el coche. Vi pasar el descapotable. No hay otro así en el pueblo.

—Ah... Chico listo. ¿Sabes para qué nos quiere?

El botones sacudió la cabeza por toda respuesta.

—¿Estuvo la policía? —preguntó ahora Buddy.

El chico volvió a negar con la cabeza:

—No que yo sepa. Pero hubo una llamada. El patrón colgó el tubo y me llamó para que saliera a buscarlos.

Spade miró el reloj detrás de la barra. No eran aún las dos de la tarde. En ese momento llegó el camarero con una nueva vuelta de bebidas.

—¿Has comido? —le preguntó Spade al botones.

El chico negó una vez más con la cabeza.

—Siéntate —dijo Spade acercándole una silla. Deslizó su propio plato y lo colocó frente al chico—. Y come tranquilo, tómate tu tiempo.

—No puedo, señor Spade. Debo volver enseguida.

—Tú tranquilo —y lo sentó tomándolo del brazo con firmeza—. Hagamos de cuenta que no nos encontraste todavía. ¿Sabes que estamos aquí?

El chico volvió a negar.

—Pero Sam... —comenzó a decir Buddy.

Spade volvió a llamar al camarero, le pidió otro plato, una bebida gaseosa y el número de teléfono del bar. Después se volvió hacia Buddy:

—Anda tú a ver. No muestres el coche. Ve por la calle que da a los fondos del hotel, déjalo allí. Di, si te preguntan por mí, que no me has visto desde la mañana. Averigua qué pasa y llámame aquí, que te espero con el café caliente.

Buddy refunfuñó un momento, se puso el sombrero, tomó una galleta para el camino y salió.

Sam Spade esperó ver pasar el descapotable frente a la ventana. Cuando todavía estaba el polvo del camino en el aire, guiñó el ojo al botones que comía a dos carrillos, le sacó el birrete, puso un billete de dos dólares dentro y volvió a encasquetárselo con fuerza, hasta las desamparadas orejas.

—Buen chico —repitió—. Tú, come y calla.

Fue al teléfono y pidió un número de Tacoma. Cuando atendió la mujer y dijo su nombre, el mensaje fue muy escueto:

—Señora, soy Spade. El problema ha sido resuelto.

La mujer no dijo nada. Simplemente cortó.

Spade volvió a la mesa y durante unos minutos, en silencio, observó comer al botones. Cuando terminó le dijo:

—Hay ricos mantecados aquí. ¿Quieres uno de fresa?

Al chico le brillaron los ojos. Spade llamó al camarero y le pidió un mantecado y un café. Así pasaron otro cuarto de hora.

Spade se entretuvo leyendo el *Spokane Daily News* con el resultado de las carreras del sábado en Seattle y Tacoma, y casi por rutina la sección de crónica roja y noticias policiales. Según el periódico local, el índice de delitos de sangre en Spokane y alrededores había disminuido en el último semestre en forma considerable. Dudó secretamente de la veracidad de esa información.

Cuando faltaba un cuarto para las tres, el camarero le avisó que tenía una llamada. Fue a atender. Era Buddy, muy agitado:

—Sam, lo que me temía: Pierce desapareció.

—¿Cómo sabes?

—Hablé con el dueño del hotel. La llamada que recibió era de un hombre que no se identificó, pero dijo que hablaba de parte de Charles Pierce y que tenía un mensaje para ti. Que era urgente, de vida o muerte. El dueño se asustó y mandó al

chico a buscarte. ¿Qué hacemos ahora?

—No haremos nada.

—¿Nada?

—Nada.

Se hizo un breve silencio.

—¿Eh? —dijo Buddy.

Spade se dio cuenta de que esa exclamación no estaba dirigida a él. Algo pasaba del otro lado del teléfono.

—¿Buddy?

Hubo sonido de roces y forcejeos, una exclamación ahogada y un disparo.

—¡Buddy! —gritó Spade.

Alguien, del otro lado, colgó el auricular.

Spade permaneció inmóvil, pensativo, con el tubo en la mano. Al cabo de un instante colgó y se dirigió directamente al mostrador.

—Cóbrese, y agregue un mantecado más —dijo señalando su mesa donde estaba el botones, de espaldas.

Salió caminando rápido por la puerta trasera. Diez minutos después estaba a bordo del primer Grey Hound que salía de la terminal de ómnibus rumbo al norte.

El hombre flaco bostezó, desvió la mirada hacia los árboles de la orilla opuesta del lago e hizo a un lado el manuscrito. Le costaba mucho concentrarse en la lectura, meterse por completo en la historia. No podía evitar salirse a cada rato, dar un paso atrás en la atención y registrar las marcas del pastiche. El que había escrito eso sabía escribir, pero había trabajado con material de segunda mano, ajeno en un doble sentido. En principio porque se trataba de una historia original escrita por otro —en este caso, que ese escritor fuera él mismo no tenía tanta importancia, quería suponer— y también por una simple cuestión de tiempo, de época: ese Spokane de los años veinte era más imaginado que producto de la experiencia. Se notaba en los leves anacronismos y en los énfasis de color local, que el autor no había estado allí.

Hammett se permitió por un momento pensar si no le sucedería lo mismo a

él en el caso de que intentara ahora escribir una historia de aquellas por las que se había hecho famoso en los años veinte. Por entonces, fluían con naturalidad. Era lo que le salía y era también lo que se esperaba de él. De algún modo su obra seguía la regla; qué había hecho él en la época del gordo agente de la Continental, si no eso. Qué hacía un escritor relativamente popular si no copiarse, como Fitzgerald, hasta que se rompió el mecanismo de producción y él mismo se rompió con él. O el último y penoso Hemingway. Hammett no había podido terminar *El viejo y el mar*. Y eso que era una *nouvelle* apenas alargada. Le iban a dar el Nobel a un escritor que durante los últimos años no había hecho otra cosa que repetirse, y mal.

Después de todo, pensó mirando el extraño original que tenía entre manos, tal vez fuera mejor que un plagiario desafortunado hubiera intentado algo que acaso él mismo —confundido o desesperado— hubiera tratado de hacer en algún momento. Y con ese sentimiento casi de gratitud por haber hecho lo que él no debería, retomó la lectura.

La acción se trasladaba a otro escenario.

## II

El viejo conserje del West Praga Motel caminó a lo largo de la galería y se detuvo delante de la puerta 4. Golpeó dos veces, hizo una pausa y golpeó tres veces más.

—Sí —contestaron desde adentro.

—Señor Ramírez, hay un hombre llamado Pike que lo busca.

—Gracias.

—Lo espera en el bar.

—Voy en cinco minutos.

Era la segunda vez que el viejo oía esa voz. Hacía tres días que el pasajero había llegado sin coche ni apenas equipaje, había pagado una semana por adelantado y tras establecer un código elemental de contraseña para atender a la puerta se había recluido en la habitación. Sólo había salido un par de veces para hacer llamadas telefónicas desde la cabina de la gasolinera pegada al motel. Se hacía llevar la

comida a la habitación por la camarera del bar y daba buenas propinas. Eso era todo. En un parador de cuatro casas tan alejado de cualquier núcleo urbano como ése, un pasajero que pagase una semana por adelantado era muy raro. Nadie se detenía por más de un día allí, en Tomahawk, a 80 millas de Struggle Creek y al doble de Fort Nobody, casi la nada misma en el este de Oregon. El que se quedaba era porque esperaba algo.

El conserje volvió sobre sus pasos tapándose los ojos con la mano. El viento rojo del desierto había soplado desde la madrugada y no era probable que amainara antes del mediodía.

Spade aplastaba el segundo Lucky Strike de la mañana en el cenicero cuando vio que Charles Pierce empujaba la puerta. Se tomó el café y le hizo un gesto desde la barra. El bigote incipiente y el pelo un poco más oscuro apretado contra las sienes no lo hacían más señor Ramírez que la camisa colorida por afuera del pantalón y las botas por dentro.

—Buen día, mister Pike —dijo Pierce en español extendiéndole la mano.

—Buen día, señor Ramírez —dijo Spade también en español, estrechándosela—. ¿Me acepta un trago?

El otro asintió. Spade lo invitó a trasladarse al único reservado del bar y se hizo a un costado para que se adelantara. El hábito profesional lo hizo descubrir casi de inmediato el bulto de un arma en el bolsillo posterior, bajo la camisa amplia del pálido señor Ramírez.

—¿El revólver que lleva encima está declarado? —comentó al paso.

—Sí —dijo el otro sin volverse—. Y no es el que le disparó a su socio, si quiere insinuar algo así.

—No era mi socio —dijo Spade—. En este caso, trabajaba conmigo.

—¿Y cómo está?

—Mejor. Tuvo suerte de que le dispararan bajo. Suerte, bah... En un par de días tendrá el alta, aunque quedó muy asustado.

—Entiendo.

Se sentaron a ambos lados de la mesa encajonada entre los asientos rebatibles de cuero maltratado. El detective se miró de reojo en el espejo con manchas grises del azogue y dijo:

—¿Tiene idea de quién puede haber sido el que disparó?

El señor Ramírez sonrió:

—Sólo sé lo que salió en el diario: un hombre joven que se dio a la fuga. ¿No fue usted?

Fue una estocada profunda:

—Estaba en el otro extremo de Spokane —dijo Spade, imperturbable—. Buddy hablaba por teléfono conmigo, precisamente.

—Podría ser alguien que usted mandó, entonces. Es evidente que no era su socio en tiempo completo, y que usted, Spade, estuvo jugando a dos puntas, por lo menos. He estado pensando, en estos días de espera...

—No diga estupideces —lo interrumpió el detective, fastidiado.

En ese momento se aproximó el camarero. Pidieron dos cafés y Spade agregó sendos vasos de agua. El camarero frunció el entrecejo y Spade le guiñó un ojo mientras ponía una moneda en su mano.

El señor Ramírez se echó atrás, retomó su argumentación:

—No son estupideces.

—Sí que lo son. No le pido que me crea ni que me agradezca nada, pero le salvé la vida —dijo Spade—. Y ahora deme el papel. Ya, y sin trampas. Es la primera condición para seguir hablando, señor Ramírez o Pierce o Flitcraft, como prefiera que lo llame.

—Como quiera. Ramírez, mejor.

—El papel, Ramírez.

Spade observó en estado de alerta cómo el otro extraía con dos dedos, del bolsillo superior de la camisa colorida, una hoja de papel con varios dobleces y la iba desplegando sobre la mesa. La volvió hacia él y Spade la reconoció. El membrete del Hotel Danvenport, el mensaje con su letra, escrito con la misma tinta azul de la pluma que tenía en ese momento en el bolsillo.

La observaron juntos.

—Admiro su sangre fría —dijo Charles Pierce—. Le aseguro que cuando me la dejó en la palma, con el apretón de manos, casi grito o digo algo.

—Estuvo bien, es buen simulador. Lo peor hubiera sido que se le cayera o algo así.

—¿De quién se cuidaba tanto? ¿De su compañero?

—No solamente. Digamos, al revés, que yo los protegía tanto a él como a usted, de terceros. O lo intentaba. Cuanto menos supieran, mejor.

La nota decía:

“Pierce, está en peligro de muerte. Váyase ya, de Spokane. Solo. Y no vuelva. No vaya a nuestra cita. Llame al hotel —no estaré— y deje un mensaje anónimo para mí avisando que Pierce se escapó. Es mi reaseguro. No muestre a nadie este papel. No lo tire. Contra su devolución, tengo 3.000 dólares y los medios para que desaparezca, esta vez, definitivamente. Nos vemos en una semana en el West Praga Motel de Tomahawk, en la carretera de Oregon. Lo buscará el señor Pike”.

—Pensó en todo —dijo Charles Pierce.

Spade no dijo nada. Rompió prolijamente el papel en múltiples pedacitos, los depositó en el cenicero y los encendió con el mismo fósforo que usó al pasar para prender su cigarrillo. Pierce, que no fumaba, dijo:

—Ahora, el dinero.

—No tan rápido, Ramírez —el detective lo observó a través del humo—. ¿Dónde está su familia? Mrs. Pierce, digo, y la pequeña Daisy.

—En casa de una hermana suya, Nancy Freeman, de Coolville, en Montana. Salieron detrás de mí.

—¿Qué les dijo?

—Nada.

—Es todo un estilo.

—No me conoce.

Spade rió francamente:

—Dígame de alguien que lo conozca. Que pueda decir que lo conoce, como Flitcraft, como Pierce o como el señor Ramírez.

—Tal vez ese que, según usted, quería matarme, me conocía.

—Eso es seguro.

—Cuénteme lo que sabe, Spade. Después hablaré yo.

El detective apagó el cigarrillo:

—Está bien.

Llegó el camarero con los cafés y los vasos de agua. Spade esperó que se fuera, vació de un trago su vaso y sacó cautelosamente una petaca con la que lo llenó de whisky. Invitó a Pierce con un gesto mínimo y el otro rehusó. Guardó la petaca, bebió un sorbo y habló sin soltar la bebida:

—Yo participé en la primera búsqueda, Ramírez, cuando usted era Flitcraft y desapareció de un día para otro, hace siete años...

—Y tres semanas.

—... de su oficina de Tacoma.

—Era un chico entonces.

—¿Yo? Sí, ni siquiera veinte años. Llevaba poco tiempo en la Pinkerton. Tras fracasar con la policía, su mujer recurrió a nuestra agencia y durante tres meses hicimos todo lo posible por localizarlo vivo o muerto. Lo hizo bien: ni una huella.

Pierce sonrió enigmáticamente:

—No es lo mismo huir que irse —dijo con voz tranquila—. Y menos escapar. Son gestos diferentes. Yo sólo quise desaparecer.

—¿No escapó de nada?

—No hay forma.

—No lo entiendo.

—No importa. Continúe.

—Al principio hubo varias falsas alarmas, gente desesperada por cobrar la recompensa: su dinero, en suma. Después, nada de nada durante años, caso archivado. Hasta que hace dos meses estaba justo yo en Seattle, en la sucursal de la agencia, cuando apareció su mujer, su primera mujer, Ramírez. Y yo la recordaba bien. Era el único que la recordaba, en realidad, de aquella época. Y ella, Mrs. Flitcraft, nos dijo que alguien, no dijo quién —Spade lo miró a los ojos—, había visto a un tipo muy parecido a usted en Spokane.

—¿Sólo eso dijo?

—Sí. Pero yo creo que en realidad había algo más: que el que lo descubrió a usted la estaba extorsionando o amenazaba con hacerlo.

—¿A ella? —Pierce meneó la cabeza—. Cuanto mucho, si alguien me descubría podía extorsionarme a mí. ¿No es acaso lo que usted está empezando a hacer?

Spade no contestó a eso. En cambio dijo:

—Podían amenazarla, extorsionarla, si tenían motivos para pensar que a ella le convenía que usted siguiera muerto.

—Creo que sé quién puede haberme reconocido. Adelante.

—No creo que sepa. Pero eso me dijo, exactamente: “Alguien me contó que vio a Charles en Spokane”.

—¿Lo dijo con temor, con odio o con esperanza?

—Con temor, creo.

La información no perturbó el gesto de Charles Pierce.

—¿Cómo está ella, cómo está Alice?

—Mejor que cuando la dejó, seguro. Hace mucho que lo dio por muerto. Y parece que le va bien.

—Mejor así.

—Eso creo yo también. Mejor para todos.

—¿Qué todos?

Spade tampoco contestó a eso. En cambio dijo:

—Antes de seguir adelante con esto, le diré que me impresiona, señor Ramírez —y parecía sincero—. No lo entiendo, no sé qué quiere o qué quiso antes. ¿Nunca se sintió culpable de lo que hizo?

Pierce pareció no escuchar ese comentario. Encendió un cigarrillo:

—¿Quién cree que mi desaparición vale tres mil dólares?

—No importa. Es alguien que paga el doble que el que lo quiere muerto. Tuvo suerte conmigo, señor Ramírez. Pudo haber sido al revés.

—¿Usted pudo elegir, Spade?

Ahora fue el detective el que no contestó.

—¿Le ofrecieron matarme por dos mil? —insistió Pierce.

—Digamos que como me ofrecieron el doble por sacarlo del medio con vida, estuve atento, le di ese mensaje que sólo usted y yo vimos y estamos acá conversando amigablemente su salida.

—Es ella, Alice, la que... digamos... me quería eliminar...

—¿Mrs. Flitcraft?

—Sí.

—No, ella no —Spade se tomó su tiempo, como si esperara que esa información fraguara—. Además, es Mrs. Pockett ahora.

Pierce enarcó las cejas:

—¿Está con Pockett? ¿Con ese bastardo?

—Mr. Fully Pockett, abogado.

—Tremendo hijo de puta —ratificó Charles Pierce sin énfasis. Se volvió él también hacia el espejo, se tocó una marquita blanca, el rastro de una herida en el pómulo, con la punta del índice y agregó, luego de un momento—: ¿Sabe qué, Spade? Eso me tranquiliza.

—¿Que se haya vuelto a casar?

—No. O sí... Pero que haya elegido rehacer o mejor arruinar su vida con esa basura... Habla de ella. Habla mal, claro. Siempre valoré mucho a mi mujer, supuse que yo era poco para ella, le temía a la comparación con hombres más inteligentes o más guapos o más generosos... No sé si usted ha experimentado esa sensación.

—Nunca me casé, señor Ramírez.

—Claro. Pero esto del hijo de puta de Fully Pockett es como si me aliviara, me sacara un peso.

—No entiendo.

—¿Nunca se ha sentido un impostor? ¿Alguien que vive con la sensación de que los demás creen que es mejor de lo que realmente es?

—Y que lo diga usted...

Pierce, olvidado de Ramírez por un momento, meneó la cabeza:

—No entiende lo que quiero decirle —dijo, desalentado—. Prosiga.

Spade hizo de cuenta que no había registrado la contrariedad del otro y completó el informe preliminar:

—Así que pusimos gente de Spokane, más precisamente a Buddy, a seguirlo y en una semana descubrimos lo obvio: que tenía un negocio de automóviles usados, que no le iba tan bien como antes, que estaba nuevamente casado y que tenía una hija, que ahora no juega al golf pero va a remar todos los sábados... Le informamos todo eso a Mrs. Flitcraft o Mrs. Pockett antes de hacer contacto y recién entonces...

—Un momento, Spade —dijo el otro como si recapacitara, volviera al cauce básico de la cuestión—: ¿Quién era o es el cliente para ustedes? ¿Mrs. Flitcraft o Mrs. Pockett?

El detective se tomó su tiempo.

—Supongamos que ni siquiera yo lo sé. Pero estoy acá, señor Ramírez. Y corro los riesgos que corro. Ella estaba llena de rencor, es cierto. Pero de algún modo, si bien no quiere que vuelva, tampoco quiere matarlo. Claro que no es sólo ella la que decide. Porque mantenerlo muerto sin matarlo es carísimo, señor Ramírez. Fíjese: piense lo que habrá costado que ni su nombre ni su fotografía volvieran a aparecer en los periódicos. Algo que sería fatal, porque no faltaría quien lo reconociera pese a los cambios y lo asociara con la desaparición de Flitcraft, años atrás.

En ese momento un par de policías con el uniforme oscuro abotonado hasta el cuello entraron sacándose las gorras y tras saludar amistosamente al barman se sentaron en un extremo de la barra. El señor Ramírez frunció el entrecejo.

—Tranquilo. No pasa nada —dijo Spade sin siquiera volverse—. Insisto con la cuestión anterior: ¿no se siente culpable de lo que hizo?

—No. Y tiene su lógica, que le puedo explicar —dijo el señor Ramírez sin apartar los ojos de los policías—. Es perfectamente comprensible. Usted me va a entender.

—Tal vez yo sí. En cuanto a su esposa... Ramírez, míreme a mí.

Pierce apartó con esfuerzo la mirada del lugar donde estaban los policías que acababan de hacer su pedido y se concentró en sus propias manos sobre la mesa.

—Ahora verá lo que sucedió —se detuvo un momento y Spade se dio cuenta o creyó descubrir que probablemente era la primera vez que iba a contar algo que había sido su secreto durante mucho tiempo—. Ese día salí a almorzar, Spade, como todos los mediodías. Estaba solo. No iba pensando en nada en particular, siempre hacía casi mecánicamente el mismo recorrido. A un par de calles de mi oficina pasé, como siempre, delante de un edificio que estaban demoliendo desde hacía un tiempo, con el ruido habitual de golpes y gritos en estos casos. Ya estaba casi listo: sólo quedaba el esqueleto. De repente, cuando yo iba así, pensando en nada, algo pasó: algo estalló a mis pies, reventó entre gritos, y sentí cómo se conmovía el piso. Me fui instintivamente para atrás.

Pierce hizo la mímica mezcla de escalofrío y sorpresa, levantó las manos.

—¿Qué pasó? —dijo Spade.

—Una viga. Una viga o algo así, una barra de hierro de dos o tres metros que venía de ocho o diez pisos de altura, como un proyectil, como un obús, un meteorito, se clavó a centímetros de mis zapatos, Spade, se entrelló así, de punta —el índice perpendicular de su mano derecha repitió el gesto brusco sobre la mesa— y cayó de costado. Ni me tocó.

Hammett interrumpió la lectura. Sabía lo que seguía —se asomó por encima a las páginas siguientes para verificarlo— y no podía creer que a alguien se le hubiese ocurrido una idea tan estúpida como volver a contar lo recontado.

Dejó el manuscrito a un lado y se restregó los ojos. De todos modos,

quedaba muy poca luz para leer. Cinq había desaparecido como solía hacerlo cuando tenía hambre y el amenazante atardecer sobre el lago era una perspectiva demasiado cursi para su estado de ánimo.

Cuando volvió, cansado, a la cabaña, le habían dejado un mensaje, un papel escrito con carbonilla sujeto entre la puerta y el marco: “Te esperamos a cenar a las ocho. Gus”. Era el tipo de invitación tramposa que más lo incomodaba porque no le dejaba margen. No tenía ganas, pero debería ir hasta la casa para negarse. Y si no iba ni avisaba podían venir a buscarlo con la preocupación o el mero pretexto de verificar si estaba bien. Todo era una molestia cuando lo único que quería en ese momento era estar solo; pero al mismo tiempo tenía un cierto compromiso tácito de gratitud y amistad hacia quienes lo acogían. Además, tras un día saturado de hechos tan graves, no podía, no debía, no correspondía a una persona decente no compartir —aunque más no fuera comentar, opinar— acerca de lo que había sucedido y sucedería en lo inmediato. Y Hammett detestaba esas circunstancias.

Sin embargo, se bañó, se cambió de ropa, y no eran todavía las ocho cuando ya estaba camino de la casa dispuesto para la cena. Lo desanimó escuchar, desde lejos y entre otras, una voz estentórea que no tardó en identificar como la del viejo McConnell, el vecino. Pero de inmediato vio por la ventana que Sam Rosen seguía todavía en la casa.

Había en la conversación del grupo de hombres una moderada excitación que disminuyó probablemente un par de tonos al entrar Hammett.

—Acaba de llamar mi socio, Dash —anunció Rosen a modo de bienvenida—. Mañana al mediodía liberan a Poynton.

—¿Cuál es la mala?

—¿Por qué?

—La noticia es demasiado buena. ¿Cuál es la otra?

—Dos mil dólares —dijo Gus, que acababa de repartir los tragos.

Hammett encendió un cigarrillo, aspiró y echó el humo:

—Al bisabuelo le habrá costado mucho menos que le cortaran la cadena del cuello —hizo un rictus—. Evidentemente hemos evolucionado.

McConnell dejó escapar una risita. Hammett lo miró serio y sin decir palabra. El resto empinó sus bebidas.

—Mañana iré al banco —afirmó Gus con una sonrisa indefinida—. Veremos qué se puede hacer.

Hammett meneó la cabeza y se dirigió a la cocina y al sonido de la radio encendida. Gus fue detrás de él.

—Desde la separación Paulie se puso quisquillosa con los números, Dash —dijo el pintor—. Necesito las dos firmas para sacar dinero de la cuenta.

—Entiendo. ¿Le contaste a Linda?

—Ya sabe. Algunos ahorros tienen, me contó.

—No tiene sentido...

—Con la venta de dos cuadros lo sacaríamos —dijo Gus, jovial.

—Apúrate a ser famoso. Mejorarás los precios.

En la cocina Hammett encontró a Tony conversando con Linda.

—¿Qué haces acá?

—La ayudo a ella; Donald no está.

—Buen chico —acotó la cocinera.

Linda estaba más tranquila desde que sabía que Donald podría salir al día siguiente; no pensaba en la fianza:

—Ya no lo tocarán, señor Hammett.

—Mañana lo tendremos aquí —confirmó él con una sonrisa—. Es un mal necesario, ese inútil.

—Sí señor.

Hammett ayudó a Tony en el traslado de los platos y el tendido de la mesa.

—¿Es cierto que todo fue por Tulip? —dijo el chico en voz baja para que

no escuchara el resto de los hombres que fumaba y bebía—. ¿Qué dicen que hizo?

—Barbaridades.

—¿Y es cierto, Dash?

Tony sabía que de algún modo ese amigo de Hammett era una especie de secreto que establecía una complicidad entre los dos que ni siquiera su padre compartía.

—No creo que todo lo sea. Y si lo es, habrá razones que lo expliquen.

—¿Mató a alguien?

—No, ¿quién dijo eso?

—El señor McConnell. Se lo oí comentárselo a mi padre, cuando llegó.

—Yo sí voy a matar a alguien —dijo Hammett en voz baja—. Pero no lo comentes. Ni a tu padre. Aparte: no creas que me he olvidado de la navaja que te prometí. Te la daré luego.

Tony sonrió y bajó aún más la voz:

—De acuerdo, Dash —y prosiguió en el mismo tono de intimidad confidencial—. Tengo algo que debes ver tú y sólo tú. Estaba en un bolsillo de la chaqueta que me regaló Tulip.

—¿Qué es?

—No sé. Acaso tú lo sepas.

El chico hurgó en el bolsillo del jean y sacó una llave pequeña unida a una chapa de bronce por un aro metálico. La chapa tenía un número y una letra de un lado y en el reverso la inscripción P.S.N.Y.

Hammett la tomó, la reconoció al instante:

—Es la llave de un gabinete en la consigna de la Pennsylvania Station. ¿Dices que estaba en el bolsillo de la chaqueta japonesa?

Tony asintió:

—¿Qué crees que significa, Dash?

Hammett observó la llave, cerró el puño:

—Un olvido, probablemente —mintió sin mirarlo—. Él usó esta chaqueta durante un tiempo, creo. No vació bien los bolsillos antes de regalártela; ten en cuenta que se fue apurado. ¿No lo comentaste con nadie?

Tony sacudió la cabeza con los ojos más brillantes que lo habitual y una sonrisa expectante.

—¿Qué puede haber guardado allí, Dash?

Hammett calculó ceñudo, en el aire, el tamaño de la gaveta de la consigna.

—Para que sea un cadáver debería haberlo cortado por lo menos en seis, como a un pavo. ¿Te decepciona?

—Un poco —admitió el chico en el mismo tono—. ¿Se la darás a la policía?

—Claro que no. Iremos tú y yo. Pero lo más probable es que encontremos una maleta con ropa sucia, zapatos viejos, un cepillo y la máquina de afeitar.

—No se lo digas a Gus.

Ahora fue el hombre flaco el que asintió:

—Sólo tú y yo —dijo con un guiño—. Vamos a ayudar a Linda.

Se guardó la llave en el bolsillo y se sintió como si acabara de robar la limosna dominical del templo.

Durante la cena la conversación fue y vino por canales previsibles. Hammett decepcionó la expectativa del pequeño auditorio al no agregar ningún detalle picante o morboso a las versiones recogidas sobre “las andanzas de su amigo”, tal como las calificó el señor McConnell.

—Probablemente todo pueda explicarse como un malentendido —finalizó sin preocuparse demasiado de que le creyeran.

—No creo que sea un malentendido robar un coche y asaltar una farmacia —dijo McConnell.

Hammett hizo como que no había oído el comentario:

—Lo que importa ahora es reunir el dinero para la fianza de Donald —dijo en tono tranquilo—. Yo me ocuparé de hacerlo, tengo experiencia y, como bien saben, soy de fiar: todo quedará en el más estricto anonimato; nadie se enterará jamás de quiénes fueron los que pusieron dinero para sacar de la cárcel a un negro provocador. Sería capaz de ir yo mismo preso antes de dar los nombres de uno solo de los contribuyentes.

—Tienes humor pese a todo, Dash —dijo Gus levantando su copa en el aire.

—Sobre todo, diría yo —y al decirlo, el hombre flaco sacó una libreta del bolsillo superior de su camisa escocesa—. ¿Con cuánto lo apunto, míster McConnell? Sé que cuando salga Donald es capaz de cortarle el césped más barato si usted se lo pide de buena manera. Y regalarle la pintura del cerco, incluso.

—No se confunda conmigo, señor Hammett —dijo el vecino, amoscado—. No sé si usted lo sabe pero he sido amigo de Harry Irongate, el padre de Gus, desde la época en que éramos sólo cuatro en esta vecindad. Y no hemos tenido nunca problemas con la policía; pero tampoco he dudado en usar la escopeta para echar a los intrusos.

—Supongo que añora esa buena época, sin negros ni rojos que le colorearan el paisaje.

—Dash... —dijo Sam Rosen.

Pero Hammett parecía dispuesto a seguirla:

—Por mí no se preocupe. Habrá oído, aunque no lo escuché quejarse por eso, los disparos con los que intentaron intimidarme la semana pasada. Tal vez consigan echarme: un negro preso y un rojo corrido como una rata.

McConnell se puso de pie del otro lado de la mesa:

—Un momento: yo no dije de ese negro arrogante otra cosa que lo que declararon los policías...

—Cállese.

—Cómo se atreve...

—Tony se va a dormir —anunció Gus, cortante, con la mano sobre el hombro escurridizo de su hijo.

Se hizo un breve silencio.

—Yo también me voy, ya es hora —dijo Hammett—. Precisamente mañana tenemos algo que hacer juntos, ¿no, Tony?

El chico asintió.

Salieron por puertas diferentes pero al unísono, como en un muy ensayado final de primer acto.

## 12. El Studebaker amarillo

Donald Poynton estaba acostado de espaldas en el camastro de una de las dos únicas celdas de la jefatura de la policía del condado. Con las manos bajo la nuca y las piernas extendidas y cruzadas, intentaba descansar. Iba a ser difícil. No había podido hacerlo durante toda la noche. Y todo había empeorado por la mañana. El ocupante de la celda contigua, un negro flaco acusado de escándalo en la vía pública y con una voz similar a la del bajo de The Platters pero sin criteriosa contención, trataba de agotar el repertorio del grupo. Era un riesgo siempre latente. La soledad, las situaciones de encierro en espacios de techo alto y las facilidades acústicas de ciertos ámbitos solían activar la vena cantora de la gente golpeada por el ocasional infortunio.

En este caso, todo había ido relativamente bien hasta la versión sincopada de *Blue Moon*. Por eso, aunque Poynton nunca pensó que la aparición de un uniformado —y nada menos que su verdugo Joe, en este caso— podía resultarle auspiciosa, así fue:

—A ver si te callas de una maldita vez, Al Jolson de albañal —dijo el policía golpeando con la porra los barrotes del cantor. Y después, casi sin modificar el tono pero dirigiéndose a él—: Y tú, cara de mono, parece que alguien ha asaltado a un par de pobres viejas para juntar lo que se supone que vales suelto. Prepárate.

—Gracias —dijo Poynton casi sin pensar, en devolución automática.

—No me agradezcas nada a mí, que te dejaría pudrirte adentro. Pero así de mal están hechas las cosas.

—Supongo —ratificó el detenido en su mejor estilo tranquilo.

—¡Tú no supones nada! —estalló Joe y sacudió de un porrazo el escritorio de la antesala.

De inmediato apareció uno de los sargentos de civil:

—¿Qué es este jaleo, Joe?

—Nada. Vine a avisarle a este negro que alguien le ha prostituido a su hermana para pagarle la fianza y se burla de mí.

El otro le apoyó la mano en el hombro y dijo:

—Ya, déjalo, Joe. Ve a la guardia —esperó que el uniformado saliera y se volvió hacia el detenido—. Y tú, Poynton, ponte decente que te vas. Ya está aquí tu abogado.

Phil Frisson, el socio de Sam Rosen, lo esperaba en la oficina del taciturno oficial de guardia. El reloj marcaba un cuarto después del mediodía:

—Tuvimos suerte, Poynton, todo se agilizó —dijo agitando los papeles que tenía en la mano—. Firme, que nos vamos.

Donald lo observó con curiosidad. Frisson era un joven flaco y menudo, de cara huesuda y anteojos de marco negro. Tan blanco como la planilla que le ponía delante de los ojos.

—¿Dash y Gus? —dijo Donald.

El otro negó con la cabeza.

—Alguien que nos aguarda afuera —dijo por toda respuesta.

Poynton firmó sin sentarse, inclinándose sobre el escritorio. Recibió sus cosas y salieron.

El hombre alto y delgado de chaqueta bordó y pantalones castaños que los esperaba pareció saltar de su asiento con inesperada agilidad. Dio dos pasos al frente y extendió la mano larga y vigorosa con una amplia sonrisa recién desplegada:

—¡Qué gusto conocerlo, Poynton!

Donald no sabía quién era el personaje pero supo que conocía la voz.

—Usted es... —dijo entre sacudidas de su brazo.

—El escritor amigo de Hammett —aclaró el otro sin soltarlo—. Hablamos hace unos días por un manuscrito que le envié.

—Ah... —dijo Donald Poynton escurriendo la mano.

—El señor Fanesi depositó el importe de la fianza hoy a primera hora —dijo Frisson como el guía que describe las costumbres anómalas de una especie recién descubierta.

—Gracias —atinó a decir Donald.

El aludido se pasó la mano por el pelo castaño claro, largo y abundante, y apenas cerró los ojos, complacido:

—Usted se lo merece, mi amigo. Me tomé el atrevimiento de tomar esta iniciativa a partir de la información que me brindó, entre sollozos y por pura casualidad, su atribulada esposa —explicó con lenta precisión verbal—. Sepa que mi actitud, como le expliqué al letrado —y señaló con un levísimo gesto al hipnotizado Frisson— no tiene otra intención que atenuar los efectos nunca deseados de prolongar en exceso la estadía intramuros de una persona inocente.

Donald Poynton se volvió hacia su abogado con gesto interrogativo.

—Llamó preguntando por el señor Hammett inmediatamente después de que los policías se los llevaran —explicó Frisson—. Y tu esposa le contó lo sucedido.

—El resto fue coser y cantar —concluyó el señor Fanesi—. Me comuniqué con la policía del condado, y como no me daban respuesta viajé ayer mismo para acá a media tarde. Ya habían partido de regreso Hammett con el doctor Rosen pero estaba Phil —otro gesto de inclusión amistosa— que me interiorizó de los pormenores de su caso. Apenas el juez fijó el monto de la fianza, no hubo más que hablar.

—Pero usted no me conoce —argumentó Donald Poynton.

—Ahora usted a mí sí —dijo el otro con una sonrisa que incluía un premolar de oro. Introdujo la mano en el bolsillo superior de la chaqueta y

sacó una tarjeta personal y una pluma. Escribió un par de números de teléfono en el reverso y se la extendió—. Quedo a su disposición.

Donald Poynton recogió la tarjeta, le echó un vistazo y la guardó:

—Gracias —dijo otra vez, sin saber qué agregar.

—Vayamos saliendo —dijo el joven Frisson.

Afuera, en la claridad del mediodía, los esperaba Sam Rosen. Al verlos puso el coche en marcha y se bajó para saludar.

—¿Nos acompaña, señor Fanesi? —sugirió tras las presentaciones.

El hombre de la chaqueta bordó parecía más alto pero no tan seguro al sol. Se caló unas gafas oscuras, consultó un reloj que asomó excesivo en su muñeca delgada y dijo:

—No, gracias. Debo volver a New York ahora —y guiñó el ojo en forma que supuso picaresca—. De todos modos tengo una conversación pendiente con el señor Hammett en estos días, de modo que no faltará oportunidad. Ha sido un placer, caballeros.

El joven señor Fanesi repartió apretones de manos en la acera como si fuese el padre o el hermano de la novia que despide a los asistentes a una boda magnífica; esperó que todos subieran al coche y, una vez que partieron, se montó a un Studebaker amarillo que arrancó soberbiamente y nadie dejó de mirar hasta que dobló en la primera esquina.

## 13. Nell

El movimiento que había pocos minutos antes del mediodía bajo la cúpula distante del hall central de Pennsylvania Station, en el centro de New York, permitía imaginar con alguna probabilidad de acierto lo que sería la mañana del ensayo general de la ceremonia del Juicio Final. Los grandes relojes pendientes de la techumbre de hierro amenazaban a la multitud sin necesidad de apuntar con las agujas; bastaba con su peso; alevosa, equívoca espada de Damocles.

Sam Rosen —una figura móvil entre tantas— pasó delante del inmenso tablero en que se detallaban arribos y partidas de y hacia centenares de puntos de un mapa complejo que los entrelazaba; caminó a lo largo de la docena larga de ventanillas de expendio de billetes ante las que se enfilaba una multitud de viajeros con sus respectivas pertenencias, y finalmente dobló por el pasillo que se abría a su izquierda, una marmolada galería de techo vidriado que ofrecía, a diestra y siniestra, centenares de puertitas de hierro en tres filas superpuestas, numeradas como despojadas tumbas, los nichos fúnebres de un cementerio futurista. Algo de eso había.

Antes de aproximarse al locker 129 del sector B, Rosen echó una mirada en derredor. Había por lo menos cuatro personas más ocupadas en menesteres similares al suyo y la vigilancia regular —un par de policías que acariciaban sus porras mientras caminaban de ida y vuelta en ambos extremos del pasillo — no parecía prestar excesiva atención a sus movimientos. Se agachó —el gabinete estaba en la fila inferior—, metió la llave en la cerradura y sin mediar presión alguna la puerta se abrió. El espacio estaba enteramente

ocupado por una vieja y maltratada maleta de piel color castaño con manija superior y dos correas de cuero más oscuras. Rosen miró a ambos lados antes de extraer la maleta. Pesaba bastante y debió dar un par de tirones hasta depositarla en el piso. Con el locker vacío, cerró la puerta y volvió a echarle llave.

Se irguió con un suspiro, asió la manija con firmeza, verificó una vez más que nadie lo observaba y se encaminó hacia el hall central por el camino inverso al que había utilizado para llegar hasta ahí. Andaba con naturalidad, tratando de disimular el esfuerzo que le provocaba el peso, cuando alguien se acercó subrepticamente y lo tocó en el hombro. Se volvió crispado:

—¡Dash! ¿Qué haces acá? Dijimos que no convenía que tú...

El hombre flaco sonrió y señaló con la cabeza a sus espaldas:

—Él me convenció.

Ahí Sam Rosen descubrió a Tony Irongate:

—Dash me dijo que si no goteaba sangre podíamos acercarnos.

Rosen iba a esbozar una protesta pero no alcanzó a decir nada. Estaban en medio del inmenso hall y si algo no quería era llamar la atención.

—Dame la llave —dijo de pronto Hammett tras examinar la maleta.

—¿Qué vas a hacer?

—Volver eso a su lugar.

—¿Por qué?

—Ya sé qué hay ahí dentro. Y es mejor que siga donde estaba.

Tony abrió los ojos de par en par:

—¿Lo sabes?

No tuvo respuesta. Ya Hammett había recogido la maleta y caminaba rumbo a la zona de los lockers con una velocidad y una energía sorprendentes.

Sam Rosen y Tony lo siguieron de lejos. Lo vieron llegar hasta el lugar, abrir la puerta del gabinete, volver a colocar la maleta y cerrar cuidadosamente.

Regresó para reunirse con ellos con expresión tranquila y distendida.

—Vamos —dijo como si nada—. Basta de idas y venidas.

Salieron caminando en silencio.

—¿No vas a decirnos qué pasó, Dash? —quiso saber Tony.

Estaba absolutamente decepcionado.

—Preferiría no hacerlo —dijo Hammett como si recitara.

—¿Por qué?

El hombre flaco se volvió hacia el chico y le habló con inusitada seriedad:

—Escúchame, Tony. Bien sabes que nunca te miento. Esta vez tampoco. No te voy a decir nada más porque no es bueno que sepas más de lo que sabes.

¿Entiendes eso?

Tony lo miró en silencio. No sabía qué pensar.

—¿Me entiendes? —repitió Hammett.

—Dame la llave. Era mía.

Hammett lo miró con amistosa severidad:

—No es tuya ni mía, Tony.

El chico apretó los labios; se le fueron llenando los ojos de lágrimas.

—Ya verás, mentiroso —dijo. Se volvió y salió corriendo.

—¡Ey! —gritó Sam Rosen.

Tony no se detuvo, siguió corriendo cada vez más rápido hacia la salida de la estación.

—¡Ey! —insistió Rosen.

Hammett le apoyó la mano en el brazo.

—Déjalo. Tiene razón.

Y después, con un suspiro:

—Hazme un favor: ve y pregunta en la oficina que administra los lockers cómo se hace para utilizar uno. Si es por día o por mes, qué datos son necesarios y cómo es el sistema.

—¿Quieres que pregunte por el 129 B?

—No te lo dirán y quedaremos en evidencia. Sólo pregunta cómo se hace para utilizarlos. Te espero en las cabinas telefónicas. Tengo que hacer un llamado.

—¿A quién?

—A una amiga. No sé cómo se llamará ahora. Siempre la traté por el seudónimo.

Rosen frunció el entrecejo.

—Incluso en la cama —completó Hammett como si nada.

Sam Rosen fue y volvió a los diez minutos. Encontró a Hammett con el hombro apoyado en el tabique de madera de la cabina y la guía telefónica de New York City abierta y sostenida en equilibrio precario sobre la breve repisa bajo el aparato. Recorría la lista ensimismado, tomaba notas, llamaba y tachaba.

—Los lockers son nominales, Dash —dijo Rosen—. Por día, por semana, por mes, lo máximo. Están pensados para los equipajes. Te puedes llevar la llave, que está en un gran tablero de madera, y no tienes que declarar lo que dejas, aunque hay una lista de cosas prohibidas, desde alimentos frescos a armas de fuego, explosivos.

—¿Cadáveres? —quiso saber Hammett sin dejar de hacer sus consultas.

—No me aclararon, pero ellos no se hacen responsables de lo que guardas allí ni está asegurado contra robo o incendio. Y los policías de guardia están facultados para obligarte a abrirlo ante la menor sospecha. Si ven cualquier anomalía o cumplido el plazo, ellos tienen duplicados y pueden abrirlos.

—¿Te fijaste si...?

—Me fijé y no estaba ahí, Dash —dijo Rosen con seguridad—. El gancho de la 129 B estaba vacío.

El hombre flaco tanteó la llave en su bolsillo.

—Es la verdadera, entonces. Hubiera apostado que era una trampa.

Sam Rosen lo miró como si lo desconociera.

—¿Y me dejaste hacerlo aunque pensabas eso?

—Recuerda que tú no quisiste que lo hiciera yo, Sam —dijo Hammett y volvió a su tarea de rastreo.

Una hora y una docena de llamadas después, había agotado todas las posibilidades de localización de Nell Martin con los datos que tenía o vagamente recordaba. Decidió buscar información por otros medios. Después de varias vías muertas, una amiga en común le dio la pista por el apellido —Wilkinson o Dickinson— del tipo, un periodista y escritor con el que, según creía, Nell se había casado hacía unos años.

Hammett creyó recordar entonces que ella, acaso cuando le escribió durante la guerra, le había mencionado —él lo tomó como una especie de provocación — que nuevamente estaba con alguien que escribía. De todas maneras decidió intentarlo empezando con los Dickinson que había en la lista. Al sexto o séptimo llamado infructuoso atendió una mujer:

—Hola.

La reconoció al instante.

—Nell, habla Dash.

—Se oye muy mal. ¿Ash?

Un largo suspiro:

—Nell, soy Dash.

—¿Quién?

—Dash. Dashiell Hammett.

—¡Dash! —fue casi un grito.

—¿Puedes hablar?

—Claro que sí, ¿dónde estás?

—En New York.

—¿Estás bien?

—Suelto.

Ella rió. Hammett también reconoció esa risa.

—Tengo algo para ti —dijo.

—No entiendo.

—No hay nada que entender: tengo que darte algo.

—Espera un momento, Dash.

Había alguien más del otro lado. Hammett oyó durante unos segundos los rumores de una conversación airada.

—Llámame en media hora, por favor. Hay una situación aquí —dijo ella reapareciendo de apuro. Y colgó.

Pero ella no atendió a la media hora. Tampoco después. A veces daba señal de línea ocupada; otras, ni eso.

Finalmente salieron de la estación y se sentaron en un bar. Hammett no hablaba. Sam Rosen no entendía lo que pasaba y estaba cansado. Resopló y dijo:

—¿La maleta es de ella?

—No precisamente. Pero es como si.

—¿Y qué tiene que ver Tulip con esa mujer?

El hombre flaco se encogió de hombros:

—No lo sé. Es lo que quiero averiguar.

—¿Qué quieres hacer ahora?

—Ya que no atienden, iremos a la casa de los Dickinson —dijo Hammett.

La dirección que habían extraído de la guía, con el nuevo apellido de casada de Nell, convertida en Mrs. Ashley Weed Dickinson, era en un suburbio de Brooklyn.

—Iré yo, tú vuelve a Katonah —dijo Rosen—. Estás en New York sin permiso y puedes terminar preso otra vez.

—Tú no la conoces.

—Tampoco ella a mí, y eso puede ser beneficioso. Es evidente que quien está ahí no quiso que hable contigo.

—Y no es el marido. Cuando le hablé, preguntó: ¿Ash? Por Ashley, supongo...

—Seguro.

Hammett pensó que hacía más de quince años que no veía a Nell.

—Sí, mejor encárgate.

—Además, tengo quien me ayude para hacer una vigilancia prolongada.

Hammett admitió que era razonable. Acordaron en que Rosen buscaría un pretexto para hacer contacto pero que no la acosaría. Él, mientras tanto, volvería a intentarlo por teléfono.

Y así lo hizo durante toda esa tarde, ya desde Katonah. En realidad, el teléfono ni siquiera volvió a sonar, aparentemente desconectado.

La que sí atendió fue Paulie, cuando Hammett quiso hablar con Tony.

—¿Qué le hiciste al chico, Dash? Volvió solo y llorando.

—Lo siento, Paulie. Pero no “le hice” nada.

Ella tenía su propio discurso:

—Estamos en un momento complicado y necesita ayuda, no más problemas. ¿Qué le dijiste?

—No “le dije” ni “le hice”, precisamente. Sabes que quiero mucho a Tony, lo respeto y trato siempre de preservarlo. ¿Me puedes dar con él?

—No, claro que no —dijo ella, airada.

La moderna galerista Paulie Gerscher había retrocedido a su nunca abandonada condición de serial *idishe mame*.

—Paulie, pásamelo.

—No. Es un chico aún y no me gusta que tenga secretos a mis espaldas ni que lo dejen solo en el centro de Manhattan a veinte calles de su casa.

Hammett se contuvo de contestar a eso.

—Está bien, como quieras. En eso puede que tengas razón. Pero al menos dile que lo llamé.

—Si tuvieras un poco de decencia me contarías de qué se trata.

El hombre flaco tampoco supo qué replicar a eso. Esbozó lo más parecido a una benévola falacia lógica:

—No te lo cuento por la misma razón que no lo hice con Tony. Y, por favor, no te largues a llorar.

—Eres un grosero —dijo Paulie. Y le cortó.

La segunda mujer que le cortaba en pocas horas. Ya era suficiente.

Esperó un rato en vano el llamado de Sam Rosen y no tardó en convencerse de que había sido un error dejarle la tarea de vigilar el domicilio de Brooklyn. Se cansó de aguardar junto al teléfono, y como ya eran las seis y tampoco Donald había regresado aún de New York, le avisó a Linda que no iba a cenar en la casa y volvió a la cabaña.

Pero no entró. Se desvió hacia la arboleda, encendió un cigarrillo y tomó el sendero del lago. El bosque ya estaba casi en sombras, los estorninos y vencejos volaban en círculos, muy altos en el cielo acerado, y el silencio lo cubría todo.

Sentado en un grueso tronco volcado en paralelo a la orilla, Hammett recordó una lenta caminata por el Central Park, en el otoño del 29, recién llegados a New York. El apartamento de la 30th St. que había rentado Nell era pequeño y después de trabajar todo el día cada uno en lo suyo solían salir a recorrer la ciudad. En aquel atardecer de hacía casi veinticinco años, mientras

los titulares de portada de los vespertinos actualizaban las estadísticas de quebrantos millonarios y suicidios desde pisos cada vez más altos de Wall Street, ellos descubrían los pocos serenos rincones de la conmovida New York. Estirado a lo largo de un banco semioculto bajo las ramas de un pino, con las piernas cruzadas y la nuca apoyada en la falda de Nell —ella tenía puesto un vestido claro de verano, el único que había traído desde el Oeste—, Dash sentía a través de la delgada tela la suavidad, la tibieza de los muslos mientras ella jugaba con su pelo crespo.

—¿Cómo te hiciste este corte? —y le pasaba la uña por la leve marca, apenas más clara que la piel, que se perdía en el pelo ya entrecano de la patilla.

—Una trifulca en el ferry de San Francisco. Teníamos al tipo sujeto pero se zafó y corrió hacia la borda para tirarse a la bahía. Lo perseguí y llegué justo para agarrarlo de las pantorrillas cuando se trepaba a la baranda. Me dio con el tacón de metal acá.

—¿Y lo atrapaste?

—No. Escapó sin el zapato, incluso se sacó el otro, para nadar más cómodo, y lo arrojó a bordo mientras se burlaba de nosotros. Con el segundo no me dio...

Nell rió y se inclinó para besarlo:

—¿Siempre mientes así?

—Sólo cuando no escribo.

Y esa tarde hablaron, distendidos y locuaces, de muchos aspectos de sus vidas que el otro desconocía. Tenían mucho para contarse porque, de algún modo, compulsivamente enamorados o atraídos o lo que fuere, habían partido juntos al Este casi sin conocerse, llevados por la necesidad de empezar de nuevo en otra parte. Cada uno tenía un pasado por lo menos complejo no oculto debajo de la alfombra pero sí cautelosamente reservado en los bolsillos interiores de sus trajinadas maletas.

—¿Qué fue lo peor que te pasó? —dijo Hammett sin moverse, apenas elevando los ojos hacia atrás.

—Accidentes —dijo ella sin énfasis—. Y siempre, por jugar con fuego.

Y entonces le contó entre risas cómo se había quemado el pelo durante unas Navidades en su pueblo de Illinois a los seis años, y cómo todo se le repitió doce años después en el gran incendio de Chicago.

—Me puse de novia con el bombero que me rescató. Incluso debuté con él, Dash. En el asiento de la autobomba.

—¿Con sirena y o sin sirena?

—En silencio. Era una chica recatada.

—¿Y qué opinó el señor Martin?

—Nada por entonces. El señor Martin vino después, varios incendios después.

Y se reía, y los ojos se le iluminaban.

Mientras crecía la oscuridad a su alrededor, Hammett —que no podía recordar el apellido de soltera ni el color de los ojos de Nell— trató de reconstruir el dibujo del vestido, y aquella sensación en la nuca. Se llevó la mano a la parte posterior de su cuello y frotó levemente. Estuvo largos segundos así. Sintió frío. La superficie del lago comenzaba a erizarse por la leve brisa. Se levantó las solapas del abrigo, encendió otro cigarrillo y volvió caminando hacia la cabaña.

—Boyer —se dijo por lo bajo—. Nellie Columbia Boyer.

Apellido francés. Una vez bromearon sobre eso. Por entonces ya se conocían acaso demasiado bien, se habían separado hacía cinco años y no habían vuelto a verse. Hammett estaba con la Hellman pero Nell, no obstante, había publicado *Lovers Should Married* y se lo había dedicado alevosamente a él. En una de las tantas lagunas de la relación con Lillian, Hammett pasó por New York y la llamó. Nell estaba ocasionalmente sola. Tomaron una copa en el Algonquin y al subir al taxi se besaron como si fuera la primera vez. En el

forcejeo, el bolso de ella cayó y se desparramaron sus documentos. Él se los arrebató.

—Nellie Columbia Boyer —leyó enarcando las cejas mientras ella trataba de recuperarlos.

Entonces Nell presumió parentesco cercano con el apuesto primo Charles, que por entonces empezaba a hacer latir los corazones de las chicas con el temblor imperceptible de su vena frontal.

—Su inglés es deplorable, y es petiso —dijo Hammett con afán descalificador—. Y muy pronto se quedará calvo.

—A Garbo no le importa. A la Dietrich tampoco.

—Son demasiado europeas. ¿Y a ti?

—Me olvidaría del incesto.

—Eres una chica moderna y valiente, Nellie Columbia. Ahora te lo puedo decir: ¿nunca oíste hablar en tu casa del Tío Sam?

—Sí.

—Soy yo —y ella volvió a reír—. Ahora que lo sabes, ¿tendrás algún inconveniente en volver a intimar conmigo?

Nell no lo tuvo, nunca los tenía.

Todavía conservaba el apartamento de la 30th Street. Nada había cambiado demasiado en el lugar. Incluso estaba allí, en el piso, debajo de la cama, la maleta con los papeles de Hammett que él había arrastrado desde San Francisco y Los Ángeles a New York, y que no se había llevado consigo al separarse.

—Un día tiraré todo eso a la basura, Dash —dijo ella apagando el último cigarrillo en el cenicero de la mesa de luz—. Llévatelos ya.

—Volveré a buscarlos. Supongo que si leo lo que escribía me acordaré de cómo se hace.

—¿Y la nueva novela de la que todos hablan?

Hammett echó humo hacia el cielo raso:

—No existe.

—¿Les mientes?

—Les digo lo que quieren escuchar.

Y entonces Nell incurrió en el único lugar común sentimental que se permitió en años de autocontrol:

—¿A mí también?

Hammett se volvió hacia ella —las cabezas estaban muy cercanas, sobre la almohada— parpadeó como si no la reconociera y se volvió hacia su mesa de luz, a calzarse las gafas.

—¿De qué estamos hablando, Nell?

—De nada, por supuesto, Dash.

—Ah.

Nunca regresó a buscar los papeles; en realidad nunca más habían vuelto a verse. El único contacto habían sido las cartas que intercambiaron cuando ella —probablemente ya señora Dickinson— le escribió al campamento en las Aleutianas al enterarse de que se había alistado.

Y ahora, la maleta que reaparecía, Tulip mediante.

Volvió a la cabaña mientras se hacía la noche a sus espaldas. Fue a la cocina, comió media manzana y se preparó café. Al retornar a la sala apagó todas las luces menos la lámpara de la mesita junto al sillón. Se dejó caer sobre los almohadones, apoyó la espalda un momento y después se inclinó hacia adelante, con los codos apoyados en las rodillas. Estaba incómodo. Bebía el café a pequeños sorbos con la mirada fija hacia adelante. Había sido un día denso, lleno de cosas, y que no había terminado aún. Estaba agobiado y el agobio le generaba malhumor. Descubrió con disgusto su propio fastidio: no sólo no había escrito una línea en días sino que ni siquiera —acosado por los acontecimientos— podía pensar con claridad, ordenadamente. La ansiedad lo

dispersaba. Sólo esperaba lo que vendría, que fuera lo que fuese le provocaría más ansiedad.

Encendió la radio para distraerse, salir de sí, y tomó casi a ciegas un libro de la biblioteca. Rilke. Suspiró, se sacó los zapatos y se acostó a todo lo largo del sillón, con la cabeza bajo la luz cálida de la lámpara. La radio le contaba en voz baja las novedades respecto de la lesión de Di Maggio en el hombro izquierdo mientras él abría al azar, releía las *Cartas a un joven poeta* que alguna vez, al principio de todo, cuando se le animaba a los versos, lo habían conmovido hasta condenarlo al insomnio.

Ahora, en cambio, sentía que la famosa y subrayada fórmula de Rilke, “sólo escriba si no puede vivir sin escribir” era la trampa típica de un psicópata acorralado por el Ángel de la Muerte. Algo similar le había pasado con el perentorio *Zaratustra* de Nietzsche por la misma época. Hammett siempre había sentido, acaso prejuiciosamente, que los alemanes tenían algo de solemne y concluyente que los hacía insoportables incluso cuando uno coincidiera con ellos.

Tal vez fuera la dureza de la lengua. Le hubiera gustado saber alemán para leer a Marx, a Freud, incluso al amargo Schopenhauer, en idioma original. Pero entre la tipografía gótica y el exceso de mayúsculas que resaltaba cualquier trivialidad lo habían inhibido. Era un tema, el de la dureza de la lengua, que tenía siempre pendiente. Sólo había podido comentarlo al pasar con un alemán atípico, el evasivo George Grosz, el feroz dibujante satírico de la época de la República de Weimar que había terminado domesticado, en New York, trabajando en publicidad en el corazón de Madison Avenue, y que era amigo de Ben Hecht.

Ben había conocido a Grosz en Berlín, en su etapa Dadá durante su salvaje juventud a principios de los veinte, y volvieron a encontrarse cuando el pintor emigró a Estados Unidos ante el ascenso de Hitler. En cierta oportunidad, Hecht quiso que Hammett asistiera a la inauguración de una muestra pequeña y

casi secreta de su amigo; una docena y media de sombríos dibujos a tinta con los que había ilustrado una serie de notas suyas en las que denunciaba los crímenes de los nazis y la persecución de los judíos. En esa época aún nadie hablaba de eso y el Partido Nacional Socialista norteamericano hacía mítines en el Madison Square Garden de los que salían sus militantes desfilando con la svástica en las banderas.

Hammett de algún modo se había decepcionado con Grosz, y probablemente la sensación había sido recíproca. Ambos tenían un pasado por el que todo el mundo los identificaba pero en el que cada vez se reconocían menos; y ambos tenían la honestidad suficiente para no alimentar ese equívoco ni asumir un papel que ya no los representaba. Y menos aún victimizarse por eso, o por cualquier otra cosa. Eso los hacía cautos, casi desagradables en su reserva. Grosz acababa por entonces de adoptar la nacionalidad norteamericana y cuando le preguntaban al respecto solía decir que era una declaración pública de escepticismo. Todos se lo festejaban pero nadie lo entendía y él no lo explicaba tampoco. No hablaba de eso, ni de casi nada. Sólo bebía. Demasiado, tanto como el mismo Hammett. Y ese día, cuando le sacó el tema de la lengua alemana, Grosz —que acaso no había entendido la cuestión ni se preocupó porque se notara— estuvo demasiado rápidamente de acuerdo, casi condescendiente, lo que hizo que Hammett se retrajera y se apartara de él. Años después Grosz le había hecho llegar su autobiografía, *Un pequeño sí y un gran No*, con una dedicatoria afectuosa y distante a la vez. Hammett no había podido ir más allá de la página 50. Lo prefería dibujando.

Durante los años en que frecuentaba Hollywood había tratado ocasionalmente con otros emigrados alemanes, pero eran gente del mundo del cine, fabuladores inconscientes que no podían dejar de actuar cuando expresaban algo sincero o de contar películas cuando debían narrar cualquier cosa que les sucediera. La profesión era una parte constitutiva de su personalidad y había que lidiar con eso; a veces era divertido, pero en general

a Hammett le resultaba abrumador. La mayoría de aquellos personajes se habían ido de Alemania más por incomodidad personal que por convicciones contrariadas; los habían ahuyentado los mordiscos, pero sobre todo los desagradables, antiestéticos ladridos del Führer.

Claro que había excepciones. Una vez, cuando Lillian estaba escribiendo *Alerta en el Rhin* y todavía se aceptaban guiones en los que los soviéticos eran los buenos, hubo una reunión antifascista en una mansión con piscina en la que no faltaba nadie y sobraba el alcohol; allí había conocido a un hombre extraño que desentonaba, vestido como un obrero, con gorra de cuero, anteojos redondos y un habano. Sentado en un rincón del inmenso salón y sin hablar con nadie, echaba humo como si fuera su manera de opinar. Era Bertolt Brecht. Lillian, que conocía a todo el mundo y en ese paquete incluía a Kurt Weill, hizo que el compositor los presentara: “Tienen mucho en común”, les aseguró a ambos; y se fue.

Cuando quedaron solos, Brecht, que no hablaba inglés por pudor pero lo entendía y leía fluidamente, sobre todo literatura policial, le dijo trabajosamente que conocía sus novelas y que admiraba en especial *Cosecha roja*. Incluso que había pensado alguna vez pedirle los derechos para convertir la historia de Poisonville en una sangrienta comedia musical. Hammett no dudó en concedérselos desde ya. Él sólo había visto *La ópera de dos centavos* y *Mohagany* pero le dijo, o trató de hacerle entender, que creía que las pocas estrofas de *Mack the Knife* y *Pirate Jenny*, sobre todo cantadas por Lotte Lenya, valían por trescientas páginas de *La montaña mágica*. Brecht había sonreído sin decir palabra. Después habían intercambiado direcciones y teléfonos pero jamás habían vuelto a verse ni comunicarse, ni siquiera cuando ambos habían sido víctimas del acoso del innombrable senador y sus secuaces. A diferencia de Hammett, la defensa de Brecht había sido pragmática, en el borde del cinismo con respuestas que eran verdaderos epigramas. Pero no era sólo una cuestión de ideología sino de dicción y de

estilo. El alemán, sin ser lengua romance, compartía con el latín las desinencias, la flexión de los nombres y sobre todo el orden rígido de la frase, con el verbo al final. Acaso por eso Brecht tenía algo de clásico latino y hacía poco había leído un breve poema suyo sobre Hollywood en una traducción de James Laughlin para *New Directions* que parecía Marcial, o Chuang Tzu, porque los chinos no le eran tampoco ajenos. El poema decía: *Cada mañana para ganarme el pan / voy al mercado donde se compran mentiras. / Lleno de esperanzas / me pongo en la fila de los vendedores*. Lo había escrito seguramente en la época en que Hammett lo conoció. Ahora Brecht había vuelto a Alemania para quedarse finalmente del lado soviético de Berlín. Supuso que seguramente tampoco la iba a tener fácil con los inquisidores del otro lado.

Hammett se cubrió la cara con el ejemplar de Rilke y cerró los ojos. No llegó a quedarse dormido porque tras lo que le parecieron apenas unos pocos segundos Donald comenzó a golpear, sin énfasis pero con firmeza, el vidrio de la ventana. El hombre flaco se incorporó y lo llamó con un gesto.

Donald Poynton entró con un paquete bajo el brazo y la confiada determinación del que trae lo que supone una buena noticia.

—Confirmado, señor Hammett —dijo sin preámbulo alguno—. Su amigo pasó por la tienda de la Séptima Avenida, como yo suponía.

—Supusiste bien esta vez.

—Sí señor: todo a diez dólares —y sonrió con la boca torcida. Todavía le dolía el labio superior, el lugar donde lo había golpeado el policía—. Tienen mucha chatarra de guerra: armas inutilizadas, cascos, borceguíes, transmisores... Y ropa, casquillos de munición, falsos trofeos y uniformes enemigos. Había para elegir.

Donald puso sobre la mesa el paquete que traía bajo el brazo. Hammett desgarró el papel y se encontró con un abrigo de oficial japonés idéntico al que Tulip le había dejado.

—¿Es auténtico?

Poynton meneó la cabeza.

—Los hacen en un taller de New Jersey.

Hammett enarcó las cejas:

—¿Lo compraste para ti?

Donald Poynton ensanchó aún más su sonrisa.

—Fue sólo una inversión, señor Hammett, y una prueba. Necesitaba ganarme la confianza de esa gente...

—¿Y qué averiguaste?

—Le dije a la vendedora, una rubia vistosa, que un oficial que había sido mi jefe en el Pacífico me había contado del lugar, semanas atrás.

—¿Y ella?

—Se acordó del coronel apenas se lo describí. Me contó que le estuvo hablando de la guerra en las Aleutianas y que ella no le creyó demasiado pero le resultó encantador, así me dijo. Creo, incluso, que había quedado en llamarla...

—No lo dudo.

Sonrieron juntos.

—Pero no creo que Tulip esté en condiciones de galantear ahora — Hammett levantó el abrigo y lo estiró; casi instintivamente revolvió los bolsillos vacíos—. ¿Algo más?

—Acaba de llamar Sam Rosen.

Hammett se sobresaltó:

—No le habrás dicho que...

—No sabe que salí del condado. Nadie lo sabe.

—Cuidado con el viejo McConnell.

—Sí, señor Hammett. Yo tampoco quiero verlo a él.

El hombre flaco aprobó con la cabeza. No sabía por cuánto tiempo podría mantener debidamente tabicada la información que cada uno manejaba, pero lo

intentaría.

—¿Qué dijo Rosen?

En este caso, Donald Poynton transmitió la información con precisión un poco distante, casi resentida:

—Poco. Dijo que no había podido progresar en el trabajo —y su voz daba cuenta tácita de su descontento por no saber de qué se trataba, la información retaceada—. Pero que mañana al mediodía vendrá para acá.

—¿Mañana? ¿Sólo eso dijo?

—Eso solo.

Hammett se puso de pie y abandonó a Rilke sobre la mesa en la que se acumulaban los libros; Donald Poynton quedó a la espera. La carpeta amarilla estaba allí.

—¿Terminó de leerlo, señor Hammett?

—No aún —dijo el hombre flaco con cierto fastidio—. Tengo otras prioridades.

—Trátelo bien, que pagó la fianza —sugirió Poynton ampliando la sonrisa—. En cualquier momento aparece. Es de esos que no tienen...

—Vergüenza.

—No quise decir eso.

—Yo sí —Hammett levantó la carpeta, la dejó caer—. ¿Sabes lo que ha hecho este tipo, no?

Donald Poynton meneó la cabeza.

—¿Has leído *El halcón maltés*?

—No, su novela no. Vi la película con Bogart.

Hammett se rascó la coronilla.

—Los ladrones de la Warner Bros. la filmaron tres veces y me pagaron una —recordó al pasar—. Estoy en juicio con esos miserables.

—¿Les puede ganar?

—Hay que intentarlo, Donald. Me vendría muy bien ese dinero.

—Supongo. ¿Y este tipo, el del cuento, también le robó algo?

—Sí, no... —Hammett vaciló—. A su manera. En *El halcón maltés* hay una historia que no aparece en la película, algo que Spade, Bogart digamos, le cuenta a la chica como una anécdota personal, algo que le pasó, que deben ser dos páginas del libro, no más. Y este tipo ha tomado eso para convertirlo en una historia larga.

—Sin su permiso.

—Claro.

—Pero se la muestra a usted, señor Hammett. No la publica sin que usted sepa, como si fuera toda suya. Me parece que es un admirador.

—Eso me dijo.

—Lo de las películas es diferente, supongo —y después de una pausa—. Trátelo bien.

El hombre flaco sonrió y recogió la carpeta, la golpeó contra el muslo y se la puso bajo el brazo:

—Buenas noches, Donald.

—Buenas noches, señor Hammett.

## 14. *La mano y el puño*

Al día siguiente, Dashiell Hammett estaba sentado, solo, en una de las reposeras de la galería. Fumaba contra la claridad transparente y el aire frío de la mañana mientras observaba, por encima de los anteojos apoyados en el extremo de la alfilada nariz, cómo el laborioso Donald, rodilla en tierra y máquina exterminadora en mano, se las ingeniaba para hacer cada vez más complicada la vida futura de hormigas y caracoles en los parterres del amplio jardín. Desde la separación de los Irongate, el cuidado de las plantas, que había sido preocupación habitual o tarea selecta y calificada de la exquisita Paulie, se había repartido espontáneamente entre los dos miembros del matrimonio Poynton. Linda se ocupaba de cuidar y reponer; Donald, de la represión sistemática de los depredadores.

—No les des tregua, campeón —lo alentó el hombre flaco.

Poynton puso en ángulo el pico de la máquina, bombeó a fondo el émbolo dos veces y las nubecitas de veneno amarillo cubrieron la tierra negra alrededor del macizo de flores encarnadas.

—Así, campeón, así —aprobó Hammett—. Dales abajo, Donald, a las costillas. Trabájalos, llévalos contra las cuerdas.

Poynton volvió apenas la cabeza para observar al hombre flaco con la carpeta del manuscrito en el regazo. Dio un par de bombazos más y se incorporó. Faltaban otros cuatro macizos. Calculó que tenía para otra media hora de trabajo antes de que Linda se asomara para avisar que era la hora del almuerzo.

—¿Cómo va esa lectura? —preguntó en voz alta.

Hammett hizo un gesto extendiendo el brazo hacia él y balanceando la mano con la palma hacia abajo, como un barco oscilante.

—Más o menos. Pero ya me falta poco.

—Apuesto a que voy a terminar mi trabajo antes que usted —dijo Donald y sonrió una vez más antes de volverse.

Hammett asintió con la cabeza. Lo observó alejarse con esa especial, admirable cadencia al caminar y con un suspiro recogió el manuscrito abandonado en el suelo.

Había suspendido la lectura cuando Flitcraft-Pierce devenido señor Ramírez le explicaba a Spade, en ese parador perdido de Oregon, qué lo había llevado a abandonar todo de un día para otro. Acababa de relatarle el consabido episodio de la viga desprendida de la obra en construcción que había caído a sus pies.

—No le hizo nada —dijo Spade.

—Me pasó rozando —Pierce dibujó el gesto con la palma que bajó vertical como una guillotina frente a sus ojos—, pero no me tocó. Igual sentí algo en la cara, como un pinchazo: al caer, la barra de hierro partió un par de baldosas y un pedacito saltó y se me clavó acá —se tocó la mejilla, cerca del pómulo derecho—. Sólo me levantó un pedazo pequeño de piel. Acá, ve... Fíjese.

Y se acariciaba casi con cariño la marca, el tajito blanco en la cara.

—¿Y qué más?

—Eso fue todo.

—¿Nada más que eso?

—No, claro que no. Como es natural, supongo, en estos casos, me quedé rígido de miedo. Pero en realidad el sentimiento era más de sobresalto que de miedo, de asombro más que de temor. No es fácil de explicar, incluso ahora, que ha pasado tanto tiempo. Pero fue como una revelación, como cuando uno se da cuenta de algo que estuvo siempre ahí pero que no le prestaba atención.

El tono de voz de Charles Pierce había cambiado. Las palabras, las frases habían comenzado a espaciarse, como en un conjuro.

—Lo que sentí, Spade —dijo después de un momento—, es como si alguien

hubiera alzado la tapa que cubre el devenir de la vida, permitiéndome ver el mecanismo.

—No entiendo.

Pierce meneó la cabeza con benevolencia y volvió sobre la idea dando un rodeo:

—Piense: yo había sido siempre un buen ciudadano, un buen esposo y un buen padre, Spade. Hice los deberes, digamos. Y no porque nadie me obligara, sino porque es lo que sentía, lo que creía que naturalmente correspondía hacer. Nunca me he sentido cómodo en disidencia, no sé si me entiende: siempre me sentí mejor cuando obraba de acuerdo con lo común y era aceptado en mi ambiente. Supongo que es porque me habían educado de esa manera, como a todos. Toda la gente que me rodeaba era y es como era yo, Spade. La vida siempre la había concebido, hasta entonces, como un asunto limpio, ordenado, cuerdo y responsable, un camino que recorrer con reglas claras. Y de pronto, en un instante, esa viga desprendida me estaba demostrando que la vida no era necesariamente ninguna de esas cosas.

Se quedó mirando a Spade como si esperara el efecto de sus palabras.

El detective, a falta de otra opción más demostrativa, asintió porque supo que era lo que Pierce esperaba. Él también, aunque no soliera reconocerlo, estaba más cómodo cuando asentía. O asentía para sentirse más cómodo.

—Yo, un buen ciudadano, un buen esposo, un buen padre —enumeró Pierce como si exhibiera fotos de un álbum que lo mostraba en funciones—, todo eso podía haber sido borrado del mundo en el trayecto que va desde mi oficina al restaurante por la simple irrupción de una viga desprendida. ¿Entiende a lo que voy? Comprendí entonces que los hombres vivimos por azar y sólo mientras la ciega casualidad nos respeta.

El detective parpadeó como signo mínimo de asentimiento. Había algo de excesivo, de extremadamente armado en la explicación del señor Ramírez que había sido Pierce y contaba lo que le había pasado a Flitcraft. Su última frase parecía la cita de un par de versos famosos o al menos algo que había dicho alguien que lo había pensado bien.

—Pero no fue descubrir la supuesta injusticia de todo esto lo que me perturbó —y la voz de Pierce se sosegó en un aire confidencial, tras la solemne declaración anterior—. Lo acepté como una evidencia, Spade, lo vi clarísimo

apenas me repuse de la primera conmoción. Lo que sí me inquietó fue descubrir que al ordenar mis asuntos tan prolijamente había marchado en desacuerdo, no en armonía, con la vida. ¿Me entiende lo que le digo? —y estiró la mano para sujetarlo, como si temiera perder un testigo ante la inminencia de su descubrimiento esencial—. Lo que pasaba no era una desgracia ni una suerte. Era, simplemente, siempre así. El error era considerar la vida de otra manera. Lo vi muy claramente. Y así fue: antes de alejarme veinte pasos del lugar donde había caído la viga que no me tocó por centímetros, comprendí que nunca volvería a conocer la paz hasta no haber, cómo decirlo, Spade... —y eligió las palabras como quien introduce la mano vacilante en una caja de bombones—. No tendría paz hasta no haber ajustado mi conducta, acomodado mi modo de vivir a este nuevo vislumbre de la esencia de la vida.

Charles Pierce calló abrupta, casi teatralmente, y miró a Spade con extrema intensidad. El detective, a modo de tácita respuesta, extrajo con movimiento rápido la petaca y moviéndola a ras de la mesa llenó ambos vasos. Empinó el suyo. Charles Pierce lo acompañó inclinándose, casi sin despegar el vaso de la superficie de la mesa. Tomó un leve sorbo y pestañeó:

—Hace años que no bebo.

—Siga, ¿qué pasó después?

—Cuando terminé mi almuerzo ya había encontrado la forma de ajustar mi conducta a lo que la vida es en realidad, Spade. Mi vida podía haber concluido por el azar de una viga caída; así que yo la cambiaría viviendo al azar. Dejaría todo y empezaría de nuevo, cada vez, cada día, al azar de lo que se presentara: nada de planes, nada de organizar un futuro que no nos pertenece...

Y al declamarlo, Charles Pierce separó los brazos, abarcó con el gesto un contexto mucho más amplio que ese bar de carretera, incluso que ese espacio abierto y semidesierto en el que se encontraban sin reconocerse demasiado.

—Nada nos ata sino la costumbre —concluyó como la consecuencia lógica de ese amplio gesto mudo—. Porque yo amaba a mi familia, Spade, pero sabía que la dejaba con recursos suficientes y sabía que mi amor por ellos no era de los del tipo que harían penosa mi ausencia.

—¿Qué hizo?

—Me fui esa misma tarde a Seattle; y en barco, a San Francisco al día siguiente. Fue ahí que conseguí una nueva identidad. Todo es posible en el barrio chino.

Después de un tiempo en San Francisco me subí como tripulante a un vapor que hacía la ruta del Pacífico, *La Paloma*.

—Lo conozco, solía hacer la ruta de Hong Kong.

—Me daba lo mismo, no elegí cuando me embarqué. Pero el destino fue que terminara rumbo a América del Sur. De todos modos, el Pacífico Sur y las islas de la Polinesia me resultaban un destino excesivo, demasiado literario. Durante cinco años estuve vagando por distintos lugares del continente, por eso no me cuesta hablar en español. Hasta que volví y me orienté de nuevo hacia esa zona del noroeste. Hace dos años me instalé en Spokane y me casé. Lo demás ya lo sabe.

—¿Y por qué se volvió?

Pierce tardó en contestar y por el desplazamiento de la pupila de sus ojos inmóviles Spade advirtió que seguía el recorrido de los policías hacia la salida. Cuando se escuchó el ruido de la puerta, la mirada de Pierce volvió hacia él.

—Leí bastante en esa época, tenía mucho tiempo libre —dijo imprevista, relajadamente—. ¿Usted lee, Spade?

—¿Qué quiere decir?

—Leer novelas, libros, esas cosas...

—Estuve encerrado un tiempo. No preso, hospitalizado; y había una biblioteca. Pero no me acuerdo los títulos ni los autores: *Huckleberry Finn*, *El escarabajo de oro*...

—Hay un cuento de Hawthorne...

—¿De quién?

—De Nathaniel Hawthorne.

Spade meneó la cabeza.

—No sé quién es.

—El cuento se llama *Wakefield*, es bastante famoso.

—No lo conozco. ¿Qué tiene que ver?

—No importa. Me preguntó por qué me volví tan cerca de donde había partido... La curiosidad, tal vez. A todos nos gustaría saber qué va a pasar cuando nos muramos, qué dirán de nosotros, cómo seguirá la vida. Nos gustaría estar ahí para enterarnos...

Hammett levantó la mirada del texto y se dirigió a Poynton, que tras espolvorear con veneno las plantas del cantero más cercano a la casa se había

sentado en el segundo escalón de madera del porche y manipulaba el motor de la cortadora de césped.

—¿Te suena el nombre Wakefield, Donald?

—¿Qué categoría?

—No es un boxeador. Es un cuento.

—¿Lo escribió usted, señor Hammett?

—Ojalá. Es de Nathaniel Hawthorne.

—¿De quién?

—De Hawthorne; pero olvídale, no importa. Es un cuento extraordinario.

Un tipo que de un día para otro, sin motivo aparente, desaparece de su hogar y vive secretamente, durante veinte años o más, a la vuelta de su casa. Desde ahí observa a su mujer, la mira vivir sin que ella lo sepa. Hasta que un día, así como se fue, regresa. Y todo sigue.

—¿Y entonces?

—Eso es todo.

—¿Qué quiere decir?

—¿Cómo qué quiere decir?

—Claro. ¿Por qué lo hizo?

—Lo hizo y ya está. No sabemos, Hawthorne no lo explica o no lo sabe o finge no saberlo.

Poynton estuvo unos segundos pensativo mientras trataba de hacer arrancar el motor, que respondía apenas para volver a detenerse.

—No me gusta —volvió a decir; y era una afirmación en general.

—Pero te gustaría colarte en tu funeral... —dijo Hammett sin transición.

—¿En dónde?

El trepidar del motor cubría toda posible conversación.

—Olvídale —gritó el hombre flaco y volvió a la lectura.

Spade se echó para atrás y observó al señor Ramírez como si lo midiera, tal vez para comprarlo barato, tal vez para enterrarlo holgado.

—Pero usted vino, volvió a Spokane a espiar...

—Usted sabe que no lo hice, Spade.

—No lo sé. ¿No vino a extorsionar a Fully Pockett cuando se enteró de que su mujer estaba con él?

—¿Yo? Me acabo de enterar ahora. Además, ¿qué sentido tendría? Acaso el que me descubrió en Spokane y fue con el cuento a Tacoma... Tal vez haya sido ése quien le fue con el soplo a Alice.

De repente el señor Ramírez calló, en realidad pareció reparar en algo que hasta ese momento le había resultado inadvertido:

—¿Qué hacemos acá? ¿Esperamos a alguien o algo? Deme el dinero y déjeme ir.

—Vendrán a buscarlo, señor Ramírez. Quieren asegurarse de que se vaya y esta vez no vuelva.

—Y usted, qué papel hace.

—Yo no cobro hasta que no lo entregue. Así que, como dicen los médicos al salir del cuarto del enfermo en las novelas sentimentales, “sólo nos cabe esperar”.

Spade miró su reloj y se asomó estirando el cuello a la anodina carretera.

—¿No es tarde? —dijo el señor Ramírez.

—Todavía no. ¿Por qué no me sigue contando por dónde anduvo?

—¿Adónde me quieren mandar?

—No sé adónde lo llevarán. Puede que lo embarquen en New Orleans, o que lo suban a un avión en Los Ángeles... No sé. Yo no compré el billete a ninguna parte. Así me dijeron: un billete a ninguna parte.

—Suena bastante ominoso.

Spade hizo como si no escuchara:

—¿Qué hizo durante esos cinco años?

El señor Ramírez se frotó levemente la pequeña cicatriz en la ceja:

—Es una historia larga —dijo finalmente—. Fíjese que puedo hablar con fluidez el español. Estuve todo ese tiempo en América del Sur.

—Suena prometedor. Pero estábamos en *La Paloma*...

El otro se echó hacia atrás, casi desalentado.

—A bordo de *La Paloma*, sí —hizo un leve gesto con el vaso y Spade se lo llenó por la mitad con un rápido golpe de muñeca, casi sin desnudar la evasiva petaca de whisky—. Navegamos durante cuatro meses hacia el sur, por la costa.

Conocí Acapulco, Panamá, otros puertos del istmo; después tocamos Guayaquil, y me quedé en Valparaíso. Estuve casi un año viviendo en Chile, una casa de madera de colores colgada de las montañas, frente al mar, Spade, pero me volví a embarcar.

—¿Otra viga, un aluvión?

Pierce meneó la cabeza:

—No fue necesario. Quería llegar a África; pero no llegué, ya va a ver. Estuve en Punta Arenas, en el extremo sur, y después cruzamos el estrecho, una travesía, y subimos hacia Montevideo. Pero a bordo hubo epidemia, me enfermé de difteria y, aunque me resistí, me desembarcaron junto con varios más en Buenos Aires. Estuve internado cinco semanas en el Hospital Británico. Al final me quedé cinco años en la Argentina.

—¿Cinco años? ¿Y qué hacía?

—Nada en especial. Vivía, pasaba el tiempo... Es un país muy raro.

Spade no parecía dispuesto a enterarse de los detalles pero el señor Ramírez tenía algo más que decir. Probablemente había hablado muy pocas veces de estas cosas en los últimos años.

—Es un país muy raro —repitió un par de tonos más abajo; se escuchaba a sí mismo, esperaba oír su propia voz para poder seguir, como si se glosara—: Un compañero de habitación en el hospital me ofreció trabajar con él en una empresa de importación y exportación cuando saliéramos. Y acepté, y me gustó Buenos Aires. No me imaginaba una ciudad así, tan grande, tan moderna, con subterráneo, mucha vida nocturna. Una noche fuimos al cine y daban *Los cuatro jinetes del Apocalipsis*, la primera de Rodolfo Valentino. Cuando aparece vestido de gaucho en un bar y baila el tango la gente tiraba de todo contra la pantalla.

—¿Por qué?

—El tango no es así, los gauchos tampoco son así. No hay gauchos en Buenos Aires.

—¿Hay gauchos en alguna parte?

El señor Ramírez meneó la cabeza.

—Yo, al menos, no los vi. Pensé que los vería cuando viajé por tren a Rosario, pero tampoco. No hay gauchos, los mataron a todos en las guerras.

—¿Qué guerras?

—No sé. Entre ellos, supongo. Al menos eso dicen. Se han pasado mucho

tiempo en eso, pero ahora Buenos Aires es una ciudad moderna y me hubiera quedado ahí. Estaba bien.

—¿Y qué pasó? ¿Otra vez una viga?

—No. Me tuve que ir después de trenzarme con la policía cuando fue la pelea de Dempsey con Firpo, el Toro Salvaje, un crédito de allá. Fue en la primavera del 23. La gente se reunía frente a las carteleras de los diarios para seguir el combate y pusieron altoparlantes en las calles, para escuchar en directo la transmisión de radio. No se oía demasiado, por las descargas eléctricas. Y ahí fue, cuando Firpo lo saca a Jack del ring, que los argentinos creyeron que el Toro había ganado y hubo un gran alboroto, todos festejaban. Pero después Jack volvió y le dio una paliza a Firpo. Yo estaba solo, ahí, en medio de la multitud. No sé qué dije en inglés o festejé que se me acercaron dos policías y me llevaron a palazos a una seccional. Me tuvieron dos días detenido por provocar un desorden en la vía pública... Apenas salí me tomé un tren a Rosario, un puerto sobre el río Paraná. Me quedé casi tres años ahí.

—Pero al final volvió —dijo Spade mientras se daba vuelta, en apariencia distraído.

—Empecé a volver casi sin darme cuenta. No supe, en realidad, que lo hacía. Uno nunca sabe...

—Cállese.

El detective lo interrumpió con un gesto que le pedía silencio mientras se ponía de pie, el oído alerta al rumor de un motor cercano, la vista fija en la ventana del bar que daba al frente y más allá al desierto. Pierce lo miraba sin saber a qué atenerse.

—Métase debajo de la mesa —dijo Spade entre dientes.

Los dos policías habían regresado en su coche negro y estacionaban muy cerca de la puerta. Pero esta vez no estaban solos. Se bajaron del vehículo en medio del polvo rojo que volaba, caminaron los últimos metros bajo el sol y entraron al bar lentamente, sacudiéndose la ropa oscura. El hombre enjuto que estaba con ellos se sacó el sombrero hongo y entró también como deslumbrado por el contraste con la luz exterior.

—Es Pockett —alcanzó a decir Pierce apenas asomado, y se retrajo, un ovillo bajo la mesa.

—Cuando yo los distraiga, vaya al lavabo y salte por la ventana —le murmuró

Spade.

Después dio dos, tres vigorosos pasos al frente y encaró al grupo.

—¿Lo han encontrado? —dijo en voz alta mirando hacia afuera.

Nadie contestó.

—¡Ahí! —gritó sin dejar de caminar.

Los policías se detuvieron en seco; Pockett volvió la cabeza a la ventana.

Spade con movimiento rápido sacó su arma, pasó gritando junto a ellos y disparó hacia afuera un par de veces a través del cristal de la puerta. Todos se volvieron cuando los vidrios saltaron. Los policías sacaron sus armas mientras Mr. Pockett se arrojaba al suelo del bar.

Spade volvió a disparar, salió de un salto por la puerta destrozada y corrió bajo el sol hacia su coche.

—¡Pierce! —le gritó a la nada.

Vio de reojo que el señor Ramírez se asomaba por la parte posterior del New Praga Motel, y entonces, volviéndose apenas, disparó dos veces más hacia atrás, contra las vidrieras del bar, que se desplomaron con estrépito.

—¡Corra, corra ahora! —gritó.

El señor Ramírez se deslizó agazapado junto a la pared exterior del bar y Spade alcanzó a ver que tenía el arma en la mano.

—¡A las gomas, a las gomas, Pierce!

Hubo un par de disparos desde el interior del bar que Spade repelió sin apuntar, ya desde dentro de su coche en marcha.

—¡A las gomas! —volvió a gritar.

El señor Ramírez apuntó cuidadosamente y tras cuatro disparos sucesivos consiguió inutilizar el coche policial mientras los agentes no lograban salir del bar, jaqueados por el fuego de Spade. Después corrió agazapado entre balas que picaban cerca de su cuerpo levantando nubecitas de polvo y se zambulló en el asiento delantero del coche en marcha mientras arreciaba la balacera.

—Nos vamos —dijo Spade cerrando la puerta por encima del cuerpo acostado del otro.

Pierce contestó con un gemido.

El detective se encogió en el asiento, puso reversa y giró todo el volante en dirección al camino, después cambió de marcha, aceleró, y el coche comenzó a alejarse levantando un espeso polvo rojizo que el viento dispersaba con rapidez.

Avanzaron doscientos metros y Spade, al volver la cabeza, no vio movimiento en el Motel. Nadie los perseguía. Entonces, sin soltar el volante, se inclinó sobre Pierce, volcado boca abajo sobre el asiento. Lo dio vuelta con dificultad. Tenía los ojos abiertos, fijos en nada, y la boca torcida. Un hilo de sangre le corría desde atrás de la oreja derecha y bajaba sucio por la tintura del pelo teñido.

### III

La enfermera golpeó dos veces e inmediatamente abrió la puerta:

—Tiene visitas, señor Landucci —dijo asomándose.

—Un momento.

Buddy metió la mano bajo la almohada, empuñó el revólver y ocultó el brazo armado bajo la sábana:

—Adelante.

Sam Spade irrumpió en la habitación con una sonrisa y una mano levantada en señal de paz y entrega:

—Tranquilo, Buddy —dijo al verlo tenso y alerta—. Y guarda eso, que vengo solo.

Landucci suspiró hondo, se pasó el dorso de la mano por la frente sudorosa y volvió a esconder el revólver bajo la almohada.

—¿Cómo fue todo, Sam? ¿Qué pasó? —dijo con el entrecejo fruncido.

El aspecto de Spade era deplorable. La barba crecida, el nudo de la corbata flojo, el traje oscuro cubierto de polvo, los zapatos con costras de barro seco. Dejó el sombrero y un maletín que traía sobre la única silla y se sentó en la cama vacía, al lado de la de Buddy:

—Todo bien, muchacho. Sólo me falta hacer un par de llamadas telefónicas. ¿Estás listo para partir?

—Todavía me duele —Landucci apartó la sábana, señaló el vendaje que le cubría la cintura—, aunque mañana me dan el alta...

El muchacho lo dijo sin alegría pero Spade hizo como si no entendiera y redobló la apuesta:

—Nos vamos hoy.

—¿Adónde? Ya sabes cómo son esos bastardos que me mandó la zorra. Donde me vean me matarán. Supieron cómo encontrarme. Tuve suerte esta vez de que me dieron por muerto, pero al enterarse de que sobreviví, volverán.

—Te irás lejos, serás otro —y le dio unos golpecitos al maletín—. Te he conseguido un boleto hacia ninguna parte. Pero eso sí: apúrate, mueve el culo —miró su reloj—. A las nueve de la noche debemos estar en el muelle de pasajeros de la Dársena H, en Seattle.

—¿Adónde iremos?

—Adónde irás tú. No sé, pero lejos y seguro. Éstos te quieren vivo, no muerto.

—¿Y Pierce?

Spade cerró los ojos por toda respuesta.

—¿Muerto?

El detective asintió.

—Pero nadie lo sabe ni lo sabrá —agregó en voz baja—. Vamos, acá tengo ropa y documentos nuevos para ti. Apúrate, que hago un par de llamadas y vuelvo a buscarte.

Dejó el maletín sobre la cama del sorprendido Buddy Landucci y salió de la habitación.

El teléfono sonó apenas dos veces. La mujer, una vez más, atendió y no dijo otra cosa sino su nombre.

—Señora, soy Spade —dijo el detective con voz serena—. Todo está bajo control, Charles está conmigo. Y está bien. Hubo interferencias en el New Praga Motel, como se habrá enterado, pero estará sin falta en la cita alternativa que acordamos. Lo llevaré yo, personalmente. No confío en nadie más después de lo que pasó ayer.

Spade hizo silencio y esperó algún tipo de respuesta. Sólo el silencio. Después de unos segundos oyó el sonido del auricular que cortaba la comunicación.

Suspiró hondo, apoyó el dedo índice en la horquilla y, tras soltarla, volvió a discar. Ahora tardaron incluso mucho menos en atender.

—Barry, soy Spade —dijo una vez más—. Todo está en orden.

—Queremos verlo antes —le dijeron.

—Lo verán en el muelle, está bien pero no se lo puede mover mucho. Hubieran llegado a tiempo ayer.

—Hubo problemas.

—Más los tuve yo. Y hubo gastos extra. Quiero cinco de los grandes o lo suelto frente a la alcaldía de Tacoma y no cobra nadie.

Se hizo un silencio prolongado. Hubo consultas.

—De acuerdo. A las nueve en el muelle.

—Cinco de los grandes.

—De acuerdo. Cinco mil, a las nueve.

—Hecho.

Y cortó.

#### IV

Durante el viaje a Seattle, Spade no dejó de hablar. Incluso cuando Buddy, disfrazado a las apuradas de señor Ramírez, incómodo con ropas prestadas y un teñido improvisado, atontado por el dolor residual y los calmantes, se dejaba llevar en el tobogán del sueño, el detective siguió haciéndole la crónica más o menos verídica de lo que habían sido esos dos últimos días. Era una manera de mantenerse despierto, además. Hacía más de treinta horas que no dormía y la excitación acumulada le impedía relajarse, tomar distancia de todo lo que había vivido.

Como recordaría luego por muchos años, acaso esas veinte o treinta millas que recorrió por los desangelados caminos del este de Oregon pensando una salida, buscando encontrar un lugar donde desprenderse de un cadáver en medio de una tormenta de tierra bajo el sol, habían resultado el camino más largo de su vida. Finalmente eligió menos que un camino, apenas una huella vecinal, y se desvió hacia el sur. Anduvo hasta encontrar un bosquecito en donde pudo desnudar el cadáver y meterlo casi a presión en la cajuela. Después no volvió a la ruta. Siguió adelante y tras una hora de marcha en una zona desolada llegó al borde de un cañadón por el que corría encajonado un arroyo rápido y profundo de no más de tres metros de ancho. Escondió el coche entre unos arbustos de la posible, improbable mirada desde la huella, se bajó, arrastró el cadáver hasta el borde, lo empujó para que rodara hasta el fondo y bajó después tras él. Fue y volvió media docena de veces con gasolina sacada con un trapo del tanque del coche y después, tras cubrir el cuerpo con ramas secas, lo incendió. El viento hizo su trabajo, avivó las llamas y dispersó el humo. Tuvo la paciencia de esperar, y de pensar en medio del horror. Al cabo de dos horas, supo que tenía un plan. Con el cuerpo casi consumido, lo empujó hacia el lecho del arroyo, en la parte más profunda, que apenas si lo tapaba, y se peló las manos arrastrando pesadas rocas para que lo

cubrieran, lo sujetaran contra el fondo. Cuando terminó su tarea, atardecía.

Acaso haya sido la brusca interrupción del sonido homogéneo de la cortadora de césped, acaso el desagrado que le produjo la última imagen; lo cierto es que Hammett apartó una vez más el manuscrito, lo dejó a un costado y se levantó de la reposera, desperezándose. Poynton, ajeno a sus movimientos, había vuelto a poner en marcha la máquina y avanzaba hacia los confines del parque. Hammett fue tras él, le habló a sus espaldas:

—El cine y la mala literatura confunden a la gente, Donald. Acabo de leer una escena absolutamente inverosímil.

Poynton apagó la máquina y se volvió:

—¿Qué?

—¿Cuántas balas cree la gente que puede disparar un revólver? —preguntó retóricamente Hammett.

—¿Seis?

—Ja. Ojalá: no menos de una docena —el hombre flaco parecía tomarse el tema como una cuestión personal—. Y lo más gracioso es la facilidad con que manipulan un cadáver y se deshacen de él. Nunca es tan simple.

—No, supongo que no. Al menos, con... —y completó el concepto con un gesto vago dirigido al bosque.

Hammett asintió con la cabeza.

—La cuestión es que tu joven fiador ha leído y visto demasiado pero conoce poco.

—¿Tan malo es?

—No precisamente: es peor. Porque, como le expliqué alguna vez a Lillian: no es todo lo bueno que podría, me parece.

Donald Poynton meneó la cabeza:

—Termínelo, señor Hammett, que quiero leerlo yo también antes de que lo veamos —y encendió la cortadora de césped.

El hombre flaco rehízo el camino de regreso a la galería y retomó la lectura del último tramo de la historia de Spade, del cadáver de Pierce y de los apuros del disfrazado Buddy Landucci.

Spade volvió al coche y aprovechando la noche de purísima luna llena no necesitó ni quiso encender las luces hasta que la huella lo dejó en otra ruta. No sabía dónde estaba pero eligió una dirección que supuso opuesta a la que originalmente había tomado al huir. Tras media hora de marcha supo que estaba a tres millas de Tomahawk, y eso era bueno: él había escapado en dirección a Fort Nobody. Siguió adelante, dejó el coche a la entrada del pueblo y entró al bar del único hotel sobre la calle principal con su maletín por todo equipaje. No se veía movimiento de policías. Cenó el plato del día y tras el café utilizó el teléfono público. Llamó a sus clientes y sin dar a conocer el lugar donde estaba explicó a los que ya deberían saberlo que alguien había soplado la cita, que él y Pierce se habían salvado por los pelos y que si no le ratificaban la cita alternativa iría a la policía pues no tenía nada más que perder. Le dijeron que sí, y que llamara por la mañana, como si fuera una puta oficina. Les echó una maldición y colgó.

Volvió a su coche, cargó gasolina y condujo durante toda la noche hasta Tacoma.

—No sabía si todavía te iba a encontrar en el hospital, Buddy —le explicó a su adormilado acompañante—. Y ahora despábilate que tenemos que repasar el libreto.

Buddy asintió. Repitió su nombre y el de sus mujeres e hijos, su número de carnet de identidad y la última dirección en Spokane.

—No me parezco demasiado a Pierce —dijo con el documento en la mano—. Soy más joven y más gordo.

—Eso no importa: lo fundamental es que ambos se parecen bastante al señor Ramírez. Y ellos, que nunca vieron a Flitcraft, no conocen a Pierce sino en fotos viejas y saben que vas a estar disfrazado. No tienes que ocultar que eres un impostor. Es parte del asunto que lo seas.

—No entiendo del todo.

—No importa: eso es lo único que sirve. Di “Buenas noches, caballeros”.

—“Buenas noches, caballeros”.

—Muy bien, Buddy. Piensa que en dos horas estarás fuera de peligro y con mil dólares en la mano.

—¿Quién me los dará?

—Un oficial de a bordo, en altamar. Quieren asegurarse de que Flitcraft-Pierce-Ramírez no se quede en tierra...

—No va a funcionar.

—Sí, funcionará, Buddy. ¿Sabes por qué? Porque todos necesitan que tú subas a ese barco para cobrar.

—Incluso tú.

—Por supuesto.

Buddy Landucci miró por la ventanilla. Las luces de los suburbios de Seattle punteaban en retroceso mientras la noche avanzaba apresurada en sentido contrario. Le dolía todavía la sutura en la entrepierna. ¿Adónde le habría dolido de últimas a Pierce?

—¿Cómo murió?

—Dejó de respirar —dijo Spade sin volverse—. Y tú, no te distraigas. Es lo único que tienes que hacer ahora: respirar.

Buddy, conscientemente, obedeció.

Cuando llegaron al puerto, Spade condujo hasta el acceso al muelle H, apenas iluminado por un farol amarillento. Atrás, la figura del vapor se recortaba en negro contra la incipiente neblina que se levantaba de las aguas planchadas como aceite. La noche se llenó con el sonido espeso y grave de la sirena del barco, anunciando su primera llamada.

El *Cayena* no era un buque de pasajeros sino un transporte de carga. Mientras las grúas ultimaban el traslado de los bultos del muelle a las bodegas, no más de una docena de heterogéneos pasajeros esperaba el momento del acceso al barco junto a la escalerilla flanqueada por un oficial y un marinero.

Spade se bajó solo del coche y caminó hacia los dos vehículos que esperaban enfilados y con las luces encendidas en el otro extremo del muelle. Un hombre corpulento de sombrero claro abrió la portezuela del primero de los coches y caminó hacia el detective; Spade advirtió que había por lo menos dos hombres más a bordo.

—Hola, Sam —dijo el hombre corpulento con familiaridad—. ¿Trajiste al pájaro?

El detective asintió:

—Ahí lo tengo, Barry.

Barry Turtle sonrió. Era el segundo jefe de la agencia en Tacoma, pero a los efectos del trabajo que tenían entre manos era como si no lo fuera. Ni el coche ni las armas que portaban eran las habituales; lo que estaba sucediendo, una vez que terminara, no habría pasado nunca.

—Buen trabajo —dijo.

—Más o menos. ¿Quién me paga?

—Burnett —dijo Barry—. Pero vas a tener que traerlo hasta acá. ¿Puede caminar?

—Mejor que tú, pero le duele. Vengan ustedes, mejor.

Barry pareció no escuchar.

—¿Y Pockett? —dijo como al pasar.

Spade se encogió de hombros:

—Eso lo debería preguntar yo, Barry. Se suponía que ustedes lo tenían controlado y se me apareció en el motel. Y ya vieron lo que hizo. Si vuelve no será porque yo lo traje pegado. Terminemos con esto de una vez. Vengan conmigo a recogerlo, y traigan el dinero.

Barry se volvió hacia el coche e hizo una seña. Un individuo enjuto, con sombrero bombín negro, descendió por la puerta trasera. Spade reconoció a Phil Burnett, el hombre que siempre había sido el intermediario en los contactos con Mrs. Flitcraft. Se saludaron apenas.

—Vamos ya —dijo Spade; se dio vuelta y se largó a caminar hacia su coche.

Barry y Burnett lo siguieron.

En ese momento, el otro coche se puso en marcha y avanzó detrás de ellos, con los faros encendidos y manteniendo la distancia. Como si les iluminara el camino a lo largo del muelle.

La sirena del vapor hizo un nuevo llamado.

Spade se acercó a su coche y se asomó por la ventanilla del conductor:

—Vamos, señor Ramírez, es la hora.

Buddy Landucci lo miró un momento con ojos mortecinos y luego, tras aspirar y contener el aire como si fuera a arrojarlo a una piscina, abrió por sí mismo la

portezuela y salió a la noche.

—Tú, tranquilo —dijo Spade sosteniéndolo por el brazo—. Te duele mucho y hablas lo mínimo.

Caminaron lentamente pero sin vacilar. La luz de los faros les daba en la cara, prolongaba sus sombras hasta que se diluían en la vasta oscuridad, a sus espaldas. Llegaron ante los que los aguardaban con las manos enterradas en los bolsillos y se detuvieron.

—*Ecce homo* —dijo Spade.

—¿Qué?

—Es latín —dijo Burnett.

—Es tarde —dijo Spade, y extendió la mano.

—Hay tiempo, Sam —dijo Barry moviendo el puño dentro del bolsillo del abrigo—. Además —y señaló con leve cabeceo el coche de atrás—, la señora quiere echarle una ojeada antes. Dámelo que se lo llevo.

—Ni lo pienses.

Rápidamente Spade sacó su pistola, tomó al señor Ramírez por el codo y de un tirón lo colocó detrás de sí mientras les apuntaba.

—¿Cómo sé que no está Pockett en el coche? —y después, en voz alta hacia la noche—: ¡Mrs. Flitcraft! ¿Está usted ahí?

Luego de unos segundos de silencio se oyó el sonido de la puerta del coche al abrirse.

—Aquí estoy, señor Spade.

—¿No está Fully Pockett con usted?

—Estoy sola.

La mujer caminó unos pasos y entró en la zona iluminada. Estaban a tres metros. Spade no bajó el revólver.

—Charles —dijo ella.

—Hola, Alice —dijo el señor Ramírez en inglés, apenas asomado tras la espalda de Spade—. Tanto tiempo.

—Tanto tiempo —confirmó ella.

Su mirada fija y extrañamente inexpresiva parecía observar la escena como si fuera la representación de un sueño, tan nítido como inexplicable.

—No confío en ellos, Mrs. Flitcraft —dijo Spade moviendo el revólver.

La sirena del *Cayena* volvió a sonar.

Ella se volvió hacia Burnett:

—Deles lo convenido, Phil. Y nada de disparos.

—Sí señora.

Burnett metió la mano en el bolsillo interior de su abrigo y sacó dos sobres.

Spade los recibió con la mano izquierda, sin dejar de apuntarles. Entreabrió el más voluminoso y tras echarle una ojeada se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

—Ahora baje el arma, por favor —dijo Mrs. Flitcraft—. Díselo, Charles.

—Haga lo que Alice pide, Spade —dijo él.

—Cállese.

El detective estiró la mano hacia atrás para que el otro tomara su sobre.

—Fíjese si está todo y váyase. Rápido y sin volverse.

Buddy Landucci verificó el pasaje a Yokohama a nombre de Francisco Ramírez y tras una levisima mirada a su alrededor se alejó cojeando hacia la escalerilla de acceso a cubierta del *Cayena*. La mujer y los tres hombres, inmóviles, iluminados por la luz de los coches, parecían esperar la caída del telón.

Recién cuando los marineros recogieron la escalerilla y el barco soltó amarras y empezó a deslizarse lentamente hacia el centro de la dársena los personajes se movieron y Sam Spade bajó el arma.

—Pagarás por esto, Sam —dijo Barry Turtle entre dientes.

—Sólo fui más rápido —dijo el detective golpeándole con el caño de su revólver el bolsillo donde todavía abultaba la mano armada del otro—. Y tenía, tengo todavía, razones para sospechar de ustedes.

Recién entonces guardó su arma y dio un largo suspiro:

—Por suerte todo ha terminado felizmente. ¿La llevo a casa, señora Flitcraft? —dijo volviéndose hacia ella.

La mujer lo miró un instante, bajó la mirada, meneó la cabeza y sin darle la mano se volvió a su coche y a la oscuridad.

La sirena del *Cayena* sonó por última vez, más lejana, a la salida del puerto.

A la una de la mañana la campanilla del teléfono hizo que el pulso de Sam Spade se alterara. Apenas lo suficiente como para que la ceniza de su Lucky Strike vacilara y cayera al vacío. Acababa de darse una ducha y con la bata de toalla a rayas grises y negras fumaba acodado en el balcón de cara a la noche tormentosa.

Dio una última pitada antes de arrojar el cigarrillo y, volviendo hacia la mesa de luz, se sentó en la cama y esperó que el teléfono sonara un par de veces más antes de atender.

Era ella.

—Voy a ser muy breve, señor Spade. Y será la última vez que hablemos porque es peligroso. Se imagina por qué no quise que me trajera a casa.

—Estaba Pockett en el coche.

—Sí. Fueron a matar a Charles. Gracias por lo que hizo.

—Pero usted sabe que ese hombre no...

Hubo un silencio breve.

—No importa lo que usted y yo sabemos. Importa lo que ellos creen.

—Señora...

—Imagino que hizo lo que pudo, Spade. Cuídese. Esto no termina aquí. Gracias. Y cortó la comunicación.

Spade quedó con la mirada fija en el aparato; luego, lentamente apretó la horquilla y colgó el auricular. Estuvo durante un par de minutos sentado en la cama, inmóvil. Después encendió un cigarrillo y dio unos pasos de regreso al balcón hasta que creyó oír ruidos en el pasillo y se detuvo en seco. Entonces regresó de puntillas, apagó el velador, sacó el revólver del cajón de la mesa de luz y volvió sobre sus pasos hasta la puerta de la habitación. Permaneció con la oreja pegada a la puerta, con el arma amartillada, hasta que el sonido se diluyó en el final de la escalera. Recién entonces, al bajar el revólver, notó que la transpiración corría imparable bajo la bata y que su pecho subía y bajaba agitado: con el cigarrillo apretado entre los labios, había estado conteniendo la respiración hasta el borde de la asfixia.

Entonces se secó la frente con la manga de la bata, encendió la luz general del cuarto, tiró el revólver sobre la cama y empezó a meter sus cosas desordenadamente en la maleta.

Diez minutos después, soslayando su coche estacionado frente a la puerta, tomaba un taxi a la estación de trenes.

Una semana más tarde, el veterano cartero se bajó de la bicicleta y golpeó las manos con poco frecuente vigor en el número 12 de Washington Street N, la tercera casa más importante de Coolville, Montana, un pueblo que a la entrada

tenía un cartel revelador de su importancia: Pop 751. No eran frecuentes las novedades en Coolville, y menos aún que la solterona Nancy Freeman recibiera correspondencia.

Salió la pequeña Daisy. Y volvió con la noticia al interior:

—Hay un paquete del correo para la tía.

La caja liviana con matasellos de San Francisco no tenía remitente. Nancy la abrió. En el interior sólo había un sobre dirigido a su hermana Julie, que hacía un mes había llegado intempestivamente de Spokane, una vez más sin marido y esta vez sin dinero ni explicaciones.

—Tiene que ser de Charles —dijo Julie rasgando nerviosamente el sobre mientras su hermana la observaba con escepticismo.

No había ninguna carta adentro. Sólo diez billetes con el rostro de Benjamin Franklin y el anillo matrimonial de Charles Pierce.

Desde el vano de la puerta de la habitación, la pequeña Daisy vio que su madre volvía a guardar todo en el sobre y después de unos segundos, con la mirada fija en la ventana, comenzaba a llorar en silencio.

## V

La jovencísima Effie Perine golpeó el vidrio esmerilado que separaba la recepción donde tenía su escritorio de la flamante oficina privada de su jefe en el tercer piso del edificio Smart, en el boulevard costero de San Francisco.

—Hay una mujer que quiere verte, Sam.

Spade no apartó la mirada de la luminosa ventana que daba a la bahía:

—¿Archer no está?

—Te busca a ti.

—¿Quién es?

—No sé: viene de Seattle y quiere saber de alguien que se supone que tú conoces.

—¿Joven?

—Todavía.

Recién entonces Spade bajó los pies del borde del escritorio, giró su sillón y dio espaldas a los brillos de la luz matinal sobre la plancha metálica del Pacífico.

—Hazla pasar.

Se puso de pie y se alisó el pelo. Había un levísimo brillo de ansiedad en sus

ojos. Duró apenas un instante; la mujer que entró no era Mrs. Flitcraft ni nunca lo sería.

—Adelante, señora.

Vestida rigurosa y ajustadamente de negro, acaso demasiado pintada, la dama dio los buenos días desde la puerta y se contoneó hasta ofrecer su mano derecha para que Spade dejara un beso en ella como si se posara un ave de cetrería. Después depositó su elocuente trasero en el borde de la única silla frente al escritorio y dijo:

—Feliz de encontrarlo, señor Spade. Vengo de recorrer medio estado de Washington y todo indica que usted es una de las últimas personas que vio a mi esposo.

—¿Usted es?

—Patty Moth —y pestañeó, buscando un efecto que no llegó—. Patrizia Montolivo, la esposa de Buddy Landucci.

Spade asintió con apenas contenida admiración.

—Vaya —dijo echándose hacia atrás mientras fruncía el entrecejo—. Ha recorrido un largo camino, señora.

—Seguro.

La dama extrajo un largo cigarrillo de un bolso pequeño, negro e insondable. Spade se apresuró a encenderlo. La dama agradeció con un golpe de pestañas y echó humo hacia arriba en un ángulo de algo más de 45 grados.

—Las últimas noticias que tuve de Buddy fueron que le habían disparado hace cuatro meses mientras hacía una rutina de vigilancia en Spokane. Y me dicen que usted trabajaba con él en ese momento.

—Algo así: ocasionalmente juntos. Continúe, por favor.

Mientras la mujer hablaba, Spade acomodó distraídamente algunos papeles que se encimaban en desorden sobre la tapa de vidrio del escritorio. Había algún expediente, un par de facturas, varios sobres y un par de cartas. Una de ellas, con una llamativa estampilla japonesa que había llegado el día anterior con matasellos de Yokohama, fue a parar al fondo del primer cajón.

Patrizia Montolivo terminó la crónica incompleta elaborada a partir de los retazos de información recibidos más las aventuradas conjeturas propias.

—Buddy no tenía enemigos, señor Spade —concluyó con tono rotundo.

—A veces basta con los amigos. O con los parientes.

—¿Qué quiere decir? ¿Buddy le insinuó algo?

—Nunca me habló del tema. Sabía, o suponía que sabía, quién lo había baleado pero nunca me dijo de qué se trataba. ¿Usted lo sabe?

—Lo sospecho.

—Entonces está mejor que yo.

—Pero usted estuvo muy cerca.

—No. Es un caso extraordinario, señora —dijo Spade después de un momento—. Un auténtico misterio, lo de Buddy. Estaba internado y ya repuesto de su herida de bala cuando fui a verlo, la mañana anterior al día en que le darían el alta. Conocía su habitación, porque ya lo había visitado antes, así que llegué directamente. Cuando abrí la puerta encontré el cuarto vacío y la cama deshecha. Supuse que Buddy estaría en el lavabo. Golpeé la puerta y al no responderme la abrí; no había nadie tampoco allí, aunque el grifo goteaba aún y la toalla estaba húmeda. Volví a la habitación, abrí el pequeño armario y ya no estaban sus cosas. La ventana del cuarto tenía rejas pero igualmente me asomé: nada. Salí en busca de la enfermera y debí arrastrarla hasta la habitación para que me creyera: me dijo que había estado con él media hora antes, que estaba normal y de buen ánimo. Lo mismo me dijo la encargada de la limpieza. Preguntamos entre la gente que ocupaba las habitaciones inmediatas, sobre el mismo pasillo, pero a esa hora todo el mundo estaba dentro de las habitaciones y nadie lo había visto salir. No había recibido visitas y tampoco había salido nadie en la última hora del hospital en silla de ruedas o ambulancia.

—¿Qué pasó entonces, señor Spade? Otros dicen que no lo vieron más después de la visita de un hombre joven.

—No sé, puede ser —dijo casi sinceramente Spade—. Pero la verdad es ésa: desapareció, señora Montolivo, se desvaneció en el aire. Así —e hizo el gesto delante de su rostro—: como desaparece el puño al abrirse la mano.

La mujer se quedó mirándole la palma, como si hubiera algún misterio allí.

—Tiene hermosas manos, señor Spade —dijo de pronto.

Y en ese momento el detective tuvo perfectamente claro a qué se refería el lejano Buddy cuando hablaba de una zorra, una zorra genuina.

Hammett leyó la última línea, cerró la carpeta, dio una última pitada al cigarrillo y miró la hora. Sam Rosen no daba aún señales de vida. En

cualquier momento aparecería Linda malhumorada para avisar que el almuerzo estaba listo desde hacía quince minutos. Se puso de pie y llamó a Poynton un par de veces, infructuosamente. Ensimismado en su ruidosa tarea, el empeñoso custodio del parque no levantaba la mirada del césped. Cuando finalmente apagó la máquina por un momento, el hombre flaco agitó la carpeta por encima de su cabeza.

—Ven a comer, Donald —le gritó.

—Vaya usted, señor Hammett, me falta un poco más aún.

—Si no vienes ahora, te cuento el final de este pastiche infame.

—¿Qué es un pastiche?

Hammett meneó la cabeza y entró a la casa sin contestar.

Donald Poynton prosiguió con su trabajo. Sólo le restaba cortar la porción de césped más ralo e irregular, la que limitaba con el comienzo del pequeño bosquecito de hayas, una docena de árboles añosos, de los más viejos del parque, de tronco ancho y ramas descascaradas con brotes incipientes. Pero ésa era la tarea más incómoda porque tenía que esquivar —sin dañarlas— las raíces que se extendían por un par de metros a flor de tierra en la base de cada árbol. Además, las hojas secas humedecidas por las últimas lluvias, que no habían llegado a secarse del todo a la sombra tupida de la arboleda, se adherían al suelo negro y brillante y entorpecían el trabajo regular de la cortadora. Para colmo, las cuchillas solían tropezar, además, con pequeñas piedras o fragmentos de cemento y trozos de mampostería residuales de los restos de un muro bajo y contiguo al bosque de utilidad desconocida, derribado hacía unos años. Era una tarea que requería el cuidado de un cirujano plástico y la paciencia del que esgrime una aguja entre las fibras del más fino tapiz.

Donald ya terminaba la cautelosa pasada final, pegado al tronco de los

últimos árboles, cuando sintió el golpe contra la cuchilla. Echó una maldición y se agachó para recoger la piedra. No era una piedra sino un cilindro hueco de metal acerado. Le quitó el barro; era el casquillo de un proyectil de grueso calibre. Rodilla en tierra, recogió tres más diseminados en un área reducida, inmediata al tronco del último árbol. Alguien había estado disparando desde allí. En ese preciso momento sonó una bocina y volvió la cabeza hacia la entrada. Al fin Sam Rosen hacía su aparición.

Pero no era el abogado: el Studebaker amarillo casi apoyaba la trompa en el portón y el brazo elocuente del señor Fanesi lo saludaba por la ventanilla. Una mujer estaba con él.

## 15. El señor Fanesi & la señorita Daisy

Cuando Donald Poynton pisó el umbral del estudio con los zapatos embarrados su mujer lo recibió con una advertencia crispada:

—Da la vuelta, Donald, por la cocina...

—El señor Hammett...

—Está hablando por teléfono. Y lávate rápido, que se enfría la comida.

—Dile que lo buscan.

El mismo Hammett se asomó desde el fondo del estudio, con el auricular en la mano.

—Estoy hablando, ¿quién es?

Donald se lo dijo. El hombre flaco hizo un gesto entre el estupor y la contrariedad. Estuvo a punto de mandar al intruso de regreso por donde había venido pero reparó en la expresión de Poynton.

—Llévalo a la cabaña, Donald, por favor —dijo luego de un momento—. Que espere ahí. Y quédate con él.

—Hay algo más.

—Después, Donald.

—Sí señor Hammett.

Poynton volvió sobre sus pasos y transmitió el mensaje a la pareja que esperaba junto al coche con las puertas abiertas como para demostrar su disposición a retirarse, casi un gesto de cortesía.

—Tal vez sea mejor volver en otro momento... —dijo el señor Fanesi mirando a su compañera—. No queremos incomodar, ¿eh, Daisy?

Ella no dijo nada, apenas si parpadeó. No haría otra cosa durante el

transcurso del breve diálogo.

—Vengan conmigo —dijo Poynton.

Mientras los escoltaba hasta la cabaña, Poynton sintió —de pronto los vio tan jóvenes— que había algo extraño en los modos de esa pareja. Una familiaridad genuina pero cuidadosa entre dos cuerpos que no se conocían lo suficiente. El espigado señor Fanesi, impecable en su traje gris perla con camisa blanca y corbata azul, guiaba a la muchacha sujetándola levemente por el codo flexionado. El vestido de lanilla gris de ella era nuevo pero el diseño no era de esa temporada, y el sombrerito y los pasos cortos le daban un aire pueblerino que contrastaba con la mundanidad y desenvoltura de su acompañante. Él la conducía del codo como si operara una perilla sensible al más sutil movimiento de los dedos. Ella se dejaba llevar con un levísimo retraso en la respuesta. El contacto físico era mínimo.

—Es aquí.

El señor Fanesi, plantado y rígido ante la cabaña, se volvió hacia su compañera con gesto de calculado asombro.

—¿Aquí vive Dashiell Hammett?

Ella parpadeó. Poynton abrió la puerta de la cabaña y se hizo a un costado.

—Pueden pasar, no se demorará.

Como si pisara el gastado mármol de San Marcos de Venecia, el señor Fanesi se sacó el sombrero y entró. Giró en redondo sin decir una sola palabra hasta que se asomó apenas a la hoja puesta en el rodillo de la vieja Remington.

—¿Una nueva novela?

Poynton dijo que no lo sabía, que no estaba seguro. Y casi sin transición, desprolijamente, afirmó que tampoco podía decirle en ese momento —ésas fueron sus palabras— cuándo le devolvería el dinero de la fianza.

El señor Fanesi no lo dejó terminar de argumentar:

—No lo tome a mal, Poynton, pero después de todo lo que me ha dado Dashiell Hammett con su literatura, todo lo que pueda hacer por él o sus

amigos es poco. ¿Me entiende?

—Supongo que sé a qué se refiere —dijo Poynton con estudiada cortesía.

—No. Usted no sabe, no puede imaginar el carácter de la deuda que tengo con él —y la voz creció junto con el gesto enfático—. Por él vine desde tan lejos a este país, de algún modo por él la conocí a ella y por el estímulo que significó su lectura me atreví a intentar darle forma el texto que le envié. ¿No es así?

Daisy sintió que debía darse por aludida y parpadeó una sola vez.

El señor Fanesi se volvió hacia Poynton, ahora en tono confidencial.

—¿Sabe si lo ha leído?

—No.

—¿No lo ha leído?

—Digo que no sé.

—Ah... Se llama *La mano y el puño*.

Poynton pareció de pronto interesado o al menos pareció encontrar una manera de parecerlo:

—¿La mano y el puño? ¿Es sobre boxeo?

—No. ¿Le interesa el boxeo?

—Algo sé de eso.

A continuación Donald explicó sin entrar en detalles qué era lo que sabía y lo que había hecho durante bastantes años. También por qué había dejado de hacerlo.

—¿Fue sparring de Gatica? —lo interrumpió el señor Fanesi.

—¿Lo conoce?

—Quién no lo conoce en la Argentina. Es un ídolo allá. Lo he visto pelear varias veces en mi ciudad.

—Yo no quisiera volver a verlo. Y él creo que tampoco se quedó con un buen recuerdo de mí.

El señor Fanesi dio un paso atrás y lo observó con nuevos ojos.

—¿Volvería a boxear? Se lo ve en buen estado, Poynton.

En ese momento se abrió la puerta de la cabaña y entró Hammett. Empuñaba una escopeta con la mano derecha y tenía el manuscrito bajo el brazo izquierdo.

El señor Fanesi alzó teatralmente las manos.

—¿Tan malo es?

Hammett le dedicó una sonrisa torcida, colgó la escopeta en su lugar junto a la puerta y le arrojó el manuscrito para que lo abarajara.

—Ni se le ocurra publicar eso.

—No pensaba... —el visitante sostuvo el manuscrito con ambas manos con la torpeza de quien recibe el encargo de cuidar un crío inesperado—. Sólo quería que usted...

—No.

El hombre flaco encendió un cigarrillo, echó humo, se sentó sin convidar y siguió con lo suyo:

—O sí, mejor: hágalo, que le haré juicio. Será una manera digna y legal de ganarme unos miles de dólares de los que, por lo que veo, usted puede desprenderse sin esfuerzo, señor...

—Fanesi. Roberto P. Fanesi —explicitó el visitante, que con un movimiento casi reflejo echó mano al bolsillo superior buscando una tarjeta.

—No me hace falta —dijo el hombre flaco y se volvió hacia Poynton—. ¿Qué más tenías que decirme, Donald?

Poynton se acercó y le habló al oído. Hammett enarcó las cejas.

—¿Las tienes ahí?

Poynton metió la mano en el bolsillo y le mostró, ocultándolas a la mirada de la pareja visitante, las cápsulas cubiertas de barro.

Hammett las examinó sin tocarlas.

—En el cajón de los cuchillos, en la cocina, está lo que sacamos de la pared. Muéstrale todo esto a Rosen, que llegará en cualquier momento.

—Bien, señor Hammett.

A todo esto, el señor Fanesi permanecía de pie, inmóvil y con la mirada vacía. Había perdido hasta mejor oportunidad gran parte de su segura apostura. Era apenas alguien que esperaba el momento de ser reconvenido por algo de lo que se sabía culpable. Su compañera ni siquiera parpadeaba.

Se hizo un silencio ominoso mientras Poynton iba y volvía. Una vez que salió de la cabaña, Hammett dijo, en otro tono:

—Siéntense, por favor —y volviéndose hacia ella—. ¿La señorita es...?

El señor Fanesi pareció retomar algo de la seguridad y el entusiasmo:

—Ella es Daisy —pero no señaló a la muchacha sino al manuscrito—.

Aparece dos veces en la historia.

Hammett lo miró inquisitivamente. Fanesi asintió con una sonrisa:

—Era una niña entonces, claro.

—¿De qué me está hablando?

—De *La mano y el puño*. Pero parece que usted no la leyó aún.

—Sí que la leí. Si no no le hubiera dicho que se olvide de publicarla porque lo demandaré.

—Sólo quería que usted la leyera.

—No sé qué quiso hacer, Fanesi.

—Yo tampoco, en realidad —admitió el visitante levemente animado—. Pero no es un plagio. Como su versión es tan corta y simplificada, pensé que le interesaría saber más sobre el caso Flitcraft.

Hammett pareció no entender.

—¿Cómo saber más?

—Otros aspectos de la historia. Tuve oportunidad de acceder...

—Escúcheme: Flitcraft no fue Jesucristo, no tiene distintas versiones, evangelios que dicen algunas cosas que otros no tienen en cuenta y la historia se arma entre todos.

—¿No?

—No.

—Está bien —se disculpó Fanesi—. Tal vez podría haber buscado un medio menos indirecto de saber.

Hammett enterró el cigarrillo en el cenicero.

—¿Qué quiere saber?

El visitante vaciló un instante. No porque no supiera lo que iba a decir sino porque dudaba en permitirse formularlo:

—Me gustaría conocer la verdadera historia.

Hammett se echó para atrás, cruzó las piernas y entrelazó los dedos de ambas manos en la rodilla:

—No entiendo.

—¿Qué fue del Flitcraft real.

—El único Flitcraft es el Flitcraft escrito.

—¿No existió?

—Eso no tiene ninguna importancia. Al escribir, no se nos pide o no se nos debe pedir que seamos veraces sino verosímiles. En los hechos, en los sentimientos. Uno no cuenta cosas que necesariamente pasaron sino que pudieron o que puedan pasar.

—Pero...

—Escúcheme: en su relato, la manera como Spade se deshace del cadáver de Pierce, quemándolo con gasolina en un arroyo perdido de Oregon, es absolutamente inverosímil. Y en términos más generales, aunque se sostiene, es evidente que para armarlo tomó como punto de partida un texto ajeno y lo expandió mezclando dos historias, la de Flitcraft y la de...

Hammett buscó en su memoria.

—La de Landucci —lo asistió Fanesi.

—... la de Landucci, que nada tienen que ver entre sí, y que acaso podrían haberse sostenido solas pero que juntas muestran mucho las costuras. Una me la robó a mí, aunque no sé de dónde sacó el desarrollo, con qué material

rellenó los huecos.

—Ése es precisamente el tema que quiero hablar con usted.

—No se ilusione —dijo Hammett y siguió adelante sin hacerle caso—. La otra, la que empieza en New York, supongo que también provendrá de alguna lectura de segunda mano, porque es evidente que... ¿Cuántos años tiene?

—Voy a cumplir treinta. Y llegué a San Francisco hace cinco años.

—¿Es lo primero que escribe?

—En inglés, sí. En Argentina...

Hammett meneó la cabeza:

—Escribe sobre un mundo que desconoce, de una época que no pudo conocer, en una lengua que no es la suya. Eso tiene riesgos y los ha corrido todos.

Fanesi sonrió.

—¿Qué le pasa?

—Me parece increíble que usted esté hablando, comentando mi relato... Cuando lo cuente, me van a decir que miento porque no es verosímil.

Hammett no pudo evitar un gesto de fastidio:

—Lo que no es verosímil es que yo haya comido a las apuradas y esté perdiendo tiempo acá cuando mi abogado está por llegar —dijo desagradablemente—. Vamos al grano, señor Fanesi, y no me subestime: no entiendo por qué supone que le debo atención y parte de mi tiempo; tampoco sé por qué se apresuró a pagar la fianza de Poynton. ¿Supone que eso lo pone en una posición ventajosa? ¿Que lo voy a autorizar a publicar eso?

—Nada más lejano a mi intención, señor Hammett —Fanesi buscaba las palabras. Se acomodó un poco más adelante en el sillón y con los codos en las rodillas adelantó la cara hacia el hombre flaco—. Podemos hacer de cuenta que eso no sucedió y que todo es un malentendido. Sólo quería hablar un momento del caso Flitcraft.

—¿Qué le pasa? ¿Está obsesionado con eso?

El señor Fanesi asintió con una sonrisa, como quien admite una debilidad de la que de algún modo se enorgullece:

—Se convirtió en una cuestión personal desde que lo leí.

—Puede pasar —le concedió Hammett—. No es el único.

—Es una historia compleja que de algún modo acaso usted pudo haber vislumbrado con una primera lectura...

—Y última.

—Apuesto a que no.

—Se tiene fe.

Mientras el visitante meneaba la cabeza, el hombre flaco se volvió a la muchacha ensimismada que miraba el piso.

—¿Usted sabe de qué estamos hablando, Daisy?

Ella parpadeó, sobresaltada.

—No sólo sabe. Es parte de la historia —se cruzó Fanesi mientras Daisy se inclinaba levemente hacia él—. ¿Le puedo explicar?

Hammett asintió, resignado.

El señor Fanesi pareció recuperar el ánimo y después de un momento comenzó como quien sabe que dispone de una única oportunidad y debe dar su versión concisa y clara de algo complejo e incómodo. Y era exactamente así:

—Leí la novela por curiosidad, después de haber visto la película. Y ahí me encontré con el relato que Spade le cuenta a Brigid, que no está en el guión...

—Huston pensó que sobraba. Lo comentábamos días pasados con un amigo —lo interrumpió Hammett.

—¿Y usted qué cree?

—Que los tipos del cine no saben nada de literatura, no entienden la idea de alusión ni tienen sentido de la reticencia. ¿Ha visto lo que han hecho con *Los asesinos*?

—La de Burt Lancaster.

—Sí, la de Siodmak: contó la historia del sueco. Al revés de Huston, pensó

que algo faltaba. Es decir: le inventan una historia al sueco, sin necesidad. Hemingway termina a los quince minutos de película. Y usted hizo lo mismo: escribió la película de Flitcraft. ¿Me equivoco?

—No... o de alguna manera sí... —Fanesi vaciló, sentía que iba a tener que improvisar, que Hammett no tendría paciencia para escuchar su relato programado—. Mi idea era completar el relato de Spade, esos años que Flitcraft vagabundó antes de volver a establecerse. Documentar eso. Y tenía mis buenas razones para imaginarme que bien podía haber llegado a Sudamérica, incluso a mi país y a mi ciudad. En muchas novelas y películas norteamericanas está esa idea de perderse al sur del Río Grande...

Hammett entrecerró los ojos, encendió un nuevo cigarrillo.

—Bierce.

—¿Cómo?

—Ambrose Bierce: que no lo escribió, lo hizo. Cruzó la frontera y se perdió en la revolución mexicana. Unos años después estuve un tiempo internado en un hospital por la zona de San Diego y yo también pensé varias veces en irme al otro lado. Pero no, hubiera sido una huida.

—¿Siempre es una huida? —y Fanesi sintió que con la digresión sacrificaba la continuidad de su relato a cambio de cierta auspiciosa distensión.

—No. A veces te corren, a veces vas a buscar algo —dijo Hammett—. Además, hay formas: no es lo mismo salir por una frontera a pie y de noche que llegar a otro país con un pasaje pagado por el Departamento de Estado.

—Pero siempre hay una necesidad de cambiar de aire.

—Si fuera por eso, irse o no sería sólo una cuestión de dimensiones, de tamaño. Dicen que en Andorra la gente cuando se divorcia se va del país —dijo Hammett sin un dejo de ironía—. ¿Cómo es en la Argentina?

—No hay divorcio.

—De tamaño, digo.

—Grande. El mal que la aqueja es la extensión —recitó Fanesi.

—Qué frase.

—No es mía. El que la dijo murió en el exilio, así que pese a todo le quedó chica. Le gustaba Norteamérica, anduvo por acá.

—¿Y a usted le gusta esto?

—No sé, pero es otra cosa. Es feo vivir en un lugar sintiendo que todo lo que importa pasa en otra parte. Que uno se está perdiendo algo.

—Algunos de los nuestros también han sentido eso, pero con Europa: James, Pound, Eliot. Chandler siempre se sintió inglés... Pero ni Sherwood Anderson ni Faulkner lo necesitaron.

—A veces hay que irse para sacar lo mejor de uno, dicen.

—O lo peor: algunos cuando salen es como si aprovecharan para sacar la basura.

—¿Lo dice por Henry Miller?

Hammett meneó la cabeza:

—Parece mejor persona que escritor. Literariamente es un invento francés, con todo lo equívoco que eso tiene. Incluso Joyce, en su momento, fue más famoso por tres o cuatro gemidos de la pobre Molly Bloom que por haberse cargado la novela contemporánea. ¿Sabía que *Santuario* fue censurado y que *El hombre flaco* vendió miles de ejemplares más por una línea de diálogo en la que Nick hacía referencia a cierto efecto ostensible debajo de la línea del cinturón? El escándalo ayuda, pero hay que escribir bien. Y eso no tiene nada que ver con donde uno asiente el trasero para teclear la máquina.

—Puede ser —admitió Fanesi—. Pero yo siempre pensé que alguna vez debería hacerlo.

—¿Escribir bien o provocar escándalo?

—Irme de mi país —aclaró imperturbable.

Hammett asintió y fue una señal tácita para que continuara.

—Cuando llegué a San Francisco hice de todo hasta poder establecerme. Incluso viví en el barrio chino. Después de un tiempo puse mi propia oficina y

me ha ido bien desde entonces. Incluso muy bien, con mis contactos formales e informales.

—¿Encontró lo que buscaba?

—Claro que no. Pero viajé a Washington y en los archivos de la Pinkerton en Seattle algo encontré.

—¿Sobre Flitcraft?

—Sobre Hammett, con perdón.

—Es cosa sabida que trabajé allí siendo muy joven.

—Y yo supuse que le había atribuido a Spade alguna de sus experiencias. Por lo menos, la que me interesaba.

—Supuso demasiado, por eso no halló nada.

—No. Pero en las viejas guías telefónicas y en los periódicos de la ciudad es posible rastrear mucha información. Eso lo aprendí del gordo de la Continental.

—¿Y qué encontró?

—Media docena de Flitcraft.

—Ninguno era el que buscaba.

—No. Tampoco estaba el caso de la desaparición en los diarios de 1922, pese a que la historia decía que la mujer había puesto avisos. Tampoco en los archivos de la Pinkerton, entre las tareas de ese año.

Hammett lo interrumpió, le apuntó con el índice:

—Estuvo cometiendo varios errores como investigador, señor Fanesi: primero, suponer que una experiencia atribuida a Spade era una experiencia mía; segundo, que los apellidos no habían sido alterados al pasar a la ficción; tercero, no consideró lo básico y anterior a todo eso: que la historia podía ser de pura invención o que estaba basada en alguna lectura, no en una experiencia, que tenía una fuente literaria, por ejemplo.

Fanesi asintió:

—Debo reconocer que hay algo que me hizo pensar en ese último sentido.

—¿Qué cosa?

—Esto que conseguí.

Fanesi sonrió y se llevó la mano al bolsillo de la chaqueta; sin embargo la retiró como si se arrepintiera y dijo imprevistamente:

—¿Le interesan los chinos, señor Hammett?

—Me caen bien, en general —admitió el hombre flaco—. Tienen mala prensa y peor fama literaria pero piensan bien, como si siempre estuvieran tomando atajos. Y uno se pierde si no está atento al sentido de lo que dicen. En mis primeros años en San Francisco tenía un amigo o, mejor, un confidente en el Barrio Chino, un chico muy hablador con el que nos veíamos en el Radio Club, no muy lejos de donde usted debe tener la oficina de Market Street.

—Sí, pero ya no existe. El barrio ha cambiado mucho desde la época en que escribió *El asesinato de las criadas chinas*, por ejemplo.

—¿Lo leyó?

—Leí todo.

Hammett no se mostró impresionado.

—Y esto era antes, hace más de treinta años —prosiguió—. Yo estaba todavía en la Pinkerton, muy al principio, y este muchacho chino era una especie de informante que teníamos. El contacto me lo habían pasado unos contrabandistas, Bill y Paddy, ya que aquéllos eran tiempos en los que si te metías en algún lugar fuera de lo normal tenías de inmediato un cuerpo de guardaespaldas, te gustase o no. Con el pretexto de cuidarte, te vigilaban. Bill tenía para esos menesteres a este chino gordo de mediana edad que me había ofrecido en préstamo por si yo quería dar un vistazo por el barrio y no quería encontrarme después con una pierna rota o algo así... Pero me pidió que no lo echara a perder ofreciéndole dinero. “Cinco o diez dólares van bien como propina”, me dijo, “pero no lo echas a perder dándole dinero”. Una manera rara de pensar.

—O no. Ofrecer dinero es ponerle precio a algo, suponer que está en venta.

—Pagar una fianza, por ejemplo, ¿es el precio de qué?

Fanesi meneó la cabeza:

—¿No baja nunca la guardia? Pagar no es siempre querer comprar.

—No sé, pero en el caso del muchacho aquel, es cierto que no lo hacía por dinero —dijo Hammett sin pestañear—. Describí a ese chino en un guión para Hollywood en los treinta pero tuve que sacarlo porque al director, que se las daba de rudo, no le gustaban ese tipo de personajes. Yo había hecho que el guardaespaldas tuviera la manía de contar cuentos y parábolas, como mi amigo, que solía sorprenderme con ese tipo de historias con desenlaces que parecen decir mucho pero no se sabe qué.

—Como la de Flitcraft.

—Algo así.

Fanesi sonrió.

—Que es un cuento chino —dijo.

El hombre flaco frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere decir?

Por toda respuesta el señor Fanesi ahora sí introdujo su mano derecha en el bolsillo exterior de su chaqueta y le mostró un libro pequeño de tapas verdes encuadernado en tela. Hammett lo identificó enseguida.

—¿Dónde encontró eso?

—¿Lo conoce?

—Claro que sí.

Eran los *Cuentos tradicionales chinos*, la famosa compilación de Waley que alguna vez había reseñado para *The Saturday Review of Literature*.

—Es suyo —dijo Fanesi, y se lo alcanzó.

—Gracias.

—No. Digo que es suyo, que no es un regalo.

Hammett lo abrió, reconoció la viñeta del dragón bajo el título y después sus propias anotaciones con lápiz en los márgenes.

—Es el ejemplar que leyó Spade —dijo Fanesi con una leve sonrisa.

—¿Lo encontró en su oficina? —se burló Hammett.

—No precisamente en su oficina. Pero estoy seguro de que Spade leyó esos cuentos. Hay una marca ahí...

Hammett abrió el libro en la página indicada por un trozo de papel doblado a modo de señalador. Era un cuento, *El bosque persuasivo*, anónimo del siglo XVII compilado por Fuang-Chu. No más de cuatro páginas.

Mientras Hammett se echaba hacia atrás en el sillón, el señor Fanesi comenzó a explicarle algo. No lo oía. El hombre flaco leía, pasaba una página, volvía atrás, se ajustaba los anteojos, se rozaba el borde inferior del bigote. Sólo apartó la mirada del texto cuando oyó unos gemidos. Era Daisy.

—¿Le pasa algo?

Daisy gimió un poco más sin decir palabra. Fanesi le acarició la nuca como quien calma a un perro.

—¿Tendría un vaso de agua, por favor?

Hammett lo miró con severidad, se levantó del sillón con el libro en la mano y caminó hacia la cocina. Fanesi lo siguió:

—Discúlpela, todo esto la afecta mucho personalmente.

Hammett llenó un vaso y se lo alcanzó.

—Creo que será mejor que se vayan.

Fanesi tomó el vaso sin decir palabra, se volvió para llevarlo hacia donde estaba Daisy pero pareció arrepentirse.

—No puedo irme así, señor Hammett. No me lo perdonaría jamás.

El hombre flaco lo observó en silencio un momento; después le indicó con un gesto que llevara el vaso. Fanesi fue y Hammett lo vio inclinarse sobre la muchacha, intentar persuadirla largamente quién sabe de qué y con qué razones. Pasó un minuto sin que Fanesi regresara. Daisy seguía con los gemidos.

Hammett encendió un cigarrillo, atravesó a paso rápido toda la cabaña sin

decir una sola palabra, salió, cerró la puerta y se dejó caer en la reposera mirando al bosque. Abrió el libro y retomó la lectura desde el principio.

Cuando terminó de leer y alzó la mirada vio a Fanesi de pie junto a él. No lo había oído salir. Estaba solo. Lo interrogó con las cejas.

—Ella está un poco mejor, gracias —dijo el otro como si nada—. Se recostó en el sillón, ¿le molesta?

Hammett no contestó. Estaba absolutamente perturbado.

—Me acordaba del libro pero no de este cuento —dijo en voz baja.

—Es muy bueno —completó Fanesi en el mismo tono—. Por una increíble casualidad, lo leí por primera vez en castellano, señor Hammett, y en una revista literaria de Buenos Aires. Se publicó como anticipo de una antología de *Cuentos breves y extraordinarios* que hicieron dos escritores argentinos, y que recién ahora acaba de aparecer. Como finalmente salió muy reducida, este cuento no cupo. Pero evidentemente lo extrajeron de esta selección de Waley.

—¿Dónde encontró este libro?

—Me lo dio un amigo suyo.

—¿Quién?

—No supe su nombre. Lo vi un par de veces en New York, coincidimos. Me dijo que el ejemplar era suyo y que había estado con usted en Europa.

—El libro es mío, pero le mintió: nunca estuve en Europa.

—Tal vez me dijo en la guerra y yo supuse... ¿No ha ido a Europa?

Hammett se encogió de hombros:

—Hablamos de eso hace un rato —se puso de pie y volvió a entrar en la cabaña. El otro lo siguió—. Es cierto que quise ir a pelear un par de veces pero tosía en el momento de apuntar y decidieron que no servía.

Fanesi sonrió:

—Pensaba en otro tipo de viaje —dijo—, alguna invitación de sus editores, algún congreso de literatura.

—Ha habido. Pero siempre los he hecho esperar, y tuve mis razones. Pero

tal vez esta vez me decida.

—¿Esta vez es diferente? —la mirada del señor Fanesi se desvió hacia las cuartillas mecanografiadas que reposaban junto a la máquina de escribir—. Con la novela nueva, digo... Como están las cosas para usted, tal vez le sea más fácil publicarla allá que acá.

Se calló bruscamente. Hammett lo miraba con inocultable desagrado.

—No sé qué cree saber usted, señor Fanesi, pero está equivocado —dijo después de un momento con falsa calma—. Levante a esa pobre mujer que no sé para qué trajo y váyanse de una vez.

Daisy tenía la nuca sobre el apoyabrazos, el brazo izquierdo cruzado teatralmente sobre los ojos cerrados y el cuerpo sesgado, con los pies en el suelo. Fanesi la tocó en el hombro un par de veces. Hammett se apartó, como si el patetismo de la situación superara su umbral de tolerancia.

—Es el segundo imbécil en pocos días que cree que tiene derecho a sugerirme lo que debo hacer con lo que escribo o dejo de escribir —dijo sin mirarlos, como para sí—. No sé qué detestar más, si su ignorancia o su impertinencia.

—No quise —dijo Fanesi mientras trataba de hacer incorporar a la mujer.

—No quiera nada. Ni siquiera insinúe que aspiraba a ayudarme con ese montaje de lugares comunes que se cree con derecho a mostrar. ¿Qué le hizo suponer que a mí me interesaría esa basura? ¿Que se la compraría para firmarla yo?

—Nada de eso. Vine por otra cosa.

—¿Para insinuar que me dedico a copiar cuentos chinos?

De pronto Daisy murmuró algo casi inaudible, como entre sueños.

Hammett se acercó:

—¿Qué ha dicho?

—Soy la hija de Charles Pierce —dijo ella, claramente y sin abrir los ojos.

Los dos hombres la miraron en silencio y ella repitió, ahora con los ojos

abiertos:

—Soy la hija de Charles Pierce.

Hammett se volvió hacia Fanesi, que enarcó las cejas en gesto de tácita disculpa.

—Y ella nunca leyó *El halcón maltés* —dijo con cuidado—. Yo lo leí hace siete años pero ella sólo hace seis meses, cuando la conocí en Montana, y se lo mostré.

Daisy parpadeó. Probablemente asentía.

El hombre flaco los miró a uno y otro en silencio. Se quedó con él.

—¿Y ahora qué? —había pasado de la furia a la extrañeza—. ¿Me la trajo para que la reconozca?

—No. Para que nos ayude con la historia.

—¿No está conforme con lo que inventó?

—Usted sabe más de lo que usó en la novela.

—Sé menos, Fanesi —dijo el hombre flaco entre admirado y divertido—. El escritor tiene que saber menos que los personajes. Por eso escribe, para enterarse de lo que pasa.

—No entiendo.

—Seguro que no.

En ese momento golpearon a la puerta de la cabaña. Hammett volvió la cabeza y vio que Sam Rosen estaba por fin allí, asomado a la ventana. Le hizo un gesto para que entrase.

Sam entró y saludó; pero no estaba solo. El joven Phil Frisson se asomó por encima de su hombro y dijo:

—¿Qué hace ella acá?

Casi simultáneamente sonó un disparo y el joven Frisson cayó hacia atrás con un grito ahogado. El hombre flaco se volvió.

Daisy empuñaba el arma, una pistola minúscula. Estaba de pie detrás del sillón, absolutamente despabilada.

—Yo ya no escribo así —dijo Hammett.

Cuando finalmente Phil Frisson abrió los ojos lo primero que vio fue una cara negra. La cara sonrió y después de unos segundos se apartó. Linda salió del cuarto, caminó hasta el estudio y dio la buena noticia a los que estaban reunidos allí:

—Creo que se despertó.

El disparo sólo había rozado la segunda costilla sin penetrar en el tórax y con el botiquín de *medic* y la habilidad del oficial de enfermería Donald Poynton, el joven socio de Sam Rosen pronto estuvo vendado y relajado por un calmante. Habían pasado un par de horas.

Hammett suspiró y enterró el cigarrillo.

—Sam, ve a ver qué nos puede explicar tu muchacho.

Rosen se levantó y entró al otro cuarto.

Lo que Phil Frisson había alcanzado a decir antes de desmayarse mientras la sorprendente Daisy arrastraba en su huida al perplejo Fanesi apenas había servido para identificarla como la mujer que él había visto entrar y salir de casa de Mrs. Dickinson durante la guardia en Brooklyn, el día anterior.

—Me fui de boca al verla, Sam, lo siento —se disculpó Frisson mientras se desangraba—. Nunca pensé...

Nadie había pensado —ni siquiera sospechado— que esa mosquita muerta tuviera un arma. Y menos que la supiera usar. Tal vez por eso, y por la necesidad de atender a Phil, ninguno de ellos había entorpecido la desmañada huida de la pareja. Incluso Poynton, que los observó subir apresuradamente al Studebaker y partir sin saludar, sólo imaginó que el señor Hammett había dado, una vez más, prueba de su poca paciencia con los intrusos. En ningún momento vio el arma, ni siquiera escuchó el disparo.

—Él iba adelante y ella detrás —explicó después—. Muy distinto de cómo

llegaron. Pero no sé si le apuntaba. No creo que tuviese la pistola en la mano.

Sam Rosen estaba de algún modo mortificado. Su crónica de la vigilancia de la casa de los Dickinson, a los que ni siquiera había llegado a atisbar, era el relato de una culposa frustración. Sobre todo porque no podía dar cuenta personal de lo sucedido. Lo apenas digno de ser consignado había sucedido en su ausencia. La puerta de calle de la casa de Purple St. en los arrabales de Brooklyn sólo se había abierto tres veces desde la tarde anterior hasta esa mañana temprano. Y las tres veces había sido la misma mujer, y las tres veces había sido Frisson quien estaba allí.

Después de algunos minutos junto al herido, el abogado volvió al estudio con algunos pormenores. Phil reconocía que el contacto con Irma —así le dijo ella que se llamaba— no había sido simplemente visual como había afirmado en un principio sino que, aprovechando las circunstancias y la necesidad de ampliar la información sobre los propietarios del domicilio que vigilaba, la había abordado cuando salió por segunda vez a comprar el periódico. Aunque no había avanzado en sus averiguaciones más allá del nombre, suponía que la muchacha trabajaba en el lugar.

—Según Phil, Irma apenas habla inglés —dijo Rosen.

—Nuestra Daisy sólo dijo una frase —confirmó Hammett—. Y fue como si recitara.

—Un libreto.

—Tal vez.

—¿Escrito por quién? ¿Por Fanesi?

El hombre flaco todavía conservaba en la mano el manuscrito y el libro chino de tapas verdes. Los miraba como si hubiese algo allí.

—Piensa mal y escribe peor —dijo de pronto—. Estas cosas ya no funcionan.

—No entiendo. ¿De qué hablas, Dash?

—Las sustituciones, los cambios de identidad, una pistola imprevista. Es

todo muy viejo —se volvió hacia Rosen—. Quédate con Frisson y llévalo a su casa en cuanto puedas. Me voy con Donald a New York.

El abogado meneó la cabeza:

—¿Qué vas a hacer? No deberías tú, y menos llevarlo a él...

—Tengo que verificar algo —le mostró la tarjeta que Fanesi le había adjuntado a la carpeta—. Acabo de comprobar que de los dos teléfonos que me dejó para que me comunicara con él en New York, uno es de un hotel y el otro es el de los Dickinson.

Rosen frunció el entrecejo:

—Nell Martin, Dickinson, Irma, Fanesi...

—Tulip.

—Y Tulip, claro... Todo cierra.

—Confluyen, pero no cierra nada. Tengo que encontrar a Tulip, Sam.

—No sabemos dónde está.

—Por eso, precisamente.

—Dash...

Hammett se dispuso a salir. No sabía qué hacer con el libro que tenía en la mano y se lo alcanzó a su abogado casi como una manera de distraerlo:

—Mira esto: yo no me acordaba de haberlo leído, pero parece que sí.

Recogió el abrigo, abrió la puerta, pero una vez más se volvió.

—Después dime si no es extraordinario. Hablemos mañana, y que este lunático no nos saque de eje, Sam. Ni de prioridades...

—Tulip.

—Eso es —y recién ahí salió caminando rápido; Donald se le acopló.

—¡Dash! —el grito de Rosen lo hizo girar la cabeza sin detenerse—. Hablé esta mañana con el jefe Thriller y voy a ir a verlo. ¿Por qué no esperas? Es riesgoso.

Hammett levantó el pulgar derecho, se volvió y siguió su camino.

Sam Rosen se dejó caer en el sillón más cercano y miró a Linda, que hizo un gesto con el que le aseguraba que cualquier cosa que dijera sobre Dash y su marido tendría su aprobación.

Pero no dijo nada y se quedaron en silencio. Linda volvió junto a Phil, Sam Rosen abrió el libro que le había dejado Hammett en la página señalada por un trozo de papel y comenzó a leer.

### EL BOSQUE PERSUASIVO

Cuentan los que suponen que existen historias que valen el empeño de ser recordadas, que en tiempos de la dinastía amarilla, en la región del Tnin-lai, donde no son frecuentes la lepra ni la usura, vivía en la aldea de Wu el honorable Tu-Shiu con su mujer Fai-Li y sus tres hijos. Tu-Shiu era un funcionario de carrera que había accedido a la primera categoría en la Administración, tras heredar el cargo de Almacenero Mayor del Señor del Bosque de su padre, el benemérito Sun-Shiu, de larga vida en el Tao, y lo había sabido conservar por méritos propios.

Dentro de lo que las menguadas facultades del entendimiento humano permiten afirmar, se decía que Tu-Shiu era un hombre feliz, o que al menos llevaba una vida en la que el orden y la armonía, el reposado criterio y la sabia administración del tiempo y la energía le permitían una existencia sin sobresaltos ni ansiedades. Cierta vocación para la rutina y el control de los intempestivos estallidos del genio, más el cultivo de una saludable tendencia a preguntarse —sin excesivo énfasis— por el sentido de todo lo que le sucedía, habían hecho a Tu-Shiu un modelo de armonía y bienestar en su casa con su familia, su trabajo y su comunidad, que lo tenía por un hombre equilibrado y predecible.

En ese momento se oyó el motor del coche que partía y Sam Rosen se detuvo a escuchar; el sonido se fue adelgazando hasta desaparecer.

Retomó entonces la lectura y continuó leyendo, inmóvil, durante varios minutos:

Hasta que un día, Tu-Shui salió de Wu a la hora acostumbrada para su trabajo de siempre en el centro de la vecina ciudad, y nunca llegó. Fai-Li lo esperó infructuosamente para comer al mediodía. Mandó entonces a su hijo mayor a la ciudad pero éste regresó diciendo que ese día Tu-Shui no había ido a trabajar, y que en la Administración habían supuesto que el niño iba, aunque tardíamente, a explicar las razones de la inusual ausencia de su padre. Preocupados, todos salieron a buscarlo por la ciudad. Los hijos de Tu-Shui, por su parte, rastrearon el camino desde la salida de la aldea al bosque que habitualmente cruzaba y el resto del camino para llegar al trabajo. Sin resultado. Entonces recurrieron al venerable anciano Lao-Tzu, comisario y consejero de la aldea, amigo personal de Tu-Shui, que luego de minuciosas averiguaciones confirmó lo que todos decían: nadie lo había vuelto a ver desde el momento en que salió de su casa. Nunca lo hallaron, ni vivo ni muerto. Tu-Shui se había esfumado —en la expresión del sabio Lao-Tzu— como desaparece un puño al abrirse la mano.

Tres años después, un mercader que recorría la región le dijo con discreta excitación al serenísimo Lao-Tzu que creía haber visto a alguien muy parecido a Tu-Shui en una aldea a apenas dos días de distancia hacia el Este. El prudente Lao-Tzu, escéptico respecto de la intención y la veracidad de mercaderes y viajeros en general, consideró que sin embargo no podía desechar la posibilidad, por remota que fuere, y sin permitirse la esperanza ni crear expectativas en la familia de su amigo, que ya había encontrado laboriosa serenidad y resignación ante la ausencia, partió a la aldea de Wei dispuesto a refutar la improbable novedad.

Pero para su sorpresa y alegría, Lao-Tzu halló a su amigo en Wei. Aunque había cambiado de nombre, y ahora se llamaba Wai-Nan, era el mismo Tu-Shui que no mostró ni embarazo ni culpa alguna al reencontrar a su amigo. “Puedo explicarte lo que sucedió, Lao-Tzu, y sé que tú comprenderás”, le dijo. Y pasó a contarle, mientras caminaban por las afueras de la aldea en un atardecer tormentoso, lo que le había sucedido aquel día puntual de su desaparición.

Hacia Tu-Shui el recorrido habitual atravesando el denso bosque de Chi, el de los grandes árboles, por el estrecho sendero en que la sombra es hábito y costumbre, cuando al pasar cerca del lugar donde los leñadores realizan cantando su tarea se detuvo por un momento para hacerse a un lado y dejar pasar a un par de perros que se perseguían ladrando a más no poder. Fue precisamente en ese instante cuando un enorme tronco se derrumbó como literalmente caído del cielo

con recrujir de ramas rotas y quedó atravesado en el sendero a centímetros apenas de sus pies, en medio de una nube de tierra amarilla. Cuando el polvo se disipó, Tu-Shui, temblando y con la respiración aún entrecortada más por la sorpresa que por el miedo, pudo comprobar que estaba milagrosamente ileso. Apenas tenía un rasguño en la mejilla, provocado por una ramita que lo rozara al caer.

Miró a su alrededor: nadie se había percatado de lo acontecido. Los leñadores, derribado el árbol, seguían su trabajo como si nada, los pájaros cantaban, los perros se perseguían ladrando, ahora más lejos. Y Tu-Shui, junto con el miedo que lo sobrecogió, tuvo de pronto la sensación de que algo le había sido revelado, la evidencia de que si él hubiese dado apenas un paso más todo seguiría igual, nada habría cambiado excepto que él estaría muerto. Eso era todo lo que sabía. Y era suficiente.

“Fue una verdadera revelación, Lao-Tzu”, le explicó a su amigo mientras se alejaban de la aldea de Wei y entraban en el bosque bajo un cielo amenazante: “Tú, que eres sabio y tienes la mente abierta puedes entender de qué se trata: más allá de la preocupación y el cuidado por controlar nuestros actos y conductas, de construir un orden armónico, la única ley sin ley que rige nuestras vidas es el distraído azar. Y de nada sirve ni es sabio, ni siquiera prudente, ir en contra de eso. Lo vi con la claridad que se pueden ver las carpas en el agua cristalina del estanque en un día luminoso. Y así fue como en ese mismo momento decidí adecuar mis actos a esa imprevisibilidad que está en el entramado de nuestras desorientadas vidas y, cambiando el rumbo, salí conscientemente del sendero y me introduje en el bosque y caminé al azar y sin pensar durante horas. Y así dejé todo —sin pesar, debes creerme, amigo mío— a mis espaldas: familia, trabajo, rutinas. E incluso cambié de nombre, no para escaparme de los míos —que dejé en bienestar y armonía— sino para no entorpecer las posibilidades de mi libertad. Así viví desde entonces. He recorrido toda la provincia y llegado en algún caso a los confines del imperio sin arraigarme más allá de lo necesario para sobrevivir. Si las contingencias de la deriva me han traído ahora hasta tan cerca de mi punto de partida no debes pensarlo como un intento de regreso sino como una evidencia de que todos los caminos son intercambiables, todos los bosques son otros y el mismo cada vez y...”

“Precisamente el bosque puede darnos abrigo”, lo interrumpió Lao-Tzu, inquieto y apresurando el paso, pues ya se había desatado la tormenta ante la

indiferencia beatífica del elocuente Tu-Shui, retrasado, ensimismado en la explicación de su experiencia. Pese a que entre el rumor de la lluvia en las tupidas hojas y los sonoros truenos se había perdido parte del relato de su recuperado amigo, el prudente Lao-Tzu creía haber entendido lo esencial. Por eso, cuando el estruendo de un rayo partió el cielo en dos y reventó a sus espaldas fulminando en el acto a Tu-Shui y al árbol bajo el cual había buscado tardío y equívoco cobijo, primero se sorprendió, pero de inmediato no dudó un instante respecto de qué debía hacer: Lao-Tzu se prometió no pisar nunca más un bosque.

Larga vida en el Tao al hombre que sabe escuchar y aprende de sus amigos.

Fuan-Chu (comp.),  
*Trivialidades ejemplares*, siglo XVII

Cuando terminó de leer, Sam Rosen esbozó una sonrisa, cerró el libro, y después de un momento se encaminó a la habitación donde Linda revisaba el vendaje del joven Frisson.

—Mejor nos vamos, Phil —dijo desde la puerta—. ¿Cómo te sientes?

Frisson cerró los ojos:

—Raro. Todo fue muy extraño.

—Sí, toda la situación —dijo Rosen—. Es como si estuviéramos dentro de un viejo relato de Hammett.

—No entiendo.

—Mejor así, porque vamos a hacer de cuenta que nada de esto sucedió. Incluso que tú no existes.

—Poco me faltó.

Linda no entendió de qué se reían.

## 16. Balas & pistolas

Dashiell Hammett sopló el polvo acumulado en los casquillos y raspó con la uña el barro seco pegado a los bordes.

—Aunque son del mismo calibre, tal vez no fueron disparados por la misma arma. Pueden ser de dos pistolas diferentes, por las muescas que dejó el percutor. Habría que ver eso. Yo creo que eran dos tiradores, al menos en esa posición.

—¿Había más?

Poynton observaba los casquillos como si fueran runas que encerrarán un mensaje.

—Al menos uno más —aseguró Hammett—. El que le dio a la ventana de la cabaña tiraba de otra parte.

—Ya son tres.

—Probablemente.

—Este proyectil de la pared está muy deformado —dijo Poynton.

El trocito de plomo se hamacó por un instante en la palma de la mano de Hammett y luego volvió a su bolsillo, junto con los casquillos.

—Habría que recuperar los otros plomos —dijo con aparente indiferencia.

Donald Poynton no se dio por aludido y sin apartar la mirada del camino hizo un comentario respecto de la necesidad o no de cargar gasolina.

—Ya veo que hay temas que te incomodan —dijo Hammett—. Detengámonos cuando quieras y de paso comemos algo.

—No me incomoda ningún tema —fintió Poynton con leve torsión de cuello—. Es que no entiendo el plan de pelea, señor Hammett.

Solían dialogar usando el repertorio metafórico que les daba el compartido mundo del boxeo. Comunicarse en esos términos les daba cierta recíproca libertad —sobre todo desde la perspectiva de Poynton— que, paradójicamente o no, hacía que lo elusivo permitiera explicitar cuestiones de otro modo muy difíciles de exponer.

—Despábilate, Donny Brown: no tienes un rincón al que responder —lo apuró Hammett como si lo recibiera perplejo tras un round difícil, en busca de instrucciones—. Nadie piensa por ti ni te dice qué hacer. Estamos juntos en esto. Que yo tenga más información o se suponga que sepa de qué se trata no te exime de hacerte cargo de las decisiones. No sólo estás implicado sino que tienes responsabilidad y opinión. Y yo supongo que puedo contar contigo para ayudarme a pensar y resolver. Las balas de esa noche eran un aviso para mí —y volvió a meter la mano en el bolsillo, acarició los trocitos de metal—, pero el golpe en la boca que te partió el labio y las horas de calabozo son exclusivamente tuyas.

—No sé dónde están los otros plomos, señor Hammett.

—Sí que sabes. Pero te hiciste el distraído.

Donald Poynton pestañeó un par de veces.

—Era evidente que a tu Old Rush no lo partió un rayo. Tú lo viste, como yo: tenía por lo menos un disparo en el ojo.

—Pero usted dijo...

—Sé lo que dije, Donald. Y sé también que te resultó cómoda mi mentira.

—Supongo —concedió Donald con esforzada voz neutra—. Pero yo no sé dónde está Old Rush ahora.

Hammett estiró la mano izquierda y golpeó un par de veces la rodilla del conductor.

—No era necesario ni bueno que lo supieras, Donald. Pero ahora sí es necesario y mejor que me ayudes a recuperar esos plomos. En algún momento lo haremos.

Poynton no dijo nada. Condujo durante un par de minutos más en silencio y al llegar a un semáforo se detuvo, esperó la señal de giro y desvió a la izquierda, cruzando la carretera. Sólo cuando se hubo detenido en la gasolinera, y antes de bajarse, dijo con gesto reconcentrado:

—Creo que ahora entiendo el plan de pelea, señor Hammett.

—Mejor así.

Media hora después volvían al coche con los vasos del liviano café todavía en la mano. Hammett empinó el último sorbo y encendió un cigarrillo. Poynton hizo un bollo con el suyo, lo echó al bote de residuos y, antes de subir, preguntó por encima del techo del coche:

—¿Adónde vamos?

—A buscar a un viejo amigo que entiende de estas cosas.

Volvieron a la ruta. Hammett sacó una libreta y dijo:

—Me dejas en el Derby y te vas. Mañana tienes el día libre, pero no será gratis. Y ya que para algo vives en Brooklyn, te das una vuelta por la casa de Purple St., donde se supone que vive esta gente o por lo menos ella. Sam Rosen y Frisson tienen otras cosas que hacer.

—Sí, señor Hammett.

El hombre flaco escribió la dirección y el número de teléfono de los Dickinson en la primera hoja y la arrancó. Poynton la observó antes de doblarla en cuatro y guardarla en el bolsillo de la chaqueta.

—No son más de veinte calles de mi casa.

—Sólo vigila, no te dejes ver. Y me llamas.

—De acuerdo. ¿Pero qué tengo que mirar?

—Hay una técnica que nos enseñaron en Pinkerton que consiste en la vigilancia descentrada: vigilas ostensiblemente, no disimulas que estás vigilando, pero no a quien te interesa sino a quien no te interesa. La puerta de

enfrente, el edificio de la esquina, la cuñada y no la esposa.... Es una técnica copiada de los más eficaces depredadores naturales. La pantera birmana es el mejor.

—¿La pantera birmana?

—Bagheera. Recuerda que antes de *The Asphalt Jungle* existió *The Jungle Book*.

—Ésa no la vi.

—Es de leer, no de ver. Kipling, querido Donald. Pero ésa ya es otra historia.

—No entiendo nada, señor Hammett.

—Mejor.

Tardaron media hora más en llegar al centro de Manhattan. En ese lapso el hombre flaco instruyó a Donald Poynton sobre los beneficios de la información tabicada, un tipo de saber o de disciplina operativa que en su caso provenía probablemente no de los años en la Pinkerton sino de la frecuentación de células de las organizaciones izquierdistas que había integrado o al menos conocido casi indiscriminadamente durante los últimos quince años.

—Basta con que sepas lo que te sirva para operar eficazmente, Donald. Y eso vale también para Rosen y su socio. Y cuanto menos nombres conozcas, mejor.

—Supongo entonces que no tengo que preguntar por qué no vamos detrás del señor Fanesi y esa loca.

—Exacto. Vamos al Derby.

Bunny, el barman, dejó de repasar por enésima vez las mismas copas

limpias con la mirada perdida en el vacío cuando el hombre flaco se acercó a la barra.

—Hola, Dash —dijo con un leve destello en los ojos grises.

—Hola, Bunny —dijo Hammett mientras depositaba el sobre junto a su mano—. ¿A qué hora suele pasar el El Dentista?

—No antes de las nueve.

—Entonces dale estas piezas de mi parte: necesito que me diga quién muerde con estos dientes. Es urgente.

El barman levantó el sobre y lo agitó como si esperase que sonara como una campanilla. Después lo colocó bajo el mostrador y preguntó:

—¿Tú regresas?

—Siempre.

Bunny sonrió, quiso ser más preciso pero el hombre flaco lo interrumpió:

—¿Recuerdas al muchacho de color que estuvo conmigo y otra pareja la semana pasada? Él irá mañana a recogerlos. Se llama Donald Poynton. Pero dile al Dentista que me llame; él siempre sabe dónde y cómo encontrarme.

—Sí, señor.

Hammett se acodó y dijo:

—¿Sabes? Incluso hubo un tiempo en que con El Dentista no podíamos dejar de hacerlo.

—¿Qué cosa?

—Encontrarnos: compartimos encierro una semana, hace años.

Bunny frunció el entrecejo.

—No, cárcel no. Aunque poco faltó —dijo Hammett—. La agencia en la que trabajábamos, en San Francisco, nos encomendó una vigilancia en un buque anclado que partía en una semana a Makao. Día y noche en un camarote de tres por tres. Se sospechaba que había un polizón.

Bunny ahora levantó las cejas. Las largas horas diarias detrás de la barra lo habían llevado a economizar al máximo su repertorio verbal cuando el simple

gesto bastaba.

—Y no había —el hombre flaco sonrió levemente—. No había polizón. Así que hubo que inventar uno; si no, no cobrábamos. Nos conseguimos un chino joven, ágil y buen nadador que hizo muy bien el papel por veinte dólares. Lo entramos de noche, lo descubrimos a la luz del día, lo perseguimos, se arrojó por la borda y le disparamos media docena de tiros con testigos. Cuando a la mañana apareció el cuerpo de un chino baleado en el puerto y nadie lo reclamó, fuimos a identificarlo: era el polizón, claro, aunque tenía cuarenta años y treinta kilos más. Un cadáver de chino en ese entonces, sin papeles y puesto en el lugar, se conseguía por cincuenta dólares. La policía encontraba dos o tres por noche en los callejones. La Agencia cobró y a nosotros nos felicitaron.

Bunny asintió sin comentarios. Apenas si adelantó el labio inferior en gesto acaso de admiración. Hammett miró su reloj:

—¿Me traerías un café?

—Claro.

El barman dejó la copa que repasaba mecánicamente junto a las otras enfiladas y se volvió hacia la máquina express. Estaban casi solos a esa hora en el Derby.

—¿Ha estado Gus estos días? —dijo Hammett.

—Pasó un momento y sólo a dejar el anuncio de la exposición. Lo ha puesto allí adelante.

Hammett se apartó de la barra y volvió a salir a la calle para observar el anuncio adherido por dentro al cristal de la ventana más cercana a la puerta de entrada. Se veía bien: *Gustave Irongate. Last Family Works*. El cuadro elegido era uno de los últimos, de los que él no había llegado a ver. La nuca abatida de la figura central, el propio Gus, era de una melancolía atroz.

Volvió a la barra y tomó un sorbo del café recién servido:

—¿Cómo estaba, Bunny?

—Nunca había visto a alguien invitar a su propio funeral.

—Así suelen ser los artistas. ¿Bebió mucho?

—Estaba con un chico y se cuidó un poco.

—Es su hijo Tony.

—Ah, me pareció un chico listo. ¿Sabes lo que me dijo, Dash?

El hombre flaco meneó la cabeza.

—“Probablemente, señor, no necesite tener tantas luces encendidas para conseguir esta luminosidad”, me dijo el chico.

El barman estaba admirado. Repitió:

—“Probablemente, señor”, me dijo, sí señor. Y me señaló cómo apagando esa y aquella y esta otra y poniendo luces pequeñas sobre los espejos de las mesas individuales tendría “un efecto más íntimo sin que parezca sombrío”.

—Es un chico listo.

—Mucho más que el padre.

—Suele suceder. ¿Tienes hijos, Bunny?

—Jamás me atrevería.

Cuando Dashiell Hammett llegó a la Pennsylvania Station el reloj mayor marcaba un cuarto para las cinco de la tarde. Era temprano aún. La llamada de Tulip, justo en el momento en que esperaba a Rosen y había llegado el imprevisto señor Fanesi, lo había sorprendido. Había convenido, de apuro, en encontrarse con él sin tener demasiado claro por qué ni para qué. Acaso por un difuso sentimiento de culpa o responsabilidad por lo que había sucedido. De todos modos, ya estaba allí. Según lo convenido, cuando faltaban cinco para las cinco se dirigió directamente a la zona de los lockers y tras una somera inspección visual de los alrededores sacó su llave y se agachó para abrir el gabinete 129 del sector B. La cerradura cedió con facilidad. Abrió la puerta.

El compartimiento estaba vacío. Volvió a mirar su llave, verificó los números. Volvió a mirar el interior vacío. Maldijo. Cerró la puerta, giró la llave y se incorporó. Miró para ambos lados y comenzó a caminar lleno de furia con paso firme hacia la salida.

Cuando llegó al hall central la multitud en tránsito lo hizo moverse con cierta dificultad y debió retardar la marcha. De pronto percibió la agitación sorda de un forcejeo o tumulto a sus espaldas; se volvió apenas y alcanzó a ver de reojo a un hombre caído a menos de dos metros con alguien que se agachaba sobre él mientras la gente se arremolinaba. Hubo un par de gritos, amagos de corridas e instintivamente apretó el paso alejándose. De improviso sintió la presencia de alguien pegado a su espalda y enseguida la repentina presión de un revólver o de algo que quería parecerlo en la parte posterior de las costillas. No llegó a hacer un gesto.

—Sigue caminando y ni siquiera te vuelvas —le dijeron cerca del oído izquierdo.

Reconoció la voz.

—¿Qué pasa?

—Cállate. Camina hacia la salida.

Quiso volverse.

—Te estoy salvando la vida, estúpido.

Caminaron con paso rápido en tándem hasta salir de la estación. Había una fila de taxis. De pronto Hammett sintió que la presión del caño desaparecía y una manaza lo sujetaba del antebrazo.

—Súbete al primero, Chim.

Obedeció sin darse vuelta, abrió la portezuela y se sentó en el extremo más lejano del asiento. Tulip tardó algunos segundos en subir. Hammett sólo le veía medio cuerpo. Lo vio guardar la pistola en el bolsillo del entallado abrigo negro abotonado y girar el torso como si vigilara el panorama antes de treparse él también al taxi.

—Acelera, amigo —dijo mientras se sacaba el sombrero hongo y cerraba con un portazo.

El taxista, un negro enorme de gorra a cuadros, se puso en marcha pero se volvió como si necesitara precisiones.

—En marcha amigo, todo recto —dijo Tulip sin mirarlo. Vigilaba por la ventanilla trasera—. Ya te diré.

Hammett pudo observarlo ahora con más atención. Tulip estaba vestido como si acabara de salir de una reunión en su propia oficina de Wall Street donde había firmado con pluma de oro la fusión de un par de compañías financieras de ultramar de las que ya ni recordara el nombre. Sujetaba un maletín negro de piel sobre las rodillas y había apoyado el sombrero cuidadosamente encima. El terno gris con la camisa blanca y la corbata azul con sujetador de oro le caían impecables. Le brillaban los zapatos acordonados. Las gafas redondas de gruesa armazón de carey resaltaban una inédita palidez. Estaba perfectamente afeitado, con el cabello corto y teñido de castaño oscuro. Parecía incluso más delgado y no hubiera extrañado si en el momento de fumar sacase una boquilla y encendiera un cigarrillo egipcio.

—¿Qué fue eso? —dijo el hombre flaco—. Eres un bastardo hijo de puta.

Tulip se apantalló levemente con el ala corta del sombrero.

—No te excedas. Si te refieres al gabinete vacío, Chim, no sé nada. Estoy tan sorprendido como tú. La vez anterior, cuando lo devolviste, fue por lo menos conmovedor. Pero esta vez pensé que valía la pena estar contigo en el momento en que te juntaras con tus cosas... No sé qué pudo haber pasado.

Hammett meneó la cabeza:

—Tal vez se venció el plazo de alquiler y la administración la retiró.

—No creo que estés en condiciones de ir a preguntar... Ni yo tampoco. La primera vez...

—¿Me estuviste siguiendo todo el tiempo?

—En el primer caso, tuve suerte. Fue azar puro que estuviese cerca para

verte hacer lo que hiciste.

—¿Y ahora? ¿Estabas emboscado? ¿A quién golpeaste recién?

—Te estaban esperando; iban a detenerte, Chim. O algo peor.

—¿Quiénes?

—¿No reconociste al buen soldado Gath?

—¿Era él?

—Era él, Gath. La ropa de civil acaso no lo favorezca.

—A ti sí. Estás muy elegante, Tulip. Te sienta bien el uniforme de fugitivo de la Justicia.

El coronel asintió. Hammett advirtió que las gafas no tenían cristales.

—¿Te acuerdas de Gath y de Chaves? —dijo Tulip—. Pensé que iba a estar el otro también.

Hammett los recordaba perfectamente. Eran de los más jóvenes del regimiento, en Gokey; dos chicos muy simples de Mahatown, un poblado perdido en el desierto a cien millas de Tucson, que jamás habían salido de Arizona —ni siquiera de su pueblo— antes de la guerra. Andaban siempre juntos, como si eso los protegiera. Gath era pequeño, rubio y de ojos casi transparentes; a Chaves, que tenía sangre india, lo recordaba robusto y oscuro. En su momento los había tratado con especial atención por su condición desvalida, pero después no le extrañó que declararan en apariencia ingenuamente sobre él y su “simpatía por los rojos” cuando la prensa amarilla lanzada a la caza de comunistas comenzó a revolver la basura buscando cómo inculparlo.

—¿Quién los manda a estos dos? ¿Qué es lo que pasa?

—Según pude averiguar, hace ya un tiempo que te rondan. Hasta ahora era cuestión de asustarte, pero no sé hasta dónde estaban autorizados a llegar.

—¿Qué quieres decir?

—Si alguien anda con algo como esto —y extrajo apenas la culata de la pistola que se había metido en el bolsillo— es porque está dispuesto a usarla.

E incluso puede ser que ya las hayan usado contigo, Chim.

—¿Cómo sabes?

—Me dijiste que te tirotearon...

Hammett observó a su amigo detenidamente:

—Digo cómo sabes tanto de ellos y por qué sabías que iban a estar aquí hoy. ¿Me citaste para demostrarme que me seguían y rescatarme?

—Me haces reír, Chim: cuando escribías supuestamente en serio, el gordo de la Continental iba de aquí para allá llevado por simples corazonadas que lo hacían llegar siempre a tiempo. Y ahora no me permites a mí...

—Es diferente.

—Es cierto, lo mío es mucho más verosímil, como te gustaría decir a ti. Y muy simple —Tulip sacó el periódico vespertino que tenía doblado en cuatro en el otro bolsillo de la chaqueta y se lo arrojó sobre las rodillas—. Por lo menos tengo la costumbre, que Sherlock Holmes y otros improvisados practicaban y que tú has perdido, de leer el diario. Fíjate ahí abajo, a ver si te enteras. Aunque sea sobre lo que pasa.

Era un recuadro de menos de quince líneas, noticia agregada de último momento. “Queens: cadáver de un hombre en vivienda desocupada”. La policía sólo había suministrado, parcialmente, los datos del muerto Ashley Weed D., de 61 años, para no entorpecer la investigación ya en curso. Sólo se sabía que la esposa había denunciado su desaparición días atrás. Ahora buscaban a la mujer, que también había desaparecido.

—¿Quién es el tipo?

—Tu colega Ashley Weed Dickinson.

—¿El marido de Nell?

Tulip asintió con el mentón. Hammett retomó el periódico y volvió a leer la noticia:

—¿Y ella?

Tulip se encogió de hombros:

—Pensé que acaso tú sabrías. Y parece que Gath y Chaves también pensaron o alguien pensó por ellos lo mismo: supieron que ella había dejado algo en la consigna y pensaron que acaso a ti o a ella les interesaría pasar a retirarlo en una situación de emergencia.

El hombre flaco parpadeó un par de veces:

—Explícame todo esto, si es que puedes. Sobre todo qué tienes que ver con Nell —dijo con furia mal contenida—. En Katonah me sacaste el tema de ella como para tirarme la lengua pero me ocultaste que la conocías. Cuéntame desde el principio.

—No hay un solo principio, Chim. Y no me hagas una tardía y falsa escena de celos con una amiga que descuidaste. Pero si quieres te puedo explicar el final, por qué te llamé hoy, por qué estoy aquí pese a que me maltrataste incluso mucho más de lo que podía esperarse de un presumido como tú.

—No tienes derecho a hablar así.

—Tengo. Me echaste de tu casa. O peor: de una casa que ni siquiera es tuya. Hammett resopló y se volvió hacia la ventanilla sin contestar. Circulaban rápido, bordeaban los muelles.

Tulip se dirigió ahora al chofer:

—Sube al puente, amigo: mi compañero no conoce Brooklyn.

El taxi se colocó entre dos pesados camiones y entró al puente mientras comenzaba a atardecer tras los rascacielos que iban quedando atrás.

—¿Adónde vamos? —dijo el hombre flaco.

En lugar de contestar, Tulip se acercó hasta el oído mismo del taxista y le dio una dirección que Hammett no pudo oír.

—Tómame tu tiempo en llegar —le dijo finalmente—. Calcúlale no menos de media hora, pero tampoco más: es lo máximo que aguanta mi amigo sin necesidad de correr a vaciar la vejiga.

Después se echó hacia atrás en el asiento y dijo:

—No entendiste el mensaje, Chim. Y eso porque piensas mal de mí. De

nada sirvió que te dejara las pruebas de mi lealtad sincera.

—¿El abrigo y la llave? Al contrario: el abrigo sólo me probó que sobre lo de Gokey yo tenía razón. Y la llave, que me habías mentido con respecto a todo lo que conversamos. ¿Por qué no me dijiste que conocías a Nell y que te habías apoderado de la maleta con todos mis viejos manuscritos en lugar de inventar toda esa historia de un misterioso vendedor?

—No me he apoderado de nada, como dices, y lo has comprobado. Y la historia no es un invento, viejo Chim.

—¿Y por qué volviste ahora? Después de lo que nos hiciste pasar...

—La explicación está en la cuestión del fin y los medios. O la admisión del mal menor, si quieres. Las mías siempre fueron buenas acciones, acaso en un contexto deplorable. Tenemos experiencia al respecto, sólo que en este caso no lo elegí del todo.

—¿Vas a darme lecciones de moral?

Tulip pareció no escucharlo:

—¿Qué nos hace el Tío Sam? —dijo imprevistamente—. Te apunta con el dedo y dice: “I need you, fucker”. Te chantajea con una causa justa que puedas comprar para tener el tiempo ocupado en no pensar en tu vida. Consigues que otro decida por ti. A mí Pearl Harbor me vino bien y a ti también te vino acaso mejor, viejo tramposo —con un gesto acalló el intento de Hammett de interrumpir—. Claro que después, cuando sales, empiezas a girar en el vacío y terminas alcohólico o preso, menos por convicciones que por creerte un papel. En el fondo tampoco te molestó la cárcel. No te cambió la vida demasiado y en apariencia estar en esa cueva tenía un sentido. ¿Y todo por qué? Porque no puedes escribir. Todo lo demás son estupideces. Piénsalo.

—Ya lo has pensado por mí.

—Eres tan soberbio... No hice sino buscar la manera de ayudarte a salir del estado de momificación que tratas de enmascarar con arranques de izquierdismo infantil y retazos de filosofía barata. Ahora por lo menos,

conmigo, con algunas mentiras mediante, has tenido un poco de acción en tu vida.

—¿Así que todo esto no es más que tu forma de ayudarme?

—Además de salvarte la vida hace diez minutos.

—Explícame eso, ángel guardián.

Tulip sonrió y se arrellanó en el fondo del asiento:

—Por fin accedes a reconocer que me necesitas, culo triste. Toda tu capacidad de seducción se agota con las mujeres, me parece. Algo habrás hecho mal para que estos pichones que tenías bajo el ala en Gokey ahora traten de vaciarte los ojos. Cría pollos...

—Cuervos.

—Tú lo has dicho, yo no.

—Gatt y Chaves son incapaces de coordinar la hora del cambio de guardia y ahora me querrás convencer de que alguien les asignó tareas de investigación criminal y de inteligencia para la seguridad interna del Estado o poco menos. Una operación que tú conoces, además.

—Míralo así, viejo desagradecido: estás complicado. Has admitido que el FBI te tiene en la mira y busca cualquier basurita en tu ojo, piedrita en tu zapato o partícula de polvo en tu solapa para inculparte de cualquier cosa. Y he aquí que aparece muerto un tipo con el que estás vinculado mucho más de lo que quisieras o incluso de lo que sepas. Y soy yo el que te saca de entre las llamas del incendio, chamuscado para ponerte a salvo. Sin embargo, lo primero que se te ocurre es sospechar de mí. ¿Te enteras de adónde quiero llegar?

Hammett asintió cautelosamente.

—No sé a dónde quieres llegar. Ojalá lo supiera. ¿Sabes que tras la estela de tus... llamémoslas desprolijidades —dijo con ira apenas contenida— llegó la policía del condado para ponernos al tanto de tu raid delictivo a través de varios estados y terminamos, por tu exclusiva culpa, en la cárcel?

—¿Tú, en la cárcel otra vez? Supongo que lo habrás disfrutado, Chim.

—No es broma: golpearon a Poynton, Tulip.

—Me cae bien ese *welter*, lo siento por él. No por ti.

El hombre flaco pasó por alto el desplante y lo observó por un momento:

—¿Qué pasa, Tulip? El robo del automóvil, lo de la farmacia y haber atropellado a ese tipo que al final se murió no son travesuras. Y si te agarran ahora, seguro que con una identidad falsa...

—Llámame Sanders.

—Si te agarran, Sanders, vas a ir a la sombra por un rato largo. ¿Es lo que quieres? Pareciera que no te importa nada.

—Me importas tú, imbécil.

—Mientes. Y ya no sabes qué hacer para llamar mi atención, que es otra cosa.

El rechazazo en *hook* salió disparado de abajo hacia arriba y aunque le faltó recorrido para resultar del todo potente y eficaz alcanzó a Hammett entre el pómulo y la oreja izquierda. El movimiento evasivo hacia atrás amortiguó el impacto.

—¿Qué haces, hijo de puta? —dijo el hombre flaco rehaciéndose y arrojando una sucesión de patadas que golpearon a Tulip en las piernas.

—No miento. Te digo que me importas tú, imbécil arrogante —replicó Tulip a la defensiva después de un momento.

Quedaron en silencio. Hammett se frotaba la cara y miraba por la ventanilla de su lado.

—Por si te interesa, todo eso del coche es una causa armada —prosiguió Tulip—. No es así. Lo de la farmacia...

—Averiguamos con mi abogado, estuvimos ahí.

—Entonces te lo habrán contado mal: pagué esas medicinas, Chim; lo que no tenía era receta. Sabes cómo es. Y lo del tipo atropellado en Jersey, no fui yo. No manejaba yo, digo. ¿Me oyes? ¿Me crees lo que te digo?

—Mentiste con lo del uniforme...

Ahora fue Tulip el que hizo silencio. Permaneció un largo momento mirando su impecable sombrero y después golpeó con los nudillos el vidrio del conductor.

—¿Qué haces? —dijo Hammett.

—Me bajo aquí. O te bajas tú, como quieras. No hay más que hablar.

—Espera.

El hombre flaco le hizo un gesto al conductor para que siguiera y se volvió a su amigo. Tenía el pómulo enrojecido y la mirada cansada.

—Terminemos con esto. Dime lo que tengas que decirme de una vez.

—Discúlpame por haberte golpeado.

—No debí decirte lo que dije.

—Eso es verdad.

El coronel Lindgren, alias Swede, alias Tulip y con carnet de identidad a nombre de Edmund Sanders, se acomodó en el extremo del asiento para estirar mejor su pierna dolorida y dijo:

—Te voy a contar una buena historia, Chim. Buena de verdad. Y no me vas a poder decir que no te interesa o que sólo es una de las tantas tonterías que me atribuyes. Tiene aspectos y personajes de los que en otra época te interesaban, antes de que te pusieras engreído e insoportable. Ya que las formas muy directas y testimoniales parece que te incomodan, te lo plantearé como una historia figurada.

Hammett nada dijo.

—Supongamos que el protagonista de la historia sea un militar maduro en apuros que no vienen al caso contarle al lector desde el principio, y que tras ser licenciado al estilo de lo que pasa en las películas de Alan Ladd, pero sin Verónica Lake ni mujer equivalente que lo espere, deambula un tiempo hasta que se entera de que un amigo que suele ver cada tanto tiempo no la está pasando bien y, aunque no se lo merece, decide ver cómo, pese a sus propias

dificultades, puede ayudarlo.

—Dejemos esa última parte improbable... ¿Qué tipo de apuros tiene tu militar?

—Digamos que alguna molestia de salud y la amenaza pendiente de un sumario por cierta situación equívoca durante el servicio activo que lo ha colocado en situación legalmente vulnerable. No un consejo de guerra, digamos, pero sí cierta incomodidad. Lo real es que este militar tiene dificultades para hallar a su amigo porque éste se ha escondido como una cucaracha después de cierta tonta experiencia de falso principismo que lo llevó a la cárcel. Bien merecida, por supuesto. Buscando cómo hallarlo, recuerda que su amigo recibió cuando estaban en las Aleutianas un par de cartas de una vieja amiga de New York y, como la chica le resultó interesante, tomó nota de su nombre y dirección. Así, hizo contacto con ella.

—¿Cuánto hace de esto?

—Dos años atrás, cuando la amiga vivía en Manhattan aún. No se había mudado y estaba ocasionalmente separada de Dickinson.

—¿Tengo que creer eso?

—No veo por qué no. Has creído en tantas estupideces, Chim, que puedes digerir esto sin pestañear.

—Prosigue.

—Lo interesante es que la chica, en soledad ocasional, sensible y afectivamente accesible, cuando le mencionan al amigo en común asegura que ella tampoco sabe adónde está el evasivo e ingrato conejo pero que también desearía saber de él, porque no la está pasando bien y su lealtad (así dice) tiene o tendrá, supone, un límite.

—Yo estaba en la cárcel cuando se supone que fuiste a ver a Nell, Tulip...

—No. Y me extraña, detective. De ser así, hubiera sabido —todos hubiéramos sabido— dónde estabas por entonces. Fue antes, Chim, apenas meses antes. Cuando todavía estaban buscando cómo ponerte un tiempo a la

sombra. Y parece que la molestaron a ella; eso al menos le cuenta al militar licenciado de mi historia. Esta mujer tiene algunas cosas en su poder y le explica (o le insinúa enigmáticamente, mejor) al paciente coronel, que le presta el hombro con la nunca desmentida esperanza de tener algún tipo de recompensa algo más que emocional...

—Me imagino.

—Imaginas bien y aciertas, Chim. Retomo la idea: esta sensible mujer le explica al coronel que conserva en su poder cosas del amigo común que —dadas las circunstancias— pueden ser comprometedoras para ella.

—Mientes.

—Como quieras, culo triste —Tulip hizo un gesto de impaciencia y cambió el tono y el registro figurado—. Seré breve: la cuestión es que tu Nell, tras esas primeras confesiones y ocasionales intimidaciones, de un día para otro dejó de devolverme los llamados y al fin me dijo que había reconstruido su vida, había vuelto con Dickinson, se mudaba y me pidió que no nos viéramos más.

—Sabia decisión.

—No tanto, ya verás. Porque pasó un tiempo y ahí sí, más o menos en la época en que nos enteramos, todos, de que te habían metido en la cárcel, ahora fue ella la que me llamó. Pero no para lo que yo esperaba.

—Nell estaba todavía en Manhattan.

—Pero se mudaba y entonces fue que el tema de la maleta comenzó a ser un problema crítico para ella, Chim.

—¿Por qué?

—Porque Dickinson se enteró del contenido y se puso como loco.

—¿Qué le pasaba a Dickinson?

Tulip se señaló el bolsillo con el diario doblado en cuatro.

—Este ahora cadáver nunca te soportó, Chim...

—No lo conocí.

—Pero él a ti sí —dijo Tulip como quien explica lo innecesario—. Y te

odiaba. Tal vez por ser él un escritor mediocre y envidioso, o porque tú habías pasado antes por ahí, por Nell, digo; o por lo que fuere. Además, no era de los que simpatizan con los rojos, así que cuando supo que Nell tenía esas cosas tuyas guardadas primero la amenazó con quemárselas y después le pidió que las destruyera o las tirara a la basura antes de que les trajeran problemas. Asustada, ella se lo prometió. Y fue entonces cuando me llamó, en vísperas de la mudanza, pues además tenía evidencias de que había gente muy interesada en revisar qué habías dejado allí.

—¿Y qué se supone que había de tan peligroso en esa vieja maleta?

—Si no lo sabes tú, Chim. Jamás la revisé.

—No puedo creer eso. Las cosas que me mostraste salieron de ahí.

—Pero no las saqué yo. Y ahí está la otra cuestión: Nell me dijo que había un tipo rondando desde hacía un tiempo del que desconfiaba.

—¿Qué tipo?

—Uno que entraba y salía. Lo vi un par de veces. Te lo describí, Chim. Te dije que había un tipo raro, joven admirador tuyo, que tenía cosas. Estaba siempre por ahí, era amigo de los dos. Ella y Dickinson siempre se refirieron a él como Bobby.

—¿Bobby?

—Sí, Bobby. Por lo que sé, se les acercó con la propuesta de editar un magazine de relatos criminales como los de los viejos tiempos. Se entusiasmaron, empezaron a escribir, les adelantó unos dólares... En apariencia tenía dinero, sabía mucho sobre ti y estaba interesado en publicar también algún inédito tuyo. Pero ella, rápidamente o no, después de unos meses de frecuentarlo se dio cuenta de que lo del magazine no avanzaba y que lo que a él le interesaba eras tú y sólo tú, Chim... Como insistía con tus papeles, Nell comenzó a sospechar de él. Cuando el tipo finalmente desapareció con todos los cuentos del primer número del supuesto magazine y el original de una novela corta que ella le había dado empezó a sospechar y

ahí me llamó para que la ayudara a sacar tus cosas de la casa.

—¿Y por qué no se las llevó ella a otra parte?

—Dickinson la vigilaba, le hubiera preguntado qué había hecho con eso...

Por eso, Nell tuvo la presencia de ánimo suficiente como para llamarme e idear un plan conmigo: sacó la maleta una noche y la dejó en el bote de la basura para tranquilizar a Dickinson pero al mismo tiempo me encargó que la recogiera y la pusiese en un lugar seguro. Por eso la llevé a la consigna y ahí quedó. Después, nunca supe dónde ni cómo ubicarla. Le hubiera dado la llave. El resto lo sabes sólo tú.

Hammett lo miró. No le creía una palabra. O sí, pero no hubiera sabido qué palabra elegir de tantas y tan peligrosamente ordenadas en un relato en el que los vacíos eran mucho más importantes que los sucesos de detallada coherencia.

—Tulip, todo esto es basura. No pretenderás que te lo crea.

—Te lo repito: ¿por qué no? Tú, que eres capaz de tragarte los cuentos de hadas soviéticos y niegas los campos de concentración en Siberia. No la hubieras pasado tan cómodo si hubiera sido al revés y te hubieran juzgado tus camaradas.

—¿No es cuestión de elegir entre el FBI y la KGB! —se ofuscó Hammett.

—Habla más bajo.

Tulip señaló con el rabillo del ojo el espejo retrovisor del taxista que los observaba.

El hombre desvió inmediatamente la mirada. Se produjo un silencio.

—¿Quién mató a Dickinson? —dijo Hammett luego de un momento, con la voz ostensiblemente contenida.

—No lo mataron —respondió Tulip en el mismo tono—. Al parecer se desnucó al intentar salir por la escalera de incendios. Lo habían secuestrado o algo así, porque estaba encerrado en una casa que él mismo había alquilado. Además, Dickinson tenía una amante, una chica que trabajaba en su casa, y

Nell lo sabía. Puede haber tenido que ver.

El hombre flaco meneó la cabeza:

—Basta de distraerme con detalles, Tulip... Vamos a lo concreto: ¿Qué tiene que ver la muerte de Dickinson con la maleta? ¿Por qué Gath rondaba por la Penn? ¿Le encontraron una llave a él, a Dickinson? ¿Se la diste tú a Nell y él la robó? —a esa altura, ya estaba exasperado y estalló—: ¿Quiénes son los bastardos que tienen ahora mis papeles?

Tulip lo observó unos instantes con perpleja simpatía:

—Así me gusta verte y oírte, cabrón. Y te digo que de todo eso no tengo la menor idea. ¿Me crees?

—¿Qué parte?

—Todo... Bah, todo no. En general, digo.

Hammett desvió la mirada a la ventanilla y sólo habló después de un buen rato:

—¿Sabes qué pienso, Tulip? No sé quién está escribiendo este guión pero todo esto es una especie de McGuffin gigante.

Tulip enarcó las cejas.

—Hitch —dijo Hammett sin explicar.

—¿Quién?

—Alfred Hitchcock, el gordo, el que sabe demasiado.

El taxi se detuvo en un semáforo y el conductor se volvió:

—Purple St. está cortada, ¿doy toda la vuelta?

Al oír el nombre de la calle Hammett estuvo a punto de hacer un comentario, pero calló. Tulip no pareció advertirlo.

—Bajamos aquí —dijo.

Mientras el taxi se arrimaba a la acera, Tulip se llevó la mano a la cadera y extrajo disimuladamente un arma que dejó sobre el asiento, a mano de

Hammett y fuera de la vista del conductor.

—Espero que te acuerdes de cómo se hace, Chim —dijo con un guiño—. Es la que le quité a Gath, puedes necesitarla.

El hombre flaco se la guardó en el bolsillo mientras su amigo pagaba.

Descendieron. El taxi giró a la derecha por la transversal y se alejó. Quedaron frente a la calle cortada. Una valla roja y blanca interrumpía el tránsito por Purple St., que parecía recién bombardeada. Una cuadrilla de hombres uniformados con monos grises trajinaba con picos y palas dentro de lo que parecía una larga trinchera. Gruesos caños de cemento yacían alineados todo a lo largo de la zanja y una máquina perforadora atronaba en el extremo más lejano del hueco.

—¿Adónde vamos? —dijo Hammett.

—Sólo quiero completar el par. Para que veas.

Tulip miraba detenidamente en derredor. A ambos lados de la calle despanzurrada se alineaban casas bajas con frentes de estuco; algunos hombres ociosos fumaban sentados en los escalones de entrada y observaban el espectáculo del trabajo ajeno. Había también un par de feos edificios de tres pisos, alguna vez amarillos y con escuálidos jardines a la calle. Detrás de las rejas, un perro le ladraba probablemente desde hacía horas o días a la máquina perforadora. Había un drugstore en la esquina y un mercado a mitad de cuadra. Un vehículo policial estaba estacionado discretamente con dos hombres a bordo en la media cuadra, al otro lado de la calle.

—Tulip...

Tres chicos negros de regreso de la escuela atravesaron la valla y se metieron dentro de los caños de cemento, iban pasando de uno a otro. Hammett los siguió con la mirada hasta que se asomaron en el último.

—Tulip, ¿adónde es que vamos? —insistió.

—Es enfrente —dijo finalmente el coronel—. Quédate aquí que vuelvo en un momento. No hagas nada, pase lo que pase.

Hammett lo siguió con la mirada mientras cruzaba la calle e instintivamente se llevó la mano al bolsillo y empuñó el arma. Su amigo caminaba con la habitual actitud de un rompehielos pero le pareció que rengueaba algo más de lo que desearía reconocer. Tulip llegó a la acera de enfrente y por un momento Hammett supuso que se dirigiría hacia el coche de la policía. Pero no fue así. Tras mirar a ambos lados, se acercó a un hombre joven, moreno y robusto, vestido con una camisa clara, que estaba apoyado como al descuido en la toma de agua, junto al bordillo, como si fuera lo más natural. Reconoció inmediatamente al soldado Chaves. Los observó dialogar durante un par de minutos. En un momento dado, Tulip lo tomó del brazo y entraron juntos al drugstore de la esquina. Hammett soltó el arma que tenía empuñada dentro del bolsillo, caminó unos pasos y se apoyó en la pared.

Los chicos negros seguían jugando quién sabe a qué, entrando y saliendo de los caños de cemento. Volvió la mirada al drugstore: allí estaban Tulip y Chaves conferenciando amigablemente. Los veía a través de la ventana iluminada. Giró la cabeza y ahora los chicos saltaban sobre las montañas de tierra removida, iban y venían, se turnaban para saltar a ver quién llegaba más lejos. Había un hombre negro observándolos, acaso el padre o el hermano de alguno de ellos. Volvió a mirar: era Poynton.

En ese momento sintió que lo tocaban suavemente en el hombro. Se volvió sobresaltado:

—Oye, Chim...

Tulip le sonreía con los labios congelados mientras el que lo acompañaba, inmóvil, mudo, pegado a su cuerpo, tenía la expresión elocuente pero indefinible de alguien a punto de saltar en paracaídas.

—Creo que conoces bien al amigo Chaves.

Hammett asintió sin emitir sonido ni mostrar sorpresa. Vio el arma de Tulip pegada a las costillas del imprevisto prisionero y su propia mano se crispó en la culata de la suya en el bolsillo.

—Saluda, hijo de puta —dijo Tulip.

—Sargento... —murmuró Chaves con los ojos muy abiertos, llevándose la punta de los dedos a la sien.

—Descanso —dijo Hammett en automático.

Tulip echó al aire una carcajada y, de regreso de la expansión, pateó el tobillo de su prisionero.

—Ya viste quién era. Ahora tienes diez segundos para perderte en la boca del subterráneo —gruñó entre dientes—. Y recuerda que te estaré vigilando.

—Sí, señor.

Lo miraron perderse juntos. Nadie pareció darse cuenta, en los alrededores, de la escena. —El factor sorpresa, Chim —dijo Tulip guardando su arma en la cintura—. Los segundos que tardó en reconocerme fueron fatales para él. Todavía debe estar preguntándose qué pasó.

—Los años que llevo de conocerte y reconocerte me dan una ventaja equivalente —dijo Hammett con helada quietud. Ahora era él quien empuñaba un arma cerca de los riñones del amigo—. Dame esa pistola.

—Ni lo pienses.

—Dámela, Tulip.

—Te equivocas. Nunca te diré adónde íbamos ni por qué, culo triste.

—Me parece que sé lo suficiente. Dámela.

—No te la daré.

—Eso lo veremos.

Hammett, sin dejar de apuntarle desde el bolsillo izquierdo de la chaqueta, levantó el brazo derecho e hizo una larga señal de aviso a Poynton.

Los segundos que tardó Donald en acusar recibo y reconocerlo bastaron para que Tulip rearmara su estrategia:

—¿Qué hace ese negro acá? —dijo con inocultable fastidio.

—Hace eso, precisamente: está. Y está, sólo y nada más que porque no sabe por qué.

Tulip meneó la cabeza mientras Donald se aproximaba.

—No sabes en lo que te metes, Chim.

—Ya me lo explicarás. Tenemos tiempo.

En silencio y con los ojos muy abiertos, Donald Poynton llegó, vio lo que sucedía y recibió la orden:

—Tiene dos armas. Una en el bolsillo y otra en la cintura. Sácaselas ya.

Poynton vaciló apenas.

—¡Sácaselas, maldición! —masculló Hammett.

—Sí, señor Hammett.

Los habitantes del barrio deberían estar acostumbrados a escenas similares porque pese a que la escasa pericia de Poynton y la irónica disponibilidad de Tulip hicieron que la operación resultara aparatosa y visible para quien quisiera darse por enterado, nadie en los alrededores hizo un gesto. Ni siquiera o sobre todo cuando el vehículo policial se puso en movimiento, activó la sirena, pasó raudo a escasos metros de ellos y siguió viaje.

—Se la llevaron —dijo Poynton con los bolsillos llenos de armas de diferente calibre.

—¿A quién se llevaron?

—¿No la vio? A ella, señor, a la loca que le disparó a Frisson en la cabaña.

—¿Era ella, estás seguro?

—Sí señor. Estuve haciendo vigilancia descentrada, como la pantera birmana, desde hace tres horas frente a la casa. Lo vi todo. Se la llevó el teniente Giuliano con otro agente del precinto, los conozco bien, señor.

Tulip no podía creer lo que estaba oyendo.

—¿De qué habla este negro?

—Tú cállate.

Hammett apartó su arma de las costillas de Tulip, le dio un empujón, lo mandó contra la pared y puso su propia pistola en el único bolsillo libre que le quedaba a Poynton.

—Desaparece, Donald —le dijo como quien pone un matasellos a una encomienda con destino a Hong Kong—. Pasa mañana por el Derby antes del mediodía. Yo estaré allí. Y lleva por las dudas toda esta ferretería.

—Sí, señor Hammett.

—Nos vemos.

—Señor...

—¿Qué pasa ahora?

Por toda respuesta, Donald Poynton señaló el coche estacionado un poco más allá de donde partiera el vehículo policial. Era un Studebaker amarillo absolutamente inconfundible.

—Ya estaba ahí cuando llegué y no se ha movido.

—Gracias, Poynton. ¿Lo viste a él?

Donald meneó la cabeza. Tulip miraba a uno y a otro.

—¿De quién hablan?

—De un amigo tuyo —dijo Hammett. Y después, volviéndose a Donald—. Gracias, nos vemos mañana.

Poynton se despidió cortésmente según su costumbre. Al caminar, las armas le abultaban inequívocamente en los bolsillos laterales de la chaqueta.

—Las lleva como si fueran caramelos —dijo Tulip admirado.

—Ése es mi muchacho —se jactó Hammett. Y después, hacia Tulip y en otro tono—. ¿No te sientes más liviano y con ganas de conversar?

—Me enfermas, culo triste. Tendrás que devolverme esas armas, lo sabes.

—Claro, pero antes me contestarás algunas preguntas: ¿cuánto conoces al tipo del Studebaker?

—No sé quién andaré en él, pero ése es el auto de Bobby.

Como si la referencia hubiera activado un mecanismo, ambos vieron cómo en el otro extremo de la calle el coche amarillo se ponía en movimiento y con un viraje rápido se perdía en la esquina más lejana.

Hammett no se inmutó:

—¿Bobby qué?

—Te lo dije: sólo Bobby. ¿Lo tienes visto?

El hombre flaco tomó a su amigo por el codo y echaron a andar:

—Describemelo.

Tulip lo hizo, detalladamente, y mientras lo hacía observó de soslayo a Hammett como si esperara algún tipo de reacción particular. El hombre flaco sólo pestañeó un par de veces y al final dijo por lo bajo:

—La primera vez me dijiste que le gustaba hablar y que tiene algo en la voz.

—Como un acento.

—Es más que eso y sé lo que es. Es lo que pasa cuando alguien usa el lenguaje, el idioma, como si tuviera puesto un traje nuevo. O que no es suyo y debe devolverlo. Al mismo tiempo se mira al espejo a cada rato y suele ponerse de perfil para que le digan cómo le queda. En síntesis: correcto pero sin soltura.

—Algo así, Chim, yo no podría decirlo mejor que tú. ¿Lo conoces, entonces?

Por toda respuesta el hombre flaco esbozó una sonrisa, extendió el brazo y detuvo un taxi.

—No abusemos de nuestra buena suerte —dijo mientras subía—. Alejémonos de aquí antes de que sigan pasando cosas.

Tulip permaneció rígido en medio de la acera.

—¿No subes?

—No. Tengo algunas cuestiones que arreglar, y prefiero hacerlo solo — Tulip retuvo la puerta con el brazo y se asomó al interior del taxi—. ¿Alguna idea de quién tiene la maleta, Chim?

—No lo sé, pero lo averiguaremos —dijo Hammett; y después de un momento añadió algo que ni él mismo sospechaba que llegaría a decir—: Ven conmigo a Katonah, Tulip.

—¿Es una propuesta seria?

—No quiero tener delante del señor —y Hammett señaló al taxista con la cabeza— una conversación propia de viejos homosexuales. En realidad, que subas sólo es un pretexto para poder devolverte la trompada.

—Tendrás que esperar, entonces.

Y Tulip cerró la puerta con parsimonioso desdén.

Hammett se bajó del taxi en el acceso por la calle lateral de la Central Station y antes de abordar el tren de regreso a casa entró al kiosco inmediato a la estación a buscar tabaco y el periódico de última hora. Había mucha gente. Mientras recorría los titulares y esperaba por los cigarrillos se distrajo observando la oferta de bebidas. No reconoció por lo menos tres de las marcas de la docena de petacas de whisky y brandy enfiladas en el estante. Hacía cinco años que no compraba una botella.

Ya en el hall, consultó el tablero con horarios y destinos y decidió dejar partir el saturado tren de salida inminente. Había un servicio rápido en media hora. Pensó tomar un café de pie mientras leía el periódico, pero tras mirar una vez más su reloj se metió en una de las cabinas telefónicas y llamó a Pat Neal.

Sorprendentemente la encontró en casa y atendió rápido. Roald Dahl estaba con ella. La conversación fue breve y decepcionante, puramente formal.

—¿Cómo van los ensayos? —dijo tras los prolegómenos y como si le interesaran.

—Bien, muy minuciosos, se avanza de a poco, Dash. La pieza es compleja, como tú sabes. Consulté a Lillian por algunos aspectos del personaje y ayer recibí carta suya desde París —Pat mencionaba a Lillian cada vez que podía como una manera de demostrarle que la tenía muy presente y Hammett se daba cuenta y eso casi lo enfurecía—. Me habla de ti. Se queja de que no le contestas o que sólo le hilvanas una serie de noticias sobre los libros que lees

o las novedades de la Liga Mundial. Deberías aplicarte más, teniendo en cuenta que tu chica está sola y tan lejos de casa —quiso bromear Pat.

—Cena noche de por medio con Ives Montand y Gérard Phillippe en el Ritz —contragolpeó él en el mismo tono—. Y para no salir del mundo de la pantalla: la mujer de Poynton quiere agradecerte la foto con Cooper. Es una insólita admiradora de tu amiga Ayn Rand, además...

—No es mi amiga, Dash. Ya lo hemos aclarado: hablé tres veces con ella durante toda la filmación.

—Está bien. Pero lo que importa es que como Linda va a cocinar rico este viernes pensó que te gustaría venir a probar su lenguado con habichuelas.

—Suenan bien.

—Y huele mejor. Es de nuestra propia cosecha.

—Le diré a Roald.

—No es fácil darle de comer un pescado americano a un máster en bacalao.

—Tiene buen gusto.

—Bien lo sé. Lo compartimos.

Se produjo un silencio.

—Te noto raro, Dash.

Hammett le explicó que hacía más de treinta años que no recibía un puñetazo estando sobrio y que probablemente la novedad de la sensación lo había perturbado un poco. Sin embargo se repondría. Se disculpó por la provocación con el tema Ayn Rand, le prometió llamarla cuando tuviera alguna noticia chispeante y colgó casi con brusquedad.

A continuación llamó sin demasiadas esperanzas a Sam Rosen a la oficina. También lo encontró; acababa de llegar. Lo primero que hizo el abogado fue agradecerle el cuento chino:

—Es maravilloso, Dash. Pero con una ironía casi demasiado moderna, me parece. ¿Es en serio que no recordabas haber comentado ese libro de Waley? ¿Las anotaciones son tuyas?

—Claro. Pero lo peor es que no recordaba la historia tampoco. Y es lo de Flitcraft, está entera la idea ahí. Por suerte, chino muerto no demandar por plagio.

Rosen asintió:

—El chino viejo no, pero qué puede pasar con Fanesi. ¿Está loco, no?

—Tal vez. Pero no tanto como ella. ¿Cómo está Frisson?

El abogado le informó que estaba bastante repuesto y ambos coincidieron en que había tenido mucha suerte.

—¿Y tú? —dijo Rosen—. ¿Has leído las novedades de Dickinson?

—Me enteré por el periódico cuando fui a Pennsylvania Station —dijo Hammett sin entrar en detalles—. Y ahora estoy buscando si hay novedades en la última edición. ¿Qué sabes de Nell?

—Sé lo que se publicó: sigue desaparecida. ¿Hay algo nuevo?

—Espera.

Hammett se tomó su tiempo; retuvo el auricular con el hombro derecho mientras buscaba las noticias policiales. Encontró la referencia a la muerte de Dickinson. El título había cambiado ligeramente: “Muere un hombre presuntamente secuestrado al tratar de huir”. Y había una foto de archivo de Ashley Dickinson que mostraba a un hombre joven, calvo y sonriente. El texto no agregaba información alguna sobre Nell ni mencionaba a otras personas.

—Nada nuevo —confirmó—. Excepto que dan por seguro que estaba secuestrado. Tal vez ahora aparezca Nell entonces, porque hace una hora atrás vi cuando la policía se llevaba de Purple St. a Daisy o Irma. O la loca, como le dice Poynton.

—¿Estabas ahí?

—Te dije que lo haría.

—Dash... —lo cortó Rosen—. Si estás haciendo todo, incluso lo que no deberías, ¿para qué me necesitas entonces?

—Estás hablando como una vieja, Sam, alumno mío.

—Es que te noto raro, Dash.

—Lo dicho: hablas como una vieja. Una mujer de cuya edad no puedo ni siquiera hacerme cargo me ha hecho hace minutos la misma observación.

—¿Qué tan vieja?

—Como para ser mi hija.

—No entiendo.

—No importa. Volviendo a lo nuestro: quedamos en que tú te ocuparías de rastrear a Tulip, ¿o te olvidaste?

—Estuve en eso, Dash —moduló cautelosamente Sam Rosen—. Me ocupé.

Había, o al menos Hammett creyó notar que acaso hubiera, cierta reticencia en el tono, como si su joven abogado hablara con los guantes puestos al tratar ese tema. Y no era lo habitual en su estilo llano.

—¿Lo localizaste?

—Anda suelto todavía, y se supone que con otro nombre e incluso con nueva apariencia.

—Eso sería normal.

—Tal vez. Pero me parece que tu amigo está metido en algo mucho más grave que no devolver un coche, robar una farmacia o atropellar a un ciclista. Acaso el hecho de que lo estén buscando por eso sea una simple tapadera.

—¿Para tapar qué?

—No lo sé aún. ¿Pero sabes quién puso en movimiento a la policía de tres estados y al patrullero del condado en tu puerta? ¿Sabes quién dio el soplo?

—No.

—Tus amigos del FBI. Ellos saben bien quién es Carl Lindgren y por alguna razón, en lugar de echarle el guante ellos, se lo entregaron a los torpes y ruidosos perros del condado para que lo cacen.

—¿Cómo sabes eso?

—Me lo dijo el jefe Thriller. Y me dio a entender que si lo ayudo a encontrarlo, es decir, si tú lo ayudas a través de mí, pueden cerrar tu caso. En

principio, te levantó la prohibición de salir del condado sin autorización.

—¿Y a Poynton?

—No, a él no. ¿Por qué?

—Por nada.

Hammett pudo sentir cómo del otro lado de la línea Sam Rosen se contenía de preguntarle lo que finalmente le preguntó:

—¿Expusiste a Donald Poynton otra vez?

—¿Qué quiere decir con exponer, abogado?

—Dash, te desconozco —dijo Rosen con tono cauteloso—. ¿Sabes cuánto le pueden dar si descubren que violó la prohibición de...

—Lo planteas como si fuera una libertad condicional.

—Es negro y pobre, Dash.

—No me digas lo que ya sé, Rosen.

Hubo un silencio y después, sin mediar palabra, Sam Rosen cortó.

Hammett permaneció con el auricular suspendido a centímetros de su oreja, oyendo el bip bip de la comunicación interrumpida. Se quedó así durante medio minuto hasta que discretos golpecitos en el vidrio de la cabina le indicaron que alguien, una mujer obesa y gesticulante de abrigo y sombrerito gris, negra y pobre, necesitaba utilizar el teléfono. El hombre flaco colgó el auricular y salió escurriéndose por el espacio reducido que le dejó la mujer que irrumpió en la cabina y la cerró con cierto estrépito.

Encendió un cigarrillo, dio dos pitadas largas, consultó su reloj y atravesó con paso vivo y en diagonal el hall de la estación. Una vez en la calle, fue directamente al kiosco y compró una petaca de Four Roses.

## 17. El Dentista

A las once de la mañana del día siguiente, Dashiell Hammett estaba sentado, solo, una vez más mirando llover desde la mesa de la ventana más lejana a la puerta del Derby cuando vio entrar pausadamente, de a tramos, al largo Gus Irongate. Le hizo un gesto y el pintor asintió.

Gus avanzó entre las mesas. Tenía un aire perplejo, con los anteojos empañados y el pelo mojado y algo revuelto. Al llegar se quitó la gabardina, dejó el paraguas apoyado contra la pared y saludó al hombre flaco alcanzándole una mano fría y húmeda.

—Pensé que vendrías con Tony —dijo Hammett.

—No...

Fuera lo que fuese a decir, Gus se contuvo; también retuvo el gesto de sentarse. Quedó a medio camino. Hammett sabía reconocer el sentido de esas actitudes en su amigo.

—Siéntate, Gus. ¿Estás bien?

—Sí. Creo...

—¿Trajiste las pruebas de imprenta del catálogo?

Por toda respuesta, el pintor metió con mucha dificultad la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y extrajo dos hojas impresas dobladas en cuatro.

—Aquí tienes. No corrijas mucho: es muy bueno tu texto, demasiado.

Gus Irongate estaba absolutamente borracho.

—Tómate un café bien fuerte —dijo Hammett recogiendo las hojas—. No estoy muy seguro de que sea efectivo pero era lo que me solían decir a mí en

estas circunstancias.

—¿Hacías caso?

—Claro que no.

Gus sonrió mirando la superficie de linóleo, apoyó la frente sobre la mesa y se echó hacia atrás como si hubiera rebotado.

—No quise que Tony me viera así. Iba a pasar a buscarlo...

—Tal vez no quisiste que Paulie te viera así.

Gus no contestó a eso pero cuando se acercó Bunny pidió un vacilante café doble. Hammett lo acompañó en el pedido y se dedicó por unos minutos a corregir el texto.

—Las mujeres son complicadas —dijo el pintor luego de un rato, y como si hablara para sí—. Sobre todo cuando creen que te conocen mejor que tú mismo.

Bunny estaba allí y escuchó el comentario.

—Disculpa, Dash —dijo mientras les servía—. ¿Cómo se llamaba esa muchacha que creo que era novia tuya, hace muchos años, cuando todavía estaba el viejo Raff en la caja y yo te daba crédito mientras él se distraía? ¿Bell se llamaba?

—Nell.

—Ésa, Nell. Estuvo por aquí hace un par de semanas. Me costó reconocerla, sabes.

—¿Cómo está?

—Tomó bourbon. Eran las tres de la tarde.

—No me contestaste.

Bunny se apoyó en el borde de la mesa con los nudillos y siguió sin contestarle.

—No me lo dijo directamente, pero creo que te buscaba. Preguntó por “mi amigo Dash” y me pidió que cuando te viera te dejara saludos.

—¿Sólo eso?

—Sí. Pero no estaba sola y tal vez por eso no quiso seguir con el tema. Estaba con un tipo.

—¿Te dijo que volvería?

—Me pareció la idea. Pero ya te digo...

—¿Qué bebió él?

—Cerveza... de baja graduación —especificó Bunny con cierto matiz despectivo.

Hammett quedó un momento en silencio.

—Si llega a volver, sobre todo si vuelve sola, llámame y pásamela, pero no le des mi teléfono.

—De acuerdo.

—Además, dile que iré a la inauguración de la muestra de Gus —Hammett volvió a doblar las páginas de prueba corregidas—. Hubo una época en que le interesaban esas cosas, y seguramente *Family Works* será el suceso de la temporada.

—Seguramente.

—Ponle esto en el bolsillo —dijo Hammett, y le alcanzó las pruebas de imprenta.

Bunny se inclinó sobre Gus, que se había ido de costado y parecía dormido, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada contra el cristal de la ventana. Ni se movió cuando el barman le colocó delicadamente las hojas en el bolsillo externo de la chaqueta.

—¿Y te parece que él irá a la inauguración? —dijo Bunny volviéndose hacia Hammett.

—Lo arrastraremos.

Cuando llegó Donald Poynton, cuarto de hora después, ya no llovía; pero Gus seguía durmiendo. Ni el ruido al mover la silla ni el extraño golpe

metálico que hizo la bolsa de papel con la compra del mercado al apoyarla sobre la mesa despertaron al pintor.

—¿Qué le pasa?

—Se cansó de esperarte.

—Tuve que hacer malabares con Linda para esconder esto, señor Hammett.

El hombre flaco sonrió, lo invitó a que se sentara y metió la mano en la bolsa. Ante la expectativa temerosa de Donald, sólo sacó una manzana. La frotó en la manga y le dio un mordisco.

—El Dentista está en la trastienda y tiene poco tiempo —dijo volviendo la cabeza—. Bunny cerrará por media hora para poder trabajar tranquilos. ¿Las trajiste?

—Sí, señor Hammett.

—Llévaselas. Ojalá pueda hacer el trabajo aquí mismo.

Notó que el muchacho quería decirle algo más.

—¿Qué pasa?

—Tenían todas las balas. Las tres pistolas.

—Pero alguna vez, antes, dispararon.

—Supongo.

Donald sonrió. Hammett sonrió, lo palmeó en el brazo sin levantarse de la silla y dijo:

—Donald, óyeme bien: si te preguntan, nunca estuviste en Purple St., nunca viste a Tulip, nunca saliste sin permiso de Katonah.

Poynton asintió con la cabeza.

—Tampoco viniste hoy aquí.

—Tampoco.

—Sólo eso, Donald.

—¿Alguna noticia de la loca, señor?

—No por el momento. Pero es probable que ahora que la tienen le carguen todo a ella. Se llama Irma. Algo más sabremos, pronto.

—Seguro. El teniente Giuliano es alguien en quien se puede confiar, señor. No parece policía. Hace un par de años se bajó del patrullero, solo, durante una riña callejera. Yo estaba ahí.

—¿Tú qué habías hecho?

—Lo justo. Les di duro a dos que se metieron con Linda, señor.

—¿Y él?

—Miró todo y me dejó que terminara. Cuando vio cómo había dejado a los tipos se preocupó por mi mano y dijo que Jake La Motta no lo hubiera hecho mejor.

—Policía y crítico de boxeo.

—De los pocos buenos, señor —confirmó Donald, muy serio—. ¿Y del tipo del Studebaker qué se sabe?

—Tu fiador es el gran enigma, Poynton.

El otro asintió con una especie de contenido orgullo.

—Me cae bien. Pero los argentinos son tipos extraños, señor.

—Así parece.

Poynton ya se iba hacia el fondo, pero se volvió:

—Disculpe, pero... ¿quién le pegó, señor Hammett?

—El tren frenó de golpe y me di contra el borde de un asiento.

Donald Poynton lo miró con seriedad extrema; de pronto, iluminó una sonrisa:

—Información compartimentada, supongo.

—Tal vez —admitió Hammett—. Ahora llévale todo al Dentista y presta atención, que yo iré en un rato. Gus no debe saber nada de esto.

—Claro que no —dijo Gus abriendo un ojo con la mejor de las sonrisas.

—Harás de campana —dijo Hammett resignado.

Parecía un cuadro de Rembrandt. O su versión actualizada por Hopper,

mejor: *La lección de balística*, sobre la mesada de aluminio de la custodiada cocina del Derby. Colores planos y silencio sólo alterado por el ruido metálico de las cápsulas sobre la chapa, el roce de las tres armas idénticas enfiladas como bisturíes. La luz cenital caía sobre la calva de El Dentista, un hombre gordo y tosco de gafas pequeñas con extrañas manos blancas de dedos largos de violinista.

—No te voy a preguntar de dónde sacaste estas pistolas, Dash.

—No te lo diría.

—Fíjate. No es que tengan los números de serie borrados —y El Dentista señaló con el largo dedo los espacios vacíos—. No tienen número, Dash. Son modelos especiales, literalmente fuera de serie y de cualquier tipo de registro.

El hombre flaco observaba todo por encima del hombro del experto.

—¿Quién puede usar este tipo de armas?

—Se supone que sólo el servicio secreto. Son imposibles de rastrear. Lo sé porque una vez tuve una en mis manos, de un calibre mayor.

—¿Quién la tenía?

—El cadáver de un mafioso.

Hubo risas nerviosas y contenidas. Bunny y Poynton flanqueaban al Dentista y no apartaban la mirada de sus manos.

—Necesito hacer un par de disparos —dijo El Dentista como quien avisa que va a pasar al baño. Giró la cabeza y descubrió en un rincón el cubo lleno de aserrín para el piso—. Eso servirá.

Todos dieron un discreto paso atrás.

—Mejor vuelve al salón, Bunny. Y tú —se dirigió a Poynton—, cuando te diga dedícate a aporrear la mesada con la maza de madera. Y no pares. Con eso bastará.

—Okey.

Bunny salió y Donald empuñó la maza. El Dentista cargó las tres armas con las balas que sacó de la caja que había traído, fue al rincón, envolvió su puño

armado con un trapo y le dio la señal a Poynton, que comenzó a golpear la mesada de metal con entusiasmo. El ruido era infernal.

El Dentista acercó la pistola a la superficie del aserrín que colmaba el cubo y disparó. El estruendo pasó casi inadvertido. Luego hizo lo mismo con las otras dos armas, mientras Donald no dejaba de golpear.

Cuando volvió el silencio, Bunny asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

—¿Ya está?

—Mejor abre la ventana y prende el ventilador —dijo El Dentista aún acuclillado.

Bunny volvió al salón y El Dentista recogió las pistolas, las cápsulas y los plomos que habían deformado el cubo y puso todo sobre la mesada.

Comparó las muescas en los casquillos entre sí y con los que había encontrado Poynton en Katonah. Las expuso con una lupa ante Hammett.

—En un juicio no serviría de nada, Dash —dijo pausadamente—. Pero fueron éstas las que dispararon.

Hammett se quedó un momento en silencio.

—¿Estás seguro, Dentista?

—Sí, pero dudo que puedas llevar nunca a un estrado a cualquiera que haya empuñado estos chiches.

—No es la idea.

Con gestos lentos pero determinados, el hombre flaco volvió a meter todo en la bolsa de compras de Poynton.

—Dáselo a Bunny, Donald. Y pídele que te lo envuelva como para regalo.

—Sí señor.

El Dentista también guardaba su instrumental en una pequeña valijita de cuero negro con broche superior que tenía sus años. Lo hacía con reposada autoridad, como un cirujano o un exorcista que acaba de hacer su trabajo.

—Te pago la copa, Dentista.

—Me dijo Bunny que ya no bebes.

—Es cierto, pero tú espero que sí.

Hammett no recordaba la última vez que se habían cruzado, probablemente porque había estado demasiado borracho como para poder recordarlo después.

—Fue el día del Armisticio, Dash. Y pareciera que fue hace un siglo —dijo El Dentista una vez que estuvieron acodados a la mesa de la ventana, junto a Gus y Donald—. Un mar de gente en la calle. No se veía el cielo en la Quinta Avenida, de los papeles que llovían de las oficinas, de todas las ventanas. Yo iba mirando para arriba...

—Y chocamos de frente, me dices... ¿Vinimos aquí a beber?

—Tú tenías una petaca de gin en el bolsillo y estabas con una chica joven y muy guapa que me presentaste como tu hija.

—Mary, seguramente.

—Y yo al principio no te creía —El Dentista agitó la cabeza, casi avergonzado de su propio recuerdo—. Siempre tuviste un humor muy extraño, Dash.

—Si tú lo dices.

—Ese día yo me puse el uniforme para besar chicas —intervino bruscamente Gus—. Paulie estaba amamantando todavía a Lola, que tenía algo más de un año, y me hacía poco caso. Terminé con una rubia de dientes grandes, medio estrábica y con unas tetas dignas de ser pintadas, fornicando con las imágenes del Movietone de fondo, en la última fila de un cine del Village donde trabajaba en la taquilla. Nunca más volvió a pasarme algo así. Sonó una voz fresca:

—¿Algo así cómo?

Tony Irongate estaba parado detrás de su padre y con el rumor de la

conversación de las mesas contiguas que se habían ido ocupando nadie lo había oído llegar.

—Hablábamos del día del Armisticio —dijo Hammett con presteza—. Son de esos días en que cada uno se acuerda muy bien de lo que hizo. ¿Tú qué hiciste, Tony?

—Yo estaba en cama, muy resfriado.

—Es cierto, hijo —dijo Gus, que pareció repentinamente recuperado. Rodeó la cintura de Tony con su brazo y continuó como si hablara sólo para él—. Y a mí nunca me pasó que me costara tanto regresar a casa. Esa tarde noche estaban todas las calles cortadas y, además, a los que vestíamos uniforme nos trataban como si fuera nuestro cumpleaños o algo así. La gente, los desconocidos, te invitaban a beber, no te dejaban pagar... Tú...

—Mamá me dejó asomarme a la ventana pero por nuestra calle no pasaba nada —dijo el chico con cansada vivacidad—. Me llevé la colección de cómics a la cama y recuerdo que tú regresaste, tarde, y discutieron. Y que después me trajiste un cómic de *Capitán América* para mí y uno de *Archi* para Do.

—Y me preguntaste qué quería decir armisticio.

Tony frunció el ceño y asintió con la cabeza.

—Eso es: un armisticio es lo que estamos tratando de firmar con tu madre —concluyó Gus con dudoso gusto—. ¿Tienes algún mensaje para mí?

—En realidad quería hablar con Dash —dijo Tony con absoluta seriedad.

—Y yo contigo —dijo el hombre flaco—. Siéntate

Se produjo un silencio breve y al cabo de variadas consideraciones sobre el tiempo y el sol que volvía a iluminar las veredas mojadas de Manhattan, El Dentista se retiró con su valijita y Gus, tras acariciar la cabeza de su hijo sin decir palabra, no tardó en ponerse bastante dignamente de pie.

—Llevaré las correcciones a la imprenta —dijo cansadamente—. Me prometieron el catálogo impreso para el viernes —se volvió hacia su hijo—:

¿Tony?

—Tú, tranquilo. Lo devolveré sano y salvo —le dijo Hammett—. Cuídate.

Cuando su padre salió por la puerta principal, Tony se volvió hacia Dash y Donald.

—¿Ha bebido mucho?

—No aquí.

—Pero ha bebido —el chico necesitaba, como siempre, precisiones—. ¿Tú crees, Dash, que cuando firmen el... armisticio, como él dice, dejará de hacerlo?

—No lo sé. En general esas cosas no dependen de las relaciones con los otros sino con uno mismo. Y esas negociaciones son complicadas; la paz, digo.

Tony pareció satisfecho con la respuesta o al menos no insistió.

—¿Quieres un refresco?

—Una Coca-Cola.

Poynton se levantó de la mesa:

—Yo te la pido —y volviéndose a Hammett—. ¿Qué hago con el... regalo?

—Despreocúpate y vete a casa antes de que se te pudran los tomates y se endurezca el pan. Dile a Bunny que el paquete me lo llevaré yo.

—Sí, señor Hammett —Donald cargó la bolsa de la compra—. Saluda a tus hermanas, Tony.

El chico asintió, pero cuando Donald se hubo alejado dijo:

—Do y Lola están insoportables. Hace un mes que no ven a papá.

—Es lógico, en estos casos, que los hijos suelen tomar partido. Es injusto, además. Y tú no tienes por qué hacerlo, Tony.

Hammett creyó ver el esbozo de la irritación previa al llanto en los ojos del chico, que desvió la mirada hacia el techo. Decidió distraer su atención:

—Me dijo Bunny que lo aconsejaste muy atinadamente respecto de los cambios en la iluminación...

Tony aspiró con fuerza, se tocó la nariz húmeda con el reverso de la mano:

—¿Tú cómo hiciste para dejar de beber? —dijo mirando por la ventana.

—Lo mío no tuvo ningún mérito, Tony: era dejarlo o morir. Es decir que fue una forma de admitir que había fracasado en lo que hubiera deseado: controlarlo. Ésa es la verdadera victoria. Y yo fracasé. En ese sentido no tengo ninguna autoridad para opinar, excepto la que da el fracaso.

—Es bueno, eso.

—No es mío, es de Fitzgerald.

—¿De quién?

—De Scott Fitzgerald. Un escritor.

—¿Bebía?

—Sí. Un escritor que bebía, no un borracho que escribía. Entiendes la diferencia.

—Claro. Bah, creo que sí.

—Por si te interesa: tu padre es un pintor, Tony. Un pintor que bebe o puede no beber. Pero es un pintor.

—Y tú crees que es bueno, ¿no?

—Sí. Al menos desde que lo conozco.

—¿Pudo haber sido mal pintor al principio?

—¿Qué quieres decir?

—Que cuando empezó tal vez pintaba mal... Tú, por ejemplo, ¿siempre escribiste bien? ¿Te gustaba lo que hacías cuando empezaste?

Hammett observó a Tony con detenimiento:

—¿De qué querías hablar conmigo, Tony?

El chico no contestó, desvió la mirada hacia la ventana.

—¿Volviste a Pennsylvania Station, Dash? —preguntó sin mirarlo.

—Ayer.

Tony siguió mirando por la ventana. Pasaron unos segundos:

—¿Y? —dijo con una levísima sonrisa.

Hammett meneó la cabeza, se echó para atrás, suspiró:

—¿Cómo lo hiciste?

Tony metió la mano en el bolsillo y, siempre sin mirarlo, puso sobre la mesa una pieza de alambre formada por dos guías, una rígida y otra móvil no mayor del tamaño de un dedo: una tosca, clásica ganzúa.

—La hice antes de mostrarte la llave; no confiaba en ti —dijo. Aspiró fuerte y se secó las lágrimas sin dejar de sonreír.

—A partir de ahora yo tampoco —dijo Hammett, admirado.

Recogió la ganzúa y la observó con detenimiento.

—No perdiste el tiempo en Alcatraz, compañero. Está muy bien.

—Sólo seis horas de trabajo, Dash. Y con el mismo instrumental que usamos para los detalles de la lámpara.

Hammett estiró la mano a través de la mesa y le revolvió el pelo:

—¿Puedo saber qué vas a hacer con esa maleta?

—No, no se puede. Pero está en un lugar seguro.

—¿Seguro?

—Donde no puedes buscarla.

El hombre flaco suspiró, estuvo a punto de decir algo pero se contuvo.

—Como quieras, chico listo —dijo finalmente, entregado—. Pero te pido que tengas en cuenta que hoy, aunque no lo creas, yo sí te traje lo que te debía.

Y ahora fue él quien metió la mano en el bolsillo. Sacó una navaja antigua con cachas de cuerno, la abrió y la cerró dos veces en el aire haciendo brillar la hoja cortada en ángulo recto, y después la puso delicadamente sobre la mesa, al alcance del chico:

—Espero que te guste.

La cara de Tony Irongate se iluminó por primera vez en la mañana. Tomó la navaja, la observó con atención y leyó las iniciales grabadas: S.H.

—Samuel Hammett —dijo el hombre flaco—. Con esa se afeitaba mi abuelo hace ochenta años. Y está afilada.

Tony la sopesó con satisfacción y tras un momento se la guardó en el

bolsillo.

—Hagamos un trato —propuso con voz firme.

—De acuerdo.

—¿Qué pasó con Old Rush la noche de la tormenta?

Hammett pestañeó:

—Se escapó, Tony —contestó sin vacilar.

—Mientes mal, Dash. Olvídate de la maleta.

Hammett suspiró. Tony enumeró con los dedos:

—Donald le contó a Linda que prometió no contarle a nadie, que me lo contó a mí que le prometí no contarle a nadie. Y todos cumplimos. Ahora cumple tú.

—Si ya lo sabes...

—¿Cómo murió, Dash?

Hammett suspiró.

—Tienes razón: hagamos un trato —dijo—. Yo te doy las pistas para que resuelvas el misterio de Old Rush, lo averigües tú solo; y que a cambio me entregues la maleta.

—En ese orden.

—De acuerdo —concedió Hammett casi admirado—. Primero cumpliré yo.

Estiró el brazo derecho sobre la mesa tendiéndole la mano y Tony se la estrechó.

—¿Sabes qué hacían los guerreros vikingos en situaciones como éstas? —dijo el hombre flaco.

Los ojos de Tony Irongate volvieron a brillar.

## 18. Cartas

Dos días después, sin novedades del caso de la muerte de Dickinson en el diario ni noticias de Rosen en el teléfono ni apariciones intempestivas de Tulip por cualquier parte, luego de una mañana gris en la que había conseguido sentarse durante tres horas no demasiado productivas frente a la máquina, Dashiell Hammett dio por terminada su jornada de trabajo. Cubrió la Remington como quien le tapa el rostro a un cadáver, y mientras los primeros rayos genuinos de sol comenzaban a entibiar la ventana recogió un lápiz y la libreta de notas, descolgó la pequeña brújula que pendía de un clavo junto a la puerta, se puso el abrigo y salió de la cabaña. Pero no fue directamente al bosque. Primero dio un rodeo, abrió el candado del cobertizo trasero donde se alineaban las herramientas, eligió el hacha mediana, la puso sobre la carretilla y recién entonces enfiló por el sendero más largo de los tres que llevaban al lago. Los perros no tardaron en seguirlo.

Pensaba recoger un buen número de ramas caídas y cortar, de los troncos secos, lo mínimo indispensable. Mientras andaba, errático, acompasado por el ruido de la rueda de hierro con llanta de caucho de la carretilla, hacía anotaciones en la libreta. Cada tanto se detenía, observaba la brújula, tomaba nota, daba un par de hachazos en un grueso tronco y seguía su camino. Así recorrió gran parte del bosque y las orillas del lago en todos los sentidos. Cuando volvió, después de tres horas, tenía la carretilla cargada con una parva de ramas y una decena de troncos. Estibó todo a un costado del cobertizo, colocó la carretilla y el hacha en su lugar y volvió a la cabaña.

Sentía el cuerpo saludablemente fatigado y tenía hambre. Se dio una ducha y

después frió huevos y dos gruesas fetas de tocino que comió con tostadas y mantequilla. Bebió zumo de naranja y tomó el café escuchando a Thelonious Monk con Milt Jackson en un tocadiscos portátil que le había regalado Lillian cuando se mudó a Katonah.

—Es mejor que la radio, Dash —había asegurado ella mientras sacaba el aparato de la caja—. Las estadísticas dicen que al 36 por ciento de los suicidas urbanos se los encuentra con la radio encendida. Y ni hablar de la televisión. Pero no hay ningún caso de que alguien se haya matado escuchando un disco.

—Tampoco leyendo un libro —aportó él.

—Es diferente: el libro te obliga a tener siempre las manos ocupadas.

—Tienes que dejar de leer o de escribir para poder matarte.

—¿Es un síntoma, entonces? ¿Una señal?

La charla había terminado ahí, pero desde entonces, cada vez que Lillian lo llamaba por teléfono, fuera desde New York, desde la estación de trenes antes de llegar o desde la remota Praga, la primera pregunta era contextual:

—¿Qué estás haciendo, Dash?

Y esa pregunta en apariencia formal era para Hammett una prueba de amor.

Tal vez por eso, después de comer, tendido en la cama y apoyado en el codo, como solía hacer cuando estaba en el Ejército, le escribió una larga carta a Lillian. “Lillishka, hace cinco años que no bebo. Pero mucho más importante que eso: hace 50 horas que ando con una petaca de Four Roses en el bolsillo y no bebo”. La chaqueta pendía del respaldo de la silla y el peso de los 250 ml de bourbon alteraba apenas la línea uniforme de la caída.

No pensaba iniciar así la carta pero de pronto se encontró contándole en detalle pormenores de sus sentimientos con respecto a la botella como nunca antes. Se adelantó a posibles objeciones del tipo “jugar a la ruleta rusa” o “los problemas del equilibrista alérgico al polen” con que solían bromear y terminó la secuencia no con los pormenores detallados de las circunstancias y

el estado espiritual en que estaba cuando se acercó al kiosco de la Central Station sino con la promesa triunfalista de convidarla a beber juntos, exactamente dentro de cinco años, de esa misma petaca que tenía a la vista con el bourbon ya debidamente añejado. Sería un festejo perfecto para celebrar que para entonces se habrían cumplido “cinco años de que había acabado de escribir su última y mejor novela”.

Retomó a partir de ahí el tema de la escritura y volvió sobre las notas que había comenzado la semana anterior cuando, como solía decirse en la intimidad, la realidad lo había distraído irremediablemente. Esa mañana había conseguido sentarse tras casi una semana que no se acercaba a la Remington; pero no le contó ese detalle a Lillian. Hammett escribía con cierta jovialidad e ironía, como siempre le sucedía con ella, y esa disposición —que era un homenaje, reconocimiento o cortesía respecto de su inteligencia y la admisión de una básica complicidad— era una de las razones por las que pese a todo seguían juntos: incluso en los peores momentos, debían y sabían darse una versión de sí mismos tamizada por el humor y jamás contaminada de autocompasión. Aunque Lillian supiera que él le mentía o no le decía toda la verdad, en ese gesto de reconocimiento de la actitud cuidadosa del otro de no agobiar con los problemas propios estaba la clave de sus complicidades. Alguna vez Hammett le había dicho, cuando pasaban largas temporadas en Martha’s Vineyard o en el departamento de New York, cada uno en lo suyo, trabajando o simplemente leyendo en paralelo, que para él estar juntos era lo más parecido a estar solo. Y él estaba muy bien, muy cómodo, estando solo. Ahora aprovechó para decirle o recordarle una vez más que la afirmación no era en absoluto reversible —estar solo carecía de todas las ventajas y beneficios de estar con ella—, y que, sin temores y si quería le contara “cómo era el lunar que tenía Ives Montand en el muslo y otros detalles de la geografía francesa”, pero que volviera “de una buena vez”.

Tras la efusión, empezó a dar cuenta del novedoso intercambio humano que

le había tocado experimentar en las últimas semanas, sin saber hasta dónde llegaría: “Por primera vez en varios meses, Lillishka, además de un zorro rojo, de varias parejas de estorninos y de una tortuga feroz de las que te apasionan, han entrado con cierta prepotencia y sin que los buscara algunos personajes no previstos en mi vida cotidiana”. Y a continuación le contó sobre la irrupción intempestiva de Tulip —“te he hablado de él, estuvimos juntos en Alaska”—, sobre su curiosa obsesión por convertirse en personaje o de hacer que historias protagonizadas o conocidas por él se usaran como materia narrativa, y sobre la idea de Gus, superadora, de hacer de esa pretensión el verdadero tema: “No estaría mal, tal vez, pero significaría abandonar definitivamente la idea de contar una historia con un argumento criminal o de cualquier otro tipo y pensar más en una reflexión sobre qué y cómo contar, mechada con fragmentos argumentales, anécdotas que entran como propuestas de historias que son comentadas, eventualmente aceptadas o desechadas. Eso haría necesario —me parece— que escribiera en primera persona y desde un personaje con una experiencia muy cercana a la mía propia, con las debidas distancias y salvedades. Y eso, como te imaginas, no me resulta nada cómodo ni siquiera de pensarlo. Apenas tenga algunas secuencias mostrables de entidad suficiente las someteré a tu inflexible mirada crítica. No será antes de que regreses, tráfuga impenitente”.

Releyó y consideró que acaso había ido demasiado lejos en la descripción del protoproyecto Tulip, pero no le gustaba ya la idea de que Lillian avanzara con la gente de Gallimard sobre el sobreentendido de que tenía *The Good Meat* en trámite de terminación. Tampoco quería obligarla a modificar su discurso a partir de sus propias vacilaciones. Optó entonces por contarle someramente la irrupción del otro extraño personaje en su cotidianeidad, el señor Fanesi, al que describió como “un argentino irrespirable”, supuesto autor de una versión expandida del episodio de Flitcraft con la que —escribió— “no sé qué pretende obtener de mí. Por ahora sólo mi fastidio. Pero este

individuo más molesto que enigmático bien podría ser otro personaje, ahora que lo pienso”, descubrió mientras terminaba de completar la cuarta página.

Como algo le había contado en una carta anterior sobre el tiroteo de la noche de tormenta y la denuncia presentada, encontró la manera de referirle el episodio del patrullero en la puerta y el traslado a la jefatura de policía sin pormenores ni detalles de morbo político. A esa altura sintió que estaba pasando revista a un conjunto de personajes, sucesos y detalles como si fuera un anticipo, una muestra, el adelanto de una historia más compleja de la que no podría dar cuenta completa en ese momento sin falsear. En el fondo era lo que siempre necesitaba hacer: contar algo era recortar la zona de lo no referido. Una manera de callar. Nunca —pensó en Nell, en todo el episodio con Tony y la maleta de los manuscritos— lo había tenido tan claro antes como lo tuvo en ese momento.

Terminó la carta con innecesarias noticias de Pat Neal y el desenvolvimiento de los ensayos, dando a entender o suponer, por sus pormenores, que su atención sobre esta cuestión —que requería gran parte de la preocupación de Lillian— era mayor que la real. Sabía que ella notaría su esfuerzo por ocuparse o al menos valoraría la intención de que ella creyera que se ocupaba, que ya era algo.

Estaba cerrando el sobre con cierta dificultad por la media docena de delgadas hojas —había sido más elocuente de lo habitual— cuando se dio cuenta de que aún así no había escrito una línea de los Irongate ni del divorcio en puerta, ni de la exposición de Gus, ni de Tony. No había escrito tampoco la palabra “disparos” ni “revólver” en ningún lugar de la carta. Había hecho el ruido verbal suficiente como para conseguir tapar —como los martillazos de Poynton en el Derby— los diferidos ecos de incómodos estruendos.

Cerró el sobre, escribió la dirección del hotel en París y dejó la carta sobre la mesa de luz, entre el cenicero cubierto de colillas y el libro de Samuels. Después se estiró en la cama, se sacó los anteojos y se restregó largamente los

párpados. Bostezó. Estaba cansado. Le dolían el cuello y las articulaciones del brazo pero reconoció en todo el cuerpo una especie de satisfacción primaria, elemental, en el hecho de haber escrito esa carta que había postergado varias veces.

La observó por un momento, infantilmente orgulloso de su grosor. Pensó —y acaso no era la primera vez que lo hacía— que las cartas sin estampillas ni sellos de la oficina de correos tenían una especie de desnudez, una rara virginidad. Un esquivo sentido en tránsito, en diferido. Porque ese sobre no era una carta en realidad. No lo era todavía. Si lo extraviaba o él se iba y quedaba allí y alguien lo encontraba mañana diría: encontré un sobre, no diría encontré una carta. Y nada que cualquiera hiciera con ese sobre sería adecuado ni podría completar el sentido: ni abrirlo ni enviarlo. Como un manuscrito, que no era un libro sino la posibilidad de un libro. Pensó que la palabra “carta” no siempre se refería a lo mismo. Las cartas, cuando se escribían, eran una serie de hojas, pero cuando se recibían eran un objeto, un sobre. El sobre estaba al final en el gesto de enviar, pero era lo primero para el que recibía. Intuyó que ahí había una idea o algo que acaso valdría la pena tratar de formular, porque los verbos usuales describían acciones diferentes en cada caso. Eran cuatro acciones distintas: escribir una carta (hojas), enviar una carta (sobre), recibir una carta (sobre) y leer una carta (hojas). Pero Lillian no diría o escribiría leí tu carta sino recibí tu carta. Las cartas, en general, eran algo que se escribe y un sobre que se recibe. Pero debía mediar —siempre— el gesto del envío. Y el de la lectura. Que podían ser infinitamente diferidos. Probablemente el tiempo y el espacio mediante, si se estiraban, tuvieran que ver en el asunto de la extrañeza. El universo entero podía ser una carta, un mensaje que alguien había abierto sin que fuera para él. Alguien había escrito o dicho que si el universo era una respuesta había que tratar de pensar cuál había sido la pregunta. El hombre se habría encontrado en el mundo como quien encuentra una carta que no es para él. Y la abre.

Seguro que alguien ya había reflexionado o escrito algo sobre eso. Era un tema perfecto para Lichtenberg, por ejemplo. Un tipo que abordaba cuestiones en apariencia baladíes y les daba entidad a partir de observarlas de cerca, examinarlas exhaustivamente. Lichtenberg era un personaje capaz de inventariar seriamente cosas tales como todas las maneras posibles de sostener la cabeza. Hammett no recordaba si eran sesenta y dos o setenta y cuatro —una noche habían estado jugando durante horas a reproducirlas todas, con Lillian y Dotty Parker, borrachos los tres— pero bien podía imaginar al lúcido jorobado kantiano desarticulando —del mismo modo que las variantes en la posición de los dedos bajo el mentón— el proceso epistolar en sus partes mínimas; desde la escritura a la lectura, mil segmentos atravesados por variantes de tiempo y espacio hasta el infinito. Y concebir o proponer las cartas como metáfora de quién sabe qué estupores existenciales.

Pero no tenía los *Aforismos* a mano para comprobarlo. Alguien se había llevado de su biblioteca el libro de Lichtenberg. Tal vez había sido la misma Dotty, que no solía devolver los libros o ni siquiera recordar que se los había llevado. Después, ante el reclamo, escribía cartas brillantes en las que argumentaba con gracia. El libro nunca volvía al estante pero quedaba la carta. El talento repentista de la Parker probablemente quedaría para siempre diseminado así, en miles de apariciones ocasionales. Dotty podía resultarle insoportable por cuestiones de estilo, pero la idea de un talento genuino como el suyo despilfarrado en explosiones de ingenio y maledicencia era siempre un espectáculo más interesante que el buen sentido común y la solemne preocupación moral de figurones como Thomas Mann, uno que también escribía cartas, pero abiertas y con mayúscula, dirigidas a la humanidad. Se acordó de Brecht. Tal vez en algún momento le llegase una carta con estampillas alemanas rojas, negras y amarillas con matasellos de Berlín en la que le pidiese formalmente los derechos para la adaptación de *Cosecha roja* en clave de revista musical proletaria, o directamente lo invitase al estreno

mundial por el Berliner Ensemble. Pero difícil que sucediese ahora, que estaba casi escondido; inhallable, como decía Tulip.

Pensó que probablemente había recibido muchas más cartas de las que había escrito, pero eso era algo que había empezado a suceder en algún momento de su vida; porque al principio no había sido así. Al contrario, recibía pocas cartas y por eso había algunas que había conservado durante años, como la citación para alistarse en el Ejército cuando se anotó como voluntario en vísperas de la Primera Guerra, o aquella con membrete de *The Smart Set*, firmada por Mencken, en la que aceptaban su colaboración a la revista, o la carta de Jose en la que le contaba que estaba embarazada.

Se acordaba de haberse sorprendido pensando, al leerla, que conocía mejor su cuerpo que su letra. Habían hecho muchas veces el amor pero nunca la había visto escribir otra cosa que no fueran indicaciones de medicamentos o partes de enfermería. Y aquella carta de Jose lo encontró casi de casualidad. Desde que a él lo habían trasladado al hospital de Kearney, en el sur de California, las cartas habían sido pocas y espaciadas, y si bien la chica le gustaba acaso no le hubiera vuelto a escribir ahora que ella había regresado a su pueblo de Montana y él, dado de baja del hospital y después de dar un par de vueltas, había recalado en San Francisco. Así, cuando la carta lo encontró, se mudaba de ese domicilio al día siguiente y casi seguramente no iba a dejar ninguna dirección alternativa porque no sabía qué haría y hasta era probable que se fuera de la ciudad. Si la carta hubiera llegado al día siguiente o incluso si el cartero hubiese hecho otro recorrido y pasado algunas horas más tarde, él no se habría enterado del embarazo, no habría aceptado a Mary Jane y por supuesto no se hubieran casado. Tal vez ni se hubieran vuelto a ver.

Esa carta lo buscó hasta encontrarlo del mismo modo que el correo devolvía diariamente infinidad de cartas que no hallaban a su destinatario por equívocos, por errores, por olvidos. Había algo de azaroso en eso. La vida estaba llena de esas casualidades o encrucijadas en las que el sentido de lo

porvenir se disparaba. Y acaso ésa fuera la regla y no la excepción; y en aceptarlo consistía, probablemente, la forma más adecuada de vivir. Y fue su último pensamiento antes de quedarse dormido. No lo recordaría.

## 19. Navajas

Cuando se despertó estaba oscureciendo y sintió frío. Se levantó con cierto esfuerzo y bostezó largamente mientras estiraba los brazos. Fue al baño, orinó, vació el cenicero en el wáter y después fue a la cocina. Espió dentro del refrigerador mientras hervía el agua para el café. No tenía demasiada hambre; en un rato cenaría un sándwich de tomate y jamón y se acostaría temprano. Tomó el café mientras observaba por la ventana de la cocina cómo la penúltima luz del día modificaba los colores del cobertizo del fondo. Decidió salir a tomar un poco de aire y ver la llegada del cauteloso atardecer desde la orilla del bosque, como solía.

Se puso el abrigo y al palpar mecánicamente el bolsillo en el momento de salir notó que ya no le quedaban cigarrillos. Supo que no tenía ganas de caminar hasta la ruta, así que fumaría un par de los de Poynton. De paso le daría la carta de Lillian para llevar por la mañana al correo.

Al pisar el sendero de grava y doblar hacia la casa ya iluminada vio el coche de los Irongate. Y enseguida oyó el alboroto de las voces de las niñas. Recordó entonces que era viernes, que la vieja rutina familiar últimamente desechada por las convulsiones de la pareja solía incluir el escape de New York con los niños durante el fin de semana y se alegró de que la costumbre no se interrumpiera, por Gus, sobre todo.

Subía los escalones de la galería cuando casi chocó de frente con Paulie que salía con la cabeza vuelta hacia atrás, terminaba en voz alta una conversación con alguien a sus espaldas. Tenía aún o ya el abrigo puesto.

—Hola, Paulie —dijo Hammett.

Ella se detuvo en seco, puso los brazos en jarra:

—Hola, Dash.

—¿Qué haces acá?

—También es mi casa, ¿recuerdas?

Hammett se disculpó con una sonrisa y arrimó su cara para darle un beso en la mejilla. Ella no se movió.

—Quise decir que no esperaba verte por aquí.

—Yo tampoco, ¿sabes? No esperaba venir a Katonah ni menos verte a ti.

Hammett frunció el entrecejo.

—Tuve que bajar a Gus del coche, Dash. Lo dejé sentado en la acera. Quedó en pasar a buscar a las niñas y llegó tan borracho que ni podía hablar, sabes. Así que las traje yo.

—Lo siento.

—Yo también, porque esta noche es mi día libre y tengo un compromiso. Debo volver a New York, y ya me iba. Pero de todos modos aprovechemos la oportunidad: tenemos que hablar.

—¿De qué?

Paulie suspiró, se volvió y entró en la sala.

—Ven.

Hammett la siguió. Los bolsos y las mochilas de las niñas estaban dispersos por el piso y sobre el sillón grande. Vio el abrigo y la ballesta de Tony también. Paulie advirtió la mirada.

—Esa arma no quiero verla más en mi casa —dijo mientras se dejaba caer en uno de los sillones pequeños. Hammett permaneció de pie—. Quise tirársela a la basura pero se puso hecho una furia... Tuve que negociar dejarla acá. Nunca lo he visto antes así, Dash.

—Nunca había tenido antes catorce años ni se habían separado sus padres, Paulie.

—No seas condescendiente conmigo.

—Disculpa. No quise...

Paulie no lo escuchó. Revolvió en el bolso de mano que tenía sobre la falda:

—¿Tú le diste esto?

La navaja del abuelo Samuel Hammett temblaba en la palma de la mano de Paulie como un estigma o la prueba de quién sabe qué infamia.

Hammett asintió. Estiró la mano pero ella la retiró.

—Vi que había comenzado a afeitarse... Hay ciertos rituales masculinos.

—Métete los rituales en el culo —dijo Paulie y volvió a su bolso. Dejó caer la navaja y sacó un papel—. Siéntate y lee esto.

Era una carta con membrete del *college* al que asistía Tony. Como había tenido problemas en el anterior, lo habían mudado a la fuerza, hacía pocos meses, a uno más lejos de la casa y no del todo recomendable. Ahora volvían las dificultades.

—Me citaron porque Tony estuvo grabando la madera del pupitre con esta mierda de navaja. Lo suspendieron por diez días. La próxima vez que lleve un arma a clase lo echan.

Hammett leía y releía la carta.

—¿Quién es... —leyó con cierta dificultad— Salvatore Lombino? Me suena ese nombre.

—Es el profesor que le quitó la navaja y el que me citó. Además, no sé por qué, quiere hablar contigo. Tal vez porque Tony dijo que tú se la regalaste.

—Lo llamaré —Hammett tomó nota de los datos del colegio y del profesor Lombino. Le devolvió la carta a Paulie—. ¿Y qué escribió Tony?

Ella abrió grandes los ojos, no entendía:

—Arruinó el pupitre, estúpido.

Hammett suspiró, tragó saliva:

—Delito contra la propiedad. Eso es una cosa que se puede discutir. Pero no es lo importante, me parece. ¿Qué escribió? Su nombre, el de una chica,

dibujó un corazón, una svástica...

Paulie habló con estudiada lentitud:

—¿Lo haces a propósito?

—Supongo que no; pero no puedo evitarlo —admitió el hombre flaco poniéndose de pie—. ¿Algo más? Y, por favor, que no sea un insulto.

En ese momento comenzó a sonar el teléfono y Donald salió de la cocina para atender. Su voz quedó como telón de fondo.

—Sí, hay algo más —dijo Paulie con frialdad calculada—. Vamos a vender esta casa, Dash. Tendrás que buscarte otro lugar para perder el tiempo.

—¿Qué?

Las últimas palabras habían quedado tapadas por la irrupción de Donald a espaldas de ella:

—Señor Hammett, lo llaman por teléfono. El señor Bunny —insistió.

—¿Qué has dicho, Paulie?

—No importa. Atiende el teléfono. Después seguimos.

El hombre flaco pasó frente a ella, le pidió un cigarrillo a Donald y lo encendió al tiempo que atendía.

—¿Qué pasa, Bunny?

—Tengo a tu amiga Nell aquí.

—Pásamela.

—Está mal, Dash. La acabo de encontrar desmayada.

—¿Está herida?

—No. Pero debe haber tomado algo. Estuvo bebiendo durante la tarde y cuando fui a cerrar y no la vi creí que se había ido pero la encontré caída en el lavabo. Reaccionó, pero no coordina. ¿Qué hago? ¿Puedes venir?

—No creo —Hammett miró a su alrededor como si pudiese haber algo que lo auxiliara—. Llama a Sam Rosen, mi abogado. Tiene la oficina muy cerca del Derby.

Le pasó el número de Sam y le pidió que lo llamase apenas tuviese

novedades.

—Y gracias, Bunny.

—¿Por qué?

—Por no llamar a la policía, por ejemplo.

—No podría. Nunca memoricé el número.

Hammett colgó y se quedó fumando junto al teléfono. Pasaron un par de minutos. Oía las voces de Paulie y de los chicos Irongate en el piso superior. Se acercó Donald, que venía de la cocina:

—¿Algún problema, señor Hammett?

—Varios. Convídame otro cigarrillo y dile a Paulie que no se vaya sin hablar conmigo.

—Van a vender la casa, señor.

—Prepara tu protector bucal, Donny...

Sonó otra vez el teléfono. Era Sam Rosen.

—Bunny me acaba de explicar lo de Nell, ¿qué quieres que haga?

—Llévatela.

—La busca la policía hace una semana, Dash.

—Por eso: ve a buscarla tú, hazla reaccionar y cuando esté razonablemente bien la metes en un taxi y la llevas a un hotel donde pregunten poco. ¿Conoces el Pontiac?

—No.

—Es por Battery Park. Si no, llévala a alguno en que pregunten menos y me dejas dicho aquí dónde están. Quédate con ella hasta que yo llegue. Salgo ya.

Sam Rosen no dijo nada.

—¿Me oíste, Sam? —insistió Hammett.

—De acuerdo. Vuelvo a llamarte cuando la ubique: ¿después la vas a llevar contigo?

—No, no puedo traerla aquí. ¿Está lúcida?

—A medias, dice Bunny. Parecen pastillas y alcohol. Pero leve.

—Tú, tranquilo. Ya veré qué hago con ella —dijo Hammett.

Paulie y los chicos bajaban por la escalera. Ella alcanzó a oír el final del diálogo:

—¿Qué vas a hacer con quién, Dash?

—No contigo, Paulie. Con una amiga —dijo él tras cortar.

—Creí que las amigas eran una etapa superada.

—No seas desagradable.

Hammett se volvió hacia Tony y sus hermanas.

—Hola, chicos...

Do y Lola se acercaron a saludarlo con un beso mientras Tony, serio e inmóvil un paso detrás de su madre, no se movió de su lugar.

—¿Quieres que terminemos de hablar antes de que te vayas? —dijo Hammett tranquilo.

Paulie permaneció un momento mirándolo, tensa. Parecía a punto de estallar pero a duras penas se contuvo.

—No, ahora no —dijo con un suspiro. Puso la mano en el hombro de Tony—. Habla con él, Dash. Explícale... explícale cómo son las cosas, si puedes.

—Tú, tranquila. Todo se arreglará.

Paulie besó y abrazó a sus hijos uno por uno y salió sin darse vuelta.

Hammett caminó hasta la puerta y la siguió con la mirada mientras atravesaba el parque y se subía al coche. Incluso la saludó con la mano cuando giró en redondo y partió. Ya estaba oscuro y no alcanzó a darse cuenta si ella le había contestado.

Cuando volvió a la sala los chicos Irongate ya no estaban a la vista. Los gritos de Lola llegaban desde la cocina pero los mayores habían desaparecido con todas sus cosas sin dejar rastros. Hammett llamó a Tony un par de veces sin resultado; se sintió ridículo.

El primero en aparecer fue Poynton.

—Hazme un favor, Donald —dijo Hammett sin preámbulo alguno—.

Después de todo fuiste tú el que habló de más. Sabes a qué me refiero...

Tras unos segundos, Poynton admitió sin pestañear:

—Sí, señor Hammett.

—Y no debiste contarle a Linda.

—Sí, señor Hammett. Quiero decir: no, señor Hammett.

—Mejor que lo reconozcas, entonces: te pido que te ocupes de Tony. Yo tenía que hacer algo con él, por un acuerdo que hicimos, que no podré por ahora, así que contrólalo hasta que yo regrese.

—Sí, señor Hammett. ¿Y cuándo será eso?

—No sé, mañana. Primero tengo que irme, ya. Por eso llévame en el coche, por favor —miró su reloj—. El último rápido del día sale en diez minutos.

—Sí, señor Hammett.

En el trayecto a la estación Poynton sacó el tema de la venta de la casa.

—Linda no para de llorar —concluyó.

—Al final, ustedes estaban mejor en el tiempo de los bisabuelos —dijo Hammett después de unos segundos—. La esclavitud les garantizaba cierta estabilidad laboral.

Poynton lo observó de reojo.

—Cambiaba el propietario pero ustedes se quedaban, los vendían con la casa —concluyó el hombre flaco, imperturbable—. ¿O no era así?

Poynton siguió mirando al frente pero apretó un poco más la mandíbula:

—No es gracioso, señor Hammett.

—No, no lo es. Discúlpame —le dio unos golpecitos en el muslo como si estuviera calmando a Cinq—. Acaso sobreestimé tu sentido del humor, pero deberías relajarte. Verás que nada de eso sucede.

—Está bien, no es nada.

—Y si sucede, sobreviviremos. Tengo un par de ideas.

—Supongo.

—¿Me das otro cigarrillo?

Mientras lo encendía, Hammett creyó recordar que tenía algo que decirle o darle a Poynton pero que la irrupción de Paulie y el llamado de Bunny lo habían distraído.

—Hubo novedades —dijo.

Y a continuación le explicó apenas lo necesario sobre la desaparición y aparición de Nell Martin. Sam Rosen llamaría en un rato para darle la dirección de un hotel. Que tomara nota.

—Sí, señor Hammett. ¿Y qué hago mientras con Tony?

—No sé, está imprevisible... Tal vez sería bueno que le enseñes a boxear. Que tire algunos golpes; está lleno de furia y mejor que se descargue así; si no, en cualquier momento comienza a diezmar la familia. ¿Entiendes, Donald?

—Supongo que sí —dijo Poynton, que acaso no conocía el significado preciso de diezmar pero entendía el sentido general.

—¿Supones?

—No, señor Hammett, o sí... —se corrigió convencido—. Digo que supongo que entiendo, señor Hammett.

—Seguro que sí.

Cuando llegaron, el tren estaba entrando a la estación. Hammett se bajó del coche y antes de trotar hacia el andén tuvo tiempo de asomarse por la ventanilla:

—Donny, cuando próximamente vuelvas al ring quiero ser tu manager. Y entonces seré Dash para ti.

—De acuerdo: será Dash.

Y Poynton le dedicó un inédito guiño de su ojo derecho.

## 20. La noche del Pontiac

La última vez que Hammett había pisado los descoloridos escalones de acceso a la recepción del Pontiac había sido cinco años antes. Un desagradable individuo llamado Red Adams, que trataba a todo el mundo de camarada y cuya principal actividad consistía, en apariencia, en cambiar constantemente de apellido y domicilio, había llegado de Chicago para coordinar las actividades más o menos clandestinas de la organización de defensa de los derechos civiles encargada —entre otras cosas— de recaudar fondos destinados a pagar las fianzas de algunos de los acusados por realizar actividades antiamericanas en Hollywood y otros supuestos núcleos conspirativos.

Adams se había registrado en ese viejo hotel de inmigrantes de los años veinte en las inmediaciones de Battery Park bajo un nombre supuesto con la complicidad del gordo conserje, el inolvidable camarada Vittorio Cordiviola, y allá fueron de mala gana Hammett y otros tantos miembros prominentes y cabezas visibles de la organización en una húmeda noche de verano a reunirse con él. Hammett detestaba jugar a los conspiradores.

De aquella reunión —en apariencia, informal despedida de soltero de uno de los pocos miembros jóvenes de la organización— el hombre flaco sólo recordaba que la cerveza no estaba demasiado fría y que con tal de volverse pronto a casa había aceptado algunas de las responsabilidades formales que terminarían convirtiéndolo —entre otras cosas— en portador del listado de contribuyentes al fondo. Y había ido a la cárcel años después, entre otras cosas, por no dar esos nombres. No faltaría el psicoanalista dispuesto a

interpretar sin vacilación su decisión de volver al Pontiac precisamente en estas circunstancias como una manera de llamar a la puerta de la desgracia. Pero en realidad era el primer nombre que se le había ocurrido y por suerte Sam Rosen no tenía idea de cuál era la historia detrás de ese hotel de mala muerte en el que no se hacían preguntas.

Hammett advirtió que el cartel luminoso del Pontiac había perdido una letra más desde entonces, y la pluma que coronaba el perfil del jefe tenía una intermitencia acaso no deseada, pero la fachada aún conservaba el tipo. También el camarada Vittorio había perdido un par de dientes pero no el buen humor ni la memoria. Lo recordaba, lo saludó efusivamente y le indicó con un gesto a la pareja que tomaba café en un rincón de la recepción, bajo una de las descascaradas pinturas murales que reproducían famosas escenas de Homer y Catlin alguna vez luminosas.

Apenas Hammett dio unos pasos hacia ellos Sam Rosen se adelantó para interceptarlo.

—Suerte que llegaste rápido, Dash. No quiso subir al cuarto. Dijo que te esperaría aquí.

—Nunca fue una chica fácil. ¿Cómo está?

—Ahora bien, medicada. Pero hay algo más, Dash. Cuando llamé para decir que estábamos acá, Poynton me dijo que te avisara que Tony no había vuelto a aparecer.

—¿Y por qué no me lo dijo a mí?

—Para no preocuparte.

—Seguro que lo consiguió —Hammett vio que la robusta mujer que había sido Nell Martin se había puesto de pie y lo esperaba con la mano apoyada en el respaldo del sillón raído—. Déjame con ella, Sam. Gracias.

Rosen no lo dejó ir:

—¿Qué vas a hacer?

—Acompañarla, tranquilizarla, escuchar su relato.

—Va a necesitar un abogado —dijo el abogado.

Hammett levantó las cejas.

—Yo no, Dash. Estoy vinculado contigo y tienes que mantenerte al margen de todo esto.

—Tienes razón. Consíguele uno y hablemos más tarde. Yo te llamo.

—De acuerdo. A cualquier hora.

Fueron juntos hacia Nell, que parecía repuesta. Hammett la besó en la mejilla helada:

—Cariño...

—Dash, discúlpame.

—Cállate.

Ella esbozó una sonrisa y alargó la mano para despedirse del abogado:

—Gracias, doctor Rosen. Lamento que nos hayamos conocido en estas circunstancias. De todos modos volveremos a vernos: tengo que devolverle el vestido.

—No hay cuidado, Nell.

—Eh... Van muy rápido para mi gusto —dijo Hammett.

Cuando Rosen se fue quedaron por unos segundos en silencio hasta que Hammett dijo:

—Siéntate, por favor. ¿Estás mejor? —ella asintió y se apoyó en el respaldo, seria y tiesa, con las manos juntas en la falda—. ¿Quieres que vayamos a otra parte?

—Antes íbamos al Algonquin... —dijo Nell con voz ronca. Y de inmediato lanzó una brusca carcajada.

—Ésta es mi chica —aprobó Hammett.

—O al menos lo era —Nell tomó entre dos dedos la tela de la falda de su vestido verde y continuó con vivacidad—. ¿Me queda bien? —y prosiguió, sin transición—: Tu abogado vive con la mamá, ¿sabías? Es de ella. El mío quedó hecho un asco. El piso de los sanitarios del Derby deja mucho que desear,

Dash. Dile a tu amigo...

—Bunny.

—Bunny, eso es —afirmó Nell y calló bruscamente. Tras un momento siguió, sin cambiar el tono y mientras meneaba la cabeza—: Pero no vale la pena que le digas nada, Dash. No volveré al Derby ahora que te encontré.

—¿Fuiste muchas veces?

—Un par. Una vez con Ashley; quiso acompañarme cuando le prometí que te buscaría para que sacaras tus cosas de casa.

—Ah. Entiendo...

Nell calló y desvió la mirada. Parecía a punto de echarse a llorar pero se repuso y agitó la cabeza.

—Dime qué pasa —dijo Hammett.

—Es todo muy complicado. Demasiados hombres en mi vida.

Ambos sonrieron. Hammett se inclinó hacia ella y le apretó las manos. Comenzaba a recuperar a su amiga.

—¿Quieres que subamos? Descansas y me cuentas. O me cuentas y descansas.

Nell extrajo un tubito de pastillas de la cartera y lo puso entre ambos, junto a los pocillos de café:

—Debo tomar otra de éstas en un par de horas —era una manera tácita de ponerse en sus manos—. Dijo Rosen que son buenas para la resaca.

—¿Son las que toma su madre?

Ella rió otra vez.

—Subamos Dash. Pero no me mires el trasero en la escalera.

—Será difícil ignorarlo.

El camarada Vittorio los anotó como Mr. Phantom y señora, les cobró —no sin disculpas mediante— un par de días por adelantado, recibió el vestido de

Nell para llevar a la lavandería y les dio la llave del número 7, un par de toallas, un jabón y una jarra de agua. La encargada del servicio de habitaciones había terminado su turno y no volvería hasta las ocho de la mañana.

—El cuarto es a la calle y tiene un bonito balcón que da a la esquina, señor Hammett. Estarán tranquilos. Sólo hay otra habitación ocupada en el primer piso.

Subieron juntos. Hammett sintió la dificultad de Nell para caminar y la sostuvo con firmeza. La habitación era la última al final de un pasillo mal iluminado. Al abrir la puerta y tocar la llave de luz comprobaron que la bombilla estaba quemada. Por las cortinas abiertas del balcón se filtraban las luces rojas y verdes del cartel, que se duplicaban en el espejo cuadrado sobre la cómoda, en la pared opuesta, y coloreaban la penumbra. Había dos camas separadas por una mesa de luz y un solo velador con pantalla de pergamino. Nell se adelantó y lo encendió. Una claridad tenue iluminó el empapelado antiguo de flores desvaídas, las colchas de un verde indefinido.

—Dejémoslo así —dijo.

Hammett fue al cuarto de baño con las toallas y el jabón. Cuando volvió, ella se había estirado en la cama más cercana a la ventana; ni siquiera se había sacado los zapatos. Tenía el brazo cruzado sobre la frente y los ojos cerrados. El pecho subía y bajaba, agitado.

—Gracias, Dash —murmuró.

—Descansa ahora.

Hammett se sentó en la otra cama y la observó detenidamente. Pasaron algunos minutos. Del exterior sólo llegaban pasos, rumor de autos, voces sueltas; cada tanto, los fragores del cercano tren elevado. Cuando la respiración de Nell se regularizó, Hammett se levantó, le quitó los zapatos y tocó su mejilla con el dorso de la mano. Estaba tibia. Ella se volvió hacia un costado y siguió durmiendo. Hammett la cubrió con la colcha de su cama, salió

de puntillas de la habitación y cerró con llave.

Miró su reloj. Eran las diez. Caminó a lo largo del pasillo y bajó al vestíbulo desierto. El camarada Vittorio probablemente dormía en la trastienda. Localizó el teléfono público en el hueco de debajo de la escalera. Puso dos monedas en el aparato y se recostó contra la pared.

La campanilla apenas sonó una vez. Atendió Linda. Antes de que pudiera preguntarle nada le informó que acababa de guardar el lenguado con habichuelas intacto en el refrigerador. Nadie lo había tocado.

—Mejor: guárdamelo todo para mí.

—Lo hice en gran medida para usted, pero usted no es de confiar, señor Hammett.

—Tuve que salir corriendo, Linda.

—¿Volverá muy tarde?

—Mañana. ¿Y el resto de tus comensales?

—Las niñas, que sólo comen hamburguesas.

—¿Donald y Tony?

—Después de que Tony apareció, que nos tuvo preocupados, Donald sacó los guantes del placard y se encerraron en el garaje. No hubo forma de que vinieran a cenar. Cuando salieron Tony tenía las orejas rojas y estaba todo transpirado. Tuve que enviarlos a bañarse. Que se hagan la comida, señor Hammett. Yo me voy a dormir.

—Haces bien. ¿Puedes pasarme con alguno de ellos?

Linda le pasó con Tony, que acababa de salir del baño. Tardó unos segundos en acercarse al aparato:

—Dash... —el chico estaba agitado—. ¿Sabías que Donald ha sido boxeador profesional?

—¿Estás hablando de Donny Brown?

—Peleó en el Madison, Dash... Y estuvimos haciendo guantes.

—¡Qué buena idea!

—Me enseñó a caminar y a tirar el *jab*. Es fácil.

—Por si acaso no lo hagas enojar.

Tony bajó la voz y cambió de tema:

—¿Cuándo resolvemos lo nuestro? De mi parte, nadie sabe nada.

—Me imaginé. Sigamos siendo discretos: sólo tú y yo.

—¿Cuándo vienes?

—Mañana, espero —Hammett hizo una pausa y dudó en seguir adelante hasta que dijo, eligiendo las palabras—: Tony, tendrás que tener en cuenta que las navajas para rasurar no admiten otros usos sin deterioro. ¿Sabes de qué te hablo?

—¿Qué te dijo mi madre? —y se le notaba la crispación—. ¿Qué mentira te dijo?

—No dijo nada. Sólo me mostró una comunicación de tu colegio —hubo un silencio prolongado. Tony no contestaba—. ¿Me oyes? ¿Me oyes, Tony?

La comunicación se cortó. Hammett echó un insulto al aire y tras un momento de vacilación colgó y se alejó del aparato.

Al salir de debajo del hueco de la escalera observó que el camarada Vittorio hablaba con un pasajero. Hammett se detuvo y retrocedió: no era un pasajero; no oía el diálogo pero sabía reconocer a los policías, incluso podía detectar en qué momento de la conversación inicial se sacaban el sombrero y entreabrían la chaqueta para mostrar la placa. El individuo, alto y grueso, con una innecesaria gabardina gris, cumplió con esos gestos como si fueran parte de un ritual.

El camarada Vittorio se empinó por encima del mostrador con los anteojos en la punta de la nariz para verificar la identificación y tras volver a la posición original abrió el enigmático registro de pasajeros, deslizó su dedo por la hoja apaisada hasta cierto punto y giró el libro para que el otro leyera.

En el momento en que el policía se inclinaba para verificar, Hammett decidió que era la oportunidad de subir al cuarto. Si se apresuraba podía

deslizarse esos pocos metros por la alfombra sin ser visto ni oído. Sin embargo, un leve contacto inesperado entre sus piernas casi lo hizo gritar, entrar en pánico. El gato gris salió de la sombra bajo la escalera y caminó lentamente, con la cola parada, hacia la luz. Hammett se retrajo en el hueco. Desde ahí alcanzó a ver, de reojo, que el camarada Vittorio y el policía se apartaban del escritorio y caminaban hacia la escalera. Paralizado, se pegó contra la pared mientras el gato subía de a saltitos los primeros peldaños como indicándoles el camino.

—Ey, Gramsci... Vía, vía... —gruñó el conserje, espantándolo. El policía caminaba un par de pasos tras él. Comenzaron a subir.

Hammett sintió que pisaban la alfombra a medio metro de su cabeza. Desde el hueco, y en medio del silencio sólo alterado por algún leve maullido, oyó o creyó oír los pasos por el pasillo que Nell y él habían recorrido hacía media hora. Vaciló una vez más. Transpiraba profusamente. Oyó voces que no alcanzó a distinguir y después de un momento golpes a la puerta de un cuarto. Entonces salió del hueco y, al pie de la escalera, esperó. Trató de adivinar la escena. Los golpes se reiteraron. Nadie parecía responder. Subió tres escalones y se detuvo al escuchar nuevos golpes. Cuando la puerta se abrió con un chirrido dio instintivamente un paso atrás, bajó un escalón.

—¿Qué quieren? —dijo una voz masculina.

Hammett se apoyó en la baranda de la escalera. Suspiró hondo y después de unos segundos comenzó a subir mientras arriba el diálogo continuaba.

Llegó al primer piso. El policía había entrado a la habitación número 4 y el camarada Vittorio esperaba junto a la puerta. Hammett pasó rápidamente junto a él camino al fondo del pasillo.

—Buenas noches, señor Phantom —dijo el conserje con naturalidad.

—Buenas noches —alcanzó a contestar, apurando levemente el paso.

Sintió que hacía un ruido excesivo mientras colocaba la llave en la cerradura y que tardaba una eternidad en entrar al cuarto y volver a cerrar la

puerta. Apoyó la frente contra la madera del marco, puso la traba y después de unos segundos se volvió lentamente.

Nell dormía en la misma posición, en la penumbra ahora acogedora. Nada había cambiado, pero Hammett tenía el rostro húmedo y una mezcla de agitación y angustia le oprimía el pecho. Fue al baño, se quitó los anteojos empañados y se echó agua fría en la cara y en el cuello sin levantar la cabeza. Se secó con la toalla y recién entonces se miró en el espejo. Vio a un hombre viejo y asustado.

Volvió al cuarto, encendió un cigarrillo y salió al balcón. El coche de la policía, con las luces encendidas, estaba estacionado desmañadamente lejos del cordón y con la puerta delantera abierta; un uniformado con las piernas fuera del vehículo hablaba por la radio en el lugar del conductor.

Hammett permaneció observando la escena, fumando inmóvil y con la mente en blanco, hasta que en algún momento el policía de gabardina salió del hotel, solo, y sin mediar palabra subió al móvil por la puerta opuesta. El uniformado apagó la radio, el coche policial partió sin encender la sirena y la calle quedó en absoluta quietud.

Cuando fueron las once en el reloj de metal de la esquina, Hammett volvió al cuarto y se sentó en la cama junto a Nell. Se había movido apenas, ahora estaba boca arriba y la colcha se había deslizado al suelo. La recogió, buscó las pastillas en la cartera, llenó un vaso con la jarra de agua y se inclinó sobre ella.

—Nell —dijo suavemente—. Nell...

Ella parpadeó y se incorporó sobre el codo.

—¿Qué hora es?

—La hora de tu medicina. Tómatela y sigues durmiendo.

Ella tomó la pastilla de la flaca palma y bebió toda el agua a largos tragos.

—Me siento mejor —dijo—. ¿Tú dormiste también?

—No precisamente.

—¿Pasó algo?

—Nada. Estuve fumando en el balcón. Es una hermosa noche.

Ella le retuvo la mano y se volvió, se puso de costado sin soltarla.

—¿Tienes ganas de hablar, de contarme lo que pasó? —dijo Hammett.

—¿Desde dónde? —preguntó ella después de un momento y sin volverse para mirarlo.

—Desde donde quieras.

Nell Martin le besó la mano y la soltó.

Se hizo un largo silencio. Hammett creyó que ella había vuelto a quedarse dormida, así que se levantó y se acostó en la otra cama, boca arriba, mirando el techo y con ambas manos cruzadas en la nuca. Pasó un tiempo indefinido. Estaba adormeciéndose cuando de pronto, lentamente, como si leyera con dificultad un texto suyo que parecía casi no reconocer, Nell comenzó a hablar.

—Tú te ríes, pero lo de los demasiados hombres en mi vida es cierto, Dash. Tú podrías haber sido el único, pero no se dio así. Entonces pasan estas cosas... Ashley era un buen compañero, sabes. Hasta que cumplió los cincuenta y se puso tonto; los hombres se ponen tontos, no saben envejecer. Cualquier mujer más joven que los caliente un poco alcanza para que rompan todo. Perdí un par de embarazos al comienzo, sabes... Y después ya no pude. Tal vez si hubiéramos tenido un hijo no hubiera hecho tantas estupideces. Y ahora es increíble que esté muerto y que yo esté escondida de la policía y que tú me tengas que ver así...

—No digas eso.

—¿Lillian sabe de esto?

—Lillian no sabe nada de nada. Está en Europa desde hace un par de meses.

—¿Estás bien con ella?

—Ella en su casa y yo en la mía, pero bien.

—Es lo mejor, ¿no? Tal vez si nosotros...

—No hay reglas, Nell. No sabemos qué hubiera pasado. O sí, pero...

—Tienes razón —suspiró—. Sé que empecé con Ashley cuando todavía te seguía esperando a ti. Y era alguien que también escribía, y no escribía mal. No como tú, claro. Pero tardé demasiado en darme cuenta cuánto le molestaba cada vez que te nombraba. Por cualquier motivo. Pero yo tenía controlada la cuestión; bah, eso creía. Incluso el tema de la maleta con tus papeles, que podría haber seguido allí cien años sin problemas hasta que te dignaras a volver a aparecer en mi vida... Supongo que no tiraba toda esa papelería como una manera de dejar abierta esa posibilidad. Pero pasaban años sin que me acordara de que eso estaba ahí. Ashley ni siquiera sabía que los conservaba; el problema comenzó cuando lo supo. Ahora perdí esos papeles, sabes... Los perdí, pero fue porque yo traté de... protegerte.

—Lo sé.

—¿Lo sabes? Cuando me llamaste...

—Sí, te llamé por la maleta, Nell. Quería saber qué había pasado para que terminara en una consigna de Pennsylvania Station...

Ella abrió muy grandes los ojos:

—¿Dónde estaba? ¿La recuperaste?

—Sí, está segura ahora.

Nell Martin se volvió hacia él en la penumbra y por un momento Hammett reencontró una mirada que creía perdida:

—Ah, qué bueno. Tenía mucho miedo por eso. ¿Cómo fue que tú...?

—No eres la única de vida complicada. Pero tú, tranquila, ya te contaré. Esa noche, cuando llamé ¿creíste que era Ashley?

—Sí. Fue el día después de que desapareció. Nunca volví a verlo.

—¿Y quién estaba ahí contigo?

—Es difícil de explicar, Dash.

Se hizo un largo silencio. De pronto Nell comenzó a sollozar bajito.

—Ella era la que estaba. Y Ash está muerto por enredarse con esa mosquita muerta... —dijo de un tirón—. Y yo la traje a casa, Dash. Bah, en realidad vino con alguien y se quedó ahí. Ahí empezó todo, sabes.

—¿El coronel tuvo algo que ver?

Ella se demoró en contestar, como si no comprendiera:

—Ah, el coronel, tu amigo Lindgren... —dijo finalmente—. Sí, pero eso fue después, y él me ayudó, me avisó... Ella apareció con Bobby, un chico que tú no conoces.

Hammett estuvo a punto de decir algo pero se contuvo.

—Bobby podría ser mi hijo, o nuestro hijo, si quieres... —dijo Nell en voz casi inaudible—. Tan apasionado por todo, con una energía... Me encontró casi de casualidad, o no... No fue casual. Al tiempo me di cuenta de que yo le interesaba sólo como una manera de estar cerca de ti. Venía de San Francisco, tiene negocios allá. Me contó que él era de algún lugar de Sudamérica, y contaba cosas extrañas vinculadas con tus novelas, tan raras como esa muchacha que trajo consigo. Y ella no hablaba, Dash. Supongo que por todo lo que hablaba Bobby. Era capaz de encontrar cualquier dato en tu obra, la leía como los cabalistas leen la Biblia, que encuentran referencias extrañas en todas partes. ¿Sabes lo que te digo?

—Creo que sí.

—Nunca he visto algo así, Dash: una obsesión. Sabe todo sobre ti, lo ha leído todo y es capaz de discutir detalles que ni siquiera tú mismo podrías recordar. Bobby es una especie de escritor también y tenía una historia que quería que conocieras que tenía que ver contigo, algo que debía mostrarte, porque le habías cambiado la vida, y contaba que nunca podría pagar lo que habías hecho por él. Sin conocerlo, claro. Pero nunca supe, todavía me pasa ahora, no supe qué pensar de él, ¿sabes? De pronto desaparecía por unos meses. Decía que iba en viaje de negocios. Andaba con un coche nuevo y siempre tenía dinero; aunque ése no era el problema, porque incluso nos

adelantó el pago a Ash y a mí por relatos para la revista.

—¿Qué revista?

—Un magazine, un magazine de relatos criminales al viejo estilo, como los de cuando éramos jóvenes y publicábamos nuestros primeros cuentos. Incluso me dijo que pensaba ponerle de título *Cosecha roja* y me preguntaba si tú lo autorizarías a usar el nombre, que era un homenaje. Parecía dispuesto a poner su dinero en ese proyecto. Pero para él era fundamental tenerte a ti, pensaba que podía hacer que te volvieran a publicar. Y ahí cometí el error de decirle que tenía ese viejo material tuyo. Y Ashley se enteró, claro. Desde ese momento fue pura obsesión con tus papeles... Y eso empezó a preocuparme, porque en esa época yo ya estaba asustada, Dash.

—¿Por qué?

—Por lo que pasaba contigo. Tuve un par de visitas, visitas informales, sabes, de esos tipos de la Comisión. No me amenazaron pero me dijeron que sería bueno que colaborara y sobre todo le dijeron a Ashley que había penas para los que no colaboraban, si te consideraban cómplice de encubrimiento de actividades antiamericanas... Querían saber de ti, de tus amistades. Me pareció que alguien les había hecho creer a los del FBI que yo tenía algún tipo de cosas que podían comprometerte, Dash. ¿Entiendes?

—Entiendo. ¿Y tú?

—Yo no dije nada más que la verdad. Que hacía muchos años que no te veía, que no sabía dónde vivías... Pero después de la segunda vez tuve miedo de que entraran en casa y revisaran, sabes... Yo no quería que se llevaran tu maleta. No sabía qué podían hacer con ella ni qué me podían hacer a mí.

—O qué podían poner, Nell. Suelen inventar que encuentran...

—Fue la época en que Ash se quedó sin trabajo, comenzó a beber demasiado y a hacerme escenas por cualquier cosa. Todo sucedió al mismo tiempo. Tuve que aceptar un tiempo completo en una agencia de publicidad y entonces arreglamos con la media hermana de Bobby, Irma, que no tenía dónde

ir, para que se quedara viviendo con nosotros en la habitación de servicio mientras se ocupaba de las tareas de la casa. Bobby estaba de viaje y la había dejado con nosotros, pero se demoró y ella no tenía adónde ir. Había venido, en realidad la había traído él de un pueblo del Medio Oeste y no conocía la ciudad, se quedaba todo el día en la casa. Como Ash estaba todo el día bebiendo sin hacer nada comenzó a acosarla hasta que un día los sorprendí. Ella me dijo que él la había obligado y entonces lo eché, sabes... El alquiler lo pagaba yo, así que lo eché. Nos quedamos ella y yo. Bobby se había ido de viaje, siempre misterioso, y no sabía cómo ubicarlo. Tardó meses en volver. Irma dijo que había ido a la Argentina. Lo que yo no sabía era que ella y Ash seguían viéndose, sabes, en esa misma casa de Queens donde él apareció muerto... Pero todo eso lo supe después, cuando me di cuenta de que me estafaban.

—¿Cómo te estafaban?

—Es largo, también. Pero lo que sucedió fue que en ese momento tan raro, una época fatal en la que no tenía a quién recurrir, apareció tu amigo el coronel.

—¿Y qué te dijo? ¿Cómo se te presentó?

—Ten en cuenta que cuando apareció yo estaba sola. Digo: sin Ashley. Y al verlo por primera vez desconfié; creí que era un agente del FBI o de la Comisión. Pero me contó que era amigo tuyo y que no tenía cómo ubicarte pero que recordaba mi dirección porque tú le habías leído mis cartas cuando estaban en las Aleutianas. Y me convenció. ¿Es cierto eso?

—Es cierto, sí.

—¿Conservaste mis cartas, Dash?

—Claro —mintió Hammett casi sin advertirlo—. O bah... Supongo que sí, que aún andarán por ahí.

—¿Supones? El coronel me dijo que las tenías en una lata de habanos y que las leías todas las noches.

—¿Eso te dijo?

—No sólo eso. Dijo que leyéndolas y por lo que tú le contabas se enamoró de mí...

—Te creo. Quiero decir que te creo que te haya dicho eso.

Nell sonrió en la semioscuridad:

—Se comportó como un caballero, tu amigo Carl. Me ayudó mucho en ese momento, que no estaba Ash, sabes. Salíamos, me llevaba a cenar, me trataba como a una novia, me hablaba de ti de una manera muy graciosa. Sobre todo de la época del Ejército. Te llamaba... Chip, ¿puede ser?

—Chim, me llamaba. ¿Y qué quería de ti?

—No sé... Tal vez por eso, cuando reapareció Ashley con intenciones de volver, sobrio y con trabajo, le pregunté a Carl, no sé cómo decírtelo... Le pregunté qué pensaba de esa especie de relación que teníamos... Y entonces, de un día para otro, desapareció. Me dijo que tenía que ir a alguna parte a ver a no sé quién, y se esfumó.

—Es todo un estilo.

—No supe nada de él durante bastante tiempo. Mientras tanto seguimos con Ashley hasta que meses después murió una tía suya y le dejó su departamento en Brooklyn y algún dinero en una cuenta. Así que me convenció de que dejáramos el departamento de Manhattan, que tenía la renta a mi nombre y muchos gastos, y nos fuéramos al de Brooklyn, que podríamos utilizar sin cargo. Yo no tendría que trabajar, me dedicaría a escribir, haríamos el magazine con Bobby que había regresado por entonces y llevaríamos a Irma con nosotros. Además, dijo que le venderíamos tus manuscritos a Bobby, ya que estaba tan interesado, y que cuanto menos contacto tuviéramos contigo y con tus cosas, mejor. Yo le dije que nunca los vendería. Tuvimos una discusión y ahí me amenazó con quemarlos. Lo que terminó de decidirme fue que en esos días habíamos vuelto a tener algunas sospechosas llamadas y Ashley estaba muy paranoico e insistía en que ya que no lo dejaba venderlas, que me

deshiciera de tus cosas, Dash. Yo las escondí en otro lugar y le dije que las había tirado, pero él no me creía. Justo entonces reapareció tu amigo Carl: llamó y me dijo que si no quería ir presa sacara los papeles de casa esa misma noche, junto con la basura. Que era lo más seguro.

—No entiendo. ¿Tú lo llamaste y le dijiste...?

—No, me llamó él.

—¿Cómo sabía que estabas en apuros?

—No sabía nada en concreto pero algo había oído, me dijo. Exactamente eso: “Algo había oído”. Yo estaba tan apurada por Ash y la mudanza que le hice caso, saqué tus cosas del escondite a la basura y nunca más las vi. Al otro día, tal como él me había dicho, los agentes volvieron y me dieron vuelta la casa, revolvieron todo. Me salvó de ir presa, Dash. Pero tampoco vi más al coronel ni supe nada. ¿Él te encontró?

—Sí. Probablemente poco después.

—¿Y te habló de mí?

Hammett vaciló:

—Tardó en hacerlo, en realidad. Me dejó la llave de la consigna sin decirme de qué se trataba.

Nell movió la cabeza:

—No entiendo qué pasó, Dash. Pero me alegro.

—Yo tampoco entiendo y también me alegro. Si te llamé fue porque la última vez que había visto esa maleta estaba en tu casa y quería saber qué había pasado para que terminara allí...

—Y yo no lo sabía, pero tampoco te pude contestar.

—¿Por qué?

Nell se volvió hacia él:

—Ella, Irma, estaba ahí. No bien escuchó que hablaba contigo sacó un arma y me apuntó. Una pistolita así...

Y el gesto de Nell, cuatro centímetros entre el pulgar y el índice, exageraba

sólo lo necesario. Y Hammett lo sabía; pero no estaba dispuesto a admitirlo.

—¿Y qué pasó después?

—Es difícil de explicar, Dash. Irma es una muchacha muy rara... Apenas habla inglés, es delgada y parece inofensiva pero por haberse criado en el campo tiene mucha fuerza, sabes... Creo que es epiléptica, además. Me apuntaba y decía cosas incomprensibles, me hablaba de Ash, de la maleta, de ella y él, todo mezclado... Yo trataba de hacerle entender que dejara el arma, que no había nada ya que temer por la maleta, que me había deshecho de ella, que no había nada que temer. Pero ella nada, me seguía apuntando. Me hizo dar vuelta, que le diera la espalda, y entonces sentí un golpe en la cabeza. Me caí para adelante pero no me desmayé. Ahí debería haberme quedado quieta pero llegué a ponerme de rodillas y al volverme la vi venir hacia mí con el banquito del piano; lo tenía asido de una pata y lo revoleaba. Con eso me pegó. Es lo último que recuerdo. Mira aquí...

Nell interrumpió el relato y volvió su cara contra la almohada mientras se recogía el pelo con la mano izquierda por detrás de la cabeza y dejaba al descubierto un corte de unos dos centímetros detrás de su oreja derecha. La herida tenía un color rojo oscuro, con un reborde violáceo.

—No sabes cómo sangró —dijo con la boca pegada a la colcha verde—. Me curé sola.

Hammett se levantó de la cama y se sentó junto a ella sin decir palabra. Cuando Nell se volvió, él estiró la mano y colocó nuevamente el mechón de pelo en su lugar, detrás de la oreja.

—Prosigue —dijo en voz baja.

Ella se incorporó un poco sobre un codo:

—¿Tienes un cigarrillo? Se me acabaron.

Hammett le alcanzó uno, le dio fuego y puso el cenicero de madera junto al velador. Nell aspiró profundamente y continuó:

—Cuando me desperté estaba tirada en el piso del retrete del fondo, lo supe

por el olor. Como ves, terminar así es algo que se va convirtiendo en una mala costumbre...

Hammett sonrió apenas, acompañándola, y no dijo nada. Nell prosiguió, casi didáctica:

—El retrete está entre la habitación de servicio y la cocina, y no tiene ventana; apenas un respiradero. Ahí adentro no sabes cuándo es de día y cuándo de noche. Estaba atada de pies y manos, amordazada y con lo que después reconocí como una funda de almohada puesta así, como una capucha, en la cabeza. No sé cuánto tiempo estuve allí, Dash; oía que a veces sonaba el teléfono a través de la puerta cerrada y que nadie contestaba, o los sonidos del televisor encendido. Por las voces reconocí los programas que le gustan a Irma y que siempre veía. Un par de veces oí que se abría o cerraba la puerta de calle. En ningún momento entró nadie al retrete. La casa tiene un baño principal, que ella debe haber utilizado durante todo ese tiempo.

—¿Cuánto tiempo estuviste así?

—No sé. Estuve dormida, desmayada, no sé... Pero deben haber sido un par de días, por los programas de la televisión. Supongo que la única persona que estuvo fue Irma, aunque no puedo asegurarlo porque no escuché otras voces. Pero dormí o estuve en estado de somnolencia muchas horas, así que puedo no haber oído algo.

—¿Y cómo saliste de ahí?

—Fue muy raro, Dash. Yo estaba dormida y de pronto sentí, como entre sueños, que abrían la puerta del retrete y alguien, sin decir una palabra, me soltaba las manos, sólo las manos, y volvía a salir. Un instante después creí oír la puerta de calle que se cerraba. Y nada más.

—¿Fue Irma?

—No, me pareció que era un hombre. Aunque no puedo estar segura. Fue una sensación, apenas.

—¿Pudo ser Ash?

—No, pobre. Bah, no lo sé.

—¿Y el otro, ese Bobby?

—No lo creo. Estaba fuera y...

—¿El coronel?

—¿Ves? Demasiados hombres en mi vida... ¿No fuiste tú?

Hammett enarcó las cejas:

—Yo solía escribir escenas así, pero de ahí a protagonizarlas... —dijo Hammett—. Dime qué pasó después. Siempre fuiste buena narradora, Nell Martin.

—Lo sé.

Y ella prosiguió como si contara una película o —mejor— como si le contara un guión que estaba escribiendo:

—Cuando después de un rato puedo salir del retrete —y Nell había pasado al relato en presente, notó, anotó Hammett mentalmente—, encuentro una nota sobre la mesa del living. Quiero que la veas. Está en mi cartera.

Hammett se estiró hasta la mesa de luz y se la alcanzó. Nell se incorporó sobre un codo, encendió su cigarrillo con el de Hammett, aspiró un par de veces y después de rebuscar un momento sacó una hoja tamaño carta doblada en cuatro. La desplegó. El mensaje era un collage hecho con letras de distintos tamaños recortadas de una revista.

—Fíjate. Se tomaron trabajo.

Hammett leyó:

“Si quiere vivo a Ash, deje la casa y no avise a la policía. La vigilamos”.

—¿Y qué hiciste?

—Estaba muy mal, Dash. Débil, había perdido sangre. Pensé en llamar a alguien pero el cable del teléfono estaba cortado y oscurecía. Entonces, aunque no lo creas, me bañé, comí algo, tomé el dinero que había en casa, porque no habían tocado nada, y salí por la puerta trasera.

—¿Hay una puerta trasera?

—Sí, la que da al callejón. Ahí tomé un taxi y casi inconscientemente le di la dirección de Manhattan. Yo conservaba una llave. Fue una idea loca, pero como el departamento que habíamos dejado hacía apenas unos meses todavía estaba desocupado y con algunos muebles, acaso podía quedarme ahí. Y así fue. Haría un par de horas que estaba ahí cuando sonó el teléfono. Casi me muero del susto: era Ash... Lo primero que me dijo es que estaba secuestrado, hablaba con la mordaza puesta, sabes, apenas se le entendía.

Hammett razonó con ella:

—Te liberaron para que te movieras, después te siguieron desde Brooklyn... Te vieron entrar al edificio y cuando hablaron con Ash, él supuso que tú estarías ahí...

—Claro, Dash. Fue así. Y Ash me dijo que si no quería que nos mataran a los dos, a la mañana sacara todo el dinero del banco donde teníamos la cuenta conjunta y lo dejara ahí mismo, en el departamento de Manhattan. Veinticuatro horas después de dejar el dinero nos volveríamos a encontrar en nuestra casa, que eso le habían prometido. Le dije que sí, que lo haría, pero cuando le pregunté quiénes eran me cortó. O alguien cortó.

—¿Oíste otras voces?

—No.

—¿Cuándo fue todo esto?

—No estoy muy segura. Hace tres o cuatro días, supongo. Esa noche, después de la llamada, fui al Derby para dejarte un mensaje pero ya estaba cerrado. Volví al departamento y casi no dormí. A la mañana fui al banco caminando pero no noté que nadie me siguiera. Saqué todo el dinero, veinte mil dólares, volví y los dejé en dos fajos sobre la mesa. Al salir tampoco noté nada raro. Volví a Brooklyn a esperar a Ash, pero aunque yo había hecho mi parte no apareció en todo el día. No sabía qué hacer. Nunca nadie volvió a comunicarse conmigo. Pensé que me habían engañado pero no quería ir a la policía. Esa noche, de nuevo, casi no dormí y estuve bebiendo. Tenía mucho

miedo, Dash. Al día siguiente salí temprano a comprar café en el estanco de la esquina y al regresar vi el coche de la policía en la puerta de casa y no me animé a acercarme. Volví al departamento de Manhattan sin saber qué pensar. El dinero ya no estaba. Dudaba sobre qué hacer y a la tarde bajé con la idea de ir a la policía, pero al comprar el periódico encontré la noticia de la muerte de Ash... Y supe que la policía me buscaba. Volví y me encerré.

—¿Eso cuándo fue?

—Anteayer... creo.

—¿Y estuviste todo el tiempo ahí, en el departamento vacío?

—Sí. Sonó un par de veces el teléfono pero no respondí. Tomo pastillas para dormir, sabes...

—¿No tienes un abogado, nadie a quien llamar?

—Te tengo a ti.

Hammett no contestó a eso; sólo le apretó la mano.

—Por eso hoy me animé y fui al Derby. Le pedí a Bunny que te buscara pero me dijo que no te encontraba, que lo intentaría. No sabía si creerle o no. Como tenía miedo empecé a beber y había tomado pastillas. Era tarde, iban a cerrar y fui al baño. Después no recuerdo más. Es todo confuso hasta que apareció tu joven abogado y me trajo este hermoso vestido de la mamá...

Nell acarició la manga de su vestido entre dos dedos y quedó callada. Después de un momento aspiró dos o tres veces por la nariz húmeda y estiró la mano hacia la cartera. Sacó un pañuelo y se sonó la nariz. Tenía los ojos enrojecidos. Miró a Hammett, que se había puesto de pie y caminaba por el cuarto.

—¿Qué piensas? Te parezco muy estúpida...

—Nada de eso. Pero vas a necesitar un abogado, cariño —dijo él con tono pausado mientras volvía a sentarse a su lado en el borde de la cama—. Hay que demostrar que todo lo que me has contado es como tú lo dices.

—¿No me crees?

—Te creo. Pero conviene que sólo declares cosas que puedas probar. ¿Entiendes?

—Supongo que sí. ¿Me das otro cigarrillo?

Hammett le dejó el paquete empezado sobre la mesa de luz.

—Quédatelo —dijo poniéndose de pie—. ¿Te puedo dejar sola un rato?

Nell abrió un poco más grandes los ojos pero luego de un momento asintió sin decir nada.

—Voy a bajar a hacer unas llamadas antes de que sea demasiado tarde —dijo él lentamente—. Aprovecha para descansar un poco más. ¿Tienes hambre, quieres un sándwich?

Ella negó con la cabeza y dijo:

—Cierra la puerta con llave.

—No, mejor pon tú la traba. Daré tres golpecitos al volver.

Nell se levantó de la cama y caminó hacia él echando humo.

—Preferiría un trago.

—Mañana —dijo Hammett—. Te lo prometo.

Le dio un beso en la mejilla y salió cerrando suavemente la puerta. Dio un par de pasos y se detuvo. Sólo cuando oyó el sonido de la traba siguió caminando por el pasillo alfombrado. Bajó la escalera y atravesó el vestíbulo desierto. El camarada Vittorio no estaba en la conserjería; Gramsci dormía sobre el mostrador, acurrucado bajo la lámpara verde.

Sam Rosen ya dormía, pero su madre no. Hammett se presentó con una cortesía inusual para la hora y las circunstancias y le explicó a la señora madre de su abogado que admitía que era tarde pero que la cuestión no podía esperar hasta la mañana:

—Usted sabe, Mrs. Rosen, que su hijo es uno de los mejores abogados de New York y si por algo se lo requiere tanto e inspira tanta confianza es por su

plena disposición —afirmó al borde de la retórica.

—En eso tiene razón —admitió Mrs. Rosen.

Dos minutos después el joven abogado estaba en el teléfono:

—Dash... ¿Qué hora es?

—Casi la una.

—¿Qué es ese ruido?

—La máquina de café express. Estoy en el bar de la esquina del Pontiac.

Necesitaba cigarrillos y comer algo.

—¿Y ella?

—Ella necesita asistencia profesional.

—Ya tengo el abogado, Dash. Si es por eso, mañana a primera hora...

—Hay algo más: necesita un psiquiatra.

—¿Está loca?

—No sé qué es, pero no está bien, Sam. Me contó una historia insostenible. Es decir, creo que miente. Pero me parece que no lo sabe. ¿Tienes un momento?

—Ya estoy despierto, Dash.

Y a continuación Hammett le hizo un resumen bastante pormenorizado de toda la última peripecia de Nell desde la primera llamada al vertiginoso tramo final. Rosen interrumpió un par de veces, se detuvo sobre todo en los detalles del encierro y en la última secuencia con el trámite de la entrega de los dólares.

—Habría que verificar esas cosas —concluyó Hammett.

—¿Y qué quieres hacer?

—Supongo que si conseguimos un psiquiatra que la vea y diagnostique eso puede ayudar a la hora de deslindar responsabilidades, si la acusan de algo. Hay un muerto y probablemente veinte mil dólares desaparecidos ya.

Hubo un silencio del otro lado.

—¿Quieres decir internarla?

—Tal vez. Ahora, cuando regrese al Pontiac, trataré de que me cuente de nuevo la historia, a ver qué dice... —Hammett se detuvo un momento—. Ahora que lo pienso...

—¿Qué se te ocurre?

Hammett paseó la mirada por el bar. Era un lugar limpio y bien iluminado como el del cuento del mejor Hemingway. Sólo había una pareja sentada a una mesa junto a la ventana. El único camarero dialogaba con el que estaba detrás del mostrador con el periódico abierto en la página de *sports*. La conversación dejaba largos intervalos de silencio. En el extremo más lejano de la barra, un hombre gordo comía con los codos apoyados a los lados del plato, las mangas de la camisa gris arremangadas y el sombrero puesto; junto a él, una mujer de pelo amarillo y vestido rojo parecía dispuesta a esperar toda la noche a que le hablara con la mirada fija en una copa alta y semivacia.

—Dash... ¿Qué quieres hacer? —insistió Sam del otro lado de la línea.

—¿Te animas a entrar a la casa de Brooklyn, la de Purple St.? —dijo Hammett de corrido—. Usamos la llave de ella, entras por la puerta trasera. La que tú y Frisson no tuvieron en cuenta cuando vigilaron.

—¿Cómo dices?

—Me escuchaste bien: hay que entrar en la casa de Nell.

—¿La llave se la pides tú?

—Ya la tengo. La saqué de su cartera. Ven a buscarla y vas ahora mismo. Ya estuvo la policía, pero debe haber quedado algún indicio del cautiverio, cualquier cosa más que podamos usar. ¿Podemos saber lo que declaró Irma?

—No por ahora, Dash —Sam Rosen suspiró—: averigüé en el precinto pero creo que no me dijeron todo.

—Hay un teniente ahí, que Donald dice que es buena persona.

—No sé, no lo vi. Parece que Irma declaró y la soltaron, o dicen que la soltaron, por falta de mérito. Aunque puede ser un señuelo... —Sam volvió a suspirar—. ¿En serio quieres que vaya ya?

—Puedo pedírselo a Poynton. O si te parece mejor, puedo ir yo mismo. O despiértalo a Frisson, que supongo tiene insomnio y vive solo.

—Con su hermana mayor.

—Me imaginaba algo así.

—¿Qué tiene que ver eso? —dijo Sam desconcertado—. Pero está bien, me ocuparé. ¿Dónde estás?

Hammett se lo dijo.

—Voy para allá.

—Bien. Y apúrate, que tengo que colgar.

—¿Qué pasa ahora?

—Ella está aquí.

Nell estaba en la calle, del otro lado de la vidriera, y le hacía gestos.

Hammett se apartó del teléfono y le indicó, también por señas, que entrara. Nell caminó a lo largo de la acera del bar y entró por la puerta de la esquina.

—Escuchaba ruidos, Dash. No podía quedarme ahí.

—Ven, sentémonos.

La tomó del brazo helado y la condujo a la mesa donde habían quedado su taza de café y los restos de un sándwich.

—Dame un cigarrillo —dijo Nell apenas se sentó.

—Olvidaste los que te dejé.

—Los fumé todos. Creo, bah. Estoy muy nerviosa.

Hammett sacó su paquete nuevo de cigarrillos, lo abrió, le dio uno a ella, se puso otro en la boca y encendió ambos. La mano de Nell temblaba.

—¿Tomaste algo?

—Pastillas.

—¿Cuántas?

—No lo sé.

Nell respiraba agitadamente y los ojos se le cerraban. El cigarrillo vacilaba en su mano.

—Vamos al lavabo —dijo Hammett y se puso de pie.

Tuvo que tomarla del brazo para que se levantara. Caminaron por el pasillo junto a la barra. El camarero y el barman no levantaron la mirada del periódico.

—¿Qué le pasa? —dijo la mujer del pelo amarillo.

—El estómago —dijo Hammett.

—Déjeme a mí.

La mujer se bajó del taburete y tomó a Nell del otro brazo.

—No te metas, Sally —dijo el hombre del sombrero.

—Tú cállate —dijo ella.

La llevaron hasta los servicios y entraron en el baño de mujeres.

—Espere afuera —dijo la rubia.

—Tendría que vomitar —dijo él.

—¿Qué tomó?

Hammett se encogió de hombros, meneó la cabeza. Nell no decía nada, no podía. La puerta se cerró.

Cuando las dos mujeres volvieron a aparecer, Hammett conversaba en la mesa con Sam Rosen. La rubia lo miró con gesto adusto:

—Que se meta en la cama —aconsejó, y dejó a Nell como quien entrega un prisionero.

—Ven aquí, Sally —gritó desde la barra el hombre del sombrero.

—Tú cállate.

Nell se sentó junto a Sam Rosen y le apoyó la mano en el brazo.

—Qué va a pensar de mí...

—Que estuvo en problemas pero que tiene amigos, Nell —dijo él, sonriendo hacia Hammett.

—Eso es verdad —admitió ella, convencida—. ¿Se queda con nosotros?

—Ya me iba. Le decía a Dash que mañana los espero en mi oficina a primera hora. El doctor Leggett, un hombre de confianza, la asesorará. Y una vez que se presente con él a declarar, seguramente podrá volver a su casa.

—No sé si querré. Dash le habrá contado...

—Sólo lo mínimo necesario —dijo Hammett—. Tómate el café de a pequeños sorbitos, Nell.

Sam Rosen se despidió. Lo vieron salir del bar, subir a su coche y partir.

—¿Quieres volver ya al hotel? —dijo Hammett.

Nell agitó la cabeza:

—Todavía no. ¿Te parece peligroso que estemos aquí?

—Un rato más, pero tampoco exageremos. Hay rondas, sabes.

—Está bien. Es que quiero confiarte una cosa antes de que se me olvide, Dash. Cuando me quedé sola me di cuenta de que no me acordaba si te lo había dicho. Irma y Ash me engañaban.

—Me lo dijiste.

—Pero fue más que eso. No estoy hablando sólo de sexo.

Media hora después Nell había hecho una prolija recreación de todo su relato anterior referido a la complicidad de ambos con el propósito de apoderarse de su fortuna. No había hablado antes en esos términos.

—¿A qué fortuna te refieres?

—La herencia Boyer, Dash.

—Charles aún vive, por lo que suelo ver en la pantalla.

—No es broma: heredé cuarenta mil dólares el año pasado.

Hammett la detuvo ahí, con un gesto leve de atención:

—¿Esos dólares de la herencia estaban en la cuenta conjunta de donde te pidió Ash que sacaras los veinte mil para sus secuestradores?

La mirada de Nell Martin se fijó en Hammett durante unos segundos como si no hubiera entendido o recordado de qué se trataba:

—Los secuestradores... —dijo.

En ese momento desde algún lugar de la noche comenzó a crecer el sonido de una sirena, primero más o menos lejana, luego cada vez más próxima. Se miraron.

—Vámonos, Nell. Tú, tranquila, pero vayamos saliendo.

Mientras Hammett llamaba al camarero tratando de no atraer la atención, los demás clientes del bar atendían a lo que pasaba afuera, a la sirena cada vez más cercana. Incluso el hombre del sombrero y la mujer de pelo amarillo se levantaron de sus taburetes.

Pagaron y salieron por la puerta principal del bar justo en el momento en que el camión de los bomberos doblaba en la esquina y avanzaba en su misma dirección.

En el extremo de la calle, desde lo que parecía ser el primer piso del hotel Pontiac, una columna de humo negro y gris se elevaba desde el balcón de la esquina. El resplandor de las llamas se reflejaba en los vidrios, se sumaba a los colores intermitentes del cartel con el perfil recortado y la pluma del jefe indio.

El camión de bomberos se detuvo en la esquina e hizo inmediato silencio, mientras desde algún otro punto de la noche avanzaban hacia el lugar otras sirenas, la gente se asomaba a las ventanas para ver los movimientos rápidos de los bomberos, los progresos del incendio.

Hammett tomó a Nell por el brazo y la arrastró en la dirección contraria. Anduvieron en silencio veinte metros; cada tanto, ella volvía la cabeza y murmuraba algo ininteligible:

—Además de un cigarrillo encendido, ¿dejaste algo más?

—Creo que no.

—Vamos a tu departamento, entonces.

Pararon un taxi y le dieron la dirección. En el camino Nell abrió su cartera y luego de revolver un poco dijo:

—Perdí todas las llaves, Dash. Se deben haber caído en el hotel. Lo siento.

Hammett entrecerró los ojos, suspiró:

—Reconozco que lo intentaste todo, pero no tengo dinero para el Algonquin.

## 21. De escritorio

Cuando se abrió la puerta del despacho, Phil Frisson levantó la mirada del periódico y al ver a Hammett con la mujer abrió mucho los ojos y dio un suspiro de alivio. Eran las ocho y media de la mañana y su jefe había empezado a impacientarse.

—Hola, por fin —dijo mientras abandonaba su silla tras la mesa de recepción—. Me quedé yo a esperarlos porque Jenny, la secretaria, fue a los Tribunales —aclaró atropelladamente y sin llegar a extenderles la mano.

—Disculpas, Phil, si nos demoramos.

—No hay cuidado. Voy a avisarle a Sam.

El joven Frisson abrió una puerta con cristal esmerilado y entró sin golpear a la oficina contigua. Por un instante, Hammett alcanzó a entrever a Rosen tras su escritorio hablándole a un hombre grueso de traje gris sentado frente a él. La puerta se cerró y el fragmento de la conversación quedó reducido a un susurro. Sonaba apenas el saxo de Lester Young.

—Vendrá enseguida, cariño —dijo Hammett.

Se sentaron en los extremos de un sillón de cuero de tres cuerpos que ocupaba media pared, flanqueado por la máquina expendedora de agua y la puerta de entrada. Había dos sillones más pequeños, en los ángulos. Por la ventana de la derecha entraba cómodo el sol matinal sin barreras. Las cortinas estaban levantadas y permitían ver los perfiles grises y ocres de los rascacielos de la Quinta Avenida. Sobre la mesa de recepción, donde estaban el teléfono y una pila de revistas ilustradas junto a la radio encendida, había quedado abandonado el periódico.

Hammett se levantó y lo recogió. La primera plana la ocupaba la noticia de la condena definitiva de los esposos Rosenberg a la silla eléctrica de Sing Sing. Después de dos años de idas y venidas y más de veinte apelaciones, la sentencia por los cargos de espionaje a favor de los soviéticos quedaba en firme. Serían ejecutados el 18 de junio por contarles a los comunistas cómo se hacía una bomba atómica.

Hammett bajó sus anteojos con el dedo índice hasta la punta de la nariz para leer más cómodo. La noche accidentada, la barba crecida y blanca de dos días, la ropa arrugada y los zapatos deslustrados le daban un aire imprevistamente desaliñado. Cruzó las piernas y volvió un par de hojas. La noticia del principio de incendio sin mayores consecuencias en el viejo hotel Pontiac era un recuadro menor, al pie de la página seis, y respecto de la muerte de Ashley Dickinson no había novedades aparentes.

Nell dejó a un lado el *Vanity Fair* que estaba hojeando, se inclinó a través del sillón y arrimó su mano hasta Hammett. Tenía expresión de fatiga, con las piernas semiextendidas, cruzadas a la altura de los tobillos y los hombros vencidos. El hombre flaco soltó el periódico y tomó la mano de Nell sin decir palabra.

En ese momento se abrió la puerta de vidrio esmerilado y Sam Rosen los invitó casi jovialmente a pasar:

—Señora Dickinson —dijo con estudiada cortesía y sin mirar siquiera a Hammett—, dichosos los ojos que la ven tan recuperada. Adelante, por favor.

Entraron al despacho mientras Frisson se retiraba por la puerta lateral a su propia oficina. Rosen les presentó al hombre grueso de traje gris como el doctor Arthur Leggett, quien estaba allí para asesorar a la señora Dickinson — así dijo— y se volvió a su ubicación tras el escritorio.

—Antes que nada —y abrió el primer cajón—, la estaba esperando porque en la confusión de nuestro último encuentro, en el apuro, creo que me quedé con algo suyo. Discúlpeme si le he ocasionado algún contratiempo, pero las

recogí pensando que eran las mías.

Y puso el llavero de Nell sobre la tapa de vidrio del escritorio.

—Oh, qué suerte... —murmuró ella y miró a Hammett—. Podré entrar en casa.

—Sin inconvenientes —confirmó Rosen—. ¿No es así, doctor Leggett?

—Eso esperamos —dijo el circunspecto profesional.

Sam Rosen hizo a continuación, con un tono y un léxico jurídico admirables que Hammett le desconocía, una breve introducción a lo que denominó la cuestión que los reunía, y aprovechó para sacar de circulación rápidamente a Hammett, al que hasta entonces ni siquiera había presentado:

—Tengo entendido que el señor Frisson tiene información para usted —dijo de corrido—. Si nos permite...

Y le señaló la puerta.

Hammett se puso de pie, saludó con una inclinación de cabeza al doctor Leggett, apretó el hombro de Nell como quien regala módico coraje en la antesala del dentista y se dirigió a la puerta. Ella lo miró con ojos más resignados que serenos.

—Dash... —murmuró.

Él le guiñó un ojo y salió.

Apenas cerró la puerta, Phil Frisson salió tras él, lo capturó por el codo, lo llevó hasta el sillón de cuero negro y se sentó a su lado:

—Entré yo, por atrás —dijo en voz baja pero apresuradamente, mirando de soslayo hacia la puerta—. Y no hay piano.

—¿De qué me habla?

—No hay piano, señor Hammett, yo fui el que entré en la casa y no hay ningún piano. Ella inventó todo lo del encierro.

Hammett comprendió:

—¿Inventó todo?

—Estuve ahí. No hay ninguna evidencia de todo lo que contó. ¿No puede

haber sido ella la que mató al marido?

El hombre flaco suspiró, meneó la cabeza.

—Inventó lo del piano, según dices, Frisson. Puede ser, pero no por eso, necesariamente todo será mentira —desvió la mirada hacia la ventana. Después de unos segundos se volvió hacia el otro—. ¿Conoces el cuento del cazador, el lobo y el incendio del bosque?

—No, creo que no.

—Otro día te lo contaré —Hammett se puso de pie—. Quiero irme antes de que Nell salga pero dile a Sam que me llame en cuanto pueda; es importante. ¿Me prestas unos dólares para volver a casa? Ya no me acordaba lo caro que puede resultar salir una noche con una mujer en New York.

## 22. Conversaciones

No bien llegó a Katonah hacia la media mañana, Hammett, aunque no lo quisiera, debió recordar las asignaturas pendientes con Tony Irongate. Ya desde el portón de entrada lo vio, practicando solo con la ballesta donde solían hacerlo juntos; Donald andaba también por ahí. Los saludó con un gesto amplio del brazo y entró a la casa apurado, directamente a hablar por teléfono. Consultó el papel arrugado que extrajo del bolsillo, discó el número del colegio y pidió por el profesor Salvatore Lombino. Una secretaria le dijo que esperara. Mientras lo hacía, Hammett miraba por la ventana, vigilaba la puerta que daba al parque.

—Lombino —dijeron secamente del otro lado después de un rato.

—Soy Dashiell Hammett. Llamo porque usted quiere hablar conmigo, me dicen. Se trata de un alumno del segundo curso, Anthony Irongate.

—Ah... Hammett, un placer —de pronto el tono cortante devino cordial—. Disculpe la molestia, y gracias por llamar. Acaso usted no se acuerde de mí pero nos conocimos.

—Vagamente, su apellido...

—Hace un par de años, en la Quick Writers Agency de 72th Street. Por una antología de cuentos en la que íbamos a incluir alguno suyo...

—Ahora sí —y Hammett recordó que la experiencia había sido bastante bochornosa—. ¿Qué pasó con eso?

—Nada, resultó gente muy informal. No trabajo más allí. Ahora me decidí por la escritura y el año pasado publiqué un par de novelas y este año una de algún modo policial que me gustaría...

—Muy bien —lo cortó Hammett—. ¿Pero qué hace en ese colegio?

—Soy egresado del Hunter College y tengo unas cátedras aquí. Y le aseguro que no es fácil, señor Hammett, está todo muy difícil con los jóvenes, sobre todo en instituciones como ésta...

—Supongo que sí. ¿Para qué me necesita?

—Lo que sucedió con Tony es muy curioso...

—Pero usted ya habló con la madre.

—Se trata de usted.

—¿Me mencionó?

—Sí, claro. Pero no solamente. Hay algo que quiero que usted vea.

—¿De qué se trata?

—Preferiría no hablar de esto por teléfono. ¿Puede pasar hoy por el colegio?

—No, hoy no. Pero si me dice...

—¿El martes próximo entonces?

Hammett iba a insistir pero en ese momento entró Tony desde el parque y decidió cortar.

—Está bien. El martes.

—Lo espero, señor Hammett.

El hombre flaco colgó el auricular y se acercó al muchacho, que guardaba la ballesta en la funda con aire reconcentrado.

—¿Listo para trabajar, Tony?

—¿De qué me hablas?

—Tenemos un trato, según recuerdo —dijo Hammett soslayando el enojo manifiesto del chico—. Y para que podamos cumplir adecuadamente mi parte, que incluye un ritual muy preciso al final, hay que trabajar en la preparación. ¿Recuerdas lo que hablamos del tratamiento que daban los vikingos a sus héroes?

Tony asintió con la cabeza.

—Bien: si estás de acuerdo, armemos un plan. Supongo que Donald colaborará. Ya he recogido todos los materiales que necesitamos para trabajar. Sólo falta que ustedes pongan manos a la obra.

—¿Y Old Rush?

—Una vez que esté acabada la construcción te daré las pistas para que resuelvas solo el misterio de Old Rush. Es algo que yo debo preparar. ¿De acuerdo?

Tony no contestó.

—¿Qué te pasa?

Tony no contestó.

—¿No te parece justo? —insistió Hammett.

—No me importa nada todo esto —el chico se encogió de hombros en un gesto que el hombre flaco conocía muy bien—. ¿Tú de qué lado estás, Dash?

—¿A qué te refieres?

—A Gus y a Paulie.

No era la primera vez que Hammett lo oía nombrarlos así, pero no dejaba de ser extraño.

—Estoy de tu lado —dijo. Y sintió un leve, incómodo y tardío ataque de pudor.

Tony meneó la cabeza sin decir nada. Pasaron unos segundos. Hammett extendió la mano y le revolvió el pelo.

—Habla con Donald y pónganse a trabajar —dijo con rara determinación—. Te hará bien.

Y es probable que lo creyera.

De todas maneras, a partir del mediodía Tony y Donald se instalaron en el cobertizo de las herramientas a trabajar con todo lo que el hombre flaco había recogido del bosque la tarde anterior. Por lo que pudo observar, el haber

cruzado guantes parecía haber desarrollado entre ellos una nueva camaradería de la que disfrutaban.

Después de un par de horas de serrucho y martillo fue tomando forma y sentido una balsa de poco menos de un metro de lado, hecha con troncos paralelos sujetos con sogas de cáñamo. Al final reforzaron el perímetro con cuatro troncos un poco más gruesos que quedaron como un reborde saliente, una especie de borda para poder contener la parva de ramas secas, según el diseño tradicional de la plataforma flotante.

Una vez que hubieron acabado la tarea llamaron a Hammett, que había estado concentrado en cumplir con lo suyo. El hombre flaco salió de la cabaña y le echó un vistazo aprobatorio al trabajo. Después, entre los tres, seguidos por los ruidosos perros, arrastraron la pesada estructura hasta el borde del lago. Allí, en un gesto casi ceremonial, Hammett entregó a Tony la brújula en su estuche de madera y el enigmático documento en el que había estado trabajando.

—Compañero, una guía para el camino.

El chico Irongate rasgó el sobre y sacó la hoja doblada en cuatro. Era un croquis que abarcaba todo el terreno de la propiedad, con el bosque y el lago incluidos y una serie de indicaciones direccionales, con referencias y señales en clave, que iban trazando un itinerario de diez escalas que terminaba en un punto marcado con una equis. La brújula le serviría para orientarse en la dirección de la búsqueda a partir de cada punto.

—Es muy complicado, Dash —dijo Tony casi desdeñoso, apoyado en la ballesta que le llegaba a la cintura. Se había armado un carcaj de lona y lo cargaba con media docena de dardos a sus espaldas.

—No tanto, Crockett. Pero sí es cierto que ni Edgar Poe ni Stevenson imaginaron un itinerario como éste —se jactó Hammett, intencionadamente jovial. De pronto consultó su reloj—: Los espero con algún resultado en dos horas.

—¿Tanto tiempo?

—Apenas suficiente. Y eso porque no quiero que los sorprendan ni la decepción ni la oscuridad. Coordinemos los relojes. Y recuerden que no pueden hacer nada hasta que yo no apruebe el lugar, ¿entendido?

—De acuerdo, Dash —dijo Poynton, con la pala de punta al hombro.

—¿Tienes tu equipo de cirugía?

Por toda respuesta, Poynton llevó su mano a la empuñadura de cuerno de ciervo del cuchillo de caza sujeto a su cinturón.

—¿Para qué es eso? —dijo Tony arrugando la cara.

—Mack the Knife, todavía estás a tiempo de renunciar —dijo Hammett como si nada.

—¿Cómo me llamaste?

—Ya te contaré. ¿Parten los peregrinos?

Tony lo miró al borde de la hostilidad. Luego desvió la mirada, la clavó en Donald:

—En marcha —dijo sin pestañear; y luego, volviéndose a Hammett, concluyó con estudiada retórica—: Espero que después de todo esto resulte algo que haga que considere que mereces recuperar tu maleta.

—Confío en que sí, compañero.

El joven Irongate no contestó.

Partieron con el mapa desplegado en mano y con los perros saltando en derredor. Hammett los observó en silencio hasta que se perdieron en un recodo del bosque y después volvió caminando a la casa.

Las niñas, Lola y Do, estaban con Linda en la cocina. Ella se asomó cuando él intentaba hablar por teléfono.

—No vino a comer, señor Hammett.

—Tampoco me bañé ni tuve tiempo de afeitarme desde la mañana, Linda.

Pero atacaré el refrigerador más tarde, si te distraes.

Linda se acercó para poder hablar con él sin que las niñas oyeran.

—¿Usted no cree que para vender tienen que estar de acuerdo los dos?

Hammett asintió.

—Cada vez que los escucho discutir pienso que esto puede terminar muy mal —prosiguió ella—. Las cosas que se dicen, las amenazas...

—Es para no hacerlo, Linda: se supone que la gente habla y escribe para no matar.

—¿Usted también?

—No, yo supongo que, cuando escribía, era para poder matar cómodo.

—Las cosas que dice, señor Hammett.

—Precisamente. Por eso no las hago, Linda.

Llamó a Sam Rosen al estudio y atendió Frisson. Le preguntó si le había avisado que necesitaba hablar con él:

—Sí, pero Sam está adentro con el tipo del Studebaker —dijo en tono conspirativo.

—¿Qué hace Fanesi ahí?

—No sé. Llamó poco después de que usted se fuera, señor Hammett. Y después vino.

—¿Se cruzó con ella?

—¿Se refiere a la señora Dickinson?

—No. A Eleonor Roosevelt.

—No entiendo.

—Pásamelo a Sam —dijo Hammett exasperado.

Cuando Sam Rosen tomó el teléfono, lo primero que el hombre flaco oyó fueron los restos de una conversación deshilachada; después, fue su abogado, alto y fuerte:

—Dash... —una pausa excesiva—: Está todo bajo control, amigo mío.

—¿Estás con Fanesi ahí?

—Sí. El señor Fanesi está aquí conmigo —el tono era pausado y declarativo, como si estuviese recitando una letra, un discurso con literal apuntador.

—¿Te está apuntando con un arma o algo así?

—Algo así.

—Dame con él.

Por tercera vez Hammett cambió de interlocutor.

—Señor Hammett, siento mucho que las circunstancias no sean las mejores para retomar nuestro diálogo —arrancó Fanesi con cuidadosa cortesía—. Vine a buscar noticias sobre el paradero de Nell Martin y me encontré con la novedad de que se piensa entregar a la Justicia. ¿Es cierto lo que me informa el doctor Rosen al respecto?

—No sé qué le ha dicho Sam, pero es cierto.

El señor Fanesi pareció vacilar ante la respuesta.

—Y desde ya deseche cualquier intento de presionar a Rosen. O de interferir en lo que haga Nell: lo que a usted le interesa lo tengo yo, señor Fanesi.

—¿A qué se refiere?

—A la maleta. La maleta de los manuscritos.

—Ah.

—Si le interesa, lo espero el martes a las dos de la tarde en el Derby. Ahí hablaremos. Ahora deme con Rosen.

—Pero...

—En el Derby. Deme con Rosen.

Tras un momento de cuchicheo hubo un nuevo cambio de interlocutor:

—Soy Sam, Dash.

—¿Se fue Fanesi?

—Está aquí.

—Dile que se vaya, o que yo digo que se vaya. Y que Frisson lo siga.

—De acuerdo, Dash.

Rosen apoyó el tubo sobre el escritorio y Hammett pudo oír que su abogado hablaba con el otro; después oyó el sonido de la puerta al cerrarse. Pasaron unos segundos más:

—Acá estoy, Dash. Me pidió la dirección del Derby y se fue.

—Que lo siga Frisson.

—No va a ser necesario: se lo llevó con él. Tenía una pistola, Dash.

—Uff... ¿Por qué no me lo dijiste? ¿No hiciste nada?

—¿Cómo? Tenía miedo. Tengo, todavía.

Recién ahí Hammett reconoció el matiz, la leve impostación forzada de la charla anterior.

—Entiendo, Sam —dijo el hombre flaco—. Anoche me pasó algo parecido.

—¿De qué estás hablando?

—Del miedo.

—¿Por el incendio?

—Antes. Estuve a un tris de escaparme como un conejo, como diría Tulip. Hubiera abandonado a Nell, creo.

Hubo un silencio expectante del otro lado.

—No sé por qué te cuento esto —concluyó Hammett.

—Tal vez porque soy tu amigo —aventuró Sam Rosen—. O porque no lo soy lo suficiente. Aunque no pareces del tipo que de pronto necesite hablar con alguien.

Ahora el que no contestó fue Hammett.

—No te imagino abriendo tu corazón a un desconocido —dijo Rosen—. Esas confidencias a extraños, como el comienzo de las novelas de Conrad o las películas de los años treinta.

—Preferentemente en un compartimiento de tren, en el trayecto entre Praga y

Bratislava, o en la barra de un bar de Nairobi.

—No sueles hacer esa literatura —dijo Rosen.

—No. Ni escribirla ni vivirla, últimamente.

—No es el caso del señor Fanesi.

—¿Qué quieres decir?

—Este tipo no vive, Dash: actúa. Es el hombre que ha leído demasiado. Lo de hace un rato fue una actuación; demasiado enfática para ser creíble del todo. Se llevó a Frisson a punta de pistola pero seguramente no sabrá muy bien qué hacer con él si no le acercan un guión de urgencia.

—No te sigo, Sam.

—¿Cómo puede sentirse un tipo que se cree salido de una novela? ¿Te llegó a explicar eso?

—Supongo que estaba tratando de hacerlo cuando irrumpieron ustedes, la pequeña Irma entró en pánico y le disparó a Frisson.

—Precisamente. Je...

—¿Qué?

Rosen no contestó. Hammett oyó cómo su abogado depositaba el tubo sobre el escritorio y después fue el ruido de las patas de la silla sobre el piso al levantarse bruscamente. Incluso oyó los pasos que se alejaban, un fragmento de diálogo. Por un momento temió que sonara un disparo. Pero no.

—Lo que te decía: Frisson acaba de regresar —dijo Rosen retomando el tubo—. Está blanco como un papel pero entero y sin huellas de maltrato. ¿No es así, Phil?

Hammett no llegó a oír la respuesta del ayudante de su abogado porque las niñas Irongate salieron repentina y ruidosamente de la cocina con una fuente de bollos de chocolate y atravesaron la habitación rumbo al parque.

Cuando retomó la conversación, Sam Rosen, tras escuchar el informe de Frisson, comenzó a explicarle lo que suponía eran las delirantes intenciones del señor Fanesi, pero Hammett lo interrumpió:

—Volvamos al principio, Sam. Yo te llamaba para saber quién era ese doctor Leggett que va a llevar el caso de Nell. Qué clase de abogado es.

—No es abogado, es psiquiatra. Pero ella no lo sabe ni lo sabrá, al menos por ahora. Te hice caso, Dash —hubo una pausa prolongada—. ¿No es acaso lo que me dijiste?

—Sí, claro.

—Pero hay algo que no cierra en esta historia, Dash: lo aprendí contigo en el taller de narrativa de la Jefferson School. Ya teníamos una loca, la pequeña Irma. Y ahora Nell también. No hay relato que soporte eso.

—Habría un cupo para la insania, supones.

—No sé si está en las reglas del Detection Club, pero debería estar. Lo sugiere el sentido común.

—Error, abogado. ¿Desde cuándo nos regimos por las reglas del Detection Club? ¿O, peor aún, por el sentido común?

—Está bien. Podemos descartar una loca: llega una y sale otra. Te explico, Dash: Fanesi cree que su Daisy, así la llama él, parece una mosquita muerta pero es muy capaz de mentir y disimular, muy artera. Pero artera como pueden ser los niños, con cierta perversa ingenuidad. De loca, nada. Dice que ella se entendía con Dickinson y que planearon sacarle dinero a Nell fraguando un secuestro, pero que se cruzó alguien y todo les salió mal.

—¿Eso te dijo? Que se entendían está claro. Pero me resulta más fácil imaginármelo a él mismo, a Fanesi, asociado a su Daisy para esquilmar a los Dickinson... Lo secuestraron a él, con la tonta de señuelo, y después pidieron rescate.

—No es su versión. Dijo que él estaba de viaje y se encontró con la situación.

—¿Cuándo dice Fanesi que supo lo del robo, secuestro, autosecuestro o lo que fuera?

—Recién el día del episodio en tu casa, Dash. No antes. De regreso, cuando

ella tuvo que explicarle por qué le había disparado a Phil. Pero que no le creyó.

Hammett se quedó un momento con esa última explicación:

—Es bastante increíble, ¿no te parece? Sobre todo porque vuelven juntos, pero ella termina presa y él ni siquiera es demorado.

Sam Rosen admitió que ninguna de las dos versiones cerraba.

—No creo que Fanesi haya estado hurgando entre mis cosas a sueldo de la Comisión o el FBI, pero es seguro que algún tipo de arreglo con la policía tiene: se mueve con mucho dinero, entra y sale del país sin problemas.

—¿Contrabando?

—Acaso, o algo de eso. Pero hay otra cosa, y para esto te llamaba — pareció recordar Hammett—. Averigua qué hay de cierto en una supuesta herencia que habría cobrado Nell, de cuarenta mil dólares, de donde provendrían los veinte mil con los que dice que pagó el secuestro.

—¿Te lo dijo ella?

—Sí, una versión tardía y complementaria. Y no sólo eso: me dijo que era por ese dinero que Irma y Ash... Y en eso Fanesi no tendría nada que ver.

Sam Rosen resumió:

—Averiguaré lo de la herencia. Pero en el fondo son dos hombres y dos mujeres. Sólo hay que armar las parejas correctas. Nada más.

—Nada menos —concluyó Hammett—. Aparte, Sam: ¿podemos confiar en el doctor Leggett?

—Tres días, sí. Es el tiempo que puede retenerla en su clínica en tránsito sin obligación de registrarla como paciente. Hay que aprovechar el fin de semana.

—Bien. Espero que para el lunes podamos decirle a Nell que puede ir a la policía o llevarla con alguna certeza. Ocúpate de que no haga nada raro en las próximas horas, Sam.

—Tú, tranquilo.

—Y dale seis dólares a Frisson, que se los debo de esta mañana. No tenía cómo volver a casa.

Rosen bajó el auricular y habló una vez más con Frisson. Hammett no llegó a oír la respuesta del ayudante.

—Dice que está bien, pero que además del dinero le debes un cuento, el del cazador y el lobo. ¿Puede ser? —le informó Rosen, diligente.

—Seguro que lo conoces, Sam —dijo Hammett mirando por la ventana los arces que amarilleaban en el borde del bosque cercano—. Es uno de los tantos finales de *Caperucita Roja*. Está el cazador apuntándole al lobo después de todo lo que sabemos, mientras el bosque arde. Y el lobo dice: “Admito que me comí a la abuela y a Caperucita, pero con el incendio del bosque no tengo nada que ver”.

—¿Eso es todo?

—Casi demasiado —dijo Hammett, y cortó.

Linda lo esperaba con un sándwich de queso, tomate y carne fiambre que comió sentado a la mesa de la cocina. Tomó dos tazas de café mientras ella especulaba largamente en voz alta, hablaba sola sobre las posibles consecuencias inmediatas de la venta de la casa.

—Donald me ha dicho que podría volver al gimnasio. Y es lo último que yo querría, señor Hammett —concluyó.

—Creo que conozco un poco a ese inútil —dijo Hammett tras encender un cigarrillo—. Sé que lo dice sólo para provocarte, aunque no estaría del todo mal que tuviera un poco de acción. Pero nada de eso sucederá, Linda.

—¿Qué cosa?

—Lo de tener que irnos de aquí. Te digo que envejeceremos en Katonah —el hombre flaco echó humo un par de veces—. ¿Y sabes por qué?

Ella lo miró bajo sospecha, reconocía ese tono:

—¿Por qué?

—Por la bomba atómica, Linda —afirmó él con estudiada seriedad—. Dice *Life* que los rusos la tienen lista; y si como toda buena americana les prestas la debida atención al *Reporter Esso* y a los corresponsales de la Associated Press, te enterarás de que los que tomaron el poder en estos días en Moscú son menos previsibles que el detestable tío José.

—¿Habla en serio, señor Hammett?

—En un par de años nadie va a querer vivir en New York, ¿sabes? Es el primer objetivo para la bomba de los comunistas. Los Irongate venderán todo y vendrán a refugiarse a Katonah. Y tú y Donald estarán aquí para seguir haciendo su trabajo. Es probable que yo sí tenga alguna dificultad con la nueva situación porque he oído que el refugio antiatómico subterráneo lo construirán donde está mi cabaña. Pero igual no me preocupa porque para cuando todo esto suceda yo estaré nuevamente en una cárcel de máxima seguridad, que como su nombre lo indica es mucho más confiable, con sus paredes de cemento, que estas frágiles estructuras de madera.

Hammett golpeó con los nudillos la pared de la cocina.

—Me está tomando el pelo —dijo ella con una leve sonrisa.

—Quizás exagero un poco, pero te aseguro que las probabilidades, en lo inmediato, de que se desintegre la sociedad Irongate & Gerscher son porcentualmente bastante menores que las de que pulvericen el Empire State y tres cuartos de Manhattan en los próximos años. Espero que esta reflexión te tranquilice, Linda. Bien sabes que de un día para otro, en Hiroshima, hace unos pocos años, se resolvió el problema de la vivienda. Dejó de ser un problema para sus habitantes, digo. O sus habitantes dejaron de ser un problema, mejor.

—No debería hacer bromas con esas cosas.

—Tienes razón. Con guiones así nunca conseguiré que Bob Hope me compre un sketch para ese programa que tanto te gusta.

Linda meneó la cabeza sin dejar de sonreír. En ese momento llegaron ladridos y voces desde el parque. Linda se empinó para mirar por la ventana y vio a las niñas que regresaban con su plato de bollos sin repartir. Un momento después entraban una tras otra a la cocina.

Lola tenía puesta una chaqueta amarilla de lona gruesa, jeans y botas de caucho debidamente embarrados. El pelo rubio asomaba bajo su gorro tejido y respiraba agitadamente con las mejillas arreboladas. La más pequeña echó los brazos al cuello de Hammett y lo besó con labios fríos mientras la mayor depositaba los bollos sobre la mesa. El abrigo holgado y de un rojo casi jubiloso de Do contrastaba con su expresión de contenido fastidio.

—Hola, Dash —dijo con distante formalidad.

—Hola, Do.

A continuación la mayor de las niñas Irongate le informó que Donald y Tony, según Linda, se habían esfumado en supuesta misión secreta bosque adentro.

—¿Tú sabes algo?

Hammett se encogió de hombros y les preguntó cautelosamente por Gus. Al oír eso, la pequeña Lola corrió sin volverse hacia la cocina.

—Papá no está bien, Dash —dijo Do en automático, como quien describe con una fórmula normalizada un caso particular, emite el parte oficial, confirma a desgano cierto recurrente estado de situación—. Y tú lo sabes bien.

—Sí, claro que sí —admitió el hombre flaco con mayor énfasis y celeridad de lo esperable—. ¿Y tú cómo estás con esa cuestión?

—No quiero verlo más.

—Entiendo.

—¿Quieres decir que tengo razón? —insistió Do.

Hammett sintió que ella buscaba pelea.

—Digo que tienes... tus razones —dijo como quien camina por las piedras en medio del torrente.

Ella no pareció satisfecha y Hammett lo sintió así. Supo que no sabría cómo

ayudarla o cómo manejar lo que se insinuaba. Sin embargo Do lo sorprendió:

—¿Por qué beben ustedes? —dijo de pronto.

—¿Tu papá y yo, o los hombres en general?

—Tú, por ejemplo.

Hammett se sirvió un bollo de la fuente y lo mordió antes de contestar. Masticó durante unos segundos, tragó.

—Te puedo contar tal vez por qué dejé de hacerlo, si te sirve —movió las manos, se tocó los labios, no esperó que ella respondiera—. No es agradable.

—No importa.

—Te podría decir, por ejemplo, que no sentía el gusto de la comida y es cierto, pero eso no fue determinante. Te podría decir que un domingo a las siete de la tarde que supuse la mañana del sábado tuve que preguntar dónde estaba y quién era la persona que me despertaba para que le dejara su cama. Pero eso tampoco me hizo dejar de beber. Era cómico, se podía contar como una anécdota —Do lo observaba con los ojos muy abiertos, sin parpadear—. Pero hubo una época en que mi hija bebía conmigo, sabes. La mayor, tú no la conoces, una hermosa chica. Y estábamos en un bar y se levantó para ir al servicio y la miré alejarse, vacilante, y en cierto momento se apoyó en la espalda de un hombre que estaba sentado a una mesa. Y yo vi cómo el tipo se volvía, fastidiado, sabes... y se sacaba de encima esa mano blanca, esa mano que yo había estrechado de pequeñita para enseñarle a andar, para cruzar la calle, el tipo se la sacaba del hombro como quien aparta un bicho. Y quise levantarme para darle una trompada y no pude despegarme de la silla... — Hammett frunció el entrecejo—: ¿Es demasiado patético?

—¿Qué quiere decir patético?

—Algo que te produce, al verlo o al oírlo, sentimientos excesivos... Suele resultar tragicómico. Todos somos un poco patéticos cuando nos tomamos demasiado en serio.

—Entiendo.

—Bueno: supongo que uno bebe, bebe así, quiero decir, hasta perderse, mientras cree que lo que hace es alegre, que se divierte al hacerlo y otros se divierten con uno. O muchas veces es al revés: uno bebe mientras cree que hay algo trágico en su vida y que la bebida es una especie de subrayado, de certificado de autenticidad de ese sufrimiento. Y deja de beber —si puede y se anima— cuando descubre que le da vergüenza. Y la vergüenza es a menudo un sentimiento más fuerte y poderoso que la culpa o que la autoconmiseración o el odio... Podemos aceptar que seríamos capaces de dejar ahogarse a un determinado pariente cercano si no hubiera testigos, pero daríamos un dedo o un año de vida antes de que alguien vea que nos sacamos calzones sucios.

—Es asqueroso eso que dices.

—Cámbialo por comerse los mocos.

—Ajjj.

Hammett sonrió.

—Tal vez Gus ya esté acostumbrado a la culpa, se haya hecho amigo y compañero de ella. Un poco de vergüenza no le vendría mal, supongo.

Do se quedó un momento en silencio:

—No me contestaste, Dash.

—Tal vez porque no sé. Pero también porque me di cuenta de que no querías una respuesta sino contarme que estás enojada. Y que me consideras parte del problema, ¿no?

—Estoy enojada. Pero tú no eres parte del problema, aunque mamá...

—Dejemos a Paulie.

—Sí, mejor que mamá no esté ahora. Papá viene para acá y no quiero que se crucen, Dash.

—¿Viene para acá?

—¿Tú sabes qué hizo Tony? Es con él la bronca. Quise avisarle que papá llamó, pero no lo encontré.

—Por lo que sé hubo problemas en el colegio —aventuró Hammett

encogiéndose de hombros—. Paulie me dijo...

Do meneó la cabeza, entrecerró los ojos:

—No es por lo que hizo con la navaja. Hay otra cosa.

—No sé.

—Es por lo mismo que está enojado contigo. Dice que ustedes tienen secretos a sus espaldas, que lo traicionaste...

Hammett meneó la cabeza:

—Ah, Gus...

Linda y Lola reaparecieron desde la cocina. La niña saltaba de excitación, Linda se había puesto el sombrero y llevaba la cartera colgada del brazo.

—Vamos a comprar adornos para el postre de fresas, ¿vienes, Do?

—¡Ven con nosotras! —gritó Lola saltándole alrededor—. ¡Ven, ven, ven!

Do contuvo a su hermana por los hombros, la inmovilizó con firmeza.

—Por supuesto que voy —dijo serenamente—. Pero quédate quieta, por favor...

Apenas la soltó, Lola volvió a saltar y con el mismo impulso salió rebotando al jardín, seguida de Linda. Do y Dash quedaron solos.

—Habla con papá, por favor —y la voz de ella vacilaba.

—Veré qué puedo hacer. Tú, tranquila.

Do dio media vuelta y salió.

Hammett volvió a la cabaña y se bañó y se afeitó después de dos días. Recogió la ropa sucia, la depositó en el canasto y se puso una vieja bata rayada y descolorida. Calculó que aún faltaba algo menos de una hora para que Tony y Donald dieran alguna señal de que habían encontrado algo. Tenía tiempo para ocuparse de otras cosas. Fue al cuarto, se subió a una silla y se empinó para alcanzar el profundo estante superior del mueble donde guardaba su ropa. Buscaba algo allí. Por unos momentos tanteó a ciegas, y se encontró

con un imprevisto vacío en el espacio que quedaba entre las dos pilas de mantas dobladas. Se detuvo a pensar y entonces se agachó para mirar y registrar —también infructuosamente— bajo la cama; finalmente buscó ya sin fe dentro de su mesa de luz, pero excepto la vieja caja de habanos de lata, acaso desplazada de lugar, no había nada más. Tras girar en redondo y echar una última mirada inquisitiva y desorientada al resto del cuarto, se dirigió a la habitación principal. Dio dos pasos y se detuvo en seco. Había alguien sentado en el sillón.

—Lo que buscas ya no está ahí, Chim —dijo Tulip sin volverse siquiera.

Hammett avanzó hasta pararse frente a él:

—¿Cómo entraste?

Aunque conservaba la apariencia general de Edmund Sanders, Tulip ya no estaba vestido como un corredor de bolsa de Wall Street. Tenía puesta la misma ropa informal de la visita anterior, pero en lugar de las maletas de viaje había junto a sus pies un maletín de operario de la compañía eléctrica y una gorra de visera que se colocó con gesto displicente:

—Tu reino tiene fronteras muy permeables, culo triste.

—Tenías que estar muy preocupado para arriesgarte así —dijo Hammett—. Con avisarme que las querías...

—No puedo confiar en ti —Tulip colocó la mano sobre el envoltorio apoyado sobre el sillón, a su lado. Era el paquete con las armas y cápsulas que había primorosamente preparado Bunny, ahora abierto en la parte superior—. Te aseguro que el detalle del *packaging* me sorprendió. ¿Pensabas devolvérmelas como regalo de cumpleaños?

—No. Pensaba arrojarlas hoy mismo al lago, una vez efectuada una última verificación.

—¿Y ahora qué harás?

—Lo mismo. Sólo que te arrojaré con ellas.

Tulip soltó una carcajada:

—Como decíamos en mi vecindario: ¿tú y cuántos más?

—No serán necesarios. Si después de apoderarte de estas pistolas no te fuiste con ellas sino que me esperaste, por algo será. No creo que tu interés sea sólo preservar a Gath y Chaves de algún tipo de acusación que pueda plantar contra ellos por disponer de las pruebas del tiroteo de la noche de la tormenta. Sabes que no miento.

—Esos inútiles ni siquiera sabían que eras tú a quien hostigaban, lo sé —dijo Tulip, sarcástico—. Podrías haber muerto sin ser siquiera tú sino un equívoco sucio rojo innominado.

—En su momento habrá que juntar fondos para el mausoleo de la tumba del rojo desconocido. Si quieres anotarte, te aseguro que nunca revelaré tu nombre, es mi especialidad.

—Eres incorregible, Chim...

—Dime de una vez qué estás buscando, Tulip. Aunque tal vez, ahora que lo pienso... —Hammett hizo una pausa y se volvió apenas, revisó por encima la papelería junto a su máquina de escribir, recogió la carpeta con el rótulo TULIP en la portada y la volvió a colocar en su lugar ocasional—. Tal vez, como fisgón que eres, lo que te retuvo fue que quieras saber de qué se trata esto que de algún modo te nombra...

—Me subestimas, culo triste, una vez más. Que te haya demostrado largamente que mi vida es mucho más interesante que la tuya y que sólo a través de mí te puede pasar algo digno de ser escrito es una cuestión que me tiene ya sin cuidado. Ya sabes dónde puedes meterte esa carpeta...

—Está bien, ahora lo veo más claro —dijo Hammett, imperturbable—. Con perdón por lo que llamarías un fragmento de basura psicoanalítica de mi parte, tal vez sea más evidente de lo que yo mismo pueda aceptar que lo que estés buscando sea la devolución de tu trompada gratuita en el taxi.

Por toda respuesta, Tulip volvió a lanzar una carcajada al aire y al hacerlo se echó hacia atrás. El puñetazo de Hammett lo encontró a mitad del regreso a

la posición normal y le sacudió la cabeza hasta acostarlo literalmente sobre el paquete de Bunny.

—¿Era eso, no? Ahí lo tienes.

Tulip no contestó ni reaccionó enseguida. Permaneció tendido sobre el sillón sacudiendo la cabeza y sin decir palabra.

Hammett dio media vuelta y volvió a su cuarto. Dejó la bata sobre la cama y buscó la ropa para cambiarse; una furia apenas contenida le entorpecía los movimientos. Le dolía terriblemente la mano derecha con la que había golpeado a Tulip. Se puso una camisa gruesa y un pantalón de pana. Cuando estaba atándose los cordones de los zapatos creyó oír el ruido de la puerta. No se asomó inmediatamente. Terminó de vestirse y recién entonces volvió a la sala. Tulip no estaba y se había llevado el paquete de las armas consigo. La carpeta con su nombre seguía en su lugar.

Hammett se puso el abrigo, descolgó la escopeta y salió de la cabaña con cierta precipitación. Caminó un par de pasos por el sendero pelado de césped y se detuvo atento, con las piernas algo separadas bajo un cielo desapacible. Miró hacia ambos lados. Ni rastros de Tulip ya; tampoco de Donald y Tony, todavía. Encendió un cigarrillo, aspiró un par de veces y después de unos momentos volvió a entrar, dejó la escopeta y salió nuevamente. Dio toda la vuelta a la cabaña, entró en el cobertizo trasero, recogió un saco marinero de lona y una pala pequeña y se metió resueltamente en el bosque.

## 23. La ceremonia vikinga

Años después, cuando en distintas circunstancias y ante un auditorio ajeno y no necesariamente interesado, Donald Poynton tratase de explicar o describir las sensaciones que había experimentado aquella extraña última tarde en el bosque y los alrededores del lago de la finca de Katonah, usaría más de una vez una comparación que no era suya pero que le gustaba, aunque probablemente no recordase de dónde la había sacado: “Me sentí como aquel negro ciego vestido de negro que buscaba en un cuarto a oscuras un sombrero negro que no estaba allí”, decía Poynton. Y al hacerlo estaba citando —con errores y sin saberlo— un pasaje de *La maldición de los Dain*.

En la vertiginosa novela, que Donald había leído tardíamente como un gesto de cortesía hacia Dash sin disfrutarla demasiado, el detective de la Continental, en medio de una oscura situación de desconcierto e incertidumbre, decía haber recordado en esos términos exactos el cuento del condenado ciego, aunque no necesariamente negro, detalle que agregaba Poynton.

Con el artesanal mapa en mano y caminando junto al malhumorado Tony, después de media hora de deambular Donald estaba dispuesto a admitir sin esfuerzo que había algo o mucho de ridículo en la programada pesquisa con la que Hammett había pretendido resolver o neutralizar la ansiedad del joven Irongate. Muy pronto Tony había dejado de disfrutar del módico entretenimiento de recorrer el enrevesado itinerario, saltando de pista en pista, del abeto torcido a las dos rocas encimadas; de la letra tallada en la corteza, al lazo de cinta sujeto a la rama que se inclinaba sobre el agua. Al final,

prescindiendo casi totalmente de la brújula, sólo caminaba y resoplaba. Era Poynton quien conducía.

Después de recorrer un sendero estrecho entre pastizales que desembocaba en un pequeño montecito encontraron los restos parcialmente carbonizados de una gran fogata, las sintéticas llamas en el mapa de Hammett. Alguien alguna vez había hecho fuego, incluso había acampado allí. Tal vez los mismos chicos Irongate.

Tony se sentó —en realidad se dejó caer pesadamente— sobre el ancho tocón de un viejo roble entre cuyas raíces secas se arracimaban hongos carnosos de un amarillo pálido y corroído.

—Tú sabes muy bien qué hizo Dash con Rush —tenía un palo afilado en la mano y escarbaba entre las brasas grises y húmedas—. Dímelo, Donald.

—No.

—¿No qué?

—No lo sé, Tony. Pero si Dash, el señor Hammett, digo, te propuso este juego es porque prefiere que lo descubras tú mismo.

El chico no parecía muy convencido.

—Un juego... —repitió, y arrojó lejos el palo—. ¿Cómo es que me llamó? ¿Mack the Knife? ¿Tú sabes qué es eso?

Donald Poynton agitó la cabeza, negó en general:

—Sigamos, Tony —dijo mirando el mapa—. Un par de señales más: de la hoguera, ciento veinte pasos en dirección N.O. hasta “El hueso clavado”. ¿Sabes qué es?

Tony Irongate no contestó. Se puso de pie pero en lugar de retomar la marcha sacó un dardo del carcaj con gesto concentrado, lo colocó en posición y tensó medianamente el arco; luego, sin mover los pies, giró el torso un cuarto de círculo hacia la arboleda buscando un objetivo, apuntó, echó el brazo atrás al máximo y casi inmediatamente disparó. El dardo voló una decena de metros y se clavó en medio del tronco estilizado de una encina joven.

—Ehh... Qué bien —Donald estaba realmente admirado.

Tony sonrió satisfecho; fue hasta el árbol y hamacó el dardo varias veces hasta conseguir arrancarlo del tronco. Cuando volvió la sonrisa estaba congelada.

—La semana pasada la llevé al Central Park —dijo casi desafiante—. Un policía quiso sacármela cuando estaba practicando y no lo dejé. Me fui corriendo a casa, me siguió... Le dijo a mi madre que yo les estaba disparando a las ardillas.

—¿Lo hacías?

Tony se puso serio, meneó la cabeza:

—Nunca le he disparado a nadie.

Donald vio cómo Tony bajaba la cabeza y ahora clavaba reiteradamente el dardo en el suelo blando.

—¿Qué pasa?

El chico no contestó, pero después de un momento se volvió hacia él:

—¿No te parece una pérdida de tiempo?

—¿De qué estás hablando?

—De esto, de todo.

—No entiendo.

—Tú aprendiste a boxear porque querías pelear en serio. Y fuiste boxeador.

—¿Adónde quieres llegar?

—No sé, pero Dash me hace perder el tiempo. Como él.

—¿Cómo él?

—Ya Tulip dijo que Dash me haría perder el tiempo. Nunca llega a ninguna parte con las cosas que dice... Y con lo que hizo le ha ido muy mal, ¿no crees?

—No te entiendo, Tony: él te defiende siempre.

—Tal vez, pero es un perdedor.

—¿Cómo dices?

—Un perdedor, como mi padre. Casi sesenta años y no tiene dónde caerse

muerto.

—¿Quién dice eso?

—Paulie.

—Ella está muy enojada, Tony —se apresuró Donald—. Tal vez no deberías hacerle mucho caso.

Tony Irongate se puso de pie:

—Tú qué sabes.

Y acto seguido comenzó a caminar, a rehacer el camino sin decir palabra.

—¿Adónde vas?

—No juego más —dijo sin volverse.

Donald lo miró durante unos instantes hasta que se perdió de vista.

No lo siguió, tampoco lo llamó a gritos. Sólo se maldijo en voz baja. Acaso haya sido en ese momento cuando pensó por primera vez en la cita del tipo en el cuarto a oscuras. Sin embargo se agachó para recoger la brújula abandonada, consultó el mapa con las indicaciones y sin apartar la mirada del cuadrante comenzó a contar los 120 pasos hacia el supuesto hueso clavado.

Veinte minutos después, tras haber resuelto la penúltima referencia, Donald desembocaba en el claro donde supuso que debía terminar la pesquisa. Dashiell Hammett estaba parado en el borde del húmedo hueco que había dejado la raíz de un viejo abeto azul derribado la noche de la tormenta.

—¿Y Tony?

—Se volvió. Se aburrió del juego, Dash.

Hammett permaneció un momento en silencio. Suspiró y se sentó sobre el tronco volcado.

—¿Es aquí? —preguntó Donald.

—En el pozo que dejó la raíz. Aproveché que ahí estaba blando.

Donald se acercó, miraba la tierra negra como si no creyera que fuera

cierto.

—Hagámoslo —dijo el hombre flaco.

—Pero esto fue removido hace poco —dijo Donald inclinado sobre el hueco.

—Fui yo, hace un rato —Hammett señaló la pequeña pala apoyada en el tronco volcado—. Vi huellas de animales que estuvieron escarbando. Quise verificar que estaba todo en orden.

—¿Y estaba?

—Debe bastarte con saber que sí —dijo Hammett; se levantó y empuñó la pala—. Hagámoslo, que para eso nos tomamos el trabajo.

—¿Y Tony?

—Ya aparecerá. Y sé cómo hacerlo venir.

Mientras Donald comenzaba a palear, Hammett fue al centro del claro, juntó rápidamente un racimo de ramas pequeñas, le arrimó un puñado de hojas secas y húmedas y las encendió con su mechero. El humo blanco de la combustión imperfecta se elevó de inmediato, denso y vertical en el aire quieto.

Hammett dejó el fuego y se sumó dificultosamente al trabajo. Le dolía la mano, que apenas podía cerrar después de la trompada a Tulip. A los pocos minutos apareció la pelambre de Old Rush. También el olor. Donald apartó la cara.

—Sigo yo —dijo Hammett.

Pero le dolía, se agitaba y al rato debió dejar cuando sintió una repentina puntada en el pecho. Quiso disimular. Tosió un poco, se apoyó en un árbol y terminó sentándose nuevamente en el tronco caído sin decir nada.

Donald pareció comprender, pues se animó y en silencio paleó solo y con vigor hasta que terminó el trabajo. El cuerpo de Old Rush no estaba del todo corrompido. El cuero cubría la hinchazón y tenía los ojos vacíos y los dientes expuestos. Lo arrastraron fuera del hoyo tirando de las patas.

—Pobrecito, qué cosa más fea —dijo Donald.

Hammett se retrajo. Mientras Donald inspeccionaba el cuerpo apenas si se asomó por encima de su hombro.

—El disparo fue en la cabeza —dijo apenas.

Pero había más de un disparo. Por lo menos dos. Uno arriba de un ojo y el otro en el cuello. Donald sacó el cuchillo y no quiso meter la punta en la órbita, aunque seguramente ése había sido el disparo mortal. Cortó la piel del cuello y la masa podrida que quedaba debajo, hasta la columna. Ya no había sangre, y escarbando con la hoja encontró la bala casi pegada al cuero, del otro lado. Prácticamente lo había atravesado. Al meter la mano tuvo una arcada, pero cuando se apartó y logró ponerse de pie tenía el pequeño proyectil oscuramente limpio entre los dedos. Lo dejó sobre el tronco, junto a Hammett.

—Voy a lavarme —dijo como para sí; y después—: No sé por qué mierda estamos haciendo esto.

Hammett no contestó.

Mientras Donald se alejaba un centenar de metros hacia el curso de agua, menos que un arroyo, apenas un zanjón poco profundo y cubierto de hojas que flotaban lentamente hacia el lago, Hammett guardó el proyectil en un frasco sucio de tierra que tenía en el bolsillo de la chaqueta y se apresuró a meter el cuerpo de Old Rush dentro del saco marinero. Era un bulto grande y pesado; cuando terminó la operación sintió el alivio de que Tony no hubiera estado allí. La suya había sido una idea estúpida. Todo el tiempo —ahora podía reconocerlo— había estado temiendo que apareciera.

Donald regresó con las manos limpias. El hombre flaco y dolorido, que alimentaba la pequeña hoguera con hojas húmedas para que hiciera más humo, más blanco y más denso, lo recibió con una respuesta demorada:

—Estamos haciendo esto porque dijimos que lo haríamos.

—¿Quién lo dijo?

—Es cierto: tú no. Gracias.

Quedaron en silencio. El bosque estaba en absoluta, tensa calma. Donald Poynton observó los nudillos hinchados, la sombra morada bajo la piel.

—¿Qué le pasó en la mano, Dash? ¿Otra vez un accidente en el tren?

Hammett no pudo evitar sonreír. Donald lo acompañó. En ese momento se empezaron a escuchar lejanos ladridos. Sonaban cada vez más cerca.

—¿Estaban con Tony?

—Lo siguieron cuando se volvió.

—Veremos si él los sigue a ellos.

Hammett se puso de pie y agarró el saco, lo levantó con dificultad:

—Pongámoslo fuera del alcance de los perros.

Entre los dos lo colocaron en la horqueta de un abeto cercano a un metro y medio del suelo.

—El chico está mal, Dash.

—Es lo que corresponde, dadas las circunstancias —Hammett se agachó para seguir echando hojas al fuego sin llama que hacía humo y más humo—. ¿Dijo algo más?

—Todo contra Gus, y contra usted también. La madre le ha llenado la cabeza.

—Le tomará unos años.

—¿Qué cosa?

—Vaciarla —el hombre flaco alzó la mirada—. Ahí vienen.

La primera que irrumpió, a la carrera, fue Meg. Detrás se arremolinaron los otros dos. Casi chocaron con el fuego, se metieron en el pozo, pero después fueron directamente al árbol y comenzaron a girar alrededor. El desorden de los ladridos desacompañados que había acompañado la excitación de la carrera duró un par de minutos. Le siguió un silencio tenso y de pronto sólo hubo algún sordo aullido o queja quebrada. Los tres perros bajaron las orejas, metieron la cola entre las patas y se replegaron al calor de los humanos.

Tony llegó como quien marcha cuesta abajo, controlando el cuerpo, como si

una sogá atada a la cintura le retuviera el paso.

—¿Por qué prendieron fuego?

—Para que vinieras a preguntar —dijo Hammett—. Dame la cantimplora.

El hombre flaco echó un par de chorros sobre la hojarasca encendida y la cubrió después con parte de la tierra acumulada junto al pozo.

—¿Dónde está Rush?

—En ese saco.

Tony se dio por enterado pero no hizo un gesto. Donald entonces se encargó de la explicación respectiva, le mostró en el plano el último trayecto, el pozo y las palas, como si fuera necesario. Hammett fumaba.

—¿Por qué viniste, Tony? Habías renunciado.

—Llegó Gus.

—Ah...

Tony estiró la mano hacia la boca del saco:

—¿Puedo verlo, Donald?

—Claro. No es agradable.

Mientras Donald lo bajaba y depositaba en tierra, Hammett dijo:

—Creo que Old Rush fue muy valiente. Tiene por lo menos dos balazos, y disparados de muy cerca.

El chico se asomó sin usar las manos. Donald mantenía el saco abierto. Miró un poco adentro y dijo sin volver la cabeza:

—¿Los perros defienden las casas o a las personas?

—La casa, en este caso.

—Pero los que entraron te buscaban a ti, no a la casa —y Tony seguía hablando sin mirarlo—. ¿Por eso no dijiste nada, Dash? ¿No querías hacerte cargo de que había muerto por culpa tuya?

Donald iba a contestar pero Hammett lo paró con un gesto, se tomó unos segundos.

—Supongo que no creí que lo hacía por eso. Ahora que lo dices puedo

incluso aceptarlo, en parte. Pero en ese momento no quise que se supiera que me habían atacado a mí para intimidarme.

—Entonces tengo razón: mentiste porque tenías miedo de que te echaran de acá cuando lo supieran.

—No lo pensé así, Tony.

—Gus y Paulie creen que sí.

—Lo siento; y lo hablaré con ellos. En todo caso Old Rush no tiene nada que ver y se merece un funeral adecuado y acorde con la valentía que demostró, ¿no crees?

Tony suspiró sin decir nada.

—Además, ahora me debes algo —agregó Hammett como al pasar.

—Ya lo sé —contestó el chico de mala manera.

Se produjo un silencio prolongado.

—Llévemolo al lago y terminemos de una vez —dijo Donald.

El hombre flaco reconoció que al fin y al cabo, o antes que nada, el perro era suyo.

Cargaron el saco entre los dos y comenzaron a caminar. Después de un momento Tony los siguió de lejos, rodeado por los otros perros cautelosos y desconcertados.

Donald recordaría, con el tiempo, que en ese momento de la extrañísima tarde, mientras trasladaban el cuerpo de Old Rush, incómodos y ensimismados, Hammett le contó cómo y cuándo había empezado a conocer el mundo de los antiguos escandinavos, sus costumbres y rituales. O tal vez no había sido así, sino que mientras caminaban, Dash, que estaba menos dolido que perturbado, sólo le había hecho un breve comentario —“Qué buena historia hubiera hecho Snorri con esto”, o algo así— y que él, Poynton, a partir de esa referencia recordó algo de todo lo le había contado en alguna otra

circunstancia.

—Las sagas islandesas, Donald. Son algo extraordinario —se entusiasmaba Hammett—. En la época en que leía de todo en la biblioteca pública de San Francisco descubrí de casualidad esos relatos del siglo XII o XIII que cuentan cosas incluso más viejas. No están llenos de príncipes, de dragones y de espadas ensangrentadas como las gestas fabulosas de otras literaturas de esas épocas primitivas en la parte fría de Europa, cuando todavía ni siquiera estaban fijados los idiomas que conocemos hoy. Éstas son historias chicas, de rivalidad entre clanes o ajustes de cuentas por un caballo, una ofensa de palabra. A veces cuentan historias de litigios entre señores, hay poetas, domadores de caballos, historias de santos o de enamorados. Lo original que tienen es la manera de contar, sabes. La forma.

—¿Qué tienen?

—La economía, la parquedad. Se limitan a los hechos, sin explicaciones de motivos o referencias a sentimientos. Los ves actuar y después te enteras de qué pasaba. Por qué lo han hecho. Te digo que de esas sagas aprendí más sobre la manera de exponer los hechos que de toda la literatura moderna. Nunca te dicen por qué hacen las cosas ni cómo se sienten ni qué les pasa. Sólo van y vienen, dicen, hacen. Parece cine. Una cámara que va registrando lo que pasa, sólo eso. Esas cosas que la novela moderna tardó seis o siete siglos en descubrir, ¿me entiendes?

—Supongo que sí.

Curiosamente o no, cuando pasaba algo así Donald se incomodaba. Por una parte, pese a la sensación de embarazo al sospechar que entendía sólo parcialmente de qué se trataba la cuestión, le provocaba cierto orgullo que Dash le hablara a él de esas cosas; pero por otra parte sentía algo así como vergüenza o incluso cierta inconfesable lástima por Hammett, porque el hecho de que comentara eso con él era un indicio de su aislamiento, de la soledad en que vivía. Aunque él lo negaría. En el fondo, lo de Hammett era siempre

afirmarse en la negativa, no hacer, no decir, no conceder. Más que afirmar, se expresaba recortando, sacando sin poner, alerta, dejando la afirmación reducida a lo mínimo, lo máximo que soportara la coherencia. Podía ser sarcástico, incluso en apariencia destructivo, pero siempre estaba dispuesto a exponer y escuchar razones. Aunque tal vez no fuera eso lo que necesitaba Tony Irongate en ese momento.

Donald Poynton quiso decir eso o algo parecido a esa conclusión a la que había llegado durante la marcha y finalmente dijo:

—El chico usa muy bien la ballesta, Dash. Pero no sabe qué hacer con eso.

—Lógico. La flecha es él.

Llegaron a la orilla del lago. Bajo un cielo casi enteramente cubierto de nubes grises e inmóviles, el agua quieta y oscura esperaba la tormenta. Una luminosidad solapada, casi clandestina, se insinuaba desde detrás de la masa amenazante por estrechas hendidias de luz que dejaban unos pocos manchones de claridad sobre la superficie tensa del agua. Apenas una angosta franja celeste recortaba los negros pinos de la orilla opuesta contra el horizonte. No corría la más leve brisa. La masa de juncos permanecía inmóvil en la claridad opaca y aún apacible. A un costado, la balsa de troncos reposaba sobre dos grandes piedras chatas y oscuras que avanzaban hacia adentro del lago, un embarcadero natural.

Sin decir palabra Donald y Hammett depositaron el saco sobre el lecho de ramas que cubría el fondo de la improvisada embarcación y comenzaron a colocar, por encima y a los costados del cuerpo muerto, más ramas y pequeños troncos, algunos trapos con aceite y toda la leña que habían trasladado.

—Necesitaremos más —dijo Hammett.

Tony se sumó naturalmente y en media docena de viajes al borde del bosque la pira estaba lista, un túmulo de leña que ocultaba totalmente el cuerpo del

héroe.

—¿Y ahora? —dijo el chico.

—A los muertos en combate, como Old Rush, los vikingos los cremaban con sus armas y algunos objetos suyos para que lo acompañaran en el más allá —dijo Hammett.

—Armas no, pero traje su manta y sus juguetes —dijo Donald.

Sacó de su bolsa un pedazo de trapo marrón, una mordisqueada pantufla de cuero y un muñeco de Papá Noel destrozado. Los agregó a la pira con delicadeza.

—¿Alguna oración? —dijo Hammett.

Donald meneó la cabeza.

—Fue un buen perro —dijo Tony con absoluta seriedad.

Permanecieron en silencio unos instantes.

—La idea era que al quemar el cuerpo el alma ascendía —dijo Hammett—. Pero además entregaban las cenizas a los espíritus del mar. Ahora apurémonos, que viene la tormenta —se volvió hacia Tony—. ¿Lo enciendes tú?

El chico recibió el mechero, se acuclilló, y tras dos intentos consiguió que la llama, precedida de una vaharada de humo blanco y denso, prosperara. Hubo un crepitar auspicioso y el fuego se animó, echó rápidas raíces. Tony se irguió con una extraña excitación. Quedaron así. Cuando el humo ya era negro y las llamas subían como si se empujaran unas a otras, Hammett dijo:

—Vamos, ahora.

Empujaron los tres a un tiempo y la nave funeraria se arrastró por encima de las rocas hasta deslizarse, ligeramente escorada, sobre la superficie del lago. Por un momento pareció quedar allí, atascada, pero Donald empujó la popa o el lado más cercano con una rama y le dio renovado impulso. El túmulo encendido comenzó a alejarse, lentamente, de la orilla.

Quedaron suspensos, observando el fuego en medio del silencio. Pasaron un

par de minutos, la brisa se fue desatando lentamente y provocó los primeros rumores de las hojas por encima de sus cabezas.

—Se está apagando —dijo Tony.

—Nos apuramos —dijo Poynton.

La balsa parecía algo más escorada y el fuego había dejado de crecer, sólo se sostenía en uno de los extremos mientras el resto de la leña permanecía intacta.

—Me meto a buscarla —dijo Tony.

—No va a ser necesario —dijo Hammett—. Trae la ballesta.

Los ojos del chico se iluminaron.

—Apúrate, antes de que se aleje demasiado.

Tony trajo la ballesta mientras Hammett y Donald recogían los trozos sobrantes de trapo con aceite. El hombre flaco se sacó el cordón de uno de sus zapatos, lo cortó por la mitad con el cuchillo y Donald amarró los pedazos de trapo a las puntas de un par de dardos.

—Tendrás dos tiros, Robin.

La balsa flotaba humeante a unos veinte pasos de la orilla.

Tony se puso en posición, tomó el primer dardo y apuntó.

—¿Estás listo?

El chico asintió con la cabeza. Hammett arrimó el mechero y el extremo del dardo se encendió.

—No te apures.

Tony contuvo la respiración y después de unos segundos disparó.

El dardo voló con una leve parábola y se hundió con un chasquido casi imperceptible en la superficie de la laguna a menos de medio metro de la balsa.

—Bien, Tony, muy bien —dijo Hammett—. Casi. Prueba con el otro.

Pero la embarcación se había ido deslizando hacia su izquierda y la barrera de juncos impedía hacer puntería desde ese lugar.

—Probaré desde el embarcadero —dijo Tony y salió corriendo. Donald fue con él.

El muelle de madera estaba algo más lejos pero entraba más de tres metros en el lago, le daba otra perspectiva para disparar.

Hammett los observó sin moverse del lugar. La pira del túmulo vikingo se movía un poco más rápido, giraba sobre sí misma, humeaba todavía. Tony y Donald estaban en el extremo del muelle; el hombre flaco vio cómo tomaban posición y encendían la punta del dardo. Pero el chico esta vez se tomó más tiempo en apuntar. Pasaron cuatro, cinco segundos.

—Vamos, Tony... —dijo Hammett por lo bajo.

El dardo voló, una llamita temblorosa contra el cielo cada vez más oscuro, y en el mismo instante en que se clavaba en medio de la pira sonó un trueno.

Estallaron gritos de festejo en el embarcadero. Hammett vio cómo Tony y Donald se abrazaban mientras, primero de a poco y de pronto con mayor intensidad, el fuego de la pira crecía y crecía, alentado, despeinado ahora por la misma brisa convertida en ráfagas que empujaban la balsa hacia el centro del lago, rizaban la superficie del agua, comenzaban a bambolear los juncos y traían a empujones la tormenta inminente.

El cielo volvió a tronar. Sonó una voz muy cerca:

—¿Qué es esto?

Hammett se volvió. Ahí estaba Gus Irongate. Sonreía con una mueca rígida, movía los brazos hacia el espectáculo del lago, pero estaba tan borracho que apenas podía mantenerse en pie. Dio un par de pasos hacia la orilla.

—¿Qué es esto, Dash? —repitió—. ¿Richard Wagner?

—Ten cuidado, Gus.

Hammett estiró la mano para sujetarlo pero Gus le apartó el brazo y al hacerlo se tambaleó:

—Sácame la mano de encima, Dash —la mueca se había transfigurado en una exposición feroz de dientes apretados—. Mi buen vecino me avisó que

estaban haciendo fuego... ¿Me vas a quemar el bosque también?

—Nada de eso, tranquilo.

—¡En mi propiedad, en mi propiedad! —el viejo McConnell apareció chillando a sus espaldas—. ¡Ese fuego está en mi propiedad!

Hammett retuvo a Gus por la cintura para que no se metiera o se desplomara en el lago, pero él se volvió con furia:

—¡Suéltame, traidor!

Lo soltó y quedaron frente a frente. Mientras Gus lo insultaba indiscriminadamente, Hammett pudo ver que Tony y Donald forcejeaban por la ballesta en el refugio del embarcadero.

—¡Ese negro debería estar en la cárcel! —gritó McConnell con el brazo extendido a través de la lluvia—. ¡Saliste del condado, negro! ¡Y prendiste fuego en mi propiedad! ¡Avisaré a la policía!

Hammett oyó que Donald gritaba algo que no llegó a entender.

—Traidor, me robaste a mi hijo... —dijo Gus, y se le abalanzó con el puño en alto.

Hammett se apartó y Gus erró el golpe pero, llevado por el impulso, lo arrastró. Cayeron hacia atrás y Gus golpeó la cabeza laxa contra una roca, quedó inmóvil; Hammett, vuelto de cara al cielo y a la lluvia, oyó el grito de Donald:

—¡No!

Giró la cabeza y alcanzó a ver cuando McConnell se desplomaba con una maldición ahogada. Tenía un dardo clavado en el muslo.

El hombre flaco se sacó de encima dificultosamente a Gus, que rodó hasta quedar tendido boca abajo, mientras Tony y Poynton se acercaban corriendo por la orilla. El chico traía un par de dardos en la mano, Donald le había arrebatado la ballesta.

Hammett se inclinó sobre McConnell, que respiraba agitado, maldecía y dio un grito al forcejear tratando de sacarse el dardo.

—Déjela, no se toque —Hammett le sujetó la mano—. Se lastimará más.

El dardo había atravesado el bolsillo del pantalón. Y algo, allí, había amortiguado el impacto. Sangraba apenas y no parecía haberse clavado más de tres centímetros.

—Ese negro me las pagará... Quiso matarme, el hijo de puta.

—Tranquilícese, fue un accidente.

Tony y Poynton se acercaron y quedaron suspensos un par de pasos atrás.

—Yo no quise... —empezó el chico.

—Mejor no digas nada —dijo Hammett sin volverse—. Ocúpate de Gus.

Tony se resistía, pero Donald Poynton lo empujó de mal modo a un costado y se agachó junto a Hammett.

—Te vas a pudrir en la cárcel —dijo McConnell al verlo ahí.

—Cállese —le ordenó Hammett; y después, por lo bajo—: ¿Cómo lo ves?

Donald Poynton se asomó y miró bien de cerca el lugar del impacto.

—No toque el dardo porque saldrá mucha sangre, Dash. Primero voy a hacerle un torniquete y después lo trasladamos.

Se puso de pie, se sacó la chaqueta y, ayudándose con el cuchillo cortó y se arrancó la manga de la camisa de dos poderosos tirones. Se volvió hacia Tony, rígido junto a su padre que parecía desmayado, tendido e insensible a las gotas que le caían sobre la cara.

—Tony, trae la carretilla grande. Apúrate.

El chico vaciló.

—Es para llevarlo. ¡Vamos!

Tony soltó los dardos y corrió bosque adentro.

—¡Apúrate! —gritó Hammett.

Poynton terminó de rasgar la manga, hizo dos tiras, las añadió y le pidió a Hammett que mantuviera quieto a McConnell, que a esa altura tenía los ojos cerrados.

—Levántele despacio la pierna.

McConnell gimió apenas cuando le doblaron la rodilla. Poynton metió la tira por debajo del muslo, justo arriba de donde estaba clavado el dardo, tiró de las puntas, hizo el nudo y apretó. McConnell volvió a gemir. Poynton hizo el segundo nudo, bien ceñido. El herido suspiró y quedó quieto. Parecía desmayado.

—¿Cómo fue? —dijo el hombre flaco.

—Le dije, Dash.

—Sí, me dijiste. ¿Cómo fue?

—Cuando él lo atacó —y señaló a Gus con la cabeza— Tony cargó un dardo y le apuntó. Le alcancé a tocar el brazo pero no pude impedir que disparara. Por eso...

—Y este viejo hijo de puta, que no ve una mierda...

—Sí que ve —dijo Poynton sin rencor aparente—. Como todo el mundo: ve lo que quiere. ¿Tiene un pañuelo?

Hammett tenía.

—Apriétele la boca —dijo Poynton.

—¿Vas a sacársela?

—Será un placer.

Poynton puso la punta del cuchillo en el lugar donde estaba clavado el dardo y desgarró un buen tramo de la tela. La punta había atravesado la parte superior del estuche de los anteojos que estaba en el bolsillo del pantalón. Eso era lo que había atenuado el impacto. Poynton metió la mano izquierda y fue levantando el bolsillo atravesado, tratando de mover lo menos posible el dardo. Descubrió la herida, que apenas sangraba, y cuando tuvo espacio suficiente tomó el dardo con la mano derecha, como si lo empuñara, y dio un corto tirón hacia arriba. Salió limpio y sin desgarro. McConnell hizo un ruido gutural y Hammett sintió sus dientes a través del pañuelo. Después volvió a quedarse quieto.

—Démelo, Dash.

Poynton tomó el pañuelo y limpió la herida, un agujero redondo y negro con borde rojo y húmedo. Apretó durante unos segundos; apenas fluía sangre. Lo dejó allí.

—No tocó la femoral —dijo.

—Estará bien —supuso Hammett.

Se pusieron de pie.

Después del chubasco, por un momento al menos había dejado de llover. Hammett observó a los dos hombres caídos:

—Algo estaremos haciendo mal, supongo.

Poynton asintió con la cabeza y sonrió, pero no dijo nada. Miró hacia el lago. La pira funeraria era un desorden de troncos negros, chamuscados y humeantes encallado en el borde de una de las pequeñas islas. Un fracaso.

—Tarda mucho Tony —dijo Hammett.

Poynton se pasó las manos por el pantalón, metió la camisa hecha jirones dentro del pantalón, volvió a ponerse la chaqueta y recogió su bolsa.

—Será mejor que me vaya —dijo.

—¿Adónde?

Poynton meneó la cabeza. Empezó a sonar, muy lejos, la consabida sirena de la policía.

—¿Crees que vienen para acá?

—No creo, pero tampoco pienso quedarme a averiguarlo.

El hombre flaco miró la mano extendida, la estrechó, y no tuvo argumentos para disuadirlo. Sacó del bolsillo todo el dinero que tenía.

—Búscalos a Sam, ¿sabes cómo?

Donald Poynton no sabía, pero tomó los dólares y dijo que sí.

—Cuídese, Dash —concluyó. Se dio vuelta y se fue trotando.

Mientras lo veía alejarse por el bosque Hammett tuvo una especie de *déjà vu*. Tardaría unos años en darse cuenta de lo que era, lo que recordó: un negro escapando entre los árboles era la portada de un libro de Faulkner de los años

treinta. *¿El villorrio?* No. *Desciende, Moisés.* Eso era: la portada de *Desciende, Moisés.*

## 24. *Blowing on the table*

Poco más de doce horas después, a las siete y media de la mañana del día siguiente, Sam Rosen entraba a la oficina del mal dormido jefe Thriller, de la policía del condado, acompañado o acaso impulsado por Paulie Gerscher; llevado a la rastra por ella, en realidad. El abogado portaba dos sobres; la madre de Tony, elegantes anteojos negros y una furia incontenible.

Los primeros gritos se superpusieron al golpe brusco de la pesada puerta al cerrarse a espaldas de la airada Paulie.

—Hay dos personas internadas en el hospital del condado, señora Irongate —dijo con estudiada calma el jefe Thriller después del vendaval de impropiedades—. Uno es su esposo, con traumatismo de cráneo combinado con un cuadro de coma alcohólico; y el otro el señor Andrew McConnell, con una herida de arma blanca o... roja —el jefe tomó con dos dedos el dardo depositado sobre su escritorio junto a la ballesta con la cauta delicadeza de quien manipula un objeto bello y temible—. A esta hora del día, ¿qué más nos puede aportar a lo que ya sabemos, además de su enojo?

—Saque ya a sus agentes de mi casa. Fue un accidente.

—Así no está caratulado el caso, señora.

Paulie Gerscher no estaba para sutilezas o esgrimas verbales:

—Cámbielo.

—Es el magistrado de turno, señora, no yo. Y él no dice que haya sido un accidente. Explíqueme, abogado.

—Pero lo fue, jefe —adujo Rosen, y puso uno de los sobres junto al dardo—. Acá tiene: ésta es la declaración autógrafa de la víctima, tomada por mí en

el hospital, que ratifica lo del accidente. Se la haré llegar al juez interviniente, pero me interesa que usted la conozca.

Thriller tomó el sobre, lo sopesó, escribió “McConnell” en el anverso y lo dejó a un costado, sin abrirlo.

—Ya veremos qué valor tiene esto. Pero sospecho que nulo —dijo displicente.

Paulie Gerscher se volvió y miró fijamente a su abogado, que respondió al estímulo mudo redoblando la apuesta:

—Además hay un testigo —y el pulgar derecho de Sam Rosen señaló a sus espaldas.

—¿Quién es?

—Hammett.

—¿Está ahí?

Rosen asintió.

El jefe Thriller hizo un gesto de desagrado:

—Lléveselo, no pienso tomarle declaración a ese sujeto.

—Le dejo el texto de su declaración, si quiere —y Rosen amagó con el otro sobre.

—Guárdese. Y no insista porque puedo dejarlo detenido.

—No puede hacer eso —dijo Paulie Gerscher.

—Puedo —dijo Thriller—. Y también puedo prescindir de su presencia, señora.

—¿Cómo se atrevería?

Thriller se dirigió en voz alta al agente que permanecía junto a la puerta:

—Morgan...

—Jefe...

—Acompañe a la señora.

—¿Pero qué pasa acá? —estalló ella una vez más—. Ustedes saben cómo fue. El imprudente de mi hijo Tony estaba tirando al blanco con una ballesta

que tiene problemas en el seguro, se cruzó imprevistamente el viejo McConnell, zafó el seguro y le acertó un flechazo. Nada grave, por suerte. Lo curaron y ya está —simplificó.

—Señora... El señor McConnell declaró que quien le disparó fue otra persona. Veremos las huellas. Retírese.

Paulie miró una vez más a Rosen, que la persuadió de que accediera con leve parpadeo. Recién entonces la señora salió, con una nueva serie de amenazas y el consabido portazo mediante.

Tras la conmoción se rehízo lentamente el silencio. Fueron algunos segundos de mansa expectativa, como cuando se depositan, a través del agua transparente, los falsos copos de nieve sobre el techo de una casita navideña de juguete.

Cuando el agente Morgan regresó con la misión cumplida y se instaló otra vez junto a la puerta, con un gruñido y una inclinación la cabeza el jefe Thriller indicó al abogado que se sentara y recién entonces le habló con estudiada, falsa calma:

—Escúcheme bien, Rosen: ayer McConnell declaró, y me lo dijo a mí, no a cualquiera, que sufrió una agresión. Y acusó a ese negro, que ya tiene antecedentes inmediatos, no sólo de violación de su propiedad sino de lo que puede considerarse un intento de homicidio...

—No se lo niego, estaba conmocionado; pero en esta declaración McConnell se rectifica: y no acusa a nadie.

Thriller se ofuscó:

—¿Dónde está? ¿Dónde lo tiene?

—¿A quién se refiere?

—Al negro, ese Poynton.

—No tengo idea de dónde puede estar Donald Poynton en este momento.

—¿Y alguien sabe? ¿Su testigo Hammett sabe? Es lo único que me interesaría oírle declarar.

—No lo sabe él tampoco.

—¿Seguro? — el jefe Thriller se echó hacia atrás y encogió los hombros—. Vamos mal, abogado. Mientras este negro... mientras el acusado Donald Poynton, que se dio a la fuga, permanezca prófugo, no sólo no podré levantar las medidas de seguridad en la casa de la quisquillosa señora Irongate sino que no tendré en cuenta otra declaración de la víctima que no sea la que yo mismo recogí. Mañana a más tardar se emitirá la orden de captura contra Poynton.

—Pero la declaración que aporto es muy precisa...

—Fíjese qué hago con esta declaración.

El jefe Thriller tomó el sobre cerrado y, pausadamente, con las manos extendidas sobre el escritorio y tras subirse las mangas de la chaqueta como un ilusionista escrupuloso, lo rasgó primero en dos, luego en cuatro, después en ocho partes, por último en dieciséis, y después, con la palma perpendicular a la superficie del escritorio, arrió el montoncito de papeles rotos hacia Sam Rosen.

—Ahí tiene.

—Gracias, jefe —dijo el abogado sin un dejo de ironía; se volvió al agente que permanecía inmóvil—: Morgan, usted es testigo de esto.

Y fue juntando los trozos del sobre y guardándolos en el bolsillo de la chaqueta como quien recoge no los frutos sino las hojas secas caídas del Árbol del Bien y del Mal.

Cuando Paulie Gerscher salió de la oficina del jefe Thriller no encontró a Hammett en el lugar donde había quedado en espera y eso hizo que no pudiera evitar que su ira se redoblara. Por alguna previsible razón, esa ausencia le confirmaba todos los oscuros pensamientos sobre Dash que deseaba, necesitaba ratificar. Estaba a punto de seguir su airado camino hacia la calle

sin mirar atrás cuando lo oyó:

—Paulie...

Giró hacia esa voz. Dash salía del baño terminando de abrocharse la bragueta. Pero Paulie Irongate no lo vio a él, al Dashiell Hammett que conocía; vio apenas a un hombre demasiado flaco, viejo y casi repentinamente desvalido.

—Pensé que te habías ido —dijo ella.

—No me extraña —dijo él, recompuesto—. La próstata tiene razones que ni la razón ni la policía...

—Cállate.

—¿Por qué no estás adentro?

—No nos quiere, a ninguno de los dos.

—Por fin alguien que nos pone del mismo lado —dijo Hammett—. Vamos a desayunar.

Paulie asintió sin sonreír. Le explicó brevemente la escena de la que acababan de excluirla mientras pisaban juntos y perplejos la acera tempranamente soleada.

—Qué cabrón —comentó Hammett sin énfasis. Luego de un momento señaló el bar de enfrente—: Desde allí podremos ver a Sam cuando salga.

Cruzaron en silencio y después ella dijo:

—No dormí nada. Pasé muy temprano a visitar a Gus y no me dejaron verlo. Pero ya está consciente, dicen.

—Qué bien.

Y eso fue todo.

Se sentaron junto a la ventana y pidieron tostadas con mantequilla y mermelada de arándanos con un café aguado y un zumo de lima engañoso. La cubierta plástica de la mesa era color naranja y estaba descolorida en varios sectores. Pero estaba limpia, laboriosamente limpia. Sin embargo, los bordes de aluminio, límites interiores de la superficie rectangular, conservaban restos

opacos, evidencias de invencible suciedad, residuos semicristalizados de cientos, miles de desayunos y meriendas similares.

Hammett apoyó el filo de la uña del índice de su mano derecha en uno de los bordes y lo deslizó lentamente, separando la secular mugre adherida, pequeñas olitas oscuras y grasosas que luego sopló, inclinándose sobre la mesa y aventándolas hacia el piso:

—¿Qué haces?

—Nada, limpio —el hombre flaco bebió el resto del zumo y puso el vaso sobre la mesa sin soltarlo; la miró—. ¿Quieres que te cuente?

—Tu versión.

—La verdad, si estás dispuesta a escucharla.

—¿Antes me mentiste?

—Lo necesario.

Paulie sabía que podía lidiar mejor y que le resultaba más cómoda, por conocida, esta imagen serena, casi imperturbable de Hammett con sus aristas irónicas, y no la que había llegado a entrever, del hombre frágil al filo del desamparo.

—Te escucho.

Encendió un cigarrillo, le convidó otro, y después de aspirar ambos, Hammett dijo, con una cuasi solemnidad extraña en él:

—No sé si lo diremos nunca, Paulie; incluso no sé si se lo diremos a él, a Tony, tampoco a Gus, que no se acordará de nada, y menos a esa basura del viejo McConnell... Pero alguien además de mí y del pobre Donald debe saberlo.

—¿De qué hablas?

—De lo que realmente pasó, estúpida.

El epíteto fue una venganza trivial; pero Paulie no había fingido ignorancia. Acaso ella intuía lo que Dash le diría, pero tal vez el temor fuera mayor que la necesidad de saber.

No habían tenido oportunidad de hablar sobre lo sucedido, apenas si se habían visto. Cuando ella, localizada laboriosamente por Rosen, apareció por Katonah cerca de las diez de la noche, fuera de clima y situación —borracha, aventuró Linda—, hacía horas que Hammett, tras dejar a los chicos en la casa, había ido en la ambulancia con los dos heridos al hospital del condado y, una vez que estuvieron internados y bajo control, fuera de peligro, había regresado para quedarse. Por entonces, alertada desde el hospital, ya la mujer de McConnell había llamado a la policía, que le había tomado la primera declaración. La misma que el jefe Thriller había utilizado para justificar el operativo que dos horas después había llenado de policías la casa cercada e incomunicada.

Ése fue el panorama que encontró la desorientada Paulie al llegar. Primero escuchó la escueta explicación de Hammett en términos de accidente, que coincidía con lo que apenas pudo balbucir Tony, y luego, entre insultos, había roto valerosamente el cerco policial y se había llevado a sus hijos a New York sin que nadie pudiera detenerla. Mientras tanto, instruido por Hammett, Sam Rosen conseguía arrancarle casi extorsivamente una subrepticia declaración al herido de flecha y con ese malogrado documento y con su propio testimonio en mano habían permanecido toda la noche en vela preparando la estrategia a seguir. Por eso Paulie y Dash sólo habían vuelto a cruzarse pocos minutos antes de entrar a la oficina de Thriller. Eso era todo.

Ahora Hammett le hacía la crónica sucinta de los sucesos de la tarde anterior y al hacerlo sentía el peso, la dimensión del ridículo de toda la situación. En beneficio de un relato que subrayara la cuestión esencial, debía soslayar los pormenores o fundamentos que estaban por detrás y por debajo del aparatoso ceremonial del funeral de Old Rush. Así, todo resultaba más gratuito y ridículo de lo que ya en realidad había sido. E incluso más tragicómico el funesto desenlace:

—En síntesis: no fue casualidad ni imprudencia, Paulie. Cuando Gus me

atacó por razones que él sabrá, yo sospecho y tú no sé qué pensarás...

—Pienso lo peor de ti.

—Supongo que sí. Gus estaba puntualmente borracho pero además está en general desesperado. Sintió tal vez que le estaba arrebatando a Tony, celoso de mí.

—Siempre los celos de Gus.

—Parece. Pero la cuestión es otra, Paulie: Tony le apuntó a él y sólo la intervención de Donald, que le desvió el brazo, hizo que el dardo terminara en la pierna del viejo McConnell.

Ella lo puso agresivamente en blanco sobre negro:

—Tú dices que Tony quiso matar al padre...

Hammett había vuelto a hurgar en el reborde de mugre, ahora con un mondadientes, que resultaba más eficaz.

—Dicho así... suena un poco fuerte —se inclinó para soplar—. Pero es cierto que le disparó.

—Entonces...

—Ni el supuesto agresor ni el supuesto agredido tienen nada que ver: fue entre los Irongate.

—Padre e hijo, bien trágico.

—Supongo, si quieres seguir por ahí y ponerte griega, que también hay una mujer en el medio que...

Paulie quedó en silencio un momento y de pronto echó el brazo derecho atrás y le tiró una bofetada.

Hammett paró el golpe y se lo devolvió, instintivo, corto y de revés, con la otra mano.

Los anteojos negros volaron.

El hombre flaco se levantó, se agachó para recogerlos, los dejó sobre la mesa y se fue caminando sin darse vuelta. Pero sólo llegó hasta la puerta. Regresó y volvió a sentarse donde estaba.

Paulie sollozaba.

—Perdón —dijo él.

—Hijo de puta.

—Cálmate.

—Borracho y golpeador, como él.

Hammett llamó a la robusta mesera más cercana:

—Traíganos más café, por favor.

La mujer se acercó al hombre flaco, puso los brazos en jarra y apretó los labios antes de hablarle a centímetros de la cara:

—Todos vimos lo que hizo, señor —y los apretaba también entre palabra y palabra. Al decir todos se refería a un número indeterminado de testigos, entre tres y cinco sin contar los distraídos. Se volvió hacia Paulie—: ¿Necesita algo, señora?

—¿Un abogado, tal vez? —dijo Hammett—. Ya viene.

La mesera quedó en suspenso.

—Mejor traiga el café —dijo Paulie.

Hammett esperó que la mujer se alejara para disculparse, argumentando durante tres minutos. Paulie asentía; después, en silencio, tomó un par de servilletas de papel para llevarse a los ojos, pero él sacó un impecable pañuelo blanco del bolsillo superior de la chaqueta y se lo alcanzó:

—Toma.

—¿Qué es esta antigüedad? Asqueroso. ¿Te sueñas con esto?

—No. Pero un caballero siempre debe llevar un pañuelo para secar eventuales lágrimas de mujer.

—O la sangre de su nariz.

—Ésa fue buena —admitió el hombre flaco—. ¿Es humor judío?

—La sangre lo es.

—Y la nariz también.

Ella le dio una tremenda patada por debajo de la mesa.

La justiciera mesera que volvía con el café no pudo advertir el golpe y el caballero Hammett tampoco aparentó gesto de dolor alguno.

Una vez que hubieron tomado el café de sus respectivos pocillos, Hammett dijo:

—No perdamos tiempo, Paulie. No es cuestión de quién tiene razón, de ganar discusiones. Ni de esgrimas o ironías. Hay quienes se joden en serio con todo esto.

—Seguro que tú no.

—Claro que no. Pero tampoco ninguno de ustedes; de nosotros, quiero decir, que siempre tendremos cómo utilizar, procesar cualquier experiencia, por nefasta que sea. Incluso Tony. Porque, además, siempre está el psicoanalista.

—Qué sabes tú, psicópata, si no tienes inconsciente.

—Tengo pero no lo uso. Y menos de pretexto. Pero no volvamos a empezar: el realmente jodido es Donald, y ni hablar de Linda, que queda sola. Y no tuvieron nada que ver.

—¿Por qué escapó? Estaba Tony, estabas tú para explicar cómo fue.

—La memoria, digamos ancestral, es más fuerte: ante la duda o sin ninguna duda, nunca te creerán; ésa es la experiencia. Una semana atrás no hizo nada, yo estaba ahí, y lo golpearon sólo por hablar.

—¿Crees que Tony debería declarar?

—No lo sé. No creo que esté obligado, por ser menor. Y menos a inculparse. Sam nos dirá. Pero preservemos a Donald, porque está claro que Tony no irá a la cárcel y Gus saldrá del hospital y se repondrá una vez más. La cuestión en este caso...

—No pasará nada más porque mis hijos no volverán a ver al padre. Así de simple.

—No tanto, Paulie: no me interesan, no quiero ni me corresponde saber los detalles últimos, los partes de guerra diarios del combate o la batalla entre

ustedes. Y en general probablemente tú tengas razón. Pero hay algo que están haciendo mal. Sé muy bien de qué se trata porque soy un pésimo padre.

—Por Tony...

—Y las niñas también, pero por ahora menos: están claramente de tu lado, tienen menos contradicciones. Tony está más complicado: tiene que defenderte a ti de él, pero necesita rescatar algo del padre o de “lo masculino”, si quieres pensarlo así. Por eso tal vez su penúltimo apego conmigo, nuestras complicidades y secretos. Que tampoco le funcionó del todo: en el fondo no soy un modelo demasiado diferente de Gus en este momento: está el alcohol, está el fracaso creativo... Ser hombre, supongo que siente Tony, no puede ser solamente hablar, beber y perder el tiempo. Por eso no sabe adónde apuntar, literalmente. Tal vez los mejores modelos a seguir han sido un perro que acabamos de enterrar y un negro que si no corre mucho y rápido en cualquier momento terminará con un balazo en la nuca.

—Qué alentador.

—Como quieras. Pero el chico, el hermoso chico que es Tony, no sabe qué hacer con esa energía. Otros la vuelven contra sí mismos. No parece ser, por suerte, su estilo. Aunque la administración de esa energía excesiva tiene su costo alto y todavía no tiene por qué pagarlo él.

—¿Qué quieres que haga?

—Un gesto mínimo de cordura. Habla con Gus, hagan una tregua hasta la exposición. Y si estás saliendo o vas a salir con alguien, sé cuidadosa.

—¿Cómo te atreves?

—No estoy hablando de tu pareja sino del porvenir de la mejor pintura americana.

—¿Tanto?

—Los cuadros son buenos porque no son tristes, no son los de un cornudo, de un desgraciado autoindulgente. Hay algo de desesperación razonada. ¿Los has visto?

—No, pero leí lo que escribiste.

—No son sólo buenos, Paulie. Son lo mejor que ha hecho. El bastardo puede pintar bien cuando no tiene nada que perder.

—¿Nada?

—Cuando siente que perdió todo, digo: que nada le queda.

Sam Rosen no tardó en llegar. Para cuando lo hizo, Dash y Paulie habían podido hablar lo que nunca en los tres últimos años. Probablemente no volverían a hacerlo, pero por una vez habían hecho lo que debían hacer. No estaban más felices ni satisfechos. Sólo más serenos, vagamente tristes e infinitamente cansados. Como después de un entierro, o como luego de derribar un viejo árbol plantado hacía mucho pero que en cualquier momento podía caer sobre la casa.

## 25. Fotos & estampillas

Era temprano aún. Mientras Paulie y Sam se subían a sus coches y volvían a Manhattan cada uno por su lado, Hammett optó por tomar el bus que desde el centro de Katonah lo dejaba en la gasolinera, a pocas calles de la casa. Necesitaba estar solo, y aunque había dormido poco y se sentía como después de haber peleado treinta rounds, no hubiera soportado la tensión de cualquier tipo de demandante compañía. Sólo Lillian, admitió casi secretamente.

Compró el periódico. En la sección Policiales, corroboró sin querer que Ashley Dickinson —el escritor, el marido, el amante, el cadáver— no sólo había muerto sino que había desaparecido; ya no gozaba de esa segunda vida pública, ya no existía tampoco en las crónicas. Probablemente la fotografía más importante o difundida de su vida había sido —sin paradoja alguna— la que había ilustrado la noticia de su muerte. Y ahora, ni eso.

Pensó que se sabía, en general, aunque no siempre, adónde iban a parar los pesados cuerpos, porque para sostener la ilusión del último domicilio conocido y el simulacro de la memoria anclada en algo que pudiera tocarse estaban los pavorosos cementerios con sus piedras e inscripciones. La cuestión era —o ni siquiera era una cuestión— adónde iban a parar los cadáveres fuera de cámara, fuera de la noticia, cuando se caían del postrero aviso fúnebre que avisaba qué a quién y para qué. Cuando se acababa no sólo la memoria escrita o la imagen quieta sino toda la estúpida conversación.

Porque tampoco estaba ahora ahí, ni había estado nunca en realidad en ninguna parte que eligiera estar, la esquiva Irma —si ése fuera su nombre—, penoso fantasma como cualquier otro, figura penitente devenida en factor

criminal. No existía, podía no haber existido. El error consistía en suponer que había hechos y sujetos diferenciables, cuando todo eran circunstancias, puras circunstancias sin registro posible para una mente ponderable. Piezas sueltas. Giros bruscos, choques de órbitas imprevistas, itinerarios y variables libres. Alguien que pasa, te mira, te lleva consigo y dibuja un destino a tu costado, a tus espaldas. Mejor callarse, no intentar sujetar con palabras, interpretar, elegir sentidos en el devenir. Y sin embargo, siempre volvía el gesto de armar un relato, proponer un itinerario de sentido. Basta de eso. “Dejemos hablar al viento”. Eso es. ¿De quién era eso?

En la sección Espectáculos había una fotografía de Pat Neal, una bella fotografía de estudio, o una fotografía de estudio en la que se habían propuesto, Pat y el fotógrafo, que ella apareciera bella. No miraba a cámara; había una tácita ficción acordada entre Pat, el fotógrafo y el espectador, de que se trataba de un simulacro de la situación natural. Posar, armar el espectáculo de la belleza.

Hammett apartó la mirada de la foto y del periódico; observó a los pasajeros del bus y experimentó por un momento la antigua sensación de que todo era mentira, y que en algún momento probablemente la representación terminaría. La diferencia con lo que solía experimentar de chico, cuando salía bruscamente de la habitación o se levantaba en medio de la noche a verificar sus sospechas de que todos actuaban ante él, que lo engañaban, es que ahora creía saber o sentir que era parte del elenco estable, que ya no era el destinatario condenado o privilegiado (el único ante el que se desarrollaba un guión previo), sino un integrante más de una troupe que había olvidado el libreto o, mejor, había olvidado que estaba representando ante quién sabe quién y que la función continuaba y que lo que todos hacían no era otra cosa que discutir y discutir el libreto correcto como si alguno supiera de qué se trataba.

Tal vez de ahí, de intuir esa condición fantasmal e impostada, provenían los

gestos, las vocaciones extrañas que ratificaban el absurdo, como los actores. Camus había acertado en eso, como en casi todo. Sin embargo, Hammett no solía soportar demasiado el mundo en el que se movían los actores; tanto el obscuro dinero de Hollywood como las vanidades de los pequeños escenarios *off Broadway* enfermaban a la gente, le bajaban las defensas y le enrarecían los gestos naturales, la dejaban a merced de hijas de puta como Edda Hopper o de un soberbio y anteojudo crítico intelectual del *The New York Times*, capaces de arruinarles la vida, la reputación o la frágil autoestima. Siempre era difícil encontrar una manera decente de vivir y ganarse la vida; pero una de las más complicadas era la de vivir del aplauso. Eso solía obligarlos a caminar con el culo contra la pared o a exponer el culo demasiado adelante. No era una manera ni cómoda ni natural de andar por la vida.

La foto de Pat ilustraba un largo artículo que se refería a los ensayos previos al inminente estreno —en realidad era una reposición— de *The Children's Hour*. Había dos fotos más, el gordo director de barba recortada y un *pack* heterogéneo del elenco sobre el escenario desnudo. Llegó apenas al segundo párrafo y no pudo comprobar si en algún momento alguien mencionaba a la autora de la pieza.

Se bajó del bus en la gasolinera y usó el teléfono para llamar a Pat.

No estaba. Roald Dahl le dijo afablemente —sin sentir la necesidad de explicarle por qué él estaba allí, probablemente en bata y aún en la cama a esa hora de la mañana— que ella se había ido temprano, porque en estas últimas semanas ensayaban en doble turno.

Hammett le comentó vaga y elogiosamente el artículo que acababa de no leer del todo. Roald no había visto el diario todavía, pero pareció involucrado en el tema:

—A propósito, Dash, Pat no ha tenido noticias de Lillian y tanto ella como el director quieren saber si llegará a tiempo para el estreno.

—¿Temen que sí?

—Supongo —admitió el bacalao noruego demostrando un inusual sentido del humor.

—Entonces, atérralos para que se preparen o, mejor no... —Hammett pareció vacilar—: acaso sea mejor que no les digas nada de esta conversación.

—¿Por qué?

—Si Lillian no les escribe, a mí no me habla de otra cosa en sus cartas... —le confió como si retribuyera cierta amistosa confianza—. Incluso me llamó por teléfono desde París para hablar del tema. Está inusualmente ansiosa, te diría. Pero no quiere transmitirles a ellos su ansiedad.

—Te aseguro que con su silencio no lo consigue, Pat está insoportable.

—Lo siento —dijo Hammett como si lo sintiera—. Le pediré a Lillian que se comunique y todo estará bien.

Dahl le agradeció en nombre de Pat y de la estabilidad de su noviazgo, y cambió de tema:

—Quisiera pedirte un gran favor, Dash. No me hubiera animado a llamarte, pero de algún modo secreto te convoqué con el inconsciente.

—Dime.

—Quisiera que leas el libro de cuentos que acabo de reunir. Y, si te gusta, lo prologues o escribas un texto para la contraportada.

—¿Cómo se llamará?

—*Someone Like You*. El título lo puso Knopf.

—¿Y tú cómo le hubieras puesto?

—*Tales of the Unexpected*.

—Lo inesperado sería que apareciera yo firmando algo en Knopf.

—No se pierde nada con intentarlo, me parece.

Hammett quedó un momento en silencio.

—¿Estás tratando de ayudarme, o algo así? —dijo lentamente—. ¿Te sientes con algún tipo de obligación moral respecto de mí, Roald?

—Yo no lo pondría en esos términos.

—¿Cómo lo describirías?

—Digamos que me llenaría de orgullo, como autor, que tú escribieras que mis cuentos son buenos o que valieron el esfuerzo de haberlos escrito.

—No entiendo cuál es el tablero en el que pretendes anotarte puntos —dijo Hammett con manifiesta malevolencia.

Dahl se tomó unos segundos:

—Dejémoslo ahí, Dash. Haz de cuenta que no te he dicho nada.

Pero Hammett no parecía con intenciones de dejarlo:

—¿Crees que en Knopf aceptarán que lo firme yo, o querrán que haga como Trumbo?

—No entiendo.

—El guión de *Roman Holiday*, la respuesta de Hollywood a Rosellini, es suyo, del enlistado Trumbo, del mismísimo Dalton *Diez de Hollywood* Trumbo, ¿sabías eso?

—No.

—Es ese tipo de cosas secretas de las que todo el mundo se entera. Candidata al Óscar. Es probable que veamos subir a un McGuffin a recibir el muñequito.

—Ah.

—Por eso se me ocurre una idea superadora de tu piadosa propuesta, Roald: mi próxima novela, el año que viene y tras el éxito de tus cuentos, firmamela tú. Te apuesto lo que quieras que será un récord de ventas.

—No hagas apuestas conmigo, Dash.

—¿Por qué?

—No tienes un Cadillac y necesitas todos tus dedos.

—¿A qué te refieres?

—Es una lástima que no vayas a leer *Someone Like You*. Te hubieras divertido.

—No dije que no lo leería. Sólo esperaré que salga en *paperback*.

—Le diré a Pat que llamaste.

—Dile que intentaste hacer tu buena acción del día. Valorará tu intención.

—Púdrete.

—Púdrete tú.

Se apresuraron a cortar, pero ninguno tuvo la certeza de haberlo hecho primero.

Hammett salió de la cabina y lamentó no tener a mano a Donald para comentar el episodio. No tendría con quién, porque desde ya que mantendría a Lillian al margen de estas vergonzosas esgrimas, cruces de bufidos entre machos deslucidos. Podía suponer, más allá de la ocasional virulencia del intercambio, que Pat tampoco se enteraría, porque sin duda —pensó con irónica desazón— el largo bacalao noruego no carecía de estilo. Ojalá lo mantuviera al escribir.

Al regresar a casa, Hammett encontró media docena de cartas sobre la máquina de escribir enfundada. Linda se esmeraba en el trabajo —la cabaña estaba limpia y ordenada como nunca—, y ante la ausencia de Donald trataba de mantener las rutinas incluso en circunstancias excepcionales como éstas. Por eso se había encargado ella misma de traer la correspondencia desde New York.

Había dos cartas con estampillas francesas, las dos con matasellos de París. La de Lillian había llegado por vía aérea; la otra, de Georges Duhamel, por correo común. Arrojó al cesto un par de publicidades, dejó a un costado el sobre con membrete de la Asociación por los Derechos del Hombre y abrió primero y con cierta inquietud, como siempre le sucedía, la carta de Mary Jane. El texto era breve, convencional y cariñoso, una mera excusa para acompañar la foto de su nieta. La niña en brazos de su madre, con la capota

blanca que la protegía de un sol excesivo, aparecía con la boca abierta, en medio de un bostezo o en el comienzo de un llanto. Mary Jane se veía feliz y orgullosa. La sombra del padre, improvisado fotógrafo, se proyectaba sobre el suelo en damero de la terraza a la que habían subido —conocía el pequeño departamento, algo oscuro y deprimente— en busca de luz.

La fotografía reproducía o —mejor— le recordaba una escena similar de treinta años atrás: la niña era Mary Jane y quien la sostenía era él, en mangas de camisa. ¿Quién había sacado aquella fotografía en San Francisco? No había sido Jose, que habitualmente estaba trabajando mientras él se quedaba en casa, tratando de escribir y cuidando a su pequeña hija; además, no tenían una cámara como tampoco tenían muchas otras cosas. Acaso había sido un domingo y había visitas. Nunca podría saberlo. Apoyó la fotografía de Mary Jane con su nieta frente a él, contra el lomo de los libros del segundo estante de la biblioteca y al lado de la petaca de Four Roses sin abrir.

La Asociación por los Derechos del Hombre, de la que era miembro, lo invitaba a participar de un acto público y a firmar la solicitud a la Corte Suprema de los Estados Unidos para que dejase sin efecto —declarando nulo el juicio— la sentencia de muerte fallada en contra de los esposos Rosenberg, acusados “inconsistentemente” de espionaje. Decidió que firmaría la que sabía inútil petición, pero que probablemente no iría al acto; no tenía ninguna gana de cruzarse con ciertos personajes. Si hubiese estado Lillian, tal vez.

La carta de ella, extrañamente breve, casi telegráfica, contenía un reproche —“hace tres semanas que me debes carta, ¿pasa algo?”—, una advertencia —“te ha escrito o está por escribirte Georges Duhamel haciéndote una propuesta que creo deberías aceptar: hazlo por mí, si no tienes argumento mejor”, y un anuncio intimidante que habría hecho temblar, como bien sabía, a la docena larga de responsables de la puesta de *The Children's Hour*: “Llego el jueves 6 para el ensayo general. Ni se te ocurra pensar que te salvarás de acompañarme”.

Le extrañó el reproche. Evidentemente Lillian aún no había recibido la última y voluminosa carta en la que le hablaba de su trabajo en la escritura y le daba cuenta de la multiplicidad de personajes y sucesos que le habían saturado el tiempo y la atención durante las últimas semanas. Acaso Poynton no había llegado a ponerla en el correo, en medio de tanto ajetreo. Reconstruyó las circunstancias. Le había escrito la tarde del día que se peleó por primera vez mal con Paulie por lo de la navaja de Tony, y después fue la llamada por lo de Nell... Cuando le pidió a Poynton que lo llevase a la estación, la noche del Pontiac, entonces fue que se la dio.

O nunca se la dio.

Hammett se levantó y fue a buscar en las dos chaquetas colgadas del perchero de cuerno. No encontró nada en una; tampoco parecía haber nada en la segunda hasta que la encontró, en el fondo del bolsillo interno. Ahí había estado siempre la carta durante un par de semanas. Ya no tenía sentido enviársela, Lillian llegaría antes. Y tal vez fuera mejor. Se la daría en mano y sería interesante estar ahí cuando la leyese, sobre todo porque no recordaba todo lo que había escrito ni qué era lo que había omitido en ese momento. Por lo que recordaba, había sido muy elocuente; en tal caso, sería una manera de asomarse a ver cómo funcionaba su mente con cierta perspectiva. Sobre todo porque no habían dejado de suceder cosas a partir de ese momento.

Finalmente abrió la carta del director de la *Série Noir*. El inglés de Duhamel no era el mejor pero la propuesta —tal como decía Lillian— sí lo era; era de las difíciles de rechazar. Incluso tenía la innegable, calculada, virtud de no poner el énfasis en el dinero sino que apostaba tácitamente —sin exagerar— a la capacidad persuasiva de plantear la cuestión de la reedición de la obra completa de Hammett —incluso con nuevas cuidadas traducciones y prólogos de especialistas— en términos de “gesto de vindicación de la mejor literatura, a secas”. Que así lo escribiera el director de la más prestigiosa colección europea del género, citando el juicio de Gide al pasar, suponía un

compromiso cierto. Incluso, Duhamel tenía la cortesía de dejar para el último y breve párrafo la cuestión principal, sin plantear en ningún momento ni insinuar siquiera que la propuesta de las reediciones estuviera ligada a la necesaria publicación ulterior de un texto inédito. Sólo se despedía, cálidamente, a la espera de su aceptación de viajar a París —como su invitado personal— cuando hubiese acabado la redacción de su esperada nueva novela “sobre cuyas características y virtudes ha sido tan elocuente la señorita Hellman, que ha despertado nuestro máximo interés”. Un caballero, el francés.

Sin embargo, no pudo evitar un incómodo desasosiego. Detectó el inicio incluso de una sensación de pánico que nunca se podría permitir. Y supo de inmediato de dónde provenía. Paulie Gerscher habría tenido mucho que decir sobre las actividades de su inconsciente. Incluso crearía exclusivamente para él la categoría de los psicópatas masoquistas. No haber enviado la carta a Lillian había permitido que ella avanzara en la entusiasta promoción de un proyecto narrativo, *The Good Meat*, que él había definitivamente abandonado. No necesitaba reabrir la voluminosa carta de seis páginas que estaba allí como un equívoco boomerang para recordar —ahora sí— parte de su contenido, sobre todo lo referido a la nueva dirección que pensaba darle, si era capaz de hacerlo, a su escritura. Todas esas consideraciones habían quedado ahora en suspenso, inútiles especulaciones privadas, mientras las mejores intenciones de Lillian se volvían tardía y paradójicamente contra él: no sabía en ese momento cómo haría para enfrentar, sin daños colaterales, la inevitable decepción de ella cuando lo supiera.

Estuvo a punto de destruir en ese mismo momento la carta jamás enviada, pero no lo hizo. Tampoco la abrió para verificar la exactitud de lo que creía recordar. Por lo pronto, la dejó nuevamente en el mismo bolsillo de la chaqueta y fue a la cocina a preparar café. Georges Duhamel y la *Série Noir* podían esperar.

Cuando regresó con el jarrito humeante fue a sentarse ante la Remington.

Encendió un cigarrillo, le quitó la funda casi polvorienta a la máquina y encontró puesta la hoja en la que había estado escribiendo la última vez, ya ni recordaba cuántos días atrás. Eran apenas tres líneas y media de la página 96 del desarrollo de TULIP. Pero las leyó como si fueran de otro; le costaba reconocer la continuidad. Buscó la carpeta con el resto de las páginas pero no la encontró junto a la máquina, donde solía. Linda había intervenido, una vez más, en su mesurado desorden. Buscó entonces entre los libros y papeles que cubrían casi enteramente la mesa, en los extremos de los estantes, sobre las filas de libros, incluso en el suelo, sin resultado. Después de largo rato renunció a encontrar la carpeta; sólo halló —en el fondo de una pila de papeles— una primera versión desechada del texto, poco más de la mitad del total. Metió esas hojas en el cajón de la mesa y volvió a ponerle la funda a la Remington. De olvidos y extravíos parecía estar empedrado el camino de la dificultosa escritura.

Encendió la radio, buscó hasta encontrar algo de cámara con cuerdas graves y se estiró en el sillón. Antes de los cinco minutos dormía el sueño profundo y sin orillas que se debía desde hacía rato.

## 26. Arte de ultimar

En los días siguientes, entre otras cosas que lo distrajeron, Dashiell Hammett fue dos veces al hospital del condado. La primera vez, tras larga negociación privada con Paulie Gerscher, fue con ella y Tony.

No había vuelto a hablar con el chico desde la tarde de la ceremonia vikinga, y cuando estuvieron frente a frente en el departamento de New York —la madre quiso estar también— desde el principio le puso las cosas en claro:

—Tony, no te pido que hagas una declaración que no puedas hacer, ni te pido que mientas ni que digas nada que no quieras decir. Ni siquiera es una declaración ante la policía o un juez dentro de un juicio. Precisamente eso es lo que no va a haber, porque no tiene por qué haber juicio porque no hubo ningún delito. ¿Está claro?

El chico asintió con la cabeza.

—Quiero que hagas lo que tienes que hacer. Ir al hospital, hablar con el viejo McConnell y decirle quién disparó. Sólo eso. Y el único que lo sabe eres tú. Porque él quiere acusar a Donald, y eso no es justo.

El chico volvió a asentir.

—¿Tú estarás ahí?

Hammett se volvió hacia Paulie Gerscher, luego otra vez hacia el chico:

—No. Preferiría no hacerlo. Puedes ir con tu madre —y ahí Hammett le guiñó un ojo—, o puedes ir solo, como el muchacho que ya eres, y nadie se enterará jamás, excepto tú y el viejo, de lo que hablen.

—Nunca hablé con él, Dash.

—Alguna vez tenía que ser. Imagínate, si quieres, que está Donald Poynton contigo.

—¿Dónde está?

—No lo sabemos. Nadie lo sabe.

—Está bien.

Paulie se puso de pie y fue a la cocina a buscar café; quedaron solos.

—Dash... No puedo darte eso todavía. Tendrás que esperar unos días más.

—Tú, tranquilo.

Esa misma tarde en el horario de visitas fueron en el coche de Paulie, dejaron a Tony Irongate en la puerta y una vez que el chico hubo entrado, Hammett quiso saber algo más:

—¿Cómo lo ves?

—Mejor. Pero tiene prohibidas las salidas. La semana próxima vuelve al colegio y comienza con un psicólogo.

—¿Él solo?

—¿Quieres un turno para ti? —replicó la *idishe mame*, invencible.

Hammett sonrió meneando la cabeza, le dio un beso en la mejilla y se bajó del coche. Cuando Paulie vio que él también subía las escalinatas, no pudo evitarlo:

—¿Vas a ver a Gus?

—Nunca lo sabrás —dijo él con su mejor sonrisa.

Y nunca lo supo.

La segunda vez que Hammett fue al hospital del condado fue con Sam Rosen, al día siguiente. En realidad fue Sam primero y después llegó él, una vez que el abogado hubiese hablado lo previsto y necesario con el viejo McConnell. Cuando Hammett entró, en el fin del horario de visitas, la habitación parecía superpoblada. Estaban la vetusta mujer y el hijo trajeado y

vigilante del viejo, uno a cada lado en la cabecera de la cama, y del otro lado, a los pies, una enfermera negra y robusta y Sam, que acababa de desperdigar teatralmente sobre la colcha, como en una lluvia de confeti, la declaración de McConnell destrozada minuciosamente por el jefe Thriller.

—Yo sólo le pido, señor McConnell —decía el abogado mientras se quitaba de la manga de la chaqueta algunos cuadraditos de papel—, que cuando salga de aquí, felizmente curado y repuesto en pocos días, tenga en cuenta dos cosas: por un lado, la vergonzosa arbitrariedad de la autoridad policial, que desestima sin leer y ante testigos calificados como el agente Morgan, dispuesto a testificar, una declaración formal autógrafa suya ante mí, por puro prejuicio y presunción, reduciéndola a basura, sin leerla. Y por otro —y ahí Sam Rosen puso su mano derecha sobre el hombro de la uniformada a su lado—, tenga en cuenta que si el desgraciado accidente no tuvo mayores consecuencias es porque hubo quien se ocupó de suministrarle con presteza, con sensibilidad y aptitud digna de un profesional los primeros auxilios. Ya la enfermera Reynolds le ha mostrado qué importante fue que le hicieran un improvisado torniquete, e incluso se ha tomado la molestia de ir al bote de basura a recuperar ese trozo de camisa que usted tiene ahora, sucio de sangre y barro, en su mano —y de verdad lo tenía el viejo, y lo miró, acaso emocionado—, que atestigua que hubo quien se rasgó la vestidura para que usted no se desangrara.

El nombre de Poynton no se había pronunciado en ningún momento. No era necesario. Tampoco había sido pertinente que fuera escrito ni aludido siquiera en la primitiva declaración que Rosen había conseguido arrancarle al conmocionado McConnell la primera noche: había bastado con que afirmara y firmara sin releer finamente que “había recibido un impacto de flecha sin poder determinar con absoluta certeza cómo se había producido el hecho”. No más que eso decía aquel papel —acaso o con seguridad legalmente inútil— que el jefe Thriller había desechado en un desprolijo gesto de arbitrariedad.

—De todos modos, presentaremos una demanda, abogado —dijo el trajeado en un raptó de celo filial—. Mi padre resultó herido y alguien deberá hacerse cargo de la reparaci3n del daño.

—Sugiere que sea el señor Irongate, dueño de casa? Qu hacía su padre all, junto a el? Fue el puro azar que lo eligió. Si bajo la lluvia, en una propiedad ajena, alguien recibe el impacto de un rayo o se le cae un árbol encima, a quién demandar...

—Ehhh... —la vacilante voz del hombre acostado pidi3o hacerse escuchar —: No demandar a mi amigo Gus, que vino hoy temprano a verme. Ya est arreglado eso. Los Irongate han sido siempre unos caballeros.

El viejo McConnell descubri3 a Hammett, que permanecía junto a la puerta:

—Y usted qué tiene que hacer acá? —dijo con mal talante.

—Me llamaron como testigo —dijo Hammett en tono reposado—. Estuve all, por si no lo recuerda. Soy el único que puede atestiguar el color de sus calzones, McConnell. Celestes. Se los vi cuando cortamos el pantal3n para sacarle ese dardo. Y estaban limpios. Es usted un viejo grun3n, pero reconozco que se port3 como un valiente.

—Canalla... —murmur3 la señora McConnell.

La enfermera Reynolds sonri3 mientras asentía.

—Además, tiene suerte: entrar en el Libro Guinness de los Récords — agreg3 Hammett—. Es el único herido de flecha del siglo XX en el estado de New York.

El viejo carcaje3 algo que podía ser una risa mal contenida y el dolor de la herida le tirone3. Se repuso y dijo:

—El chico de Gus... —se volvi3 hacia su hijo—. Sabes, Howard, el chico de Gus tiene los ojos de su abuelo, tal cual. Te dice algo, lo que sea, y t le crees. Como el viejo Harry Irongate... Ya ves, todos dicen que ese negro no s3lo no me dispar3 sino que casi le debo la vida.

—Papá...

—A partir de ahora usaremos el lago en común, como en los viejos tiempos.

Hammett pensó que acaso Gus había ido demasiado lejos, pero no dijo nada. Si hay algo que había aprendido trabajando para los perversos estudios, en Hollywood, era que los finales felices no se discuten.

Precisamente, a esa cualidad de cerrar situaciones complejas con arbitrarias pero saludables vueltas de tuerca, alguien —acaso Billy Wilder, un escéptico insospechable— había llamado “arte de ultimar”. Que él, Hammett, no pudiera, no supiera o no quisiera resolver una trama de esa manera en sus textos no quería decir que no las aceptara en su vida, o sobre todo en la de los otros. Ni Spade ni Nick Charles habían leído a Aristóteles ni sabían de catarsis o experiencia vicaria, pero él podía suponerlos —como él mismo— seguidores inconscientes de Schopenhauer.

A la salida del hospital, Sam Rosen se despidió con un beso de la enfermera Reynolds y volviéndose sonriente hacia Hammett le ofreció llevarlo a casa:

—Llévame a New York, mejor —dijo el hombre flaco sin entusiasmo—. Tengo que ir al colegio de Tony Irongate a hablar con un profesor que me conoce y que como todo el mundo, parece, escribe novelas policíacas. Pero él las publica, además. Voy preparado para lo peor.

—Todo sea por el chico.

—Todo sea... Pero más has hecho tú por él y por Donald con esa actuación ante el viejo McConnell.

—¿Te gustó? —Sam Rosen sonrió sin apartar la mirada del camino.

—Memorable, abogado. Tú sí que estás para el Guinness. “El fullero diplomado que ha transgredido más veces las leyes en 48 horas sin apartarse ni un centímetro de la ética que impone la defensa de las causas justas”.

—Suena a elogio.

—Lo es. ¿Cuánto te costó la enfermera Reynolds?

Sam Rosen frunció el entrecejo:

—Nada, es una amiga.

—Yo no estuve en el lugar de los hechos sólo para mirar los calzoncillos del viejo McConnell —prosiguió Hammett sin énfasis alguno—. La camisa de Donald era a cuadros, no a rayas... Y si a alguno se le ocurriera analizar la composición del barro...

—Detalles —argumentó el abogado meneando la cabeza—. Lo que importa es la sangre, Dash, lo más fácil de conseguir en un hospital... Y era sangre suya, te aseguro.

—No lo dudo. Supongo que tu amiga Reynolds la habrá obtenido de los colmillos de los chupasangre de la administración.

—No me consta —puntualizó Rosen sin dejar de sonreír—. A propósito: ¿quién pagará la internación?

—Gus, supongo. Después de que hablé con él, milagrosamente se destrabaron los problemas bancarios y hay acuerdo de firmas con Paulie para utilizar la cuenta.

—¿Se van a separar?

—No sé, tal vez sí. Los únicos que no pueden separarse son los gemelos siameses unidos por el corazón, el cerebro o la médula espinal.

—Y en este caso...

—Puede que sean almas gemelas pero los cuerpos están sólo unidos por las uñas.

—Es muy bueno eso. Y muy cruel. ¿Es tuyo?

—Supongo, como diría Poynton. Y ojalá lo sea; pero nunca he vivido (literariamente, quiero decir) de las imágenes y comparaciones ingeniosas. Chandler sí ha hecho un arte de eso. Para describir un buen puñetazo, dice: “Le pegó con la fuerza y la furia con que descargó el golpe de martillo el operario que clavó el remache final que fijó el último riel del Transiberiano”. No siempre es tan bueno, claro.

—No se puede.

—Pero se debe intentar.

Después de un momento Rosen encendió la radio del coche y escucharon el extenso Reporter Esso en silencio y hasta el final.

—¿Sin noticias de Poynton? —dijo Hammett bajando el volumen—. Le dije que te buscara.

Rosen meneó la cabeza.

—Nada de nada. Pero ya fui un par de veces a la morgue central —Hammett hizo un gesto de desagrado—. Tengo un amigo allí, Dash. Le pedí que me avisara por los negros NN. No puedo decirte las veces que me llamó en menos de una semana.

—¿Piensas que...?

—Pensemos mal: el jefe Thriller se quedó sin caso. No hay ni habrá ya denuncia en firme ni cargos graves que justifiquen el pedido de captura de Donald. Si lo encuentran no van a perder tiempo en detenerlo para tener que soltarlo a las tres horas... Ahorrarían papeleo, como suelen hacer. Por si acaso, preparé un hábeas corpus.

—Entiendo. Pero tampoco habló con Linda o al menos ella no lo admitió. Tal vez nos miente, porque se la ve curiosamente tranquila. Pero si no es así, debe estar pasándola mal...

Rosen lo miró de reojo, sonrió enigmáticamente:

—Le preguntaron a un judío qué pasaría si de pronto Jesucristo volviera y comenzara a predicar por las calles de New York. “Desnudo y sin documentos no llegaría muy lejos”, dijo el judío. Lo contaba mi padre, hombre de sinagoga.

—Estoy rodeado —dijo Hammett seriamente.

—¿Quién te rodea?

—La sabia, terrible judería. El humor judío es una de las manifestaciones más puras de la sabiduría humana. Incluso Paulie Gerscher lo practica, sin

saberlo acaso.

Y le contó, con el mínimo pudor y ningún énfasis, algunos de los momentos más grotescos de su intercambio de golpes e ironías feroces con la madre de Tony, relato que el abogado disfrutó doblemente en diferido.

Entraban ya en Manhattan cuando Sam Rosen, como si cumpliera con una agenda exhaustiva de cuestiones que no podía soslayar, sacó de últimas, cautelosamente, el tema de Nell Martin. Hammett notó cierto modo elíptico o exceso de cuidado en la referencia:

—¿Son muy desagradables las novedades? —dijo.

—No. No necesariamente, quiero decir. Depende de qué esperes.

—No espero nada.

—Mejor, entonces. Hablé con el doctor Leggett y ella está bajo control, medicada.

—¿Diagnóstico?

—Tuvo lo que llaman clínicamente un brote psicótico, Dash. No entendí bien, pero eso trae pérdida del sentido de realidad, paranoia...

—¿Y entonces?

—No obstante su estado, fue o la llevaron a la policía, hizo una primera declaración con el abogado que le pusieron de oficio, y la dejaron ir. Está internada con custodia.

—¿Qué declaró? ¿Repitió la historia del cautiverio, del secuestro de Dickinson y los veinte mil dólares de la herencia Boyer?

—No lo sé. Frisson está siguiendo el caso y parece que si bien Nell heredó algún dinero, el que heredó fuerte de la tía vieja fue el finado Ashley, bastante efectivo y títulos, además del departamento de Purple St., en Brooklyn. Va a haber un careo de Nell con Irma, a la que ahora dicen que no han soltado, para confrontar versiones.

—¿Versiones?

—El pequeño Phil Frisson, que ya sé que no es brillante pero camina la calle hace mucho, tenía su teoría y parece haberla confirmado. ¿Te acuerdas de que especulábamos acerca de quiénes se habían juntado con quiénes contra quién? Era sólo cuestión de armar las parejas: Nell, Irma, Ashley, Fanesi... La pareja resultó ser la menos prevista.

—No me digas que...

—Sí.

Hammett meneó la cabeza, se volvió hacia Rosen:

—Conozco a esa chica, Sam. Estuve ahí. Es una hembra, ¿sabes? Y tu Frisson es un reprimido masturbador habitual que terminará chupándola en los servicios del subterráneo o debajo del puente, si no lo hace ya...

El abogado no le hizo caso:

—No sé qué hace Frisson fuera del horario de trabajo, Dash; pero todo indica que eran las chicas las que se entendían —y aquí hizo una pausa, como quien pone una primera premisa antes de seguir razonando—. Es cierto que en el principio de todo Ashley abusó de Irma o al revés, o eran amantes o ambas cosas, y que Nell los sorprendió.

—Así me lo contó ella misma.

—¿Y no te extrañó que cuando se separaron se fuera sólo él, y que no la echara a ella? Nell y la muchacha se entendían desde esa época y se convirtieron en amantes en el tiempo en que ella estuvo separada de Dickinson... Y cuando él volvió, ahora con dinero heredado, y se mudaron a Brooklyn, fue un juego de fulleros: él pretendía seguir siendo el cómodo rey del gallinero, pero las chicas planearon sacarlo del medio y quedarse con todo. Así, Irma retomó relaciones y fingió que se iría con él. Se veían en la casa de Queens y le propuso a Dickinson que fraguaran un secuestro (autosecuestro, en realidad) que justificara la entrega del dinero. Después de unos días de cautiverio él sospechó algo y, al intentar huir, se les murió.

—¿Y entonces?

—Una vez que tuvieron la coartada para hacer desaparecer el dinero y casualmente, sin costo adicional, a Dickinson muerto, se pelearon entre ellas. Seguramente Irma quiso quedarse con todo y parece ser cierto que golpeó a Nell; pero el episodio del piano debe ser anterior, de la época en que vivían en Manhattan. Nell mezcló todo en su fabulación y agregó un hombre involucrado para desviar la atención hacia Irma y alguien más, para que no se revelara que eran ellas dos solas... ¿Se entiende?

—Sí, pero es muy rebuscado, no demasiado verosímil.

Sam Rosen no dijo nada. Sólo sonrió.

—¿Qué pasa, de qué te ríes?

—Nada, Dash, nada... Pero me extraña ese comentario en alguien que escribió alguna vez *The Thin Man*.

—¿Qué quieres decir?

—Sobre lo verosímil.

—Tú lo dijiste: habíamos quedado en que dos locas eran muchas para una sola historia.

—Bien: sólo hay una desequilibrada, Nell. Irma está perfectamente cuerda, parece ser. Sólo que habla mal inglés, tú sabes, y todos repiten eso de ella. Ya la viste en acción. Y entre nosotros, culturalmente digamos, los extranjeros o los que no hablan inglés son sospechosos de maldad, estupidez o irracionalidad. Es un clásico: cómo los pieles rojas podrían ser una civilización con sus valores y una concepción del mundo sensible e inteligente si sólo gritan y dicen “¡Hugh!”.

Hammett se quedó callado, mirando por la ventanilla el tránsito de la ciudad.

—Una vez le pregunté a Raymond... —dijo de pronto.

—¿Raymond? ¿Raymond Chandler?

—No, Alex Raymond, el dibujante, el autor de *Flash Gordon*, con el que

trabajé en *X9 Agente Secreto* —explicó volviéndose—. Le pregunté cómo se habían planteado el problema de la comunicación, del idioma, cuando Flash, Zarkov y Dale Arden llegan al planeta Mongo. Ningún problema, me dijo: el de Ming era un imperio, una civilización poderosa; era natural, a nadie le extrañó que hablaran en inglés.

—Y si no lo hablan son bárbaros, eso lo aprendimos de los romanos.

—¿O eran los griegos?

—No sé. De todos modos, Roma nos calza mejor.

En ese momento pasaban a la sombra del Empire State Building, pero no hubo comentarios. Hubiera sido demasiado.

Atravesaron el centro de Manhattan y diez minutos después el panorama ya era otro. No era un barrio marginal ni un ghetto, pero a medida que se aproximaban a la dirección apuntada por Hammett, Sam Rosen notó que en las calles había cada vez menos árboles y menos policías, y que aumentaba el número de gente ociosa y de cubos de basura a la espera de recolectores remisos. Finalmente se detuvieron a mitad de una calle en parte entorpecida por media docena de motos dispuestas en forma perpendicular al borde de la acera. Los jóvenes motociclistas, chaqueta de cuero, la gorra de visera ladeada y las mochilas al hombro o colgadas del manillar de la moto, fumaban y hacían tiempo junto a sus chicas.

Hammett descendió del coche.

—Buena suerte, Dash —dijo Rosen.

—La necesitaré. Estaré en el Derby más tarde.

El *college* al que asistía Tony Irongate era un edificio de cemento, grande, nuevo y sin gracia, con las paredes y ventanas penosamente maltratadas. Probablemente, el precoz deterioro o mero desaliño era resultado de la saña difusa de muchos de los jóvenes que se diseminaban en la entrada y los

alrededores; acaso contribuyera también a ese estado de cosas —alcanzó a intuir Hammett— la desidia o la impotencia de algunos de los formales adultos que entraban o salían por la puerta principal como fugitivos, libros y papeles en mano, la cabeza gacha o la vista fija al frente, esquivando con dificultad a los estudiantes diseminados en la escalinata de acceso.

Hammett recorrió un par de pasillos atestados sin que nadie lo interceptara. Era la hora de cambio de turno, al mediodía, y en la oficina de la Secretaría Académica una joven de pelo recogido que bebía gaseosa de una pajita fue quien le indicó dónde encontrar a quien buscaba.

—El profesor Lombino comienza su curso en quince minutos —pareció advertirle.

—Lo sé, y me espera.

—Aula 105.

Era en la primera planta. Hammett fue recorriendo puertas sucesivas hasta llegar a la que tenía el número correspondiente pintado en el vidrio. Se asomó e inmediatamente reconoció, recordó al personaje.

El profesor Lombino, sin corbata y con chaqueta deportiva, sentado informalmente en el borde de su escritorio, dialogaba distendido con dos alumnas —una negra y una blanca— ubicadas de espaldas a la puerta, con el cabello sujeto con cintas; una llevaba anteojos, ambas faldas de colores y zoquetes claros para zapatos sin taco. Lombino hablaba y las chicas asentían mientras apretaban sendas carpetas contra sus pechos planos.

Hammett golpeó discretamente; el profesor alzó la cabeza, lo vio a través del vidrio de la puerta y le sonrió. Inmediatamente despidió a las estudiantes, que se cruzaron con el hombre flaco que entraba.

—Un honor, señor Hammett.

La mano vigorosa con el dorso algo tostado correspondía —como el rostro joven, moreno y con el cabello sobre la frente pero curtido y con arrugas— a un hombre de poco más de treinta años que podría suponerse pasaba más

tiempo a la intemperie que sentado detrás de un escritorio o ante una máquina de escribir.

—¿Me recuerda ahora? —dijo Lombino, consciente de ser observado—. El gestor de aquella antología que no pudo ser...

—Perfectamente —dijo Hammett—. En aquella frustrante reunión estaba también Fredric Brown, al que conocí entonces. Y William Irish, que yo creí que no existía.

—¿Cómo que no existía?

—Siempre creí que el verdadero era Cornell Woolrich.

—¿Y no era o no es así?

Hammett se permitió aceptar su equívoco:

—Ya no lo sé, puedo estar confundido.

—Lo importante es que lo sepa él, ¿no? —dijo Lombino, jovial—. Vea mi caso: acabo de publicar mi tercera novela y por fin aprendí. Supe, casi desde el principio, para bien o para mal, que tendría que usar un seudónimo: con mi nombre y apellido, Salvatore Lombino, nadie me aceptaría como un escritor de ficciones, alguien, digamos, culto; de un italoamericano sólo cabe esperar que escriba recetarios de comida italiana.

—O las confesiones apócrifas de un mafioso —propuso Hammett.

—Lo tendré en cuenta, si llega el caso —aprobó el profesor con una sonrisa—. Pero por ahora seguiré con el seudónimo. Me va bien con él.

—¿Cómo firma el Lombino autor?

Por toda respuesta el joven profesor abrió su carpeta y extrajo un libro, un *paperback* de portada colorida, y se lo alcanzó:

—Para usted, modestamente.

Hammett leyó: *The Blackboard Jungle*, por Evan Hunter. “Una novela sobre la delincuencia juvenil”. Se detuvo unos momentos en los jóvenes amenazantes de la portada, versión algo estereotipada de algunos de los variopintos individuos con los que se había cruzado en la acera y los pasillos que acababa

de recorrer. En la primera página encontró la dedicatoria manuscrita: “Para Dashiell Hammett, maestro”. Se guardó el pequeño ejemplar en el bolsillo de la chaqueta y dijo:

—Gracias... ¿Cómo debo llamarte? —y el tuteo fluyó natural.

—Evan, o Hunter, que es por el Hunter College; me formé allí. Mis personajes tal vez no hayan tenido esa suerte.

Hammett asintió. Volvió a sacar el libro:

—La alusión a *The Asphalt Jungle* es eficaz, Hunter. Es una buena novela esa; aunque acaso la película haya sido mejor... Huston fue aprendiendo.

—Seguramente, como todos.

—Y William Burnett también, pese a su excesivo profesionalismo de escritor todoterreno. *High Sierra* es buena, incluso algo como *The Little Caesar* ya estaba bien...

—Ésa es de su época, maestro.

—Sí. Entonces los *gangsters* estaban todo el tiempo en los titulares de los diarios, como ahora les toca a estos muchachitos con cara y pose de malos de los que te ocupas —Hammett hizo una pausa—. Porque realmente te preocupas por ellos, ¿no?

—Sí, primero fueron una preocupación en el trabajo diario, y sólo después un tema del que me ocupé en la novela —afirmó Evan Hunter con convicción—. La situación es complicada para todos. Y en el caso de Tony Irongate, particularmente...

—¿Éste es su curso?

—Sí, en el turno vespertino.

—Tony es un chico al que quiero mucho.

—Y él también a usted, y lo admira. Le agradezco que se haya tomado el trabajo de venir. Tony es, cómo decirlo... de muy buena madera.

—Lo sé —Hammett paseó su mirada por las dos o tres docenas de pupitres—. Y a propósito, ¿dónde dejó su grabado original?

Hunter sonrió:

—Puede ser en cualquiera —dijo con gesto amplio—. Si se asoma a esos tableros, hay marcas, consignas y declaraciones para todos los gustos.

El hombre flaco pareció dispuesto a hacerlo. Bajó de la tarima en la que estaban conversando, se sentó en uno de los pupitres de la primera fila y pasó el dedo por la superficie rugosa, surcada por múltiples cortes:

—¿Por qué querías verme?

—No por eso, claro.

Hunter dio la vuelta a la tarima, se inclinó y levantó del piso la maleta que depositó sobre el escritorio.

—¿Esto es suyo?

Hammett la reconoció al instante:

—Sí. ¿Dónde estaba?

—En el casillero de Tony.

—¿Sabes qué contiene?

—Sí, y por eso lo llamé.

—¿Él está enterado de esto? —Hammett hablaba sin levantarse.

—No aún, pero debe sospecharlo y no lo sorprenderá. Son las reglas: los casilleros no son recintos inviolables. Y él, por su conducta, por la cuestión de la navaja, su navaja, quedó expuesto a inspección.

—Entiendo.

El hombre flaco se acercó a la maleta, aflojó la correa y la abrió. Curioseó en la superficie como reconociendo el contenido, extrajo un papel, lo leyó un par de veces y se lo guardó en el bolsillo. Volvió a cerrarla.

—¿Todo en orden?

—Sí, creo que sí.

—Supongo que ese material tiene mucho valor, no sólo para usted sino para cualquiera.

—Si estás pensando en un robo, no sigas esa pista, Hunter —dijo Hammett

apuntándole con el índice—. Había y hay todavía, vigente, un acuerdo de caballeros entre Tony y yo. Digamos que él tenía este material en custodia hasta que yo hiciera mi parte. Y recién ahora lo hice. Supongo que eligió este lugar o escondite porque lo consideraba más seguro. En fin... no resultó. Te agradezco que me hayas avisado.

Salvatore Lombino, alias Evan Hunter, sonrió mientras sonaba un timbre lejano. En pocos momentos comenzarían a llegar los primeros estudiantes.

—No fue fácil —admitió con displicente sinceridad—. En varios momentos estuve a punto de quedarme con algunas cosas... Pero creo que, estoy casi seguro, las devolví todas —sonrió más ampliamente—. Me contuve pensando que podría haber textos o ideas que estaría utilizando en lo que piensa escribir o está escribiendo ahora, maestro.

Hammett empuñó la manija de la maleta.

—Te veo venir, Hunter; y sé que no me necesitas. Te apuesto a que tú sacarás una docena de títulos antes de que yo, si puedo o quiero, llegue a publicar algo. Alguna vez, a tu edad, escribí cinco novelas en poco más de cinco años. Pero todo indica que lo mío, a esta altura, serán los fragmentos póstumos.

—No lo diga. Tal vez no pudo seguir a ese ritmo porque quedaba muy expuesto; los autores demasiado prolíficos son sospechosos de improvisación y voracidad. Los seudónimos sirven, a veces, para atenuar o enmascarar esa capacidad productiva.

—O las contradicciones, o el oportunismo —completó Hammett—. Con un nombre puedes opinar con cierta rigidez moral y defender el buen sentido burgués, y con otro firmar pornografía.

Evan Hunter rió francamente:

—No tanto, pero sé que cuando termine la novela que estoy escribiendo sobre un precinto y su plantel de policías no la firmará Hunter. Soy otro, ahí.

Hammett se acercó y volvió a apuntarle con el índice:

—Si vas a escribir desde el punto de vista de la policía, los británicos son más creíbles; por Scotland Yard y todo eso. Así que elige un nombre con cierto toque *british*, escocés o irlandés, suele quedar elegante. Algún Mac...

—Mac Donald hay varios buenos, McCoy también, y ése es verdadero.

—Mientras no sea McConnell —Hammett meneó la cabeza—. Me traería malos recuerdos.

En ese momento comenzaron a entrar los primeros alumnos. Hammett le extendió la mano y el profesor Lombino la estrechó:

—Me gustaría saber qué opina de mi novela.

—Claro. Suerte en la jungla, cazador —dijo Hammett.

Y salió, maleta en mano, a contracorriente de las fieras.

Cuando llegó al Derby aún faltaban diez minutos para las dos de la tarde y la barra estaba más poblada que las mesas. Un vistazo somero le sirvió para comprobar que el señor Fanesi no había llegado aún. Bunny le hizo un gesto y Hammett se acercó al extremo más lejano del mostrador.

—Te llamó Sam Rosen hace un rato. Dijo que volverá a hacerlo.

—¿Te dijo dónde estaba?

—No. ¿Qué tienes ahí? —el barman señaló la maleta—. Basta de tráfico de armas, Dash...

—Tranquilo. Es otra cosa.

—¿Te echaron de casa?

—Eso la semana próxima. Dame un par de monedas y prepárame un café, Bunny.

Hammett fue a la cabina telefónica y llamó a la oficina de Rosen.

Atendió el joven Frisson:

—Sam no está, señor Hammett, lo llamaron de la morgue por un NN —y aquí hizo una pausa—. Parece que esta vez sí.

—¿Sí qué? —se exasperó Hammett; el estilo del ayudante de su abogado lo sacaba de las casillas.

—Que Sam cree que puede ser Donald Poynton, señor Hammett.

—¿Cree?

—Así dijo, señor Hammett. Supongo que querrá que usted vaya a...

—Tú... Tú también supones demasiado, Frisson —Hammett sintió que se ahogaba—. Cuando termine esta cuestión tú y yo tendremos que hablar de eso.

—¿De qué, señor Hammett?

—Olvidalo. Dile a Sam que estoy en el Derby.

—¿Qué es el Derby, señor Hammett?

Colgó.

Sintió una poderosa opresión en el pecho y se apoyó un momento en la pared de la cabina. Tardó un par de minutos en recuperar la respiración normal. Después, literalmente se arrastró hasta el reservado más cercano, tirando de la maleta como un presidiario de su bola de hierro. Se sentó y la puso entre su cuerpo y la pared.

Cuando Bunny trajo el café le pidió un vaso de agua y se tragó un par de pastillas de las que solían sacarlo de estos trances.

—Pásamelo a Rosen, cuando llame —dijo apoyando el vaso vacío; y después, sin transición—: ¿La morgue es lejos de aquí?

Bunny frunció el entrecejo:

—¿Tan mal te sientes?

No llegó a contestar. La mejor versión posible del señor Fanesi avanzaba desde la puerta de entrada directamente hacia él. Con un movimiento corto, veloz, casi instintivo, el hombre flaco dejó caer la maleta, del asiento al suelo, bajo la mesa, y la empujó contra la pared, fuera de toda posibilidad de contacto visual.

El joven argentino llegaba con la actitud indefinible de alguien que está haciendo escala, que va de paso. No era algo que pudiera detectarse en la

velocidad de sus desplazamientos ni en la indumentaria sino en el exceso de energía amistosa acumulada en los primeros instantes de contacto y en la manera de dejarse caer en el asiento frente a él, como quien descansa de lo que pasó pero a la vez se apura para reponerse y estar listo para volver a partir. Es decir: nada finalizaba en ese encuentro; acaso empezaría algo después, pero lo más probable es que todo lo que sucediese fuese una transición explicativa. Algo así.

—Dash, ¿sólo nosotros? —dijo al extenderle la mano.

—Que yo sepa.

—Porque espero a alguien —miró su reloj excesivo—. Se demorará unos minutos.

Hammett no condescendió a preguntarle nada al respecto. Se dedicó a observarlo con la mirada vacía.

—Tal vez ésta sea la última vez que nos veamos por mucho tiempo —dijo Fanesi ante el hueco de silencio—. Tengo que viajar a Argentina con cierta urgencia y casi le diría que para mí es un privilegio hoy, y será un recuerdo imborrable en el futuro, el hecho de que las imágenes postreras que me lleve de New York sean las de este encuentro.

—¿Qué es lo que se lo lleva? ¿Cuestiones de negocios, asuntos familiares? —dijo distraídamente Hammett mirando hacia la barra, Bunny y el teléfono.

—Digamos que un asunto familiar me trajo a los Estados Unidos y los negocios me reclaman un viaje a casa. Sin embargo, soy consciente de que, como aquel que al irse apresuradamente cierra armarios y cajones sin ordenar su contenido, deja restos de alimentos en el refrigerador o la alacena para un consumo en improbable diferido, hay cuestiones que quisiera poder, si no dilucidar, al menos esclarecer en parte o dejar tendidas líneas de probable justa resolución. Hay gente involucrada que no merece más sinsabores.

—¿Quién, por ejemplo?

—En principio, nuestra común amiga Nell Martin, Dash. Cuando fui a la

oficina de su abogado se produjeron una serie de pequeños sucesos para mí muy reveladores e inquietantes a la vez. Nosotros sólo pudimos hablar por teléfono y acaso haya tenido una versión parcializada y falaz de mi comportamiento. ¿Cómo está ella ahora, y con quién?

—Por lo que sé, sigue estable y bajo control psiquiátrico, con custodia policial. Incluso fue a declarar; es probable que haya un careo con su amiga Irma —dijo Hammett con explícito desgano—. Pero de eso usted sabe mucho más que yo, Fanesi. Y debería hablarme de eso antes de divagar y divagar...

El señor Fanesi consultó su reloj:

—Seré breve, Dash.

—No lo creo.

—Se lo digo en dos palabras: Frisson miente.

El hombre flaco recompuso su atención:

—Eso es ser breve. Y me gustó oír eso. ¿En qué miente Frisson?

—Le escuché, casi de casualidad, formular la idea de que ellas, Irma y Nell, eran amantes y de ahí, dedujo apresuradamente, socias para el crimen...

—el señor Fanesi meneó la cabeza—. Sé que no es cierto.

—¿Lo sabe?

—Lo sé, y no porque lo haya investigado —se disculpó el argentino con inédita soltura—. Pero confieso que he leído, y como lector que soy puedo o suelo fantasear o mentir o aventurar, pero sobre todo sé reconocer el relato que está por debajo de cada relato. Ése es mi saber.

—No entiendo. Y recuerde que dijo que sería breve.

—Frisson tiene una mente oscura y perversa, Dash —Fanesi se echó hacia adelante, se inclinó sobre la mesa del reservado—. Y esto no es Boileau-Narcejac; no es un tema, un triángulo francés. Además, estas dos mujeres no dan el *casting* para *las diabólicas* porque Dickinson no tiene entidad para justificar semejante complot —y ahí su cuidada elocuencia se detuvo—: perdón, ¿sabe de qué le estoy hablando? ¿Se acuerda de *Celle qui n'était*

*plus?*

—No leo muy bien francés —admitió el hombre flaco, agobiado.

—Hay traducción de este año: *The Woman Who Was no More*, “La que no existía”.

Hammett frunció el entrecejo y quiso confirmar lo que había oído:

—¿Usted cree que Frisson supone la complicidad de las mujeres sólo porque leyó una novela de Boileau-Narcejac?

—Sí señor. Más aún: sepa que yo mismo estoy aquí porque, y sólo porque, leí *El halcón maltés*.

El hombre flaco hizo un gesto de fastidio y echó un nuevo vistazo a Bunny:

—Ya hablamos de eso. Ha leído demasiado, Fanesi.

—Acaso no lo suficiente, Dash.

—Preferiría que siga con sus intuiciones respecto de Frisson. ¿Tiene algo más consistente contra él?

—Me aclaro: el perverso dice eso de las afinidades electivas femeninas “porque” leyó la novela y de ahí saca su argumento; pero no lo cree, Dash. Y tampoco es un puro capricho. Sólo lo usa para desviar la atención de lo que realmente sabe que sucedió —el señor Fanesi pareció llegar al centro de su razonamiento—. Irma no le disparó sólo porque lo reconoció como el tipo que vigilaba la casa. Ella entró en pánico porque pensó que la había traicionado.

—¿Una infidencia, hubo algo que ella le contó?

Fanesi negó con la cabeza.

—¿Más que eso? ¿Una riña de cómplices? —aventuró Hammett.

Fanesi asintió, pero dejó el interrogante:

—No tengo cómo probarlo. No entendí en principio por qué lo hacía Frisson; supuse que estaba protegiendo a alguien, a un tercero masculino.

—Interesante categoría.

—Por eso, por las dudas, cuando me lo llevé conmigo de la oficina de Rosen lo amenacé duramente para que me soltara de quién se trataba. Me dijo,

tartamudeando, que en última instancia su teoría desviaba las sospechas sobre todo de mí, que su hipótesis me favorecía...

—¿Y no es cierto eso?

El señor Fanesi no contestó directamente:

—Por toda respuesta le puse el revólver acá —se apoyó el índice bajo la nariz— y le informé que en el caso de que, por su culpa, le pasara algo a Nell o a cualquiera de las dos, yo —gatilló con el índice— le volaba la cabeza.

—Caballero andante.

—No necesariamente. Pero, en cierto modo, me debo a esas damas, Dash.

—Culpas de seductor —lo acompañó Hammett—. Por favores recibidos.

El joven señor Fanesi se echó hacia atrás y Hammett supo de pronto a quién le recordaba: era Dan Duryea en aquella película de Fritz Lang, el novio chulo de Joan Bennett, los que se aprovechaban de Edward Robinson, el trágico cajero, pintor y enamorado.

—No es el caso —dijo el joven argentino como si le adivinase el pensamiento—. Fui hacia ellas con intereses precisos, es cierto, pero lo único que les saqué fue lo mejor o lo único que tenían.

—¿Les sacó?

—Les hice que sacaran, Dash. En el caso de Nell, cuando la conocí, buscándolo a usted, es cierto, ella se había resignado junto a un tipo mediocre, había dejado de escribir. Y volvió a hacerlo gracias a mí.

—Me contó de una supuesta revista, de una novela corta que tenía...

Fanesi levantó las cejas:

—Media novela corta, en realidad. Cuando yo le conté la secuela de Flitcraft, fusionamos las historias.

Hammett asintió, creía empezar a entender:

—“Fusionamos” se refiere a toda la secuencia de Landucci y la prima o tía, esa Patty Moth del final.

—Esa historia es de ella, de Nell. Ella la tenía y yo le sugerí...

—¿Entonces la escritura de *La mano y el puño* ni siquiera es suya?

—Técnicamente, no. Pero sí la idea... Y le pagué, claro. Pero en el momento yo no podía admitirlo ante usted, Dash, sin ponerme en evidencia, decirle que conocía a Nell.

—Porque su verdadera intención era...

—Que usted me hablara de Flitcraft.

Hammett lo miró en silencio.

—Por eso llevé a Irma con el libreto que recitó, lo que tenía que decir: “Soy la hija de Charles Pierce”, “Soy la hija de Charles Pierce”...

El hombre flaco siguió sin pronunciar palabra, se volvió por un momento al mostrador y retornó a Fanesi:

—Está loco —le dijo seriamente—. ¿Lo sabe?

—Todo tiene su coherencia, Dash, no crea —argumentó el otro, imperturbable—. Buscando huellas de Flitcraft encontré a esta chica un poco disminuida, si se quiere, en Montana, hija de un Charles Pierce que había muerto quemado, en apariencia por una venganza... Bien podía ser. Huérfana, me la traje conmigo. Y lo único que le pedí fue que representara el papel de Daisy ante usted.

—Todo mentira.

—Sólo los detalles. A veces hay que fabricar una prueba falsa para revelar una verdad genuina pero indemostrable.

—El efecto “Humo”.

—¿Qué?

—Me extraña, prolijo lector: Faulkner, *Gambito de caballo*.

Hammett recordó una larga conversación de casi veinte años atrás, con una botella de Jack Daniels de por medio, en la que Bill Faulkner había puntualizado la diferencia entre verdad y evidencia, una argumentación en la que podrían haber cabido ejemplos diversos, del viejo Tomás de Aquino a la inmediata enfermera Reynolds. Pero ahí estaba el joven argentino, nunca más

cerca de un Dan Duryea a la defensiva.

—¿Y usted qué verdad quería demostrarme? —lo apuró Hammett.

Por toda respuesta, el señor Fanesi extrajo una vez más del bolsillo superior de su chaqueta —como si fuera un gesto ritual de iniciación ceremonial inevitable— su consabida tarjeta de presentación, la depositó frente a Hammett y leyó en voz alta:

—“Roberto P. Fanesi” —alzó la mirada—. ¿Sabe qué es esa “P”, querido Dash?

Hammett meneó la cabeza y desvió después la mirada a la barra, sin novedad.

—“P” de “Pierce” —dijo el señor Fanesi, ajeno a su indiferencia—. Éste soy yo, Dash: Robert Pierce, hijo de Charles Pierce, nacido en Rosario, República Argentina, en 1924. ¿Se da cuenta de lo que le estoy hablando?

El hombre flaco asintió:

—Leí *La mano y el puño*, y me resultó ingenioso, señor Fanesi o Pierce Fanesi o Pierce solo. Pero ya hablamos de eso: a partir de cierta recurrencia de apellidos usted supone demasiado. Ni la estadística ni la coincidencia dan razones o derechos.

El joven Fanesi parpadeó, pareció derrotado por un momento, hasta que volvió a argumentar:

—Además, está el cuento.

—¿Qué cuento?

—No puede negármelo. La primera versión de *El camino de regreso*, que sucede allá. Leí ese relato, que estaba entre sus originales, en casa de Nell, pero después desapareció junto con la maleta.

Hammett recordó aquella primera charla con Tulip, el viejo original tipeado que el coronel dijo que le había dado un joven que no era otro que este ubicuo Fanesi.

—No sé adónde quiere llegar —dijo, y calló el dato y las circunstancias

que habían hecho que aquellas viejas hojas estuvieran ahora en su poder.

—¿Recuerda la historia de la persecución hasta el otro lado del mundo, Dash? —ahora el señor Fanesi se inclinaba hacia él sobre la mesa del reservado, bajaba la voz con intención persuasiva—. ¿Qué fugitivo conoció o confesó en su época de la Pinkerton? ¿Quién le habló sobre el Paraná, sobre Formosa, los yacarés en el río, el puerto de Rosario...?

—Hace muchos años de eso...

—¿No fue Flitcraft, no fue Pierce? —el señor Fanesi volvió a echarse teatralmente hacia atrás—: ¿No fue mi padre, Dash?

El hombre flaco quedó por un momento mudo ante el espectáculo patético de una expectativa desmesurada.

De repente, salido de la nada, apareció Bunny junto a la mesa:

—Dash, te llama Sam Rosen.

Hammett lo miró como si volviera de muy lejos, murmuró “gracias”, se levantó de la mesa sin explicación alguna y caminó apresurado hasta el teléfono descolgado en el extremo de la barra.

—¿Qué pasa, Sam?

—Estoy en la morgue.

—Lo sé. ¿Es Poynton?

Había ruidos, rumores en la línea.

—Lo sacaron del Hudson. Parece que sí.

—¿Cómo “parece”?

—Lo siento, pero no estoy seguro, Dash. No lo vi tantas veces, y el agua lo ha...

—¿Pero es o no es él? —se ofuscó Hammett—. No me vengas con que todos los negros son iguales; los chinos, tal vez. ¿Voy para allá?

Sam Rosen no contestó de inmediato. Alguien, junto a él, algo le decía.

—¿Sam! —insistió Hammett sin obtener respuesta. Seguían los ruidos.

Giró la mirada hacia el reservado y comprobó que el señor Fanesi había

desaparecido.

—Esto que estoy haciendo es ilegal, Dash —dijo Sam, volviendo y en voz baja—. Un favor. Me lo muestran antes de que llegue la policía. Si no lo identificamos, si no damos respuesta ya, no lo podremos ver de nuevo ni reclamarlo. Y yo no sé, está deformado por el agua...

—No digas nada, entonces. Espérame que voy para allá... —Hammett se interrumpió—. O no, mejor diles...

El señor Fanesi volvía a entrar, en ese momento, al Derby. Detrás de él, trajeado y elegante como el Mono Gatica, caminaba elástico —como si marchara entre las filas del *ringside* hacia el iluminado cuadrilátero— un sonriente Donald Poynton que lo saludaba con la mano en alto.

—¿Qué pasa, Dash?

—No les digas nada... —dijo Hammett con un suspiro, contestando el saludo—. O sí, pensándolo bien: diles que sí, que es él, que el muerto es Donald Poynton, que no lo busquen más. Será lo mejor, porque este negro irresponsable acaba de entrar al Derby, Sam.

—¿Cómo?

Se lo repitió y Sam Rosen dio un silbido:

—Gracias a Dios.

—Ya veremos el papel del Supremo en todo esto —dijo Hammett mientras Fanesi y Poynton se instalaban en el reservado—. Aunque como siempre habrá que estar atentos a los detalles.

—Pero Donald está vivo.

—Casi te diría que demasiado. Las experiencias límite pueden servir para ponerte de nuevo en eje o para replantearte toda tu vida —Hammett observó por unos instantes la animada conversación que no llegaba a oír; se detuvo en el joven Fanesi, que cada tanto giraba la cabeza hacia él—. Pero además hay otra cosa, Sam —dijo—, y escúchame bien.

—¿Qué otra cosa?

—Se trata de Nell. O no, mejor: tiene que ver con Phil Frisson.

Cuando después de diez minutos Hammett volvió al reservado, el señor Fanesi y Donald Poynton daban cuenta apresurada de sendas hamburguesas con queso y jamón ante un par de porrones de cerveza helada.

Sin mediar palabra, Hammett se acercó a Donald y lo abrazó estrechándolo torpemente sin darle tiempo a levantarse; después se sentó a su lado y le informó sobre la situación de McConnell, Tony, Gus y demás implicados.

—No hay cargos, Donald —le resumió.

—Yo me voy igual, señor Hammett —dijo Poynton con alegre determinación.

Hammett aprobó con la cabeza y palpó admirado, entre dos dedos, la textura de la solapa de su gruesa chaqueta:

—Pareces Miles Davis en París, en la gira con la orquesta de Dameron — se volvió hacia Fanesi—. ¿Se van juntos?

—Me lo llevo. Pero no necesariamente a París: la demanda de buenos *welters* es universal —afirmó el joven argentino tirando un jab de zurda que Poynton esquivó con el porrón en la mano. Y después, sin transición—: ¿El doctor Rosen tiene alguna novedad sobre Nell?

—No, la llamada era por otras cuestiones —dijo Hammett mirando a Poynton—. ¿Cómo fue que ustedes...?

—Pura casualidad, Dash: llovía, yo salía escapando del bosque y el Studebaker pasaba por ahí —dijo Donald—. Ahora le debo dos.

—Típico comienzo de una novela de David Goodis —describió Fanesi—. Aunque para ser más exactos yo debería haber sido una mujer, preferentemente rubia.

Y a continuación entre los dos armaron el relato de cómo el joven argentino había recogido al negro fugitivo prácticamente en el acceso a la casa, a un

centenar de metros del portón:

—No me hizo señas. Yo me detuve al verlo salir de entre la arboleda; y ahí me dijo que iba a tomar el tren —Fanesi narraba y Poynton asentía detrás de su hamburguesa—. Le ofrecí llevarlo, y con el somero relato que me hizo de camino a la estación quedé convencido de que iba a necesitar más que un aventón. O uno solo pero más largo, de algunos miles de millas. Usted sabe, Dash, que yo viajo habitualmente y llevo carga, digamos... irregular.

El joven Fanesi levantó la cajetilla de sus Chesterfield a modo de prueba o ejemplo y después de un momento la dejó caer sobre la mesa. Hammett asintió.

—Nada me cuesta agregar un rubro más a mis importaciones.

Donald Poynton no pareció afectado por la descripción. Al contrario:

—Avísele usted a Linda, Dash —dijo con inédita seguridad—. No quise ir a casa ni llamarla, por si el teléfono estaba intervenido. Ya cuando esté a salvo me comunicaré. Y nos reuniremos, supongo.

—Supones que ella supone...

—Serán unos meses, Dash. A más tardar un año. Quiero volver a intentarlo afuera. Es lo mío.

Hammett los miró alternativamente:

—Sé lo que vas a buscar ahora, Donald. ¿Pero qué buscaba usted en Katonah esa tarde, señor Fanesi?

—Lo mismo que vine a buscar hoy acá.

—Una maleta.

El argentino meneó la cabeza:

—Una certeza.

Hammett advirtió que Sam Rosen tenía razón, que el joven Fanesi no podía dejar de actuar un libreto que acaso ni él mismo reconocía, y disparaba réplicas o sentencias retóricas como quien elige ante un profuso y elegante vestidor. Ahora, tras una pausa elocuente, corregía, en el mismo tono:

—Y si no fuera una certeza, al menos un indicio de que algo hubo de verdadero en aquello que yo necesito creer. Por eso: digamos que esta charla de ahora es lo que pudo haber sido aquella otra, en diferido.

—Pura ansiedad, lo suyo: ya habíamos acordado por teléfono esta cita de hoy.

—Es cierto, Dash —admitió el otro—. En ese momento, cuando decidí ir para allá, no sabía si lo encontraría o no.

Hammett le buscó los ojos:

—O sí. Tal vez pensaba precisamente que no estaba, y sin embargo fue...

—¿Qué quiere decir?

—Ya una vez había podido entrar a mi cabaña en mi ausencia, con la venia de Donald.

Ahí se cruzó Poynton:

—Cuando me levantó él no estaba por entrar, Dash, no iba hacia la casa. Más bien venía.

—No importa ese detalle, Donald —se cruzó Fanesi rápidamente—. Sé lo que insinúa, Dash. Pero aprendí de usted que las cosas, incluso las historias, deben ser de quien más las desea o las necesita. No se puede ir contra eso. Ni atesorar ni arrebatar.

Hammett entrecerró los ojos:

—En ese caso, supongamos, si es lo que quiere oír —y ahí las manos flacas del hombre flaco se juntaron dedo con dedo sobre la mesa—, que aunque yo pueda no recordarlo hubo tal vez alguien que me contó que cumplió la fantasía inútil de huir, que se fue a Sudamérica unos años, cambió de nombre, acaso me contó que tuvo mujer e hijo y al fin regresó cerca de donde había partido. Y que yo, años después, ya escritor, asocié ese relato con un cuento oriental que había leído, o que hice al revés, como Frisson: usé el cuento para armar o explicar una historia compleja que viví de joven como enigma sin explicación aparente.

—¿Es así?

—No le estoy regalando nada, señor Fanesi —las manos se apoyaron planas con las palmas sobre la mesa—. Tómelo o déjelo, si le sirve. Pero hace una hora este negro estaba medio muerto y una amiga querida con un pie en la cárcel. Y ahora es muy posible que ninguna de esas dos penosas cosas suceda. Algo que está muy bien para mí, y reconozco que usted tiene que ver con eso.

—Dash...

—No diga nada. Porque hay un tercer motivo que me impulsa a estarle casi casi agradecido.

—¿Cuál?

—Que espero no verlo nunca más.

El joven Fanesi quedó sin habla. Miró a Hammett, que lo observaba imperturbable, después a Poynton, con los ojos clavados en el plato, y luego, de a poco, fue dibujando una amplia sonrisa que estalló tras algunos segundos en una larga y elaborada carcajada a la que al momento se sumó Poynton, acaso sin saber muy bien por qué. Mientras la hilaridad cundía a su alrededor, el hombre flaco se volvió hacia la barra y pidió la cuenta con gesto cansado.

Cuando Bunny tuvo un hueco en las tareas de mostrador y se acercó, ya Dash estaba solo, miraba por la ventana. El vistoso Studebaker —hasta momentos antes visible desde allí— acababa de doblar la esquina.

—¿Todo bien?

—Sí, incluso hubo un final con risas.

—Ya oí.

Hammett pagó, se inclinó hacia el costado y estiró el brazo bajo la mesa. Se enderezó como picado por una serpiente:

—La maleta. El hijo de puta se llevó la maleta.

Amagó ponerse de pie y Bunny retrocedió un paso:

—Se la llevó al coche mientras hablabas por teléfono, Dash. Creí que era algo acordado. Como volvió y vi que conversaban...

El hombre flaco seguía buscando inútilmente bajo la mesa; mascullaba con los labios apretados de furia:

—Hijo de puta, tremendo hijo de puta.

—¿Qué había adentro? ¿Se puede saber?

Hammett se volvió hacia Bunny. Iba a responderle pero se tomó un momento, suspiró y volvió a sentarse:

—Nada, Bunny... Papeles. En general, historias que hablan de un montón de gente muerta hace mucho.

—La Biblia.

—Ojalá —dijo Hammett sin llegar a sonreír, sin poder recuperar la tonta furia anterior ni sentirse dueño de certeza alguna—. Aunque a Ése, al que todos plagiamos, nunca le liquidaron derechos de autor. Es un consuelo, ¿sabes?

## 27. Cummings & Giuliano en Harvard

Dash y Sam Rosen salieron de Katonah en el coche del abogado después del mediodía. Era viernes, y calculaban que, tras atravesar de oeste a este todo Connecticut, tardarían por lo menos tres horas en llegar a Cambridge. La quinta conferencia magistral de E.E. Cummings en la cátedra de poesía de Harvard estaba anunciada para las cinco de la tarde en el auditorio principal. Llegarían con el tiempo justo.

Hacía más de quince años que Hammett no pisaba Harvard. La última vez había sido para la graduación de Clarence Phillips, una antropóloga amiga de Lillian que se había especializado en las culturas americanas del Ártico. Recordaba poco de aquella ceremonia matutina porque la noche anterior habían bebido demasiado. Años después Clarence fue noticia cuando un helicóptero de la Armada la rescató junto a lo que quedaba de su equipo de trabajo al noreste de Groenlandia en un paraje que ni los temibles osos blancos osaban hollar. Luego había escrito un libro con esa y otras experiencias que presentó en una librería del Village con la novedosa presencia de una gutural familia esquimal. Había sido un éxito; la presentación, claro está. Del libro nadie se enteró.

De aquella tarde de severo calor en Manhattan, Hammett recordaba poco también. El único hielo que había flotaba en los culones vasos de whisky escocés, y los aborígenes boreales sudaban dentro de las vestimentas típicas que los editores les habían hecho ponerse por contrato. Los esquimales no estaban aún de moda por entonces, algo que sucedió sólo tras el éxito de *El país de las sombras largas*, la novela de Hans Ruesch, un piloto de coches de

carrera suizo devenido novelista del que Hammett solía comentar la eficacia cursi con que titulaba.

Aquel día de la prolija y calurosa presentación, junto a Dotty Parker y pese a las reconvenciones de Lillian, se habían dedicado a imaginar —a veces en imprudente voz alta— tramas para relatos policiales ambientados en esas soledades, con un detective esquimal tratando de resolver, entre otros, el misterio del iglú cerrado.

El relato de Hammett tenía la vivacidad de los recuerdos acaso más grotescos que felices. Rosen conducía, lo disfrutaba y le pedía detalles:

—¿Y cómo se llamaba el detective esquimal que imaginaron?

—Frost, the Frizzer. Si desaparecía parte de la reserva de pescado, raptaban una adolescente para venderla en el Yukón o alrededores, alguien perdía su cuchillo de hueso o degollaban un par de perros para robar seis cueros curtidos, el consejo de notables se reunía en el iglú más grande y decían: “Éste es un caso para Frost, the Frizzer”. Y salían a buscarlo, porque siempre andaba solo, cazando y pescando en los confines de la región; decía que no le gustaban las aglomeraciones. Más de tres personas...

Rosen reía.

Hammett se volvió hacia él:

—A propósito, ¿cómo va el caso de nuestro Frisson: Frisson, the Freak? No me comentaste nada, Sam.

El abogado se ensombreció, lo miró un instante de reojo y luego habló sin apartar la mirada del camino:

—No sé qué decirte todavía, Dash.

—¿Investigaste algo de lo que te sugerí?

—No pude demasiado.

—No quieres, tampoco.

Sam no contestó. Era un tema complicado. Habían pasado un par de días desde el episodio de la morgue y la partida de Poynton y el rápido Fanesi con

destino desconocido. Las conversaciones ulteriores entre Rosen y Hammett sobre los avatares de la maleta —primero el relato de la entrevista con el profesor Lombino, y luego los pormenores del encuentro en el Derby— habían postergado o dejado de lado la cuestión de Nell, Irma y el secuestro de Dickinson. Pero sobre todo el papel que le había cabido al joven socio de Sam.

—Lo que pasa es que Phil está mal, perturbado. Me pidió ayer dos días de permiso para arreglar cuestiones personales. Es el hijo menor y tiene la madre internada en Baltimore, sabes.

—¿Puedes comprobar si fue?

—¿Qué quieres decir?

—Sólo eso.

Sam Rosen meneó la cabeza y después prosiguió durante un minuto largo manejando con la vista al frente.

—Te equivocas con Phil, Dash. Es un buen chico.

—Tampoco echaste una mirada en su casa...

El abogado volvió a menear la cabeza:

—No creo que sea justo, Dash —dijo sin énfasis—. Hablé como me pediste con el teniente Giuliano, que lleva el caso, y me confirmó, aunque no me dejó verla porque estaba en enfermería, que Irma no ha hablado, no ha señalado a nadie. Y aunque aún no haya aparecido el dinero, él no cree que esté encubriendo a alguien. Se verá qué pasa durante el careo con Nell.

—¿Y sobre la posibilidad de soltarla o de hacer correr la noticia de que la soltarán? Ya lo hizo antes. En realidad nadie la ha visto desde que se la llevaron.

—No existe como alternativa. No le puedo insinuar esa posibilidad a Giuliano sin revelar que hay un sospechoso.

—¿Hay un sospechoso?

—Sospechas tú —admitió Rosen secamente—. No yo. Pero te prometo que

cuando Phil regrese de Baltimore hablaré con él.

Hammett no dijo nada.

Estaban entrando en Cambridge. Se detuvieron en el primer semáforo. Hacia la derecha la carretera viraba rumbo a Boston, hacia la izquierda, la señalización indicaba Harvard University a cuatro millas. Doblaron. Alternaban viejas casonas con nuevas construcciones racionalistas y edificios públicos rodeados de jardines. Pasaron frente al Opera House y Hammett palmeó el muslo del conductor, trató de distender el clima:

—¿Sabes por qué los esquimales no tienen orquesta sinfónica?

Sam Rosen no lo sabía.

—Porque cada vez que iba una orquesta confundían a los músicos con pingüinos y se los comían.

—No hay pingüinos en el Norte, Dash.

—Es cierto. Pero tampoco hay orquestas sinfónicas en la Antártida. Ése es un típico caso para Frost, the Frizzer —concluyó seriamente Hammett.

Cuando al fin arribaron a Harvard, dejaron el automóvil en una de las perpendiculares a la avenida y marcharon un par de calles por aceras aún soleadas donde se imponían los perfiles clásicos de edificios centenarios propios de Nueva Inglaterra, de dos o tres plantas, con gruesas paredes de ladrillo a la vista y ventanas verdes con *vitraux*.

—Es raro, pero supongo que, de poder elegir, Cummings hubiera optado por una carpa de circo —comentó Hammett al enfilarse hacia la escalinata de piedra de la entrada.

—O un escenario de music hall.

—Seguramente. Habría habido más público.

Media hora después estaban instalados en un extremo de la tercera fila de un auditorio raleado. De pronto se bajaron innecesariamente las luces, una

presentadora académica de blusa blanca y traje sastre oscuro apareció a un costado del estrado, explicó el significado del ciclo dentro de la cátedra de poesía Charles Eliot Norton, y presentó sucintamente la quinta disertación del poeta.

Cummings recibió los aplausos como si lo despeinaran, trepó con un saltito de viejo ágil al estrado, se sentó y comenzó a hablar enseguida, mirando a veces los papeles que portaba, por lo general prescindiendo de ellos, sólo asomándose a sus anotaciones como una forma de guía.

En el ámbito severo de la venerable sala de conferencias emparedada de roble, la voz del orador era como una lluvia tranquila pero que enunciaba, anunciaba desmesuras. El impávido auditorio —apenas diez filas de personas atentas a las sorpresas de la penúltima *inconferencia* del poeta— escuchaba a E.E. Cummings como se oye cantar y contar la epopeya migratoria de un pájaro sin alas aparentes, un viajero enfático e irónico, arrogante de eternidades:

—*Un artista, un hombre, un fracaso, debe seguir adelante* —decía—. *DEBE SEGUIR ADELANTE* —subrayaba en alta voz, postulaba como único programa no programado el delgadísimo poeta de ademán incisivo.

Hammett, acaso sin poder admitirlo del todo, admiraba a Cummings. Sentía una rara empatía con el incómodo, libérrimo poeta de la minúscula obstinada. No se habían cruzado jamás, provenían de mundos diferentes —el pequeño Edward Estlin se había criado, crecido y madurado caminando esos mismos senderos de Harvard donde había profesado antaño el viejo Cummings, su padre—, pero ambos tenían exactamente la misma edad (eran del 94, separados por pocos meses) y les había tocado padecer y arrastrar las secuelas menos vistosas de la Primera Guerra, cada uno a su manera: el joven Hammett, impresionado, había leído *The Enormous Room* incluso antes de descubrir los raros versos de *Tulips & Chimneys*, en la época en que él también se atrevía a enviar sus poemas a *The Smart Set*. Y aunque en los años

siguientes el individualismo radical de Cummings y la devastadora imagen de la URSS que había plasmado en *Eimi* lo habrían podido alejar de su consideración, Hammett encontraba en su iconoclastia, en su denuncia de la impostura social y de la democracia corrupta, y en la feroz crítica a toda forma de poder, muchos puntos de contacto y básicas afinidades. Además, los emparejaba el hecho de que solían ser blanco común en las columnas de Walter Winchel, el basurero de Hearst, lo que no dejaba de ser —en cierto sentido— un honor compartido.

Ahora, mientras Sam Rosen se removía de gozo inquieto en el asiento contiguo al suyo, Hammett vio cómo Cummings se aprestaba, sin prólogo ni advertencia alguna, a comenzar la lectura de algunos de los sonetos de *XAIPE*, ese saludo e invitación a abrir los ojos y celebrar el milagro de la vida que había publicado así, con el título en griego —a la manera del maldito Pound— hacía unos pocos años:

*Cuando las serpientes reclamen por su derecho a reptar  
y el sol haga huelga para obtener un sueldo digno:  
cuando las espinas observen alarmadas a las rosas  
y el arco iris saque un seguro contra la vejez;*

*cuando el zorzal no pueda cantar a la luna nueva  
si todas las roncadas lechuzas no han aprobado su voz;  
y cada ola deba firmar en la línea de puntos  
para que el océano no sea clausurado;*

*cuando el roble pida permiso al abedul  
para hacer una bellota; los valles acusen  
a sus montañas de ser altas y marzo  
denuncie a abril por saboteador*

*recién entonces creeremos en esta increíble  
humanidad inanimal (pero nunca antes).*

Aunque la lectura siguió y siguió, ante la paulatina y silenciosa deserción del alumnado formal y la pertinacia fervorosa de los seguidores del poeta, Hammett se quedó allí, en ese primer poema. Habría podido jurar sobre ese ascético credo, sobre esa irónica, casi juguetona declaración de genuino escepticismo ante los fastos de la civilización, pero que encerraba la pura solidaridad y el asombrado respeto hacia todas las formas de la vida.

—La gente no sabía si aplaudir, reírse o echarse a llorar —comentó Sam Rosen mientras salían y caminaban hacia el coche entre los estudiantes.

—Cabía aplaudir —opinó Hammett—. Para lo demás casi siempre hay tiempo, ¿no te parece?

Sam asintió sin comentarios.

Declinaba la tarde. El sol casi horizontal iluminaba los techos, las ventanas altas, las ramas ya reverdecidas de los alerces enfilados al borde de las amplias aceras pobladas de jóvenes.

Subieron al coche y anduvieron en silencio durante un buen rato sin avanzar demasiado. Las calles de la salida y los alrededores del campus estaban atestados de automóviles y bicicletas.

—Varias veces hemos hablado con Gus sobre la pintura de Cummings —dijo de pronto Hammett—. En otras circunstancias, tal vez podría habernos acompañado.

—¿Cómo está?

—Mejor, pero no está bien.

—Pero volvió a su casa.

—Él dice que no tiene casa a donde volver —dijo Hammett con un rictus de fastidio—. Duerme en el estudio y según los días se siente Cezanne o fantasea con suspender la muestra. Un desperdicio, Gus. Tiene una inteligencia, una sensibilidad muy especial, ¿sabes?

—Y le gusta Cummings.

—No. Eso te iba a contar. Gus dice que los cuadros de Cummings son buenos, *seguramente* buenos, y estamos de acuerdo. Pero a él, que es casi mejor crítico que pintor, no lo convencen porque no le cree. Dice que no parecen suyos, que serían mejores si no fueran de Cummings. Es decir: pinta bien, pero no son los cuadros que “debería” pintar un tipo que, además, o sobre todo, es el poeta Cummings. Como si toda la energía, la capacidad de novedad y el experimentalismo formal lo pusiera en la poesía, pero que pintara como quien limpia la casa o prepara el desayuno: correctamente, al gusto y la necesidad diarios.

—No he visto los cuadros —Sam habló sin apartar la mirada del camino—. ¿Te parece que Gus tiene razón?

—No sé. Pero algo de eso hay —dijo Hammett después de un momento—. Aunque estaba pensando que acaso sea al revés. Tal vez el verdadero Cummings, el que más clara u honestamente responda a su auténtica naturaleza, sea el pintor, relajado, disfrutando de hacer bien un trabajo y no el poeta, siempre en tensión de producir novedad, de no sólo ser moderno sino decirlo y parecerlo cada vez. Debe ser agotador ser original, tratar de ser genial todo el tiempo. Siempre que no seas un impostor, claro.

Sam sonrió.

—¿De qué te ríes, abogado?

—*El soberbio conócete a ti mismo socrático es, en realidad, una invitación a descubrir nuestra inevitable impostura* —pareció citar—. ¿Sabes quién dijo eso?

Hammett meneó la cabeza y dijo:

—No sé, pero es cierto.

—Claro: lo dijiste tú en la primera clase a la que asistí en la Jefferson.

Ahora fue el hombre flaco quien sonrió:

—Es que apenas te separas para verte, para analizarte, ya eres otro, estás actuando —dijo de un tirón—. Es la trampa del yo consciente, individual, ético y recortado: una caja china infinita. Si no se sale de ahí hacia afuera o hacia arriba, estás liquidado. Fíjate el *striptease* espiritual, público, fantástico, que intentó hace un rato Cummings... Por eso me parece que los chinos piensan mejor: disolverse en la totalidad, no recortarse separado...

Hammett dejó de hablar abruptamente, como quien luego de caminar incómodo durante largo trecho detiene por fin su marcha para sacarse un suéter que lo acaloraba o quitarse una piedrita del zapato.

—Disculpa, Sam. Puedo ponerme insoportable cuando entro en este registro especulativo. Tulip tiene razón, supongo: la pedantería, el gusto de oírse hablar... uff.

—Ninguna disculpa. Me gusta, pero tal vez sea porque no estamos hablando de lo que deberíamos.

—Puede ser.

Ya habían salido de Cambridge y estaban en ruta abierta, entre bosques y granjas. Comenzaba a atardecer y la brisa los despeinaba. Hammett cerró parcialmente la ventanilla y encendió un cigarrillo con el encendedor del coche. Lo convidó a Sam y prendió otro para él.

—Estuve todo el tiempo pensando en lo de Phil —dijo imprevistamente el abogado tras una larga bocanada—. Me refiero a todo el tiempo que duró la conferencia.

—¿Sí? ¿Y a qué conclusiones llegaste?

—A ninguna, Dash. No sé qué hacer. Phil es mi amigo, aprendió lo que sabe conmigo, no concibo que haga algo a mis espaldas, que me pueda traicionar.

—¿Sabes lo que dicen que dijo Giuliano?

—¿El teniente?

Hammett sonrió:

—No: Salvatore Giuliano, el bandido, el aparente Robin Hood siciliano que liquidaron hace un par de años... Hay un buen libro sobre él.

—Ah, no sé. ¿Qué dijo?

—Cuando estaba acorralado, rodeado de enemigos, entre la mafia y el gobierno central y la nobleza que lo querían liquidar, se confió ante el círculo más íntimo y dicen que dijo: *Picciota me va a traicionar*. Picciota era su mano derecha, su hombre de confianza desde siempre. Así que todos se sorprendieron: ¿Cómo te va a traicionar él, que es tu amigo? Precisamente, dijo Giuliano: *sólo traicionan los amigos*. Toda una frase, eh. Si es que la dijo...

—No entiendo.

—Sam, cualquiera te puede mentir, defraudar, delatar o estafar —y Hammett enumeró con los dedos—. Es el caso de socios, clientes, parientes, conocidos... Pero no diríamos que eso es una traición. Para que haya traición tiene que haber algo más, previo, una lealtad, un compromiso común, ideales o valores compartidos. Judas es el modelo acabado.

Sam Rosen asintió:

—Entonces...

—Te la haré fácil, o casi. Dile a Giuliano, al confiable teniente Giuliano, no al filósofo rural siciliano... —aclaró Hammett casi burlón—, que como no sabes si Phil Frisson es tu amigo, necesitas comprobarlo. Y que precisas su interesada ayuda.

—No haré eso.

—Bien: entonces lo haremos tú y yo, que somos amigos. ¿O no?

—Sí.

—Bien: escúchame, entonces. Tú preocúpate solamente de verificar que Frisson esté en Baltimore, que del resto me encargo yo.

—¿Qué harás?

—Investigarlo sin implicarte. Me hago cargo de eso. ¿De acuerdo?

Sam Rosen tardó unos segundos en asentir. No lo hizo, en realidad. Sólo dijo:

—Pasa mañana por la oficina al mediodía. Pondré a tu disposición todo lo que quieras.

—De acuerdo.

Durante el resto del viaje la conversación derivó sin rumbo fijo pero esta vez no tuvieron la suerte de encontrar, como a la ida, algún episodio o caso de Frost, the Frizzer ni nada similar para compartir. Cuando llegaron a Katonah era tarde y Sam declinó la invitación de quedarse a cenar.

—Te espero mañana al mediodía, Dash —le confirmó.

Hammett le palmeó la mejilla, se bajó algo entumecido y cerró la puerta con un golpe corto. El coche arrancó. Se quedó mirando las luces traseras hasta que dobló y desapareció de la vista.

Recién entonces se dio vuelta y caminó hacia la casa.

## 28. Buñuelos & jamón

La casa estaba en silencio y extrañamente a oscuras. Ni siquiera el pequeño farol que pendía sobre la puerta de acceso bajo la galería estaba encendido. Hammett recordó que era viernes, que Linda se marchaba temprano y más aún ahora, cuando ya no tenía a quién atender. La imaginó sola en su departamento de Brooklyn, cada vez más llena de incertidumbre e incipiente rencor, esperando noticias del equívoco prófugo, el inimputable Donny Brown. ¿Cuántos años habrían estado juntos? Pensó en ella y en el veterano y sonriente *welter* recuperado para los ilusorios cuadriláteros del mundo con menos pena que melancolía.

Enfiló en medio de la oscuridad hacia la cabaña, pero de pronto recordó que había decidido intentar un par de estratégicas llamadas y volvió sobre sus pasos. Abrió a tientas con su propia llave y al encender las luces vio que la cortina de la ventana contigua a la puerta se agitaba. Había quedado abierta. La cerró y fue hacia la cocina. Había un plato cubierto con una servilleta a cuadros verdes y blancos sobre la mesa. Espió su contenido: cuatro buñuelos de espinacas y dos gruesas fetas de jamón. Linda había pensado en él. Sobre la mesada, junto al fregadero, había un vaso con un fondo de gaseosa y un plato lleno de migas junto a un cuchillo con huellas de mermelada.

Abría la puerta del refrigerador cuando lo sobresaltó la campanilla del teléfono. Fue hasta el living y atendió. Era Gus:

—Suerte que te encuentro, Dash —se lo oía bien, sereno—. ¿Está Tony ahí?

—Acabo de llegar y encontré la casa sola. Creo que no hay nadie.

—Fíjate, por favor.

Hammett encendió un par de luces más, subió las escaleras, abrió y cerró la puerta de los diferentes dormitorios y retornó al living. Volvía hacia el teléfono cuando lo vio: Tony Irongate dormía profundamente, estirado todo a lo largo del sillón más grande. No había reparado en él al entrar.

Levantó el teléfono:

—Está aquí, Gus; durmiendo en la sala. Tiene su mochila.

Hubo un suspiro del otro lado.

—¿Lo despierto, quieres hablar con él? —dijo Hammett.

—No, déjalo, que voy para allá. Es que nos desencontramos, sabes.

—Suele pasar.

—¿Pero cómo pudo entrar? No tiene llave.

—Supongo que por la ventana. Estaba abierta.

—Es un chico de muchos recursos.

—Sí, recursos acaso no renovables. Ya hablamos de eso.

—No seas cruel conmigo, Dash —dijo Gus con tono cansado—. Esta vez fue distinto.

—Seguro. ¿Te esperamos para cenar?

—No te preocupes. En menos de una hora estoy ahí. Díselo.

Gus colgó.

Hammett se quedó un momento con el auricular en la mano, después lo apoyó en el aparato y miró hacia el sillón. Tony estaba sentado, perfectamente despierto:

—¿Qué dijo él?

—Llega en una hora —dijo Hammett sin acercarse—. ¿Estuviste escuchando todo el tiempo?

Tony asintió con la cabeza.

—¿Me oíste llegar? ¿Te hiciste el dormido?

Tony asintió otra vez, ahora con una sonrisa:

—¿Qué es eso de los recursos no renovables?

Hammett frunció el entrecejo, como si no entendiera:

—Ah... eso. Hablábamos del petróleo, Tony: petróleo, oro negro. Tu padre y yo, ante la crisis manifiesta de nuestra capacidad como artistas de generar recursos regulares que den seguridad y bienestar a los miembros de su entorno, hemos decidido, asociados con tu amigo el viejo McConnell, iniciar un plan de explotación conjunta, previo cateo, del petróleo subyacente en las aguas del lago que ha sido motivo de algunas últimas y tontas disputas. La gente se entiende haciendo negocios; y uno de los más grandes es el de los valiosos recursos no renovables.

—No me haces gracia —dijo Tony repentinamente serio.

—Tú tampoco; cada vez menos —afirmó Hammett en el mismo tono—. Voy a comer algo, ¿quieres?

Tony no contestó pero lo siguió a la cocina.

Mientras Hammett comía sus buñuelos y hacía dos sándwiches de jamón con mantequilla —uno para cada uno—, el joven Irongate abrió una gaseosa y contó cómo, cansado de esperar a su padre, después de hora y media había decidido largarse solo y tomar el tren.

—¿Sabes por qué se demoró?

—Iba al abogado, me dijo.

—¿Le crees?

Tony se encogió de hombros. Hammett reconoció ese gesto y no fue una sensación placentera.

—Tal vez no tenía ganas de venir —propuso Tony—. Fue una idea del psicólogo, ¿sabes? —Hammett enarcó las cejas—. ¿Te parece una estupidez?

—Para nada. ¿Pero cuál es la idea, exactamente?

—Que pasemos los fines de semana juntos, solos Gus y yo, y hagamos cosas que podamos compartir. Él dice que acaso el problema sea que no nos conocemos lo suficiente.

—¿Y tú qué crees?

—Yo creo que lo conozco demasiado.

Hammett apartó los platos de en medio y encendió un cigarrillo:

—Nunca tuve un hijo varón, Tony. Con no entenderme con mis hijas mujeres me bastó. Tuve un padre varón, eso sí. Y seguro que no lo conocí menos que lo que él no me conoció a mí.

—Es un trabalenguas eso.

Hammett apoyó el cigarrillo en un plato, agarró la cabeza del chico con ambas manos y se la sacudió acompasadamente al ritmo de las frases:

—Gus te quiere desde antes de conocerte y te querrá aunque nunca te conozca, tonto. Pero es un pésimo comunicador ese otro tonto. El día de la furia te regaló una función gratuita de su impotencia de decírtelo mejor.

—Fue horrible lo que pasó.

—No fue nada, jovencito. No sé de qué te quejas.

Tony abrió mucho los ojos. Hammett tomó nueva distancia y le habló mirándolo a los ojos:

—Piensa esto: si Gus me mataba a mí, trastornado por mis secretos contigo, y tú le acertabas el flechazo en el pecho, como el único testigo era el rencoroso viejo McConnell, el pobre Donald terminaba en la horca y tú, a la corta o a la larga, te suicidabas de pura culpa. Lo menos que podías hacer, además.

Tony lo miraba en silencio, los ojos más abiertos aún. De pronto dijo:

—Le voy a contar al psicólogo esto que me acabas de decir.

—¿Es una amenaza, o un reconocimiento sincero a mi posible aporte a tu futura salud mental?

—Háblame en serio, Dash.

Hammett vio a Tony Irongate al borde del llanto. Dejó el cigarrillo, se puso de pie y lo abrazó por encima de la mesa, derribando la botella. El líquido se derramó y comenzó a gotear sobre el piso, pero el abrazo no se interrumpió. Sin soltar a Tony del todo, aferrándolo por la nuca, Hammett dio la vuelta a la

mesa y lo volvió a abrazar, estrechándolo contra su pecho flaco. Los anteojos se le torcieron al inclinarse sobre la cabeza del chico y se los quitó de un manotazo. Tony sollozaba convulsivamente con los brazos apretados alrededor de la cintura.

Cuando se calmó un poco, Hammett lo apartó, le levantó la cabeza y le habló seriamente:

—Dos noticias, Tony. Una mala y una buena —el chico parpadeó, hizo sonar la nariz—. Primero, la mala: estás rodeado de idiotas. Y la buena es que te quieren. Muchas veces la vida que lleves y cómo la pases dependerá de en qué orden te enteres de estas dos verdades. Sobre todo cuando descubras que eres un idiota más y que no sabes cómo querer a otros idiotas necesitados de tu amor. ¿Entendiste?

Tony asintió.

—No eres tan idiota como suponía. Todavía.

El chico se recompuso, se secó los ojos con la servilleta a cuadros:

—Gracias, Dash —dijo, y comenzó a vaciar la mesa, llevando platos y cubiertos al fregadero mientras Hammett lo miraba hacer—. Pero me parece que es el tipo de razonamiento que me dijiste que usabas para ganar discusiones con tu amigo Tulip. No quiere decir que sea la verdad, pero sirve.

—¿Para qué sirve? No le gané nada a nadie.

—Qué sabes.

Limpiaron la mesa, secaron el piso y Hammett le contó su entrevista con el profesor Lombino. Hablaron del tema de la maleta en su casillero, y Tony reconoció que había tenido miedo de mencionar la cuestión.

—Tuve que sacarla de casa, Dash. Gus la descubrió bajo mi cama y quiso saber qué había ahí. Le dije que eran cosas privadas entre nosotros.

Coincidieron en que no había sido una respuesta feliz.

—Lo hablé con él en el hospital —dijo Hammett—. Hablé de eso y de algunas otras cosas... pero privadas entre nosotros —parodió.

Tony quiso saber algo más de Lombino y del destino de los manuscritos, pero Hammett optó por derivar imperceptiblemente la conversación:

—Tu profesor me dio una novela que estoy leyendo, que no sé aún si es buena pero acaso te interese. Hazme acordar que te la preste.

—¿De qué trata?

—Entre otras cosas, del uso intensivo de navajas en contextos de estudio.

—¿Es broma?

Hammett meneó la cabeza:

—No, es en serio. Puede ser una lectura edificante, ya verás. En realidad toda lectura te abre la cabeza, y en un sentido más creativo que cualquier navaja. ¿Te conté lo que hizo un chico que se llamaba Gladstone cuando estábamos en el hospital de Tacoma?

—No me contaste casi nada de Tacoma. La última vez mis hermanas interrumpían el relato todo el tiempo.

—Ahora te contaré —Hammett salió de la cocina rumbo al living—. Mientras, ¿me podrías ayudar en una búsqueda con la guía de teléfonos? Necesito encontrar a una mujer de apellido Frisson, con doble ese. Es difícil, pero acaso resulte.

—¿En Manhattan?

—Tal vez. Seguro que en New York o alrededores, pero no sé dónde.

—¿Y cómo se llama, de nombre?

—No sé. Pero tiene que ser un nombre que te suene a vieja, a vieja y solterona. ¿Me ayudas a buscar? Ve marcando las que te parezcan.

Se instalaron en los sillones cada uno con una guía, mientras Hammett recordaba la historia de más de treinta años atrás en el hospital de Tacoma:

—Gladstone era un chico moreno, de cara afilada, que un buen día recibió la bonificación del Ejército por invalidez. Era una suma importante, aunque ya

no recuerdo la cantidad exacta. ¿Y sabes qué hizo? Se la gastó toda en dos coches usados y en las obras completas de James Gibbons Huneker, porque quería adquirir un poco de cultura y yo le había dicho que Huneker era un hombre culto —Hammett comprendió que Tony no tenía idea acerca de quién estaba hablando pero siguió adelante—. Así que empezó por el tomo primero... No creo que haya leído veinte páginas. Pero algo había que hacer con el tiempo muerto.

—Debe haber sido una vida muy aburrida —dijo Tony.

—Claro. Algunas veces nuestro aburrimiento era insoportable, aunque no siempre. Todos nosotros habíamos sido licenciados del Ejército hacía poco y todavía estábamos acostumbrados a aburrirnos —trató de explicar Hammett—. El aburrimiento era tan grande que ni siquiera estoy seguro de recordarlo bien...

Tony parpadeó al borde del sueño y fue una señal.

—¿Encontraste alguna solterona Frisson?

—Hay dos Emily, una Gertrude...

—Ésas suenan bien: márcalas.

—¿Y tú qué encontraste?

—Una Anne Rosamunde Frisson, una Mildred...

—¿Para qué hacemos esto, Dash?

—Por si crees que te estoy haciendo perder el tiempo, no es un juego: estoy tratando de localizar a un tipo.

—¿Qué tipo?

—Un mentiroso, por lo menos.

—Ah... Pensé que era algo más grave. Sígueme contando de Tacoma.

—Veo que te decepciona un poco. Querías sangre... Algo que suele suceder con las expectativas del público. Fíjate lo que nos ocurrió en el mismo hospital. Un día alguien acusó a los ciudadanos de Tacoma de tenernos abandonados y, durante dos o tres domingos, recibimos visitas. Venían a

vernos y a escuchar lo que les contáramos de la experiencia en el combate. Los cuentos acerca de atrocidades de guerra eran muy populares en esos días —Hammett sintió la tácita aprobación de Tony ante el curso que tomaba el relato—. En especial los que se referían a soldados a quienes se les había cortado la lengua. Solíamos pedir a los enfermeros del hospital que nos sentaran en las sillas de ruedas y que nos llevaran hasta la presencia de los visitantes más tontos fingiendo algún tipo de trastorno, para que se les helara la sangre; pero también les dábamos diversión (muchas veces era una misma cosa) con los relatos de horror más fantásticos que se nos ocurrían. O con verdaderas actuaciones.

Los ojos de Tony brillaron otra vez.

—Un ex marino que se llamaba Bizzarri y yo éramos buenos amigos. En lugares como los aserraderos o los campamentos de construcción de caminos, en cualquier circunstancia en que trabajen juntos hombres que, además, deben vivir y fatigarse en compañía unos de otros, suele montarse una broma que sabe Dios cuántos años, décadas o siglos de antigüedad tiene: dos hombres pueden fingir un antagonismo tal que los lleva a una riña a puñetazos o con cuchillo o revólver, según sea más o menos grave el motivo aparente; luego, en lugar de reñir, se ríen de sus espectadores y se marchan muy tranquilos, del brazo. Pues bien, aquel Bizzarri y yo habíamos montado uno de esos números, y lo hicimos tan bien que muy pronto todo el hospital estuvo metido en el asunto. Unos tomaban un partido y otros el contrario en aquel pleito entre dos tipos que, hasta ese momento, habían sido íntimos amigos. Y seguimos adelante con la farsa hasta nuestro enfrentamiento final, en el que nos dimos un par de golpes cada uno, en el límite mismo entre lo fingido y lo cierto; ambos éramos demasiado inteligentes para sobrepasarnos o echarnos a reír y nos lo tomamos bastante en serio. Pues bien, después de aquello jamás volvimos a ser tan buenos amigos como antes...

—¿Eso pasó con tu amigo Tulip? Y con el otro también, ¿Whitey se

llamaba? ¿Se tomó algo demasiado en serio, o fuiste tú el que lo hizo?

Hammett no contestó pero miró a Tony del modo que Tony esperaba que lo mirase, con la complicidad de dos entendidos.

—Nos pasó a los dos.

—¿Por qué? —dijo Tony.

—Tal vez porque cuando finges para convencer a los demás de algo, es probable que termines convenciéndote a ti mismo.

Completaron una lista de ocho eventuales solteras de apellido Frisson y Hammett decidió intentar primero con las cuatro de Manhattan.

—¿Señorita Gertrude?

—Sí.

—Buenas noches. Habla un amigo de su hermano Phil...

—No tengo ningún hermano.

—Disculpe.

Probó con Rosamunde, con Emily, con otra Gertrude, todos fracasos. Intentó con la última.

—¿Señorita Mildred Frisson?

—Sí.

—Disculpe la hora; hablo de parte de su hermano Phil.

—Sí. ¿Qué sucede?

—Nada por ahora. Sólo para confirmarle que va a volver con un poco de retraso.

—¿Dónde está Phil?

—En Baltimore, por supuesto.

—¿Dónde?

—En Baltimore.

—¿Qué hace mi hermano ahí?

—Eso quisiera saber yo. Buenas noches —dijo Hammett, y cortó.

Tony estaba ahí, a la expectativa:

—¿Qué fue eso?

—Espionaje intuitivo. Anota esta dirección: Mildred E. Frisson. 43th Street, 501, tercera planta D.

Gus llegó un cuarto de hora después, formalmente vestido como quien viene de una entrevista de trabajo o de un entierro, sobrio, sin reproches y con dulces y chocolate. Traía también los primeros ejemplares del folleto —final y fielmente impreso a cuatro colores— para la inauguración de la muestra, el martes. Le alcanzó uno a Hammett, que estaba hablando por teléfono con Filadelfia y lo recibió con un gesto de aprobación, y otro a Tony, sentado en el extremo del sillón grande.

Gus Irongate se aflojó la corbata, puso el brazo sobre los hombros rígidos de su hijo y le comunicó que iba a tener que trabajar todo el fin de semana en la puesta a punto de la muestra.

—Es la actividad que pensaba proponerte para realizar juntos —dijo sin querer demostrar demasiadas expectativas—. Supuse que acaso podrías ayudarme.

—¿En qué crees? —dijo Tony sin levantar la mirada del folleto.

Gus le pidió entonces, formalmente, que lo ayudara con el enmarcado y sobre todo con la disposición de las luces.

Tony asintió con un movimiento de cabeza pero no dejó de leer.

Su padre le acarició la cabeza y se acercó a Hammett, que acababa de colgar el teléfono.

—No entiendo nada de lo que escribiste, Dash —dijo Tony en voz alta.

—Perfecto —aprobó el hombre flaco—. Lo importante es que parezca que me gustaron los cuadros.

—Eso sí, creo.

—Suficiente entonces. Es como la descripción del sabor de los vinos, Tony.

—No tomo vino. Nunca tomaré —dijo el chico.

—Entonces estás en las condiciones ideales para dedicarte a escribir las etiquetas —dijo Hammett poniéndose la chaqueta—. ¿No te parece, Gus?

—No sé. Nunca tuve tiempo de leerlas. ¿Ya te vas?

—Sí. Sólo entré a hablar por teléfono, pero me encontré este polizón.

Hammett se despidió de Tony con un guiño, y Gus lo acompañó, salió con él a la noche:

—¿Todo bien?

—Empezamos el divorcio, Dash. Se hizo larga la reunión con los abogados.

—¿Acordaron algo?

—Será de común acuerdo. No venderemos nada por ahora, pero ella vivirá con los chicos en el departamento de Manhattan —que quedará a su nombre— y yo, por ahora, aquí. Esto es mío, Dash.

—¿Y qué harás?

—No sé aún. En el futuro puedo venderlo todo y comprar otra cosa, o reducirme. El viejo McConnell y su hijo quieren comprarme una parte, quedarse con todo el lago, por ejemplo. Sabes que acordé con él el uso conjunto después de lo que pasó.

—Está bien. ¿Y qué pasará con los chicos?

—Paulie, después de la última vez, había amenazado con quitarme la tenencia. Pero retiró la demanda, y también la prohibición de acercarme a ella y a ellos. Ya ves, Tony...

—Qué bueno.

—Aunque por ahora no voy a insistir en ver a las chicas, que no quieren saber nada conmigo.

—Es razonable, déjalas, en algún momento volverán.

Gus Irongate encendió un cigarrillo y caminó a lo largo de la galería de

madera, como la noche que Hammett había visto los cuadros por primera vez.

—Tengo que cuidarme, Dash —dijo con voz grave—. Me comprometí a hacer un tratamiento de desintoxicación. No me internarán porque tengo la exposición ahora, pero estoy medicado como un zombi. Incluso me cuesta conducir. Me harán pruebas semanales... No sé cómo podré lidiar con esto.

—Podrás hacerlo, Gus. Cualquier imbécil deja de beber, te lo aseguro yo. Y recuerda lo que hablamos, todo lo que tienes que perder. ¿Quieres ser Modigliani? Tus hijos, agradecidos. Pero tú no estarás ahí para ayudarlos a contar los dólares.

Dash no pudo ver, en la oscuridad, la leve, dificultosa sonrisa de su amigo.

—¿Desayunamos juntos mañana? —dijo Gus.

—No creo. Saldré temprano.

—Suerte.

—Buenas noches, Gus. Cuídate.

—Buenas noches, Dash.

## 29. La ventana alta

Cuando Sam Rosen llegó a su despacho, Hammett ya estaba allí, instalado en uno de los sillones de la recepción. Tomaba café, leía revistas viejas de la pila que había sobre la mesa y conversaba con Jenny, la secretaria.

—Dash, ¿qué haces aquí? —dijo jovialmente Rosen.

—El señor me instruye y entretiene, Sam —se cruzó ella con leve agitación de pestañas—. En este rato he aprendido más sobre Corea y la historia de los yankees que sobre cualquier otra cosa en los dos años que llevo trabajando aquí.

—Y yo, sobre el funcionamiento secreto de esta oficina —dijo Hammett con una inclinación de cabeza—. Auméntale el sueldo, Sam: sabe demasiado.

—Ella sabe que es impagable.

—Pero escucho ofertas, jefe.

Jenny era una vistosa morena de melena y falda cortas de la que Sam solía hablar maravillas de eficiencia en todos los sentidos.

—¿No habíamos quedado al mediodía? —insistió el abogado—. Son las once y cuarto.

—Disculpa, Sam, los viejos dormimos poco —Hammett se puso de pie—. Debe ser la ansiedad. Hace más de una hora que llegué y ya me leí todo. Según este *Newsweek* del año pasado —lo agitó en el aire, lo metió en el bolsillo de la chaqueta—, Eisenhower tenía pocas probabilidades de ser presidente... Compra alguna revista nueva de vez en cuando.

—Lo que diga el ejemplar de esta semana será desmentido en unos meses. Es inútil —argumentó Rosen—. ¿Alguna novedad, Jenny?

—No. Cuando el señor Hammett abrió la puerta pensé que era Phil, que llamó temprano para avisar que está en camino —dijo ella con voz cantarina—. También telefoneó su hermana.

—Gracias. Llama y pásamela.

El abogado hizo un leve gesto de complicidad a Hammett, abrió la puerta de su oficina y se hizo a un lado para que el hombre flaco ingresara. Luego entró él y cerró la puerta tras de sí:

—¿Sigues con la idea de investigar a Phil?

—No creo que vaya a ser necesario, Sam.

—Hay dos alternativas —dijo el abogado como si no hubiese escuchado—: ya oíste que está en camino desde Baltimore. Si quieres, lo esperas y hablas con él; si no, acá tienes...

Hammett meneó inútilmente la cabeza.

Sam Rosen escribió en el reverso de una tarjeta del despacho una dirección y sacó del segundo cajón de su escritorio un aro de metal con dos llaves. Puso ambas cosas frente a Hammett, que no las tocó.

—Está bien, gracias.

En ese momento sonó el intercomunicador.

—Te paso la llamada, Sam —dijo Jenny.

El abogado levantó el auricular e hizo un gesto de disculpa hacia Hammett:

—Hola, Mildred —dijo echándose hacia atrás en el sillón—. ¿Qué sucede, por qué llamaste?

Hammett oyó durante un par de minutos cómo Sam Rosen usaba sus mejores argumentos persuasivos para tranquilizar a Mildred Frisson, a la que no oía pero que sin duda parecía ansiosa por el paradero de su hermano.

—Te dije ya que está en camino. Le diré que te llame apenas aparezca por la oficina. Tú, tranquila.

Como ella parecía no conformarse y requería nuevas explicaciones, Hammett se puso de pie y deambuló por la oficina. La puerta que daba al

despacho de Phil estaba entornada y las cortinas corridas de la ventana abierta dejaban ver, entre los edificios, retazos de cielo azul primaveral. Privilegios de tener un despacho en un undécimo piso con vista al Este.

Cuando Sam Rosen colgó con un suspiro de distensión, el hombre flaco volvió a sentarse frente a él.

—¿Qué quería?

—Está preocupada por la salud de su madre y Phil no la llamó para contarle nada.

—¿Sólo eso?

—Es una mujer muy aprensiva, una solterona llena de miedos. No le hace bien a Phil, pero...

—¿La conoces bien?

—¿A ella? Desde siempre, como a Phil. Ahora hace tiempo que no voy a la casa, la última vez, cuando Phil estaba reponiéndose del disparo... —el abogado desvió la mirada hacia el techo y luego la fijó en el pecho de Hammett—. Mildred se va a trabajar en un rato y no vuelve hasta las seis de la tarde. El departamento queda solo. Nobleza obliga: todo tuyo.

Se hizo un silencio incómodo. Cuando las miradas volvieron a encontrarse, Hammett dijo:

—No pienso ir, Sam, pero quiero que veas esto.

Sacó la revista que tenía en el bolsillo de la chaqueta y la puso sobre el escritorio frente a su amigo. Rosen recogió el viejo ejemplar de *Newsweek*.

—¿Qué quieres que lea, lo de Eisenhower?

—No es nada para leer. Fíjate que hay algo raro, mira lo que han hecho con algunas páginas de anuncios.

Sam Rosen volvió las páginas bajo la mirada inquisitiva de Hammett. Se detuvo en un aviso de Chrysler. Estaba mutilado, cortado aquí y allá. Alguien se había tomado el trabajo de recortar letras.

—Hay varias más.

Sam siguió adelante y descubrió lo mismo en un anuncio de Firestone: huecos por las letras recortadas. Levantó la mirada y no llegó a preguntar.

—Se utilizaron para hacer esto, Sam.

Sacó del bolsillo interior un papel doblado en cuatro y lo desplegó. Era el mensaje armado con un collage de letras que había hallado Nell sobre la mesa después de que un anónimo caballero la libró de su cautiverio: *Si quiere ver vivo a Ash, deje la casa y no avise a la policía. La vigilamos.*

—Siempre llevo esto conmigo. Uno nunca sabe...

La cara de Sam Rosen se puso de color gris. La mirada iba del papel del anónimo a las páginas recortadas:

—¿Qué vas a hacer, Dash?

—Va a haber que hacer un trabajo de pesquisa muy detallado, que yo no creo que pueda hacer. Me voy antes de que llegue Frisson.

—No, quédate.

Hammett ya estaba de pie:

—Estoy cansado, me levanté muy temprano hoy. Primero fui a ver a Giuliano a Brooklyn para hacer lo que tú no te atrevías y me enteré de que a Irma la soltaron anteayer. Lo ocultaron porque la dejaron ir sin documentos, como quien regala un cordero para cebar al tigre. A las pocas horas un coche la atropelló; no la mató pero quedó malherida. ¿Lo sabías?

Sam agitó la cabeza:

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque Giuliano tenía razón.

—¿Qué más te dijo el teniente?

—No, Sam: el otro, el siciliano.

—Ah... claro —el abogado meneó la cabeza, miró los papeles sobre el escritorio—. Dime que en realidad nunca fui amigo de Phil Frisson y me sentiré mejor.

—Tal vez. Pero sí eres amigo mío. Inevitablemente.

Sam frunció el entrecejo:

—¿Por qué lo dices?

—Porque hoy, antes de venir para acá, fuiste al departamento de Phil y de su hermana.

Hammett se detuvo pero Sam no llegó a esbozar una réplica.

—Lo sé porque yo estaba ahí y te vi entrar —prosiguió—. Ya te dije que me levanté temprano; había cosas que no me dejaban dormir. En fin... No sé por qué ni para qué, pero estuviste allí. Y eso me basta para darle la razón al siciliano.

Sam Rosen seguía de piedra.

Hammett recuperó la revista y plegó el papel del anónimo. Ya se iba.

—Déjame eso, por favor —dijo Rosen y le retuvo la mano—. Yo me ocupo.

Hammett lo miró en silencio y después de un momento dejó la *Newsweek* sobre el escritorio:

—No la pierdas, Sam.

Se guardó el anónimo en el bolsillo, dio media vuelta y salió de la oficina. Saludó con un gesto a Jenny, abrió la puerta del despacho, la cerró, y se fue andando lentamente por el pasillo. Acaso esperaba que su amigo corriera tras él. Tal vez, pero no podía pensar muy claramente. Llamó a los tres ascensores. Dejó pasar el primero, también el segundo. Miró un par de veces hacia atrás. Cuando tomó el tercero alcanzó a ver, de soslayo, que Phil Frisson se bajaba apurado del otro, del que venía de planta baja.

Salió a la acera soleada, cruzó la calle y entró a un bar de puertas vidriadas, estrecho y profundo, ubicado justo enfrente. Al lado de la entrada había una cabina telefónica desde la que podría hablar sin dejar de vigilar la salida del edificio.

Llamó a la clínica del doctor Leggett y preguntó en qué horario podría

visitar a Nell Martin.

—¿Quién habla? —dijo una joven voz femenina.

—Dashiell Hammett.

—¿Usted es pariente?

—Un amigo.

Esperó un par de minutos. Imaginaba a la mujer explicando quién llamaba. Un amigo, había dicho. No había mentido, no había otra cosa que pudiera decir. De pronto, el propio Leggett se puso al habla. El médico dijo casi efusivamente que lo recordaba, se mostró honrado de hablar con él y finalmente le indicó los horarios de visita, con la salvedad de que la señorita Martin estaba bajo permanente vigilancia policial y que no podría hablar a solas con ella.

—Mejor —dijo Hammett. Dio las gracias y cortó.

Sin dejar de observar la entrada del edificio de las oficinas de Sam, consultó una tarjeta manuscrita que sacó de su cartera y llamó al Precinto 71 de Brooklyn. Preguntó por el teniente Frank Giuliano. Lo comunicaron inmediatamente:

—Giuliano —dijeron del otro lado.

—Soy Hammett, hablamos esta mañana por el caso de Irma.

—Sí, señor Hammett, dígame.

—Tengo pruebas o al menos evidencias que involucran a alguien más en el rescate de Dickinson. Nell Martin no miente.

—Bien. ¿Tiene que ver con el sujeto del que hablamos?

—Sí.

—No me diga más nada por teléfono. Venga a hablar conmigo.

—¿Cómo está la chica?

—Irma está mejor. Se repondrá del golpe. Además, encontramos el auto y al tipo que la atropelló...

—¿Quién es?

—Nadie, cualquiera, dos chicos borrachos robaron un coche, iban rápido. Parece en serio que fue un accidente.

Hammett no pudo ocultar su decepción y Giuliano pareció darse cuenta:

—¿Esperaba otra cosa? ¿La trama no lo convence?

Hammett estuvo a punto de decir algo más pero permaneció en silencio.

—Tengo más de una hora de viaje, teniente. Y ya lo hice una vez, hoy —dijo finalmente.

—Tómese un taxi, pagamos acá.

—Nunca recibí un dólar de la policía.

—No haga literatura, Hammett.

—Lo vuelvo a llamar.

Colgó y salió de la cabina.

El bar estaba lleno de gente y de ruidos. Se sentó en el extremo de la barra rumorosa y concurrida y pidió un café liviano. Recogió un periódico abandonado en el taburete inmediato y consumió un par de cigarrillos mientras miraba los titulares sin dejar de vigilar el movimiento en la acera de enfrente. Pero no llegó a la sección de noticias de policía porque un ruido poderoso lo sobresaltó, hizo vacilar el pocillo en su mano.

Fue un impacto violento y sordo, como de choque, que se superpuso al rumor ambiente e incluso a las chillonas *Silly Symphonies* del televisor blanco y negro que tenía sobre su cabeza. El estruendo hizo que todos los tripulantes de la barra se volvieran al unísono —como un conjunto coordinado de remeros— volteando la mirada hacia el exterior del bar y la claridad del mediodía.

Después de unos segundos de silencio afuera hubo gritos y algunas corridas, la gente cruzaba la calle, se desplazaba de derecha a izquierda, miraba hacia arriba.

Hammett dejó las monedas del café, se bajó del taburete y se sumó tardíamente a los parroquianos que ya se agolpaban en la puerta. Finalmente consiguió salir; había mucha gente en la acera.

—Alguien se tiró —dijo uno que volvía de enfrente—. Cayó sobre un coche.

Miró hacia arriba y vio a una mujer asomada en una ventana alta. Contó los pisos. Eran once, y la mujer podía ser Jenny.

—Que sea Frisson —pensó o dijo Hammett por lo bajo—. Por Dios, que sea Frisson...

## 30. Toses, toses

El cadáver de Samuel Rosen, la fotografía del cadáver tirado en la acera de Samuel Rosen, *un exitoso abogado de 31 años*, apareció ese mismo día en la primera plana del vespertino sensacionalista *The Daily Graphic* bajo un obscuro titular en cuerpo catástrofe: *Flores Gratis*.

Minutos antes del mediodía, el fotógrafo de sucesos Tim Forbes, que volvía a su periódico tras un reportaje y que por casualidad pasaba frente al edificio Big Jumper de la 23th Street, había conseguido la exclusiva antes de que el personal policial del Precinto 14, la brigada encabezada por el teniente Ron Carter, interviniese, cubriera el cuerpo y despejase el lugar.

Al parecer, tras hacer impacto en el techo de un sedán Plymouth gris modelo 47, Rosen había rebotado hasta la acera para quedar finalmente caído junto a un puesto de venta de flores. La fotografía mostraba un par de cubos de rosas y geranios derramados a un costado del cuerpo, que aparecía de lado, con la mano derecha caída sobre el bordillo y como si estuviera descansando la cabeza sobre el brazo izquierdo extendido hacia arriba. Tenía los ojos abiertos, la boca abierta, aunque la mandíbula estaba sin duda fuera de lugar. No se veía sangre ni tampoco heridas aparentes.

La crónica explicaba que la florista Brenda Cooper, luego de superar el estado de shock que le produjo la caída del cielo de un cuerpo de setenta kilos prácticamente a sus pies, declaró que la mancha de sangre negra había comenzado a crecer, de a poco, sólo después de unos minutos.

Cooper, que describió al muerto como *un joven muy atento* que tenía su oficina en ese mismo edificio y *que varias veces le había comprado ramos de*

*flores para su madre*, declaró que lo que le produjo más horror fue el hecho de que el hombre gritaba en el aire, y que por eso levantó la cabeza y pudo verlo caer los últimos segundos.

La crónica confirmaba que Rosen —según el testimonio de su secretaria (cuyo nombre permanecía en reserva)— había caído desde una ventana de su propia oficina profesional en el piso once del Big Jumper en circunstancias que aún estaban en investigación. Una versión indicaba que en el bolsillo interior de la chaqueta del abogado, además de su documentación y habituales objetos de uso personal, se habían hallado dos paquetes de diez mil dólares cada uno en billetes grandes. Este dato clave y significativo no había sido confirmado.

No había indicios suficientes para sostener aún la hipótesis de que se tratara de un suicidio, un accidente o un eventual asesinato. Por lo pronto, la secretaria había prestado espontánea y profusa declaración y permanecía demorada en dependencias policiales, en calidad de testigo presencial. El único técnicamente detenido, aunque sin cargos firmes, era un joven que estaba con Rosen en la misma habitación cuando se produjo la tragedia. La policía lo había encontrado en el lugar del hecho presa de una intensa crisis de nervios y llanto. No había ofrecido resistencia. Su identidad permanecía en reserva, aunque cabía suponer que se trataba del joven asistente del abogado, que trabajaba en la misma oficina.

La crónica terminaba allí.

Hammett bajó el periódico, lo dejó a un costado sobre el largo e incómodo asiento de madera y apoyó la espalda contra la pared pintada de gris brillante. Sintió una especie de mareo o vahído y se contuvo, temeroso de derrumbarse contra la mujer de color que esperaba, con una niña en brazos, a su lado. Cerró los ojos hasta recuperarse. Los abrió. El bullicioso entorno volvió a

estar en su lugar. El gris de las comisarias neoyorquinas —y más aún en las barriales— pretendía la sobriedad del gris militar de las oficinas del Ejército pero no lo conseguía. Era una versión epigonal, en el fondo barata, como las farmacias y droguerías que pretendían el blanco y el metal de los quirófanos, un rigor sólo aparente.

El oficial de guardia de la tarde, un hombrecito delgado y calvo de ilegible apellido polaco —la identificación iba del esternón hasta casi la axila— al que todos llamaban amistosamente *Polsky*, trataba de poner cierto orden en el incesante devenir de gente y de cuestiones, y lo lograba. Operaba como un *catcher* despierto y expeditivo, mucho más dinámico que Warley, el de la mañana, un mazacote rubio, cuadrado e inevitablemente irlandés, de ojitos claros y pequeños que se pretendían inquisitivos. De todos modos, Hammett sentía que ambos lo habían atendido con displicente condescendencia.

No les gustaba que alguien se presentara sólo para hablar con un superior sin especificar el motivo.

—¿El teniente lo espera, señor... —y consultaban el nombre recién apuntado— Hammett?

—No, lo mío es inesperado.

Ésa había sido la fresca respuesta de la mañana ante el lento irlandés.

—No, lo mío es desesperado —había sido la respuesta de la tarde frente al polaco.

Pero no estaba para retruécanos. Después del interminable viaje en subterráneo y de caminar diez calles sin conseguir un taxi había llegado exhausto. Sólo había dicho que era urgente, que el teniente sabía de qué se trataba, que podía esperarlo hasta que regresara.

Pero ahora ya no estaba seguro de que podría. Apenas sostenía la voz, que apenas sostenía el cuerpo. Hacía demasiadas horas que no podía tragar nada. Incluso había vomitado en la calle el café aguado del mediodía cuando se asomó entre tantas cabezas y reconoció los zapatos de Sam, y ya ni quiso ni

pudo ni necesitó mirar más.

Menos aún cuando llegó la policía y lo cubrió, o cuando llegó el médico y lo descubrió, lo observó, otros lo fotografiaron, hicieron unas marcas en el suelo, volvieron a taparlo hasta que se lo llevaron y quedó el charco de sangre negra, diluida por el agua derramada de los cubos de flores.

Mientras, Hammett había vuelto un par de veces a la cabina del bar para llamar infructuosamente al teniente Giuliano. La primera vez estaba hablando por otra línea y la comunicación se cortó; para la siguiente debió esperar que la desocuparan los periodistas que comenzaban a llegar y a pasar sus informes. Cuando finalmente pudo comunicarse le habían informado que acababa de partir y no dudó en pensar que la muerte de Sam Rosen lo había sacado de su jurisdicción y de Brooklyn, que estaría sumado a quienes se ocupaban del caso.

Retornó a la calle y permaneció —sin saber demasiado bien por qué— en primera fila tras el cordón policial que se formó en la puerta del edificio, hasta que una hora y media después vio cómo se llevaban a Jenny y a Frisson cabizbajos y los subían a un patrullero del Precinto 14. Apenas se liberó el acceso al Big Jump subió hasta el piso once sólo para poder verificar que la oficina de Sam Rosen permanecía cerrada, con banda precintada y bajo rigurosa custodia. Un agente lo hizo circular de mala manera y sólo pudo confirmar que no había quedado nada ni nadie adentro. Y tampoco nada por hacer ahí. Pero no tenía energía para otra cosa que no fuera esperar. Un par de veces se sorprendió —ante la sensación de emergencia que lo superaba— pensando en que debía llamar como siempre a Sam o pedirle a Donald que se ocupara. Pero estaba solo.

Ahora faltaban diez minutos para las cinco, hacía casi diez horas que andaba fuera de casa y una hora que esperaba al teniente Giuliano. Le costaba respirar con fluidez y dos veces los accesos de tos lo habían llevado al baño con el pañuelo pegado a la boca. Cada vez que tosía espiaba el pañuelo con la

incertidumbre de los viejos, penosos tiempos en que la enfermedad era casi lo único que pasaba en su vida.

En algún momento se adormeció y de pronto estaba sentado en un bus y escuchaba la discusión de dos tipos que iban como él a Brooklyn y no se ponían de acuerdo sobre una dirección y cómo llegar y uno de ellos tenía un mapa y el otro conocía el lugar y discutían a partir de ahí. Él se metía en la conversación airada y decía que era una disputa imposible porque sólo los muertos conocían Brooklyn. Y se volvían hacia él y le decían de qué hablaba si acaso estaba muerto para saberlo. Y él les decía seriamente que sí, que estaba muerto tan muerto como Thomas Wolfe, que era el mejor de los escritores muertos vivos. Eso decía: el mejor de los escritores muertos vivos. El mejor.

Lo sacudieron:

—El teniente acaba de llegar y lo espera —la cara de Polsky estaba a centímetros de la suya—. Vamos, despiértese.

Lo siguió.

Frank Giuliano estaba colgando la chaqueta en el perchero, en mangas de camisa, con la pistola en la sobaquera y de espaldas a la puerta cuando oyó el ruido del picaporte. Se volvió después de unos segundos.

El hombre que el sargento Polkitzuwalski sostenía del antebrazo en medio de la oficina, con las piernas un poco separadas y un pañuelo en la mano, daba la impresión de apenas poder tenerse en pie.

—Señor Hammett, ¿se siente bien?

—He tenido días mejores —alcanzó a articular el hombre flaco—. Incluso una mañana mucho mejor.

—Seguramente. Siéntese, por favor—. Y el mismo teniente le arrimó la silla hasta ponerla frente a él, del otro lado del escritorio.

Hammett se dejó caer con un suspiro e inmediatamente, como si rebotara, tuvo un ataque de tos que lo dobló hacia adelante, durante un largo minuto lo obligó a mantenerse aferrado con la mano izquierda al apoyabrazos mientras con la otra se llevaba el pañuelo a la boca. Cuando se enderezó tenía la frente sudorosa.

—¿Un vaso de agua?

El hombre flaco asintió con la cabeza, sin decir palabra. El sargento Polsky salió al pasillo y volvió del expendedor con un vaso lleno.

Mientras Hammett bebía a pequeños sorbos, el teniente Giuliano dio la vuelta y se sentó en el borde del escritorio frente a él:

—¿Está enfermo? ¿Qué le pasa? ¿Llamamos al médico?

Hammett sacudió la cabeza en uno y otro sentido, afirmando y negando alternativamente.

—Interrogatorio desordenado... teniente... hablemos de Sam... —dijo al final.

—¿Qué medicamento lo ayuda?

Hammett alzó los hombros como última respuesta, cerró los ojos y se fue deslizando lentamente, como quien se derrama hacia adelante, al suelo. Giuliano lo sostuvo sentado en el piso mientras le hacía un gesto al sargento, que salió de la oficina.

—¿Lo de los veinte mil es cierto? —quiso saber Hammett.

Giuliani afirmó con la cabeza.

—Pero Sam no se tiró —sugirió Hammett sin abrir los ojos.

—No, probablemente lo empujaron —admitió Giuliano—. Todavía no sabemos quién.

—Frisson, lo dije hoy temprano... Frisson... El amigo Frisson —Hammett murmuraba como una letanía—. Frisson... Hay pruebas que lo inculpan.

Giuliano no entendía:

—¿Qué pruebas?

Hammett extrajo del bolsillo la hoja de papel doblada en cuatro.

—Del secuestro. Éste es el anónimo que le dejaron a Nell Martin...

Giuliano desplegó el papel, lo leyó e hizo un gesto de asentimiento.

—Las letras recortadas... —prosiguió Hammett—. Las sacaron de una revista que estaba en la oficina. Una *Newsweek* del año pasado. Yo la vi y se la di a Rosen.

—¿Por eso me llamó?

Hammett asintió y tuvo un nuevo ataque de tos, cerró los ojos:

—Cuando Sam lo acusó, Frisson lo mató.

—Entiendo... —el teniente miraba el anónimo—. Entiendo... ¿Y dónde está la revista?

Hammett meneó la cabeza, entre culposos y decepcionado.

Volvió el sargento con el médico del precinto, que apartó a Giuliano y se llevó a Hammett. Atravesaron el pasillo con el hombre flaco —un pelele a la rastra—, lo depositaron sobre la camilla de la enfermería y cerraron la puerta. Al momento, Giuliano se asomó:

—Avísenme apenas reaccione.

No le contestaron. Volvió a su oficina con el anónimo en la mano y llamó al Precinto 14.

—Habla el teniente Giuliano, deme con Carter.

El teniente Ron Carter se puso de inmediato.

—Soy Giuliano. ¿Alguna novedad sobre lo de Rosen?

—La chica no vio nada y Frisson sigue diciendo que Rossen se tiró.

—¿Y sobre los billetes?

—El informe del banco que pidió, teniente, lo tendremos recién mañana —había cierto fastidio en el tono de Carter—. Nos dirán, si pueden, si los billetes son de ellos. Hasta entonces no tendremos cómo asociar lo de

Dickinson con esto.

—Lo sé, gracias. ¿Movieron alguna cosa, sacaron algo del lugar?

—No. Está todo igual, hasta mañana.

—En la basura, restos de ceniza... —insistió Giuliano.

—¿Qué busca, teniente?

—Una revista.

—Revistas... creo recordar que había varias, sobre la mesa...

—Un ejemplar de *Newsweek* viejo —precisó.

Giuliano escuchó la risa contenida del otro lado.

—Es evidencia, Carter, no es broma —insistió—. ¿Podemos ir a echar una mirada al lugar?

—Mañana. Necesitamos autorización del juzgado para volver a entrar.

—Tiene que ser ahora. Tengo un testigo hoy, no sé si podré contar con él después —dramatizó Giuliano—. Y mañana el caso, los dos casos, estarán resueltos, teniente. Llamamos a la prensa a las diez de la mañana, le prometo. Habla usted.

Carter no sabía si reír o insultarlo:

—Vengan. Pero ya —dijo resignado.

Atardecía en los cristales del Big Jumper cuando entraron al despacho de la undécima planta. Hammett iba adelante, con un agente que lo sostenía del antebrazo, con Giuliano y Carter a ambos lados. Debieron encender las luces y fueron directamente —sin palabras mediantes— a la pila de revistas sobre la mesa de recepción, que parecía más ordenada de lo que Hammett recordaba. Él mismo las revisó, primero someramente, luego en detalle, sin resultado. Después que el resto del personal verificase que tampoco había nada en el resto de la recepción, pasaron al escritorio de Sam. No había nada tampoco allí, ni encima de la mesa ni en los cajones que alguien revisó con guantes, ni

en el suelo. Al lado, la oficina de Frisson conservaba aún la puerta de comunicación abierta pero la ventana siniestra había sido cerrada. Por ese hueco se había deslizado Sam Rosen. Hammett observó hasta el último rincón hasta admitir que no había nada. Ni una hoja suelta, ni un bollo de papel en el cesto, ni un puñado de cenizas frías.

A diez minutos de haber llegado, no había nada que hacer allí.

—Vamos —dijo Carter con fastidio—. Y que nadie vuelva a revolver acá.

Frank Giuliano, en silencio, puso casi instintivamente la mano sobre la flaca espalda de Hammett, que se dobló en un ataque de tos convulsivo que pareció no tener fin, duró casi todo el viaje en ascensor.

Los esperaban los dos patrulleros con las luces encendidas pero debieron aguardar que una grúa del servicio de tránsito terminara su trabajo. Estaba removiendo el Plymouth sedán 47 con el techo abollado. La grúa se demoraba y entre los policías crecía el malhumor:

—¡Sacá de una vez ese puto cacharro...! —gritó, asomado, el conductor del primer patrullero.

De pronto, Hammett dijo:

—Un momento, esperen un momento.

Se bajó del asiento trasero del segundo patrullero y caminó con pasos largos pero cuidadosos hasta el lugar, el espacio que quedaba liberado justo enfrente del puesto de flores. Se agachó junto al bordillo de la acera y puso una rodilla en tierra. Estiró la mano y recogió, húmeda aún de agua y sangre, la edición número 921, del 24 de abril de 1952, de *Newsweek*.

La golpeó varias veces contra el muslo para sacarle la suciedad y, sin decir palabra, volvió al patrullero.

## 31. Cuadros de una exposición

Cuando la mañana del martes Linda subió las escaleras con Cinq saltándole peligrosamente entre las piernas y le dejó la bandeja del desayuno en la mesa junto a la cama —hacía tres días que ocupaba la habitación de huéspedes en la primera planta de la casa—, Hammett se despertó con la sensación ingrata de que acababa de escapársele un sueño que hasta hacía segundos lo hacía feliz. Pero cuando el cachorro le lamió las manos, sintió el olor del café y reconoció las perdidas ganas de comer las tostadas con queso untable y mermelada de naranja se sintió mejor, y se dijo que después de todo acaso sería capaz de cumplir su promesa de estar presente en la inauguración de la muestra de Gus.

La había formulado como una forma de tranquilizar a sus anfitriones la misma noche que el patrullero del Precinto 71 de Brooklyn lo dejó, con médico y todo, en literales brazos de los varones Irongate.

Tony se asustó porque nunca lo había visto así, en medio de una crisis; Gus sintió que en algún lugar cerraban las cuentas por las veces que el socorrido había sido él. Aislados, ensimismados en el trabajo de preparación de la muestra y de reparación del vínculo, padre e hijo no habían mirado la televisión ni escuchado la radio. Recién con las noticias y los periódicos del día siguiente se pondrían al tanto de los pormenores de la muerte trágica de Sam Rosen e intuirían parte de la agonía del amigo.

Pero en ese momento todo había transcurrido como en un sueño. En la oscuridad apenas cruzada por la luz blanca de los faros del patrullero que estiraba las sombras, mientras el hombre nunca más flaco le pedía a Tony que trajera de la cabaña los medicamentos que él tomaba, un policía que se

presentó como el teniente Frank Giuliano llevó aparte a Gus, lo puso someramente al tanto de los inconcebibles sucesos del día y le recomendó que cuidara de Hammett hasta que estuviera en condiciones de comunicarse con él.

—¿Cómo está Dash?

—Destruído —dijo el teniente—. Pero podrá y deberá quedarse quieto. No lo molestaremos más. Incluso no aparecerá vinculado a los hechos.

—¿Qué hizo?

—Supongo que él le contará, si quiere. Aunque lo dudo.

—Yo también —ratificó Gus.

Y así fue. Durante todo el fin de semana Hammett durmió; y calló cuando no dormía. El lunes llamó Giuliano pero sólo habló con Gus, que le transmitió su mensaje:

—Frisson declaró y quedó detenido.

Hammett asintió:

—Gracias, Gus —dijo apenas. Y volvió la cabeza contra la pared.

Pero el martes, después de desayunar y con Linda y Cinq dando vueltas por el cuarto, Hammett se sintió algo mejor o al menos dispuesto a aceptar que no iba a poder quedarse tirado así para siempre. Se levantó, preguntó por Gus — que ya había viajado temprano a New York pero que lo llamaría— y estuvo hablando por teléfono con la clínica de Leggett, con el teniente Giuliano y nuevamente con la clínica. Linda le trajo el periódico, que leyó hasta el mediodía. Después dio un par de vueltas por el parque, fue a su cabaña, se dio una ducha, se rasuró y, sentado en el sillón con la bata a rayas y las piernas estirada, fumó el primer cigarrillo de la semana.

En ese momento comenzó a recordar el sueño de la noche anterior. Era consciente de que la memoria en diferido elaboraba relatos parciales, versiones pobres o sesgadas de secuencias complejas, armaba algo con los

residuos. Pero ya sabía o estaba resignado a aceptar que todo eran versiones. En el fondo, ya fuera lo vivido, lo leído o lo soñado siempre eran versiones, no había otra cosa.

Golpearon a la puerta de la cabaña.

El nuevo jardinero, un muchacho pequeño y ancho con sombrero de paja que compartían con el viejo McConnell desde la huida de Poynton, le avisó que lo llamaban por teléfono.

—¿Hombre o demonio?

El muchacho frunció el entrecejo.

—¿Quién me llama? —explicó Hammett.

—No dijo. Una mujer. Se oye mal.

—Gracias, Barker —y salió tras él.

Cuando levantó el auricular escuchó rumores de lejanías, una voz que se esforzaba.

—¿Nell? —aventuró.

—¿Dash?

—Sí.

—Soy Lillian, Dash. ¿Con quién me confundiste?

—Lillian... Se oye muy mal. ¿Dónde estás?

—En París, en Gallimard, usando el teléfono de la editorial. Me enteré recién por Pat de lo de Sam Rosen. ¿Cómo estás con eso?

—Estoy bien.

—¿Seguro? ¿Cómo fue?

Hammett se sentó en el sillón. Cruzó las piernas y dijo:

—No fue suicidio. El socio lo tiró por la ventana.

—¿Cómo?

Lo repitió en voz más alta y lentamente. Ella no oía bien y debió repetirlo un par de veces más. Se sintió absolutamente expuesto y desgraciado.

Lillian entendió, trató de consolarlo y él sintió que no podría soportar

mucho más la conversación.

—Anoche soñé contigo —dijo como quien retribuye quién sabe qué.

—¿Soñaste?

—No podemos hablar así, Lillishka. ¿Cuándo vuelves?

Lillian le explicó que se demoraba por lo menos una semana más, que viajaba a alguna parte antes y que llegaría justo para el estreno. O al menos eso creyó entender.

—Dile a Duhamel que no hay novela —dijo Hammett de pronto.

—¿Cómo?

—Dile a Duhamel que no habrá nueva novela.

—¿Por qué? No le diré eso.

—¿Está ahí contigo?

Lillian le dio a entender que estaba usando el teléfono subrepticamente.

—Tengo que cortar, te llamo más tarde —dijo de pronto—. Cuídate, Dash.

—Estaré en la exposición de Gus.

—Cuídate. Tengo que cortar.

Y cortó.

Hammett colgó el auricular y de inmediato comenzó a toser. Linda lo encontró hecho un nudo, encogido en el sillón, y le dio un té caliente. Tardó en volver a respirar con normalidad, pero cuando una hora después llamó Gus ya estaba repuesto, y ratificó su mejor disposición para acompañarlo:

—Tú ven a buscarme que yo te traigo, como siempre —propuso jovial.

—No será necesario. ¿Te duele aún?

—Sólo cuando respiro.

—Pésima costumbre —dijo Gus—. Te quiero listo, con las gafas limpias, peinado y elegante en cuarenta minutos.

—Ahí estaré.

Entonces regresó a la cabaña, se vistió como para las grandes ocasiones y esperó el taxi que lo llevaría hasta Manhattan con la compostura formal y el

aire ausente de un propietario rural victoriano que toma el carruaje a la ciudad.

La muestra de Gustave Irongate ocupaba la casi secreta sala del subsuelo, la menor de las tres de la renovada galería Present Continuous Arts. El espacio, ubicado estratégicamente en una inevitable esquina sur de la Séptima a la altura del Village, había cambiado hacia muy poco de nombre y de dueño con manifiesta intención de actualizarse, apostando sobre todo por los nuevos creadores.

Era temprano aún cuando Hammett se asomó y descendió hasta el primer tramo de la escalera. Del subsuelo subía, por encima del murmullo casi inaudible de las conversaciones, el sonido grueso y pesado de un saxo barítono que se complacía en su condición. No reconoció a nadie en los pocos y dispersos grupos, y volvió a subir.

Un paseo por las otras dos plantas de la galería le demostró un poco paradójicamente que los contenidos retratos de Gus eran sin duda mucho más innovadores que los rutinarios exabruptos de no confesos copistas de De Kooning y Pollock que saturaban las paredes de las restantes salas.

Al volver un cuarto de hora después, el acceso al subsuelo estaba lleno de gente y vio a Nell conversando con alguien a quien tardó en reconocer como el imprevisto doctor Leggett. Ella tenía buen aspecto y se la veía animada; él disimulaba bien, con oficio, su condición de cancerbero.

Hammett se acercó y, tras el saludo formal, el médico se despidió sin transición ni necesidad de excusa alguna:

—La estaré esperando aquí mismo a las nueve, señora Dickinson —dijo afablemente—. Señor Hammett...

Volvieron a estrecharse las manos y Leggett se dirigió hacia la salida.

Nell se dio vuelta sonriente:

—¿Qué opinas?

Hammett enarcó las cejas:

—Bien, muy bien. Después de hablar con él y con Giuliano esta mañana supuse que te pondrían un uniformado que te respirara en la nuca.

—Quiso venir él mismo, Dash. Es un caballero, como tú —y le apretó el brazo.

Hammett dio un vistazo en derredor, miró su reloj:

—Ya veo: cincuenta minutos y a casa. Tienes un permiso como el de Cenicienta.

—Ojalá; aquel era hasta las doce. Los cuentos de hadas ya no son lo que eran.

—No te quejes, princesa por horas. El baile en el palacio empezaba más tarde... —Hammett dio un paso atrás para mirarla—. Está muy elegante, señora Dickinson.

Ella asintió complacida, se alisó la falda:

—Hoy recuperé el vestido.

En ese momento la estatura dominante de Roald Dahl y la cercanía inmediata de la luminosa Pat Neal en la puerta de la galería los hizo insoslayables a las miradas curiosas. Después de un momento de repartir gentilezas, ella descubrió a Hammett y se acercó repentinamente seria, le dio un beso y un abrazo:

—Me enteré de lo que pasó con tu amigo, ¿cómo estás?

—Bien, dentro de lo que cabe.

—Cuenta conmigo... Con nosotros —se corrigió ella.

—Claro.

Se encontraron las miradas con Dahl, en serio segundo plano, y Hammett dijo:

—Roald, te debo una disculpa.

El noruego concedió con leve inclinación:

—Es recíproca.

Pat observó a uno y otro.

—¿De qué hablan?

—Lo pisé en la calle —dijo Hammett.

—Le cerré la puerta del ascensor en la cara —dijo Dahl.

Ella buscó complicidad en la mujer que estaba junto a Hammett:

—Los odio —le comentó.

—Soy Nell Martin —dijo Nell, y le extendió la mano.

Mientras ellas conversaban, Dash y Dahl se volvieron juntos hacia el hombre vestido enteramente de negro que, a contramano de la mayoría, subía la escalera con una sonrisa cansada.

—¿Qué hay abajo, señor? ¿Vale la pena? —dijo Hammett—. El saxo suena amable y nuestras compañeras quieren bailar.

—No bajen —dijo seriamente el que subía—. Son cuadros.

—¿Cuadros? Al menos habrá donde sentarse —insistió el hombre flaco.

—No pusimos porque la gente se duerme.

Dahl sonrió y Hammett los presentó:

—Roald, él es Gustave Irongate.

—Lo suponía. Soy Roald Dahl.

Gus se iluminó dentro de lo que se lo permitían los sedantes e inmediatamente elogió un cuento de Roald del que no recordaba el título que había leído en el *Saturday*:

—El de la apuesta: el chico del mechero y el viejo con la cuchilla... — describió con entusiasmo.

—*The Man From the South*. Pero no salió en el *Saturday* sino en *Collier's*.

—¿Lo has leído, Dash?

—No, pero creo que Roald me amenazó con él hace unos días.

—Exactamente —dijo Dahl—. Y por favor no se lo cuente, Gus. No se lo merece.

—No es para alguien como yo —admitió irónicamente Hammett.

—Seguro.

Tras dejarles la invitación de reencontrarse más tarde para ir a cenar juntos, Gus Irongate siguió la ronda de saludos y Dahl volvió a reunirse con Pat. Hammett comenzó a mirar en todas direcciones:

—Vamos a ver la muestra, Dash —dijo Pat apoyando la mano en su brazo y la mirada en sus ojos—. Tu amiga ya regresa. Fue al lavabo.

—Gracias.

Al cabo de cinco minutos salió a buscarla. No estaba en la zona de los servicios; no había subido a ver las otras muestras. Tampoco estaba en la calle. La encontró en la barra del bar de al lado, abstraída, inclinada frente a un bourbon doble que sostenía con ambas manos.

Se acercó en silencio, le tocó el brazo y ella se volvió:

—Ah... Dash, querido —soltó el vaso como si quemara y depositó ambas manos sobre los muslos—. Me asustaste.

—¿Qué haces?

—Nada, ya me iba —se alisaba la falda del vestido—. Tuve que ir al toilette, Dash. Son unas ganas repentinas, efectos de la medicación.

Hammett la tomó del brazo, la bajó del taburete y la condujo al reservado del fondo. Volvió a la barra y puso el dinero:

—Cóbrese.

—Era el segundo —dijo el barman.

Hammett cambió el billete:

—Agregue dos cafés livianos.

Cuando regresó, Nell estaba de pie junto a la mesa, con la palma apoyada y la cabeza inclinada sobre el hombro:

—¿Te gusta mi vestido recuperado?

—Te dije que te queda muy bonito. Pero ahora siéntate, Nell —y él se sentó—. Tenemos que hablar.

Ella no le hizo caso y permaneció de pie:

—¿Hablar de qué? ¿Otra vez de lo de Sam? Cuando lo supe llamé a la madre. Habíamos quedado casi amigas, ¿sabes? Le dije que tenía su vestido para devolverle. Ella me lo agradeció y me envió el mío. Lo tenía preparado, lavado y planchado. Sam no alcanzó a dármelo.

—¿Cómo estaba?

—Ya lo ves —y Nell dio un medio giro.

Hammett la observó con extrañeza:

—No digo el vestido, Nell. Hablo de ella, de la madre de Sam Rosen.

—Ah... Ella, dices... —Nell bajó la cabeza y la meneó durante interminables segundos, después se dejó caer sobre el asiento y habló mirando a un costado—. Ella estaba mal, muy mal, Dash. Y es comprensible. Pero de algún modo debía saber que eso terminaría así.

—¿A qué te refieres?

Nell levantó la mirada y Hammett sintió que ella lo desconocía, como si lo viera por primera vez.

—¿Cómo a qué me refiero? A la relación con Phil Frisson —hizo un gesto con la boca torcida—. Una madre, aunque lo niegue, es la primera en saber que su hijo es homosexual.

Hammett parpadeó.

—Una lástima, un desperdicio de chico —concluyó ella; y parecía verdaderamente afectada.

—¿De dónde sacas...?

Pero ella no lo oía. De pronto su cara se transfiguró en una mueca de profundo desprecio:

—El otro no, ese mocoso Phil Frisson... Una basura que mira la realidad sólo por el ojo de su culo roto... Y por eso cree que todos y todas, Irma y yo,

somos como él.

—¡Cállate!

Fue como un golpe. Nell se echó hacia atrás, se puso fuera de distancia, permaneció así durante largos segundos:

—No lo sabías... No... lo... sabías... —dijo como si las palabras gotearan, se le cayeran de la boca—. Lo siento, Dash, pero era muy evidente.

Hammett no dijo nada. Llegó el barman y dejó los dos cafés.

—A mí me bastaron tres minutos, en el hotel, esa noche... —prosiguió ella; y ahora la voz vacilaba todavía un poco más, como si la cuerda, la tensión que sostenía su fraseo, se hubiese distendido—. Un chico dulce... que vive con la mamá. Y cómo te miraba y te admiraba... Te tenía ganas...

—Cállate ya, por favor.

Pero ella no podía, estaba más allá de todo:

—¿Sabes qué me pasa contigo, Dash...? Tengo demasiada competencia, siempre. Hoy, encima, me dejas sola con esa estrellita que miraba a través de mí... como si no existiera. Apenas te alejaste no me dirigió más la palabra, Dash... Me di lástima, ¿sabes? Y tú también me dabas un poquito de vergüenza, encandilado con ella como un viejo patético... No pude soportarlo. Y ya ves...

Hammett había quedado en silencio, tomaba su café y ni siquiera miraba a Nell.

—Discúlpame, querido... Tú me sacas a pasear y yo te arruino la salida —prosiguió ella después de un largo rato—. No quería decir eso que dije recién. ¿De qué querías hablar, Dash? ¿Es bueno tu amigo Gus...? Ni siquiera vi las pinturas... Podemos ir.

Él meneó la cabeza y miró el reloj. Faltaba sólo un cuarto para las nueve.

—No me parece buena idea intentar bajar esas escaleras. Sólo toma tu café. Y trata de comportarte un poco si no quieres morirte de un cóctel fatal de bourbon y pastillas o quedarte a vegetar en la clínica hecha una marmota.

Ella asintió:

—Qué panorama... —y después, desde detrás de la taza—: No le cuentes al doctor Leggett.

—No será necesario.

Hammett sintió con crudeza que no quería estar allí, que no servía para nada que estuviera allí, que no volvería a verla porque no quería volver a saber de ella.

—Pero ten en cuenta una cosa, y lo digo para tu futuro inmediato, Nell —arrancó en automático, como si quisiera, cuanto antes, salir sin culpa de sentimientos desagradables—, que aunque hayas recuperado tus veinte mil tendrás que completar un par de casilleros formales más para subir sobria a un estrado, conseguir que un tribunal te crea, y finalmente salir de toda esta mierda como una viuda rica y atractiva.

—¿Tú me ayudarás?

—No. Dadas las circunstancias, no te favorecería en nada que me tuvieras públicamente de tu lado. Además, hasta hace poco tenía un abogado de confianza para recomendarte, pero ahora ni eso. Se convirtió en parte del problema.

—¿El problema de quién?

—Tuyo, o nuestro, si quieres —concedió Hammett—. Es un modo de decir. Nell tomó el resto del café. Buscó dentro de su carterita sin resultado:

—¿Tienes un cigarrillo?

Hammett la convidó y se lo encendió:

—Cuidado con lo que haces.

Ella aspiró y soltó el humo un par de veces. Cuando habló lo hizo pausadamente, con una sorprendente, recuperada fluidez:

—Son raros los hombres. Y más si escriben. Incluso los más lúcidos y escépticos, como tú, hay cosas que no pueden o no quieren ver.

—¿A qué te refieres?

—Supongamos que esto fuera una novela. Una novela que tú escribes, Dash. Que no es algo que te suceda sino algo que tú haces suceder... Hay dos cosas que ya decidiste: que Frisson me robó los veinte mil y que Sam lo encubrió. A partir de ahí tienes que armar algo...

Hammett intentó hacer una objeción, pero ella no lo dejó:

—Lo que digo es que no te gusta que te pase algo que no serías capaz de escribir. No lo reconoces... Te gustaría que esto que pasa no fuera esta mierda sino *La llave de cristal* o *El halcón maltés*.

—No soy tan necio.

—Lo eres. Si en esta trama descubrieras que la madre de Phil Frisson tenía una enfermedad terminal, y que él me robó sólo para poder curarla y que su amigo Sam, al enterarse, lo cubrió tras recriminarle en privado, lo absolverías. Lo escribirías, digo. Pero si lo de la madre era sólo una mentira como coartada y que Sam, sabiéndolo, lo encubrió sólo porque estaba enamorado de él, no puedes soportarlo. Como no podrías escribirlo no lo reconoces si te pasa. Las mujeres como Brigid y los homosexuales son más fáciles de cargar con bajezas y traiciones imperdonables por escrito, ¿no?

—¿Adónde quieres llegar?

—¿Recuerdas cuando discutimos el final de *El halcón maltés*?

—Sí, algo recuerdo.

—¿Sigues pensando así? ¿Sigues siendo Spade?

Hammett creía que tenía una respuesta no evasiva para eso:

—El yo del escritor está diseminado: es Spade, es Brigid, es Cairo, es Flitcraft, incluso Archer. Se supone que tú lo sabes.

—Claro que lo sé. El problema es que en esta historia no te gustan las partes tuyas que somos Sam y yo. Creías que te gustábamos; pero las historias que te toca vivir no las escribes tú, ¿sabías eso?

Hammett lo sabía, pero nunca lo había pensado así. Quedó en silencio y observó cuidadosamente a Nell, que ya no lo miraba. Luego de argumentar con

sutileza y lucidez parecía exhausta o, mejor, fastidiada como tras realizar un gran esfuerzo inútil.

—Es bueno el bourbon que tienen acá —dijo mirando hacia la barra.

—Vamos, son las nueve —dijo Hammett.

El doctor Leggett no estaba solo junto a su coche. Un hombre de mediana edad con traza y gestos de alevosa medianía apostaba tácitamente a no ser recordado jamás a su lado. Hammett saludó, se despidió de Nell con un beso en la mejilla y la dejó en manos de los hombres como quien entrega una insospechada agente en un intercambio clásico de película de espionaje.

Una vez que ella subió, Leggett lo llevó aparte:

—Dígame.

—¿Qué quiere que le diga?

El psiquiatra frunció el entrecejo:

—Usted vio cómo está. Como le dije a la mañana, el teniente Giuliano permitió que usted la viera a solas para que sacara sus propias conclusiones. Vio que alucina, dice incoherencias, supone cosas... ¿Le habló del vestido?

Hammett asintió.

—Hubo que comprarle uno esta mañana. Si no iba a venir.

—Entiendo, sí... Noté algunas cosas.

El doctor Leggett necesitó ser preciso, casi docente:

—Del diagnóstico sobre su cordura depende la posibilidad de poder utilizar su testimonio. ¿Ve a lo que voy?

—De algún modo se lo dije a Nell. Pero hay pruebas objetivas.

—Que aporta ella: eso las relativiza ante un tribunal.

—Tengo entendido que Phil Frisson confesó.

—Creo que entendió mal.

—Hablaré con Giuliano.

El policía de mediana edad y mediana estatura que vigilaba solapado la conversación se acercó con pausado paso:

—Vamos, doctor —dijo en voz baja—. Es la hora.

Hammett quedó en medio de la acera. Se volvió por un momento a la entrada de The Present Continuous Arts y luego extendió la mano para detener un taxi:

—A Brooklyn, Precinto 71 —y después, sin transición—. Paga la policía.

Partieron. Segundos después Hammett oyó la sirena de una ambulancia; abstraído, no atinó a volver la cabeza, no alcanzó a verla detenerse en el mismo lugar que acababa de abandonar.

## 32. En busca del Bierce perdido

Dashiell Hammett estaba sentado en el piso, solo, con la espalda apoyada en la pared del cobertizo del pequeño muelle de madera. Eran las once de la mañana. Con los brazos semiextendidos y las gafas apoyadas cerca de la punta de su larga nariz, el hombre flaco leía. Solía hacerlo durante las últimas semanas, ahora que por fin la primavera parecía emplearse a fondo, y el remoto deshielo vigorizaba las aguas del lago nunca tan lleno de aves en moderada agitación de cortejo. Consciente de las dificultades que el ambiente le planteaba para mantener sujeta la atención, había decidido alternar las minuciosas parrafadas del tercer tomo de Proust con las breves definiciones del *Diccionario del Diablo*. En realidad, arrancaba cada mañana con Albertina pero cuando se sorprendía distraído leyendo por tercera vez el mismo párrafo, dejaba el parsimonioso mundo de Guermantes a un lado y disfrutaba, a amargas cuentagotas, las soberbias definiciones de Bierce que iba subrayando con lápiz:

“*Cañón*, s. Instrumento usado en la rectificación de las fronteras”.

“*Espalda*, s. Parte del cuerpo de un amigo que uno tiene el privilegio de contemplar en la adversidad”.

—¿Qué haces acá riéndote solo?

Hammett se volvió. Ahí estaba Lillian, finalmente:

—Prefiero reírme solo a llorar acompañado —dijo bajando el libro. La invitó con un gesto—: Ven para acá.

Lillian meneó la cabeza. Estaba a tres metros del cobertizo, parada sobre el césped al borde de un barrizal que prolongaba la orilla del lago. Se señaló los

zapatos verdes de inusual tacón que combinaban con el vestido:

—No me los compré en Champs Elysées para venir a arruinarlos en el limo americano.

Hammett se puso de pie con cierta dificultad y se acomodó los anteojos para observarla mejor:

—Oh, estás muy *chic*, Lillishka... ¿Cuánto hace que estás ahí?

—Un rato —ella puso la mano a modo de visera—. Tienes un lindo perfil y la luz te daba plena, así, sobre el pelo blanco. No siempre tengo tiempo y oportunidad de observarte tranquila.

—Eso porque no están los perros...

—Es cierto... —ella miró alrededor—. Ni los perros, Dash. ¿Qué pasó?  
¿Orden de evacuación de la autoridad sanitaria?

—Estampida general, mejor. ¿El joven Barker te dijo que estaba aquí?

—¿Quién es Barker? No vi a nadie.

—Es lo más parecido a nadie, precisamente.

—Pasé por la cabaña cerrada y ya estaba a punto de irme. ¿Tienes café?

—Algo debe quedar.

Hammett recogió los libros, hizo un leve rodeo a su izquierda para bajar del embarcadero, dio un paso largo por encima del barro, quedó frente a ella y tras un momento de observarla en silencio la abrazó. Quedaron así largamente; ella se apoyaba en su pecho, él sostenía su nuca. Se apartaron apenas, se besaron.

—Lo necesitaba —dijo ella después.

—Qué bueno.

Dieron media vuelta y comenzaron a caminar hacia el bosque; Hammett le cubrió los hombros con su brazo flaco, y ella abrazó su espalda en diagonal, depositó la mano en la angulosa cadera.

Intercambiaron pormenores, comenzando por el final, los detalles:

—Estás más delgado —dijo ella tanteándole las costillas.

Él se detuvo y le puso su mano sobre la cabeza.

—Y tú más alta; el verde y los zancos te sientan bien.

Volvieron a andar. Las hojas crujían clásicamente.

—Te extrañé —dijo Lillian con la mirada en el sendero.

Él no contestó. Al volverse ella vio que la observaba sonriente.

—¿De qué te ríes ahora?

—No de ti —y le apretó el hombro sin dejar de sonreír—. Escucha esto, Lily, que te gustará: poco antes de que todo acá se fuera al demonio, los chicos salieron de campamento por unos días, a la montaña, y lo pasaron muy bien. Cuando volvieron, Paulie le preguntó a Lola si la había extrañado. La nena abrió los ojos así y dijo, disculpándose: “Uy, me olvidé”. ¿No es extraordinario?

Lillian asintió. Sabía cuánto disfrutaba Dash de los chicos Irongate y eso siempre la enternecía:

—¿Y tú? ¿Te acordaste?

—Yo me acordé cada día de ti —dijo él con formalidad—. E incluso un par de noches soñé contigo. Pero no sé si eso se puede describir como extrañarte. Hubiera querido que estuvieras acá, al menos un par de veces. Y no sólo en la cama.

Lillian le apretó la cintura, apoyó la sien contra su pecho, se empinó apenas para besarlo.

—Anoche te esperé —dijo.

—¿En la cama?

—Eso también, pero después. Creí que irías al estreno. Llegué al mediodía y apenas pasé por mi casa; estuve todo el día en el teatro. Ni siquiera me cambié de ropa. No llamé porque supuse que en algún momento del día aparecerías.

Hammett meneó la cabeza.

—No quiero ni debo disculparme, y menos contigo. Pero te aseguro que no

sé ni en qué día vivo; hace semanas que sólo hablo con Ambrose y Marcel y no he vuelto a ir a Manhattan desde que me llamaste la última vez, cuando estabas en Gallimard y no se entendía nada; la tarde de la exposición de Gus, precisamente.

—¿Cómo está él?

Lillian se había enterado del episodio de lipotimia que había hecho derrumbarse al pintor escaleras abajo y partirse por segunda vez el cráneo en pocas semanas. Al parecer, paradójicamente, la venta ventajosa de tres telas y las dosis masivas de ansiolíticos habían sido casi fatales para el artista.

—Por lo que sé, el amigo Gus sigue reponiéndose de los excesos de la abstinencia en Florida —dijo Hammett—. Y con novia nueva. La chica empezó como enfermera y fue sumando rubros de atención...

—¿Y quién te curó a ti después de lo de Sam? Te oías fatal por teléfono.

—Linda, la mejor. Cómo habrá sido de bueno su trabajo que después de eso se retiró; la retiraron, bah. Nunca más la vi por acá.

—Me dijeron Pat y Roald que te vieron muy repuesto el día de la muestra en la galería pero que apareciste y desapareciste temprano con una mujer.

—Con Nell Martin.

—Ah.

Ella iba a agregar algo pero calló. Siguieron caminando en silencio.

—Y Nell, en términos de elenco estable, es sólo una figura de reparto —consideró necesario aclarar, de pronto, Hammett—. Si dispones de un par de horas, de una buena provisión de racionalidad cartesiana y de algunas arrobas del buen sentido común propio del señor de Montaigne, que probablemente hayas adquirido durante tu estadía *offshore*, te pondré al día respecto de una serie de personajes que poblaron mis alrededores mientras tú hacías el vacío que lo possibilitó.

—De acuerdo. Pero ni siquiera me escribiste.

—Te escribí, acaso demasiado. Incluso te estuve escribiendo hasta ayer,

bien tarde, tras una visita inesperada de la que te enterarás —y ahí ella enarcó las cejas—. Te entregaré mis cartas en mano, fugitiva: allí está todo. Es un método que aligera angustias y evita malentendidos. Ahorra franqueo y gana en franqueza. Vamos a la residencia, que te acondicionaré el salón de lectura.

La cabaña se recortaba en el claro, rodeada del parque al final del sendero.

—¿Quién vino ayer?

—Inquisidores.

—¿El FBI?

—Ojalá; más vulgares: esbirros de Hacienda. Hice mi habitual y sincera declaración de males.

—¿Y ellos?

—Me colgaron de los tobillos —Hammett hizo el gesto—: no cayó un céntimo. Y me hicieron un informe que debí corroborar, claro. En el chapucero documento que elaboraron se deja constancia, por ejemplo, de que el señor Hammett “carece de medios conocidos de vida” y que se declara *insolvente*, que no es lo mismo que *insoluble*, como habían escrito en un principio y corrigieron cuando les mostré la diferencia. No por desagradable dejaba de ser cierto.

Lillian aprobó en silencio mientras imaginaba la escena.

—Dash... —quiso interrumpir.

Pero Hammett retomó con mayores pormenores:

—Según les expliqué, y ahí tomaron nota, Lily, vivo pagando una renta mínima, casi de favor, por no poder acceder a mi única fuente genuina de ingresos, los derechos de autor, retenidos por el fisco.

—Dash...

—Y algo más: una vez que se fueron, fumando cigarrillos que yo mismo les convidé, aproveché mi excelente estado de ánimo y te escribí, como te dije, una carta en el mismísimo reverso de las planillas de impuestos impagos que me dejaron. ¿No es un gesto superador? Pero no hablemos de eso ahora.

¿Estuvo bien el estreno?

—¿Qué?

—¿Qué tal *The Children's Hour*, anoche?

—Ah... ¿el estreno? Bastante bien.

Era una apreciación cautelosa. Lillian había comprado muy temprano los periódicos matutinos para leer las críticas —todas absoluta o moderadamente elogiosas—, pero los había dejado en el coche.

—La bella Pat ilumina el escenario, Dash; pero a veces creo que no sabe qué está diciendo. Tal vez no sea un papel para hacer cuando estás a punto de casarte.

—¿Por feliz o por asustada?

—Asustada por no sentirse suficientemente feliz, tal vez. O tan feliz como para creer que le alcanzará sólo con eso, el matrimonio.

—¿Lo hablaste con ella?

—No, claro que no. La felicité, hubo flores para ella y para la otra, que estuvo peor. Además, ¿sabes qué? —Lillian bajó la voz como si fuera a decir algo que le dolía admitir—. Estoy un poco cansada de que me elogien por razones equivocadas.

—Es lo usual. Raro que no te hayas acostumbrado aún.

—Además, a la pieza le ha pasado algo.

—El tiempo; es lo único que pasa.

—Casi veinte años... Ufff.

—Contrólate. Ya te dije que no tengo ganas de llorar acompañado.

Al entrar en la cabaña los recibió el pesado clima de encierro, el olor decantado del humo de cigarrillo. Hammett abrió las ventanas sin comentarios, despejó de papeles y libros el sofá y fue a la cocina a preparar el café.

—Hay tres o cuatro cartas para ti, creo que en algún lugar sobre la mesa.

A Lillian le costó ubicarse en medio del desorden. Se movió con cierta dificultad entre las pilas de libros y periódicos, y casi tropezó con la máquina

de escribir que yacía enfundada en el suelo, inadvertida y cubierta de polvo como un aerolito caído en el lado oscuro de la Luna. Nada comentó.

Al fin encontró las cartas; eran cuatro, apoyadas contra el teléfono junto a la petaca de bourbon intacta.

—Respetar el orden —dijo él desde la cocina.

Hammett regresó con los dos pocillos mientras ella se internaba, abstraída, en la lectura de la primera. Demoró unos minutos. Cuando la terminó, volvió a colocarla en el sobre, se levantó del sillón en silencio, se acercó a él, que bebía su café de pie, y lo besó. Él le alcanzó la segunda carta y puso un disco de Satie por un pianista finlandés impronunciado que ella le había regalado un par de años atrás y que no había escuchado todavía. Lillian acusó recibo de la cortesía desviando apenas la mirada de la lectura con una leve sonrisa y un sorbo del café.

—Ives Montand no te habrá tratado mejor —dijo Hammett.

—No andaba su tocadiscos, así que me cantó él.

—Puedo intentarlo yo también. No debe ser difícil ponerle letra a un par de *Gymnopédies*.

Hammett tarareó algunas frases sin sentido sobre la liviana melodía.

—Cállate, no molestes —Lillian se quitó los zapatos, subió los pies y se estiró a lo largo del sillón—. Estoy leyendo una carta de mi novio y todavía no sé si quiere terminar conmigo, casarse o proponerme que nos suicidemos juntos.

—No te ilusiones.

Y el hombre flaco se dejó caer en la butaca, retomó su Bierce de cabecera.

Lillian conocía o creía conocer bien ciertas reacciones y mecanismos de Hammett. La prolija pero sin duda expurgada crónica de las últimas semanas que le daba a leer —volcada en las finas hojas de papel de un correo aéreo

que no habían levantado vuelo o en el reverso de un documento en cierto modo aprobioso— funcionaba como una especie de conjuro contra la inesperada o inevitable conmoción efusiva que lo había sorprendido con la guardia baja. Era como si por alguna razón el sistema de seguridad personal del hombre flaco hubiese comenzado a fallar sin aviso y el territorio cercado, celosamente acotado de su intimidad, hubiese colapsado; ante la emergencia, Hammett daba cuenta de sus últimas experiencias con distante, irónico recato.

Donald Poynton en fuga, el trágico Sam Rosen, el fantasmal coronel Tulip, el insólito señor Fanesi, la indescifrable Nell Martin y los tragicómicos Irongate irrumpían y se ausentaban de la crónica para reaparecer como si nada, como si fueran parte del heterogéneo programa de un cabaret por horas—ilusionistas, mimos inexpertos, cantantes satíricos, contorsionistas, bailarines de tap— en sección continuada. Lo notable era que el mismo Hammett aparecía, en el relato, a veces como el crítico sentado en la platea, a veces como el ayudante de la lanzadora de cuchillos, a veces como el mismísimo conejo de la galera, el pianista de la cantante desafinada, el que friccionaba las espaldas del atleta del trapecio o les pagaba a los músicos. En todas partes y en ninguna, el narrador pasaba por las peripecias con la habilidad prescindente del impostor o —peor— del que se cree tal.

“Supongo que estaba mejor cuando lo único que supuestamente me inquietaba era si los venados se dejarían cazar esta temporada”, confesaba con buena letra y sin convicción al finalizar la extensísima tercera carta.

Lillian meneó negativamente la cabeza como si le contestara, y dijo en voz alta:

—¿Quieres que hablemos de por qué me pediste que le dijera a Duhamel que no habría nueva novela?

—¿Se lo dijiste?

—Por supuesto que no.

—Buena chica.

—¿Cómo dices? No te entiendo.

—Sí que entiendes: es probable que yo no sea capaz de escribir una nueva novela, pero eso no tiene nada que ver con tu actitud de suponer, sostener y desear que pueda hacerlo. Quizás te des por vencida sólo después que yo lo haga, y a tu pesar. Por eso eres una buena chica. La mejor, bah.

—Piensas demasiado bien de mí. Podrías imaginarte que no se lo dije para no perder mi prestigiosa imagen de mujer confiable, con acceso exclusivo a los proyectos literarios del enigmático Hammett.

—También hay algo de eso, pero no es lo principal —dijo Hammett, y volvió a la lectura de Bierce.

—Te amo —dijo ella.

—¿Qué?

—Nada.

Y Lillian movió la mano como si espantara una mosca o dispersara en el aire las palabras que habían quedado suspendidas, leves, entre ambos.

Hammett acaso no advirtió el gesto, pero de todos modos leyó en voz alta lo que acababa de subrayar:

—Escucha lo que dice Bierce del patriotismo: “Basura combustible dispuesta a arder para iluminar el nombre de cualquier ambicioso”. Después del doctor Johnson, al que cita con reverencia —porque Bierce es un caballero—, nadie lo ha definido mejor.

—¿El doctor Johnson?

—“El patriotismo es el último refugio de un canalla”, célebre.

—¿Cómo sabes tanto de tantas cosas? —Lillian se puso de pie, fue hasta él y lo abrazó—. Me anonadas, como dice Sartre de la nada. ¿O era el otro, el alemán?

—Vamos a comer algo, como solía decir Shakespeare a esta hora —concluyó él.

Con lo que encontraron en el refrigerador y rodajas de pan tostado

improvisaron un par de sándwiches de tocino con huevo duro y alguna hoja de lechuga. Compartieron una nueva jarra de café y el zumo de la única naranja. Se quedaron con hambre. Mientras, Hammett seguía con el *Diccionario del Diablo*:

—Tira las definiciones como quien arroja granadas. ¿Sabes qué es un inmigrante? “Una persona inculta que cree que un país es mejor que otro”. Bierce no deja nada en pie.

—Cuesta imaginárselo en familia; ni siquiera con un perro. Queda él, solo consigo.

—Ni siquiera. ¿Sabes cuál es la definición de solo?: “En mala compañía”. Es el auténtico misántropo: tampoco se soporta a sí mismo.

Lillian se quedó mirándolo con fijeza.

—¿Qué me miras? —dijo Hammett.

—Sólo trataba de recordar. ¿Es de Bierce eso de que confiarles el dinero a los banqueros de Wall Street es como mandar a los niños al jardín de infantes de Herodes?

—Es de Marx.

—¿Qué Marx?

—Arpo.

—Estúpido.

Tras la sobremesa, mientras fumaban tendidos de través sobre la colcha india de la estrecha cama de Dash, Lillian sostuvo que aunque la comida de la que habían disfrutado no podía literalmente compararse con el desayuno estándar de un botones del Hotel de Ville, no desentonaba si competía con el habitual tentempié de los cocheros de Les Invalides. Hammett, a su vez, creyó recordar que en su cabaña del bosque el leñador que solía distraer el ocio y perturbar el insomnio de Mrs. Chatterley mantenía intactas sus reservas de

energía con una dieta alimentaria no demasiado diferente de ésta.

—Con tocino y huevos duros, la mitad del trabajo está hecho.

—¿A qué te refieres?

—Hablo de optimizar la performance.

Lillian se echó a reír:

—No puedes decir eso. ¿De dónde sacas esas ideas?

—No es bueno que el hombre esté solo.

Ella se puso de pie y lo tironeó para que se levantara:

—Ve a bañarte, leñador. Aún tengo lectura para rato.

Después de bañarse, Hammett comenzó a vestirse civilizadamente —tal la definición de Lillian— mientras ella terminaba de leer la última carta.

—No te conté aún el sueño que tuve contigo —dijo él desde el cuarto—. Y no debe ser casual que lo recordara ahora bajo la ducha.

—No seas previsible, no es digno de ti —contestó ella en el mismo tono, sin levantar la mirada de lo que leía; pero agregó después de un momento—: Supongo que habrás pensado otra vez en Nell Martin.

—¿Por qué?

—No creas que no me di cuenta: cuando hablamos por teléfono me contaste que habías soñado conmigo justo después de confundirme con Nell. Esperabas que fuera ella.

—¿Sí? ¿Lo hice? No se oía bien, casi nada en realidad.

—Ésa no es la cuestión. Simulaste: eres un farsante, Hammett.

Tras un largo silencio Hammett apareció al fin, listo y con la chaqueta puesta, en el marco de la puerta de la habitación:

—¿Y cuál es entonces la cuestión? —dijo seriamente jovial—. Soy un farsante a veces. Concedido.

Ella iba a replicar, y no la dejó:

—Pero no todo el tiempo; a menudo suelo ser sincero y confiable. Quizás me equivoque en la alternancia, en la actitud ocasional, porque creo que el único rasgo estructural y definitivo en mi carácter es que soy un imbécil.

—Dash...

—Ésa sí, me parece, es la cuestión —ella nuevamente intentó decir algo pero él siguió adelante—. ¿Te hablé del teniente Giuliano? No sé si te lo menciono ahí...

—Creo que no, ¿quién es?

—Del Precinto 71, en Brooklyn; es el que lleva el caso de la desaparición y muerte del marido de Nell, conectado con lo de la muerte de Sam por Phil Frisson... —Hammett notó que ella se había puesto repentinamente seria—. ¿Me sigues?

—Creo que sí. Me lo cuentas al final —y Lillian señaló los papeles que tenía en la mano—. Todo eso ha sido demasiado, Dash. Como una mala historia.

—Sí, algo mal escrito —y él buscaba la precisión—: es inverosímil no por lo que sucede sino por lo disonante de la representación, como una tragedia protagonizada por comediantes que no la entienden.

—¿Y tú sí?

—No sé. Siempre me resultó más cómodo observar cómo la gente vive trágicamente los simples pasos de comedia que les tocaron en el reparto —y aquí Hammett se sentó a su lado en el sillón—. Por eso sólo te contaré algo más y después abandonaremos el tema, en lo que a mí respecta, para siempre.

Ella percibió la repentina seriedad del tono:

—Me hablabas de Giuliano.

—Sí. La última vez que vi a Nell, que es el mismo día de nuestra charla telefónica y de la exposición de Gus, en lugar de volverme a casa fui a verlo a él, al teniente.

—¿Por qué?

—Yo creía que por dos motivos: primero, porque al hablar con ella había tenido la certeza de que, a veces y con ciertas cosas, desvariaba, y quería asegurarme de que a pesar de eso su testimonio tendría validez para inculpar por homicidio al odiado Frisson.

—¿Odiado por quién?

—Sabia inquisición, Lillishka... —admitió Hammett—. Pero sigo: mi segunda razón era averiguar fehacientemente qué había declarado Frisson, pues en principio supuse que había confesado su crimen a partir de las pruebas que yo mismo había aportado.

—Supusiste mal.

—Exacto. Pero lo notable es que cuando ya estaba en medio del puente y las luces de Brooklyn se aproximaban hacia mí, primer actor, con el fulgor de las marquesinas —y el brazo de Hammett desplegó un vasto ademán frente a sus ojos— o, si quieres, como se presentan las intimidantes candilejas, entonces supe que no era así.

—Que no podrías probar nada.

—No: que en realidad no iba a ver a Giuliano por tan razonables razones. Sólo quería mostrar que era capaz de hacer valer la versión que yo había propuesto como verdad pero consciente de que no dejaba de ser una construcción. Y fue así: porque lo que hizo Giuliano fue armar otra versión con las mismas piezas.

—¿Te convenció?

Hammett abrió los brazos con resignación.

—Muy *british* todo. Si quieres titúlalo *The Mystery of the Lost Magazine* y funcionará. Un típico problema para el inspector Foggest, de Scotland Yard, con doble vuelta de tuerca y testimonio revelador que sólo aparece al final, con seudovariante Wilkie Collins de cazador cazado.

—¿Demasiado inverosímil?

—No tanto: la versión mía era peor porque no tenía la pureza de la suya, un

producto genuino del Detection Club. Y la clave fue el clásico testigo sorpresa. Porque Frisson negó todo, como era previsible, pero la que declaró fue Jenny.

—¿Qué dijo que vio?

—No vio nada. Y no sólo sobre la discusión entre los socios, ya que declaró que cuando entró al cuarto Sam ya había volado, sino sobre la puta revista: no le constaba que ese ejemplar de *Newsweek* húmedo y sucio que le mostraban hubiese estado alguna vez en la oficina... Ella no lo vio nunca. Y no sólo ella: ¿acaso la florista que vio caer a Sam notó que traía algo en la mano? Tampoco. Es decir: a nadie le constaba, excepto a mí.

—Por lo tanto...

—Giuliani me mostró lo evidente: que yo era más sospechoso que acusador. Investigador bajo sospecha, si quieres. Como Nell nunca entregó el anónimo a la policía sino que me lo dio a mí, lo que estaba en cuestión era el relativo valor de mi palabra, y el irrisorio del de la de ella... En pura lógica policial, yo podría haber llevado la revista al escritorio y hacer que la encontraba allí, e incluso —yendo más lejos— haber fingido que la encontraba después, en la calle...

—Pero la misma Jenny puede ser cómplice de Frisson, Dash. Y cubrirlo.

—Eso habría que probarlo. Porque, además, había un dato: Sam estaba suscripto al *Newsweek* y todas las otras revistas que estaban sobre la mesa de entrada tienen un sticker con el nombre y la dirección del estudio en la portada; la mutilada, en cambio, no tiene ninguna marca de envío de correos; o sea que si llegó al estudio fue por otra vía. La hipótesis tácita de la policía —absolutamente indemostrable, por supuesto— es que ese indicio lo sembró intencionalmente la misma Nell la primera vez que fue, conmigo, a la oficina. Después, contando con mi complicidad o apostando a mi estúpida perspicacia, según se quiera ver, consiguió que yo lo descubriera...

—Nada de eso se puede demostrar.

—Tampoco lo contrario. Pero es cierto, al menos para mí, que el robo de los veinte mil existió, que el dinero lo tenía Frisson en su casa, y que Sam lo sabía o lo sospechaba, porque fue a sacarlo de allí para ponerlo a salvo de mi investigación. Y lo hizo porque era su cómplice o simplemente porque era su amante. No sabemos qué discutieron cuando yo me fui. No sabemos tampoco si Frisson lo empujó. Además, ni siquiera el banco —ya lo dijeron— puede asegurar que esos veinte mil que tenía Sam encima sean los billetes que retiró Nell en su momento.

—Es decir: todo puede ser cierto o falso y nada puede ser probado.

—Versiones, todas versiones —ratificó él dejándose ir de costado, apoyando la cabeza en el regazo de Lillian—: lo cierto, lo probable, lo veraz y lo verosímil... No quedé detenido casi de casualidad, Lillishka: “Señor Hamlet, así me dijo Giuliani: Hamlet, su situación es incongruente...” Y terminé sintiéndome casi agradecido de poder irme.

Ella apoyó su mano sobre el pelo crespo, lo acarició lentamente, se tomó todo el tiempo para hablar:

—Las chicas pueden ser feroces, señor Hamlet. Ya debería saberlo. Dedicarles una novela puede ser peor que prometerles matrimonio.

Él no dijo nada, pero hundió la cara entre las piernas de ella y sonrió levemente. Ella no le veía los labios, pero lo tanteo con los dedos:

—¿De qué te ríes?

—De nada y de nadie —y después de una pausa—: ¿Quieres que te cuente el sueño que tuve contigo?

Ella lo golpeó en la cabeza con los nudillos como si llamara a una puerta:

—Salga de ahí, señor Hamlet. Está comenzando a ponerse insoportable.

Hammett se revolvió hasta quedar boca arriba. Ella se inclinó y lo besó:

—Vámonos. Ármate un equipo de traslado mínimo; si terminamos tarde te quedas esta noche en casa. Cenaremos con Pat y Roald, se lo prometí.

—No les prometiste que me llevarías.

—No te llevo, ellos vienen a casa. Saben que puedes estar o no.

—¿Cocinarás tú?

—Haré el café. Selma está ansiosa por volver a cocinar. “¿Cuándo vendrá el señor Hammett?”, me preguntó hoy. Te extrañó estos meses: yo no le intereso.

—A mí sí —dijo él y frotó la cara contra su vestido.

Lillian tomó a Hammett de los hombros, lo apartó de su regazo y lo enderezó con esfuerzo hasta colocarlo sentado de nuevo a su lado:

—Vámonos ya, no te vendrá mal un poco de contacto con la civilización.

Esa noche, durante la cena, la conversación tuvo el interés y la decorosa elegancia incisiva de dos parejas no maltratadas (aún o para siempre) por la erosión matrimonial y con intereses culturales si no comunes en términos absolutos, al menos lo suficientemente contiguos. Es probable que el equilibrio en términos de género —dos mujeres y dos hombres— y la diversa pero armoniosa distribución etaria, que los diseminaba en una franja de treinta años de vida y experiencias, hiciera que un observador externo —la misma Selma que entraba y salía con platos y comidas, por ejemplo— tuviese la sensación de asistir, alternativamente, tanto a un reñido pero amable match de cartas jugado con naipes invisibles como a la conversación previa de los jurados rentados del concurso de una especialidad que no es la de ninguno de ellos. El clima tenía entonces esa saludable irrealidad y soltura del juego de ingenio sin derivar hacia la competencia ni al torneo de seducción compulsiva.

La tournée europea de Lillian, la reposición de su pieza con Pat en un primer protagónico sobre el escenario y el flamante libro de cuentos de Roald, que tuvo la delicadeza de no sacar el ejemplar para los anfitriones hasta el momento de la despedida, resultaban, en teoría, temas de peso y formal interés común a las respectivas vanidades; pero acaso por eso, por cierto pudor

inconsciente, la conversación derivó por triviales caminos imprevistos cuyo primer fértil desvío fue —como suele suceder durante las comidas— un comentario elogioso acerca de la aptitud de la cocinera y del menú de esa noche que motivó la referencia, por contraposición, a experiencias mucho menos amables de degustación.

—Mi elogio es absoluto. Pero reconozco que tengo el umbral de excelencia relativamente bajo —dijo pausadamente el circunspecto Roald Dahl tras apartar la servilleta de su boca y tomar un sorbo de vino—. Mi dura experiencia iniciática fue la cocina de los colegios británicos en los que, por mi condición de interno pupilo desde muy niño, ingerí sistemáticamente y durante años sustancias deleznable a las que sólo la proverbial benevolencia del Webster's puede definir como alimentos. Me malnutrí con eso y con las golpizas, claro.

Hammett quedó admirado por el concepto y sobre todo por la dicción:

—¿Y cómo se supera eso, Roald?

—No se supera. El impulso de potencial suicida que genera semejante primera respuesta del mundo a tus necesidades básicas se canaliza, si sobrevives, con la vocación militar. Que tiene también, en menor medida, la idea de cierto tipo de ajuste de cuentas con el mundo a través del asesinato de tus congéneres, tus compañeros de mesa y de castigo, digamos.

—Y después, si pasas por eso como te pasó, ¿qué queda?

—La literatura, Dash. Tú lo sabes, supongo que todos nosotros lo sabemos. Se produjo un breve silencio sólo interrumpido por el roce de los cubiertos.

—No todo el mundo escribe desde ese lugar —dijo Lillian.

—Hay formas solapadas y maneras aparatosas —dijo Hammett—. En *El club de los parricidas...*

—¿Te gusta Bierce? —se cruzó Roald.

—Por supuesto, hoy estuvimos leyendo *El diccionario del Diablo*.

Entonces Roald Dahl se puso de pie, se irguió cuan largo era y, por encima

de la mesa, estrechó en un gesto de calurosa simpatía la diestra de Hammett.

—Debería estar en la mesa de luz de los moteles de carretera, como la Biblia —dijo sin pudor aparente—. A la mañana siguiente hay dos posibilidades: o el conserje te descubre colgado de la ducha o no te encuentra más: te has subido al coche y partido sin pagar, en la dirección contraria de la que supuestamente ibas, para perderte de una vez por todas...

Coincidieron. Luego la conversación derivó en la elaboración de una posible biblioteca básica del pasajero solitario: los libros que debería haber a disposición de los viajeros en los moteles de una noche.

—Tiene que haber dos categorías básicas. Para dormir y para no dormir —propuso Lillian—. *Contrapunto* y algún Henry James de más de 400 páginas para apagar la luz rápido. Saki para no poder dejar de leer: uno más, uno más y apago. Y así.

Pat no tenía una lista sino una experiencia concreta:

—Fue en un motel de Arizona, en pleno desierto, hace unos años. Yo era muy joven, viajaba sola, soplaban el viento y aullaban los coyotes, o al menos eso creía. Al ver que no podría dormirme, a las diez de la noche fui a la conserjería y le pregunté a la encargada nocturna, una mujer enérgica de cabello recogido y mono de trabajo gris, si tenía alguna revista o cualquier cosa para leer, pues no podía conciliar el sueño. Sin mediar comentario alguno se agachó bajo el mostrador y me dio un libro forrado en papel marrón, muy usado. “Prueba con este, nena”, me dijo. “Cualquier cosa me avisas”, y me guiñó un ojo. Me lo llevé a la habitación. Era *El pozo de la soledad*, de Radcliffe Hall.

—¿Lo habías leído? —quiso saber Lillian.

—No. Pero sabía de qué se trataba, claro. Cerré con doble llave y me lo devoré en un par de horas. Me olvidé del viento y de los coyotes, pero todo el tiempo me parecía oír que golpeaban sigilosamente a la puerta... No dormí nada.

Roald apretó solidariamente la mano de su bella futura mujer:

—Yo creo que sólo habría que armar una biblioteca de cuentos, cuentos y más cuentos —dijo con seguridad—. Sólo eso. Lo que propones tú, Lillian, con Saki, es perfecto. ¿Te acuerdas de lo que dice Bierce en el diccionario con respecto a las novelas?

Ella meneó la cabeza. Hammett dejó los cubiertos sobre el plato.

—Desdeña la novela por la pretensión realista, las zonas muertas de pintura de ambientes, el detalle inútil de lo conocido. Es decir... —decía Dahl que había dicho Bierce—: nadie escribe o debería perder el tiempo escribiendo sobre lo que habitualmente sucede o se supone que sucede. Reivindica la imaginación y sólo la imaginación como cualidad necesaria y absoluta de cualquier ficción y se queda con *Las mil y una noches* como libro de cabecera. Lo breve y lo extraordinario.

—¿Firmarías eso?

—A ciegas, Dash. No sé si alguna vez escribiré una novela, pero espero no tener nunca que encontrarme remando durante páginas y páginas en la arena explicativa para justificar una escena cuyo antecedente está cien páginas antes... Algo que el lector leyó acaso hace quince días y ya no recuerda.

—Es penoso. Y se suele notar el esfuerzo.

Brindaron por la caprichosa imaginación y deploraron las fatigas del trabajo.

—Que nunca nos falten —dijo alguno.

Y el resto aprobó.

Esa noche Hammett se quedó en el departamento de Lillian, donde disponía de su pequeño cuarto propio. Se llevó el libro de cuentos de Roald para leer antes de dormir. Tenía curiosidad por el consabido relato “de la apuesta” y leyó la docena de páginas de *The Man From the South* de un tirón.

Lillian entró en pijama a darle las buenas noches y se sentó en la cama.

—Es muy bueno —dijo él—. Es un cuento notable.

Ella estiró la mano y le acarició la mejilla flaca.

—Me gusta mucho que estés aquí. Este cuarto te queda muy bien —por la ventana pequeña que daba a la calle subían rumores de tránsito de madrugada, la luz del velador de pantalla verde proyectaba un cono de cálida claridad sobre la pared empapelada—. Quédate unos días, Selma no me perdonaría si te vas.

Pero Hammett estaba en otra cosa:

—¿Sabes qué, Lillishka?

—¿Qué?

—Roald se acordaba bien, fíjate —el hombre flaco se estiró para alcanzar su Bierce de cabecera, buscó la definición que había señalado doblando el ángulo de la página del *Diccionario* y leyó—: *Novela*: “Cuento inflado. La unidad, la totalidad del efecto, es imposible; porque aparte de las escasas páginas que se leen al final, todo lo que queda en la mente es el simple argumento de lo ocurrido antes. La novela realista es al relato fantástico lo que la fotografía es a la pintura”.

—¿Y entonces?

—Nada. Que estoy atrapado ahí, y no me daba cuenta. Realmente tu amigo Duhamel tendrá que esperar. Tiraré todo.

Ella suspiró y apoyó la cabeza en el pecho de él:

—¿Me cuentas el sueño que tuviste conmigo?

Hammett le acarició el lóbulo de la oreja:

—*Nevermore*, dijo el gato entre un revuelo de sangre y plumas negras.

—¿Qué fue eso?

—Un relato breve.

Y la apretó contra sí.

Cuando Lillian se levantó, tarde, a la mañana siguiente, Selma le avisó —no sin un dejo de reproche— que el señor Hammett se había marchado temprano pero le había pedido especialmente que no la despertara. Sobre la mesa del comedor encontró los restos del desayuno y el periódico del día desplegado en la página en que se anunciaba la ejecución de los esposos Rosenberg en la madrugada: pese a todas las peticiones de clemencia, la última posibilidad de conmutación de la sentencia había expirado.

En un costado de las fotos de los condenados y el título tamaño catástrofe, Hammett había escrito dos líneas:

“Consecuencias extremas derivadas de la vida en pareja.  
Cuídate. Dash”.

### 33. *Zapatos marrones con traje azul*

Una mañana, dos meses más tarde, Hammett supo por una llamada femenina no identificada que el coronel Edmund Sanders se hallaba internado en un hospital de veteranos en Poisonville; le habían amputado una pierna, estaba muy complicado y lo mandaba llamar.

Entonces Hammett tomó un bus, luego otro y después un tren. De la estación —de la que sólo recordaría, después, un viejo anuncio de hojalata de sopas Campbell similar en que existía en una droguería de Baltimore en su infancia — fue directamente al hospital, un edificio blanco y antiguo de columnas dóricas al frente y con un parque por el que se paseaban en sus orgullosas sillas de ruedas los que parecían viejos militares confederados arrastrados por el empuje de jóvenes uniformados.

El veterano coronel era uno más en la sala común que los enfilaba en dos largas hileras dispuestas para las escaramuzas finales.

Pudo entrar a verlo durante el restringido horario de visitas, pero debió esperar que despertara. Siempre sintió que tenía algo de obsceno observar a alguien dormido, y tal vez por eso apenas el coronel abrió los ojos Hammett ensayó gestos de casi innecesaria complicidad. Le guiñó un ojo, le apretó la mano fría y luego de pasarle media docena de cigarrillos fuera de la vigilancia de las enfermeras le mostró el relato en el que había estado trabajando, incluso para su propia sorpresa, las últimas semanas: *Traje azul con zapatos marrones*. Eran poco más de cincuenta páginas, la única copia que tenía.

Se la dejó al alcance, sobre la cama, y dijo:

—Al final te hice caso, Tulip.

—No me mientas, Chimney.

—Para nada: conseguiste lo que querías.

—No creo, pero si tú lo dices...

El coronel ni siquiera estiró la mano hacia el manuscrito. Estaba flaco y debilitado. Sólo los ojos conservaban vestigios de la pasada energía. Hammett señaló el hueco de la pierna ausente debajo de la frazada.

—¿Cómo andas con eso?

—No ando, ya ves.

—Digo cómo te llevas con eso.

—Menos aún me llevo a ninguna parte —Tulip sonrió cansadamente—. Me extraña en ti, culo triste, tan diestro con las palabras...

—¿Qué pasó?

—La puta diabetes, Chim. Recordarás, cuando te visité en tu cueva, que ya arrastraba la pierna.

Hammett lo miró inquisitivamente. Apoyó su mano sobre la otra pierna, la entera, cuyo pie asomaba fuera del borde de la cama.

—No sé por qué, ha pasado mucho tiempo pero creía recordar que rengueabas con esta otra —dijo como al pasar.

Tulip recogió la pierna pero Hammett corrió del todo la sábana y dejó al descubierto la pantorrilla blanca y ahora flaca. Poco más arriba del talón, dos filas de heridas color rosado destacaban sobre la piel pálida y sin vello.

—Tal vez aquella primera vez rengueabas por esto —prosiguió con tono indiferente mientras volvía a correr la sábana—. Tal vez era una herida muy reciente de la que preferías o no te convenía acordarte.

—Tal vez tengas razón —dijo Tulip sosteniéndole la mirada—. ¿Pero por qué no me lees un poco mejor? Ya te he dicho que te pones insoportable cuando empiezas a hacerte el investigador... *All's well that ends well* (Todo

está bien si termina bien), como dijo Groucho Marx.

—No es de Groucho, es de...

—No empieces, culo triste. No cabe contradecir a los enfermos terminales.

Léeme un poco de eso que has hecho.

Hammett abrió la carpeta:

—Tomé la historia de Lee Branch, tal como me la contaste.

—¿La historia de Lee? —los ojos del coronel adquirieron una repentina vivacidad inquisitiva—. ¿Y aquella otra carpeta que decía TULIP bien grande en la portada?

—Ah... —Hammett sonrió—. Supuse que habías estado espiándola la última vez, aunque no quisiste reconocerlo. Pero ésa es una idea más compleja que aún no me animo a encarar. Largo y lleno de explicaciones. No creo que pueda escribir algo así. ¿Lo entiendes?

Tulip aprobó cerrando los ojos. Hammett carraspeó un poco:

—¿Te leo?

Tulip asintió con la cabeza y Hammett comenzó, desde el título:

—*Traje azul con zapatos marrones...*

—Debería ser al revés —objetó de inmediato el coronel—: *Zapatos marrones con traje azul.*

—No me parece, Tulip —dijo el hombre flaco, casi didáctico—. Lógicamente, el traje es lo primero que eliges ponerte o lo que quieres ponerte, y los zapatos son accesorios, es lo que hay, lo que encuentras después, el límite con el que debes conformarte... Hablamos de eso.

—Piensas mal, culo triste... —y el coronel sonó casi condescendiente—. Lo que realmente te define no es la aspiración del traje, que sólo se supone usas para una ocasión especial en la que quieres parecer lo que no eres, sino los putos zapatos; esos únicos zapatos que tienes son la verdad, lo que eres todos los días, esos zapatos marrones.

Hammett lo observó admirado y luego, sin mediar otra palabra, recomenzó:

## ZAPATOS MARRONES CON TRAJE AZUL

—Dispara, chico —dijo el coronel.

La Fox de calibre veinte parecía un juguete entre las manos enormes de Branch que, desde donde estaba sentado, bajo el sauce moribundo, hizo fuego. Primero disparó el proyectil del cañón izquierdo, y luego el del derecho, mientras el pato guía se quedaba inmóvil por un instante en el vértice del ángulo agudo en su trayectoria hacia arriba. Dos aves cayeron en el agua al mismo tiempo. Una estaba muerta. La otra nadó hasta describir las tres cuartas partes de un pequeño círculo antes de morir.

Lee Branch se puso de pie, apuntó su pesada escopeta hacia la derecha, disparó, apuntó una vez más y volvió a disparar. Dos aves más cayeron. Una esparció una buena cantidad de plumas. Lee sonrió al coronel, que estaba cargando su escopeta.

—Creo que por hoy ya hemos recogido lo nuestro, Swede.

El coronel echó una mirada complacida a los patos muertos que yacían entre las malezas secas, a su lado, y luego a los cuatro que estaban en el lago.

—Ajá —asintió mientras metía la mano en el bolsillo para buscar los cigarrillos—. Pero tú llenaste de municiones al primero.

—Tal vez tendría que haber esperado un poco más. Me gustan las armas que te saltan en la mano. Tendré que conseguir una de calibre diez —Lee volvió a cargar su escopeta belga especial para patos y la depositó en tierra con verdadera ternura—. ¿A quién le toca cobrar las presas?

El coronel lo señaló con el dedo y se dejó caer en la maleza.

Lee Branch tenía veintiocho años, cabello oscuro y suave partido al medio —oculto en ese momento por el sombrero castaño— y ojos brillantes y oscuros. No era menudo, pero la ropa de cuero con la que se abría paso entre las zarzas hacia el otro lado de la diminuta isla en la que habían ocultado el bote lo hacía parecer más pequeño.

Cuando regresó con los patos, el coronel estaba acostado de espaldas, fumando, con los ojos cerrados.

Lee le dijo:

—Uno de los tuyos era un pato de bosque —y se lo mostró.

—Lo sé —el coronel abrió un ojo para espiar al pato a través del humo—. Serían demasiado preciosos para merecer la muerte si no fuese que el hombre

siempre está excesivamente hambriento —por encima de las espadañas arrojó la colilla hacia el agua y estiró los brazos en cruz en el suelo—. No bromeabas, chico. Todo esto ha sido tal como me lo habías descripto.

Lee comenzó a hablar pero de pronto giró sobre sus talones con los ojos oscuros atentos.

—¿Qué quieres decir con eso de “todo esto ha sido”? —preguntó—. Esto es —hubo una pausa—. Y esto será —de pronto parecía muy joven.

El coronel cerró los ojos una vez más.

—No lo sé, chico. ¿Cuánto tiempo hace que estoy aquí?

—Una semana. Diez días. No lo sé. ¿Qué importancia tiene? Cuando en el Ejército hablábamos de tu regreso después de la guerra, que vendrías acá, no hacíamos cálculos de tiempo. La idea era que te venías y...

El coronel se agitó y frunció el ceño pero no abrió los ojos:

—De acuerdo, de acuerdo... —dijo—. Pero no supondrás que todo el mundo se mantiene fiel a esos planes para después de la guerra que se hacen en el Ejército, ¿no?

—Claro que no. Pero éste es... Éste es un caso distinto, ¿verdad, Swede?

—Esto es lo que es, Lee —contestó el coronel.

—Entonces ¿qué vas a hacer? ¿Te vas a ir?

—No sé. Nadie sabe qué puede pasar.

—No quiero retenerte, pero... —el muchacho se interrumpió, miró fijamente al coronel—. Oye, Swede: no será porque este lugar es de Paulie...

—No.

—Porque a ella le gustas, y sé que quiere que te quedes.

—Me alegra que ella guste de mí —dijo el coronel rápidamente—, porque ella me gusta mucho también.

—¿Y no se trata de eso? ¿No sería un buen motivo para que te quedes?

—No.

Lee quebró una ramita y la marcó a lo largo con la uña del pulgar. Después de un momento habló sin levantar la mirada de lo que hacían sus manos:

—Un tipo ya grande como tú no tendría que andar siempre vagabundeando por ahí.

—Lo sé. No me gusta vagabundear, pero siempre hay cosas que me recuerdan algún otro lugar —Tulip recién entonces abrió los ojos y se sentó con la Fox

cruzada sobre sus muslos—. Tú no usas esta escopeta. ¿Quieres venderla?

—Yo te la presté pero en realidad es de Paulie. Pregúntale a ella.

El coronel sacudió la cabeza.

—Paulie está tan loca como su hermano. Seguro que me la regalaría.

—¿Y qué? ¿Acaso te crees el último de los confederados que no quieres aceptar regalos de las mujeres?

—No creo que hayas conocido a muchos confederados —dijo el coronel. Y de pronto, sin transición: —¿Paulie estaba muy enamorada de su marido?

Lee miró al coronel, que miraba las trampas, al otro lado del lago.

—De verdad no lo sé. Era un tipo muy agradable. Nunca te cruzaste con él en el Ejército, ¿no?

—Lo limpiaron antes de que yo llegara. Pero aún se hablaba de él.

—Les caía muy bien a todos —Lee arrojó la ramita destrozada—. ¿Por qué me has preguntado eso de Paulie, si estaba enamorada de él?

—Es que me gusta meterme en todo; por eso —ironizó el coronel.

—No quise decir que no tendrías que haberlo hecho... —se fastidió el muchacho—. ¡Dios, qué difícil es hablar con la gente!

El coronel encogió sus anchos hombros:

—Puedes hablarme de cualquier cosa, Lee; pero hay algunos temas que no deberías mencionar.

—¿Te refieres a cosas acerca de ti y de Paulie?

El coronel giró la cabeza y miró con atención al joven Branch.

—Ah, el clásico hermanito menor...

Lee se sonrojó, se echó a reír y dijo:

—Vete al diablo —luego de una breve pausa añadió—: Pero eso es lo que quisiste decir, ¿verdad?

El coronel sacudió la cabeza.

—Creo que es un asunto del que tú no deberías ocuparte. No corresponde.

Paulie Horris apareció por detrás de un enorme tulípero, en el extremo más lejano del lago. Hizo un embudo con las manos y gritó:

—¡Eh, asesinos! Ya se puso el sol. Hace diez minutos que están fuera de la ley.

Ambos se levantaron para saludarla con la mano, recogieron sus escopetas y, por entre las espadañas, se encaminaron hacia el bote. El coronel, de pie en la popa, timoneó hacia las trampas. Dos veces pareció que Lee Branch estaba a

punto de decir algo, pero no habló hasta que estuvo inclinado sobre la borda para recobrar el pato que servía de señuelo:

—¿No te estás portando como un tonto, Swede?

El coronel, que se había inclinado para recoger un par de trampas en el momento en que el bote pasara junto a ellas, le respondió:

—Déjate de murmurar.

Lee se irguió y le dijo con voz clara:

—Me refiero a que parece que te dejaras impresionar porque su marido fue un héroe de guerra y todo eso. ¿No es así?

—Por Dios... —exclamó el coronel—. Y yo que creía que ya había oído todo. No te metas...

La cara de Lee volvió a enrojecer. Se echó nerviosamente a reír:

—En el fondo nunca tuvo sentido hablar contigo —respondió.

Ambos recogieron las restantes trampas. Mientras el coronel dirigía el bote hacia la casilla de baños, Paulie Horris rodeó un colorido matorral de zumaques, al otro extremo del lago, y se encaminó hacia el muelle de piedra para reunirse con ellos. Alta, de cabellos oscuros y ojos también oscuros, de unos treinta años, llevaba una falda de franela gris y una campera de cuero amarilla.

—Es usted una mujer muy caminadora, señora Horris —le gritó el coronel.

Ella respondió con cortesía:

—Es usted muy gentil, señor.

Lee guardó las trampas en la casilla mientras el coronel amarraba el bote de modo que no pudiese golpear contra el muelle si se levantaba viento. Luego entre los dos recogieron los patos y caminaron juntos, con la muchacha en el medio, subiendo hacia la casa.

Tras andar unos diez metros, Lee Branch comunicó a su hermana:

—Swede se va.

El tono en que lo dijo hizo que Paulie lo mirara con ojos inquisitivos antes de preguntar:

—¿Y entonces?

Lee trató de explicarse:

—Soy un tonto, creo, pero había pensado que nosotros podíamos... —mientras caminaba, el muchacho pateó un montoncito de tierra—. Bueno, de todos modos,

Swede ha hablado de irse...

Paulie se detuvo bruscamente y los dos hombres se detuvieron también. Miró al coronel con la cara pálida, casi demudada:

—Él ha... —comenzó a decir y se interrumpió—. ¿Ha querido liarte conmigo?

—Es una forma tonta de decirlo, Paulie —dijo el coronel, disculpándose.

La mujer fijó la mirada en las puntas de sus pies y, en voz muy baja, comentó:

—Sí, supongo que sí —y continuó andando.

Entraron a la casa y después de depositar en la cocina los patos que llevaba consigo, el coronel subió a su cuarto y comenzó a escribir una carta a una chica de Atlanta:

*Querida July:*

*Quizá te sorprenda tener noticias mías al cabo de tantos años, pero por alguna causa, durante estas últimas semanas, he pensado mucho en ti, y como he de ir pronto a Atlanta, he creído...*

Hammett se interrumpió.

—¿Sigo?

Tulip no contestó. Parecía dormido, pero apenas Hammett apoyó el manuscrito sobre la mesa de luz volvió a abrir los ojos:

—Déjame ahí, Chim, que lo leeré todo más tarde —hizo una pausa, como si vacilara ante lo que pensaba decir—. El principio parece un Hemingway de la época de los relatos de Nick Adams; no está mal.

Hammett asintió, admirado a su pesar.

—Vuelvo mañana; se acaba el tiempo de visita y me echarán a la calle.

—De acuerdo. Gracias por venir, Chim.

Esa noche, cansado, Hammett se quedó en un motel, aunque pudo dormir muy poco y se desveló viendo una película de gladiadores junto al guardia nocturno. Se sentía ante la inminencia de una revelación que le confirmaría sus

conjeturas pero, extrañamente o no, esa posibilidad no lo enorgullecía. Por una vez no le interesaba ni le importaba tener razón.

Por eso al día siguiente pasó a despedirse temprano y casi clandestino, fuera del horario de visitas. Sorpresivamente, Tulip dijo que ya lo había leído todo.

—Supongo que está bien —le dijo con un despojo de voz.

Tenía las páginas en una mano y el lápiz con el que había hecho múltiples y vacilantes anotaciones en la otra. Hammett vio que eran signos casi indescifrables, como ganchitos.

—Qué bueno que te guste —dijo desde los pies de la cama.

—Pero creo que te has desviado del objetivo principal, Chim.

—Casi siempre la gente piensa eso.

—Lo volveré a leer, si te parece... —Tulip hizo una pausa larga—. Tal vez he ido muy rápido esta vez, pero lo leeré con mucha más atención si quieres que lo haga.

—De acuerdo. Te lo dejo, pasaré esta tarde y hablaremos con más tiempo.

—No creo —dijo Tulip con una rara convicción. Soltó el lápiz, que se deslizó por sobre la colcha blanca y se detuvo en un pliegue, en el vacío donde debía estar el resto de su pierna.

Por un instante se miraron, inmóviles. Tulip hizo un ruido raro con la nariz:

—Y aunque estás equivocado sobre el tema de los zapatos, tenías razón respecto de la renguera, Chim —y lo dijo como si nada, como si continuaran una conversación recién interrumpida—. Ahora me acuerdo: era un perro muy bravo y tuve que dispararle, ¿sabes? No estaba previsto, pero era él o yo.

—Entiendo —dijo Hammett.

Y lo dijo en un sentido general.

Al menos eso creyó sentir el coronel, que cerró los ojos y volvió la cabeza. Prosiguió después de un momento, hablándole a la pared más cercana:

—Me tenían agarrado, Chim. Te lo dije en el taxi cuando fuimos a Brooklyn.

Bah... te lo quise decir pero te hiciste el tonto y me sacaste de las casillas: ellos tenían pruebas de lo de Kiska y me amenazaron con consejo de guerra si no colaboraba. No me dieron alternativa.

Hammett lo interrumpió:

—No tienes por qué contarme nada, Tulip.

—No seas condescendiente conmigo, culo triste. Ya te lo he dicho.

El coronel se tomó unos segundos para recomponer su voz.

—Estaba arruinado y enfermo, Chim. Necesitaba esas medicinas que no podía conseguir sin receta y ellos sabían eso, sabían que eras amigo mío, sabían todo de mí, de ti, de nosotros... Y en última instancia, ya estabas cocinado y lo único que querían eran esos papeles...

—La lista.

—La puta lista de cabrones que sólo tú conocías.

Hammett meneó la cabeza y se sentó en la silla junto a la cama:

—¿Y creíste que estarían en la maleta de Nell?

Tulip se volvió apenas:

—Ellos lo creían, Chim... Yo sabía que no, que lo de la maleta eran cosas viejas. Pero los entretuve un tiempo. Supuse que podría distraerlos hasta que pasara la fecha de tu presentación ante la Comisión. Pero me apuraron.

—¿A quién se le ocurrió el asalto a la casa?

—A ellos. Y yo llevé a Gath y Chaves, porque eran de confianza. Los chicos no sabían a quién iban a apretar. Y nos dieron esas armas porque era una operación ilegal, sin cobertura. Cualquier cosa que pasara nos negarían. Incluso eran capaces de hacernos desaparecer. La idea era no disparar. Hasta que aparecieron los perros...

—Y cambiaron los planes.

Tulip meneó la cabeza:

—No. Mi tarea era encontrar la puta lista, localizarla para que ellos volvieran con orden judicial y la secuestraran mientras estaba en tu poder. De

otra manera no había cómo inculparte... me dijeron. Sólo tenía que señalarla.

—Como un perro de caza.

—No me los nombres.

Hammett le tocó la mano.

—Pero salió mal —dijo.

—No tanto, culo triste: te dije que siempre me subestimas... —el coronel sonrió casi dolorosamente—. Arrastrando la pierna y todo fui directo a la lata, y ahí estaba la lista, un papelito de mierda. Supongo que ya la tenías contigo cuando fuiste a las Aleutianas.

Hammett asintió:

—Soy bastante previsible. Pero no te la llevaste; la dejaste ahí y luego revolviste todo para que pareciera otra cosa...

—Algo así.

—¿Y después?

—Les dije que no la había encontrado, pero que me dieran otra oportunidad.

—¿Por qué les dijiste eso?

—Porque me caes bien, estúpido.

Hammett tuvo un repentino ataque de tos, como si no pudiese digerir la confesión.

—El enfermo soy yo, basta de competir conmigo —dijo Tulip con severidad.

Hammett le apretó la mano.

—Tienes razón. Sigue.

—Los convencí de que lo haría a mi manera y vine a verte. Quería saber cómo estabas, si valía la pena que te ayudara. Y te mostraste tan evasivo, soberbio e insoportable como siempre, así que decidí, esa noche, después de que me echaste, llevarme la lista. Te dejé el bolso con el abrigo y la llave y fui a buscarla.

—Pero ya no estaba ahí.

—No, no estaba donde yo la había visto —dijo el coronel con los ojos empuerñecidos.

—La enterré —dijo Hammett en el límite de la disculpa—. Después de la noche del tiroteo intuí qué era lo que estaba pasando, y como no quería tener problemas con los Irongate ni involucrar a nadie con mis problemas la metí en un frasco y la enterré junto con el perro. Fue probablemente una decisión estúpida, pero estaba sentado encima cuando apareciste esa mañana.

Tulip meneó la cabeza:

—¿Encima de la lista? Eres terrible, culo triste.

Hammett metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un par de hojas de papel dobladas en cuatro que tenía los bordes sucios, marcados acaso por restos de barro seco.

—Acá está —y la puso frente a su nariz—. Me gusta pensar que los que están anotados acá siempre van a temer que este sucio papelito aparezca. No la destruí nunca sólo por esa razón.

—Eres un perverso, Chim. ¿Qué vas a hacer con eso?

—Ahora es tuya. Las cosas deben ser de quien más las quiere.

Se puso de pie y la dejó sobre la mesita junto a la cama:

—Descansa ahora. Vuelvo a la tarde.

Cuando Hammett regresó, sobre el filo del horario de visitas, la cama estaba vacía y la ropa y las pertenencias de Tulip estaban colocadas dentro de una bolsa plástica transparente apoyada sobre la silla donde él se había sentado.

Una enfermera le informó que el señor de la cama 23 —así lo identificó— había fallecido a las dos de la tarde.

Al quedarse solo, Hammett abrió la bolsa de plástico y recuperó el manuscrito; pero no encontró la lista. Tampoco encima ni dentro del cajón de

la mesita. Junto a la cama había un cesto con cajas de medicamentos vacías, algunas servilletas de papel, algodones usados. Y ahí estaba, hecha un bollo informe. Le pareció un destino adecuado.

El manuscrito de *Zapatos marrones con traje azul* estaba tal cual. No había nuevas anotaciones excepto un par de tachaduras amplias y vacilantes que atravesaban algunas páginas enteras. Hammett se lo puso bajo el brazo y salió caminando lentamente, primero de la sala y después del hospital.

La tarde era luminosa, con un cielo sin nubes. Encendió un cigarrillo y en el primer cubo de basura que encontró dejó caer el manuscrito. Nunca más volvió a escribir.

## Postrimerías: historias de vida

Tony Irongate se quitó la chaqueta verde, la colocó en el respaldo de su asiento en la mesa de la cafetería y se sentó. Frente a él, Linda permanecía inmóvil, fuera de lugar y acaso del tiempo, observándolo como si aún no lo reconociera del todo, no creyera que ese muchacho, casi un hombre, fuera el mismo chico que había visto crecer.

Como hacía mucho frío, Tony convenció sin mayor oposición a Linda para que tomaran sendas tazas de chocolate, pero fue ella la que eligió —no sin reservas— las tostadas de pan de centeno, la mantequilla y la mermelada de arándanos.

—Tú la hacías mejor —dijo él, cortés, luego de probarla.

—Tienes mala memoria.

—En general, sí. Pero no para las cosas buenas.

Ella no quiso comentar que era la primera vez que entraba a una cafetería en los últimos dos años, los mismos que llevaba sin cambiar de guantes y zapatos. Y lo hizo acaso por la misma razón que él no mencionó su beca en Francia —acababa de regresar— y postergó para más tarde los pormenores de sus módicos logros de investigador novato.

—Cuéntame de tus hermanas.

—Do se casó el año pasado con un nadador olímpico y vive en Australia.

—Oh.

—Lola está en la secundaria todavía. Termina este año. Vive en Toronto con mamá, que se casó con Michael, un viejo millonario dueño de un diario, una radio y una agencia de publicidad. Lola está bien, pero supongo que apenas

pueda se escapará, como hice yo.

—¿Y tú qué haces?

—Ahora, estudio y trato de escribir. Pero las pasé mal, Linda. Cuando papá dejó todo y se fue con Angie, la enfermera, a vivir a los cayos de Florida, nosotros quedamos con mamá. Con Paulie enojada, te imaginas.

—Me imagino. ¿Cómo está tu papá?

—Supongo que bien. Al menos eso parece. Tuvo dos hijos más, mellizos, con Angie. Más hermanitos... Me manda fotos llenas de sol, me invita y a veces voy. Vende cuadros horribles para los turistas y gana dinero.

—¿Y Paulie?

—Nunca pudo soportar que papá empezara una nueva vida sin ella. Hasta que apareció el viejo Michael. Cuando ella se fue a Toronto con él yo ya tenía dieciocho y quise quedarme, acababa de entrar a la universidad.

—Ah, qué bien... Estudias...

—Antropología cultural, en Columbia —explicó Tony como quien se disculpa de un hobby oneroso—. Así que me quedé aquí, en el departamento de Manhattan. Eso fue hace cuatro años.

—Pobrecito.

—No tanto; estoy bien, vivo con amigos y tengo una novia canadiense con la que practico francés. Pero cuéntame de ti.

Linda no tenía o creía no tener mucho que contar:

—Cuando se tuvo que ir Donald y dejé la casa en Katonah, tus padres me ayudaron un tiempo, tú sabes. Comencé a trabajar en una lavandería y después en los almacenes Harper's. Donald me enviaba dinero cada tanto. Volvió a boxear, pero el dinero de allá no es como el de aquí, Tony. No me alcanzaba para nada con eso. Además, nunca me decía que volvería.

—¿Y tú?

—En cierto momento dejé de asegurarle que lo esperaría —la mirada de Linda se iluminó por un levísimo momento—. Tengo una hija de cinco años, se

llama Sheryl.

Tony la tomó de las manos, preguntó tácitamente con el ceño fruncido.

—Esa historia no duró nada —casi confirmó ella—. Pero mi hija es muy bella, ya la verás. De aquí, si quieres, me acompañas a buscarla para llevarla a la escuela.

—¿No vive contigo?

—Sí, pero hoy quería venir temprano a despedir al señor Hammett y anoche ella se quedó a dormir en casa de... un amigo.

Tony asintió, la acompañaría, porque tenía alguna cosa que proponerle, además:

—¿Tienes mucho trabajo?

Linda dijo que limpiaba por horas y que con eso le alcanzaba porque no pagaba renta. Además, viernes y sábado a la noche trabajaba en la cocina de un restaurante italiano.

—¿Te gustaría venir un par de días a la semana a casa? No a limpiar. Sólo cocinar y, si quieres, planchas algo: mira esta camisa cómo está.

Ella sonrió y meneó la cabeza:

—No tienes que preocuparte por mí, Tony. Estoy bien, no necesito nada.

—Pero yo sí te necesito a ti; es al revés —dijo él, enfático—. En realidad vine al funeral sólo para ver si te encontraba, porque me puedes ayudar mucho en un trabajo de investigación que estoy haciendo. Me gustaría grabarte.

Linda no entendió en un principio, pero mientras Tony llamaba a la camarera y se ponían en movimiento —ella había consultado un par de veces su relojito— él le explicó de qué se trataba:

—Sólo tienes que hablar ante un magnetófono, contarme a mí.

—¿Qué quieres que te cuente?

—Tu vida.

Ella abrió grandes los ojos. Salieron al frío.

—¿A quién le importa?

—A mí, es parte de mi trabajo. Se llama *historias de vida*, es una manera nueva de encarar los estudios sociales: hacer hablar a la gente que tiene cosas interesantes que contar.

—¿Vas a estudiarme a mí?

—No; o en cierta medida, sí... Pero no sólo a ti —Tony pasó su brazo sobre los hombros de ella, trataba de protegerla del frío y acaso de cualquier tipo de suspicacia—. Además es anónimo, se preserva tu identidad. Lo empezó a hacer un profesor que tuve, un antropólogo que se llama Lewis, Oscar Lewis. La idea es recoger la experiencia directa con las palabras propias de la gente. Es algo anterior, mucho más respetuoso e interesante que cualquier otro tipo de estudios interpretativos. ¿Me entiendes?

—¿Eh?

—Si entiendes qué me gustaría hacer contigo...

Ella asintió sin demasiada convicción.

—Además, te pagan —dijo él con una sonrisa—. Haces el trabajo de casa, yo como bien después de meses de pizza, y además te ganas unos dólares por sentarte un par de horas por día ante el grabador.

Anduvieron un par de minutos en cuidadoso silencio. El frío apretaba y las aceras estaban húmedas y resbaladizas por la nieve reciente.

—¿Cómo se te ocurrió dedicarte a algo tan raro? —dijo Linda de pronto. Al hablar, exhalaba pequeñas nubecitas de vapor.

—Fue Dash. En el fondo Dash tuvo la culpa de todo, como siempre. Una vez mencionó a una tribu, los coeur d'alene. Como nunca tuvo tiempo o ganas o voluntad de contarme la historia o qué tenía que ver ese nombre en su vida, me obligó de algún modo a investigar por mi cuenta. No hay nada mejor, Linda.

—El señor Hammett tenía esas cosas: a mí me asustaba con la bomba atómica pero era el único que sabía cuántas cucharadas de azúcar le ponía yo al café o qué número calzaba. Es una lástima que haya pasado esto...

Cruzaron la calle compartiendo esa convicción.

—Es allí, donde dice Oregon Trail —dijo Linda, y señaló un *drugstore* de toldo verde con restos de nieve—. Verás que hermosa es mi Sheryl.

—Seguro que sí. Vamos.

Pero Linda retuvo a Tony por la manga de la chaqueta.

—Espera. Sólo asómate, quiero que veas con quién está.

Tony intentó mirar por el vidrio del negocio pero estaba empañado. Abrió entonces la puerta, apenas lo suficiente para asomarse y los vio. Estaban de perfil, frente al escaparate de los dulces. La niña tenía puesto un abrigo rojo y un gorro de lana amarillo encasquetado hasta los ojos grandes y brillantes. Reía con muchísimos dientes y, con los guantes, no podía sacar el papel a la golosina que manipulaba. El hombre, joven aún y atlético, robusto, con la cabeza descubierta y un abrigo oscuro acaso insuficiente, se inclinó para ayudarla hablándole con suavidad. Al hacerlo, desvió por un momento la mirada inquisitiva hacia la puerta por la que repentinamente había entrado una ráfaga helada. Tony la cerró.

—¿Cuándo regresó?

—Hará un par de años, pero recién me llamó hace unos meses —dijo Linda sin expresión aparente—. Me buscó y nos estamos viendo un poco. Es muy cariñoso con Sheryl, pero no sé...

—¿Quiere volver contigo?

—Sí, pero es muy extraño: dice que ha ido a todos lados y que no sabe adónde volver. Hoy no quiso ir al funeral, ver al señor Hammett en el cajón. Me dijo que si no había ido a verlo vivo, ahora era como espialo sin que lo supiera. Le daba vergüenza. Pero yo creo que temía encontrarse con alguna gente. ¿Te acuerdas del sujeto del Studebaker que se lo llevó? Está aquí otra vez.

Tony la tomó del brazo.

—Entremos, que hace frío —y después de un momento, ya con el picaporte

en la mano—: ¿Te parece que Donald aceptará que lo grabe?

—No sé.

—¿Adónde es que estuvo todo este tiempo? ¿En Brasil?

—Por ahí —dijo ella—. Ven conmigo.

Linda entró y Tony la siguió apenas un paso atrás. Esbozó una sonrisa que no llegó a desplegarse. Acaso haya sido la sorpresa o esos pocos segundos de demora en el reconocimiento, pero le pareció que leve, imperceptiblemente, Donny Brown se ponía en guardia.

Buenos Aires, julio de 1984, marzo de 2017

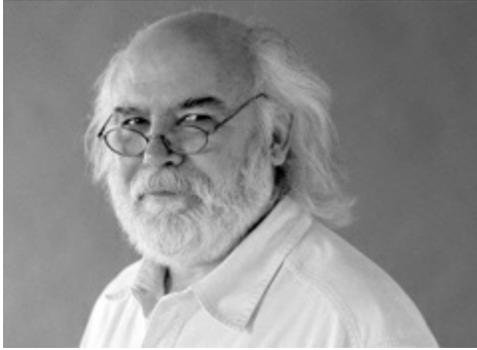
*Alfaguara, como integrante de Penguin Random House Grupo Editorial, agradece la buena disposición de los herederos de Dashiell Hammett (The Hammett Trust) para autorizar la publicación de este texto, a través de Adam Reed y The Joy Harris Literary Agency en Nueva York, Estados Unidos.*



«“Siempre hay una mezcla de robo, envidia y homenaje”, dijo Dash.»

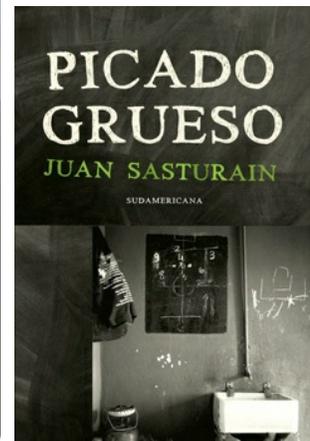
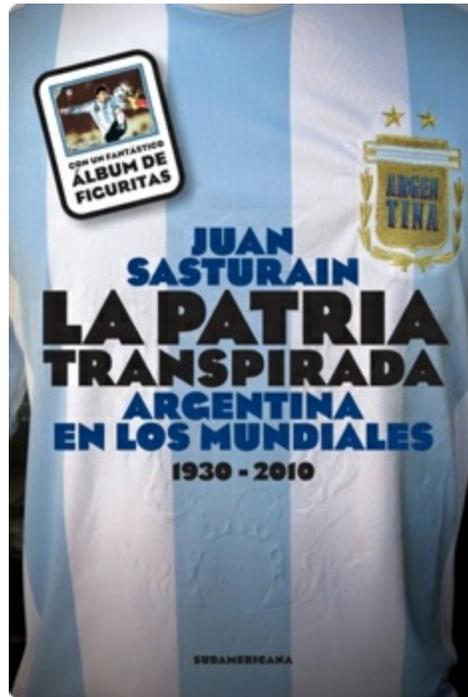
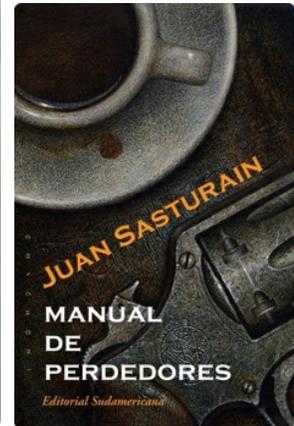
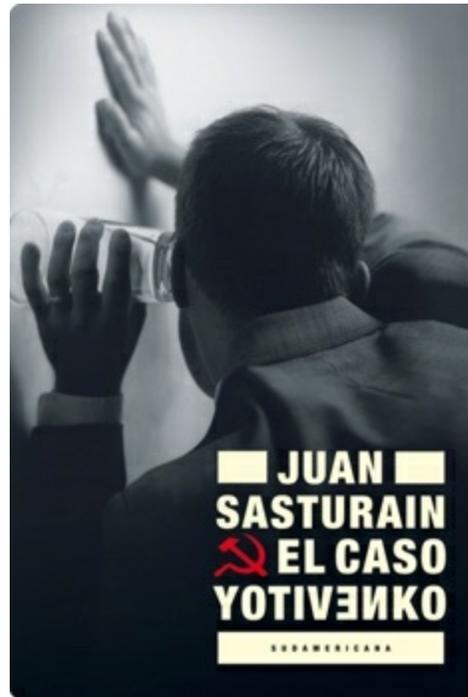
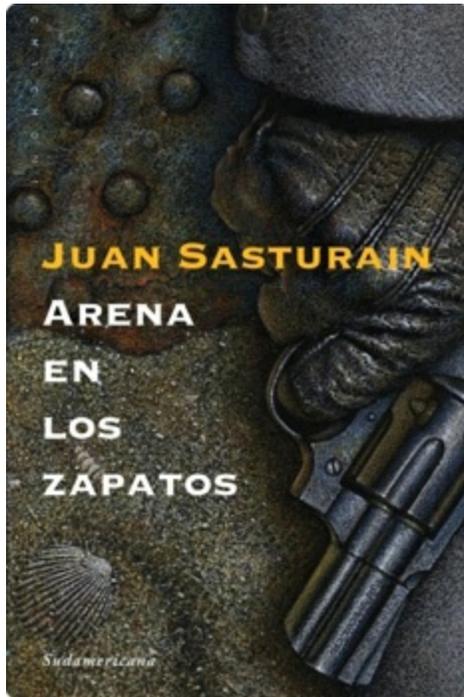
Corre el año 1953 y el veterano Dashiell Hammett, perseguido por el fisco y el FBI, necesita escribir una nueva novela. No será fácil: a la visita intempestiva de su camarada Tulip se suman las tensiones por la abstinencia del alcohol y el acoso de un grotesco escritor argentino que busca hacerle leer la continuación de una fascinante anécdota de *El halcón maltés*. Entre el plagio y el homenaje, ese admirador se inmiscuye en la vida de Dash mientras el entrañable Poynton —sparring de Gatica—, el abogado Rosen, la bella Pat Neal y el flaco Roald Dahl entran y salen de una trama donde disparos, secuestros, traiciones y discusiones literarias se entreveran como escapando de las historias que Hammett ya no quiere escribir.

Erudición obsesiva, ambientación minuciosa y una imaginación que no pide permiso: nadie mejor que Juan Sasturain para crear a partir de *Tulip* —el manuscrito que Hammett dejó inconcluso— esta fervorosa novela no autorizada.



## JUAN SASTURAIN

(Gonzales Chaves, Buenos Aires, 1945). Graduado de Letras por la UBA, fue profesor universitario hasta la Dictadura. Ha publicado diez novelas: *Manual de perdedores I y II*, *Arena en los zapatos*, *Parecido S.A.*, *Los dedos de Walt Disney*, *Los sentidos del agua*, *La lucha continúa*, *Brooklyn & Medio*, *Pagaría por no verte* y *Dudoso Noriega*. Publicó sus relatos en *Zenitram*, *La mujer ducha*, *Picado grueso*, *Los galochas*, *El caso Yotivenko* y *Pretextos* que aparecen en el volumen *Cuentos reunidos* (Alfaguara, 2017), y su poesía en *Carta al Sargento Kirk* y *El versero. Cien poemas (1976-2016)*. Fue guionista de la novela gráfica *Perramus*, con dibujos de Alberto Breccia, y es autor de crónicas y ensayos sobre fútbol, historieta y humor argentinos. Condujo los ciclos televisivos *Ver para leer*, *Continuará#*, *Disparos en la biblioteca* y *Plop!* Ha trabajado en innumerables medios gráficos argentinos, y fue creador y responsable de la revista *Fierro* en sus dos etapas. Traducido y publicado en una docena de países, ha ganado premios grandes y chicos. Sigue escribiendo.



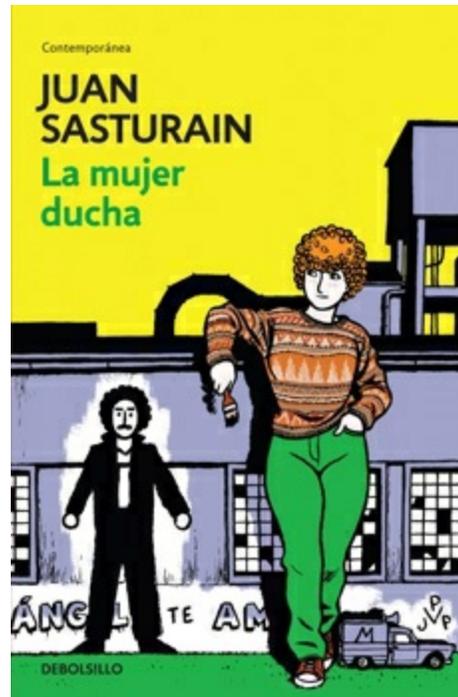
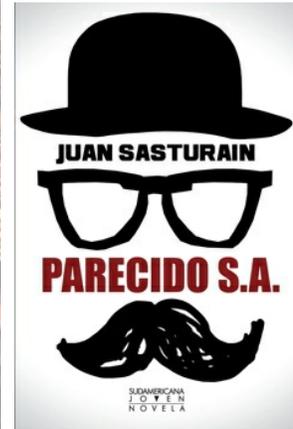
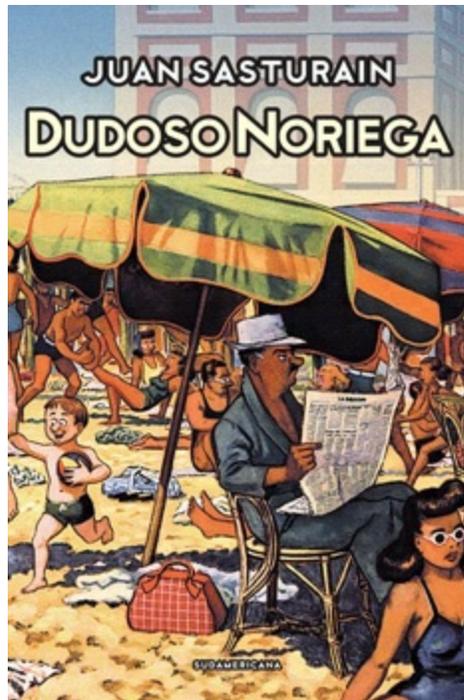
JUAN SASTURAIN

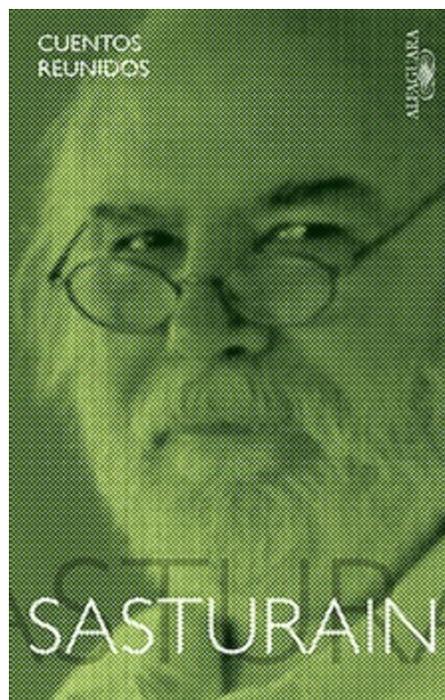
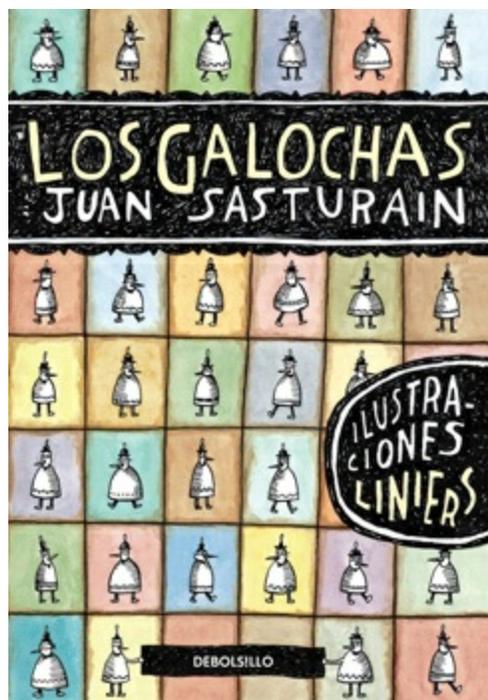
LOS DEDOS

DE WALT

DISNEY

SUDAMERICANA  
JOVEN  
NOVELA





[Otros títulos del autor en megustaleer.com.ar](http://megustaleer.com.ar)

Sasturain, Juan

El último Hammett / Juan Sasturain. - 1ª ed. -  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Alfaguara, 2018.  
(Hispánica)  
Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online  
ISBN 978-987-738-470-3

1. Narrativa Argentina. I. Título  
CDD A863

© 2018, Juan Sasturain  
c/o Schavelzon Graham Agencia Literaria  
[www.schavelzongraham.com](http://www.schavelzongraham.com)

© Diseño: Penguin Random House Grupo Editorial,  
inspirado en un diseño original de Enric Satué

Edición en formato digital: septiembre de 2018  
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A.  
Humberto I 555, Buenos Aires  
[www.megustaleer.com.ar](http://www.megustaleer.com.ar)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.  
El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento,  
promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de  
este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de  
esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que  
PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

ISBN 978-987-738-470-3

Conversión a formato digital: Libresque

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

# Índice

El último Hammett

Dedicatoria

Epígrafe

Al hipotético lector

Postrimerías: el funeral

1. Tulip & Chimney

2. Tony & sus hermanas

3. Chimney & Tulip

4. Poynton

5. De Baltimore a Katonah

6. Pat & Roald

7. Gus & Paulie

8. Los Irongate, padre e hijo

9. Hombre o demonio

10. La policía

11. El fugitivo

12. El Studebaker amarillo

13. Nell

14. *La mano y el puño*

15. El señor Fanesi & la señorita Daisy

16. Balas & pistolas

17. El Dentista
  18. Cartas
  19. Navajas
  20. La noche del Pontiac
  21. De escritorio
  22. Conversaciones
  23. La ceremonia vikinga
  24. *Blowing on the table*
  25. Fotos & estampillas
  26. Arte de ultimar
  27. Cummings & Giuliano en Harvard
  28. Buñuelos & jamón
  29. La ventana alta
  30. Toses, toses
  31. Cuadros de una exposición
  32. En busca del Bierce perdido
  33. *Zapatos marrones con traje azul*
- Postrimerías: historias de vida
- Sobre este libro
- Sobre el autor
- Otros títulos del autor
- Créditos